

MODESTO LAFUENTE

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

Continuada por Juan Valera,
Andrés Borrego y Antonio Pirala.

(I)

HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA

HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII

POR

DON MODESTO LAFUENTE

CONTINUADA DESDE DICHA ÉPOCA HASTA NUESTROS DÍAS POR

DON JUAN VALERA

CON LA COLABORACIÓN DE D. ANDRÉS BORREGO Y D. ANTONIO PIRALA

TOMO PRIMERO



BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NUMS. 309-311

1888

DISCURSO PRELIMINAR

I

La humanidad vive, la sociedad marcha, los pueblos sufren cambios y vicisitudes, los individuos obran. ¿Quién los impulsa? ¿Es la fatalidad? ¿Hemos de suponer la sociedad humana abandonada al acaso, ó regida sólo por leyes físicas y necesarias, por las fuerzas ciegas de la naturaleza, sin guía, sin objeto, sin un fin notable y digno de tan gran creación? Esto, sobre arrancar al hombre toda idea consoladora, sobre secar la fuente de toda noble aspiración, sobre esterilizar hasta la virtud más fundamental de nuestra existencia, la esperanza, equivaldría á suprimir todo principio de moralidad y de justicia, de bien y de mal, de premio y de castigo; sería hacer de la sociedad una máquina movida por resortes materiales y ocultos. Referiríamos impasibles los hechos, y nos dispensaríamos del sentimiento y de la reflexión. Veríamos morir sin amor y sin lágrimas al inocente, y contaríamos sin indignación los crímenes del malvado; mejor dicho, no habría ni criminales ni inocentes; unos y otros habrían sido arrastrados por las leyes inexorables de su respectivo destino, no habrían tenido libertad. Desechemos el sombrío sistema del fatalismo; concedamos más dignidad al hombre, y más altos fines al gran pensamiento de la creación.

Por fortuna hay otro principio más alto, más noble, más consolador, á que recurrir para explicar la marcha general de las sociedades: la Providencia, que algunos, no pudiendo comprenderla, han confundido con el fatalismo. Aun suponiendo que los libros santos no nos hubiesen revelado esa Providencia que guía al universo en su majestuosa marcha por las inmensidades del tiempo y del espacio, nada mejor que la historia pudiera hacerla adivinar, enseñándonos á reconocerla por ese encadenamiento de sucesos con que el género humano va marchando hacia el fin á que ha sido destinado por el que le dió el primer impulso y le conduce en su carrera. Dado que el orden providencial fuera tan inexplicable como el fatalismo, le preferiríamos, siquiera fuese solamente por los consuelos que derrama en el corazón del hombre la santidad de sus fines. El que trazó

sus órbitas á los planetas, no podía haber dejado á la humanidad entregada á un impulso ciego.

Creemos, pues, con Vico en la dirección y el orden providencial, y admitimos además con Bossuet la progresiva tendencia de la humanidad hacia su perfeccionamiento; y que este compuesto admirable de pueblos y de naciones diferentes, de familias y de individuos, va haciendo su carrera por el espacio inmenso de los siglos, aunque á las veces parezca hacer alto, á las veces parezca retroceder, hasta cumplir el término de la vida: es una pirámide cuya base toca en la tierra, y cuya cúspide se remonta á los cielos.

He aquí los dos grandes y luminosos fanales que nos han guiado en nuestra historia. De esta escala de Jacob procuramos servirnos para subir de los hechos á la explicación del principio, y para descender alternativamente á la comprobación del principio por la aplicación de los sucesos.

En esta marcha majestuosa, los individuos mueren y se renuevan como las plantas; las familias desaparecen para renovarse también; las sociedades se trasforman, y de las ruinas de una sociedad que ha perecido nace y se levanta otra sociedad nueva. Pasan esos eslabones de la cadena del tiempo que llamamos siglos: y al través de estas desapariciones, de estas muertes, y de estas mudanzas, una sola cosa permanece en pie, que marchando por encima de todas las generaciones y de todas las edades, camina constantemente hacia su perfección. Ésta es la gran familia humana. «Todos los hombres, dijo ya Pascal, durante el curso de tantos siglos pueden ser considerados como un mismo hombre que subsiste siempre, y que siempre está aprendiendo.» Gigante inmortal, que camina dejando tras sí las huellas de lo pasado, con un pie en lo presente, y levantando el otro hacia lo futuro. Esta es la humanidad, y la vida de la humanidad es su historia.

Como en todo compuesto, así en este gigantesco conjunto cada parte que le compone tiene una función propia que desempeñar. Cada individuo, cada familia, cada pueblo, cada nación, cada sociedad ha recibido su especial misión, como cada edad, cada siglo, cada generación tiene su índole, su carácter, su fisonomía, todo en relación á la vida universal de la humanidad. ¿Cómo concurre cada una de estas partes á la vida y perfección de la gran sociedad humana? No es fácil ciertamente penetrar todas las armonías del Universo. Entre muchas relaciones que se comprenden, escápanse otras infinitas á la sagacidad del entendimiento humano. Á veces un acontecimiento grande, ruidoso, universal, revela á las naciones que á él han cooperado el objeto y fin de su marcha anterior, hasta entonces de ellas mismas desconocido. No extrañamos que esto fuese ignorado de los antiguos, porque faltaban las lecciones prácticas de los grandes ejemplos; pero hoy la humanidad ha vivido ya mucho, ha salido de su menor edad, ha visto y sufrido muchas trasformaciones, y ha podido apercibirse de su destino, y aprender en lo conocido las conexiones secretas de lo que le resta por conocer. Pongamos un ejemplo.

Una generación antigua, dividida en grupos de naciones, avanzaba hacia un fin que conocía sólo el que guiaba secretamente el movimiento, al modo que las legiones de un gran ejército concurren á un punto dado por

caminos y direcciones diferentes para encontrarse reunidas en un mismo día, sin que nadie penetre el objeto sino el general en jefe que ha dispuesto aquella combinación de evoluciones. Ocurrió la proclamación del cristianismo en las naciones del mundo y la gran catástrofe de la caída del imperio romano. Y entonces pudieron conocer los pueblos de la antigüedad que todos habían contribuído sin saberlo á aquella grande obra de la regeneración humana. Entonces pudo penetrar el filósofo que no en vano la Providencia había colocado la cabeza de aquel imperio en el centro del Mediterráneo, que no en vano había dotado al pueblo-rey de aquel espíritu incansable de conquista; porque era necesario un poder, que poniendo en comunicación todos los territorios, todas las naciones mediterráneas, conquistador primero y civilizador después, difundiera por todas aquellas regiones un mismo lenguaje, una misma religión, un mismo derecho. Necesario era que se desplomara aquel grande imperio al soplo del cristianismo; necesario era que la Italia, las Galias, la España, el Africa, la Grecia, el Asia menor, la Siria, el Egipto, la Judea, que después de estar sometidos el judaísmo y el politeísmo á una sola voluntad, presenciaran aquella general trasformación, para que el mundo antiguo se convenciera de que llevaba en sí el secreto defecto de un principio insuficiente para sostener la vida, y de que si el género humano había de seguir marchando hacia su perfección necesitaba ya de otra religión, de otra civilización, de otra vida.

Tenemos, pues, fe en el dogma de la vida universal del mundo, que se alimenta de la vida de todos los pueblos, de todas las regiones, de todas las castas y de todas las edades. Que cuando la vida humana ha gastado su alimento en unos climas, pasa á rejuvenecerse en otros donde halla savia abundante. Que cada edad que pasa, cada trasformación social que sucede, va dejando algo con que enriquecer la humanidad, que marcha adornada con los presentes de todas. Levántase á veces un genio exterminador, y el mundo presencia el espectáculo de un pueblo que sucumbe á sus golpes destructores; pero de esta catástrofe viene á resultar, ó la libertad de otros pueblos, ó el descubrimiento de una verdad fecundante, ó la conquista de una idea que aprovecha á la masa común del género humano. A veces una creencia que parece contar con escaso número de seguidores, triunfa de grandes masas y de poderes formidables. Y es que cuando suena la hora de la oportunidad, la Providencia pone la fuerza á la orden del derecho, y dispone los hechos para el triunfo de las ideas. A veces pueblos, sociedades, formas, suelen desaparecer á los sentidos externos; y es que la vida social ha alcanzado bajo nuevas formas y en nuevas alianzas el siguiente período de su desarrollo, y nuevas generaciones van á funcionar con más robusta vida en el mismo teatro en que otras perecieron.

Creemos, pues, también en la progresiva perfectibilidad de la sociedad humana, y en el enlace y sucesión hereditaria de las edades y de las formas que engendran los acontecimientos, todos coherentes, ninguno aislado, aun en las ocasiones que parece ocultarse su conexión. Para nosotros es una gran verdad el célebre dicho de Leibnitz: «Lo presente, producto de lo pasado, engendra á su vez lo futuro.»

Líbrenos Dios de acoger la desconsoladora idea del continuo deterioro

de nuestra especie, que formuló Horacio, diciendo: «La edad de nuestros padres, peor que la de nuestros abuelos, nos produjo á nosotros, peores que nuestros padres, y que daremos pronto el ser á una raza más depravada que nosotros.»

> Ætas parentum, pejor avis, tullit
> Nos nequiores, mox daturos
> Progeniem vitiosiorem.

Idea que descubre la imperfección de la filosofía pagana. Nosotros repetimos con un filósofo cristiano: «Es la misión de los siglos modernos adelantar y luchar, y si la palabra de Dios no es engañosa, irá desarrollándose y realizándose cada vez más la ley del amor y de la justicia; y como en ella consiste asimismo el perfeccionamiento del orden moral, será infalible el progreso, porque habrá venido á ser la ley natural de la humanidad.»

Tan lejos estamos de creer en el empeoramiento sucesivo de la raza humana, que no veríamos con complacencia volver los tiempos del mismo Horacio. Con todos los males que sentimos, con todas las miserias que lamentamos, no cambiaríamos la edad presente por las que la precedieron, salvos cortos y parciales períodos de pasajera felicidad, que habrán sido el estado excepcional de un pueblo, no la condición normal del mundo. Aunque una historia universal lo probaría mejor, la de España lo acreditará cumplidamente.

Si no temiéramos hacer de este discurso una disertación filosófico-moral, expondríamos cómo entendemos nosotros la conciliación del libre albedrío con la presciencia, y cómo se conserva la libertad moral del hombre en medio de las leyes generales é inmutables que rigen el universo bajo la oculta acción de la Providencia. Pero no es ocasión de probar; nos contentamos con exponer nuestros principios, nuestro dogma histórico. Y anticipadas estas ideas, que hemos creído oportuno indicar para que se conozca el punto de vista bajo el cual consideramos la historia, creemos llegado el caso de circunscribirnos á la particular de España, objeto de nuestros trabajos, y de echar una ojeada general sobre cada una de sus épocas, para ver cómo se fué formando en lo material y en lo político esto que hoy constituye la monarquía española.

II

Si la estructura de este compuesto sistemático de territorios que nombramos Europa revela el grandioso plan del Criador para la gran ley de la unidad en la variedad; si esas divisiones geográficas parecen hechas y concertadas para que dentro de cada una de ellas pueda encontrar cada sociedad las condiciones necesarias para una existencia propia; si aun suponiendo la Europa ocupada por un solo pueblo habríamos de ver tendencias irresistibles á la partición de esta gran república en grupos distintos, que aspiraran á formar cada cual una nacionalidad aparte; ¿quién no descubre en la situación geográfica de España la particular misión que está llamada á cumplir en el desarrollo del magnífico programa de la vida del mundo?

Cuartel el más occidental de Europa. encerrado por la naturaleza entre los Pirineos y los mares, divididas sus comarcas por profundos ríos y montañas elevadísimas. como delineadas y colocadas por la mano misma del grande artífice, parece fabricado su territorio para encerrar en sí otras tantas sociedades. otros tantos pueblos. otras tantas pequeñas naciones. que sin embargo han de amalgamarse en una sola y común nacionalidad. que corresponde á los grandes límites que geográficamente le separan del resto de las otras grandes localidades europeas. La historia confirmará los fines de esta física organización.

Así. desde que los primeros pobladores se derraman por las varias zonas de su territorio. al paso que se van asentando en sus diferentes comarcas. la variedad del clima y de las producciones de cada suelo. la dificultad que el terreno presenta para mantener relaciones entre las familias que se segregan. los hace ir contrayendo hábitos y ocupaciones diferentes. Intereses locales diversos. muchas veces encontrados. aflojan los vínculos sociales entre la familia común. al tiempo que ligan y estrechan los de los moradores de cada localidad. Grupos primero. tribus después, pueblos y naciones más adelante, llegan á guerrear entre sí, ó por la necesidad de ensancharse, ó por incompatibilidad de intereses, ó por rivalidades que siempre se suscitan entre vecinos pueblos, tratándose como extraños, y olvidándose al parecer de su común origen. Pero en medio de esta diversidad de tendencias y de genios. se conserva siempre un fondo de carácter común, que se mantiene inalterable al través de los siglos. que no bastan á extinguir ni guerras intestinas ni dominaciones extrañas, y que anuncia habrá de ser el lazo que unirá un día los habitantes del suelo español en una sola y gran familia. gobernada por un solo cetro. bajo una sola religión y una sola fe. Y cuando con el trascurso de los tiempos se cumple este destino providencial del pueblo español. entonces. conservando la España su fisonomía especial. se desarrolla su vida en orden inverso. Antes. al través del fraccionamiento y de la variedad, manteníase vivo un fondo de carácter que recordaba la identidad del antiguo origen y hacía presagiar la unidad futura; después. en medio de la unidad. conservan los pueblos sus espéciales y primitivos hábitos. y con el recuerdo de lo que fueron. las tendencias al aislamiento pasado. Antes. la unidad en la variedad; después. la variedad en la unidad. Pueblo siempre uno y múltiple. como su estructura geográfica. y cuya particular organización hace sobremanera complicada su historia, y no parecida á la de otra nación alguna.

Y á pesar de tener tan en relieve designados sus naturales límites, jamás pueblo alguno sufrió tantas invasiones. El Oriente. el Norte y el Mediodía. la Europa y el Africa, todos se conjuran sucesivamente contra él. Pero tampoco ninguno ha opuesto una resistencia tan perseverante y tenaz á la conquista. A fuerza de tenacidad y de paciencia acaba por gastarlos á todos, y por vivir más que ellos.

El valor. primera virtud de los españoles. la tendencia al aislamiento. el instinto conservador y el apego á lo pasado. la confianza en su Dios y el amor á su religión, la constancia en los desastres y el sufrimiento en los infortunios, la bravura. la indisciplina. hija del orgullo y de la alta estima de sí mismo. esa especie de soberbia. que sin dejar de aprovechar alguna

vez á la independencia colectiva, le perjudica comunmente por arrastrar demasiado á la independencia individual. germen fecundo de acciones heroicas y temerarias, que así produce abundancia de intrépidos guerreros. como ocasiona la escasez de hábiles y entendidos generales, la sobriedad y templanza. que conducen al desapego del trabajo, todas estas cualidades que se conservan siempre. hacen de la España un pueblo singular que no puede ser juzgado por analogía. Escritores muy ilustrados han incurrido en errores graves y hecho de ella inexactos juicios. no imaginando que pudiera haber un pueblo cuyas condiciones de existencia fuesen casi siempre diferentes. muchas veces contrarias á las del resto de Europa.

¿Qué más? Como si la Providencia hubiera querido hacer resaltar del modo más visible el destino especial de esta Península, colocó al lado del pueblo más vivo y más impaciente, el más bien hallado con sus antiguos hábitos; al lado del más descontentadizo y dado á las novedades, el menos agitado por los cuidados del porvenir; de la nación más activa y más voluble, la menos aficionada á crearse nuevas y facticias necesidades: como si estuviesen destinados los dos vecinos pueblos, Francia y España, á contrabalancear la impetuosa fogosidad del uno con la fría calma del otro, ó á alentar el instinto estacionario de éste con el afán innovador de aquél. ¡Cuántas veces ha influído en bien de la vida universal de la humanidad este carácter compensador de los dos pueblos más occidentales de Europa!

Y no obstante, cuando este país habitualmente inactivo, rompe su natural moderación, y rebosando vida y robustez se desborda con un arranque de impetuosidad desusada, entonces domina y sujeta otros pueblos. sin que baste nada á resistirle; descubre y conquista mundos; aterra. admira, civiliza á su vez, para volver á encerrarse en sus antiguos límites, como los ríos que vuelven á su cauce después de haber fecundado en su desbordamiento dilatadas campiñas.

Mas el apego á lo pasado no impide á la España seguir, aunque lentamente, su marcha hacia la perfectibilidad; y cumpliendo con esta ley impuesta por la Providencia, va recogiendo de cada dominación y de cada época una herencia provechosa, aunque individualmente imperfecta, que se conserva en su idioma, en su religión, en su legislación y en sus costumbres, Veremos á este pueblo hacerse semi-latino, semi-godo, semi-árabe, templándose su rústica y genial independencia primitiva con la lengua, las leyes y las libertades comunales de los romanos, con las tradiciones monárquicas y el derecho canónico de los godos, con las escuelas y la poesía de los árabes Verémosle entrar en la lucha de los poderes sociales que en la Edad media pugnan por dominar en la organización de los pueblos Veremos combatir en él las simpatías de origen con las antipatías de localidad las inmunidades democráticas con los derechos señoriales la teocracia y la influencia religiosa con la feudalidad y la monarquía. Verémosle sacudir el yugo extranjero y hacerse esclavo de un rey propio; conquistar la unidad material, y perder las libertades civiles; ondear triunfante el estandarte combatido de la fe, y dejar al fanatismo erigirse un trono Verémosle más adelante aprender en sus propias calamidades y dar un paso avanzado en la carrera de la perfección social; amalgamar y fundir elementos y po-

deres que se habían creído incompatibles, la intervención popular con la monarquía, la unidad de la fe con la tolerancia religiosa, la pureza del cristianismo con las libertades políticas y civiles; darse, en fin, una organización en que entran á participar todas las pretensiones razonables y todos los derechos justos. Veremos refundirse en un símbolo político, así los rasgos característicos de su fisonomía nativa como las adquisiciones heredadas de cada dominación, ó ganadas con el progreso de cada edad. Organización ventajosa relativamente á lo pasado, pero imperfecta todavía respecto á lo futuro, y al destino que debe estar reservado á los grandes pueblos según las leyes infalibles del que los dirige y guía.

¿Cómo ha ido pasando la España por todas estas modificaciones? ¿Cómo ha ido llegando el pueblo español al estado en que hoy á nuestros ojos se presenta? ¿Cómo se ha ido desarrollando su vida propia y su vida relativa? Echemos una ojeada general por su historia, examinemos rápidamente cada una de sus épocas.

III

El Asia, cuna y semillero de la raza humana, surte de pobladores á Europa. Tribus viajeras, que á semejanza del sol caminan de Oriente á Occidente, vienen también á asentarse en este suelo que tomó después el nombre de España. Los primeros moradores de que las imperfectas y oscuras historias de los más apartados tiempos nos dan noticia, son los iberos,

Pero otra raza de hombres viene á turbar á los iberos en la pacífica posesión de la Península. Los celtas, *hombres de los bosques*, no tardan en chocar con los iberos, *hombres del río*. Mas, ó demasiado iguales en fuerzas para poderse arrojar los unos á los otros, ó conocedores en medio de su estado incivil de sus intereses, acaban por aliarse y formar un solo pueblo bajo el nombre de celtíberos. Acaso prevalezca el carácter ibérico sobre el celta, y le imprima su civilización relativa. Y aunque las dos primitivas razas conserven algunos rasgos distintivos de su carácter, sus cualidades comunes, tales como nos las pinta Estrabón en el monumento que arroja más luz sobre aquellos tiempos ante-históricos, son el valor y la agilidad, el rudo desprecio de la vida, la sobriedad, el amor á la independencia, el odio al extranjero, la repugnancia á la unidad, el desdén por las alianzas, la tendencia al aislamiento y al individualismo, y á no confiar sino en sus propias fuerzas

Los iberos y los celtas son los creadores del fondo del carácter español. ¿Quién no ve revelarse este mismo genio en todas épocas, desde Sagunto hasta Zaragoza, desde Aníbal hasta Napoleón? ¡Pueblo singular! En cualquier tiempo que el historiador le estudie, encuentra en él el carácter primitivo, creado allá en los tiempos que se escapan á su cronología histórica.

Menester era, no obstante, que la civilización de otros pueblos más adelantados viniera á suavizar algún tanto la ruda energía de aquellos primeros pobladores. La Biblia había elogiado el oro de Tharsis, y creíase que los Campos Elíseos de Homero eran las riberas del Betis. Alicientes eran éstos que no podían dejar de excitar la codicia de los especuladores fenicios, los más acreditados navegantes de su tiempo, y pronto se vió á los

bajeles tirios aportar á las playas meridionales de España. El litoral de la Bética se abre sin dificultad á aquellos mercaderes inofensivos, que parece no vienen á hostilizar el país, sino á erigir un templo á Hércules, y á cambiar artefactos desconocidos por un oro cuyo precio tampoco conocen los naturales. Ellos avanzan, establecen factorías de comercio, explotan minas, trasportan las riquezas á Tiro, y dejan á los iberos algunas mercancías y las primeras semillas de una civilización.

Resonaba ya en Grecia la fama de las riquezas de nuestra Península, y á su vez los griegos de Rodas, los de Zante y los focenses, acuden á este suelo afortunado; fundan á Rosas, Sagunto, Denia y Ampurias, y enseñan á los españoles el culto de Diana y el alfabeto de Cadmo, aprendido de los fenicios y modificado por ellos. Tampoco oponen los naturales gran resistencia á los nuevos colonizadores, porque hasta ahora sólo han experimentado los dos más suaves sistemas de civilización, el del comercio y el de las letras.

Pero no tardan los fenicios en inspirar recelos á los indígenas, que apercibidos de su credulidad, y viendo de mal ojo la arrogancia de aquéllos, y el ascendiente que les permite tomar su excesiva opulencia, comienzan á dar las primeras muestras de su humor independiente y altivo, y no dejan gozar de reposo á los colonos de Cádiz, guerreándolos y hostigándolos sin piedad. Los gaditanos en su apuro acuden en demanda de auxilio á sus hermanos de Cartago, colonia también de Tiro é hija suya emancipada, que habiendo asesinado á su madre por heredarla, no es extraño que se propusiera matar también á su hermana de Cádiz fingiéndose su protectora.

El ataque de los españoles á los fenicios es la primera protesta de su independencia; la venida de los cartagineses, el primer anuncio de las rudas pruebas que los aguardan; y la expulsión de los fenicios por sus hermanos de Cartago el primer ejemplo que en España se ofrece de cómo los auxiliadores invocados suelen trocarse en dominadores y enemigos. En nuestra historia veremos cuán fácilmente olvidan los hombres estos aleccionamientos.

En efecto, apenas sientan los cartagineses su planta en España, estos mercaderes y guerreros sin corazón, atacan igualmente á fenicios, á griegos y á indígenas. A beneficio de la antigüedad y superioridad de sus armas subyugan el litoral, brecha siempre abierta á la invasión; pero no penetran en el inmenso laberinto de la España central sin tener que sufrir serios choques y obstinada resistencia de parte de un pueblo rudo, pero libre. La lucha dura siglos enteros, y Cartago conquista, pero no domina.

Difirióse la conquista de España mientras la república entretenía sus ejércitos en las guerras de Sicilia y de Africa. Pero el león de Numidia, que no ha cesado de atisbar su presa de España, no esperaba sino una ocasión oportuna para lanzarse sobre ella. Presentóse esta ocasión después de la primera guerra púnica, y Cartago, que medita resarcirse en España de sus pérdidas de Sicilia, desemboca en ella sus mayores ejércitos y sus mejores generales. El genio de la conquista se encontró con el genio de la resistencia, y á Aníbal, el mayor guerrero del siglo, respondió Sagunto, la ciudad más heroica del mundo. De las ruinas humeantes de Sagunto salió una voz que avisó á las generaciones futuras de cuánto era capaz el heroís-

mo español. Trascurridos millares de años, el eco de otra ciudad de España, con ella todo el pueblo, respondió á la voz de Sagunto, mostrando que al cabo de veinte siglos no había sido olvidado su alto ejemplo.

Roma aparece á su vez en nuestro suelo. Pero no viene á socorrer á Sagunto su aliada. Se le ha pasado el tiempo en meditarlo, y es tarde Viene á distraer á sus rivales cartagineses, que amenazaban acabar con el poder romano en el corazón mismo de la república, y desde entonces queda señalada y como de mutuo y tácito acuerdo elegida esta región para teatro sangriento en que las dos más poderosas y eternamente enemigas repúblicas se han de disputar el imperio del mundo. Tratábase de decidir en esta lucha si la esclavitud del género humano saldría del senado de Cartago ó del de Roma. Los españoles, en vez de aliarse entre sí para lanzar de su suelo á unos y á otros invasores, se hacen alternativamente auxiliares de los dos rivales contendientes, y se fabrican ellos mismos su propia esclavitud. Es el genio ibero, es la repugnancia á la unidad y la tendencia al aislamiento el que les hace forjarse sus cadenas. Hombres individualmente indomables, se harán esclavos por no unirse. Los veremos tenaces en conservar sus virtudes como sus defectos. Las mismas causas, los mismos vicios de carácter y de organización traerán en tiempos posteriores la ruina de España, ó la pondrán al borde de su pérdida.

Decídese después de largas luchas en los campos españoles que el cetro del mundo pertenecerá á Roma. La cuestión no la resuelven ni la superioridad de las armas romanas sobre las cartaginesas, ni la de los talentos de Escipión sobre los de Aníbal. Resuélvenla los españoles mismos, que más simpáticos hacia los romanos, porque han tenido el artificio de presentarse más nobles y generosos hacia ellos, se identifican más con su causa, y les prestan mayor y más eficaz auxilio. Roma triunfa, y los cartagineses son expulsados de España. Quedaron aquí las cenizas de Amilcar y de Asdrúbal, y muchos testimonios de la fe púnica. Por lo demás, ni una institución política, ni un pensamiento filantrópico, ni una idea humanitaria. Pasó su fugitiva dominación como aquellos meteoros que destruyen sin fecundar.

Escipión victorioso, pasa á Roma á dar gracias á Júpiter Capitolino. Escipión se creyó dueño de España con la expulsión de los cartagineses, y no había hecho sino vencer á Cartago en España. Lisonjeábase de haber añadido una provincia más al imperio, y se equivocó en doscientos años. Ni Escipión ni el senado pudieron imaginarse entonces que habían de pasar dos siglos antes de poder llamar á España provincia de Roma.

Ciertamente si todos los romanos hubieran sido Escipiones, si todos se hubieran conducido como el generoso vencedor de Cartagena, nada más fácil á Roma amiga que haberse convertido en Roma señora. Mas cuando los españoles se vieron tratados, no como aliados ó amigos, sino como un pueblo conquistado; cuando se vieron sometidos á una serie de avaros procónsules y de pretores codiciosos, explotadores procaces de sus riquezas, con un sistema regularizado de exacciones y de rapiñas en más ancha escala que las habían ejercido los cartagineses, entonces se apercibieron de su decepción, resucitó el innato y fiero humor independiente de los indígenas, y dió principio la guerra de resistencia, cadena perpetua de sumisiones y de rebeliones siempre renacientes, que comenzó por los ilergetes

y acabó dos siglos después por los cántabros y astures, y que costó arroyos de sangre á los españoles y ríos de sangre á los romanos.

¡Cosa singular! Aquellos españoles que enseñaron al mundo de cuánto era capaz el genio de la independencia, ayudado del valor y de la perseverancia, no pudieron aprender ellos mismos la más sencilla de todas las máximas, la fuerza que da la unión. O tan desconocido, ó tan opuesto era á su genio este principio de que un estado moderno ha hecho su símbolo nacional.

Viriato, ese tipo de guerreros sin escuela de que tan fecundo ha sido siempre el suelo español, que de pastores ó bandidos llegan á hacerse prácticos ó consumados generales; Viriato derrota cuantos pretores ó cónsules, y cuantas legiones envía Roma contra él. Pero los españoles, en vez de agruparse en derredor de la bandera de tan intrépido jefe, permanecen divididos, y Viriato pelea aislado con sus bandas. Aun así desbarata ejércitos, y hace balancear el poder de la república, que en su altivez no se avergüenza de pedirle la paz; y no sabemos dónde hubiera llegado, si la traición romana no hubiera clavado el puñal asesino en el corazón del generoso guerrero lusitano. ¿Qué fuera si le hubiera ayudado el resto de los españoles?

Numancia, la inmortal Numancia, que probó con su ejemplo lo que nadie hubiera creído, á saber, que cabía en lo posible exceder en heroísmo y en gloria á Sagunto; Numancia, terror y vergüenza de la república, vencedora de cuatro ejércitos con un puñado de valientes; Numancia, cuando se ve apurada, aunque no combatida, por el formidable ejército de Escipión, demanda socorro á sus vecinos, sus mandatarios le imploran de pueblo en pueblo, pero en vez de auxilio eficaz encuentran sólo una compasión estéril, y Numancia se defiende sola y entregada á sus propias y escasas fuerzas. Así con todo, el mundo duda por algún tiempo cuál de las dos será la vencedora y cuál la vencida, si Roma ó Numancia, si la señora del orbe ó la pobre ciudad de la Celtiberia. ¿Qué hubiera sido, pues, de Roma y de los romanos, si los jamás confederados españoles hubieran unido sus fuerzas, aisladamente formidables, en torno del guerrero ó de la ciudad, de Viriato ó de Numancia?

Pero si los españoles, entonces medio inciviles, no aprendieron en dos siglos de costosa prueba á emplear el medio de la unión que hubiera podido darles el triunfo, aun es más de maravillar que la civilizada Roma no empleara á su vez otro medio de conquista más suave, más pronto y más seguro que el de las armas, y más económico de sangre y de esfuerzos, el de ganar los corazones de los españoles con la generosidad.

Aníbal había fingido amarlos, y fué la causa de que á pesar del sacrificio de Sagunto le siguieran aquellos españoles que le dieron los triunfos de Trasimeno y Cannas. Los Escipiones hallaron auxiliares donde quiera que supieron buscar amigos, y ganando primero los corazones españoles, ganaban después batallas á los cartagineses. Más tarde Sertorio, proscrito romano, busca un asilo en España, estudia el carácter de este pueblo tan indomable por el rigor como fácil de ganar por la dulzura, le encuentra agriado por las injusticias de Roma, le acaricia, halaga el orgullo nacional, se muestra justo y benéfico, y captándose el afecto de los naturales, acuden

éstos en masa en derredor de un hombre, que en el hecho de ser generoso y justo ha dejado de ser para ellos extranjero. El proscrito de Sila se encuentra al poco tiempo en actitud de desafiar la república. y á punto de emancipar la España ó de hacer de ella una segunda Roma. Y si no se completó su obra. fué porque Sertorio tuvo la virtud y el defecto de no acabar de ser español y no querer dejar de ser romano. A pesar de esto, Sertorio perece víctima de la negra traición de un general, romano como él, y los soldados españoles llevan su fidelidad al jefe extranjero hasta el punto de darse la muerte por no sobrevivirle.

Tal había sido constantemente su conducta. Y sin embargo de estos ejemplos. Roma. siempre ciega. no aprendió nunca á ser generosa. como España. siempre crédula y siempre fraccionada. no aprendió nunca ni á desconfiar. ni á unirse. Ni Roma ni España aprendieron lo que les convenía. y estuvieron doscientos años destrozándose sin conocerse.

Venció por último el número al valor. y se decidió en los campos ibéricos que Roma quedaba señora de España y del mundo. Restaba saber á cuál de los jefes que representaban las parcialidades ó bandos que dentro de la misma república se disputaban el cetro de la universal dominación. le quedaría ésta adjudicada. También tuvo España el triste privilegio de ser el teatro escogido para el desenlace de este drama largo y sangriento. Los españoles, incorregiblemente sordos á la voz de la unidad, fáciles en apasionarse de los grandes genios, y fieles siempre á los que una vez juraban devoción ó alianza. en vez de limitarse á presenciar con ojo pasivo é indiferente. ó á celebrar en un caso con maliciosa y perdonable sonrisa cómo agotaban entre sí sus fuerzas los dos ambiciosos rivales, cometieron la última imprudencia, la de pelear, ya en favor de César, ya en el de los Pompeyos. acabando así de forjarse los hierros de su esclavitud. que esto y no otra cosa podían esperar cualquiera que fuese el que ciñera el laurel de la victoria.

En los campos de Munda se pronunció el fallo que declaró al vencedor de Farsalia dueño de España y del orbe. En aquel vasto cementerio de cadáveres romanos quedó sepultada la independencia española. César redondea su conquista apoderándose de unas pocas ciudades todavía rebeldes. y dando por terminado el papel de conquistador. comienza el de político. regularizando una administración en la Península, de cuya pureza, sin embargo. no dejó consignado el mejor ejemplo personal. Sin duda aquel mismo Hércules de Cádiz, que antes había visto á César obligar al ávido Varrón á devolver los tesoros que había robado de su templo, no debió ver con satisfacción á aquel mismo César despojarle de ellos á su vez. Pero hacíanle falta para pagar la venalidad del pueblo romano. y comprar á peso de oro los votos de los comicios.

Debieron lisonjear mucho al vencedor los nombres de *Julia* ó de *Cesárea* con que se apresuraron á apellidarse muchas poblaciones españolas, engalanándolos con alguna de las virtudes del conquistador.

Antes de salir de España quiso César plantar con su mano en la elegante Córdoba el famoso plátano que inmortalizó la graciosa musa del español Marcial: plátano que había de simbolizar la civilización romana. hasta que sobre sus secas raíces creciera, tiempo andando, en los mismos

jardines de Córdoba la esbelta palma de Oriente, plantada por el califa poeta Abderrahmán, emblema de otra civilización que reemplazaba á la romana; viniendo á ser aquella ciudad favorecida el centro de dos civilizaciones, representadas en dos árboles, plantados por las manos del genio del Mediodía y del genio del Oriente.

Parecía que no faltaba ya nada á Roma para ser señora absoluta de España; y así hubiera acontecido en todo otro país en que estuviera menos arraigado el amor á la independencia. Pero habíase éste refugiado y conservábase en las montañas, último baluarte de las libertades de los pueblos, como las cuevas suelen ser el postrer asilo de la religión perseguida. Era ya Roma dueña del mundo, y solamente no lo era todavía de algunos rincones de España habitados por rudos montañeses, en cuyas humildes cabañas no había logrado penetrar ni el genio de la conquista ni el genio de la civilización. Los cántabros y los astures se atrevieron todavía á desafiar ellos solos, pocos, pobres é incivilizados, el poderío inmenso de la justamente enorgullecida Roma. Parece que la soberbia romana hubiera debido mirar con desdeñosa indiferencia la temeraria protesta de aquellas pobres gentes, como los últimos impotentes esfuerzos de un moribundo. Y sin embargo, fué menester que el mismo Augusto descendiera del solio que el mundo acababa de erigirle, para venir en persona á combatir á un puñado de montaraces. En esta desigual campaña pudo recoger un triunfo que no era posible disputarle, pero triunfo sin gloria; la gloria fué para los vencidos, que sólo lo fueron ó recibiendo la muerte ó dándosela con propia mano.

Ya Augusto había cerrado solemnemente el templo de Jano, signo de dar por pacificado el mundo, y todavía de los riscos de Asturias, de allí donde en siglos posteriores había de revivir el fuego de la independencia, salió el último reto de la libertad contra la opresión. Augusto pudo avergonzarse de haberse anticipado á cerrar el templo del dios de las dos caras. Otra lucha todavía más desigual, y por lo tanto menos gloriosa para las armas romanas, acababa de decidir el triunfo definitivo. Los cántabros y astures, oprimidos por el número de sus enemigos, ó buscan una muerte desesperada en las lanzas romanas, ó se la dan con sus propios aceros; en los valles y en los montes se reproducen las escenas de Sagunto y de Numancia; las madres degüellan á sus propios hijos para que no sobrevivan á la esclavitud, y sólo así logran las águilas romanas penetrar en las montuosas regiones de la Península.

«La España (ha dicho el más importante de los historiadores romanos), la primera provincia del imperio en ser invadida, fué la última en ser subyugada.» No somos nosotros, ha sido el primer historiador romano el que ha hecho la más cumplida apología del genio indomable de los hijos de nuestro suelo.

IV

Reducida España á simple provincia de Roma, con dioses, lengua, leyes y costumbres romanas, cesa ó se interrumpe por siglos enteros lo que podemos llamar su historia activa y propia, y comienza su historia política, si bien refundida en su mayor parte en la del antiguo mundo europeo.

Tocóle á Octavio Augusto llenar una de las más bellas misiones que pueden caber á un mortal, la de pacificar el mundo que César había conquistado; y España bajo la paz octaviana recibe la unidad y la civilización á cambio de la independencia perdida. Bajo su benéfica administración descansa España de sus largas guerras. y recibiendo un trato y unas mejoras á que no estaba acostumbrada. no es maravilla que levante templos y altares al primer señor del mundo á quien la lisonja humana había divinizado. Cierto que serían más hijas del cálculo que del sentimiento las virtudes que le merecieron la apoteosis, y que invocó á las musas para que cubrieran con laureles el cetro con que avasallaba el mundo. Pero los tiempos y los hombres vinieron á enseñar que le faltaba mucho á Augusto para ser el peor de los tiranos.

España vencida ganó en civilización lo que perdió en independencia. Recibió artes y letras. lenguaje. culto y leyes tutelares; vió su suelo cubierto de obras magníficas de utilidad y de belleza; de puentes. de acueductos. de grandes vías de comunicación abiertas por entre las barreras de las montañas, y fué adquiriendo para sus naturales. ya derechos de ciudadanía. ya participación en las altas dignidades del imperio. Sufrió una catástrofe. y entró en el número de los pueblos civilizados. Trascurridos siglos. volverá á perder su unidad. y volverá á recobrar su independencia y su integridad material sin el sacrificio de la libertad civil; hasta que con el tiempo logre amalgamar estos grandes bienes de los pueblos: que así lentamente y por extraños caminos van marchando las naciones en la larga carrera de su mejoramiento social.

En el cuadro siguiente veremos á España llorando á Augusto bajo Tiberio. llegando á sentir á Tiberio bajo el perverso Calígula y los demás monstruos que deshonraron el trono imperial. Ella es la que liberta al mundo de la feroz tiranía de Nerón. siendo después mal correspondida por Galba. Vespasiano la dota de los derechos de ciudad latina. Tito la hace gozar de las dulzuras que derrama sobre el género humano. Trajano la enriquece de soberbios monumentos. es feliz bajo los Antoninos. agóbianla los Domicianos y los Decios, y participa de la común suerte de las provincias del imperio, según que en el trono imperial se sienta la virtud ó el vicio. el lujo ó la modestia. la magnificencia ó la codicia. la dulzura filosófica ó la tiranía brutal. ó el desenfreno personificado y el desencadenamiento de todos los crímenes.

Aun en los siglos en que fué España una provincia del imperio. tiene su historia propia y sus glorias especiales. Consultemos la misma historia romana. escrita por nuestros propios dominadores. «El primer cónsul extranjero que hubo en Roma (nos dice) fué un español. El primer extranjero que recibió los honores del triunfo. español también. El primer emperador extranjero. español igualmente.» ¡Dichoso suelo. que tuvo el privilegio de recoger las primicias de la participación que la señora del orbe se vió obligada á dar en las altas dignidades del imperio á otros que no fuesen romanos!

Ni fué sólo un emperador el que España suministró á Roma. Trajano el Magnífico. Adriano el Ilustre. Teodosio el Grande fueron españoles. Marco Aurelio el Filósofo. era un vástago de familia española. Diríase que

España se había propuesto abochornar á Roma, dándole emperadores virtuosos é ilustres á cambio de los pretores rapaces y de los gobernadores avaros que ella durante la conquista le había regalado.

Con no menos generosidad le pagó su ilustración literaria. No creería Roma que la semilla de esta educación había de caer en un suelo tan agradecido, que antes de trascurrir cincuenta años le había de volver España una literatura, y que á los Virgilios y Horacios del tiempo de Augusto había de responderle con los Lucanos y los Sénecas del tiempo de Nerón, ni menos que la literatura española habría de imprimir á la romana el sello de su gusto nativo y de trasmitirle hasta sus defectos: influencia que no tuvo la dicha de ejercer otra provincia alguna del imperio.

Debió no obstante España á su dominadora una institución, con la cual parece haberla querido consolar de la libertad que le había arrancado; institución destinada á aclimatarse en este suelo, y á ser el germen y el principio restaurador, no ya de su libertad primitiva, sino de otra libertad más culta y más regularizada. Verémosla plantarse, desarrollarse, crecer, ocultarse á veces, resucitar después, y bajo una forma ú otra, ó vencer ó protestar perpetuamente contra todo lo que tienda á destruirla. Aun conservan el nombre de municipios esas pequeñas repúblicas comunales que más adelante se crearon en España, aunque modificadas en su organización y en sus funciones.

Pero la civilización romana era demasiado imperfecta para que pudiera llenar los altos fines de la creación. Era la civilización de la guerra, de la conquista y de la servidumbre, y el mundo necesitaba ya otra civilización más pura, más suave y más humanitaria. Sus dioses eran tan depravados como sus señores, y la humanidad no podía consolarse con un Olimpo de divinidades inmorales, y con un gobierno de hombres que se decretaban á sí mismos la apoteosis, que divinizaban los crímenes, y hacían dar culto á las bestias. La antigua sociedad iba cumpliendo el plazo que le estaba marcado, porque su corazón estaba tan gangrenado como sus ídolos, y tenía que morir. Era menester un grande acaecimiento que cambiara la faz del mundo y regenerara la gran familia humana. Esta obra estaba prevista: sonó la hora del cumplimiento de las profecías, y nació el cristianismo.

Y vino el cristianismo al tiempo que había de venir, como todas las grandes revoluciones preparadas por Dios Vino á dar la unidad al mundo, cuando la unidad se iba á disolver. Vino á reformar por la caridad una sociedad que la espada había formado y que la espada destruía Vino á predicar la abnegación, cuando la doctrina sensual del epicureismo amenazaba acabar de corromper á los hombres, si algo les faltaba. Vino á inculcar el sacrificio incruento del espíritu, cuando los sangrientos holocaustos humanos servían de placentero espectáculo á los hombres y á las matronas, y de alegre y sabroso recreo á las delicadas doncellas. Vino á enseñar que los esclavos que se arrojaban á pelear con las fieras, y á servirles de pasto eran iguales á los emperadores ante la presencia de Dios. ¡Doctrina sublime!

Humilde al nacer el cristianismo, y lento en propagarse, como todo lo que está destinado á una duración larga y segura, va poco á poco minando

sordamente el viejo y carcomido edificio de la gentilidad; poco á poco va subiendo desde la choza hasta el trono; desde la red del pescador hasta la púrpura imperial. Pero todavía después de haber enarbolado Constantino sobre el trono de los Césares el lábaro de la fe. los cargos públicos se conservaban en manos paganas. el senado era pagano. y los decrépitos ídolos tenían la jactancia de estar en mayoría y de creerse inmortales. Todavía en las márgenes del Duero recibían Diana y Pasiphae la ofrenda de una vaca blanca inmolada en celebridad *de la superstición cristiana extinguida.* Hombres y dioses se pagaban de estas ceremonias pueriles. mientras el cristianismo. que daban por extinguido. se iba infiltrando suavemente en los corazones y ganándolos al nuevo culto.

La nueva religión encomienda su triunfo á la tolerancia y á la caridad; la vieja religión apela para sostenerse á las fieras y á los patíbulos. Constantino. emperador cristiano. ordena que no se inquiete á nadie. que cada cual siga la religión que más guste. y que paganos é infieles sean igualmente considerados: los emperadores y procónsules paganos gritan: «Cristianos á las hogueras; cristianos á los leones.» ¡Qué contraste! Pero las llamas que consumen el cuerpo de una doncella inocente. encienden la fe en el corazón de sus compañeras. y ganan al cristianismo multitud de vírgenes. La cuchilla del verdugo cercena el cuello de una víctima. y los hombres de valor. al observar que la fe cristiana inspira el heroísmo. proclaman que ellos también quieren ser héroes; y antes se cansan los brazos de los sacrificadores que falte quien se ofrezca al sacrificio. Otros se refugian á las catacumbas: el cristianismo no se compone sólo de mártires y de héroes; admite también en su seno á los pobres de espíritu.

El martirio no podía retraer de hacerse cristianos á los españoles. siendo los descendientes de aquellos antiguos celtíberos tan despreciadores de la vida. Así fué. que además de los campeones de la nueva fe que de cada ciudad fueron brotando aisladamente en esta lucha generosa, sólo Zaragoza bajo la frenética tiranía de Daciano añadió tantos héroes al catálogo de los mártires. que por no poderse contar se llamaron los *innumerables.* Esta ciudad. que dió innumerables mártires á la religión, había de dar, siglos andando. innumerables mártires á la patria.

Acude luego la filosofía en apoyo del nuevo dogma. y la voz robusta y elocuente de los Ciprianos y los Tertulianos disipa las más brillantes utopías de los agudos ingenios del paganismo. los Sócrates y los Platones; y derrama la verdadera luz sobre el enigma de la vida. hasta entonces ni descifrado ni comprendido. El politeísmo recibe con esto un golpe mortal, de que ya no alcanzarán á levantarle las doctrinas de la vieja escuela. Juliano. emperador filósofo y apóstata astuto, se propuso eclipsar las glorias de Constantino. y tuvo que resignarse á ser ejemplo y testimonio de que la idolatría había acabado virtualmente. «¡Venciste. oh Galileo!» exclamó: emitió una blasfemia. y blasfemando proclamó una verdad.

Descuella en esta época sobre todas las figuras de su tiempo un personaje bello y colosal Sabio. virtuoso. activo y elocuente. tan enemigo del paganismo como de la herejía (que la herejía vino luego á luchar con la fe ortodoxa para depurarla en el crisol de la controversia). difunde la luz de su ciencia en los concilios. preside con dignidad estas asambleas cató-

licas. combate con vigor la herejía arriana. escapa de la amenazante cuchilla de los verdugos de Diocleciano, expone con valor á Constancio la doctrina de la separación de los poderes temporales y espirituales, que el emperador oye con escándalo y el mundo escucha por primera vez con sorpresa. A la edad de cien años cruza dos veces de una á otra extremidad del imperio defendiendo siempre la causa del cristianismo. Este venerable y gigantesco personaje era un español. era Osio. obispo de Córdoba. La España suministrando emperadores ilustres á Roma: la España suministrando prelados insignes á la naciente Iglesia.

Pero el politeísmo, minado ya por la doctrina de la unidad, no había de acabar de caer hasta que fuese derribado por la fuerza. El paganismo y el imperio, los desacreditados dioses y los corrompidos señores, debían caer con estrépito y simultáneamente: engrandecidos por la fuerza. á la fuerza habían de sucumbir. ¿Mas dónde está. y de dónde ha de venir esa fuerza que ha de derrocar el coloso? La Providencia, hemos dicho en el principio de este discurso, cuando suena la hora de la oportunidad, dispone los hechos para el triunfo de las ideas.

Para eso han estado escalonadas siglos há desde el Tanais hasta el Danubio. amenazando al imperio. ese enjambre de tribus y de poblaciones bárbaras, lanzadas y como escupidas por el Asia hacia el Norte de Europa. Las más inmediatas constituyen como una barrera entre la barbarie y la civilización. Son los godos. vanguardia de otras razas más salvajes todavía que empujados por ellas se derraman como torrente devastador por las provincias romanas. Pelean. son rechazados. vuelven á guerrear y vencen. Cuando el emperador Valente quiso atreverse á combatirlos. expió su anterior debilidad, siendo quemado por ellos dentro de una choza miserable. El imperio bambolea; y antes se desplomara, si el español Teodosio, último destello de las antiguas virtudes romanas. y glorioso paréntesis entre la corrupción pasada y la degradación futura, no detuviera con mano fuerte su ruina, que sin embargo no puede hacer sino aplazar. Porque los destinos de Roma se iban cumpliendo. y era llegado el período en que tenía que decidirse la lucha entre la sociedad antigua y la sociedad nueva. Llegan á encontrarse de frente Honorio y Alarico. un emperador débil y un rey bárbaro: el romano degenerado no tiene valor para soportar la mirada varonil del hijo del Septentrión. El sucesor de los Césares huye cobardemente á Rávena. y deja abandonada la ciudad eterna á las hordas del desierto. Alarico humilla á la señora del mundo antes de destruirla. y Roma, para pagar el precio en que un godo ha tasado las vidas de sus habitantes. despoja los templos de sus dioses y reduce á moneda la estatua de oro del *Valor*. ¡Digna expiación de Roma pagana y de Roma afeminada! Ella misma saquea sus dioses, y el valor es inútil donde no ha quedado ya más que molicie.

No contento todavía el bárbaro, entra á saco la ciudad del Capitolio. y la depredadora del universo es entregada á su vez á un pillaje general.

La ciudad de los Césares ha sucumbido. se acabaron sus héroes, y sus divinidades han sido hechas pedazos. El genio de la barbarie se enseñorea de la que fué centro de una civilización de bacanales y de asiáticos deleites. ¿Quién ha guiado al instrumento de la destrucción? El mismo Alarico

lo reveló sin saberlo. «Siento dentro de mí, decía el godo, una voz secreta que me grita: «Marcha, y vé á destruir á Roma.» Era la voz de la Providencia: Alarico la sentía, pero el bárbaro no sabía su nombre.

¿Y qué significa la conducta de Alarico con los cristianos en Roma? El saquea, mata, derriba los ídolos, pero respeta los templos cristianos, perdona á los que buscan en ellos un asilo é interrumpe el saqueo para llevar en procesión las reliquias de un mártir. Es que Alarico y sus hordas traen una misión más alta que la de destruir. Es el genio del cristianismo que se anuncia como el futuro dominador del mundo, y que ha de asentar su trono allí mismo donde le tuvo la proscrita dominación pagana. Por eso estuvieron los godos tantos años en contacto con el imperio: porque era menester que cuando destruyeran los que estaban llamados á conquistar, vinieran ya ellos conquistados por la idea religiosa. Por eso la Providencia había dispuesto que los primeros invasores de la Europa meridional y occidental fueran los godos, los menos bárbaros de aquellas tribus salvajes, y los más dispuestos á recibir un principio civilizador. Ya se columbran las ideas que regirán al mundo en los tiempos venideros. Ellos traen además el sentimiento de la libertad individual, desconocido en las antiguas sociedades, y que será el elemento principal de progreso en las sociedades que van á nacer.

Pero antes tiene que pasar la humanidad por dolorosas calamidades. Es el período más terrible por que ha tenido que atravesar el género humano, porque también es la mudanza más grande que ha sufrido. El individuo padecerá mucho en estos días desgraciados, pero la humanidad progresará. Multitud de otras tribus bárbaras se lanzan como bandadas de buitres buscando presas que devorar, las unas por las regiones orientales, por las occidentales las otras del moribundo imperio romano. Suevos, alanos, vándalos, francos, borgoñones, hérulos, sármatas, y tantas otras razas de larga y difícil nomenclatura, se desparraman desde el Vístula y el Danubio hasta el Tajo y el Betis, llevando delante de sí la devastación y el exterminio; y los romanos, bárbaros y semi-bárbaros se revuelven en larga y confusa guerra, en la Alemania, la Italia, las Galias, la España y hasta el Africa. A pesar de lo que se había difundido ya el cristianismo, el mundo llegó á sospechar si Dios habría retirado de él la mano de su providencia. Entonces se dejó oir desde las regiones de Africa la elocuente y vigorosa voz de un Padre de la Iglesia, del obispo de Hipona, exhortando á la humanidad á que no desfalleciera en tanta angustia, y enseñando á los hombres que Dios había querido castigar al mundo antes de regenerarle, y que tendrían un término sus dolores.

Ciertamente, si la cólera divina hubiera tenido decretada más venganza, ningún instrumento hubiera podido elegir mejor para acabar de afligir la humanidad que el fiero jefe de los hunos, Atila, la más ruda figura histórica que han conocido los siglos. Mas cuando el feroz Atila se desprendió de los sombríos bosques de la Germania para venir á inundar con sus innumerables y salvajes hordas la tierra ya harto ensangrentada por sus predecesores, entonces se oyó en Occidente una voz estruendosa que proclamó: *No más bárbaros ya.* Y aliándose como providencialmente, romanos, godos, francos, los restos del mundo civilizado y las nuevas razas en

que se había inculcado la fe. salen al encuentro al más formidable de todos los bárbaros. y en los campos de Chalons se traba la batalla más horrible y más famosa de que dan noticia los anales del mundo. Atila es derrotado; la sangre de los hunos hace salir de su cauce los ríos; el león del desierto se retira á su cueva. á cuya entrada desahoga en espantosos rugidos su rabia impotente: la barbarie ha sido rechazada; los bosques germánicos cesan de arrojar salvajes. y si algunos se desgajan todavía. son ya repelidos por los mismos pueblos asentados en territorio romano; y la humanidad recibió un consuelo vislumbrando que la civilización se había salvado en aquella tremenda lid.

Durante esta angustiosa lucha de pueblos y de generaciones. el decrépito imperio romano. mutilado. atacado en su corazón y herido de muerte en su cabeza. va arrastrando una agonía prolongada. Despréndese cada día algún jirón de la vieja y gastada púrpura imperial. En Oriente se conserva un fantasma de poder. y el Occidente se asemeja á un cadáver palpitante. Odoacro reina al fin en Italia. y Roma concluye su misión. El imperio que comenzó por un hombre á quien el mérito hizo apellidar con el nombre divino de *Augusto*. termina en Occidente con otro hombre á quien por irrisión y sarcasmo se aplicó el de *Augústulo*. Este miserable ni siquiera tuvo la triste gloria de ser llamado el último romano: este título se le había arrebatado Aecio. postrer destello del antiguo valor de Roma.

Con toda esta ignominia acabó el imperio más poderoso que ha conocido el orbe.

V

Casi al mismo tiempo que Alarico saqueaba á Roma. al principio del siglo v de la era cristiana. franqueaban los Pirineos tres razas de bárbaros. cuya planta salvaje llevaba tras sí la devastación. el incendio y la muerte. Eran los suevos. los vándalos y los alanos. Viene á completar el cuadro desolador una hambre horrorosa y una peste mortífera. Faltan campos donde sepultar tantos cadáveres; el pueblo sabe con horror que una madre ha devorado uno tras otro sus cuatro hijos. y apedrea aquella mujer sin entrañas. La voz dolorosa de España resonó en toda Europa, y la Iglesia consignó sus lamentos en sus melancólicas letanías.

¿Serán éstos los pueblos destinados á heredar esta rica y fértil provincia? No: ni España lo merece. ni Dios lo permite. Unos y otros serán arrojados por otro pueblo menos indigno que ellos de ocupar este suelo privilegiado. los visigodos.

Esta misión comienza á llenarla Ataulfo. que por lo menos había tenido el mérito de no recoger para sí en el saqueo de Roma otro botín que á la bella Placidia. para convertirla de esclava en esposa. Prosíguela Walia con más fortuna. aunque á nombre todavía del imbécil emperador romano que se hacía la ilusión de dominar en España. Eurico es el que se atreve á emancipar abiertamente la España del expirante poder romano. y á conquistarla para sí. La España deja de ser romana y se hace goda. y Eurico aparece como un gigante que sentado sobre el Pirineo abarca con sus brazos la España entera y la Galia meridional. Es el mayor estado de Occidente que se ha formado sobre las ruinas del imperio.

Alarico II es víctima de la deslealtad de Clodoveo. rey de los francos, que le sonríe y halaga en un festín para quitarle alevosamente la vida en el campo de batalla. Pierden los godos en los campos de Poitiers una gran parte de la Galia gótica. y aunque conservan la Septimania. el asiento de la monarquía goda se fijará ya en la Península española. Aquí es donde ha de tener su centro. su fuerza. su porvenir. su declinación y su caída. En los tiempos de Alarico II. un siglo después de Alarico I. es cuando se ven formadas las tres grandes naciones neo-latinas. Italia. España y Francia, fundadas por las tres grandes razas septentrionales. ostrogodos. visigodos y francos. que se arrogaron la más pingüe herencia del desmoronado imperio.

Pasa la monarquía godo-hispana después de Alarico II. por alternativas y vicisitudes de decadencia y engrandecimiento; agítanla rebeliones intestinas. y la inquietan invasiones y guerras extrañas. Por dentro los indóciles vascos. cántabros y astures. de indomable genio. y los suevos de Galicia. reino ingerto. que aparece y desaparece. muere y resucita misteriosamente por períodos. Por el litoral, los griegos bizantinos. pegadizos huéspedes y vecinos incómodos. que servían para alentar banderías y conspiraciones y entretener las fuerzas del reino. Por el Pirineo oriental la raza franca. rival envidiosa de los visigodos. que hacía servir las diferencias religiosas para trabajarlos y enflaquecerlos. y les iba arrancando á pedazos las posesiones góticas de las Galias, Hasta Suintila ninguno pudo llamarse rey de toda España sin contradicción.

¿Cómo tan pronto se apoderaron los bárbaros del Norte de esta nación belicosa que por tantos siglos resistió á la más ilustrada y más poderosa república del mundo? ¿Es que había degenerado el genio indomable de los antiguos celtíberos? Algo había. Pueblo ya la España de artistas. de agricultores. de literatos y de clérigos. infectado de la inercia y la molicie de la corrompida civilización romana. no era fácil que resistiera al rudo empuje y á la salvaje energía del pueblo soldado. endurecido con el ejercicio de la guerra. y que contaba tantos guerreros como individuos. ¿Ni qué interés tenían ya los españoles en seguir viviendo bajo la coyunda de los gobernadores romanos? ¿No les sobraban motivos para mirar á los nuevos conquistadores como mensajeros de su libertad? Salviano lo dijo bien: «El común sentimiento de los españoles es que vale más la jurisdicción de los godos que la de los magistrados imperiales. ¡Ojalá, dicen. nos sea permitido vivir bajo las leyes de estos bárbaros!....» Lección grande. que enseña á los pueblos dominadores hasta dónde puede llevar á los pueblos oprimidos la exasperación. Explícase esto aun por sus causas naturales. y sin recurrir al espíritu superior que guiaba los acontecimientos por en medio de aquel caos de devastación y de sangre.

Pero la España bajo la dominación de los bárbaros no se hace bárbara. Al contrario. los bárbaros son los que se civilizan en ella. Demasiado incultos los godos para continuar la misión de Roma. pero los más aptos de todos los septentrionales para recibir la cultura. van cediendo al ascendiente de la civilización romano-hispana. y los conquistadores materiales del suelo español acaban por ser moralmente conquistados por los españoles.

La fusión se hace lenta y gradualmente. Al principio los dos pueblos, conquistado y conquistador, viven civilmente separados, aunque sometidos á un solo cetro. Una legislación rige para los godos, y otra para los romano-hispanos. Ni aun siquiera en el hogar doméstico pueden unirse las dos razas, porque la ley prohibe los matrimonios entre godos y españoles. Pero el convencimiento va haciendo desaparecer paso á paso esta situación anómala. La fuerza de la unidad material va obligando á la legislación á marchar hacia la unidad política. El más severo de los monarcas godos, Leovigildo, salta por encima de la prohibición legal, y se une en matrimonio con una española. El ejemplo práctico del trono protesta ya contra lo absurdo y lo irrealizable del derecho; y Chindasvinto y Recesvinto acaban de uniformar la legislación para los dos pueblos y autorizan solemnemente los matrimonios mixtos. Desaparecen las razas, y la nación es ya una ante la ley, en la familia y en el foro.

Igual fusión se había obrado ya en el principio religioso. Porque la unidad ante la ley humana hubiera sido demasiado imperfecta sin la unidad ante la ley divina.

Precisamente el cristianismo había de ser la base de la regeneración de la nueva sociedad, y no era posible que ésta prosperara sin la unidad en la fe. Arrianos los godos, y católicos en su mayor parte los españoles, la herejía en el trono y la ortodoxia en el pueblo, no podía haber unión ni concordia mientras las creencias no se amalgamaran y fundieran. ¿Y por qué eran arrianos los godos?

Ni ellos mismos lo sabían. Cuando se derramaron por las provincias imperiales y se pusieron en contacto con la sociedad romana, el emperador Valente, que era arriano, les envió misioneros que les predicaran el arrianismo. Dispuestos los godos en su rudeza semi-salvaje á recibir una doctrina religiosa que aventajaba evidentemente á la suya (si tal nombre se puede dar al grosero culto que de sus bosques traían), incapaces de percibir esas divergencias al parecer impalpables que el espíritu de discusión establece ó encuentra en los sistemas religiosos, queriendo hacerse cristianos adoptaron la fórmula arriana, y se hallaron herejes sin apercibirse de que lo eran. Con la misma docilidad se hubieran hecho católicos.

Y sin embargo, esta diferencia en el dogma trajo á los godos consecuencias inmensas y males sin cuento. Eurico, arriano, persigue á los obispos católicos, y se enajena las simpatías del clero español. Conquistador glorioso y dominador terrible, no logra dominar en los espíritus. Su hijo Alarico pierde la Galia meridional por ser arriano. Porque Clodoveo, ese Moisés de los francos, en quien Roma presentía ya al fundador de aquella monarquía que se había de aplicar el título de *hija mayor de la Iglesia*, les dice á sus soldados: «No puedo tolerar en paciencia que esos herejes estén poseyendo la mayor parte de la Galia; vamos contra ellos con la ayuda de Dios y del glorioso San Martín, y sometamos su país á nuestro poder.» Y los descontentos obispos de España ayudan al monarca extranjero y católico contra el monarca propio y arriano. Amalarico quiere obligar á su esposa Clotilde á que se haga arriana como él; ella lo resiste, el rey la maltrata, y la princesa católica envía á sus hermanos los reyes francos un lienzo ensangrentado para que vean cómo la trata el arriano, lo

que trae á los godos una funesta guerra por parte del rey Childeberto de París. La herejía arriana les produce guerras exteriores, sublevaciones intestinas, y escisiones graves en el palacio y hasta en el lecho real. Y los obcecados godos no acaban de conocer que la herejía es la gangrena que corroe el solio y el reino.

Faltó poco para que el príncipe Hermenegildo hubiera hecho triunfar el estandarte de la fe ortodoxa en la nación godo-hispana. Pero la política del monarca ahogó los sentimientos del padre, y el severo Leovigildo cerró los oídos á la voz de la religión, y el corazón á la voz de la piedad. El rigor paternal le despojó de las insignias reales, y la cuchilla del verdugo le dió la corona del martirio. La Iglesia ha santificado á Hermenegildo. Lástima que el príncipe católico hubiera tenido que levantar la espada del pueblo contra el monarca, y que el mártir se hubiera visto en el caso de ser un hijo rebelde. ¡Coincidencia singular! Siglos después, Hermenegildo es canonizado á instancias de otro monarca español, Felipe II, padre de un hijo rebelde también, y cuyo fin se pareció en lo desastroso al del príncipe godo. Pasan más siglos, y otro monarca español, Fernando VII, notado de impaciente por suceder á su padre, quiso perpetuar la memoria del príncipe godo, instituyendo una orden militar con la advocación de San Hermenegildo.

Pero decretado estaba que la enseña del catolicismo se había de plantar en el trono de los sucesores de Ataulfo, y que el imperio gótico español había de tener su Constantino como el romano. Las gradas del solio se habían teñido con la sangre de un mártir ilustre, y de las mismas gradas había de bajar la reparación. La muerte de Leovigildo arrastra tras sí la de la secta arriana. Recaredo sube al trono. «Declaro, exclama ante una asamblea de obispos, declaro que quiero ser admitido en el seno de la Iglesia católica. Y exhorto á los prelados arrianos aquí presentes, así como á los grandes del reino que asisten á esta asamblea, á que sigan é imiten mi ejemplo.» Todos se adhieren. La revolución religiosa se ha consumado. La España es católica. El imperio godo-hispano es uno en la religión, como lo había de ser en las leyes, ante Dios y ante los hombres. Si los monarcas españoles se decoran hoy con el título de Majestades Católicas, la historia nos enseña su origen, y nos lleva á buscarle en Recaredo.

También tuvo el arrianismo su Juliano como el politeísmo. También Viterico tuvo impulsos de querer volver á entronizar el desechado culto, y también alcanzó como Juliano un triste desengaño de su impopularidad y de su impotencia. Atrájose la reprobación unánime del pueblo, y se anticipó una muerte trágica. La fe ortodoxa había conquistado el trono español para no ser derrocada jamás.

Legislación y fe, espíritu legislativo y espíritu religioso, he aquí los dos principios, las dos bases de la nueva civilización. ¿Quién había de pensar que aquellos rústicos habitantes del Tanais y del Danubio, que tan agrestes y fieros se presentaban, habían de ser sabios legisladores? Y, sin embargo, fuéronlo casi todos los monarcas godos de España, desde Eurico hasta Egica. Eurico aspira á borrar con la gloria de legislador la mancha de asesino con que había subido al trono. Alarico, desgraciado en la guerra, se hace inmortal con su Breviario. El grande y severo Leovigildo, Chindasvinto el cruel.

Recesvinto el dulce, Wamba el glorioso, Ervigio el menguado, el pusilánime Egica. especie de obispo lego y coronado. todos ponen su piedra en el gran edificio de la legislación. Aunque el estado decayera, la ley cívil se perfeccionaba, y no pocas veces el derecho caminaba por la vía opuesta del poder. Así se fué elaborando el famoso *Código de los visigodos*, monumento perdurable de aquella nación, y la más preciosa página que en aquellos siglos adornó la historia del linaje humano. ¿Qué hay que añadir á estas palabras del Fuero-Juzgo? «Doncas faciendo derecho del rey, deve »aver nomne del rey, et faciendo torto, pierde nomne de rey. Onde los an»tiguos dicen tal proverbio: Rey serás si fecieres derecho. et si non fecieres »derecho, non serás rey. *Rex eris si recte facis, si autem non facis non »eris*» Si los textos legislativos son medallas de las vidas de los pueblos, el código godo debe revelarnos el triunfo pacienzudo y seguro de un pueblo desarmado contra otro armado que le subyuga por la fuerza. En tal conflicto nada más natural que la apelación á la ley. *Lex*, dicen los oprimidos á los opresores, *lex est æmula divinitatis. antistes religionis*. etc. Y si los opresores preguntan: ¿Quién puede vencer á los enemigos? los oprimidos responden: *Quid triumphet de hostibus? Lex.* Si vemos un día en Aragón colocar al *Justicia* como un interventor del rey; si vemos en Castilla el poder de los *Jueces* superior al de los Condes; si vemos la palabra *Fuero* suscitar tantas insurrecciones y protestas en la vida de España, si vemos el *Feudalismo* echar menos raíces en este suelo que en las demás regiones de Europa, acaso hallemos la semilla de todo esto en el código de los visigodos. El atravesó con gloria la Edad media, y si la dominación goda no hubiera hecho más legado á la posteridad que el Fuero-Juzgo, esto sólo bastaría para probar la herencia de las edades y la sabia ley de la progresiva perfectibilidad social.

¡Cuán bella teoría de gobierno es la monarquía electiva! «Que los hombres elijan al más digno de entre ellos para que los dirija y gobierne.» El principio es seductor, y parece el más natural y el más justo. Mas si las pasiones de los hombres hacen ó no provechosa á las sociedades su aplicación práctica, viene á enseñarlo escrito con letras de sangre esa galería trágica de reyes godos que por el puñal escalaron las gradas del trono y por el puñal las descendieron. Estremece recorrer el catálogo de los regicidios. Corta es la nómina de los que alcanzaron por término de su carrera una muerte natural y tranquila. Y no sabemos si incluir en este número á los que acababan tristemente sus días bajo la bóveda de un claustro, forzados á vestir el tosco sayal del monje, precedido de la ignominiosa decalvación. Fuente de personales ambiciones la forma electiva, reproducíanse á la muerte de cada monarca, que ellas mismas solían precipitar, los bandos, las alteraciones, la agitación, los crímenes; y la conspiración era la que no moría nunca. A la muerte de Atanagildo pasó tiempo y tiempo antes que los nobles pudieran ponerse de acuerdo para la elección de su sucesor. Tan inconciliables eran las aspiraciones.

Cierto que á este sistema fué debida la felicísima elección de Wamba, en que no sabemos qué admirar más, si la unanimidad con que los electores se fijaron en el hombre virtuoso, ó la abnegación y la virtud del elegido. ¿Pero cuántos de estos ejemplos cuenta la corona gótica? El mismo

Wamba viene á ser víctima del sistema de electividad, arma terrible, que curaba alguna vez, pero que las más hería y mataba. Wamba se duerme rey y despierta monje. Un conde pérfido que ambicionaba el trono le propina un brebaje soporífero, y aprovechando la insensibilidad del sueño le corta la larga cabellera, símbolo de la majestad, y el tonsurado tiene que cambiar el manto regio por el hábito monacal, con arreglo á la ley. El concilio duodécimo de Toledo, después de un discurso humilde de Ervigio, reconoce al usurpador alevoso, y pronuncia anatema contra todos los que no se sometan al nuevo monarca, y aun establece un canon contra la misma superchería que á él le había valido la corona, prohibiendo imponer el hábito de penitencia á persona alguna contra su voluntad. Otro tanto había practicado el sétimo concilio de Toledo con Chindasvinto, que había cortado el cabello al joven Tulga, y arrancádole el cetro. Los reyes castigaban de muerte el solo pensamiento de cometer el crimen que ellos habían perpetrado, y los concilios excomulgaban á los conspiradores contra aquellos mismos que debían el trono á la conspiración. ¡Extraña jurisprudencia civil y canónica! ¡Condenar y anatematizar los delitos futuros, sancionando los mismos delitos ya consumados!

La forma electiva de la monarquía hacía humillarse la corona gótica ante el poder teocrático, ante el ascendiente que tomaba el sacerdocio á la sombra del formidable derecho de elección, y de la mayoría que representaba siempre en los concilios, asambleas semi-religiosas, semi-políticas, á que venían á subordinarse todos los poderes del estado. ¡Desgraciado el monarca que se enajenara el favor del clero, y afortunado el que contara con su influjo, siquiera le mendigara con humillación! Sucederíale al primero lo que á Suintila cuando trató de destruir el principio electivo; el segundo podía estar seguro de su proclamación, aunque fuese un usurpador como Sisenando. Si se quiere tener un ejemplo de lo qué era la majestad del solio ante el poder de la teocracia, no hay sino representarse á Sisenando ante el cuarto concilio de Toledo, con la rodilla doblada en tierra, inclinada la frente y corriendo las lágrimas por sus ojos; y á los obispos, pagándose de la actitud suplicante del monarca, fulminar anatema contra todos los que atentaran á la vida ó á la corona del rey por ellos proclamado.

Así la vieja espada gótica iba á ocultarse bajo los capisayos episcopales, y el antiguo instinto guerrero de la raza indo-germánica desapareció bajo la influencia sacerdotal. De algunos monarcas pudo dudarse si eran reyes ú obispos coronados. La conversión de Recaredo hizo un bien inmenso á la religión, pero decidió sin intentarlo la lucha entre la mitra y la corona Llevando á los concilios los negocios temporales, vino á ponerse el cetro bajo la tutela del cayado No previó aquel monarca que ni todos sus sucesores habían de tener una autoridad tan legítima é incontestable como la suya, ni todos los prelados habían de ser tan circunspectos como los del tercer concilio de Toledo. Pudo entonces aconsejarlo así la política, porque ciertamente la virtud y el saber se habían refugiado en aquellos tiempos á la Iglesia, sin la cual no se hubiera acaso salvado la monarquía; y los Leandros é Isidoros de Sevilla, los Ildefonsos y Julianes de Toledo, y los Braulios de Zaragoza, eran astros que hubieran brillado bien aun en épocas más adelantadas en civilización. Pero era difícil que la influencia sacerdotal no

fuera convirtiendo el elemento político en fuente inagotable de inmunidades, y hasta de usurpaciones. La inmunidad había de afectar también con el tiempo la pureza de la disciplina.

¿Se ha definido bien la naturaleza y carácter de aquellas asambleas que dieron tan singular fisonomía al gobierno de la nación gótica? Algunos escritores ilustrados han visto en los concilios de Toledo unas verdaderas asambleas nacionales. Nosotros creemos que no era la Iglesia la que entraba á hacer parte de la nación. sino que la nación era absorbida en la asamblea de la Iglesia. Eranlo casi todo el clero y el rey. poco los nobles. el pueblo nada: y la fórmula *omni populo assentiente* podría significar aquiescencia ó beneplácito, no aprobación deliberativa. Ellas, no obstante, encerraban el germen de otras asambleas más populares que con el tiempo les habían de suceder.

Revelábase ya también bajo el imperio de los godos el genio naciente de la Inquisición, cuyo férreo brazo había de pesar tan duramente sobre España. Contaba ya siglos de existencia el cristianismo; y la religión, tan pura y tan suave en los primeros tiempos. se fué convirtiendo por el fanatismo de príncipes y clérigos en intolerante y dura. Iglesia y trono, concilios y reyes, se mostraban perseguidores inexorables de esa raza desventurada, marcada con el sello de la venganza divina, siempre engañada, pero creyente siempre, inflexible y tenaz. propia para fatigar con su ciega, inquebrantable constancia, los gobiernos de los pueblos en que toma asiento. Sólo un celo fanático puede explicar la conducta de un Sisebuto. llorando la sangre de los enemigos que se veía obligado á derramar en la guerra, rescatando con su propio dinero los cautivos que hacían sus soldados, y decretando al propio tiempo el exterminio de la raza judaica. «Porque gracias á la ardiente fe del monarca, decían los Padres del sexto concilio de Toledo, que no deja vivir en su reino un solo hombre que no sea católico. nadie podrá subir al trono sin pronunciar el juramento de no tolerar el judaísmo, y el que falte á él será maldito. y servirán de alimento al fuego eterno él y todos sus cómplices.» Así la desesperación convirtió en vengadores terribles á los que el fanatismo se empeñaba en hacer víctimas. Si más adelante vemos á los judíos de España concertarse con los sarracenos de Africa para vengar la opresión de los godos. no lo extrañemos: lo propio habían hecho antes los españoles. acogiendo á los godos por no sufrir la tiranía de los romanos. Lo hemos dicho otra vez: los pueblos duramente vejados están siempre dispuestos á cambiar de señores. Harto lo lamentaban ya los más ilustres y sabios prelados católicos.

Es un error atribuir la caída del reino godo á los vicios y demasías de Witiza y á los excesos y debilidad de Rodrigo. Hartas causas venían preparadas de atrás para ir llevando la monarquía goda á una declinación prematura. Y no era acaso la menor entre ellas la de no poder subir al trono el que no descendiera de la noble sangre goda: condición que impedía unirse en los corazones godos é indígenas. vencedores y vencidos.

Tal vez no fué Witiza ni tan irreligioso, ni tan tirano, ni tan libertino como nos le pintó la historia de su tiempo, ni tan ilustre y tan gran reformador político y moral de las leyes y las costumbres como algunos sabios críticos posteriormente nos le han dibujado. Es lo cierto. que bajo este per-

sonaje de cuestionada reputación se desarrollaron con más violencia las parcialidades, y que él bajó del trono lanzado por un partido ofendido é irritado, que aclamó y ensalzó á Rodrigo, destinado á desplomarse con la monarquía, que de años atrás venía arrastrando una existencia vacilante.

Porque los bandos intestinos, capitaneados por la facción y la familia de un monarca destronado, conspiraban contra los parciales y sostenedores del monarca reinante, que había sido conspirador á su vez; porque las costumbres andaban relajadas y sueltas, y la molicie tenía enervados los brazos que hubieran necesitado esgrimir con vigor las armas; porque los hijos del Dnieper y del Danubio habían perdido la energía y los instintos severos que los habían hecho conquistadores y vencedores; porque el trono se hallaba desprestigiado con las humillaciones, vivas y exacerbadas las rivalidades, y el descontento y la discordia despedazaban el estado; en tal situación no era posible que el pueblo godo pudiera resistir la impetuosa invasión de otro pueblo vigoroso y fuerte. Y este pueblo y esta invasión no habían de faltar, porque nunca falta la intervención providencial, cuando una sociedad exige ser disuelta ó regenerada. Así el robusto imperio de Occidente, iniciado por el aventurero Alarico, comenzado en España por Ataulfo, proseguido por Walia, convertido en estado por Teodoredo, redondeado en la Península por Eurico, esplendente bajo Leovigildo, hecho católico por Recaredo, completado por Suintila, conservado enérgicamente por Chindasvinto, restaurado por Wamba, degenerado y flaco bajo Egica y Witiza, vino á desmoronarse en un día bajo el desventurado Rodrigo.

VI

Tocó ser instrumentos de esta misión á los hijos del Profeta.

Esta vez es el Oriente el que viene á intimar al Norte que su dominación ha concluído, como antes el Norte había sido llamado á derrocar el imperio del Mediodía. Es la raza semítica que aspira á reemplazar á la raza japhética y á la raza indo-germánica. Entonces como ahora todo estaba providencialmente preparado para una gran revolución. Entonces Roma degenerada y muelle pudo oir el confuso murmullo de aquel enjambre de bárbaros que, apostados á los confines septentrionales de su imperio, no esperaban sino la voz de «avancen,» para lanzarse sobre él. Ahora los godos pudieron oir el sordo ruido de las formidables masas de guerreros árabes, que desde las playas africanas esperaban la voz de «adelante» para cruzar el piélago y arrojarse sobre España. Un río había tenido á los godos separados del imperio romano; un estrecho de mar tenía ahora á los árabes separados del reino godo. Detenidos por las olas, pero aguijados del deseo de plantar el estandarte del Profeta en el mundo de Occidente, el miserable estado de la monarquía gótica les brindaba ocasión oportuna; la venganza y la traición les tendieron su mano, y guiados por ella surcaron el estrecho los hijos de la Arabia y los del Magreb en la primavera del año 11 del octavo siglo de la era cristiana. El sol del 30 de abril alumbró el desembarco de los nuevos huéspedes en Algeciras y al pie de la gran roca de Gibraltar, que todavía conservan poco variados los nombres que los inva-

sores les pusieron, como si su primer paso quisiera anunciar ya la intrusión de su lengua en la del país que venían á conquistar.

No vienen éstos, como los septentrionales, ganados al cristianismo. Al contrario, vienen á imponer otra religión, otro culto y otra moral. No traen por símbolo la cruz, sino la cimitarra. Su culto es el de Mahoma, su dogma el fatalismo, su moral la del deleite, su principio político y religioso el despotismo temporal y espiritual, su pensamiento acabar con toda la civilización que no sea la del Korán.

Pronto se encuentran cristianos y musulmanes, porque Rodrigo ha acudido á defender su reino de aquellas gentes extrañas, que al decir de Teodomiro no se sabe si son venidas del cielo ó de la tierra. Pronto se cruzan las armas, y se empeña un terrible y desesperado combate..... ¿Qué significa ese quejido de dolor que ha resonado en toda España? Es que el monarca y la monarquía goda han quedado á un tiempo ahogados en las ensangrentadas aguas del Guadalete. No la España sola, el mundo entero oyó absorto que los guerreros del Korán habían vencido á los soldados del Evangelio. Pereció el grande imperio gótico de Occidente bajo los golpes de la cimitarra de Tarik, siglo y medio después de haber muerto el de Italia al filo de la espada de Belisario. Porque apenas merece ya el nombre de resistencia la que algunas ciudades oponen á los vencedores, los cuales pasean orgullosos los estandartes del Profeta por todo el ámbito de la Península, y no tardan en ondear sobre la cúpula de la gran basílica de Toledo.

Ya no se vuelve á hablar de reino gótico: ya no hay godo-hispanos, ni hispano-romanos; la conquista ha borrado estas distinciones, que una fusión nunca completa había conservado por más de dos siglos.

Arabes y moros se derraman por todas las comarcas de la Península y la inundan como un río sin cauce. La nación ha desaparecido: ella resucitará.

Habíase detenido la inundación ante una cordillera de escarpadas rocas, á cuya espalda se escondía un pobre rincón de España, que los invasores, ó no conocieron, ó acaso al aspecto de su pobreza le menospreciaron. No había sin duda entre los sarracenos uno solo que supiera ni la geografía de lo presente, ni la historia de lo pasado. No hubo quien les dijera: «Mirad que detrás de esas breñas, y dentro de las estrechas gargantas y hondos valles que á vuestros ojos encubren, se esconde un pequeño pueblo que se atrevió á desafiar el poder de Roma cuando Roma era ya la señora del mundo: mirad que ese pequeño pueblo de montañeses no ha cesado de protestar por cerca de tres siglos contra la dominación de unos extranjeros que profesaban su misma fe, y que protestarán con más energía contra otros extranjeros que vienen á quitarles su patria y á imponerles una nueva fe y una nueva religión.»

«Dios había querido, dice la crónica, conservar aquellos pocos fieles, para que la antorcha del cristianismo no se apagara de todo punto en España.» Y así fué. Mantuviéronse allí sin ser hostilizados los bravos astures, y los que de otras provincias acudieron á refugiarse al abrigo de sus riscos, el tiempo suficiente para recobrarse del primer aturdimiento y concebir el temerario plan de resistir á las huestes agarenas en ninguna

parte vencidas, y de fundar allí una nacionalidad. Ofrécese á guiarlos en tan arrojada empresa un hombre de acción y de consejo, jefe atrevido y prudente, que nunca desesperó de la causa de su religión y de su patria. Poco importa que Pelayo fuese un noble godo, hijo de un duque de Cantabria y deudo de los monarcas destronados, como afirman las crónicas cristianas, ó que fuese Pelayo el Romano, *Belay el Rumí*, como le apellidan las historias árabes; puesto que ya no había diferencia entre godos y romano-hispanos, y todos eran cristianos y españoles, porque la patria y la fe los habían congregado allí.

Cuando el rumor de la reunión de aquellas pobres gentes llegó á oídos del walí El-Horr, y cuando Alkhaman de orden suya penetró con una hueste sarracena por entre las quebradas y desfiladeros de Asturias, Pelayo y su pequeño pueblo se recogen á hacerse fuertes en la concavidad de una roca, en la cueva de Covadonga, ignorada del mundo entonces, y conocida y célebre en el mundo después. ¿Quién podía creer que aquella cueva encerrara una religión, un sacerdocio, un trono, un rey, un pueblo y una monarquía? ¿Quién podía creer que el pueblo cobijado en aquella cueva como un niño desvalido, habría un día de abarcar dos mundos como un gigante fabuloso? ¿Ni que aquella monarquía que se albergaba tan humilde con Pelayo en Covadonga se había de levantar tan soberbia con Isabel en Granada?

Los árabes dan principio al ataque contra aquella rústica ciudadela y se realiza el combate más maravilloso que se lee en las páginas de la humanidad. Que si los dardos agarenos no se volvían de rebote contra los mismos que los lanzaban, si las montañas y las rocas no se desplomaban contra ellos, y el terreno no se hundía bajo sus pies; si no se realizaron todos estos milagros que los escritores cristianos consignan, realizóse un prodigio que los musulmanes no han podido desmentir, el de haber aniquilado un puñado de rústicos y mal disciplinados montañeses al numeroso, organizado y nunca vencido ejército musulmán. O el favor de Dios y la protección providencial no se manifiestan nunca visiblemente en favor de una causa y de un pueblo, ó no pudo ser más evidente su intervención en favor de aquella pequeña grey de fervorosos cristianos, restos de la monarquía católica pasada, y principio de la monarquía católica futura.

En efecto, la fe es la que ha alentado á esos pocos españoles á emprender esa generosa cruzada contra los sectarios del Islam, que se inicia en Covadonga. Ella es la que va á enlazar la sociedad destruída con la sociedad que comienza á nacer. Así se enlazan las edades y los principios. La conversión de Constantino á la fe cristiana fué el eslabón que unió la vieja sociedad romana con las nuevas sociedades formadas de las razas septentrionales. La conversión de Recaredo al catolicismo fué el lazo que había de unir la España gótica con la España independiente. El espíritu religioso será el que la guíe en la lucha tenaz y sangrienta que ha inaugurado. La religión y las leyes fueron, ya lo dijimos, las dos herencias que la dominación goda legó á la posteridad, y estos dos legados son los que van á sostener los españoles en esta nueva regeneración social. Tan pronto como tengan donde celebrar asambleas religiosas, pedirán que se gobierne su iglesia *juxta Gothorum antiqua concilia;* y tan luego como recobren un

principio de patria, clamarán por regirse *secundum legem Gothorum*. Así la España irá recogiendo de cada dominación y de cada edad los principios que han de ir perfeccionando su organización; y no parece sino que la Providencia estuvo deteniendo la invasión de los árabes, hasta que estuviera acabado el Fuero de los Jueces, y permitió que la invadieran á poco de haberse concluído, como si no hubiera querido privarla de su existencia pasada hasta dotarla del principio de su vitalidad futura.

Importa poco que á Pelayo le dieran ó no el título de rey antes ó después de su famosa victoria. La posteridad se le ha adjudicado, y el mundo se le ha reconocido, puesto que ya no se interrumpió la sucesión de los que después de él fueron siendo reyes de Asturias, de León, de Castilla, de España y de los Dos Mundos.

Aquella congregación de militares, labradores, pastores, sacerdotes y artesanos, fué atreviéndose á descender de las empinadas sierras, y á ocupar poco á poco los valles y los llanos, donde se ejercitan en las armas, apacientan ganados, desmontan terrenos, cortan maderas de los bosques, y edifican primero templos y después casas; porque para aquellos piadosos montañeses primero es construir moradas para Dios que viviendas para los hombres. De todas partes confluyen cristianos á aquel asilo de la independencia, y llevando cada cual una industria, un oficio ó una espada, aumentan y fortalecen la población, fundan una pequeña capital correspondiente á la pequeñez del reino, y se preparan á mayores empresas.

No era mediado aún el octavo siglo, cuando sintiéndose estrechos en tan reducidos límites, y considerándose bastante fuertes para no necesitar de sus rústicos atrincheramientos, salieron á desafiar á los árabes en los campos y pueblos por ellos dominados. El hacha de Carlos Martel hace cejar á los musulmanes por la parte de la Aquitania Gótica que habían invadido, amenazando al corazón de la Francia, y difundiendo el espanto por toda Europa; y Alfonso el Católico de Asturias emprende una serie de gloriosas excursiones, llevando el terror y la devastación delante de su espada á tal punto, que los mismos sarracenos le nombran Alfonso el *Temido* y el *Matador de gentes*. Las armas cristianas recorren la Galicia y Lusitania, los campos Góticos, la Cantabria y la Vasconia hasta los Pirineos Occidentales Sin embargo, estas conquistas no pueden tener el carácter de permanentes. Harto hace Alfonso I en enseñar á los infieles que no es sólo al amparo de los riscos donde saben vencer los cristianos, en poner en contacto á los fieles de uno y otro extremo del Norte de la Península, y en enseñar á sus sucesores el camino de la restauración.

La destrucción ha sido grande, y la nacionalidad tiene que irse reconstruyendo lentamente: el árbol que retoña al pie de la centenaria encina, arrancada por el furioso vendabal en un día de borrasca, no puede crecer de repente. Pasa, pues, medio siglo y cinco reinados oscuros, desde las brillantes y pasajeras correrías de Alfonso el Católico, hasta las adquisiciones permanentes de Alfonso el Casto, el cual llega á medirse con Carlomagno, la figura más gigantesca de aquellos tiempos, y pacta ya formales treguas con el emir de Córdoba, como de poder á poder.

Llega el siglo nono, y otro tercer Alfonso, llamado con justicia el Grande, lleva sus huestes hasta más allá del Guadiana, y hace brillar las armas

cristianas ante los muros de Toledo. El jefe del imperio musulmán se humilla á solicitar de él una paz solemne, y el tercer Alfonso designa ya á sus hijos la ciudad de León como la residencia futura de los monarcas cristianos.

A la voz de Asturias respondió pronto el eco de Navarra, y el pendón de la fe que se enarboló en las cumbres de los Pirineos Occidentales no tardó en tremolar también en el Pirineo Oriental. Pero faltaba al pueblo cristiano un centro de unidad y de acción. Cada monarca gustaba de pelear aisladamente y de cuenta propia; sujetábanse tal cual vez unos á otros de mal grado, y los reyes de Asturias no podían recabar de los cántabros y vascos sino una dependencia ó nominal ó forzada. Era el genio ibero que había revivido con las mismas virtudes y con los mismos vicios, con el amor á la independencia, y con las mismas rivalidades de localidad.

Por fortuna no andaban los conquistadores más acordes y avenidos. A la unidad momentánea de impulsión, que los hizo irresistibles como invasores, sucedieron luego las antipatías de raza y los odios de tribu que ya dejaron implantados los primeros jefes de la conquista. Además de las diferencias entre árabes, sirios y egipcios, los mismos árabes, especie de aristócratas privilegiados, se dividían en varias categorías, según que sus razas se aproximaban mas en orígen á la del Profeta, ó que conservaban más puras las tradiciones del Islam. Y todos tenían contra sí á los africanos berberiscos, conquistados antes por ellos, sus aliados forzosos después, más groseros y menos creyentes, que no desaprovechaban ocasión de vengar con ruda animosidad su mal tolerada dependencia. La distancia que separaba la Península del gobierno central favorecía el desarrollo de sus discordias, pues tenían tiempo para devorarse entre sí los musulmanes de España, antes que la acción del gobierno superior, debilitada con la larga escala que tenía que recorrer, pudiese aplicar el oportuno remedio.

La angustia misma de su situación les sugirió el pensamiento de fundar en España un imperio independiente del de Damasco. Pronto las playas de Andalucía resuenan con un grito de regocijo y con una aclamación de entusiasmo. Era que saludaban al joven Abderrahmán ben Merwan ben Moawiah, de la ilustre estirpe de los Beni-Omeyas de la Arabia, único vástago de su esclarecida familia que había librado milagrosamente su garganta de la tajante cuchilla de los Abbasidas. Este tierno prófugo, cuya juventud era un tejido de azares dramáticos y de episodios novelescos, fué el escogido por las tribus árabes y sirias para ocupar el trono del futuro califato español, y venía desde el fondo del desierto á tomar posesión del solio.

Funda, pues, Abderrahmán el imperio de los Ommiadas, la dinastía más brillante que ocupó jamás los tronos del mundo, y la raza árabe, noble, ardiente y generosa como sus corceles, se sobrepone á la raza berberisca, inquieta, turbulenta y pérfida como los númidas sus antepasados.

Realiéntase y se vigoriza con esto el imperio muslímico español, pero no por eso desmaya el denuedo ni se entibia la fe de los cristianos. Antes bien principia más propiamente ahora esa grande epopeya de los pueblos caballerescos, que se odian por religion y que rivalizan en arrojo en la pelea. Lucha sublime, en que se ve el ardor y la sangre de la Arabia en

pugna incesante con el estoicismo cristiano de los hijos de Occidente: escenas africanas mezcladas con las tiernas emociones del cristianismo: mahometanos que se arrojan á la muerte con la confianza de alcanzar el paraíso, y cristianos que pelean alentados con la esperanza de ganar el cielo: ejércitos que se contemplan protegidos por la sombra del pendón de Ismael, y combatientes á quienes amparan los brazos de una cruz: la superstición mezclada en unos y otros con la fe, y unos á otros apellidándose infieles y descreídos: la Europa y el mundo, el cielo y la tierra esperando el desenlace de esta grande Ilíada, que aguarda todavía un Homero cristiano que la cante dignamente. El tiempo dirá quién mostró ser más poderoso, si el Allah de los islamitas, ó el Dios de los cristianos, si Mahoma ó Jesucristo, si el Corán ó el Evangelio, si la cimitarra ó la cruz.

Verdaderamente, al contemplar el gran desarrollo, el engrandecimiento y poderío que alcanzó el imperio mahometano de España bajo la dominación de los Ommiadas, de aquellos esclarecidos Califas que ocuparon el trono de Córdoba desde mitad del octavo hasta entrado el undécimo siglo; de aquellos príncipes filósofos y guerreros, estirpe privilegiada, de que apenas salió algún vástago que no mereciera un lugar distinguido en la galería de los grandes jefes de los imperios: al ver las huestes agarenas franquear los Pirineos, invadir la Aquitania franca, tomar á Narbona, incendiar los arrabales de Marsella, hacer al Africa una dependencia de España y dominar á uno y á otro lado del Mediterráneo: al ver á los Césares de Bizancio y á los emperadores de Alemania, los Teófilos y los Othones, enviar embajadas solemnes con demandas de auxilio ó proposiciones de alianza y amistad, á los Abderrahmanes de Córdoba: al ver aquellas masas innumerables de guerreros que á la voz del *alghied* ó guerra santa se congregaban, reunidos los estandartes de España con los de Africa (gran depósito de reserva, y retaguardia invulnerable del imperio), para atacar á los pobres cristianos que ocupaban unos retazos de esta Península allende el Ebro ó del otro lado del Duero, parece inverosímil, ya que no imposible, que los soldados del cristianismo se atrevieran á medir sus fuerzas con tan gigantesco y formidable poder.

Y sin embargo hiciéronlo así. Y el éxito fué mostrando que no hay triunfo imposible cuando la causa es justa, ni empresa temeraria cuando se acomete con arrojo, se sostiene con perseverancia y se prosigue con fe. A los Abderrahmán, á los Alhakem y á los Hixem, oponían los cristianos los Ramiros, los Ordoños y los Alfonsos; Almudhafar se encontraba con un Fernán González; y si los sarracenos contaban con un Almanzor *el Victorioso*, no les faltaba á los cristianos un Rodrigo *el Campeador*.

En todos los extremos de la Península resonaba un mismo grito de independencia: en cada territorio se organizaba un pequeño estado que servía de antemural al torrente de la dominación. Los reyes de León sostienen como buenos el honor de las armas cristianas. En Castilla se constituye un condado, que después ha de ser reino, destinado á soportar el peso de la contienda. Las fronteras de Castilla y de León, mil veces ganadas y perdidas por árabes y españoles, sirven por cerca de dos siglos de baluarte á la cristiandad. En Navarra los Garcías y los Sanchos dilatan prodigiosamente los límites de aquel pequeño reino, de origen oscuro y cuestionado. En los

Pirineos Orientales, sobre el cimiento de la Marca Gótica, fundada por Carlomagno y Luis el Pío, se erige el condado de Barcelona, que franco primero, español después y cristiano siempre, ocupado sucesivamente por los Wifredos, los Borreles, los Berengueres y los Ramones, forma otro dique en que va á romperse el oleaje de las algaradas muslímicas: dique que se ensancha hasta incorporarse con Aragón, cuyo estado ven nacer los Ommiadas antes de la disolución de su imperio.

A la segunda mitad del siglo X, bajo Abderrahmán III y Alhakem II, llega el Califato á un grado asombroso de grandeza y de esplendor. El primero es el reinado de la conquista y de la magnificencia; el segundo es el imperio de las letras y de la cultura. Abderrahmán III, *el Magnífico*, el primero que toma el título de Califa á imitación de los de Damasco, el Imán, el Emir Almumenín, acaba con todas las sediciones intestinas, gana á Toledo, último atrincheramiento de los rebeldes, destruye en Africa los califatos de Fez y de Cairwán, y teniendo con una mano sujeta el Africa y ejerciendo con otra un protectorado discrecional sobre todos los estados cristianos de España, ve desde el fantástico palacio de Zahara, mansión de maravillas, de voluptuosidad y de deleites, postrarse á sus pies embajadores de los Césares de Oriente y de los emperadores del resto de Europa, venir á solicitar su amistad los representantes de los soberanos de Francia, de Borgoña y de Hungría, acogerse á su patronato y apoyo el conde de Barcelona y el rey García de Navarra, á Sancho *el Gordo* de León ir á buscar á Córdoba los recursos de la medicina y la tutela del Califa, á Ordoño IV *el Malo* pedir un rincón del vasto imperio musulmán en que acabar triste y oscuramente sus días: aliados, en fin, cuya flaqueza le garantía su fidelidad, ó protegidos que le debían su corona y le retribuían una dependencia y sumisión moral. Alhakém II, amparador de las letras y protector de los doctos, sustituye las bibliotecas á los campos de batalla, los cantos poéticos al ruido de los atabales, los certámenes literarios á los combates sangrientos, y las academias á los triunfos del alfanje; lleva á las musas á habitar su alcázar, y sus graciosas esclavas Rhedya, Aischa y Maryem, recuerdan las Safos, las Aspasias y las Corinas de los bellos tiempos de Grecia. Era el uno el César, y el otro el Augusto del imperio musulmán. Desgraciada estrella tenía que lucir á los cristianos.

Eclípsase esta casi totalmente con Almanzor, el grande, el guerrero, el victorioso; genio privilegiado y conjunto admirable de tacto político, de talentos literarios y de intrepidez bélica; que en veinticinco años gana cincuenta batallas á los cristianos, cayendo sobre ellos como un meteoro abrasador de incierto rumbo, y reduciendo su reino casi á los estrechos confines del tiempo de Pelayo. Las campanas de la catedral de Compostela son trasportadas á Córdoba en hombros de cautivos cristianos para servir de lámparas en las naves de la grande aljama, y hasta las reliquias de los santos y los huesos de los mártires, conducidos por monarcas fugitivos, van á buscar un altar seguro en las cuevas y rocas inaccesibles de Asturias.

No hay al parecer medio humano que pueda salvar la causa de la independencia y la causa del cristianismo. Pero le habrá: porque no es la civilización de Mahoma la que está llamada á alumbrar la humanidad, ni

el astro que ha de guiarla en su carrera. Caerá el coloso, porque la Providencia vendrá otra vez en ayuda de este pobre pueblo, que por lo menos ha tenido el mérito de no desconfiar nunca de la justicia y de no desmayar jamás en la fe.

La común necesidad y peligro inspira á los príncipes cristianos el pensamiento, aunque harto tardío, de la unión, y deponiendo rivalidades y discordias, se determinan á arriesgar en una batalla y á jugar en un día sus comunes destinos, los destinos de ambos pueblos, los destinos de la cristiandad. Los ejércitos se avistan, se encuentran en los campos de Calat-Añazor *(la cuesta de las Aguilas)*, y se traba la terrible pelea... O los *ataqueviras* de los soldados de Mahoma no han llegado á Allah, ó Allah ha sido impotente ante el Dios de los cristianos, y Almanzor *el Victorioso* ha dejado de ser el Invencible. Almanzor deja de existir, y es enterrado en Medinaceli, en la caja de polvo que había ido recogiendo del que sacaba en sus vestidos en cada batalla. Aquel polvo cubría veinticinco años de gloria suya, y un día de gloria para los cristianos. El desastre de Guadalete ha sido vengado en Calat-Añazor. Ahora como entonces se oye un quejido de dolor en toda España; pero ahora es la España musulmana la que se lamenta. La España cristiana hace resonar las bóvedas de sus templos con el himno sagrado que la Iglesia destina á dar gracias á Dios por las prosperidades de la cristiandad.

Con razón se vistió de luto el pueblo musulmán, porque la muerte de Almanzor era la muerte del imperio. Su desprestigiado califa Hixem, soberano sin autoridad y niño de por vida, esclavo en su alcázar y rodeado de muchachos y de jóvenes y mujerzuelas, sirve ya sólo de miserable juguete á los que se disputan la herencia de un trono, ni vacante en realidad, ni en realidad ocupado; pregónanle muerto ó le proclaman vivo ó resucitado, le enseñan ó le esconden al pueblo á manera de maniquí, según conviene á las miras de un pretendiente astuto ó de un eunuco de palacio. El trono de Córdoba se hace presa del más atrevido usurpador, como el de Roma en tiempo del Bajo Imperio. Se desencadena el odio de tribus, y se devoran entre sí, disputándose con horroroso encarnizamiento los despojos del Califato que se desmorona. Desaparece la noble raza de los Beni-Omeyas, y sobre las ruinas del poco há tan soberbio imperio, se levantan tantos reyezuelos como son los valíes y las ciudades musulmanas.

Entretanto los monarcas cristianos se contentan con ser solicitados por los competidores al trono musulmán, con inclinar la balanza al lado donde arrojan su espada, y con hacer reyes á los mismos que pudieran hacer vasallos. Sin embargo, se restaura la basílica de Compostela; León se reconstruye; los desmantelados muros de Zamora se reedifican. Alfonso V de León puede celebrar ya un concilio en la resucitada ciudad. Los Berengueres de Cataluña dominan desde Rosas hasta la desembocadura del Ebro. Aragón se constituye. Sancho el Mayor de Navarra dilata prodigiosamente su diminuto estado. Padre de reyes y repartidor de reinos, hace á Fernando primer rey de Castilla. Fernando se ciñe las dos coronas de Castilla y de León, y somete á tributo los emires independientes de Toledo, Zaragoza, Badajoz y Sevilla. Por último, Alfonso VI, rey de Cas-

tilla, de León y de Galicia, se apodera del primero y más inexpugnable baluarte de la España sarracena, de la inmortal Toledo. La antigua corte de la España gótica vuelve á ser la capital de la España cristiana. Es el 25 de mayo de 1085.

VII

El imperio ommiada ha caído. Se ha desplomado desde la cumbre del poder, casi sin declinación, casi sin gradación intermedia entre su mayor grandeza y su total ruina. ¿Cómo descendió desde la cúspide al abismo? El prodigio de su engrandecimiento explica el de su caída. Las relevantes cualidades y especiales talentos de sus califas lo habían hecho todo. La grandeza moral del pueblo no existía; estaba toda en el jefe del estado. El peso del edificio cargaba sobre la cabeza. Faltó el jefe, y con él se desplomó el imperio, como una estatua sin pedestal.

No era esto sólo. Vivían inextinguibles las antipatías de casta y de tribu, de origen, de costumbres, de inclinaciones y de creencias. Las eternas rebeliones de los Hafsún y de los Caleb, trasmitidas de generación en generación, probaban que la raza feroz de los hijos del Atlas ni transigía ni perdonaba jamás á la raza más culta de los hijos del Yemen. El Africa había enviado hombres á los soberanos de Córdoba, mientras meditaba cómo enviarles señores. Y tan pronto como halló ocasión, esa raza indómita, que tuvo el privilegio de conservar los instintos salvajes en medio de un pueblo civilizado, destruyó con su propia mano los brillantes mármoles de los palacios de Córdoba, holló con su ruda planta los elegantes jardines de Zahara, é hizo hogueras de la biblioteca de Merwan, adquirida á precio de oro. Vándalos del Mediodía, hicieron con Córdoba lo que con Roma ejecutaron los bárbaros del Norte. Acababan los árabes, y comenzaron los moros.

Mahoma cometió un olvido imperdonable al fabricar la constitución del imperio. No hizo una ley de sucesión al trono. Y los califas, arrogándose la facultad de elegir sucesor de entre sus hijos ó deudos, sin atender ni á la primogenitura ni aún á la estricta legitimidad, prefiriendo á veces un nieto á los hijos, ó un postrer nacido á los hermanos primogénitos, pocas veces dejaron de ver ensangrentadas las gradas del trono por los miembros postergados de aquellas familias que la poligamia hacía tan numerosas, y las guerras comenzaban por domésticas y concluían por civiles. Los godos y los cristianos de los primeros tiempos de la restauración sufrieron por la misma falta iguales inquietudes. ¡Cuánto tardaron los hombres en conocer las ventajas de esa institución, menos bella pero menos fatal, de la sucesión hereditaria!

¿Qué representaba el pueblo musulmán al lado del pueblo cristiano? El uno el triple despotismo de un hombre, á la vez monarca, pontífice y jefe superior de los ejércitos. La nación no existía; era una congregación de esclavos, en que todos lo eran menos el señor de todos. Aparte del fanatismo religioso, ¿qué aliciente tenían para ellos las fatigas de una eterna campaña?

Sabían que desde Mahoma hasta la consumación del imperio, su con-

dición, inmutable como la ley, no había de variar nunca; esclavos siempre; ni una franquicia que adquirir, ni una institución que ganar. ¡Ay de ellos, si se atrevían á quejarse de que el botín de sus triunfos sirviera para las prodigalidades de un califa, que desde el artesonado salón de su suntuoso alcázar le repartía entre las poetisas que le adormecían con el arrullo de sus versos ó de sus cantos, ó de que distribuyera la sustancia del pueblo entre las esclavas que le enloquecían con estudiados placeres, ó de que las rentas anuales de una provincia fueran el precio del collar que destinaba á la garganta de una odalisca de ojos negros! Las cabezas de los que tal murmuraran rodarían por el suelo, cualquiera que fuese su número, y no faltarían poetas que ensalzaran á las nubes las virtudes y aun la piedad del soberano.

Los cristianos representaban el triple entusiasmo de la religión, de la patria y de la libertad civil. Pues al paso que peleaban por la fe, luchaban por rescatar su nacionalidad, y ganando la sociedad ganaba también el individuo, y conquistaba franquicias y derechos. Este triple entusiasmo, en oposición á la triple esclavitud de los musulmanes, necesariamente había de infundir más vigor en aquéllos. Los viejos cronistas han hecho mal en recurrir al milagro para explicar cada triunfo de los cristianos.

Si disuelto el imperio ommiada no acabaron de expulsar las razas mahometanas, culpa fué del heredado espíritu de individualismo y de sus incorregibles rivalidades de localidad. Las envidias se recrudecieron después del triunfo de Calat-Añazor, y los reinados de Sancho y García de Navarra, de Ramiro de Aragón, de Fernando, Sancho, Alfonso y García de Castilla, León y Galicia, todos parientes ó hermanos, presentan un triste cuadro de enconos y rencores fraternales, en que parece haberse desatado completamente los vínculos de patria y borrado del todo los afectos de la sangre. Los hermanos se arrojan mutuamente de sus tronos, y los hijos de un mismo padre se clavan las lanzas en los campos de batalla. Ni á las hermanas escudaba la flaqueza de su sexo, y vióse á Urraca y Elvira inquietadas por un hermano en los dos rincones que su padre les adjudicara para que les sirviesen de pacífico retiro. Y como si fuese necesario poner el cebo más cerca de la ambición y de la envidia, los padres al morir partían el reino en tantos pequeños estados como eran sus hijos. Fernando de Castilla no escarmentó en los desastres del error de su padre: cayó en el mismo, y á igual falta correspondieron iguales calamidades. Merced á estas funestas particiones, se encontró la España cristiana, reducida y pobre como era todavía, dividida en seis estados independientes. Por fortuna era harto mayor el fraccionamiento de la España mahometana, y el mayor desconcierto de la una era la salvación de la otra.

Aunque supongamos hija de la necesidad y obra de la política aquella desdeñosa tolerancia que en los dos primeros siglos de lucha usaron los conquistadores con los conquistados, permitiendo á los cristianos el libre ejercicio de su religión y de su culto los mismos que venían á imponerles otro culto y otra religión, no por eso deja de ser admirable aquel prudente contenimiento, tan desusado de los pueblos conquistadores. Y sería un espectáculo singular ver en las grandes poblaciones alternar el escapulario del monje cristiano con el turbante del musulmán, y al tiempo que el

sonido de la campana convocaba á los fieles al sacrificio de la misa ó á oir la predicación del sacerdote de Cristo, la voz de los muezines estar llamando á los hijos del Profeta desde lo alto de un alminar á rezar su azala en la mezquita, ó á oir el sermón de su alchatib.

Mas tan extraña tolerancia cambió al fin en cruda persecución. San Eulogio, el campeón impertérrito de la fe, nos ha dejado consignadas en sus preciosas páginas las glorias de los mártires de Córdoba. ¿Sería acaso que él mismo, y otros celosos apologistas como Alvaro, Cipriano y Samsón, provocaran el martirio como el único medio de atajar la propensión que en los mozárabes de aquel tiempo se notaba á dejarse arrastrar del ascendiente de la civilización de los árabes, y á fundirse en la población musulmana por el idioma, por las costumbres, por los trajes, por la literatura y hasta por los matrimonios? Si tal fué su intento lográroNle cumplidamente, porque la sangre de los mártires abrió de nuevo un abismo entre los dos cultos y entre los dos pueblos, que por otra parte rivalizaban en espíritu y en celo religioso.

Si en Córdoba se levantaba una soberbia aljama ó mezquita, más grandiosa que todas las de Occidente y rival en suntuosidad con la gran Zekia de Damasco, lugar santo de peregrinación para los musulmanes como la Meca, en Compostela se erigía una gran basílica, se descubría el sepulcro del santo apóstol Santiago, y los piadosos cristianos acudían allí en peregrinación como á Jerusalén ó á Roma. Si cada emir y cada califa enriquecía ó agrandaba el gran templo, ó construía nuevas mezquitas y las dotaba con gruesas sumas de dinares de oro, cada obispo y cada monarca cristiano dotaba con esplendidez una iglesia, ó levantaba una catedral ó fundaba un monasterio. Si el alghieb publicado desde el almimbar ó púlpito alentaba á los soldados del Profeta á emprender con vigor una campaña, los soldados de Cristo entraban con ardor en el combate invocando al santo patrono Santiago, á quien veían en los aires caballero en un soberbio corcel y armado de reluciente espada, bajar á ayudarlos en la pelea y á derribar millares de infieles bajo los pies de su caballo; ó bien era San Millán, que se aparecía entre nubes con vistoso traje y armado de todas armas, ó bien San Jorge en caballo blanco y con cruz roja; visiones saludables que les valieron más de un triunfo. Y si la verdad histórica no admite el milagro de Clavijo bajo el primer Ramiro, sólo aquella fe les pudo proporcionar otra victoria en el mismo lugar bajo el primer Ordoño.

Encontrábanse en las batallas los alfaquíes y alchatibes musulmanes con los sacerdotes y obispos cristianos, unos y otros llevando sobre la vestidura sagrada el armamento guerrero. En Valdejunquera dieron muerte los cristianos á dos doctores del Islam, y los muslimes hicieron prisioneros á dos obispos cristianos. Cuando el conde Armengol de Urgel llegó con sus catalanes cerca de Córdoba, para auxiliar al árabe Muhammad contra el berberisco Suleimán, tres prelados le acompañaban en esta singular cruzada, y todos tres sucumbieron con su jefe peleando como soldados. Si el pueblo ve después sin sorpresa en el siglo XV al arzobispo de Toledo capitanear los escuadrones rebeldes del príncipe Alfonso contra las huestes de Enrique IV de Castilla; si en el siglo XVI el más eminente cardenal de España no tuvo por ajeno de su estado ordenar el asalto de

Orán con la espada del guerrero ceñida sobre el sayal del franciscano; si más adelante se vió sin maravilla una legión de clérigos comandados por un obispo defender las libertades de Castilla en los campos de batalla contra los ejércitos imperiales del gran Carlos V; si en el siglo XIX hemos visto á los ministros del altar blandir la lanza y acaudillar guerreros contra las legiones de un invasor extraño, y hasta en nuestras contiendas civiles cambiar la vestidura sacerdotal por la armadura bélica, fuerza es reconocer lo que encarnó en esta clase la costumbre adquirida en aquellos tiempos de celo religioso.

Los pueblos que así competían en devoción no podían competir lo mismo en civilización y en cultura. Los árabes con su natural viveza se habían lanzado á la conquista de las letras con el mismo ardor que á la conquista de las armas, y el pueblo muslímico español era un hijo emancipado de aquella Arabia que heredó las riquezas literarias de Egipto, de Grecia, de Roma y de la India. Los califas de Occidente se propusieron que la corte de Córdoba no cediera en brillo intelectual á la de Bagdad, la ciudad de los ochocientos médicos, y de la universidad de los seis mil alumnos. Abderrahmán III supo fomentar los diversos ramos del saber humano tanto como Alraschid, y Alhakem II no sería acaso inferior á Almamum, el más espléndido y el más sabio de los Abbasidas. Los cuatrocientos mil volúmenes de la biblioteca Merwan son un testimonio del asombroso impulso que dieron á la literatura los soberanos Ommiadas. Llevaban tras sí aquellos califas aun en las expediciones militares, gran séquito de médicos, astrónomos, filósofos, historiógrafos y poetas, y doquiera que el jefe del imperio se moviese era como un planeta que se divisaba de lejos por el brillo que le rodeaba ó por el rastro de luz que iba dejando. Examinaremos, no obstante, en nuestra obra aquella cultura intelectual, y veremos si tenía tanta parte de gusto, de raciocinio y de solidez, como de artificio, de atrevimiento y de imaginación. Y veremos también el influjo que ejerciera aquella literatura y aquel idioma en la literatura y en el idioma español.

De todos modos no podía el pueblo cristiano-español nivelarse en este punto al hispano-arábigo, reducido como quedó aquél con la invasión á la infancia social. Y antes era para él ganar comarcas que crear colegios, primero era existir que filosofar, y la espada era más necesaria que la pluma. Así con todo, desde Alfonso *el Casto*, que señaló ya en el siglo IX el cimiento de que había de arrancar la nueva organización del pueblo hispano-cristiano, hasta el XI que marcó una era de mejoramiento material y moral, no dejó de hacer los adelantos relativos que su condición y la vida activa de la campaña le permitían.

¿Y qué fué de aquella exquisita y refinada cultura oriental que tanto lustre dió al imperio Ommiada? Sostenida como él por los califas, se desplomó con su material grandeza. Oscurecerán su brillo póstumo las dominaciones pasajeras de los Almoravides y de los Almohades. En Granada se dejará ver un resplandor que desaparecerá al aproximarse la radiante cruz de los cristianos, y el Africa volverá á recoger los restos fugitivos de un pueblo que fué culto, y que no hará ya sino vegetar en la barbarie allá en los desiertos de donde había salido. Así se cumplirá aquella profecía que

la indignación arrancó á un cierto Takeddin cuando dijo: «Dios castigará en la segunda vida á Almamum, porque ha convertido hacia las ciencias profanas la piedad de los musulmanes.» No sabía este celoso ismaelita que no era la piedad del Corán y la civilización de la esclavitud la llamada á alumbrar el género humano.

En cambio conquistaba el pueblo cristiano preciosas libertades políticas, y ganaba inapreciables derechos civiles. Gloria eterna será de España el haber precedido á las grandes naciones de Europa en la posesión de esos pequeños códigos populares, que dieron á las corporaciones comunales, á los vecinos, artesanos y cultivadores, un influjo y un poder que no habían tenido en la antigua sociedad germánica, ni le tenían aún en los estados europeos de ella nacidos. Aparecen pues los *Fueros* de León y de Castilla, los *Usages* de Cataluña, y las cartas municipales: la Iglesia restablece sus concilios, y el elemento popular entra á hacer parte de los poderes del Estado; merecida recompensa que los príncipes otorgan á los pobladores de una ciudad fronteriza, de continuo combatida por el enemigo y defendida siempre con vigor, ó mercedes hechas por servicios heroicos prestados por los pueblos al trono y al país. A la libertad individual de los godos suceden las libertades comunales y las franquicias civiles, y la España al paso que reconquista va marchando también hacia su reorganización.

A pesar del fervor religioso que daba impulso y vida al movimiento de la restauración, la corte romana no había extendido á la española el influjo y la omnipotencia que ejercía en los estados cristianos de allende el Pirineo. La nación proveía á su gobierno y sus necesidades, y la Iglesia celebraba sus concilios convocados por el monarca, de la misma manera que lo había hecho la Iglesia gótica. Por primera vez después de diez siglos, se pone un reino de España bajo la dependencia inmediata de la corte pontificia. Un rey de Aragón hace su reino tributario de Roma, y otro monarca aragonés, amenazado con los rayos espirituales del Vaticano, se ve obligado á hacer penitencia pública, y á restituir á la Iglesia los bienes que, llevado de un celo religioso, habia tomado para subvenir á los gastos de la cruzada contra los sarracenos. Más tarde deja penetrar Alfonso VI en la Iglesia y reino de Castilla la doctrina de la soberanía universal de los papas, tan arrogantemente sostenida por Gregorio VII, el gran invasor de los poderes temporales. El campo escogido para esta primera tentativa fué el reemplazo del breviario gótico ó mozárabe, tan querido de los españoles, por la liturgia romana. En vano clamó el pueblo por que se le conservara su ritual, que miraba como el símbolo de sus glorias. El clamor popular, el juicio de Dios, y la prueba del fuego, que se pronuncian en favor del rito toledano, se estrellaron contra la obstinación del monarca, que resuelto á complacer al pontífice, decretó la abolición del breviario mozárabe y la adopción del romano. El pueblo, entre indignado y lloroso, exclamó: *Allá van leyes do quieren reyes.* Y la frase adquirió desde entonces en España una celebridad proverbial. Las vicisitudes que desde esta primera victoria del poder papal sobre los reyes y las libertades de la Iglesia de Castilla experimentó en lo de adelante, según las ideas de cada siglo y el humor de cada monarca, forman una parte muy esencial de la historia de nuestro pueblo.

Bajo la influencia de una reina francesa y á la sombra de un primado

de Toledo, también francés y monje de Cluny como Gregorio VII, hace al propio tiempo su irrupción en Castilla la milicia Cluniacense, que al poco tiempo invade las mejores sillas episcopales de la Iglesia española. Y bajo el mismo influjo dos condes franceses, soldados aventureros que vienen á buscar fortuna á España, obtienen la mano de dos princesas españolas, y se hacen troncos de dos familias de reyes de Portugal y de Castilla.

VIII

Era destino de España tener que luchar y combatir siglos y siglos; con extrañas gentes antes de alcanzar su independencia, con sus propios hijos antes de lograr la unidad.

Cuando derrocado el imperio Ommiada y conquistada Toledo, parecía no restar á las armas cristianas sino volar de triunfo en triunfo, viene otra irrupción de bárbaros mahometanos, los africanos Almoravides, numerosos como las arenas del mar que han atravesado. Terribles fueron sus primeros ímpetus. En Zalaca hacen rodar las cabezas de cien mil guerreros cristianos, y en Uclés perece la flor de la nobleza castellana, y pierde Alfonso su tierno hijo Sancho, único heredero varón del trono de Castilla, luz de sus ojos y solaz de su vejez, como él le llamaba. No sucumbió, pero alejóse por indefinidos tiempos el triunfo de la independencia española.

Y cuando parecía que el enlace de Urraca de Castilla con Alfonso de Aragón habría de ser el lazo que uniera ambas coronas y el preludio de una próxima unidad nacional, frústranse todas las esperanzas y fallan todos los cálculos de la prudencia humana. El genio impetuoso y áspero del aragonés, y las facilidades y distracciones poco disimuladas de la reina de Castilla, convierten el consorcio en manantial inagotable de discordias y agitaciones, de guerras y disturbios, de tragedias y calamidades sin cuento, en Castilla y Aragón, en Galicia y Portugal, entre esposo y esposa, entre madre é hijo, entre princesas hermanas, entre prelados y nobles, entre vasallos y soldados, de todos los reinos, de todos los bandos y parcialidades: laberinto intrincado de bastardas pasiones, y episodio funesto que borraríamos de buen grado de las páginas históricas de nuestra patria. Matrimonio fatal, que difirió por más de otros trescientos años la obra apetecida de la unidad española; hasta que otra reina de Castilla y otro rey de Aragón, más virtuosos y más simpáticos, y unidos en más feliz consorcio, enlazaran indisolublemente las dos diademas. ¡Pero han de transcurrir trescientos años todavía!

Por ventura ese mismo monarca aragonés, grande agitador de Castilla, revuelve luego sus armas contra los infieles, y dase tal prisa á batallar, que con razón se le aplica el sobrenombre de *Batallador*. Conquista á Zaragoza de los Almoravides, la hace capital del reino, y ensancha el Aragón hasta los términos que hoy tiene. Veníanle estrechos al hazañoso aragonés los límites de la Península, y con igual arrogancia salva las Alpujarras y saluda las costas del otro continente, que franquea los Pirineos y toma á Bayona. La batalla de Fraga privó á España de este robusto brazo.

Una solemne fiesta se celebra en la catedral de León poco antes de mediar el siglo XII. Un personaje, que llevaba en sus hombros una rica vestidura primorosamente trabajada, era conducido al altar mayor entre el

rey de Navarra y el prelado de la diócesis. Colocábase en sus manos un cetro; en su cabeza una corona imperial de oro puro guarnecida de piedras preciosas. Entonábase el *Te-Deum*, ylas bóvedas del soberbio santuario resonaron al grito de: *¡Viva el emperador Alfonso!* España tenía ya un emperador, y este emperador era el hijo de Urraca, Alfonso VII, que sin ser más que rey de Castilla se encontraba una especie de rey de reyes y jefe de príncipes y soberanos. Rendíanle vasallaje los emires de las principales ciudades musulmanas: el rey monje de Aragón se había puesto bajo su dependencia: el de Navarra le daba por su mano la investidura imperial: reconocíanle su primacía los condes de Barcelona, de Portugal, de Tolosa, de Provenza y de Gascuña, y el imperio castellano se extendía desde el Tajo hasta el Ródano y desde Lisboa hasta Burdeos. ¡Admirable engrandecimiento, que no era de esperar tras el turbulento y aciago reinado de Urraca! «¡Por Dios vivo, exclamó el rey Luis el Joven de Francia, cuando vino á visitar á Toledo, que no he visto jamás una corte tan brillante, y que sin duda no existe igual en el universo!» Aun rebajando la parte hiperbólica con que acaso el esposo de Constanza quisiera lisonjear á su suegro Alfonso, dedúcese todavía la brillantez que había alcanzado la corte de Castilla, tan modesta no hacía muchos años.

Verifícanse á poco importantes cambios en la España cristiana. La unión de Aragón y Cataluña bajo un solo cetro hecha en sazón oportuna por medio de un acertado matrimonio, convierte los dos estados en un vasto y poderoso reino, que veremos irse saliendo fuera de sí mismo, difundirse por Europa, dominar en el Mediterráneo, dar reyes á Nápoles y Sicilia, agregar coronas á coronas, y traer á España la mitad de Italia.

En cambio Portugal se emancipa de Castilla, y se erige en reino independiente. Desde entonces aquel reino, especie de jirón violentamente rasgado del manto real de España, florón arrancado de la corona de Castilla, enmienda hecha por los hombres á las leyes naturales de la geografía, ó sirve de embarazo para la grande obra de la unidad, ó de manzana de discordia disputada con éxito vario hasta los tiempos de los Felipes de Austria, acá ya en los siglos XVI y XVII.

Aun sufre mayores transformaciones la España sarracena. El Africa era en aquellos siglos para España lo que en otros tiempos había sido la Germania para el imperio romano: semillero inagotable de razas, de tribus y de pueblos, dispuestos á invadirla sucesivamente, siendo aquí como allí los que venían detrás los más agrestes y feroces. Allí eran godos, suevos, vándalos, francos y hunos: aquí eran árabes, sirios, egipcios, Ommiadas, Almoravides y Almohades. Todos habían venido ya menos estos últimos, los discípulos y sectarios de *El Mahedy*, nuevo profeta que se anunciaba como apóstol y gran reformador de los musulmanes degenerados y corrompidos. Los Almoravides atacaron á aquellos cismáticos del dogma muslímico, pero más afortunados ó más fogosos los *unitarios* ó Almohades, les toman sucesivamente á Tremecén, Fez, Salé, Tánger, Ceuta y Marruecos, que hacen la capital del imperio. La consecuencia inmediata de cada nueva dominación que se levantaba en la Mauritania era la invasión de la península española; y Abdelmumen, jefe de los Almohades, sigue en el siglo XII el ejemplo y el camino de Yussuf, jefe de los Almoravides en el XI. Los

Almohades arrojan de España á los Almoravides, como éstos habían arrojado á los Beni-Omeyas, y Abdelmumen se posesiona del vasto imperio de Yussuf, aunque cercenado por los cristianos. Estos no tienen ya que pelear con árabes, sino con moros de pura raza africana.

Mientras Almoravides y Almohades se revolvían en mortíferas guerras, los Castros y los Laras, los Alfonsos de Castilla, León y Portugal se destrozaban en sangrientas discordias. Ni cristianos ni moros acometían empresa de importancia. Ocupábanse los correligionarios en devorarse entre sí.

Un rey de Castilla emprende una atrevida incursión por tierras musulmanas. Llega á Algeciras, y desde allí envía un arrogante reto al emperador almohade de Marruecos. «Puesto que no puedes venir contra mí, le dice, ni enviar tus gentes, envíame barcos, que yo pasaré con mis cristianos donde tú estás y pelearé contigo en tu misma tierra.» Reto imprudente y fatal, que costó á los españoles la memorable derrota de Alarcos, sólo comparable al desastre que ciento doce años antes habían sufrido en Zalaca.

Afortunadamente un largo armisticio siguió á la catástrofe de Alarcos, y no fué menor suerte que los monarcas cristianos aprovecharan esta tregua feliz para arreglar sus querellas y prepararse á una guerra nacional.

La voz del pontífice se hace oir en toda la cristiandad á principios del siglo XIII, exhortando á los príncipes y á los pueblos á que ayuden á la gran cruzada, no ya contra los turcos de la Palestina sino contra los moros de España. Procesiones, rogativas y ayunos públicos anuncian en Roma que el mundo se halla en vísperas de presenciar un gran suceso, que habrá de interesar á todo el orbe cristiano. Este suceso había de acontecer en España, donde se ventilaba la causa de la cristiandad más que en la Tierra Santa. En Roma se paseaba el *Lignum Crucis*, y en Toledo se congregaban cinco reyes españoles, mientras el nieto de Abdelmumen cruzaba el estrecho de Gibraltar con cuatrocientos mil guerreros mahometanos, el más formidable ejército que jamás el Africa habia lanzado contra Europa. Avanzan los infieles, y los cristianos avanzan también. Se avistan unos y otros, y se da el famoso combate de las *Navas de Tolosa*, la más grandiosa lid que desde Atila habían visto los hombres. Cuatro días doraron los rayos del sol abrasador de julio las altas cumbres de Sierra Morena, antes que el mundo pudiera saber quién había salido vencedor, si el estandarte de Cristo ó el pendón del Islam. El resultado glorioso le pregona y canta la Iglesia española en la fiesta religiosa y nacional que en conmemoración de aquel día feliz celebra todavía bajo la advocación de *El Triunfo de la Santa Cruz*.

Como en los campos de Chalóns se había decidido la causa de la civilización contra la barbarie, así en las Navas de Tolosa se decidió virtualmente la causa del cristianismo contra el Corán. Doscientos mil combatientes del septentrión quedaron en los campos Cataláunicos; doscientos mil guerreros del mediodía sucumbieron en los campos de las Navas. El soberbio jefe de los hunos había sido rechazado á los bosques de la Germania; el altivo jefe de los Almohades se retiró á devorar su desesperación en el serrallo de Marruecos. Ambas causas triunfaron con la misma sangrienta solemnidad.

Desde la terrible rota de las Navas quedó el imperio almohade en el mismo desconcierto, en la misma anarquía y flaqueza que había quedado

el imperio ommiada desde el revés de Calatañazor. Los cristianos avanzarán ya siempre, y nunca retrocederán. Ya no hay equilibrio; la balanza se ha inclinado.

A poco tiempo se sientan casi simultáneamente en los tronos de Aragón y de Castilla, en el uno un conquistador, en el otro un conquistador y un santo: si dramático ha sido el nacimiento del aragonés, también ha sido dramático el ensalzamiento del castellano. Jaime I ciñe las dos coronas de Aragón y Cataluña; Fernando III vuelve á unir en sus sienes las de Castilla y León para no separarse ya jamás. El esforzado aragonés aventa los moros por oriente; el brioso castellano los estrecha y acorrala por mediodía. El conquistador se apodera de las Baleares, último refugio de los Almoravides, y toma á Valencia, la ciudad del Cid. El rey santo se posesiona de Córdoba, la corte de los Califas, y planta el pendón castellano en la Giralda de Sevilla, la ciudad que había reemplazado y excedía ya á Córdoba en población y en opulencia. Trescientos mil mahometanos de todas edades y sexos salieron, llevando consigo sus riquezas mobiliarias, á buscar un triste asilo en Africa, ó en los Algarbes ó en Granada. Millares de moros eran también arrancados de sus hogares, y huían de Valencia lanzados por un edicto del Conquistador, á refugiarse entre sus hermanos de Granada, cuyos muros apenas bastan á contener los dispersos que de las provincias limítrofes se apiñan en su recinto, como en un postrer lugar de refugio. Mediaba entonces el siglo XIII.

El reino granadino, especie de retoño que brota del destruído tronco del imperio árabe-africano, es el último residuo y la última forma de la dominación mahometana en nuestro suelo.

Aun queda Granada rebosando de habitadores, que bien necesita ser prodigiosamente feraz su campiña para proveer al mantenimiento de tanta muchedumbre. Aun queda su soberbia Alhambra, deliciosa mansión de reyes, donde tremola todavía y se ostenta con orgullo la enseña del Profeta. Y se ostentará por espacio de más de dos siglos. ¿Cómo tan largo tiempo se sostiene ese pequeño reino, reducido al estrecho recinto de una sola provincia de España, contra príncipes tan poderosos como eran ya los de Aragón y de Castilla?

Mucho hace la benéfica y sabia administración de Ben-Alamar, y la paz en que le deja vivir San Fernando hasta su muerte, como aliado suyo que había sido y auxiliador en sus empresas. Es que también mientras la población muslímica se concentraba y se fortalecía en Granada, los sucesores de Jaime y de Fernando, como si se olvidaran de que aun había moros en territorio español, se gastan en empresas exteriores, mezclados y enredados en los negocios generales de Europa. Halagan al de Aragón las adquisiciones de Sicilia, que le traen largas luchas con Roma y con la Francia. Preocupaban al castellano sus pretensiones á la corona imperial de Alemania, y faltó poco para que España pagara á caro precio las distracciones de sus príncipes, cuando ausentes de sus estados se ligó el rey moro de Granada con los Beni-Merines que reinaban en Magreb. Castilla después de San Fernando hubiera necesitado otro rey conquistador, y tuvo un rey sabio. Pensó en hacer leyes más que en acabar de expulsar á los moros, y se difirió por dos siglos la reconquista.

Vuelven también las discordias intestinas á retrasar más esta obra laboriosa y lenta. Desde Alfonso el Sabio hasta el Justiciero, no hay más que eternas conjuras ó menoridades turbulentas, gran calamidad de los estados y desolación de los imperios, plaga fatal con que más que otra nación alguna ha sido castigada España. Ya era un hijo que se alzaba en armas para arrancar la corona de las sienes de su padre, y que á su vez probaba la pena del talión sufriendo las propias amarguras de sus deudos, tíos ó hermanos. Ya eran los envalentonados nobles de Castilla, los Haros, los Laras ó los infantes de la Cerda, los que traían en agitación dolorosa el estado, pasándose así años y reinados en sangrientas turbaciones, sin que entretanto la guerra contra los moros suministrara á la historia hechos gloriosos que recordar, si por muchos no valiera el rasgo insigne de patriotismo heroico, de abnegación sublime y de noble grandeza castellana, con que inmortalizó el sitio de Tarifa Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno.

Así trascurre un siglo, hasta que al mediar el XIV vuelve á resucitar delante de Algeciras el antiguo brío castellano con el undécimo Alfonso, el último de esos Alfonsos, nombre de glorias para España, donde dejaron perdurable memoria de preclaros hechos, y que fueron como los Césares y los Abderrahmanes de la restauración. Unido va al nombre de Alfonso XI, el glorioso recuerdo de la memorable victoria del Salado, donde como en las Navas parece deber reconocerse una protección superior, pues no pudiera de otro modo haber llegado el número de cadáveres musulmanes á la prodigiosa cifra á que le hacen subir todas las crónicas. Reservada estaba al undécimo Alfonso de Castilla una honra póstuma que dudamos haya alcanzado otro príncipe alguno de la tierra. Sus mismos enemigos vistieron luto al saber su muerte; y cuando el ejército cristiano conducía sus restos mortales á Sevilla, las tropas del rey moro de Granada, que le habían combatido en el campamento, abrieron respetuosamente sus filas para hacer paso al fúnebre convoy.

Pero Granada entretanto se mantiene, y aquel resto de dominación musulmana se niega á desprenderse del suelo español, á semejanza de aquellos mariscos que viven y crecen encerrados en la estrechez de una concha, en tal manera á la roca adheridos, que ni el furor de los vientos, ni el azote de las olas son poderosos á despegarlos. Su fortuna le depara otro soberano tan sabio y prudente como Ben-Alamar, y á su benéfica sombra florece el diminuto y exiguo reino. La ciudad de las manufacturas y de los bellos jardines se hace el emporio del comercio y el centro de la cultura y del placer. El tráfico mercantil atrae á los negociantes de lejanas regiones; las fiestas y los torneos la hacen el punto de reunión de los más apuestos caballeros de las vecinas naciones, musulmanes y cristianos. Pero no tardará la ciudad poética en experimentar también los estragos de la discordia civil, y las lanzas que ahora en alegres justas se ejercitan, se clavarán luego en los pechos fraternales con desapiadado y bárbaro furor.

En Castilla sucede ya esto otra vez. La sangre riega sus campos y colorea sus ciudades. Apenas hay familia noble ó persona ilustre que no la vierta peleando en favor del monarca legítimo ó del hermano bastardo. La que no se derrama en los combates la hace saltar el puñal, ó asestado por la mano de un príncipe que le maneja en lugar de cetro, ó por la de sus

terribles maceros, ó por la de sus consejeros más íntimos y allegados: y la que el puñal perdona va á salpicar las tablas del patíbulo, erigido y aparejado á todas horas por un soberano irascible, impetuoso y arrebatado, á las veces justiciero, cruel y sanguinario siempre. La suya propia tiñe las manos fraternales, y el hermano que le arranca la vida se ciñe su corona.

Los pueblos, fatigados de tanta tragedia, se felicitan al pronto de haber cambiado las crueldades del monarca legítimo por las larguezas del bastardo dadivoso. Pronto conocieron cuán poco habían ganado con el ensalzamiento de la nueva dinastía. En poco más de un siglo que ocupó el trono de Castilla la línea varonil de la familia de los Trastamaras, vióse á aquellos príncipes ir degenerando desde la energía hasta el apocamiento, y desde la audacia hasta la pusilanimidad. El prestigio de la majestad desciende hasta el menosprecio y el vilipendio, y la arrogancia de la nobleza sube hasta la insolencia y el desacato. La licencia invade el hogar doméstico, la corte se convierte en lupanar, y el regio tálamo se mancillaba de impureza, ó por lo menos se cuestionaba de público la legitimidad de la sucesión. La justicia y la fe pública gemían bajo la violación y el escarnio. La opulencia de los grandes ó el boato de un valido insultaban la miseria del pueblo y escarnecían las escaseces del que aun conservaba el nombre de soberano. Mientras los nobles devoraban tesoros en opíparos banquetes, Enrique III encontraba exhausto su palacio y sus arcas, y su despensero no hallaba quien quisiera fiarle. Juan II procuraba olvidar entre los placeres de las musas las calamidades del reino, y se entretenía con la *Querella de amor*, ó con los versos del *Laberinto*, teniendo siempre sobre la mesa las poesías de sus cortesanos al lado del libro de las oraciones. Este príncipe tuvo la candidez de confesar en el lecho mortuorio, que hubiera valido más para fraile del Abrojo que para rey de Castilla. Los bienes de la corona se disipaban en personales placeres, ó se dispendiaban en mercedes prodigadas para granjearse la adhesión de un partido que sostuviera el vacilante trono.

No había sido mucho más feliz Aragón con la dinastía de Trastamara, que también fué llamada á ocupar el trono de aquel reino. Allí otro Juan II, monarca duro y padre desamorado, traía desasosegada y en combustión la monarquía. Desheredaba á un hijo, digno por sus prendas de más amor y de mejor fortuna, y los catalanes, irritados contra el desnaturalizado monarca, llamaban á su suelo extranjeras tropas y brindaban con la corona de Cataluña á cualquier príncipe extraño que quisiera aceptarla, antes que obedecer al monarca aragonés. En Navarra la misma fermentación de partidos, la misma hoguera de discordias, el encarnizamiento no menor.

¿Qué servía que aquejaran ya al pequeño reino granadino iguales ó parecidas turbaciones que á los estados cristianos? Si allí se derribaban alternativamente los Al-Hyzari, los Al-Zaqui, los Ben-Ismail y los Abul-Hacen, aquí se destrozaban entre sí los Enriques, los Juanes, los Alfonsos y los Carlos. Si un caudillo moro invocaba el apoyo de un monarca cristiano para derrotar á un rey de Granada, otro pariente de aquél se aprovechaba del desconcierto y las miserias del reino castellano para destronar á su vez al usurpador y negar el tributo al monarca de Castilla. Así el reducido reino de Granada se mantenía en medio de las convulsiones por la impotencia

de los reyes y del pueblo cristiano para arrojar á los infieles de aquel estrecho rincón, afrenta ya y escándalo de España.

La degradación del trono, la impureza de la privanza, la insolencia de los grandes, la relajación del clero, el estrago de la moral pública, el encono de los bandos y el desbordamiento de las pasiones, llegan al más alto punto en el reinado del cuarto Enrique de Castilla. Los castillos de los grandes se convierten en cuevas de ladrones; los indefensos pasajeros son robados en los caminos, y el fruto de las rapiñas se vende impunemente en las plazas públicas de las ciudades; un arzobispo es arrojado de su silla en un tumulto popular por atentar contra el honor de una recién desposada, y otro arzobispo capitanea una tropa de rebeldes para derribar al monarca y sentar á su hermano en el solio. En el campo de Avila se hace un burlesco y extravagante simulacro de destronamiento: ignominioso espectáculo y ceremonia cómica, en que un prelado turbulento y altivo, á la cabeza de unos nobles ambiciosos y soberbios, se entretienen en despojar de las insignias reales la estatua de su soberano, y en arrojar al suelo, entre los gritos de la multitud, cetro, diadema, manto y espada, y en poner el pie sobre la imagen misma del que había tenido la imprudente debilidad de colmarlos de mercedes.

Había llegado, pues, esta nación á uno de los casos y situaciones extremas, en que no queda á los imperios sino la alternativa entre una nueva dominación extraña, ó la disolución interior del cuerpo social. A no ser que se levante uno de aquellos genios privilegiados que tienen la fuerza y el don de resucitar un estado cadavérico, y de infundirle nueva vitalidad y robustez: uno de esos genios extraordinarios, que contadas veces en el trascurso de los tiempos son enviados de lo alto á la humanidad. Vendrá este genio vivificador, porque lo merece una perseverancia de cerca de ochocientos años puesta á tan rudas y dolorosas pruebas.

IX

A medida que el territorio se ensancha, que la asociación crece, que el estado se forma, tiene más necesidad de constituirse en el orden moral; los derechos, los deberes, las relaciones mutuas entre las diferentes clases del cuerpo social necesitan fijarse. Esto es lo que ha ido haciendo la España en los cuatro siglos que hemos bosquejado.

El orden de suceder en la corona, electivo primero, semi-electivo despues, se hace hereditario. Gran paso dado en los elementos constitutivos de las sociedades civiles.

Aquellos primeros albores de libertad política que dejamos apuntados en el décimo siglo, se difunden en el undécimo. Las franquicias comunales se multiplican y ensanchan, y el conquistador de Toledo dilata las cartas y los derechos de los municipios.

La nobleza, creada y adquirida por la conquista, aquella orgullosa y potente aristocracia que formaba ya una parte integrante de la monarquía, reclamaba leyes que aquietaran entre sí á los turbulentos señores, y consignaran su respectiva condición para con el soberano y para con los vasallos. Establécese con este objeto en el siglo XII el fuero de los Fijos-dalgo

y Ricos-homes. De este modo se ve Castilla constituída bajo una organización especial, semi-monárquica, semi-feudal, semi-democrática: dividida en municipalidades, repúblicas parciales y aisladas con fueros y magistrados propios; en señoríos, especie de pequeñas monarquías, con su código, su jurisdicción y sus vasallos; y al frente de todas estas repúblicas y monarquías un jefe común del estado, cuya autoridad mengua con las concesiones que para el sostenimiento del poder real necesita hacer á los otros dos grandes poderes, por mucho que discurra para dominarlos y para neutralizar, ya las aspiraciones de la altiva nobleza, ya las pretensiones de la invasora democracia.

Corre con los tiempos la lucha de influencia entre los comunes y los nobles, entre la grandeza y el trono, entre la corona y el brazo popular. La historia de la legislación revela esta incesante lucha política. A principios del siglo XIII un monarca se propone revisar y corregir los fueros y privilegios de los fijos-dalgo para confirmar lo que fuere *bueno á pro del pueblo;* pero *por las muchas priesas que ovo fincó el pleito en este estado.* Los conocedores de los tiempos no han podido dejar de entrever en aquellas priesas la índole de las dificultades con que hubo de tropezar el soberano. Cuando más adelante su nieto el rey Sabio, queriendo uniformar la legislación castellana, publicó el Fuero Real, no pudieron sufrir los fieros hidalgos de Castilla la lesión que se hacía á sus antiguos privilegios. Se conjuran y amotinan contra la majestad, se arman, se acuartelan, se pertrechan, tratan y ventilan su causa con el soberano como de poder á poder, y al cabo de diez y siete años de pugna, el débil monarca accede á la abolición del Fuero Real, y manda que los nobles sean otra vez juzgados por el Fuero Viejo, *ansí como solíen.*

Condenado parecía estar aquel buen rey á gastar su sabiduría y su vida en hacer leyes que no había de ver planteadas. Forma el célebre código de las Partidas, y apercibidos los pueblos de que en él se quiere borrar la memoria de los fueros de población y de conquista, resisten su admisión, y no obtiene subsistencia ni valimiento hasta cerca de un siglo después bajo Alfonso el onceno, y eso dando un lugar preferente á los fueros municipales. Tan celosos eran los castellanos, y tan apegados á su antigua y privilegiada jurisprudencia.

Tuvieron los últimos Alfonsos el mérito de haber sido casi todos legisladores y guerreros insignes; y no sabemos cómo las complicadas guerras en que anduvo de continuo envuelto y enredado Pedro de Castilla le dejaron vagar para hacer su famosa recopilación, con que ganó no pequeño título de gloria para todos los hombres, y más para los que quisieran apellidarle sólo el Justiciero, y borrar el sobrenombre tradicional de Cruel.

La historia política de la Edad media de España se encuentra como compendiada y simbolizada en sus códigos. El *Fuero Juzgo,* el primero en antigüedad, representa la monarquía teocrática, fundada por los godos, y es como el anillo que une la sociedad antigua que pereció con la sociedad nueva que de ella ha renacido. Los *Fueros municipales* son la carta democrática de la España que conquista su libertad, y el emblema de las franquicias ganadas por un pueblo que recobra su independencia á costa de esfuerzos y sacrificios. En el *Fuero Viejo de Castilla* se consignan los pri-

vilegios señoriales de la nobleza castellana, y es la sanción legal de sus derechos. Las *Partidas* son el trasunto de la monarquía que se reorganiza, que toma del derecho romano y del derecho canónico sus tradiciones monárquicas, y en que las libertades comunales entran sólo como aliadas forzosas, y los privilegios nobiliarios como una inevitable transacción. El clero recobra sus inmunidades con las Partidas, y Roma ve legalmente sancionado en un código de leyes el principio de una supremacía que por muchos siglos no había podido hacer prevalecer en España.

Honra es de esta nación que en una época en que la Europa gemía aún bajo el poder absoluto de los reyes, tuviera ella ya un sistema de gobierno con condiciones que hoy mismo agradecerían pueblos muy avanzados en la carrera de la civilización. En aquel estado de fermentación social aparecen las cortes españolas. Allí también luchan esos cuatro poderes. Desde que entra en ellas el elemento popular, fuerte con la independencia que le dan sus inmunidades, prepondera muchas veces en las asambleas nacionales de Castilla. Pierde en ocasiones de su influencia, y cede ante las sistemáticas usurpaciones de la corona, ó ante las invasiones de las clases privilegiadas. Sufre modificación la elección, y se altera el número de las ciudades con voto. Pero siempre el brazo popular se presenta como un adalid firme y como un sostenedor intrépido de las libertades públicas. Interviene y vigila en la manera de recaudar é invertir las rentas y subsidios, y á las veces se abroga hasta las atribuciones ejecutivas de la administración, á las veces se extiende hasta el arreglo de los gastos de la casa real. En 1258 se atreve á decir al rey que disminuya los de su mesa y trajes, y que *reduzca á más regulares términos su apetito.* El indispensable reconocimiento de las cortes para la validez del derecho á la corona; los nombramientos de las regencias y la determinación de sus facultades; la concesión ó denegación de los impuestos; la libertad en la elección de diputados; la exclusión de los empleados á sueldo del rey; las instrucciones que se daban á los representantes; las garantías y restricciones con que se los ligaba para que no pudieran abusar de su misión; la arrogancia del lenguaje que éstos usaban; las concesiones que arrancaban á los soberanos, prueban la extensión que hasta la última mitad del siglo XV había adquirido su poder, y lo sostenida que estaba en aquellos tiempos la representación nacional por la pública opinión.

Cataluña, Aragón y Valencia, esas tres hermanas que viviendo bajo una misma corona constituían como tres estados anseáticos regidos por leyes é instituciones propias, se organizan también sobre la base de la libertad, y cada cual tiene su representación y celebra sus cortes, parecidas en parte á las de Castilla, pero harto diferentes para dar á ese triple reino la fisonomía especial que le distingue, y cuyos rasgos no ha alcanzado á borrar la uniformidad de legislación de los tiempos posteriores.

Especie de república marítima Cataluña, ostenta al frente del poder real sus municipalidades democráticas, su consejo de Ciento y sus poderosos consellers. El humor vidrioso y levantisco de aquellos naturales no sufre con paciencia ni aun el amago de opresión, antes bien traduce á imperdonable ofensa la menor contradicción de parte de la majestad. Este carácter marcial, independiente y fiero, sobrevivió á la Edad media, y la

cambios y novedades de los tiempos y el trascurso de los siglos han podido mortificarle, pero no extinguirle.

Valencia desde la conquista entra á participar de las libertades de Aragón, cuya constitución es todavía la admiración de los hombres políticos. Ningún soberano de Europa estuvo reducido á más limitada autoridad que lo estuvieron por mucho tiempo los monarcas aragoneses. Estrechábanla las universidades ó comunes, y desafiábanla frecuentemente los ricos-hombres de natura, á pesar del atrevido ensanche que le diera el segundo Pedro y del equilibrio diestramente intentado por Jaime el Conquistador. Menor en número su nobleza que la de Castilla, pero por lo mismo más unida y compacta, á ambas las calificó donosamente Fernando el Católico cuando dijo que era tan difícil unir la nobleza castellana como desunir la aragonesa. Asombrosa conquista fué la del Privilegio de la Unión, á cuya voz nobles y ciudadanos se levantaban osados é imponentes á vengar la más leve ofensa del monarca ó la más ligera violación que se intentara contra sus fueros. La memorable batalla de Epila, en que fué derrotado el ejército de la Unión, señaló el «último caso en que fué lícito á los súbditos tomar las armas contra el soberano por causa de libertad.» El puñal del monarca victorioso al rasgar el Privilegio le hirió su propia mano, y la sangre del rey manchó el famoso pergamino. Hale quedado el sobrenombre de *el del Puñal*. Y á pesar de tan rudo golpe las libertades de Aragón no perecieron, el mismo soberano ratificó los antiguos fueros del reino, acompañando la confirmación con saludables concesiones, y las cortes aragonesas continuaron legislando con admirable independencia y celo por el mantenimiento de la libertad.

La pluma de un escritor de aquel reino y de nuestros días se ha empleado en rectificar la tradición de muchos siglos acerca de la famosa fórmula de juramento de los antiguos reyes de Aragón. Auténtica ó adulterada la fórmula, ningún príncipe se sentó en el trono aragonés que no jurara guardar los fueros y libertades del reino. Y la original institución del *Justicia*, magistrado interpuesto entre el trono y el pueblo, y como el guardián y protector del último contra las invasiones ó las arbitrariedades de los reyes, testifica hasta qué punto quiso perfeccionar la máquina de su organización política aquel pueblo arrogante y desconfiado.

Y á vueltas de tan extremada solicitud y celo, jamás pueblo alguno mostró una moderación, una sensatez y una cordura comparables á la de aquel reino cuando vacó sin sucesión cierta la corona. Los pretendientes se agitan, las parcialidades se revuelven, el mejor derecho de cada uno arroja ambigüedad é incertidumbre, la elección se somete al gran jurado nacional, el parlamento pronuncia, el triple reino acata y venera su fallo, y la nación entera trasmite respetuosa la herencia de los Berengueres, de los Jaimes y de los Pedros á un infante de Castilla. El compromiso de Caspe es una de las páginas más honrosas de la historia de aquel magnánimo pueblo.

El feudalismo que domina en Europa en la Edad media penetra en Cataluña y Aragón. El origen del primero de estos estados y la proximidad y contacto de ambos con la Francia, feudalmente organizada, los hace partícipes de esa institución de los pueblos germánicos. En León y Castilla hay

más señoríos y menos feudo, y á pesar de las behetrías, es la región de Europa en que arraiga menos esta planta septentrional.

Si Aragón protesta contra las concesiones humillantes hechas por sus primitivos monarcas al poder pontificio, no por eso se liberta de sufrir los rayos del Vaticano, y la excomunión y el entredicho afligen más de una vez en este tiempo á los soberanos y al reino, como á los de Portugal y Castilla. En unos y otros países crecen y se desarrollan multitud de pequeñas repúblicas eclesiásticas que viven al lado de las repúblicas civiles. Los papas se sirven de las órdenes religiosas como de una milicia espiritual, obediente, dócil y disciplinada, para acrecentar su influjo, mientras ellas á su sombra alcanzan inmunidades y franquicias personales y colectivas, con independencia del episcopado, cuya jurisdicción absorbe la tiara. Con las exenciones y con las riquezas que acumula se hace el clero un poder formidable en el estado. Allí confluyen las dádivas de los príncipes, las liberalidades de los devotos, las herencias de los finados, y hasta los territorios conquistados á los infieles se adjudican á los institutos religiosos á título de donación. Una mitra poseía más rentas y más vasallos que algunos monarcas, y la abadesa de un monasterio ejercía señorío y jurisdicción en catorce villas principales y en más de cincuenta pueblos. La opulencia y la inmunidad engendran el estrago y la relajación, y cuando después los monarcas menudean las pragmáticas y cédulas contra el concubinato público de los clérigos é intentan la reforma de las degeneradas órdenes religiosas, se estrella su celo contra el inveterado desorden, y tropiezan con dificultades insuperables.

Toda Europa fué más ó menos caballeresca durante la Edad media. Ningún país, sin embargo, tuvo tantos motivos para serlo como España. Juntóse aquí la galantería innata de los hijos de este suelo con el respeto á la mujer y el sentimiento de la dignidad personal heredada de los godos. La afición de los germanos á dirimir las querellas por medio del reto y á apelar á la jurisprudencia brutal de la espada, asocióse con la pasión de los españoles al combate personal y á las empresas hazañosas de que tantas pruebas dieron ya en la guerra con los romanos. El genio de estos dos pueblos se encontró de frente con la exaltación oriental de los árabes; y el sentimiento religioso sostenido por una lucha tenaz, y las frecuentes ocasiones que la vecindad misma proporcionaba á los contendientes para los encuentros personales, y el palenque siempre abierto para los ejercicios bélicos, ya se cruzaran en ellos las lanzas por odio, ya se mezclaran por recreo, todo cooperaba á desarrollar el espíritu caballeresco en un pueblo para quien eran tres virtudes el valor, la cortesía y la generosidad, que si había de recobrar su independencia necesitaba de muchos caballeros como Pelayo y el Cid. Si el enlace de la devoción con la guerra hizo desplegar en Europa la caballería con las Cruzadas, España, que sostenía dentro de sí misma una cruzada perpetua, y que ya antes de aquel gran movimiento religioso veneraba como al mejor caballero al santo apóstol Santiago, hubiera tenido de todos modos su caballería individual y su caballería colectiva. Los árabes mismos le habían enseñado la conveniencia de esa institución semi-sagrada semi-guerrera, que con el nombre de órdenes militares se estableció para defender las fronteras cristianas de los ataques de los infieles.

Pasó pues la caballería en España por sus tres períodos y fases, de heroica y guerrera, de devota y galante, y de extravagante y quijotesca, que este nombre le quedó desde que, llevada á la exageración y al ridículo, hubo de ser contenida por la cáustica sátira de Cervantes. El *Paso honroso* de Suero de Quiñones, con sus setecientos encuentros y sus ciento sesenta lanzas rotas antes de declararse la empresa por bien hecha y acabada, es un buen tipo de caballería amorosa, y Suero y Mendo dos excelentes paladines. Confesamos no obstante hallar ya mucho de extravagante y pueril en este mismo paso de armas. Ni hay que confundir la caballería de la realidad con la caballería ideal y fantástica de las leyendas y de los romances, ni siempre resaltaba la virtud y la generosidad en los combates; y la lucha que sostuvieron aquellos dos nobles aragoneses que se obligaron con juramento á no desistir de ella en toda su vida y á no oir á los que quisieran reconciliarlos aunque fuese el mismo rey, nos prueba cuánta parte solía tener en ellos la ira y el encono.

Vese también en este tiempo formarse una lengua y una literatura nacional. Desde el sencillo y vigoroso poema del Cid hasta las limadas y flexibles estrofas de Juan de Mena y la artificiosa composición de la *Celestina*, se va pasando gradualmente como del crepúsculo al día claro. Las Partidas y las Crónicas manifiestan los adelantos de la prosa y el progreso y fijación de la lengua, y el tránsito de los romances populares y las aventuras cantadas al lenguaje serio de la política y de la historia. Algunos monarcas protegieron decididamente las letras y las cultivaban ellos mismos. Alfonso el Sabio dividía el tiempo entre los cantares, la astronomía, las leyes y la guerra. Y la afición y protección de Juan II á la culta literatura hizo su reinado, tan desdichado y funesto bajo el aspecto político, recomendable y glorioso bajo el intelectual.

Ni el espíritu mercantil de los catalanes ni el genio marcial de los aragoneses impidió que se asentaran en su suelo las alegres musas, y que se cultivara con esmero la *gaya ciencia*, no cediendo en mérito y en dulzura sus trovadores á los celebrados cantores provenzales. Barcelona poseía grandes almacenes de comercio como Génova y Pisa, y academias florales como Tolosa. La actividad y movimiento de sus talleres contrastaban con sus justas literarias y sus certámenes poéticos: extraña simultaneidad, que nos pareciera inverosímil si no vivieran los armoniosos versos de Ausias March, el Petrarca de los provenzales, y las novelas caballerescas de Martorell, el Boccacio lemosín, y si no lo certificaran las producciones en prosa y verso que nos legaron los mismos monarcas y príncipes, los Alfonsos, los Pedros, los Jaimes y los Carlos de Viana. Es consolador mirar á Oriente y ver el consistorio literario de Barcelona dotado de fondos por sus reyes. que presidían sus justas y distribuían por sus manos los premios poéticos, y mirar luego á Mediodía y ver la municipalidad de Sevilla recompensar con cien doblas de oro al poeta que había cantado las glorias de su ciudad natal. y ofrecer igual suma cada año para otra composición de la misma especie.

Hemos apuntado estas ligeras observaciones para indicar cómo iba España en estos siglos viviendo su vida política, religiosa é intelectual. Volvamos á la historia.

X

A pesar de todo este progreso legislativo y literario, á pesar también de las instituciones y de las libertades políticas, y del espíritu caballeresco, hallábase España en los últimos tiempos del reinado de Enrique IV de Castilla en uno de aquellos períodos de abatimiento, de pobreza, de inmoralidad, de desquiciamiento y de anarquía, que inspiran melancólicos presagios sobre la suerte futura de una nación é infunden recelos de que se repita una de aquellas grandes catástrofes que en circunstancias análogas suelen sobrevenir á los estados. ¿Había de permitir la Providencia que por premio de más de siete siglos de terrible lucha y de esfuerzos heroicos por conquistar su independencia y defender su fe, hubiera de caer de nuevo esta nación tan maravillosamente trabajada y sufrida en poder de extrañas gentes?

No: bastaba ya de calamidades y de pruebas; bastaba ya de infortunios. Cuando más inminente parecía su disolución, por una extraña combinación de eventualidades viene á ocupar el trono de Castilla una tierna princesa, hija de un rey débil, y hermana del más impotente y apocado monarca. Esta tierna princesa es la magnánima Isabel.

La escena cambia: la decoración se trasforma; y vamos á asistir al magnífico espectáculo de un pueblo que resucita, que nace á nueva vida, que se levanta, que se organiza, que crece, que adquiere proporciones colosales, que deja pequeños á todos los pueblos del mundo, todo bajo el genio benéfico y tutelar de una mujer.

Inspiración ó talento, inclinación ó cálculo político, entre la multitud de príncipes y personajes que aspiran con empeño á obtener su mano, Isabel se fija irrevocablemente en el infante de Aragón, en quien por un concurso de no menos extrañas combinaciones recae la herencia de aquel reino. Enlázanse los príncipes y las coronas; la concordia conyugal trae la concordia política: y aunque todavía sean Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, el que les suceda no será ya rey de Aragón ni rey de Castilla, sino *rey de España:* palabra apetecida, que no habíamos podido pronunciar en tantos centenares de años como hemos históricamente recorrido. Comienza la unidad.

Gran príncipe el monarca aragonés, sin dejar de serlo lo parece menos al lado de la reina de Castilla. Asociados en la gobernación de los reinos como en la vida doméstica, sus firmas van unidas como sus voluntades; *Tanto monta* es la empresa de sus banderas. Son dos planetas que iluminan á un tiempo el horizonte español, pero el mayor brillo del uno modera sin eclipsarle la luz del otro. La magnanimidad y la virtud, la devoción y el espíritu caballeresco de la reina, descuellan sobre la política fría y calculada, reservada y astuta del rey. Los altos pensamientos, las inspiraciones elevadas vienen de la reina. El rey es grande, la reina eminente. Tendrá España príncipes que igualen ó excedan á Fernando; vendrá su nieto rodeado de gloria y asombrando al mundo: pasarán generaciones, dinastías y siglos, antes que aparezca otra Isabel.

La anarquía social, la licencia y el estrago de costumbres, triste heren-

cia de una sucesión de reinados ó corrompidos ó flojos, desaparecen como por encanto. Isabel se consagra á esta nueva tarea, primera necesidad en un reino, con la energía de un reformador resuelto y alentado, con la prudencia de un consumado político. Sin consideración á clases ni alcurnias enfrena y castiga á los bandoleros humildes y á los bandidos aristócratas; y los baluartes de la expoliación y de la tiranía, y las guaridas de los altos criminales son arrasadas por los cimientos. A poco tiempo la seguridad pública se afianza, se marcha sin temor por los caminos, los ciudadanos de las poblaciones se entregan sin temor á sus ocupaciones tranquilas, el orden público se restablece, los tribunales administran justicia. Es la reina la que los preside, la que oye las quejas de sus súbditos, la que repara los agravios. Los antiguos tuvieron necesidad de fingir una Astrea y una Temis que bajaran del cielo á hacer justicia á los hombres, é inventaron la edad de oro. España tuvo una reina que hizo realidad la fábula.

Isabel encuentra una nobleza valiente, pero licenciosa; guerrera, pero relajada; poderosa, pero turbulenta y díscola. Primero la humilla para robustecer la majestad; después la moralizará instruyéndola.

Ya no se levantan nuevos castillos: ya no se ponen las armas reales en los escudos de los grandes: las mercedes inmerecidas, otorgadas por príncipes débiles y pródigos, son revocadas, y sus pingües rentas vuelven á acrecer las rentas de la corona, que se aumentan en tres cuartas partes. La arrogante grandeza enmudece ante la imponente energía de la majestad, y el trono de Castilla recobra su perdido poder y su empañado brillo, porque se ha sentado sobre él la mujer fuerte.

Honrando los talentos, las letras y la magistratura, y elevando á los cargos públicos á los hombres de mérito aunque sean del pueblo, enseña á los magnates que hay profesiones nobles que no son la milicia, virtudes sociales que no son el valor militar, y que la cuna dorada ha dejado de ser un título de monopolio para los honores, las influencias y la participación del poder. Los grandes comprenden que necesitan ya saber para influir, y que el prestigio se les escapa si no descienden de los artesonados salones de los viejos castillos góticos á las modestas aulas de los colegios á disputar los laureles literarios á los que antes miraban con superioridad desdeñosa. Aquellos orgullosos magnates que enamorados de la espada habían menospreciado las letras, van después á enseñarlas con gloria en las universidades, y obligan á decir á Jovio en el *Elogio de Lebrija*, «que no era tenido por noble el que mostraba aversión á las letras y á los estudios.» Ha hecho pues Isabel de una nobleza feroz una nobleza culta; ha ennoblecido la nobleza.

Esos opulentos y altivos grandes-maestres, señores de castillos y de pueblos, de encomiendas y de beneficios, de lanzas y de vasallos, que tantas veces han desafiado y puesto en conflicto la autoridad real con su caballería sagrada, ya no conmoverán más el solio, ni se turbará más la paz del reino en cada vacante de estas dignidades, porque ya no hay más grandes-maestres de las órdenes militares que los monarcas mismos.

Hay revoluciones sociales que nos inducen á creer que no siempre las épocas producen los reformadores, ni siempre los cambios de condición que sufre un pueblo han venido preparados por las leyes, las costumbres y

las ideas. Por lo menos nos es fuerza reconocer que á las veces, siquiera sean muy contadas, un genio extraordinario puede bastar con escasos elementos á trasformar una sociedad en el sentido que menos parece determinar las ideas y las costumbres que encuentra dominando en el estado. Y esto es lo que aconteció en España.

Cuando más abocado se podía creer el país á una disolución social, aparece un genio, que sin deber á su primera educación sino la formación de su espíritu á una piedad acendrada, y á la escuela del mundo la reflexión sobre los infortunios que nacen del desorden y de la inmoralidad, acomete la empresa de hacer de un cuerpo cadavérico un cuerpo robusto y brioso, de una nación desconcertada una nación compacta y vigorosa, de un pueblo corrompido un pueblo moralizado, y lleva su obra á próspero término y feliz remate. Este personaje, con una actividad prodigiosa, con una perseverancia que causa maravilla, y con una universalidad que hace cierto lo inverosímil, purga el suelo de malhechores, organiza tribunales y los preside, administra justicia y manda hacer cuerpos de leyes, derriba las fortalezas de los poderosos y va á buscar los talentos á los retiros, da ejemplos diarios de virtud y expide cédulas y provisiones para la reforma de las costumbres, enseña con actos propios de piedad y manda con severas pragmáticas, asiste á los templos y recorre los campos de batalla, ora de rodillas ante el altar y revista los campamentos sobre un soberbio corcel, socorre á las vírgenes del claustro y provisiona los ejércitos, erige santuarios y toma plazas de guerra á los enemigos, fomenta las escuelas y organiza la milicia, contiene la relajación del clero y hace cejar la corte pontificia en su sistema de invasión y de usurpaciones, restablece la buena disciplina en la Iglesia española y hace respetar á la tiara los derechos de la corona y las regalías del trono, celebra y preside cortes y también celebra y preside torneos, vigila la educación del pueblo, y cuida de la educación de los príncipes, se ejercita en labores de manos bajo el techo doméstico, y atiende al gobierno de dos mundos, y á diferencia del rey de las tablas astronómicas, no desatiende á la tierra por mirar al cielo, sino que atiende simultáneamente al negocio del cielo y á los negocios de la tierra.

Así brillaban bajo su benéfica protección jurisconsultos como Montalvo, prelados como Mendoza, Talavera y Cisneros, capitanes como Aguilar, Gonzalo y el marqués de Cádiz, literatos como Oliva, Pulgar y Vergara.

Las letras humanas adquieren un prodigioso desarrollo en este reinado feliz. Llega su fama á remotos climas, y desde el fondo de la Holanda deja oir el sabio Erasmo los acentos de admiración y de elogio que le arranca el vuelo y progreso de la literatura española. La ilustración se hace extensiva al bello sexo: una dama va á explicar los clásicos en Salamanca, y otra dama sustituye á su padre en la cátedra de retórica de Alcalá. El movimiento literario se extiende desde el romance morisco y la leyenda caballeresca hasta los estudios graves de las aulas universitarias. Echanse los primeros cimientos del teatro español, que habrá de servir de modelo al mundo en los siglos que van á entrar. Fortuna es también de los esclarecidos reyes Católicos que venga la invención de la imprenta en su siglo.

en ayuda de sus esfuerzos, á dar una vida permanente á los progresos de la razón y á centuplicar los medios de propagación de los conocimientos humanos. Merced al prodigioso invento, en el mismo año que se conquista el último baluarte de los moros, se da á la luz pública la primera gramática de la lengua castellana. A poco tiempo asombra la España al mundo con la edición de la Políglota, la empresa tipográfica más gigantesca del siglo.

Todo renace bajo el influjo tutelar de los reyes Católicos: letras, artes, comercio, leyes, virtud, religiosidad, gobierno. Es el siglo de oro de España.

Una negra nube aparece no obstante en el horizonte español, que viene á sombrear este halagüeño cuadro. En el reinado de la piedad se levanta un tribunal de sangre. ¡Triste condición humana! Un príncipe ilustre, y una princesa la más bondadosa que ha ocupado el trono de Castilla, son los que legan á la posteridad la institución más funesta, la más tenebrosa, la más opresiva de la dignidad y del pensamiento del hombre, y la más contraria al espíritu y al genio del cristianismo. Se establece la Inquisición, y comienzan los horribles *autos de fe.* Los hombres, hechos á imagen y semejanza de Dios, son abrasados, derretidos en hogueras, porque no creen lo que creen otros hombres. Es la creación humana de que se ha hecho más pronto, más duradero y más espantoso abuso. Los monarcas españoles que se sucedan, se servirán grandemente de este instrumento de tiranía que encontrarán erigido, y el fanatismo retrasará la civilización por largas edades. Apresurémonos á hacer la Inquisición obra del siglo, producto de las ideas que había dejado una lucha religiosa de ochocientos años, hechura de las inspiraciones y consejos de los directores espirituales de la conciencia de Isabel, á quienes ella miraba como varones los más prudentes y santos, de la piedad misma y del celo religioso de la reina. El siglo dominó en esto á aquel genio, que en lo demás había logrado dominar al siglo. Quiso, sin duda, hacer una institución benéfica bajo el conveniente pensamiento de establecer la unidad religiosa, y levantó contra su intención un tribunal de exterminio. Es imposible armonizar los sentimientos piadosos de la magnánima Isabel con las monstruosidades de Torquemada. ¿Era que reconocido el error le faltarían ya ó fortaleza ó medios de contener los brazos de aquellos freidores de carne humana?

Pero apartemos la vista de tan sombrío cuadro, y llevémosla á la pintoresca y magnífica vega de Granada. Frente á esta ciudad, abrigo formidable de los últimos restos del viejo imperio mahometano, se ostenta otra ciudad moderna, obra maravillosa de rapidez, para cuya construcción se han convertido los guerreros cristianos en artesanos y fabricadores. Esta ciudad-campamento es Santa Fe. Allí están Isabel y Fernando al frente de su ejército. Un día aparecen cortesanos y soldados vestidos de gala. General alborozo se nota en los reales de los cristianos. Despléganse los pendones. Retumba en la vega el estampido de tres cañonazos disparados desde la Alhambra. Se levanta el campamento, y se encamina hacia los muros de la soberbia ciudad. ¿Es que sonó la última hora para el pueblo infiel?

Un personaje moro, seguido de cincuenta caballeros musulmanes. se di-

rige con semblante mustio hacia el Genil. Al llegar á la presencia de otro personaje cristiano, hace ademán de apearse de su palafrén, é inclinando su abatido rostro: «Tuyos somos, le dice, rey poderoso y ensalzado: éstas son, señor, las llaves de este paraíso; recibe esta ciudad, que tal es la voluntad de Dios.» Era el desgraciado Boabdil, el último rey moro de Granada, que entregaba las llaves de la Alhambra al victorioso Fernando con arreglo á la capitulación. Pronto reflejaron los rayos del sol en la luciente cruz de plata que los reyes católicos llevaban consigo á los campamentos, símbolo del cristianismo victorioso del Corán, y el pendón de Castilla ondeó luego en una de las torres de aquel alcázar donde tantos siglos tremolara el estandarte del Profeta. Era el 2 de enero de 1492.

Llegó á su desenlace el drama heroico de ochocientos años, la Ilíada de ocho siglos. La soberbia Ilión de los musulmanes está en poder de los cristianos. Consumóse el doble triunfo de la fe y de la independencia de España. Los orgullosos hijos de Mahoma, vencedores en el Guadalete, se han retirado llorosos, vencidos para siempre en el Genil. Las dos pobres monarquías que nacieron en los riscos de Asturias y en las rocas de Jaca son ya un solo y poderoso imperio que se extiende desde el Pirineo hasta los dos mares: y á esta grande obra de religión, de independencia y de unidad, han cooperado Dios, la naturaleza y los hombres.

Aun esperaba otra mayor remuneración á la perseverancia española. El premio ha sido tardío, pero será abundoso.

Había un mundo que nadie conocía, y un hombre, que si no le había adivinado tal como era, llevaba en su cabeza el proyecto y en su corazón la esperanza de descubrir nuevas regiones del otro lado del Atlántico. Era el más grande pensamiento que jamás había concebido ingenio humano. Por lo mismo los príncipes y soberanos de Europa le habían desechado como una bella quimera, y tratado al atrevido proyectista como un visionario merecedor sólo de compasión. Sólo hay una potestad en la tierra que se atreva á prohijar el proyecto de Colón. Es la reina Isabel de Castilla. Colón merecía descubrir un mundo, y encontró una Isabel que le protegiera: Isabel merecía el mundo que se iba á descubrir, y vino un Colón á brindarla con él. Merecíanse mutuamente la grandeza del pensador y la grandeza de la majestad, y el cielo puso en contacto estas dos grandezas de la tierra.

Atónito se quedó el mundo antiguo cuando supo que aquel temerario navegante, que desde un pequeño puerto de España había tenido la audacia de lanzarse en una miserable flotilla á desconocidos mares, en busca de continentes desconocidos también; que aquel visionario despreciado de las coronas, convertido ya en cosmógrafo insigne, había regresado á España y ofrecido á los pies de su real protectora testimonios irrecusables de un nuevo mundo descubierto. Ya no quedó duda de que el *Nuevo Mundo* existía, y la fama de Colón voló por el *Mundo Antiguo*, que admiró y envidió la gloria del descubridor, y admiró y envidió la gloria de España, á quien aquel mundo pertenecía, y admiró y envidió la gloria de Isabel, á quien se debía la realización del maravilloso proyecto.

Encontróse, pues, España la mayor potencia del orbe, á pesar de la famosa línea de división que un papa hizo tirar de polo á polo *por la ple-*

nitud de la potestad católica, para señalar á los españoles la parte que les correspondía poseer en aquellos remotos climas.

El globo se ha agrandado; el comercio y la marina se extenderán por la inmensidad de un Océano sin riberas; los metales del Nuevo Mundo harán una revolución en la hacienda, en la propiedad, en las manufacturas, en el espíritu mercantil de las naciones, y las cruzadas para la conversión de idólatras reemplazarán á las cruzadas contra los mahometanos.

No se cansaba la fortuna de halagar en este tiempo á los españoles: y como si fuese poco haberlos libertado del yugo musulmán y haberles dado un nuevo mundo, les abre otro vasto campo de glorias en el centro de la Europa civilizada. Después de haber peleado ochocientos años dentro de su propio territorio, salen á gastar sus instintos guerreros en tierras extrañas. Los unos van á llevar su civilización á pueblos incultos del otro lado del Océano, los otros van á recibir otra civilización más culta del otro lado del Mediterráneo, venciendo y conquistando en ambos hemisferios. Porque mientras el sol de Occidente alumbra sus conquistas en la India, el sol de Oriente ilumina sus triunfos en Italia. Allá se agregan imperios inmensos á la corona de Castilla; acá las pretensiones de Carlos VIII y de Luis XII de Francia sobre la posesión de las Sicilias son atajadas por la espada de Fernando el Católico, que asegura para sí la dominación de aquellos países, que tan fértiles como son, no producen tantos laureles como ganan los tercios y los capitanes españoles. Sandricourt, Lafayette, Bayardo, la flor de los caballeros de Francia, son eclipsados por Antonio de Leyva, Pedro Navarro y García de Paredes. El duque de Nemours, el último descendiente de Clodoveo, recibe la muerte en Ceriñola por mano de Gonzalo de Córdoba, el solo entre tantos guerreros como han producido los siglos que goza el privilegio de ser conocido en todo el mundo con el nombre de *el Gran Capitán;* merecida distinción, y digna honra del vencedor de Garillano. Si más adelante otros capitanes pasean la bandera victoriosa de Castilla por los dominios de Africa y de Europa al frente de la invencible infantería española, esos capitanes se habrán formado bajo los pendones y en la escuela del Gran Gonzalo.

Mucho, y con sobrada justicia, lloraron los españoles la muerte de su adorada reina la magnánima y virtuosa Isabel, que vino á enlutar sus corazones en estos momentos de interior prosperidad y de exterior grandeza. Pero fué Isabel un astro, que á semejanza del sol siguió todavía difundiendo las emanaciones de su luz después de haberse ocultado.

La protectora de Cristóbal Colón y de Gonzalo de Córdoba había sabido sacar de la soledad y del retiro y colocado en alto puesto á otro varón eminente, dechado de virtud y prodigio de talento, que no era ni navegante ni soldado, sino un religioso que vestía el tosco sayal de San Francisco. Este esclarecido genio que llegó á gobernar la monarquía desde la silla primada de España, concibe la osada empresa de plantar el pendón del cristianismo en las ciudades musulmanas de la costa berberisca é incorporarlas á los dominios españoles. Y lo que es más, lo ejecuta á sus expensas y dirige por sí mismo la atrevida expedición. Sucumbe la opulenta Orán. Brilla la cruz en sus adarves, y ondea en sus almenas el estandarte de Castilla. Y las victoriosas tropas españolas presencian el extraño

espectáculo de un franciscano, que rodeado de guerreros y de frailes, con la espada ceñida sobre la humilde túnica, se adelanta á recibir las llaves de la poco há orgullosa y ahora rendida ciudad morisca. Era el insigne cardenal Cisneros, honor de la religión, lustre de las letras, gloria de las armas y sostén de la monarquía.

Continúa su obra el brioso Pedro Navarro, el compañero de Gonzalo en Italia, y el que ha dirigido el ataque de Orán, y hace ciudades españolas á Bujía, Argel, Túnez, Tremecén y Trípoli. Sólo se detiene ante la catástrofe de los Gelves.

Navarra, único fragmento del territorio español que había permanecido independiente y segregado, pasa á formar parte de la gran monarquía. Fernando el Católico la ha conquistado. Importante adquisición para un imperio, que abarca ya posesiones inmensas en las tres partes del globo.

Pero estaba decretado que esta pingüe herencia había de ser patrimonio de una familia extraña. La Providencia lo quiso así, y lo preparó por medios que nos será permitido sentir, ya que no nos sea permitido objetar. Adoradores respetuosos de sus altos juicios y de sus decretos inescrutables, encaminados siempre al magnífico plan de la armonía del universo, lícito nos será lamentar como hombres que en las combinaciones de esta universal armonía tocara á la España en el período de su mayor grandeza ser regida por un príncipe nacido y educado en extrañas y apartadas tierras.

Contra todos los cálculos probables de sucesión habían subido Isabel y Fernando á sus respectivos tronos; contra todos los cálculos probables de sucesión bajan prematuramente sus hijos al sepulcro, y sólo les sobrevive para heredarlos una princesa casada con un extranjero, desjuiciada además, y cuyas enajenaciones mentales la incapacitan para la gobernación del reino. Desciende también su esposo á la tumba apenas gusta las dulces amarguras del reinar; y cuando la trabajosa restauración de ocho siglos se ha consumado, cuando España ha recobrado su ansiada independencia, cuando el fraccionamiento ha desaparecido ante la obra de la unidad, cuando una administración sabia, prudente y económica ha curado los dolores y dilapidaciones de calamitosos tiempos, cuando ha extendido su poderío del otro lado de ambos mares, cuando posee imperios por provincias en ambos hemisferios, entonces la herencia á costa de años y de heroísmo ganada y acumulada por los Alfonsos, los Ramiros, los Garcías, los Fernandos, los Berengueres y los Jaimes, todos españoles desde Pelayo de Asturias hasta Fernando de Aragón, pasa íntegra á manos de Carlos V de Austria. Nueva era social.

XI

El reinado de los reyes Católicos, todo español y el más glorioso que ha tenido España, es la transición de la Edad media que se disuelve á la Edad moderna que se inaugura.

Carlos V encuentra ya iniciado el nuevo poder militar de los ejércitos permanentes, y el nuevo poder político de la diplomacia.

Confesamos que el reinado de Carlos V nos admira, pero no nos entu-

siasma. Porque nos admiran los grandes hombres y los grandes hechos, nos entusiasman sólo los que hacen grandes bienes al género humano. Apreciamos demasiado la felicidad verdadera de los hombres para que nos dejemos fascinar por el ostentoso aparato de las magníficas expediciones y por el brillo aparente de las conquistas. Querríamos más gobernadores prudentes que revolvedores del mundo. Las empresas gigantescas llevan siempre algo maravilloso que seduce. Es muy fácil dejarse deslumbrar por las grandes maniobras.

Pudieron justificar las circunstancias en que entonces la nación se encontraba el afán del Cardenal regente por abrir y desembarazar á Carlos el camino del trono, y por hacerle proclamar. El pueblo le miraba más receloso, y no se apresuraba tanto. ¿Quién fué más previsor, el instinto popular ó el talento del gran político? El regente arzobispo, con el fin de abatir una nobleza soberbia, quiso entregar á Carlos una autoridad real robusta, y deseando hacer un monarca respetado, preparó sin quererlo un señor absoluto. «Estos son mis poderes,» les dijo á los nobles mostrándoles los cañones y arcabuces que preparados tenía; y Carlos fué proclamado. La expresión fué conceptuosa y enérgica; pero el príncipe en cuyo obsequio se pronunció había de saber aprovecharse bien de aquella especie de sanción de la *ultima ratio regum.* El mismo cardenal Cisneros fué el primero que recibió por premio de su celo monárquico y de su adhesión personal aquella fría y desdeñosa carta de Carlos, que ó le ocasionó, ó le aceleró la muerte. Desengaño amargo, y ejemplo insigne de ingratitud. Poco tiempo después reemplazaba al venerable y sabio prelado español en la silla primada un extranjero ignorante é imberbe: escándalo grande para un pueblo religioso.

Disgustaba además á los españoles un príncipe que ni había nacido en su suelo, ni hablaba su lengua, ni menos conocía sus costumbres, y que tanta impaciencia había mostrado por titularse rey de España, viviendo todavía su madre, la legítima reina de Castilla, á quien no obstante el lamentable estado de su juicio conservaban grande afición y cariño los castellanos. Veíanle venir rodeado de flamencos, y el recuerdo de los tesoros devorados por la comitiva parásita que ya con su padre había invadido la España, y de la audacia y la rapacidad que aquéllos habían desplegado, no era en verdad para que auguraran bien ni se mostraran devotos del príncipe flamenco.

No tarda el disgusto en trocarse en exasperación, y el descontento en convertirse en rebelión formal. Elegido Carlos emperador de Alemania, dispónese á salir de España para tomar posesión de la corona de Carlomagno. Pide un subsidio exorbitante, y convoca las cortes de Castilla para un punto desusado y extremo de la Península. La demanda, el objeto, la forma, todo desazona á los castellanos, y apenas el sucesor de Maximiliano abandona las playas españolas, se agitan las ciudades, se ensaña el furor popular contra los procuradores que votaron el impuesto, y se alzan en armas las comunidades de Castilla, no contra Carlos, sino contra la violación de sus fueros y en vindicación de sus antiguas libertades. El levantamiento, más en justicia fundado, y con más valor sostenido, que dirigido con circunspección y ordenado con acierto, sucumbe ante las armas impe-

riales auxiliadas de la nobleza, á quien los comuneros no han sabido atraer. Perecen, pues, las libertades públicas de Castilla en los campos de Villalar, y Padilla y los principales caudillos de las comunidades expían su ardor patriótico en un cadalso. Inútil, aunque heroicamente, intenta sostenerlas en Toledo una mujer animosa, enamorada á un tiempo de un esposo que acababa de perder y de una libertad que acababa de sucumbir. Fué la ultima protesta armada de la libertad contra la opresión. Desde entonces las cortes quedan reducidas á una mera fórmula, y no serán ya llamadas sino á votar los impuestos. El emperador publicó un edicto perdonando á los insurgentes, pero pasaban de doscientos los exceptuados. No era fácil castigar de muerte á casi todos los habitantes de la Castilla entera. Con tales auspicios se inauguró en España el primer soberano de la casa de Austria.

Desde que Carlos se aleja de la Península, la historia del emperador oscurece y eclipsa la historia del rey. En vano es que declare en una carta patente que el anteponer en los despachos el título de emperador de Alemania al de rey de España no parará perjuicio á esta corona. Los actos pregonan casi siempre al emperador; y el nombre de Carlos V con que entonces y ahora ha sido universalmente apellidado, siendo el I de España, está revelando todavía que no era lo español lo que predominaba en la majestad imperial.

No tardó en demostrar el nieto de Isabel y de Maximiliano, que si por la herencia de la primera era el mayor potentado del orbe, y por la del segundo se encontraba el mayor monarca de Europa, la grandeza de sus pensamientos correspondía á la magnitud de sus dominios. La idea de tener un rey, en cuyos estados no se ponía jamás el sol, era demasiado brillante para que dejara de ir halagando á los españoles. Veíanle desplegar talentos militares y políticos; veíanle acometer empresas gigantescas y rematarlas con felicidad; veíanle representar el primer papel en el mundo; veíanle triunfar casi á un tiempo en Méjico y en Italia, vencer á Motezuma y hacer prisionero á Francisco I; y que los capitanes y soldados españoles recogían á su sombra larga cosecha de lauros. Y ofuscados por el brillo de las adquisiciones y de las hazañas, iban olvidando poco á poco la pérdida de sus libertades, la emigración de sus tesoros y de sus hijos, con cuya sangre se compraban aquellos lauros. Llegaba á España el ruido de las victorias, pero no llegaban los lamentos de las víctimas. No se reparaba que los brazos que iban á manejar la espada en remotas tierras se robaban á la agricultura y á las artes: que allá iban á ganar reinos que no habían de poder conservarse, ó á imponer la esclavitud á otros pueblos, ó á decidir cuestiones de amor propio entre príncipes rivales, mientras aquí se paralizaba la industria interior, y se agotaba la sangre de los hombres y la sangre del pueblo. Las cortes permanecían mudas, y sólo hablaban los partes de las batallas. Así España se acostumbraba á entregarse á un hombre. Al fin éste le daba glorias. Cuando pasada una generación le falten las glorias, continuará atada á la voluntad de un hombre por más de una generación.

Imposible es por lo demás dejar de reconocer la grandeza de quien supo elevarse y descollar sobre los eminentes príncipes que encontró ya al

frente de los demás estados de Europa; un Francisco I de Francia, un Enrique VIII de Inglaterra, un Solimán II de Turquía, un pontífice como León X, cada uno de los cuales hubiera bastado por sí solo para dar nombre á un siglo. Época de soberanos insignes y de capitanes que merecían ser soberanos; y sin embargo, nunca se oscurece ni anubla el nombre del rey-emperador.

Carlos V y Francisco I; he aquí las dos figuras de más bulto en esta galería de personajes famosos. Rivales de por vida, sus codiciosas pretensiones trajeron desasosegado el mundo, y costaron muchas miserias á la humanidad. «Si Dios hubiera querido, dice un elocuente escritor, que estos dos monarcas se uniesen, la tierra hubiera temblado bajo sus pies.» Nosotros creemos que tembló de todos modos. Lo que hizo su mutua envidia fué que ninguno de los dos pudiera encadenarla. Carlos con más vastos dominios, pero más desparramados y no bien sujetos; Francisco con estados más cortos, pero más concentrados, venciéronse alternativamente sin poder destruirse. Pero el emperador humilló más veces al rey, y el vencedor de Marignan cayó prisionero en Pavía, y vióse más de una vez forzado en los campos de batalla á jurar el cumplimiento de tratados ominosos impuestos en la prisión.

Francisco apenas tuvo que sostener sino las guerras con el emperador, y pudo muchas veces descansar. Carlos guerreaba en Francia, en Italia, en Alemania, en Flandes, en Africa y en Turquía, y no descansó nunca. Viajero infatigable, no había para él distancias de estado á estado, y se hallaba en todas partes. El emperador alemán del siglo XVI anticipóse en el sistema de actividad al emperador francés del siglo XIX; y pareciéndosele en la magnitud de las empresas y en la energía de las resoluciones, aunque con más desigual fortuna en los azares de la guerra, excedióle en la espontaneidad del retiro cuando conoció que su estrella se eclipsaba.

Necesitando ambos de alianzas, era en esto Carlos más político y más mañoso que Francisco: escrupuloso, ninguno. Francisco quiso ser un caballero de la Edad media, y el siglo le enseñó que aquellos tiempos habían pasado. Carlos representaba ya al monarca de los tiempos modernos, y poseía la política de gabinete. Descubríase en las miras del emperador, justas ó injustas, otra grandeza, otra elevación, que en las del monarca francés. Francisco hubiera podido contentarse con dominar en los estados cuyos derechos reclamaba: Carlos, si no abrigó el pensamiento de la monarquía universal, aspiró por lo menos á la unidad religiosa. El emperador, sin la oposición del monarca francés. hubiera podido dominar la Europa, y aun así lo hubiera hecho acaso, si la casa de Austria no se hubiera dividido en dos ramas: el monarca francés, aun sin la oposición del emperador, probablemente no hubiera tenido la audacia de intentarlo. Cuando Francisco escribió las memorables palabras: *Todo se ha perdido menos el honor*, parece que añadió, aunque entonces no se dijo: *y la vida que se ha salvado.* Y cuando libre de la prisión de Madrid pisó de nuevo el territorio francés, saltó y corrió como un muchacho exclamando: *Ya soy otra vez rey de Francia.* Carlos recibió por lo menos con apariencias de fría serenidad y circunspección la noticia de la victoria de Pavía, como aquel á quien ni sorprenden ni alteran los triunfos.

El caballero francés, galante y guerrero, llamó á su corte á las mujeres, y entregándose á favoritas y cortesanas, descontentaba á sus generales, que pasaban al servicio de su cauteloso rival, que sabía atraerse el afecto de propios y extraños. Así abandonó á Francisco el condestable de Borbón, unico traidor, dicen, que han tenido los Borbones en su dinastía: así el almirante Doria, aquel famoso genovés que ayudando á establecer el despotismo en otras naciones supo dar la libertad á su patria. Ambos hicieron servicios eminentes al emperador, á quien permanecieron fieles ¡cosa extraña! hasta los tránsfugas que se le habían adherido haciendo traición á su patria y á su rey.

Las guerras entre Carlos V, Francisco I y Enrique VIII vinieron, á vueltas de sus muchas calamidades, á hacer un bien á la Europa, porque multiplicaron y difundieron las ideas confundiendo los pueblos, y produjeron la necesidad del sistema de equilibrio entre los grandes estados. que tanto influjo había de ejercer en el derecho de gentes de las naciones modernas.

Pero faltó poco para que estas luchas entre príncipes y cristianos proporcionaran al turco apoderarse de Italia. Carlos V, combatiendo á Solimán y á Barbarroja, impidió á la media luna enseñorearse de Nápoles, y á las hordas de un pirata acabar de despojar el Vaticano. Oprimiendo la Italia, tuvo por lo menos el mérito de salvar la Europa, aunque á costa de los tesoros de sus reinos y de la sangre de sus súbditos.

En este período brillante y sombrío de la historia de la humanidad viéronse muchos héroes y muchos malvados, grandes proezas y grandes perfidias, alianzas anómalas, rompimientos injustificables, y deslealtades diarias, y Maquiavelo pudo quedar satisfecho de ver los progresos de su política. Á pesar de la repetición de escándalos, todavía el mundo no pudo dejar de escandalizarse en ocasiones solemnes. El gran protector del catolicismo retenía prisionero al jefe de la Iglesia, y mandaba hacer rogativas públicas por la libertad del pontífice. El rey Cristianísimo se confederaba con los reformistas y se aliaba con los mahometanos contra el jefe de la cristiandad y contra el campeón de la unidad católica. Roma era saqueada por un ejército católico mandado por un traidor político, cuyos soldados llevaron la rapiña y la profanación hasta un punto que hizo tener por moderados y prudentes á los bárbaros de Alarico. Y un rey de Inglaterra, el primero que escribió un libro de denuestos contra Lutero y la reforma, se apartaba él y apartaba á su reino de la obediencia al romano pontífice, y traía un nuevo cisma á la cristiandad por los amores impúdicos de una mujer.

La reforma religiosa fué un acaecimiento más trascendental en esta época que las revoluciones políticas. Lutero adquirió una celebridad é importancia que no merecía ni por sus talentos ni por sus virtudes, pues carecía de éstas y no eran eminentes aquéllos. Faltó prudencia á la corte de Roma, y la opinión de muchos pueblos y de muchos hombres no había necesitado sino de una voz atrevida que la formulara. De otro modo no hubiera podido el fraile de Witemberg conmover los estados alemanes, y él mismo debió asombrarse de haber llegado á asustar al mundo católico. Carlos V se propuso hacer frente al predicador y á sus doctrinas. Impul-

sábanle á ello sus ideas religiosas y le iba la conservación de sus dominios. El francés y el turco le distraían y embarazaban, y los papas no le ayudaron bien. Por otra parte, ni bastante condescendiente con los reformadores para atraerlos por la dulzura, ni bastante riguroso para dominarlos por la fuerza, hubo de entablar con ellos aquella serie de negociaciones pesadas que abarcan desde la dieta de Worms hasta el concilio de Trento. Al decreto de Spira contra la reforma respondía la protesta de los cinco grandes príncipes y de las catorce ciudades del imperio que los señaló con el nombre de *protestantes*. Al de la confesión de Augsburgo respondía la liga de Smalkalda; y con el famoso *Interim* de Ratisbona no satisfizo el emperador ni á protestantes ni á católicos. La reforma le gastó más fuerzas que las guerras, y la espada de un príncipe luterano fué la que le dió el más funesto golpe. La cuestión religiosa llenó la Europa de sangre y la dejó para mucho tiempo dividida en dos grandes fracciones, protestante y católica. España se preservó del contagio. Hízolo con las armas Carlos V, y con las hogueras los inquisidores. España se aisló del movimiento europeo.

No hay duda que la reforma imprimió una nueva fisonomía á la sociedad moderna que se creaba. Los protestantes la han mirado como una feliz insurrección de la inteligencia contra el poder absoluto en el orden espiritual, como una poderosa tentativa de emancipación del espíritu humano, y la hacen como la madre de las libertades políticas. Los católicos niegan que el protestantismo haya emancipado los pueblos, atribúyenle haber dividido los hombres sin mejorar la sociedad, y esperan que la doctrina de Lutero, con todas las variaciones que descubrió Bossuet y que después se le han añadido, sucumbirá como el error de Arrio y como el catecismo de Mahoma. Si no nos equivocamos, en nuestra misma edad se notan síntomas de ir marchando este problema hacia su resolución. El catolicismo gana prosélitos: los protestantes de hoy no son lo que antes fueron, y creemos que la unidad católica se realizará.

Contra el fraile alemán se levantó entonces un caballero español. Al enemigo audaz del pontificado se opuso un papista decidido y animoso. Presentóse Ignacio de Loyola á combatir á Martín Lutero, y contra la reforma del fraile de San Agustín estableció la compañía de Jesús, milicia destinada á pelear á favor de la Santa Sede, obligándose á ello con el voto de obediencia, lo cual valió á los jesuítas de parte de los protestantes el nombre de genízaros del papa. Comenzó la reacción religiosa, y la gran cuestión del concilio de Trento preocupó á los pontífices que se fueron sucediendo, y sobrevivió á Carlos V, el cual ofreció el fenómeno de ser más conciliar que los papas mismos.

Afortunadamente, y por la vez primera, no fué ahora España el campo en que se ventilaron las grandes cuestiones religiosas, políticas y militares que cubrieron de sangre y luto la Europa. Sufrieron mucho Francia, Alemania y Hungría; pero la víctima sacrificada á las ambiciones de todos fué la desgraciada Italia. Teatro nunca vacante de sangrientas lides, saqueábala el turco por la costa, mientras en el interior la devastaba la soldadesca cristiana, franceses, flamencos, alemanes y españoles, gentes de diversas religiones y distintas lenguas, que hormigueaban allí como nubes de langostas talándola á quien más podía, todos licenciosos, católicos y protes-

tantes. No pensaría aquel bello país que había de tener que sufrir una invasión de pueblos civilizados que le recordara los horrores de la irrupción vándala.

Vengamos á los últimos momentos del gran Carlos V, el protagonista de aquel vastísimo drama de luchas, de batallas, de alianzas, de negociaciones y de tratados, en que no hubo estado grande ni pequeño que se librara de tomar parte, y que fué como la fermentación por que pasó la sociedad humana para entrar en un nuevo período de su vida.

Aquel hombre infatigable, que en cuarenta años de imperio había estado nueve veces en Alemania, seis en España, cuatro en Francia, siete en Italia, diez en los Países-Bajos, dos en Inglaterra, otras dos en África, que había atravesado once veces los mares, y que nuevo Atlante, sostenía sobre sus hombros el peso de dos mundos, sintiéndose debilitado de cuerpo y de espíritu, y no pudiendo ya inspeccionar personalmente sus inmensos dominios, determina retirarse á acabar tranquilamente sus días en el silencio y soledad de un claustro, en esta misma España, principio y fundamento de su colosal poder: trasfiere á su hijo Felipe las coronas de Flandes y de España, con todos sus territorios del antiguo y del nuevo mundo, y el agitador de África y Europa, aquel á cuya presencia temblaban los reyes y se estremecían los reinos, se abisma espontáneamente, y pasa desde el solio más elevado de la tierra á sepultarse en la humilde celda de un solitario monasterio.

Seguirémosle en nuestra obra hasta sus últimos momentos, hasta su muerte ejemplarmente cristiana y religiosa; y guiados por la luz de auténticos é irrecusables documentos, rectificaremos los errores é inexactitudes que acerca de la vida de Cárlos V en Yuste han consignado casi todos los historiadores que nos han precedido, y daremos á conocer con verdad los pensamientos que preocupaban al grande hombre en su retiro.

En 1556 era rey de España Felipe II.

XII

Aun desmembrada la corona imperial que heredó de Carlos V su hermano Fernando, quedaba todavía Felipe II el soberano más poderoso de Europa, y su matrimonio con María de Inglaterra le daba además gran mano en aquel reino.

Entre el padre y el hijo absorben casi todo el siglo XVI, pero le imprimen distinta fisonomía, porque no se asemejan en índole y en carácter. Así, dotados ambos de talento claro y de perspicacia suma, abrigando en mucha parte los mismos designios, constituyéndose uno y otro en representantes del catolicismo y de la unidad religiosa, difieren grandemente en la política y en los medios. Flamenco y educado en Flandes el uno, había desagradado á los españoles porque no hablaba su idioma; español y criado en España el otro, había disgustado á los flamencos porque no conocía su lengua. Carlos, flamenco, tenía la vivacidad española; Felipe, español, tenía la fría calma de un flamenco. Parecía que habían equivocado la patria. Carlos era expansivo y cosmopolita; Felipe sombrío y político de gabinete. Aquél, infatigable en el ejercicio del cuerpo, había querido gobernar el

mundo hallándose en todas partes; éste, incansable en el manejo de la pluma, aspiró á regir la Europa desde el rincón de un monasterio. Aquél dictaba leyes á cada país en su propio territorio; éste se las imponía desde su bufete. El padre hacía temblar un estado con su presencia; el hijo le intimidaba con un decreto. El padre paseaba las tierras y los mares personalmente; al hijo le bastaba tener un mapa sobre su mesa. Carlos asistía á todas las asambleas de Europa; Felipe daba instrucciones á sus embajadores, era el jefe de los diplomáticos, y sabía más que ellos.

¿Era Felipe II el *demonio del Mediodía*, como le nombraban entonces los extranjeros, ó era el *rey santo*, el hombre religioso, el que libertó la Iglesia de la herejía, y salvó de la anarquía los estados? ¿Fué el representante del fanatismo y de la tiranía, el hombre de las hogueras y el verdugo de los pueblos, ó fué el gran político que comprendió su siglo y dió á España engrandecimiento y gloria? Personaje tan ensalzado como deprimido, cada cual lo ha colmado de elogios ó de invectivas, según sus ideas ó sus pasiones. Observamos en ciertos escritores nacionales, empeño en unos, tendencia en otros á rehabilitar su memoria. Nosotros hemos procurado estudiar el genio del hombre y los designios del monarca, en el interior de su familia y palacio y en la dirección de los negocios públicos. Hemos visto sus decretos originales: ha pasado por nuestras manos su correspondencia diplomática, y hemos leído sus disposiciones en letra de su puño. Hemos tenido ocasión de examinar muchos de sus escritos, de sus propios borradores, allí donde al cabo de trescientos años parece verse todavía la cabeza que concebía, el corazón que dictaba, y la mano que se apoyó sobre aquel mismo papel; allí donde las líneas puestas á un margen para sustituir á otras que se tachaban, revelan el pensamiento primitivo y el pensamiento nuevo que le reemplazó. Después de todo esto podemos decir sin género alguno de apasionamiento que admiramos las grandes cualidades de aquel monarca y reconocemos y amamos algunas virtudes que le adornaron; pero sentimos no sernos posible amarle tanto como le admiramos.

Por nuestra parte hemos creído descubrir en Felipe II las prendas de un gran político; pero también las cualidades de un gran déspota. Sombrío y pensativo, suspicaz y mañoso, dotado de gran penetración para el conocimiento de los hombres y de prodigiosa memoria para retener los nombres y no olvidar los hechos, incansable en el trabajo y expedito para el despacho de los negocios, tan atento á los asuntos de grave interés como cuidadoso de los más menudos accidentes, firme en sus convicciones, perseverante en sus propósitos y no escrupuloso en los medios de ejecución, indiferente á los placeres que disipan la atención y libre de las pasiones que distraen el ánimo, frío á la compasión, desdeñoso á la lisonja é inaccesible á la sorpresa, dueño siempre y señor de sí mismo para poder dominar á los demás, cauteloso como un jesuíta, reservado como un confesor y taciturno como un cartujo, este hombre no podía ser dominado por nadie y tenía que dominar á todos; tenía que ser un rey absoluto.

El hombre por cuyas manos pasaban todos los negocios de estado en una época en que sus relaciones se extendían por las regiones de ambos mundos; que lo leía todo y lo decretaba todo por su mano, ó lo anotaba y corregía de su puño; el que sabía las intrigas y manejos de las cortes

extranjeras antes que le informaran de ellas sus embajadores acreditados; el que cuando un embajador le designaba las influencias de un gabinete y el lado flaco de cada príncipe, recibía al propio tiempo informaciones confidenciales de la conducta y de las relaciones y tratos de este mismo embajador; el que sabía las circunstancias y los medios de cada uno de los jefes de la insurrección de Flandes, las propiedades de cada aspirante á la corona de Francia, la índole de cada pretendiente á la mano de la reina de Inglaterra, el carácter de cada cardenal y las opiniones de los que influían con el papa ó habían de asistir al concilio; el que conocía de antemano el mérito y conducta de cada uno de los que se presentaban á pedir un empleo; el que sin asistir á los consejos sabía cuanto en ellos pasaba, y no asistía con el fin de que su presencia no impidiera á cada cual manifestar libremente sus pasiones; el que sabía dividir para reinar y fomentar los partidos para neutralizar mejor las influencias; este hombre no hubiera podido reinar sin gobernar solo, porque se sentía con genio, con propensión y con capacidad para ello.

Así las cortes que el padre había reducido á simple fórmula, las redujo el hijo á peor condición que la nulidad, y las libertades que Carlos extinguió en Villalar con Padilla, acabó de ahogarlas Felipe en Aragón con Lanuza.

Uniendo al ardor del religioso la frialdad del calculista, cuidando de no separar nunca el mejor servicio de Dios del mayor engrandecimiento de sus reinos, y de que el fanatismo no obstara al acrecimiento ó conservación del poder, quiso extinguir la herejía que agitaba la Europa ayudando á los católicos contra los reformados y herejes, pero esperando vencer con los unos para reinar sobre todos; imponerles primero la creencia religiosa para someterlos después á la autoridad política. Hízose el defensor nato de la Iglesia romana y empezó ganándose al papa con blandura; pero si el papa se oponía á sus planes políticos, tratábale con dureza y se gozaba de los atrevimientos que con el jefe de la Iglesia se tomaban sus embajadores. Perseguía á los enemigos de la plenitud de la potestad pontificia, pero no le asustaban las excomuniones. Veneraba á los frailes y se rodeaba de ellos, pero si atentaban á su poder los mandaba ahorcar.

Si no hubiera hallado la Inquisición, la hubiera inventado él: pero se le había anticipado en más de medio siglo. La halló establecida y la hizo su brazo derecho, mas nunca consintió en que se erigiese en cabeza. Gustábale servirse de los inquisidores, pero dominándolos.

No reparaba en reducir á prisión al mismo que había sido el más activo instrumento de su tiranía en Flandes, como tampoco dificultaba en sacarle del calabozo cuando le convenía para hacer la conquista de Portugal: entonces volvía á confiar el mando del ejército al duque de Alba. Llevaba á un hombre inteligente y laborioso á los altos puestos de presidente del consejo de Castilla y de Italia, de inquisidor mayor y cardenal, pero en el apogeo del favor le intimaba la caída de su gracia, aunque el pesar le acabara la vida. Así murió Espinosa. Y don Juan de Austria, el hijo ilegítimo de Carlos y el heredero legítimo de su grandeza y de sus glorias, la más noble, la más bella y la más elevada figura de su tiempo, el vencedor de los moriscos en las Alpujarras y de los turcos en Lepanto, gana victorias

y países para su hermano, pero no puede ganar para sí un quilate de cariño en su corazón. Felipe II no consentía verse eclipsado por nadie, ni en poder, ni en gloria, ni en laboriosidad siquiera.

No era impasible, pero lo parecía en las ocasiones en que es más difícil reprimir los sentimientos y las afecciones humanas. Cuando el de Alba le participó la ejecución de los ilustres condes de Horn y de Egmont, contestóle diciendo: «Puesto que ha sido indispensable el castigo, no hay sino encomendarlos á Dios.» Y como implorase su piedad hacia la virtuosa viuda de Egmont y sus once hijos, que quedaban en la más espantosa miseria y desamparo: «Sobre esto, le dijo, ya proveeré y os avisaré de ello.» No le corría prisa hacer el bien que le pedía con urgencia el hombre que pasaba por el más duro de su tiempo, y el de Alba debió conocer que había otro en cuyo cotejo podía pasar por blando de corazón. La noticia del desastre de la invencible armada no le demudó el rostro, y se limitó á decir que había enviado la escuadra á luchar con los hombres y no con los elementos. Y la del glorioso triunfo de Lepanto no hizo asomar á los reales labios una ligera sonrisa. La recibió rezando, calló, y continuó su oración. Hasta que ésta fué acabada no mandó entonar el *Te Deum*: nadie sabía por qué.

Todos sus actos llevaban el sello del misterio y de la tenebrosidad. Montigny, el príncipe de Orange, Escobedo, Antonio Pérez y el príncipe Carlos, son arcanos que se traslucen hoy, pero que no se revelan. ¿Serán perpetuamente enigmas algunos de ellos? ¿Lo será la prisión misteriosa del príncipe, objeto de tantas curiosas investigaciones, inclusas las nuestras? Poseemos la copia de un codicilo en que mandó fuesen quemados sin ser leídos los papeles tocantes á negocios terminados, y especialmente de difuntos. ¿Será improbable que se hallaran entre ellos los que han buscado con tanto afán biógrafos, críticos é historiadores? Sea lo que quiera, creemos que hubiera podido ser Felipe el mejor inquisidor y el mejor jesuíta, como el más diestro embajador y el más astuto ministro. Era rey, y lo reunía todo.

Mas donde ha quedado perpetuamente esculpido su genio es en esa colosal maravilla que se levanta majestuosa y severa al pie de una cadena de cenicientas montañas que parece hundirse como los despojos de un mundo calcinado. Todo en el Escorial respira grandeza, y todo en él inspira austeridad y devoción. Diríase que era la fortaleza en que había querido encastillarse una edad para pasar el invierno de las revoluciones que el viento norte presagiaba. «¿Cómo había de traspasar, dice un filósofo, una sola idea del mundo moderno aquellos muros de granito de aspecto egipcio, aquellos castillejos, aquellos claustros, aquellas bastillas y aquellos palacios circundados de celdas?» Dedicóle á San Lorenzo en conmemoración del día en que se ganó la famosa batalla de San Quintín, y quiso que el edificio representara la forma de las parrillas en que fué quemado el Santo: singularidad que ha dado ocasión á algunos para buscar analogías entre aquella especie de martirio y las hogueras tantas veces encendidas en el reinado del fundador. Hízolo á un tiempo para vivienda de monjes y para alcázar de reyes: y la cámara regia al lado de la celda prioral, la corona junto á la cogulla, y el trono de España bajo el mismo techo que la regla de San Jerónimo, representan el gusto del monarca y el espíritu de la época.

Pero el reinado de Felipe fué todo español. A diferencia del de Carlos, ni en su consejo ni en su corte predominaban extranjeros. Si Carlos V hubiera subyugado la Europa, la hubiera hecho alemana: si la hubiera dominado Felipe II, la hubiera hecho española. Aun sin haberla vencido, la superioridad de su política y la superioridad de nuestra literatura, difundieron por Europa la lengua, las costumbres y las modas de España, y el gusto español preponderaba en los salones diplomáticos, en los teatros, en los libros y en los trajes. París mismo se asemejaba á Madrid, y tomaba de los españoles hasta las extravagancias que les había de devolver después; porque un siglo antes que Luis XIV pudiera llamar á Madrid *la corte francesa de España*, había llamado Felipe II á la corte de Francia *mi bella ciudad de París*.

Los españoles, avezados ya á las largas expediciones militares en que recogían gloriosos triunfos, sinceramente religiosos como su rey, y acostumbrados por más de siete siglos á mirar á los enemigos de su culto como enemigos también de su independencia, servían gustosamente de instrumentos á las empresas de su monarca, y fueron como en tiempo del emperador, á pelear en Francia, en Inglaterra, en Flandes, en Italia, en Portugal y en los mares, contra moros, contra turcos, contra herejes y contra cristianos-católicos, y la política española intervino en todos los negocios de Europa. Ganáronse muchos laureles para recoger después muchas espinas.

La política de Felipe con los Países Bajos produjo una lucha sangrienta que convirtió aquellas florecientes provincias en un vasto campo de carnicería, y consumió á España su dinero y sus hombres. Para España fué una fatalidad, y para Flandes una providencial expiación. Medio siglo hacía que había venido aquí un príncipe flamenco, cuyos primeros pasos fueron extraer nuestras riquezas, dar á flamencos los más altos puestos del estado y ahogar nuestras libertades. Al cabo de cincuenta años un monarca español, hijo de aquél, trata á Flandes como á país de conquista, confiere los primeros cargos á españoles, y prueba á establecer allí la Inquisición española. Los flamencos se irritan y se levantan, como aquí se irritaron y levantaron los castellanos. Allí se firmó el *Compromiso de Breda,* como aquí se formó la *Junta de Avila*. Allí perecieron en un patíbulo los condes de Horn y de Egmont, como aquí habían perecido Padilla y Bravo. En Castilla fué incendiada Medina, y allí fueron profanadas y saqueadas más de cuatrocientas iglesias en Flandes y Brabante. La expiación fué terrible, pero no nos regocijamos de ella. Porque después de infinitos desastres y de infinitos horrores ejecutados por españoles y por orangistas, y después de gastados generales y tesoros, el resultado fué constituirse la república libre de las Provincias Unidas allí donde Felipe quiso establecer un imprudente despotismo, y producir una guerra larga y desastrosa que había de terminar por la pérdida de aquellos ricos países.

El afán y los esfuerzos de treinta y ocho años para dominar en Francia y colocar en aquel trono á la infanta su hija costó muchos miles de hombres y treinta millones de ducados, para venir á someterse al célebre tratado de Vervins en que reconoció á Enrique IV, y se obligó á restituirle todas sus conquistas. Sacamos de allí los triunfos de San Quintín y de

Gravelinas, y el placer de haber guarnecido algún tiempo á París tropas españolas.

Mientras Felipe suscitaba enemigos á Isabel de Inglaterra y protegía á María Stuard de Escocia, el Drake depredaba las colonias españolas de América, y los piratas ingleses apresaban nuestros buques y se llevaban las flotas de oro. El desastre de la Invencible armada fué una pérdida irreparable para España, que dejó desde entonces de ser la señora de los mares. Subió de punto el poder marítimo de la Gran Bretaña y una vez se atrevieron los ingleses á penetrar en Cádiz y se llevaron hasta las campanas de las iglesias y las rejas de las casas. Juró Felipe vengar el ultraje, pero otra vez dispersó la armada española una tempestad. Data de aquel tiempo la decadencia de nuestra marina.

No fué más feliz en el proyecto de enseñorear el Báltico y de extender su influencia á los estados escandínavos. Frustráronse sus costosos intentos por la repentina conversión de Juan de Suecia en sentido inverso á la de Enrique IV de Francia

La mayor gloria militar que alcanzaron las armas españolas en aquel tiempo fué la memorable victoria de Lepanto, que celebró con trasportes de júbilo toda la cristiandad, y el más rudo golpe que pudo darse al poder entonces inmenso de la media luna. Pero dióse tiempo á los turcos para rehacerse, y al año siguiente pudo el sultán hacer salir del puerto de Constantinopla una nueva escuadra de doscientos cincuenta navíos. Al cabo vinieron á ajustarse treguas con el turco; mezquino resultado que ni correspondió á los esfuerzos que costara á la nación ni á los triunfos que había sabido alcanzar el ilustre bastardo de Carlos V.

Con la conquista de Portugal se realizó por primera vez la completa unidad de la Península ibérica; y así como Suintila fué el primer soberano godo que pudo llamarse sin contradicción rey de la España entera, así Felipe II fué el primer soberano de la Edad moderna que pudo llamarse con verdad rey de toda España, pues no había ya una sola pulgada de territorio desde Gibraltar á los Pirineos que no fuese del dominio del monarca español, y por primera vez al cabo de cerca de nueve siglos recobró España los límites naturales que le señalaba su geografía. Agregáronsele las inmensas y riquísimas colonias que los portugueses poseían en Africa, en América y en las Indias. ¡Cuán poco habían de durar aquellas importantes adquisiciones! En vez de un gobierno prudente, conciliador y benéfico, que hiciera olvidar á los portugueses su humillación é identificarse gustosos á la gran familia española, la dura política de Felipe ofende su nacional orgullo, mantiene vivo el sentimiento de su independencia, y espiando la primera ocasión de sacudir el yugo español, España verá con dolor desprenderse otra vez ese rico florón de su corona antes de extinguirse la dinastía austriaca.

Llegó, pues, la España en el reinado de Felipe II al apogeo de su material grandeza. Era un imperio que se derramaba por todo el globo. En medio de muchos reveses y de muchas empresas malogradas, se habían ganado glorias militares sin cuento. El nombre español era un nombre universal. ¿Podrían conservarse á tal altura el nombre y el imperio? Tales adquisiciones, tantas expediciones y guerras no se habían hecho sin im-

poner á la nación sacrificios inmensos, sacrificios insoportables. Habíanse consumido los tesoros del reino y los tesoros del Nuevo Mundo por el loco empeño de conservar países apartados, que sobre constituir un gravísimo y perpetuo censo para España, fuera demencia prometerse jamás de ellos una incorporación sincera y provechosa. El temerario afán de Felipe de someter la Europa á su conciencia y á su cetro, nos atrajo su enemistad sin lograr ningún fruto: y mientras en el interior el fatídico fuego de las hogueras del Santo Oficio ahogaba la vida política de la nación, y se malograban los muchos elementos de prosperidad que habían sembrado los reyes Católicos, en el exterior se gastaba su vitalidad material en el intento de sujetar pueblos que no nos habían de servir y que habíamos de perder. Dejó, pues, Felipe II á sus sucesores una España gigante, pero gigante extenuado y por muchos lados vulnerable, y aquel aparente engrandecimiento encerraba el germen de la decadencia que apuntaba, y preparó cerca de dos siglos de calamidades y humillaciones. Volvamos la vista á otro cuadro más halagüeño.

Felizmente este mismo siglo de batallas y de sacrificios humanos es el siglo de las artes, es el siglo de oro de la literatura española, de que había sido preludio el reinado de los reyes Católicos. Las guerras de Carlos V han puesto á los ingenios españoles en relaciones íntimas y frecuente trato con los que ya brillaban en la culta Italia. Aquellos palacios que decoraban las obras maestras de Leonardo Vinci, de Miguel Angel, de Rafael, de Ticiano y de Corregio, los estudios y talleres de aquellos insignes artistas, son otros tantos tesoros de que se aprovechan los pintores, arquitectos y escultores de España para formar su gusto, enriquecerse de conocimientos, traerlos después á su patria, y fundar más adelante escuelas propias, que comienzan por serlo de imitación y acaban por producir una vigorosa originalidad. Dos veces en el trascurso de los tiempos ha prestado también esa bella Italia á los genios españoles modelos literarios que imitar y escuelas en que aprender: la Italia de Augusto, y la Italia de León X, el Augusto sagrado del siglo XVI. Y ambas veces la España se ha emancipado pronto de su maestra, creándose una literatura nacional independiente y propia, que había de trasmitir luego á otros pueblos.

La poesía lírica y la dramática, la ligera sátira y la grave epopeya, la novela y la historia, el género didáctico, el místico y el festivo, todos los géneros, todos los estilos y todas las formas literarias tuvieron en el siglo XVI dignos intérpretes que al cabo de trescientos años sirven todavía de modelos. Muchas lumbreras derramaron la luz de las letras por el horizonte español. Es el siglo de Garcilaso, de Rueda, de Ercilla, de Herrera, de los Luises de Granada y de León, de Mendoza, de Zurita, de Arias Montano, de Santa Teresa, de Lope de Vega, de Mariana y de Cervantes. Y tal impulso recibe la literatura española en los reinados de Carlos V y de Felipe II, que la veremos avanzar todavía majestuosa y rica por los reinados de los siguientes Felipes, conducida por Rioja y Calderón de la Barca, sirviendo de tipo á las demás naciones, hasta que comenzando á caer en manos del culteranismo con Góngora y Quevedo, degenerando de corrupción en corrupción, llegue á una anticipada decadencia y á una prematura decrepitud como la monarquía.

Incomprensible parece este desarrollo intelectual en un pueblo comprimido por la Inquisición y en medio del ruido de las armas y del estruendo de la pelea. Pero el Santo Oficio ejercía sus rigores sobre los libros de teología, de filosofía ó de derecho, que pudieran atacar ó lastimar las doctrinas del más puro catolicismo, tal como entonces los inquisidores y el monarca lo entendían. Inexorable en estas materias, pocos hombres distinguidos por su saber pudieron librarse de las persecuciones de aquel terrible tribunal. En cambio la poesía, terreno neutral y ajeno por su índole á las cuestiones teológicas y filosóficas, podía tomar todo el vuelo que quisiera, y monarcas é inquisidores eran indulgentísimos para las licencias de la imaginación, excepto en lo que tocara á asuntos religiosos. Complacíales por el contrario que los poetas se entretuvieran en cantar los amores tiernos de los pastores y los dulces desdenes de las esquivas zagalas. No pudiendo España producir filósofos, se indemnizó en producir abundancia de poetas. El Parnaso era el campo más libre, y refugiándose á él las inteligencias independientes de los españoles, hicieron la poesía una especie de soberana de la literatura.

Ni es menos sorprendente que tantos ingenios cultivaran las letras en medio de la agitación de las batallas, enemigas al parecer de los sentimientos tiernos y de los estudios tranquilos. Parecía que del choque de las lanzas y de los escudos salían chispas de inspiración para aquellos ingenios guerreros. Es admirable el número de soldados escritores que en el siglo XVI y aun antes de él produjo la España. El cronista Pérez de Guzmán se encontró como soldado en el combate de la Higuera: Lope de Ayala es hecho prisionero en las batallas de Nájera y de Aljubarrota, y escribe los sucesos en que ha tomado parte: Jorge Manrique manda expediciones militares, combate en Calatrava y en el sitio de Vélez, y hace tiernas elegías: Bernal Díaz del Castillo acompaña á Cortés á Méjico, se encuentra en ciento diez y nueve batallas, y el soldado batallador escribe la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España:* Boscán pelea por su país, y aclimata en la poesía castellana los endecasílabos italianos: Hurtado de Mendoza, general y embajador de Carlos V, hace versos y novelas picarescas, y escribe con docta pluma la historia de la última guerra de Granada: Garcilaso acompaña como militar á Carlos V en sus principales expediciones, se encuentra en la defensa de Viena, en la toma de la Goleta y de Túnez, y el dulce cantor de Salicio y Nemoroso muere de una herida que recibe al asaltar una plaza: Lope de Vega lleva el arcabuz y sirve como soldado en la Invencible armada, y escribe tantas comedias que nadie las ha podido contar todavía: Ercilla combate á los indios bravos de Arauco, y combatiendo escribe *La Araucana:* Cervantes se distingue como guerrero en la batalla de Lepanto, y el mutilado en la guerra y el cautivo de Argel escribe comedias y novelas originales, y asombra al mundo con su *Quijote.* No se podía decir aquí aquello de: *musæ silent inter arma;* pues en este país singular las musas cantaban dulcemente entre el ronco estampido del cañón y el áspero crujir de las espadas y rodelas.

La historia literaria de España en aquellos siglos represéntanos los tres períodos de un largo día. El crepúsculo matinal que vimos apuntando en

los siglos XI y XII, va siempre derramando más luz hasta el XV, para alumbrar en pleno día en el XVI y entrar en el crepúsculo de declinación en el XVII. Diéranos mayor pena el ver llegar la tarde de este día, si no supiésemos que las letras, como el sol, vuelven después de haberse marchado á alumbrar otros hemisferios, y que si desaparecen de nuestro horizonte para ir á comunicar su luz á otras regiones de Europa, volverán á iluminarle á fines del siglo XVIII para bañarle en el XIX con un nuevo resplandor, de que sentimos no participar de lleno, pero que esperamos alcanzará el siglo, que ha de vivir más que nosotros. Así las naciones y las sociedades se comunican recíprocamente sus luces, y así es necesario para el progreso perfectivo de la vida universal de la humanidad, uno de nuestros principios históricos.

XIII

A la independiente actividad de Felipe II sucede la sumisa indolencia de Felipe III, y el hombre á quien no había podido dominar nadie es reemplazado por un hijo que ni piensa, ni obra, ni gobierna sino por la voluntad de un favorito, á cuya firma ha dado el rey igual autoridad que á la suya propia. El privado es el árbitro de los empleos públicos, el repartidor de las fortunas, y su fausto eclipsa, oscurece el del monarca. A ejemplo del duque de Lerma, la nobleza abatida en los anteriores reinados abandona sus antiguos castillos y acude á ostentar sus galas en la corte. Palacios suntuosos, gran tren de carrozas, muchedumbre de mayordomos, capellanes, palafreneros, pajes y entretenidos, todo boato les parecía poco á aquellos nuevos ricos-hombres, que hacían venir tapices de Bruselas, linos de Holanda, telas de Florencia, gorros de Lombardía, capas de Inglaterra y calzado de Alemania. Dejábanse arrastrar del mismo impulso las clases medias, y á todos alcanzaba el contagio. ¿Correspondía la prosperidad del Estado al brillo de la corte?

Abrumados de impuestos los labradores, dejaban el cultivo y emigraban á la aventura, allí donde creían poder proporcionarse algún medio de vivir; provincias enteras se convertían en áridos yermos, y el viajero andaba muchas leguas sin encontrar una casa habitada ni un campo labrado. «Si este mal continúa, le decían al rey las cortes de Madrid, pronto faltarán paisanos que labren los campos, pilotos que dirijan las naves... es imposible que dure el reino un siglo si no se pone un remedio eficaz.» «Las casas se desploman, le decía el Consejo á su vez, y nadie las reconstruye; las aldeas quedan abandonadas, los campos incultos...»

El Consejo proponía remedios. Que se moderen los tributos; que se limite el número de religiosos de ambos sexos; que se refrene el lujo y se ponga tasa á los trajes; que comience el soberano dando ejemplo por el arreglo de su casa, «pues el número de criados, le decía, y las raciones que consumen son dos terceras partes más que en tiempo de vuestro augusto padre el Sr. D. Felipe II, cosa que merece que V. M. lo considere con reflexión y haga conciencia de ello.» Los remedios quedaron escritos.

No había rentas, pero había lujo: los labradores perecían, pero los grandes comían en vajilla de oro: moría la industria, pero se erigían mo-

nasterios: las aldeas se despoblaban, pero los conventos rebosaban de habitadores.

Y no por eso se renunciaba al sistema de guerra exterior de los anteriores reinados. Nuestros ejércitos eran enviados como antes á pelear en todos los países de Europa, y nuestros marinos cruzaban todos los mares. Los arranques eran los mismos, pero las fuerzas no podían corresponder á los ánimos. Imponíanse al gigante enflaquecido los mismos esfuerzos que en los días de su virilidad y robustez. ¿Dónde estaban los recursos para alimentar á los soldados que batallaban? Las flotas de la India llegaban con dificultad, y dábase gracias de ver arribar algún galeón que no hubieran apresado los corsarios ingleses ú holandeses. Las que llegaban estaban anticipadamente empeñadas, é invertíanse en sostener el fausto de la corte. Un general salía por fiador del gobierno, y empeñando sus alhajas particulares lograba que los comerciantes de Cádiz le prestaran algunas sumas para ir manteniendo sus tropas. Subíanse los impuestos, pero era pedir jugo á un tronco seco y aridecido. El cuerpo social perecía de extenuación, y le desangraban para darle vitalidad. Quísose convertir en moneda la plata de los templos, pero se opuso el clero, y faltóle fuerza al gobierno para hacerse obedecer. Se recurrió á la alteración de la moneda, y doblándose el valor del vellón se dobló el precio de las mercancías. Se inundó el reino de moneda de cobre adulterada, y desapareció la plata y el oro. Tal era la ciencia del gobierno del duque de Lerma.

La irreflexiva expedición á Irlanda costó una derrota y un bochorno. Y de la muerte de Isabel de Inglaterra, astuta y decidida protectora de los enemigos de España y del catolicismo, no se sacó más partido que un tratado de paz, que algunos años antes hubiera parecido vergonzoso, y que entonces se celebró en Madrid con regocijo.

Flandes continuaba siendo cementerio de hombres y sima de tesoros. La toma de Ostende fué gloriosa, pero costó cerca de tres años de sitio y cincuenta mil soldados. Entretanto el de Nassau nos tomó otras plazas. La famosa tregua de doce años empezó á poner de manifiesto á los ojos de Europa la flaqueza y decadencia de España.

Pudo, no obstante, esta misma situación haber redundado en bien de la monarquía, si ésta hubiera estado dirigida por más hábiles manos. En paz con Inglaterra y Holanda, garantida la de Francia por el doble matrimonio de los príncipes y princesas de ambas naciones, pudo el gobierno español, con un desahogo que no había disfrutado en cerca de un siglo, dedicarse á restañar las profundas heridas que en el corazón del país habían abierto las dilapidaciones de dentro y los dispendios de fuera. Pero estos fueron los momentos que escogió el monarca, aconsejado por dos arzobispos, para descargar sobre él un golpe fatal. Expidióse el edicto para la expulsión de los moriscos, y la población proscrita se llevó tras sí el comercio, la agricultura y las artes. El consejo del beato Juan de Ribera pudo ser muy piadoso y muy justo, pero despobló la nación y la dejó arruinada.

Contrastaba grandemente la guerra de armas en Italia con la guerra de intrigas en la corte. Allá se disputaba el ducado de Saboya; aquí el favoritismo del monarca. Allá Carlos Manuel despedía al embajador de

España é invadía el Milanesado; aquí el de Uceda suplantaba á su mismo padre el de Lerma en el favor del débil príncipe. Allá mediaba Luis XIII para ajustar un tratado en Pavía; aquí intervenía el padre Aliaga, confesor del rey, en los manejos de las privanzas palaciegas. Allá se formaban alianzas de príncipes italianos contra España y conjuraciones de españoles contra Venecia; aquí se fraguaban planes y se empleaban artificios para dominar en palacio. Allá se ganaba para España la Valtelina que había de envolverla en nuevas complicaciones; aquí se ganaba el valimiento del monarca, que poseído por D. Rodrigo Calderón había de llevarle con el tiempo, como á otro D. Alvaro de Luna, de las gradas del trono á los escalones del cadalso. Habían vuelto los tiempos de Juan II y de Enrique IV.

Y prosiguieron todavía. Porque á la privanza infausta de Lerma y Uceda con Felipe III sustituyó la no menos funesta de Olivares con Felipe IV

Más embaidor que político el Conde-Duque, alucinó al pueblo y fascinó al rey. El pueblo creyó en las ofertas de un bello programa, y se dejó engañar como un enfermo desesperado que acoge las palabras de un curandero. El rey era un niño, y se enamoró de un ministro que le hacía apellidar el *Grande* mucho antes de poder serlo. Cuando el pueblo reco noció su error, no pudiendo poner remedio se limitó á murmurar, que era lo único para que le habían dejado fuerzas los reinados anteriores: y el monarca que hubiera podido remediarlo, no lo conocía.

Felipe IV y la política de su privado trajeron á España males que aun lamenta. y compromisos de que no ha acabado de salir al cabo de dos siglos. Empeñados en engrandecer la casa de Austria, arruinaron la España. En la famosa guerra del imperio, llamada de los treinta años, no cesó Felipe de prodigar hombres y tesoros al emperador. Iban nuestros soldados á vencer en Praga, para ser vencidos después en Estremoz y Villaviciosa. Triunfaban á quinientas leguas de distancia para dar á Fernando de Austria la corona de Bohemia, y cuando tuvieron que pelear dentro de España eran ya un ejército debilitado que dejaba perder el Portugal. Arrojaban del imperio al Elector Palatino y dominaban el Rhin, para no poder defender más adelante las fronteras de Francia y tener que ceder el Rosellón. Luchaban con su acostumbrada bravura allá en Alsacia, en la Suabia y la Baviera, contra el rhingrave Othón, contra el landgrave de Hesse y contra el terrible Gustavo de Suecia; eran degollados en Oppenheim, triunfaban en Lutzen, perecían helados en los Alpes y ganaban laureles en Norlinga: sufrían reveses y alcanzaban triunfos en lejanas tierras y por ajenas causas; y cuando hubo necesidad de defender el reino, invadido por los vecinos ó alterado por los naturales. faltaron ya fuerzas para ello: habíase gastado la vida en climas y en empresas extrañas.

La guerra con Holanda. emprendida de nuevo al expirar la tregua de los doce años. hubiera podido justificarse si hubiera podido sostenerse, Pero á pesar del arrojo de nuestros soldados, que allí, como en todas partes. vencían y triunfaban, pero no dominaban; á pesar de los talentos militares de Espínola, de la protección del emperador, y de los refuerzos sacados de Alemania para atender á aquellos países, hubo de resignarse

Felipe IV á reconocer definitivamente la independencia de la República. y á cederle las conquistas hechas en América y en la India. Triste resultado de ochenta años de lucha, tan dispendiosa en hombres como en dinero. La tregua de doce años había sido el indicio de nuestra debilidad; el tratado de Westfalia lo fué de nuestra impotencia.

Cierto que fué una fatalidad el que se hubiera levantado contra España un genio tan activo, tan político y tan sagaz como el ministro de Luis XIII. No pudiendo sufrir el cardenal de Richelieu ni el engrandecimiento amenazador de la casa de Austria ni la arrogancia del gobierno español, dedicado á alentar á los que ya eran enemigos y á suscitar otros nuevos á los gabinetes de Madrid y de Viena, la política y las armas francesas encendieron la guerra donde estaba apagada, y aviváronla donde estaba ya encendida, y en tan general conflagración no era posible que dejara de sufrir la España grandes catástrofes La nación que tenía sus guerreros desparramados por toda Europa y por todos los mares, vió su propio territorio invadido por ejércitos extraños. Los franceses se atrevieron á penetrar en Guipúzcoa y en Cataluña. No tenía Richelieu mejor auxiliar que la política del Conde-Duque. Parecía obrar de concierto.

Creciendo con los reveses del reino la altanería del valido, apuraba á un tiempo los recursos y la paciencia del pueblo. Estalló con explosión la mina del despecho en la provincia menos sufrida, en la más celosa de sus fueros, y también la más ofendida y hostigada. La insurrección de Cataluña con sus terribles bandas de segadores, con sus horribles matanzas y sus venganzas sangrientas, fué un feliz acontecimiento para Richelieu y los franceses, y la imprudente política de Olivares convirtió en guerra larga y formal lo que hubiera podido ser un arranque momentáneo de enojo. Reprodujéronse las escenas de los tiempos de Juan II de Aragón, y aun fueron más adelante, porque Luis XIII, nombrado conde de Barcelona, pudo llamarse algún tiempo rey de Francia y de Cataluña. Esta provincia volvió á ser española, pero el Rosellón y la Cerdaña allá se quedaron para no más volver.

Todo era desastres. Portugal, oprimido y vejado, se levanta también, encuentra ocasión de sacudir la dependencia de Castilla, y la dominadora del orbe es impotente á evitar la desmembración de una provincia suya; ¿Qué importa que no se reconozca todavía de derecho su independencia? La monarquía portuguesa renace con Juan IV con todas las condiciones de estabilidad. Emancípanse también sus colonias, y entre portugueses y holandeses nos hicieron perder medio mundo. Todos lo sabían menos el monarca español. Cuando Olivares le dijo que el duque de Braganza había hecho la locura de coronarse rey de Portugal, lo cual era una fortuna, porque así sus bienes volverían al fisco, «pues disponerlo así,» le contestó Felipe; y continuó divirtiéndose.

Sicilia y Nápoles imitan también el ejemplo de Cataluña, y se sublevan contra la tiranía de los virreyes. En Palermo se erige un calderero en jefe del tumulto, y el gobernador se esconde en el sótano de un convento para evitar el furor de la muchedumbre amotinada que incendia las casas de los agentes del gobierno español. En Nápoles se proclama la república á la voz de un pescador; el duque de Arcos abraza primero á Masaniello

en el balcón de su palacio para significar al pueblo que accede á todas sus peticiones; pero después el conde de Oñate hace degollar hasta á los hijos de los que habían tomado parte en la insurrección. Tampoco falta allí la intervención de la Francia. Las revueltas se sosiegan y se restablece el orden, pero los sucesos mostraban cuán impopular y cuán flaca era la dominación de los virreyes en aquellos países.

No cambió la suerte de España ni mejoró su fortuna con la muerte de Richelieu y con la de Luis XIII. A Richelieu sucede Mazzarini, cardenal como él y hechura suya, menos enérgico y violento, pero más disimulado y astuto. Continuador de su política, sostiene la monarquía durante la regencia de la reina madre. Luis XIV comienza á anunciarse fatal para España desde la cuna con la victoria de Rocroy. Las guerras de la Fronda en Francia infunden aliento á los españoles; Turena y Condé ayudan con sus venganzas de rivalidad el ascendiente que á favor de las revueltas iba recobrando la España, pero todo lo deshace la mañosa política de Mazzarini.

Cuando Felipe IV solicitó el auxilio del gran protector de Inglaterra, ya Mazzarini se le había anticipado, y prefiriendo Cromwell la amistad de la Francia, se declara Inglaterra contra España, y coopera activamente á su ruina. La derrota de Dunes pone á Felipe IV en el caso de suscribir á la paz. Estipúlase el célebre tratado de los Pirineos. Conciértase en él el matrimonio de Luis XIV con la infanta María Teresa de España, y se ceden á Francia la Cerdaña y el Rosellón con muchas plazas fuertes de Flandes y de los Países Bajos. Triunfó la diestra política de Mazzarini sobre la del negociador por España. En una pequeña isla del Bidasoa se determinaron los destinos futuros de nuestra nación. El tratado de la isla de los Faisanes contenía el germen de un cambio de dinastía. Aquellas capitulaciones matrimoniales habían de hacer de una España austriaca una España borbónica; y sin embargo, tal era el estado de las cosas que se aplaudió como una fortuna el tratado de los Pirineos.

Richelieu y Olivares representan la elevación de Francia sobre el abatimiento de España. Aquél personifica la creación de la monarquía absoluta francesa sobre la muerte de la vieja monarquía aristocrática: éste simboliza la decadencia de la monarquía conquistadora de España, que había reemplazado á la monarquía popular, y dado entrada á la monarquía de los grandes, de los favoritos, de los confesores y de las mujeres: Richelieu abrió el camino á Luis el Grande, y Olivares le preparó á Carlos el Imbécil. Felipe IV con toda su indolencia tenía todavía elementos para haber sido más que Luis XIII si en lugar de un Gaspar de Guzmán hubiera contado con un Richelieu: y Luis XIII no era ni tan grande ni tan intrépido que sin un Richelieu no se hubiera quedado en menos de lo que fué Felipe IV.

Tres grandes transiciones políticas se verifican en esta época. La Inglaterra pasa á la libertad después de sus guerras parlamentarias, últimas convulsiones de la arbitrariedad inglesa. La Francia corrió al despotismo de Luis XIV después de las guerras de la Fronda, últimos esfuerzos de la independencia francesa. España entra en una impotencia miserable después de la guerra universal del cuarto Felipe, últimos alientos de su anti-

guo colosal poder. Inglaterra libre y Francia absoluta se levantan sobre la España impotente que las dominó antes.

La adulación había aplicado el sobrenombre de *Grande* á un monarca que merecía sólo el de piadoso y benigno. Cuando se vió que lo iba perdiendo todo, la lisonja halló un medio ingenioso de conservarle el dictado dándole por divisa un pozo con estas palabras: *Cuanto más le quitan más grande es.* Queriendo adularle, le hicieron un epigrama.

Apesadumbróle mucho la pérdida de Portugal y le aceleró la muerte. «Quiera Dios, le dijo al tiempo de morir á su hijo Carlos, que seas más afortunado que yo.» Pero Dios no lo quiso así. y el hijo fué mucho más desdichado que el padre.

Faltan términos con que expresar el abatimiento á que vino la monarquía en el reinado de Carlos II. Todo se conjuraba contra ella. Un rey de cuatro años. flaco de espíritu y enfermizo de cuerpo, una madre regente caprichosa y terca, toda austriaca y nada española, entregada á la dirección de un confesor alemán y jesuíta. inquisidor general y ministro orgulloso; con un reino extenuado y un enemigo tan poderoso y hábil como Luis XIV, ¿qué suerte podía esperar esta desventurada monarquía? Luis XIV apareció como el terrible vengador de Francisco I. y vino en ocasión en que no hubiera necesitado ser un héroe para invadir nuestras apartadas posesiones de Italia y Flandes, cuando Portugal había tenido la audacia de venir á provocarnos dentro de nuestro propio territorio: y la nación que se vió forzada á reconocer formalmente la independencia de Portugal. no es maravilla que perdiera en tres meses la mayor parte de la Flandes. y que viera al monarca francés hacer en quince días la conquista del Franco Condado. Un ejército del vecino reino ocupaba parte de Cataluña; y Messina se levantaba al grito de ¡Viva la Francia! Los tratados de Aquisgrán y de Nimega, iban sumiendo á España en el abismo de la nulidad.

Habían cambiado los papeles de Europa, y la dominación universal con que á principio del siglo XVI habían amenazado Carlos V y la España, venía á fines del siglo XVII de parte de Luis XIV y la Francia. La Europa se llenó otra vez de pavor y asombro. Mas á pesar de la coalición de Augsburgo para atajar las invasiones incesantes de la Francia, encubiertas bajo el insidioso nombre de pacificación, y para conservar la integridad del imperio tal como le garantizaban los tratados de Westfalia. Nimega y Ratisbona. España no logró reconquistar las provincias perdidas en la guerra que se siguió. y hubo de sufrir nuevas invasiones. no obstante tener que luchar la Francia á un tiempo con Inglaterra, Holanda. Suecia. Saboya y el Imperio. Fuése rompiendo la liga. y á España alcanzaron sus más fatales consecuencias.

No acostumbrado Luis XIV á la idea de ver la Europa conjurada contra un hombre solo, procuraba mañosamente desarmarla con capciosas paces y con tratados artificiosos. cuya supuesta infracción le diera pretexto para nuevas declaraciones de guerra. El hombre que aparecía generoso. bombardeaba después de un tratado de paz á Oudenarde, Génova, Alicante, Barcelona y Bruselas. Si en la paz de Riswich se prestó á restituir á España las conquistas hechas después de la de Nimega, hízolo por

contentar á los españoles para que se dejaran imponer un rey de su familia. Con la alegría de la paz olvidáronse las potencias del gran principio que las hiciera aliarse; olvido feliz para Luis XIV, y que todos los esfuerzos del Austria no alcanzaron á subsanar después.

Mientras la monarquía se desmoronaba. la corte era un hervidero perenne de miserables intrigas palaciegas. El rey, la reina madre, Nithard, Valenzuela y D. Juan de Austria, daban abundante pasto á la murmuración y á la maledicencia pública; y el pueblo, que presenciaba las miserias de la corte en medio de la ruina de la monarquía, parecía encontrar un desahogo á sus males en las sátiras, libelos y pasquines con que diariamente se le entretenía, denunciándole flaquezas que no ignoraba, mas viéndolas representadas bajo formas picantes y festivas, mostraba alegrarse de que le hicieran reir, á trueque de no llorar.

Aborreciendo á los sucesivos favoritos de la reina viuda, fijaba su cariño en D. Juan de Austria, que aparecía como el único capaz de dar vida al desfalleciente reino; y cuando se acercó á las puertas de Madrid, hubiérale tal vez aclamado rey sin reparar en que fuese hijo de una cómica, si él hubiera tenido más audacia y más altos pensamientos; pero contentóse con un destierro para el confesor y con un virreinato para sí. Cuando después fué primer ministro, no correspondió el acierto del gobernador á la fama del guerrero. Don Juan perdió su popularidad, y murió desopinado después de una administración tempestuosa. Como si los nombres hubiesen sido necesarios para hacer más palpable la decadencia de España de los primeros á los últimos príncipes austriacos, vino este D. Juan de Austria, hijo bastardo de Felipe IV, á recordar con dolor las glorias del otro D. Juan de Austria, hijo bastardo de Carlos I.

¡Cuánto había degenerado esta familia de reyes! El biznieto de Felipe II, de aquel monarca que había gobernado al mundo por sí solo, vióse alternativamente dominado por una madre, por un hermano, por dos esposas, por confesores, por camareras intrigantes y por magnates codiciosos. El que de niño había tenido que ser llevado hasta los cinco años en brazos de una aya, no pudo de rey marchar nunca sin andadores.

A la desmembración que de sus posesiones sufría por fuera agregábase dentro la penuria de la hacienda, que nunca á tan desdichada estrechez llegara. Era un mal heredado, que había venido agravándose con las generaciones. Sucedíanse ministerios, discurríanse arbitrios, creábanse juntas magnas, imaginábanse expedientes, útiles algunos, injustos muchos, absurdos otros, ridículos y extravagantes los más, eficaz ninguno. Pusiéronse en venta los títulos de Castilla y las grandezas de España, y vióse á un simple curial sin más categoría que la de paje, y al hijo de un maestro de obras y otros sujetos de la clase más ínfima del pueblo, á los unos grandes de España, á los otros títulos de Castilla. Concibióse la idea de entregar al clero la administración pública y de confiar la dirección de la hacienda, guerra y marina á los cabildos de Toledo, Sevilla y Málaga. El ejército de tierra apenas llegaría á veinte mil hombres mal disciplinados y casi desnudos, la marina á trece galeras de mal servicio; y la población del reino á menos de seis millones de habitantes. Veíase languidecer, extinguirse á un tiempo la nación y la dinastía reinante.

Sin esperanzas ni de sucesión ni de salud el monarca, litígase entre potencias extrañas la sucesión española, y por dos veces se reparten entre sí nuestro territorio como hacienda sin dueño. Mostróse Luis XIV en estos tratados de partición el negociador más activo y el político más astuto y mañero, pero también el menos fiel y el menos sincero aliado. En la misma corte de España bullían y se agitaban el partido francés y el partido austriaco, que prevalecían alternativamente según las influencias que accidentalmente dominaban. El desgraciado monarca, hipocondriaco y enfermo, asediado y hostigado por todos, tímido, vacilante, irresoluto y zozobroso entre instigaciones y consejos, opuestas pretensiones, personales afectos y escrúpulos de conciencia, estrechado por embajadores, grandes, inquisidores, confesores, consejeros y ministros, no acertaba á resolverse á nombrar sucesor. La Europa entera pendía de sus labios, y Carlos no pronunciaba. Representósele hechizado; muchos creyeron en el maleficio; él lo creyó también, y su confesor le exorcizaba con la fe más cándida y más pura. Consultábase á los teólogos, á los juristas, al pontífice; apelábase á las respuestas de las mujeres endemoniadas; y todos, hasta los malos espíritus, intervenían en el negocio de la sucesión á la corona de Castilla, menos las cortes del reino, con las cuales no se contaba.

Firmó, por último, Carlos en el lecho de muerte el documento que fijaba la disputada sucesión. Falleció á poco tiempo el atribulado monarca. Abrióse con toda solemnidad el codicilo. La política de Luis XIV había triunfado. El elegido era su nieto el duque de Anjou. Felipe V de Borbón era el rey de España. La dinastía austriaca había concluido.

Esta dinastía, como la antigua de los Trastamaras, había pasado en dos siglos, como aquélla, de la actividad más vigorosa á la nulidad más completa. Aun fué mayor la degeneración de Carlos I á Carlos II, que de Enrique II á Enrique IV. No carece de exactitud ni de genio la pintura que de esta degradación hace un ilustre escritor contemporáneo. «Carlos V, dice, había sido general y rey: Felipe II fué sólo rey: Felipe III y Felipe IV no supieron ser reyes; y Carlos II ni siquiera fué un hombre.»

Obstinada la dinastía austriaca en dominar la Europa, despobló la España, sacrificó sus hijos, agotó sus tesoros y ahogó sus libertades políticas.

Quiso abatir la Francia é imponerle un rey de su dinastía, y sufrió la ley providencial de la expiación, siendo ella misma la que llamó á un príncipe francés á ocupar el trono de España. Y á tal extremo de desolación había venido nuestro pueblo, que hubieron los españoles de mirar como un bien el ser regidos por un príncipe extranjero, uno de los últimos recursos de los pueblos agobiados por los infortunios. Era el año 1700.

Si los reyes católicos hubieran resucitado, ¡cuántas lágrimas de amargura hubieran vertido sobre esta pobre España que dejaron tan floreciente y con tantos elementos de prosperidad! Si es que podían reconocer en la España de fines del siglo XVII la misma España que ellos legaron en principios del siglo XVI!

XIV

Desde este instante ya no hay Pirineos. La Europa alarmada recogió estas palabras fatídicas con que el gran Luis XIV apostrofó al nuevo monarca español al salir para España *con el superior beneplácito de su abuelo.* En siglo y medio no las ha olvidado, y en nuestros días ha tenido ocasiones de recordarlas.

El tratado de los Pirineos produjo el testamento de Carlos II. Había en aquél una cláusula que se procuró hacer desaparecer en éste. ¿Se invalidaba la renuncia de María Teresa al trono de España estipulada en las capitulaciones matrimoniales de los Pirineos, con la condición de que no se reuniesen en una misma persona las coronas de Francia y España puesta en el testamento de Carlos? ¿Cuál de las dos dinastías alegaba mejor derecho á la sucesión española, la rama austriaca ó la rama borbónica? ¿Cuál era más conveniente á España? La cuestión de derecho y la cuestión de conveniencia las resolvieron la voluntad del rey y la voluntad de los españoles. Había además para Europa la cuestión de forma. La política capciosa de Luis XIV había desabrido al Austria y burlado á las potencias signatarias de los tratados de partición. La guerra, pues, era inevitable. Pero tenemos la convicción de que cualquiera que hubiese sido el fallo de este gran litigio, se hubiera apelado de él al terrible tribunal de las campañas, que es donde por desgracia se fallan siempre en última instancia las querellas de los príncipes y los pleitos de las naciones.

Cuando estalló la guerra, halló á Luis XIV esperándola con arma al brazo, y cuando las primeras águilas imperiales penetraron en las posesiones españolas de Italia, encontraron al gallo francés despierto y vigilante y preparado á la pelea.

Francia y España luchan ahora solas contra la Europa confederada. Nuestra península se ve invadida por oriente y occidente. Las escuadras anglo-holandesas cruzan nuestros mares, cañonean nuestras plazas y destruyen nuestros escasos bajeles. Valencia, Aragón y Cataluña se levantan contra Felipe V, y proclaman al archiduque Carlos de Austria. Estamos en plena guerra de sucesión.

España y Austria se encuentran guerreando entre sí, en expiación de las faltas respectivas. Austria, que causó la ruina de España envolviéndola en temerarias y costosas guerras exteriores, recoge ahora el fruto de su funesto sistema teniendo que lidiar con esos mismos españoles que han excluido su fatídica dinastía y defienden con las armas á un príncipe de la familia más enemiga del imperio. España paga el error de haberse enflaquecido por robustecer la casa de Austria, y de haber antepuesto á su felicidad doméstica el brillo de las conquistas exteriores. Un Carlos archiduque de Austria, rey de España, y emperador de Alemania después, fué el que movió aquel desbordamiento de la España. Otro Carlos archiduque de Austria, que también ha de ser emperador de Alemania, es el que trae ahora sus legiones á pelear dentro del territorio español en reclamación de un trono de que ha sido excluido. Al cabo de dos siglos (¡tan lentas son las grandes lecciones de la historia, porque tan lento es el desarrollo de la

vida de los pueblos!) Cárlos VI de Alemania se ve reducido al papel de pretendiente desairado al trono español por consecuencia de la política iniciada por Carlos V de Alemania.

Parece imposible que en el estado de abandono, de desnudez y de miseria en que había dejado Carlos II el ejército, las plazas y el erario, pudieran los castellanos solos desenvolverse de tan cruda guerra. teniendo que combatir á un tiempo en levante y en poniente, contra ingleses, holandeses, portugueses y alemanes, y lo que es más, contra catalanes, aragoneses y valencianos, distraídas las fuerzas de su única aliada la Francia. en el Rhin, en Italia y en los Países Bajos. Y sin embargo, los triunfos de Almansa y de Villaviciosa hicieron ver á la Europa conjurada cómo sabían sostener los castellanos con las armas al monarca á quien una vez juraran fidelidad. Ayudáronlos Berwich y Vendome. Cien banderas cogidas á los aliados en Almansa fueron á adornar las bóvedas del templo de Nuestra Señora de Atocha. Felipe V y los castellanos vencían: peor estrella alumbraba á Luis XIV y la Francia. España se rejuvenecía con su joven rey: Francia declinaba con su viejo monarca, á quien faltaban á un tiempo el vigor y la fortuna. Era una casa fallida que se iba sosteniendo, aunque mal, con el antiguo crédito.

Los tratados de Utrech pusieron término á la sangrienta guerra de sucesión, y aseguraron en el trono de España la dinastía de los Borbones, renunciando Felipe V sus derechos eventuales á la corona de Francia, y haciéndolo á su vez los príncipes franceses de los que pudieran tener al trono español, de modo que nunca pudieran unirse ambas coronas. Sólo no se adhieren á los tratados Austria y Cataluña. Austria no cede un punto de sus pretensiones, y Cataluña prefiere erigirse en república á reconocer la autoridad de Felipe de Borbón: arranque de energía, que no fué sino un testimonio más del genio impetuoso de los naturales de aquel suelo, pero que costó á Cataluña la pérdida de sus amadas libertades, como ya le había costado á Valencia y Aragón.

No se compró la paz de Utrech sin costosos sacrificios. Inglaterra no quiso soltar sus presas de Gibraltar y Menorca; y cediendo España la Sicilia. Nápoles y Cerdeña, fué borrada del catálogo de las potencias de primer orden. La Gran Bretaña se propuso mantener el equilibrio europeo agrandando las naciones pequeñas, y dióse Sicilia á la casa de Saboya con derechos á la corona de España en el caso de extinguirse la línea de Felipe V. Hiciéronse otros repartimientos que alteraron la faz de la Europa.

Con el advenimiento del nieto de Luis XIV al trono español supúsose desde luego que el gabinete de Madrid giraría dentro de la órbita que le designara el de Versalles. Mirábase al de España como un satélite del gran planeta. y entonces no era una calumnia. era una verdad y una consecuencia. El monarca francés surtía de confesores al rey de España, de camareras á la reina. y de administradores á la nación. Los embajadores franceses obraban como ministros españoles, y los ministros españoles eran como embajadores franceses. Felipe. sin embargo, se identificó pronto con su patria adoptiva; juró muchas veces vivir y morir con sus amados españoles, y lo cumplió. Cuando Luis XIV. acobardado por los reveses, le propuso firmar con las potencias aliadas un tratado ominoso á España y á sus

derechos, dirigía á su abuelo estas enérgicas y sentidas palabras: «Ya que Dios ciñó mis sienes con la corona de España, la conservaré y defenderé mientras me quede en las venas una gota de sangre: es un deber que me imponen mi conciencia, mi honor, y el amor que á mis súbditos profeso... Con la vida solamente me separaré de España, y sin comparación preferiré morir disputando el terreno palmo á palmo al frente de mis tropas á tomar un partido que empañe el lustre de nuestra casa...»

Aquí Felipe no es ya el príncipe francés, sino el monarca español. No es ya el joven tímido é inexperto que inclina humilde la frente á los mandamientos de un abuelo preceptuoso, sino un rey celoso de la honra de su reino y de su trono, que da lecciones de enérgica entereza á un anciano á quien abandona el vigor asustado por los contratiempos. Felipe V se atrevió á decir: «Aun habrá Pirineos,» Y los hubo. Por eso no le faltó nunca el cariño del pueblo castellano; y este admirable concierto entre el pueblo y el monarca fué el que produjo aquellos recíprocos esfuerzos que salvaron la monarquía, aunque con pérdidas dolorosas

Y, sin embargo, este príncipe que tan español se había hecho y que tanto debía á los castellanos, se acuerda una vez de que es francés, y altera la antigua ley de sucesión á la corona de Castilla. El que debía su trono á una mujer, priva á las hembras del derecho de sucesión en el trono, y establece á disgusto de la nación la ley Sálica poco modificada. Innovación fatal, que al cabo de ciento y veinte años había de ser invocada por un descendiente suyo para pretender suplantar á la reina legítima, y que aunque revocada por otro monarca y por las cortes del reino no ha podido esta nación libertarse de sufrir las calamidades y estragos de una guerra civil.

La corte de Luis XIV emancipó al rey y al gobierno español de la tutela del de Versalles; y las segundas nupcias á que pasó Felipe V con la princesa de Parma, trajeron en derredor del trono otras influencias que dieron diversa dirección á los negocios y distinto rumbo á la política.

Viva se mantenía la animadversión entre Austria y España, y aun las potencias signatarias de los tratados de Utrech habían quedado al pronto tranquilas, pero ninguna contenta. Pronto se ve la Europa hondamente agitada y de nuevo revuelta á impulsos de un genio turbulento, que enmaraña á todas las naciones, que halaga con la Sicilia al duque regente de Francia y fragua conspiraciones en Paris para desposeerle de la regencia: que promete á Inglaterra y le busca enemigos en Escocia; que entretiene y engaña á Holanda, que auxilia á Venecia contra el turco, que suscita en todas partes enemigos al imperio, que convida á Ragotzy á posesionarse de la Transilvania y á inquietar la Hungría, que proyecta con Rusia y Suecia una expedición contra la Gran Bretaña, que lucha con Francia en el país vasco y en Cataluña, con Inglaterra, Holanda y el Imperio en el Mediterráneo, que promueve alianzas y tratados, que atreviéndose á rasgar las estipulaciones de Utrech, reclama para España las posesiones allí cedidas, que reconquista á Sicilia y Cerdeña, que levanta formidables ejércitos de tierra y hace respetar otra vez el pabellón español en los mares, que reanima el genio de España y le restituye un puesto importante en el sistema político de Europa.

Este gran revolvedor del mundo, que de tal suerte intimida á las po-

tencias europeas con su asombroso talento y sus gigantescos planes, que las más poderosas se ven obligadas á conjurarse contra su persona y á exigir á Felipe V su separación como preliminar de la paz, es un clérigo italiano, es el hijo de un pobre hortelano de Plasencia, que ha sido él mismo campanero de una iglesia de aquella ciudad de Italia, que por su propio mérito se ha ido encumbrando hasta elevarse al alto puesto de primer ministro de Felipe V de España, y de consejero y confidente de la reina Isabel de Farnesio, que ha alcanzado el capelo de cardenal engañando al papa como engañaba á los demás soberanos: es el abate Julio Alberoni. Felipe V accede á hacer salir de España á Alberoni; se estipulan los tratados, y España y Europa parece quedar otra vez tranquilas.

Desde las segundas nupcias de Felipe, uno de los monarcas en cuyo ánimo han ejercido más dominio sus mujeres, un pensamiento invariable, una idea fija descuella en la marcha de su gobierno, y constituye por más de treinta años el blanco de su política. Este pensamiento se revela en todas las negociaciones diplomáticas, se trasluce en las alianzas y en los rompimientos, se descubre en los tratados de Londres, de Viena, de Sevilla y de Fontainebleau, predomina en los congresos de Cambray y de Soissons, es el alma de la política traviesa del fecundo Alberoni, subsiste durante la larga privanza del buen Grimaldo, dicta los atrevidos proyectos del presuntuoso y fantasmagórico Riperdá, sirve de norte á los planes del hábil Patiño, guía al honradísimo Campillo en su prudente y corta administración; él es el que inspira á Felipe la renuncia de San Ildefonso, el que le decide á volver á empuñar el cetro abdicado, el que trasciende en los dictámenes del consejo de Castilla y de las juntas de teólogos, el que concierta y deshace enlaces de príncipes, el que promueve las guerras y los acomodamientos, el que alienta las arriesgadas empresas de los hijos de los reyes, las comprometidas operaciones militares del prudente Montemar y del intrépido Gages, el que absorbe los tesoros, el que preocupa los ánimos en los palacios y en las campañas, el que conmueve muchas veces la Europa y trae en constante inquietud y desasosiego á España. A este afán, que gasta toda la vitalidad de Isabel de Farnesio, y á cuyas sugestiones no puede resistir el débil é hipocondriaco Felipe, se encaminan todos los cuidados, todos los pactos, todas las empresas, y ante él se oscurecen y eclipsan todos los demás propósitos y fines. Este pensamiento de una madre solícita, incansable y ciega de amor á sus hijos, es el de recobrar las posesiones españolas de la península italiana para colocar en ellas como soberanos á los hijos del segundo tálamo de Felipe, y á impulsos de este anhelo se han perturbado muchas veces España y Europa, y el amor delirante de una madre ha influído grandemente en el cambio de condición de las naciones europeas.

Asombro universal causó cuando se supo que se había firmado la paz con el imperio. Montes de oro costó á España esta negociación, mas nada le importaba á la reina con tal que redundara en la mejor colocación de sus hijos. Manejóla secretamente el ministro Riperdá, famoso aventurero holandés (que siempre, y entonces más, ha parecido España la tierra de promisión de especuladores advenedizos), que de embajador de Holanda se transformó en ministro español, que de protestante se hizo católico.

y de católico se convirtió en musulmán: gran arbitrista, que después de haber hecho instrumentos de su ambición primeramente á Lutero y luego á Jesucristo, quiso por último servirse de Mahoma, y concluyó su carrera de aventuras en Tetuán, hecho bajá y apóstol de una nueva secta mahometana.

Isabel de Farnesio, á vueltas de mil negociaciones y dificultades, ve al fin á su hijo Carlos, el que algún día ha de ser rey de España, posesionarse de los ducados de Parma y de Plasencia. Tres años después, los vencedores de Almansa triunfan de los austriacos en Bitonto, la bandera de Castilla tremola otra vez en aquellas antiguas posesiones españolas, el príncipe Carlos es proclamado con entusiasmo rey de Nápoles y de Sicilia, y el orgullo español y el amor de madre se ven á un tiempo halagados. Las naciones se cansan de tan costosas lides, y se ajusta el tratado definitivo de la paz.

Poco tiempo se saborearon sus dulzuras. Vaca el trono imperial de Alemania, y á instigación de Isabel se presenta el rey católico entre los muchos competidores al imperio. Otra vez se desenvainan las espadas de todas las naciones al grito de guerra. La solícita madre ve una ocasión para que su segundo hijo Felipe pueda conquistarse también á favor de la turbación general alguna soberanía en su querido país de Italia, perpetuo tema de sus dorados sueños. Nuevas y sangrientas complicaciones. Guerras en Italia. Funesto comportamiento de Inglaterra para con los dos príncipes españoles Fatal derrota de Campo Santo: terrible sorpresa de Velletri. Felipe en Lombardía; triunfal entrada en Milán. Paz entre el emperador y Francisco II. Desavenencias entre las dos ramas de la familia Borbón, y torcida conducta del gabinete de Luis XV. Isabel de Farnesio se conforma con el pequeño patrimonio de Parma y Plasencia para su hijo Felipe.

Hubo en el largo reinado del primer Borbón un brevísimo paréntesis, que pareció insignificante, y sin embargo encerraba profundos é importantes arcanos: el de su solemne abdicación en su hijo Luis, y el reinado de este joven príncipe que pasó como las flores que nacen y mueren en un día, y que apenas legó á la historia sino un nombre más que intercalar en la cronología de nuestros reyes. ¿Será cierto que nunca devoraron á Felipe V más ambiciosos proyectos que cuando rezaba como un monje desengañado del mundo en el coro de San Ildefonso, ó cuando para distraer su misantropía cazaba en los bosques de Balsáin? ¿Lo será que pareciendo querer imitar en su retiro de la Granja á Carlos V de Alemania en Yuste, se semejó más á Alfonso IV de León en Sahagún? Lo que no tiene duda es que salió como éste del solitario lugar tan luego como murió su hijo para volver á empuñar el abdicado cetro, y manejarle todavía por espacio de otros veintidos años.

Aquel palacio de San Ildefonso, con su colegiata, sus bellos jardines, sus elegantes y soberbias fuentes, cuyos surtidores de agua representan los arroyos de oro que en ellas se invirtieron, esa obra famosa de Felipe V, nuevo Versalles construído al pie de un escarpado monte, prueba la magnificencia de los primeros reyes de la dinastía de Borbón, si bien no muy compatible con los ahorros del erario. El adusto monasterio del Escorial revela la época severa de Felipe II: los amenos jardines de la Granja

simbolizan la época fastuosa y elegante de Luis XIV. En siete leguas de distancia se recorren dos dinastías y cerca de dos siglos, y toda la travesía es ingrata y pobre como los reinados que los dividen.

Mas si se coteja el mísero estado en que el último monarca de la casa de Austria dejó la hacienda, el ejército, la marina, el comercio y la industria española, con el que se registra en el reinado del primer Borbón, España debió felicitarse por el cambio de dinastía. Aquellos veinte mil hombres desorganizados y medio desnudos de los últimos tiempos de Carlos II, aparecen multiplicados como por encanto, ostentando Felipe V á los ojos de la Europa admirada al terminar la guerra de sucesión un ejército de ciento veinte batallones y de ciento tres escuadrones disciplinados y aguerridos. Aquella docena de casi inservibles galeras que dejara el postrer monarca austriaco, preséntase en los mares bajo el primer Borbón transformada en respetable escuadra de más de veinte navíos de guerra con trescientos cuarenta buques de transporte y treinta mil hombres de desembarco. La industria y el comercio, casi exánimes en los últimos reinados, reciben el impulso que los escasos conocimientos de aquel tiempo en estos ramos permitían. Y aunque las medidas para su fomento solían ser menos acertadas que patrióticas, publicábanse ya escritos luminosos, y al través de los errores de la ciencia y de los obstáculos de las preocupaciones, vislumbrábase ya el sistema de las franquicias, y se levantaban muchas fábricas. El francés Orri hubiera necesitado más tiempo del que le permitieron las intrigas palaciegas para desenmarañar el caos de la hacienda: el creador de los intendentes no pudo hacer sino incoar algunas reformas, y no dejó de corresponder á la fama que traía de entendido rentista. Riperdá, á vuelta de sus jactanciosas utopias, suministró ideas económicas que fueron útiles después. Era un loco que no carecía de conocimientos. El honrado español Campillo dió un golpe oportuno para libertar al pueblo de la plaga de los arrendadores asentistas de que Orri había querido emanciparle ya. Trabajábase en regularizar la administración, pero faltó energía para alterar el funesto sistema de impuestos. Las guerras consumieron inmensos capitales, y la nación se encontró con una deuda de cerca de cincuenta millones de duros.

Educado Felipe V en los principios de la escuela política de Luis XIV, poco podía esperarse en favor de las antiguas instituciones populares de Castilla.

Las rebeliones de Valencia, Aragón y Cataluña sirviéronle para acabar de extinguir las de aquel antiguo reino. El pueblo castellano, avezado como estaba por espacio de largas dominaciones á la ilimitada autoridad de los príncipes, no se inquietaba por la idea de recobrar la libertad civil, y sólo vivían sus recuerdos en ilustradas individualidades. El Santo Oficio continuaba fulminando sus sangrientos fallos con toda la actividad de los tiempos de su juventud. Algo, no obstante, se había adelantado. Felipe V no honraba con su real presencia los autos de fe, ni los tomaba por recreo como Carlos II.

Un hombre hubo ya en este tiempo, de vasta capacidad, de asombrosa erudición, de sólida virtud y de incontrastable fortaleza de ánimo, que quiso libertar la autoridad real del vasallaje de la Inquisición, volver al trono y á

la potestad civil las atribuciones que el tribunal de la fe les tenía usurpadas, emancipar la corona de la dependencia de la tiara pontificia en los negocios temporales, y devolver sus antiguas libertades á la Iglesia española. Hubiera tal vez aquel hombre insigne recabado de Felipe V tan grandes reformas, si con la venida á España de Isabel de Farnesio y la caída de la princesa de los Ursinos no se hubiera encumbrado en derredor del trono el partido italiano. Tomóle éste por blanco de sus iras, y cúpole á Macanaz la suerte que por lo común está reservada al apostolado de las ideas, el martirio de la persecución. Amábale el rey, pero supeditado por inquisidores y jesuítas, le desterraba del reino: seguía queriéndole en el extranjero, y le mantenía proscrito; le nombraba representante en el congreso de Cambray, y no se atrevía á abrirle las puertas de la patria.

Entretanto, encomendados á otras manos los asuntos de Roma, negociábase la púrpura cardenalicia, y se admitía al nuncio á trueque de conseguir el capelo, y se prometía el capelo á condición de que se admitiera al nuncio: contrato entre partes en que la doctrina canónica no hallaba ocasión de intervenir. Así se hizo el ajuste de 1717, y á parecido precio se obtuvo el concordato de 1737, si bien en éste comenzaron ya á triunfar las ideas de Macanaz: hasta que en el de 1753 sancionó ya la Santa Sede el patronato universal de la corona de España.

En el autor del *Memorial de los cincuenta y cinco párrafos*, y de los *Auxilios para gobernar bien una monarquía católica*, vemos el representante del primer albor con que se anunciaba la regeneración política de España. El entendimiento de Macanaz marchaba delante de su siglo. Muchas de sus máximas religiosas y políticas habían de ser puestas en ejecución por los sabios ministros del gran Carlos III, y algunas eran tan avanzadas que muchos pueblos de los que más progreso han alcanzado en la carrera de la civilización aun no han podido verlas planteadas en el siglo XIX. En las desapasionadas páginas de nuestra obra hallará por lo menos la justicia que le fué denegada en su tiempo: diminuta compensación que por nuestra parte podemos dar al magistrado incorruptible, al sabio publicista, al hombre de la expatriación y de los calabozos.

Suelen no caminar al mismo paso el desarrollo de la ciencia política y el de otros ramos de los conocimientos humanos. Felipe II que dejaba cantar á los poetas tan libremente como quisieran, no permitía la circulación de una sola idea que tendiese á menoscabar la plenitud de la potestad real. Luis XIV empuñaba con una mano el cetro del absolutismo, y con otra erigía academias científicas de que plagaba el suelo de Francia: con una levantaba el catafalco de las libertades francesas, y con otra encendía mil lumbreras de gloria. Así mientras su nieto en España permitía á un inquisidor que prohibiera los escritos políticos de Macanaz, creaba por otra parte bibliotecas, academias y universidades á ejemplo de su abuelo. Nacieron entonces la de la Lengua y la de la Historia, la Biblioteca Real, el Seminario de Nobles y el colegio de San Telmo. La revolución literaria iba preparando sin que él mismo lo sintiese la revolución política. Feijóo abrió una herida mortal á las preocupaciones populares, citándolas ante el tribunal del espíritu analítico, de la razón y de la filosofía. A pesar de la cautela con que se vedó á sí mismo el examen de las materias políticas y religiosas, to-

davía fué delatado al Santo Oficio Pero el sabio benedictino tuvo la suerte de alcanzar el reinado de Fernando VI, cuyos ministros le pusieron á cubierto de toda persecución. El proceso del P. Froilán Díaz había marcado la transición del reinado de Carlos II al de Felipe V: el proceso del P Feijóo divide y marca perfectamente el tránsito del reinado de Felipe V al de Fernando VI.

Por primera vez después de tantos siglos de eternas·luchas subió al trono español un príncipe, que, mirando las guerras como el más cruel azote de la humanidad, proclamó el sistema de paz á toda costa. La de Aquisgrán vino en 1749 á colmar los deseos del bondadoso Fernando VI. Desde este momento se encastilla en una prudente y estricta neutralidad, y deja que peleen cuanto quieran las demás naciones. Francia é Inglaterra, rivales antipáticas que se acechan para batirse, rompen de nuevo las hostilidades, y cada cual solicita para sí con ahinco la amistad y el apoyo de España Fatíganse en vano ministros y embajadores por inclinar el fiel de aquella balanza á un lado ó á otro. Ayuda á Francia el imperio, pónese la Prusia de parte de Inglaterra, España permanece neutral, Brindan los franceses á Fernando con Menorca, los ingleses le hacen la ofrenda de Gibraltar; tentadores eran los ofrecimientos, pero se estrellan contra la imperturbable impasibilidad del rey, lo mismo que la actividad diplomática. Igual lucha sustentaban dos ilustres miembros del gabinete español, predilecto del rey el uno, preferido de la reina el otro, queriendo el uno inclinarle á la alianza francesa, el otro á la amistad británica. Pero deshaciendo Carvajal la trama que Ensenada urdía, especie de tela penelópica tejida y destejida en el taller de la diplomacia, iba manteniendo Fernando la nave de la neutralidad entre contrarios vientos sin dejarla irse á fondo, y la paz era más honrosa cuanto la nación se veía por dos estados poderosos acariciada. Situación nueva para España, y sería difícil encontrar otra análoga retrocediendo siglos.

Así mientras las vecinas naciones sufrían los estragos horribles de la guerra, aquí, á la sombra saludable del árbol de la paz, plantado por un monarca benéfico, prosperaban la industria, el comercio y la agricultura, desarrollábanse las letras y las artes, tomaba nuevo vuelo nuestra marina, y ¡cosa desoída en largos siglos! se encontraban sumas considerables en las arcas del tesoro.

El próspero y pacífico reinado de Fernando VI, acusación elocuente de los seis reinados tumultuosos que le precedieron, nos ratificaría, si de ello necesitáramos, en que no es la gloria de las conquistas ni los triunfos estruendosos de las armas lo que labra el edificio de la felicidad de los pueblos.

Tras larga y penosa agonía, y cerniéndose en torno al lecho mortuorio del misántropo monarca intrigas sin cuento, fallece el virtuoso Fernando, dejando su esterilidad abierto el camino del trono, su prudencia el camino de la prosperidad á su hermano Carlos, el rey de las Dos Sicilias, que arreglada la sucesión de aquellos reinos, viene á tomar posesión de su nueva herencia. Nápoles llora su despedida y España entona cantos de júbilo á su arribo. Sus gloriosos antecedentes aseguran días de bonanza para su país natal.

XV

No puede pronunciarse sin un sentimiento de amor respetuoso el nombre de Carlos III. A él viene asociada la idea de la regeneración española.

Si el talento de Carlos no rayó en el más alto punto de la escala de las inteligencias, tuvo por lo menos razón clara, sano juicio, intención recta, desinterés loable, ciego amor á la justicia, solicitud paternal, religiosidad indestructible, firmeza y perseverancia en las resoluciones. Si le hubiera faltado grandeza propia, diérasela y no pequeña el tacto con que supo rodearse de hombres eminentes, y el tino de haber encomendado á los varones más esclarecidos y á las más altas capacidades de su tiempo, y puesto en las más hábiles manos, la administración y el gobierno de la monarquía.

Inaugura su entrada en España restituyendo fueros y condonando deudas. Reconocióse luego al genio benéfico de Nápoles que venía á fecundar su suelo patrio.

Duélenos, por lo tanto, verle abandonar en la política exterior desde los primeros tiempos de su reinado el prudente sistema de neutralidad en que su hermano había sabido parapetarse. Los afectos de la sangre conducen á Carlos á ajustar con la Francia el famoso *Pacto de familia*, con que quedó ligada la suerte de España á la del vecino reino. Soberbio y atrevido reto que hizo una sola familia de príncipes á todos los poderes de la tierra en circunstancias las más comprometidas.

La política de Choiseul, el negociador de la Francia, especie de ministro universal de Luis XV, envuelve á Grimaldi, negociador por España, en el *Pacto de familia*, como Mazzarini había sabido atraer á D. Luis de Haro al ajuste de la *Paz de los Pirineos*, los dos tratados que han ligado más las dos ramas de los Borbones. Carlos IV y Luis XVI, Fernando VII y Luis XVIII, nos recordarán á Carlos III y Luis XV, como éstos hacen remontar nuestra memoria á Felipe IV y Luis XIV.

Pronto comenzó España á probar las aguas amargas que brotaron de aquella fuente de discordias secretamente abierta en París. La guerra con la Gran Bretaña era consecuencia natural del *Pacto de familia*. Las dos preciosas joyas de nuestras colonias de Oriente y Occidente, Manila y la Habana, caen en poder de los ingleses, y no sin sacrificio se logra recobrarlas dos años después por la paz de París.

Si pudiéramos establecer una línea divisoria entre el hombre y el monarca, aplaudiríamos los sentimientos que dictaron aquel concierto de familia como negocio del corazón. Pero en las potestades que rigen los pueblos, antes son los deberes de la soberanía que los afectos de deudo: y aquellos mismos sentimientos que merecían una bella página en la biografía de un príncipe pueden formar una idea de las hojas más tristes de su historia política. Creemos, no obstante, que hubo de parte de Carlos III algo más que los vínculos de cognación. No tenía olvidado este monarca que la Inglaterra había sido la que años antes, siendo rey de Nápoles, le impuso con aire de ruda y despótica amenaza aquella neutralidad mortificante que le forzó á reprimir los naturales afectos de la fraternidad prohibiéndole acudir en ayuda de su hermano Felipe. Veía Carlos además con amargura

y enojo ondear el pabellón británico en territorio español, y Gibraltar y Menorca en poder de los ingleses eran dos espinas que le punzaban como español y como rey. Concedamos, pues, algo al justo resentimiento, algo también al honor nacional lastimado, y el Pacto de familia aparecerá, sin eximirle de lo impolítico, un tanto excusable al menos, y no por un solo motivo dictado.

Insurrecciónanse las colonias inglesas de América contra la metrópoli, y Carlos, como vengador de agravios recibidos de Inglaterra y como cumplidor del Pacto de familia, fomenta en unión con Francia una insurrección, que si al pronto enflaquecía á su rival, había de ser con el tiempo funesta á España. La emancipación de los anglo-americanos, tan útil á la especie humana en general, no podía serlo á la nación que tenía en aquella parte del mundo inmensas posesiones que perder. Hubo un español que vaticinó con maravillosa exactitud todo lo que después había de sobrevenir, y lo que es más, lo expuso á su monarca con desembarazo y lealtad. «Llegará un día, decía el insigne conde de Aranda en su Memoria, en que esta república federal que ha nacido pigmea, crezca y se torne gigante, y aun coloso terrible en aquellas regiones. Entonces olvidará los beneficios que ha recibido de las dos potencias, y sólo pensará en su engrandecimiento... El primer paso de esta potencia, cuando haya logrado engrandecerse, será apoderarse de las Floridas á fin de dominar el golfo de Méjico... Estos temores son muy fundados, señor, y deben realizarse dentro de breves años, si no presenciamos antes otras conmociones más funestas en nuestras Américas...» Proponíale seguidamente un plan de emancipación, con condiciones igualmente ventajosas á la metrópoli y á las colonias.

Por desgracia el monarca, casi siempre deferente á los consejos de los hombres ilustrados, no escuchó esta vez el patriótico pensamiento del antiguo presidente de Castilla, y los resultados justificaron por desdicha la sagaz previsión del embajador, El mismo Carlos III alcanzó algunos chispazos del fuego de la independencia que había comenzado á prender en nuestras colonias. Cuarenta años después lloraba España la pérdida de sus ricas Indias. Hoy nos parece un acontecimiento feliz cada vez que los representantes de alguno de aquellos nuevos estados, antes posesiones nuestras vienen á convidársenos por amigos. Tal vez alguna de aquellas recientes repúblicas no muy afortunadas en la obra laboriosa de su organización, amenazadas por el gigante del Nuevo Mundo, tal vez la España misma también haya vuelto en alguna ocasión sus ojos hacia algo semejante al pensamiento salvador del gran conde de Aranda. Pero los tiempos pasan y no tornan.

Las guerras sostenidas con la Gran Bretaña en los mares de ambos mundos, proporcionaron á España hacer alarde de una fuerza naval imponente que le daba consideración en América y Europa. Triunfos gloriosos alcanzaron nuestras escuadras, señaladamente en las Indias Occidentales. Aun en el antiguo continente, donde fueron menos afortunadas, hicieron muchas veces vacilar el poder marítimo de la que blasonaba de ser la soberana y la señora absoluta de los mares. El desastre del cabo de San Vicente fué un golpe mortal para la marina española. El pabellón nacional fué, sin embargo, digna y maravillosamente sostenido, y los ingleses hicie-

ron justicia al heroismo de nuestros soldados. Todavía el contratiempo del cabo de San Vicente fué vengado en lo alto de las Azores, y Cádiz vió entrar en triunfo una de las más ricas presas de que hacen mención las historias.

Una expedición feliz devuelve á la corona de España la isla de Menorca, desmembrada de ella por espacio de setenta y cuatro años. No hubo igual suerte con Gibraltar, cuya recuperación era el afán del pundonoroso monarca, el objeto á que consagraba esfuerzos, sacrificios y gastos sin cuento, el bello ideal de sus esperanzas y de sus ilusiones. «Gibraltar es un objeto, decía Floridablanca, por el cual el rey mi amo rompería el Pacto de familia, ó cualquier otro compromiso que tuviese con Francia.» Pero á su vez decía lord Stormont, «que si España le ponía ante los ojos el mapa de sus estados para que buscase un equivalente á Gibraltar, fijando tres semanas para la decisión, no podría en tan largo plazo hallar entre todas las posesiones del rey de España nada que bastase á compensar la cesión de aquella plaza.» Así los manejos diplomáticos fueron tan inútiles como los bloqueos, y las diestras maniobras navales de Crillón tan ineficaces como las famosas baterías flotantes con que Mr. d'Arsón entretuvo las esperanzas de los españoles y la curiosidad de Europa. Los ingleses defendieron su presa contra los disparos de los cañones con la misma tenacidad que contra las proposiciones y tratos de los gabinetes, y Carlos III hubo de resignarse á firmar la paz en 1783 con el desconsuelo de dejar en poder de la Gran Bretaña aquella fortaleza formidable. Sinceramente desearíamos no ver en esa enorme y disputada roca sino un castillo inglés enclavado en suelo español, y que no nos inspirara ideas y recuerdos de la fe británica.

La política exterior de Carlos y de su primer ministro lleva en los últimos años un sello de circunspección, de firmeza y de aplomo que sorprenden y admiran á Europa. Valióle esto una de las honras más distinguidas que puede caber á un soberano, la de haber sido elegido por las naciones para árbitro mediador en las graves contiendas que las traían desasosegadas y envueltas en funestas lides.

El ánimo fatigado con la perspectiva de tantos cuadros sombríos como hemos tenido que bosquejar hasta ahora, siente un gustoso descanso al volver la vista al que presenta el gobierno interior de este gran príncipe. Vese á la España cobrar una animada existencia después de un largo marasmo, y entrar en el movimiento progresivo de la humanidad que parecía paralizado en ella. Se ve á los entendimientos ir sacudiendo las trabas de su esclavitud, y las doctrinas humanitarias erigirse en principio de gobierno. Era el anuncio de una época de regeneración, ó más bien el principio de ella, iniciado con prudente mesura, como si el espíritu reformador que se desarrollaba se propusiera realizar su obra sin las violentas conmociones que habían señalado este tránsito en Inglaterra, y sin los terribles sacudimientos que amenazaban ya á Francia.

No se proclamó la libre emisión del pensamiento, pero se le libertó del poder censorio de la corte de Roma y de la Inquisición, que se le habían exclusivamente arrogado. Prohibióse la censura de las obras sin escuchar previamente al autor y oir la interpretación que daba á sus palabras. Los

breves de Roma en que se condenara algún libro no eran admitidos ya sin el consentimiento de la potestad civil. Estableciéronse garantías contra las arbitrariedades de la Inquisición, y muchas disposiciones emanadas de la autoridad real anunciaban á aquel tribunal terrible que no tardaría en caducar su omnipotente imperio. Hubiera caído derrumbado aquel baluarte del fanatismo al cumplirse los tres siglos de su existencia, si el prudente Carlos no hubiera creído más conveniente y más político irle demoliendo por grados que desplomarle con súbita y estrepitosa explosión. Cuando el ministro Roda le aconsejaba la supresión del Santo Oficio, «no me atrevo, le contestó el juicioso monarca, á arrostrar la resistencia de una parte del clero y del pueblo, que todavía no está bastante ilustrada para consentir en esa supresión.» Palabras que descubren la posición respectiva del monarca y del pueblo; y que revelan que no era Carlos III un ejecutor obsecuente de los dictámenes de sus ministros, sino que tomaba resoluciones y tenía ideas propias. Contentóse con allanar obstáculos y dejar al tiempo y á circunstancias más favorables la total destrucción del sangriento tribunal. No hizo poco en hacerle perder su ferocidad primitiva, en cercenar su poder y poner coto á sus vejaciones. Escasísimos fueron ya los autos de fe, y sin el antiguo formidable aparato: cesaron de encenderse las hogueras, y la humanidad le quedó agradecida.

Las doctrinas sobre las regalías de la corona en la gran cuestión s[illegible] los límites de las dos potestades, el sacerdocio y el imperio, defendida[illegible] el reinado de Felipe IV por los ilustrados Chumacero y Pimentel, difundidas en el de Felipe V por Macanaz, el grande apóstol de los *regalistas*, ya más desarrolladas en el de Fernando VI, se desenvuelven completamente y fructifican en el de Carlos III. La corte romana ceja en sus antiguas pretensiones ante la enérgica actitud del monarca español y de sus hombres de estado, y la autoridad real recobra el ensanche, y la potestad civil recupera gran parte del terreno que había venido perdiendo desde la Edad media. El proceso contra el obispo de Cuenca acreditó que el soberano en este punto no toleraba oposición.

Había estado apegado el jesuitismo al confesonario y á la cámara regia, representado en tiempo de Fernando VI por el P. Rábago, celoso procurador del engrandecimiento de su orden en ambos mundos. Pero la existencia de una milicia papal era casi incompatible con el reinado de los regalistas; y creemos que sin la carta del P. Ricci, y aunque en el motín contra Esquilache no se hubiera gritado: ¡Vivan los jesuítas! los jesuítas hubieran sido del mismo modo expulsados, como lo habían sido ya en Portugal y en Francia. Lo que hizo el motín fué aglomerar causas y acelerar el golpe. La expulsión se ejecutó de un modo análogo á las máximas jesuíticas, con misterioso sigilo como obraban ellos. Los defensores del poder absoluto de la tiara cayeron á impulso de un rasgo de poder absoluto de la corona. Fué pues la expulsión de los jesuítas un gran golpe de Estado. No tuvieron mejor suerte los hijos de Loyola en Nápoles y Parma. Todos los Borbones se pusieron de acuerdo para la abolición de la orden, y no descansó Carlos III hasta conseguir la bula de extinción, que otorgó Clemente XIV. No olvidemos que Carlos III era un monarca profundamente religioso.

La desamortización eclesiástica y civil, ese gran principio que en la cartilla económica moderna goza los honores de axioma, tuvo muchos propagadores, pero no encontró ejecutores todavía. El Consejo de Castilla quiso aun conservar la mano muerta, pero era una mano que quedaba herida y manca. Desde que apareció el tratado de *Regalía de Amortización* de Campomanes, y desde las peticiones fiscales de los consejos de Castilla y Hacienda. que tanto esforzó después en sus luminosos escritos el ilustrado autor del *Informe sobre la Ley Agraria*, el clero y los mayorazguistas pudieron comprender que si la cuestión no se había resuelto en la práctica quedaba resuelta en los entendimientos, como pudieron comprender las clases privilegiadas la brecha que se les abría con la introducción del elemento popular en las municipalidades, representado por los diputados y personeros del común en contraposición á las regidurías perpetuas, y con el golpe dado al monopolio de la enseñanza, de la magistratura y de las dignidades eclesiásticas, con la reforma de los colegios mayores.

Los hombres de Carlos III, entregando al espíritu de examen materias y cuestiones de interés público que se habían mirado como intangibles, ó al menos como invulnerables, hicieron una revolución en las ideas, y dejaron por lo menos indicadas las reformas que no pudieron realizar. alumbrando á los gobiernos futuros y enseñándoles el camino que habían de seguir.

Bastaría la feliz creación de las *Sociedades económicas de Amigos del país* para hacer la apología de un reinado. Aquellas asambleas nos parecerían un fenómeno en un gobierno absoluto, si en pos de ellas no vinieran las *Escuelas patrióticas gratuitas* á advertirnos que aquel gobierno absoluto era al propio tiempo un gobierno paternal. Clero, grandeza, propiedad, comercio, capacidad, todo se apresuró á concurrir al sostenimiento y brillo de aquellas asociaciones humanitarias, pacíficas, inofensivas, laboratorios continuos de mejoras saludables y de adelantos provechosos para la agricultura, la industria, el comercio y las artes, para la educación pública, para el establecimiento y organización de asilos de beneficencia, y donde se esclarecían hasta cuestiones científicas y puntos importantes de derecho público. Hasta las damas, que jamás se habían reunido sino en los claustros ó en las cofradías, fueron llamadas á formar parte de estas benéficas corporaciones. Allí eran enseñadas por distinguidas maestras las delicadas labores de la aguja, al propio tiempo que hombres laboriosos y entendidos daban lecciones sobre los rudos trabajos del arado, y mientras las unas enseñaban á bordar, los otros enseñaban á roturar terrenos. La real orden comunicada por Floridablanca para la admisión de señoras en la Sociedad de Madrid es de un género tiernamente sublime.

No alcanzaron todos los esfuerzos de los hombres de Carlos III, aunque lo intentaron con ahinco, á reformar la enseñanza universitaria. Apegadas las universidades al rancio escolasticismo y á las sutilezas de la filosofía peripatética y de una metafísica ininteligible, regidas por frailes, que constituían la mayoría de los claustros de doctores, resistieron tenazmente las reformas que se trataba de introducir. El informe de la de Salamanca. la primera en categoría y en crédito, escandalizó al fiscal del Consejo de Castilla. ¿Qué podía esperarse cuando ejercía en ella una especie de dictadura

el P. Rivera, que llamaba enciclopedistas á Heineccio y á Muratori? Y sin embargo, infatigable el monarca en procurar el fomento y propagación de las luces como de los intereses materiales, halló medio de lograrlo promoviendo fuera del recinto de las universidades el estudio de las ciencias naturales y exactas: y el creador del Banco de San Carlos creó también los colegios de Artillería y de Marina; el colonizador de Sierra Morena estableció el Jardín Botánico y el gabinete de Historia Natural; y el fundador de la compañía de Filipinas fundó escuelas especiales de física y de matemáticas hasta en las colonias de América, donde se formaron aquellos hombres insignes que después admiró el sabio Humboldt.

Era llegado el caso de que Francia nos devolviera también el fulgor literario que España en otros tiempos le había prestado, y regresó á su turno con el nuevo brillo que había debido comunicarle otra civilización más avanzada. La intimidad con el vecino reino que bajo el aspecto político había hecho tan funesta el Pacto de familia, fué de gran provecho bajo el punto de vista literario. Resucitaba el siglo XVI sin la tétrica fisonomía que le imprimió el genio sombrío de Felipe II, y humanizado y ataviado con las conquistas de la razón.

Ciencias, administración, legislación, educación pública, todo recibe mejoras importantes. Las investigaciones históricas á que se habían dedicado ya con fruto en el reinado de Fernando VI los PP. Burriel y Sarmiento, el infatigable Flórez, y los eruditos Mayáns y Bayer, continúan siendo objeto de los desvelos de los Mohedano, de los Lampillas, de los Capmany, de los Masdeu, de los Risco y los Casiri, y de otros esclarecidos talentos en el reinado del tercer Borbón. Y si en muchas de sus obras no resplandece gran luz filosófica ni refleja el más exquisito juicio crítico, menester es no olvidar que aquellos ilustres sabios escribían á la vista de la recelosa y asustadiza Inquisición, que aunque amansada ya, todavía condenaba á Olavide, y acusaba de herejes á los que habían aconsejado la expulsión de los jesuítas. La poesía y la elocuencia subyugadas de largo tiempo á la tiranía de una insulsa hinchazón y de un depravado culteranismo, cuando no se abandonaban á una vulgaridad rastrera, resucitaban con las galas de una decorosa libertad y de una sencillez elegante. Moratín reformaba el teatro español, y Meléndez rastauraba la poesía castellana, mientras los sabios prelados Climent y Tavira restituían á la oratoria del púlpito la conveniente dignidad.

Siguiendo las artes el movimiento de las letras, la Europa entera admiraba el fecundo pincel de Mengs, el restaurador de la moderna pintura, y el pintor filósofo que decía el erudito Azara. Maella honraba á su digno maestro, y Goya se hacía célebre por aquella graciosa originalidad que no ha podido ser imitada después. El buril de Selma embellecía la magnífica edición del *Quijote* de Ibarra, honra del arte tipográfico. Y de los adelantos de la arquitectura y escultura certifican los magníficos y elegantes monumentos que en prodigioso número por todo el ámbito de la Península á nuestra vista se ofrecen, y que si el gusto y estilo no los revelara bastante como obras de aquel feliz reinado, avisáraselo al menos entendido el *Carolo III regnante*, que en casi todos se lee.

Hubiera sido Carlos III el Luis XIV de España si los días de su reinado

hubieran sido tan largos como los del monarca francés: pero faltóle tiempo para hacer tanto como al soberano de la Francia le permitió su longevidad prodigiosa. En cambio fué mucho menos déspota. Luis XIV erigió el absolutismo: Carlos III le encontró establecido y le humanizó. Semejósele mucho como rey, y le aventajó en virtudes como hombre. Carlos III no introdujo en la corte el fausto oriental como Luis XIV, ni menos permitió los desórdenes y escándalos de Luis XV. No se vieron aquí ni las Lavalliere ni las Maintenón del primero, ni las Pompadour y las Dubarry del segundo. Isabel la Católica y Carlos III hubieran hecho una de las mejores parejas de reyes en la tierra. Pero los separaron tres siglos, para que los tiempos se repartieran la benéfica influencia de sus genios. Aquélla dejó establecida una institución que creyó necesaria para la unidad religiosa: éste halló la unidad religiosa asegurada, y quebrantó un poder que dañaba á la tolerancia y al desarrollo de las luces, que era ya la necesidad de las naciones católicas modernas. Así va marchando la sociedad humana hacia su perfección.

Muéstranse como apenados algunos políticos impacientes, porque en medio de la revolución de ideas y del espíritu reformador que se desenvolvió en el reinado que nos ocupa, no hubieran ni el monarca ni sus ilustrados ministros tentado restablecer las antiguas libertades españolas bajo una forma acomodada á las necesidades y adelantos de la moderna civilización. Mas tal vez en nada mostraron tanta cordura aquellos hombres de Estado como en no haber anticipado esta novedad. No era culpa suya que el pueblo, avezado de largos siglos al despotismo y á la Inquisición, hubiera ido perdiendo el amor á la libertad civil. ¿Podemos estar ciertos de que no hubiera sido arriesgado otorgar instituciones políticas á quien ni mostraba desearlas, ni las hubiera recibido con gusto, ni menos con agradecimiento? ¿No se podrá decir del monarca y de los reformadores de su época aquello de *sui eos non cognoverunt?* No olvidemos tampoco que no eran ni la religiosidad ni el respeto al principio monárquico los síntomas con que se anunciaba la revolución francesa, y que la religión y el trono eran los dos dogmas venerados, los dos ídolos de los españoles. Bastaron las reformas que ejecutaron y las que intentaron para que el clero y las clases privilegiadas, muy poderosas en España y muy influyentes todavía, tildaran y acusaran á los consejeros de Carlos de enciclopedistas y afectos á la filosofía francesa del siglo XVIII que amenazaba invadir y trastornar el mundo. Y á fe que de no serlo procuraron dar pruebas en los últimos años de aquel monarca, cuando asustados por el estruendo de la tempestad política que rugía ya en el vecino reino, cejaron ante los peligros de la crisis, que el clero y la Inquisición no se descuidaban tampoco en encarecer y abultar. El mismo Floridablanca se convirtió en desconfiado, y retiró la mano franca y liberal con que hasta entonces alentara el espíritu de reforma; hizo más, intentó reprimirle.

No sabemos, sin embargo, cómo se hubiera desenvuelto Carlos III de los compromisos en que habría tenido que verse si le hubiera alcanzado la explosión que muy luego estalló del otro lado del Pirineo. Fortuna fué para aquel monarca, y fatalidad para España, el haber muerto en vísperas de aquel grande incendio.—Sucedióle su hijo Carlos IV á fines de 1788.

XVI

El año siguiente al advenimiento de Carlos IV al trono español, estalla en Francia el volcán revolucionario, cuyo sacudimiento conmovió toda Europa é hizo estremecer todos los solios. La rapidez de los primeros pasos de la revolución anunciaba que en breve se iban á ensayar todas las formas, á recorrerse toda la escala de las transformaciones sociales. Y así fué.

Jamás en tan corto espacio de tiempo anduvo una sociedad tan largo càmino. La impaciencia de marchar exigía á cada año el desarrollo y la vitalidad de un siglo, y parecía que los tiempos se compendiaban á la voz de los hombres. Hallóse medio de acortar la distancia de tiempos antes que la distancia de lugar, y la revolución francesa precedió á la invención del vapor. La Europa armada gritaba: *¡Atrás!* y la Francia, armada también, contestaba: *¡Adelante!* Las ideas, sin embargo, avanzaban más dentro de la Francia que los ejércitos fuera. Estados generales, asamblea constituyente, asamblea legislativa, convención, república, directorio, consulado, imperio..... monarquía, democracia, despotismo militar..... A los pocos años de un regicidio nacional, se entronizaba á un déspota: habíase hecho perecer en un cadalso á un rey virtuoso y débil, y se aclamaba á un tirano heroico. Cuando Napoleón establecía repúblicas en Europa, en Francia iban retrocediendo las ideas republicanas. Las ideas y las conquistas marchaban al revés. Del suplicio del rey á la proclamación del emperador mediaron once años. Al cabo de otros once años la Francia vuelve á gritar: ¡Viva el rey! El nuevo rey era otro Borbón. Gran retroceso. Pero el movimiento galvánico no ha cesado. Pasan otros quince años y las ideas que habían retrocedido vuelven á avanzar. La antigua dinastía es de nuevo expulsada, y se proclama á un Orleans rey constitucional. Antes de otros diez y ocho años la monarquía constitucional va á acompañar en la proscripción á la vieja monarquía y al imperio. La Francia es otra vez republicana. ¿Volverá otro imperio y otra monarquía? ¿Se acabarán de fijar las ideas sobre el mejor gobierno de los pueblos? ¿Estará la humanidad condenada á girar perpetuamente en derredor de un círculo?

Gira, sí; pero es describiendo círculos concéntricos, cuya circunferencia se va agrandando sin cesar, y de cada círculo que describe va recogiendo la humanidad algún principio provechoso que queda siempre. Así con las alianzas de lo antiguo que vive y de lo nuevo que nace va modificando su existencia. Costosas son las transformaciones. Si los pueblos y las generaciones que las promueven meditaran los estragos que acompañan á las grandes revoluciones, retrocederían espantados. Mas por una disposición providencial la embriaguez del entusiasmo no deja lugar al frio razonamiento y predispone á recibir con gusto el martirio: también el furor de la venganza perturba la razón: son las dos fuentes de las grandes virtudes y de los grandes crímenes que en ella se desarrollan. Fecunda en unos y en otras fué la de 1789. Acaso ninguna ha producido tantos héroes y tantos monstruos. La lección fué dura. ¿Supieron aprovecharla los reyes y los pueblos? Ha sido menester otra revolución á mediados de este siglo

para enseñarles más. ¿Han aprendido los hombres de ahora más que los de entonces? ¿Ha ganado algo la humanidad? Comparemos. La revolución de 1789 fué agresora y conquistadora; la de 1848 proclamó el respeto á la independencia de los pueblos. Entonces la Europa opuso muros de acero á las ideas democráticas; ahora la Europa siguió el impulso de la nación iniciadora. En la revolución del siglo pasado eran llevados los hombres á carretadas á la guillotina; la cuchilla era el primer poder del Estado: en la del presente siglo se aclamó el principio de la abolición de la pena de muerte por delitos políticos. En 1793 manchó la frente de la Francia la sangre con que tiñó el cadalso uno de los monarcas que menos lo merecían: en 1848 hubo muchas revoluciones y la sangre de varios príncipes corrió en los campos de batalla, ni una gota de sangre real en el afrentoso patíbulo. La Francia del siglo pasado abolió el culto católico, y divinizó la razón humana: se quitó á Dios de los altares y se dió incienso á una prostituta: en la Francia del presente siglo los más extremados reformadores se han visto precisados á invocar el cristianismo, y el sacerdocio católico ha sido buscado para rociar con el agua santa el árbol de la libertad. Entonces un soldado arrancó violentamente de su silla al jefe visible de la Iglesia, y el gran guerrero puso su mano profana sobre el gran sacerdote; aquel hombre se llamaba Napoleón: ahora otro Napoleón, deudo de aquél, y como él jefe de la Francia, envió las legiones republicanas á reponer en su silla á otro pontífice, Pío también como el abofeteado de Fontainebleau, y cometiendo una injusticia política y una inconsecuencia, ha hecho una reparación religiosa. La Europa lo ha murmurado; ha parecido un contrasentido. Tal vez la Francia misma lo hizo de mal grado. No murmure la Europa; no era la voluntad de la Francia la que obraba; era el impulso secreto de la Providencia que le había impuesto una expiación, y al cual ella obedecía de mal humor sin saberlo. También Alarico iba de mala gana á Roma y obedecía á la voz secreta que se lo mandaba. Distinto era entonces el fin; la Providencia la misma.

Excesos abominables se han cometido en aquella y en esta revolución. Lamentamos unos y otros. ¿Cuándo dejará de intervenir el mortífero acero en las cuestiones de política fundamental? ¿Cuándo serán los cambios sociales resultado sólo de la discusión pacífica y razonada? Los pocos síntomas que de ello vemos nos indican que aun tiene que vivir mucho la humanidad hasta tocar este estado de perfección. ¿Por qué entretanto ha de estar condenada á comprar su mejoramiento á precio de tan costosas pruebas? Lo sentimos, pero no nos atrevemos ni á acusar á la Providencia ni á responder á Dios. Sólo sabemos que es así, porque nos lo enseña la historia de todos los siglos. Consuélanos en parte observar que la humanidad no deja de ir progresando siempre; aunque á veces parece retroceder.

Insensiblemente hemos ido abarcando en estas reflexiones sucesos que no son todavía de nuestro dominio histórico. Séanos dispensado, siquiera por si nos faltase después tiempo y ocasión de hacerlas. Reanudemos el hilo de nuestro bosquejo historial.

Cuando estalló la revolución de 1789, alarmáronse todas las potencias europeas, y se formaron aquellas coaliciones y comenzaron aquellas gue-

rras que tantos triunfos proporcionaron á las armas de Francia, y tantos progresos dieron al movimiento revolucionario. Porque los hombres de la revolución, exigentes y descontentadizos de suyo, exacerbados con la oposición de dentro y con la resistencia de fuera, pasaban del entusiasmo al delirio, y del vigor y la energía al arrebato y al frenesí, y no había ni concesiones que los contentaran ni fuerza que los contuviera. España se hallaba en una posición excepcional. Era Carlos IV pariente de Luis XVI, vivía el Pacto de familia, y no estaba entonces el pueblo español ni en sazón ni en deseo de adoptar los principios que se proclamaban en el vecino reino. El mismo Floridablanca, ministro que Carlos III había dejado como en herencia á su hijo, temía que invadieran la Península las máximas que del otro lado del Pirineo se ostentaban triunfantes. Y sin embargo, todo lo que el monarca y el gobierno español se atrevieron á hacer en favor del atribulado Luis XVI, fueron ardientes votos, tímidas reclamaciones y gestiones ineficaces, alguna de las cuales les valió una repulsa bochornosa de parte de la Convención.

Sólo después del suplicio de aquel infortunado monarca se resolvió el gabinete de Madrid á declarar la guerra á la república contra el dictamen del viejo y experimentado conde de Aranda, á quien costó ceder el puesto ministerial á un joven que había opinado por la guerra. Este joven, que pasó del cuartel de Guardias de Corps, casi con botas y espuelas, al primer ministerio de España en una de las más difíciles situaciones en que pudiera verse nación alguna, obtenía ya un favor ilimitado del rey y de la reina. Opinó D. Manuel de Godoy por la guerra, y la guerra se hizo. Alegróse la Europa, porque se añadía un guarismo más al número de las potencias enemigas de la Francia. España dió el primer paso en la carrera azarosa de los compromisos.

Felices al principio nuestras armas, les vuelve su espalda la fortuna en Tolón, donde por primera vez se da á conocer el genio de aquel Bonaparte que muy poco después había de asombrar al mundo. Los ejércitos republicanos nos toman nuestras plazas fronterizas, y amenazan abrirse camino hasta Madrid. Asustado Godoy de su obra, ajusta la paz de Basilea, que nos costó la cesión de la parte española de Santo Domingo. El provocador de la guerra es condecorado con el título de *Príncipe de la Paz*. Sigue el famoso tratado de San Ildefonso. Alianza ofensiva y defensiva entre la monarquía española y la república francesa. Guerra con la Gran Bretaña que nos cuesta la derrota de nuestra escuadra en el fatal Cabo de San Vicente, y la cesión de la Trinidad en la paz de Amiens. La guerra y la paz con Francia, y la guerra y la paz con Inglaterra, nos iban saliendo igualmente caras.

La paz de Amiens fué pasajero respiro. Encendida de nuevo la lucha entre Francia é Inglaterra, España sigue atándose al carro de la república, y otro tratado de San Ildefonso nos empeña en otra nueva carrera de desastres y de compromisos. Francia aliada, nos costaba un subsidio de seis millones mensuales; Inglaterra enemiga, destrozaba la marina española, que más por culpa de Francia que de España, dió su postrer aliento en el desventurado combate de Trafalgar, sin que le valiera ni la inteligencia ni el heroico comportamiento de nuestros marinos. Perdimos quince na-

víos de línea; y como quien busca un consuelo, recordamos siempre que allí pereció el famoso almirante inglés Nelson. Pero la Francia no por eso renunció á seguir cobrando los millones estipulados. Era una acreedora sin entrañas. La catástrofe de 1805 fué una consecuencia del primer error de 1793.

En este tiempo la situación de la Francia había cambiado. Aquella nación que no había podido soportar el cetro de un monarca se sometió á la espada de un soldado. La libertad la había anegado en sangre, y buscó un hombre que atajara la sangre, aunque ahogara la libertad. Desde el 18 brumario no se vió brillar en el horizonte de la república sino el fulgor de las bayonetas. Enmudeció la tribuna y sólo se escuchó ya la voz del guerrero, á cuya voz se formó un cuerpo de treinta millones de hombres, que obedecían á un redoble de tambores. Aunque nombrado solamente Bonaparte primer cónsul, nadie dejaba de entrever por debajo del manto consular la corona imperial con que había de ceñir sus sienes. Contenta la Francia con ver al cónsul obrar como emperador, no tardó en darle el título y la investidura. De otro modo, se la hubiera dado él mismo y la Francia hubiera callado. Napoleón emperador, sin dejar de ser general, se pone al frente de los ejércitos franceses, la Francia militar le sigue entusiasmada, y marchando de victoria en victoria, derrota ejércitos, deshace coaliciones, humilla monarcas, derriba solios, crea nuevos reinos, como antes había creado repúblicas, y distribuye los tronos que su omnipotente voluntad va declarando vacantes. En el de Nápoles, donde se sentaba un Borbón, coloca á su hermano José. ¿Pensará en darle un ascenso? ¿Respetará el trono español este repartidor de coronas?

España, no obstante, continúa aliada del imperio, como lo fué de la convención, del directorio y del consulado. Pero el príncipe de la Paz, á cuyas manos se hallaban confiados los destinos de nuestra patria, recela del emperador, medita cooperar á la destrucción del coloso aliándose con las potencias que guerreaban ya contra él, y publica una proclama apellidando á las armas á los españoles, sin nombrar en ella ningún enemigo. En hora fatal apareció el documento. Napoleón triunfaba en Jena de la cuarta coalición, y Berlín le abría sus puertas. Napoleón y el príncipe de la Paz conocen á un tiempo la imprudencia de la declaración. Godoy procura enmendar el yerro felicitando á Bonaparte por sus triunfos: Bonaparte se sonríe, decreta en su ánimo la ocupación de España, y sigue fingiéndose aliado. Y para fingirlo mejor pide un auxilio de tropas españolas ¿Quién se atrevía á negárselas? Una escogida división española fué transportada á Dinamarca á las órdenes del emperador.

Triunfan las águilas francesas de las águilas rusas en Friedland, y se firma la famosa paz de Tilsit. Es el punto culminante de la fortuna de Napoleón. Ya queda desembarazado en el Norte para atender al Mediodía: A Inglaterra piensa destruirla con el bloqueo continental, monstruosa concepción, que se tuviera por delirio pueril, si no hubiera sido el pensamiento de un grande hombre, con el cual, sin embargo, acabó de aturdir la Europa, y puso en conflicto la tierra y los mares. A España, ¿quién podría pensarlo? no se atrevió el vencedor universal á acometerla de frenta. Medita la empresa de Portugal, y hace á España tomar parte en ella como aliada del imperio. Ajústase el célebre tratado de Fontainebleau, por el

que se partía el Portugal en tres trozos, como tantas veces se ha partido la Polonia, de los cuales uno se adjudicaba á Godoy con el título de príncipe soberano de los Algarbes. El Pacto de familia parecía apretado con estrechos nudos, no ya entre dos Borbones, sino entre un Borbón y un Bonaparte. Con gusto lo hacía Carlos IV. ¿No se destinaba un nuevo principado para su querido príncipe, y no le daba Napoleón á él mismo el título pomposo de Emperador de las Américas? En su virtud las armas imperiales penetran en Castilla, las de Castilla en Portugal, allí unas y otras. Jamás bajo tan engañosa capa embozó un gran conquistador sus pensamientos. Eran los nuevos cartagineses que se fingían hermanos para salir señores. Por lo menos tuvo España el privilegio que no había tenido nación alguna, el de que el gran Napoleón creyera necesario engañarla para sorprenderla.

Cuando Napoleón discurría con Talleyrand cómo apropiarse el trono de los Borbones de España de manera que no diese el mayor de los escándalos á Europa, vienen las lastimosas escenas del Escorial en ayuda de sus designios. En el mismo palacio en que se representó el drama de Felipe II y el príncipe Carlos, se reproduce en la ocasión más crítica otro parecido entre Carlos IV y el príncipe Fernando; con la diferencia que si hubo ahora más benignidad, hubo también menos misterio, y reveláronse á la nación flaquezas que deploraba, y á Napoleón discordias que servían grandemente á sus desleales proyectos. ¿Es cierto que se había inspirado á Fernando el pensamiento de representar el papel de San Hermenegildo cerca de su padre? ¿O era sólo su objeto y el de sus instigadores derribar al favorito? Lo cierto es que se vió un monarca denunciando á la faz de España y de Europa al príncipe heredero, al padre y á la madre echando públicamente la ignominia del crimen sobre la frente del hijo, y al hijo implorando humildemente el perdón de sus padres: al soberano de España haciendo al emperador francés confidente de sus amarguras y como pidiéndole alivio y consejo, y al príncipe heredero solicitando de Napoleón á espaldas de su padre la protección imperial y la mano de una princesa de su familia, las dos cosas que necesitaba para ser feliz. Tampoco necesitaba más el emperador para acelerar sus planes, aprovechando las debilidades del padre y del hijo.

Hallábanse á principios de 1808 en poder de los franceses y por traición ocupadas las principales plazas de guerra, y Murat sobre Madrid. Y todavía ¡admirable candidez! el rey, el príncipe, el privado, la corte, el pueblo, todos ignoraban el objeto de aquel formidable aparato de fuerza: Doce millones de hombres fluctuaban entre el temor y la esperanza. No cabía en el corazón de la hidalga nación española sospechar de un hombre tan grande como Napoleón una grande alevosía. A dos cosas estaba dispuesta; á imputar al valido Godoy los males que sobrevinieran y las miserias que presenciaba; á esperar del príncipe Fernando los remedios que deseaba y las reparaciones que apetecía. Aborrecía á aquél tanto como amaba á éste. Así en el motín de Aranjuez Godoy fué el blanco de las iras del pueblo, Fernando el de sus aclamaciones. Cayó el valido, y abdicó Carlos IV por salvarle; que Carlos IV y María Luisa amaban más al amigo que al trono. Fernando es proclamado rey de España.

Dos palabras de ese personaje en cuyas manos estuvieron los destinos de la patria durante todo el reinado de Carlos IV.

Nadie ignoraba el origen del rápido encumbramiento de Godoy y de su valimiento ilimitado. La reina no había cuidado de acreditarse de circunspecta. Movía á lástima la bondad del rey.

Cuando Godoy firmó el segundo tratado de San Ildefonso en 1796, titulábase ya en él príncipe de la Paz, duque de la Alcudia, señor del Soto de Roma y del estado de Albalá, grande de España de primera clase... caballero de la insigne orden del Toisón de oro, gran cruz de Carlos III (la que este monarca había creado para premiar *la virtud y el mérito*...) primer secretario de Estado y del despacho, secretario de la Reina, superintendente general de correos y caminos, protector de la Real Academia de Nobles Artes..... capitán general de los reales ejércitos, inspector y sargento mayor del real cuerpo de guardias de Corps... y otros muchos títulos menos importantes que hemos omitido. A poco tiempo se casó con una sobrina del rey. Después fué generalísimo y gran almirante con tratamiento de Alteza. Faltábale una corona, y no anduvo lejos de ceñírsela. que á tal equivalía la partija que se le adjudicaba en la distribución de Portugal. Fué el valimiento más monstruoso de los tiempos modernos, y acaso en duración no tenga ejemplar en los antiguos. Por lo menos tuvo la singularidad de ser indisoluble el afecto entre los reyes y el privado, de avivarse en la desgracia cuando se veían destronados los unos y perseguido el otro, y de deshacer sólo la muerte el vínculo de toda la vida.

Al paso que el favorito acumulaba riquezas inmensas y honores desusados, crecía el odio del pueblo hacia él, que siempre la odiosidad popular carga más sobre la flaqueza del que acepta y recibe inmerecidos dones que sobre la fragilidad de quien los dispensa y otorga, acaso por la costumbre de considerar al dispensador abroquelado en la inviolabilidad de la ley, y al aceptante escudado sólo con el favor, y por consecuencia más vulnerable. Ello es que marchaban á la par el amor de los monarcas y el enojo del pueblo. Era Godoy como una medalla que representaba el bien y el mal, y á la cual los reyes miraban siempre por el anverso, el pueblo por el reverso siempre.

Pero aparte de lo odioso del encumbramiento, de la opulencia y de la privanza, ¿era el príncipe de la Paz el causador de todas las calamidades públicas? ¿Era como hombre de Estado tan de corazón avieso, tan de intención torcida, de tan profunda ignorancia como le pregonaba entonces el pueblo y le ha dibujado después la historia? ¿Se ha considerado para calificar sus transacciones diplomáticas la índole y calidad de los negociadores con quienes las había? ¿Pudieron el clero, la Inquisición y las órdenes religiosas, cuya reformación había comenzado y amenazaba llevar á más lejano término, contribuir á acrecentar el desabrimiento hacia el privado, haciéndole extensivo al ministro? ¿Será cierto que soñó en un cambio de dinastía? Este hombre, á quien la fortuna se mostró locamente risueña por espacio de veinte años para darle después cuarenta de ostracismo, en quien las plumas de los historiadores se han clavado como dardos que se arrojan á un cuerpo que se asaetea sin pecar, ha hablado á su vez en propia vindicación. Y aunque para nosotros las oraciones *pro domo sua* no justifiquen

ni los desvanecimientos del hombre ni las faltas del gobernante, no dejan sus Memorias de derramar luz sobre muchos de los dramas de aquel tiempo, ó con tupido velo cubiertos, ó sólo por un lado hasta ahora presentados. Los juzgaremos en nuestra obra con el desapasionamiento de quien los mira sólo por el prisma de la severidad histórica.

Pocos monarcas habrán sido saludados por sus pueblos con más entusiasmo que lo fué Fernando VII. El día de su entrada en Madrid, después de la abdicación de Aranjuez. el regocijo público no tenía límites. Era la embriaguez del gozo. Aquellas lágrimas de júbilo iban á convertirse pronto en lágrimas de sangre.

Comienza una larga cadena de reales miserias y de traiciones imperiales. Ruboriza leer las cartas de Carlos, de María Luisa y de la reina de Etruria al gran duque de Berg, intercediendo por el *pobre Príncipe de la Paz.* Lastiman el alma las de Carlos y Fernando á Napoleón. Son dos litigantes que le buscan humildes por árbitro de su pleito. El árbitro no pronuncia. La España, angustiada y congojosa después de los primeros transportes de alegría, espera que salga una palabra de los labios del emperador para saber á quién piensa dar el derecho de reinar; si al padre ó al hijo. Napoleón en Bayona se asemejaba á esas serpientes que atraen con su hálito á los inocentes pajaritos para devorarlos. Reyes, príncipes, favorito, todos van donde el emperador los llama. Allí los dioses menores de España se prosternan ante el Júpiter del Olimpo europeo. A una palabra suya el hijo devuelve humildemente al padre lo que antes el padre había cedido con poca voluntad al hijo, y ambos se desprenden del cetro de dos mundos para ponerle á los pies del señor de los reyes. Pero Napoleón es tan generoso que renuncia para sí el trono de España, y en uso de su omnipotencia le transfiere á su hermano José, el rey de las Dos Sicilias. Le da el ascenso que había meditado en la carrera de los tronos de su invención. Abochornan las escenas de Bayona, y cuesta trabajo concebir tanta perfidia en uno, tanta debilidad y tanta degradación en otros.

Por fortuna el pueblo tuvo más firmeza y más dignidad que sus príncipes. Y esta nación, sin reyes, sin hacienda, sin marina, casi sin ejército, pues toda la herencia de Carlos III se había ido disipando, se levanta imponente á proveerse á sí misma, á sacudir la coyunda que alevosamente se intentaba ponerle. Apuróse su paciencia; y resucitó el antiguo genio ibero con sus impetuosos arranques. Dióse el primer grito en Madrid el 2 de mayo, uno de los días más infaustos y más felices que cuentan los fastos españoles. Al ruido de aquel primer sacudimiento despertó el viejo león de Castilla, de muchos años aletargado, y su rugido resonó en todo el ámbito de la Península, y á su eco fueron respondiendo una tras otra todas las provincias de la monarquía.

Dios permite á los hombres obcecarse para perderse, cuando traspasan su misión sobre la tierra, y no había trazado su dedo la geografía del continente europeo para que todas sus regiones obedecieran á un hombre solo,

Vínole bien al pueblo español el ser acometido con felonía, porque sólo así pudo revivir con todo su rudo desenfado su independiente altivez. Si la empresa hubiera sido conducida con más cordura por parte de Napoleón, tal vez hubiera sido coronada con otro éxito. Pero fué conveniente recibir

un grande ultraje para que fuese terrible el escarmiento, y que el gran político cometiera el mayor de sus yerros al tratar de sojuzgar la España, para que se estrellara en esta tierra excepcional, de antiguo destinada á gastar la vitalidad de los grandes conquistadores.

Jamás pueblo alguno se alzó en su propia defensa ni más unánime ni más imponente. Si alguna vez ha sido exacta la frase de que una nación se levanta *como un solo hombre,* lo fué en esta insurrección gloriosa. Un solo sentimiento movía como agente eléctrico todos los corazones. El movimiento, anárquico al nacer, se regulariza luego. Juntas locales de gobierno; junta central. Es la nación que se gobierna á sí misma; es el reinado de la nación. Se improvisan ejércitos; se organizan. Es la nación que se defiende; es la nación que se sacude. La lucha está abierta. Inglaterra, esa adversaria antigua de la España, cuya enemistad nos había sido tan funesta en los mares, se convierte en aliada íntima, y viene á luchar también en nuestro suelo, porque le conviene tomar parte en toda pelea que tenga por objeto derrocar al coloso de la Francia. Portugal se alienta, y se levanta también. En cambio Napoleón hace transportar á la Península el grande ejército de Alemania, desguarneciendo aquellos países. Vienen gentes de todas regiones. Hasta á los valientes polacos los trae á sellar con su sangre su renombrado ardor bélico bajo el cielo puro de Castilla. Extraño trasiego de naciones. Los ejércitos de las tres cuartas partes de Europa concurren á combatir á un pueblo pobre, pero heroico.

No se descorazonan los españoles en lid tan desigual. De las grandes ciudades, de las aldeas, de las cabañas, de los campos, de las escuelas y de los talleres, sale espontáneamente la juventud á engrosar las filas de los defensores de la patria; y cambiando el arado, el escoplo ó el libro de texto, por la carabina, el fusil ó la espada, corren voluntarios á la pelea, ó individualmente, ó en grupos, ó en cuerpos ya regimentados: Los sacerdotes predicaban la guerra en el púlpito, y empuñaban después el acero con propia mano; se desnudan de la estola, y embridan el caballo de batalla, y acaudillan cuerpos armados, como en los siglos de la guerra con los musulmanes. Hasta las piedras parecía convertirse en combatientes, como de otros tiempos fingió la fábula.

La Europa atenta supo con admiración que los triunfadores de Jena habían rendido sus espadas en Bailén, y que las legiones del vencedor habían dejado de ser invencibles en batalla campal. Los sitios de Zaragoza y Gerona anunciaron á los nuevos romanos que se hallaban en la tierra de Sagunto y de Numancia. Los nombres de aquellas dos heroicas poblaciones, tiempos y años andando, han sido invocados como tipos de heroísmo en cualquier región del globo en que se ha querido excitar el ardor bélico y el entusiasmo patrio con memorias de alto ejemplo. Mientras tales lecciones daban las tropas regladas y los moradores de las ciudades, plagábanse los campos de *guerrilleros*, de esos soldados sin escuela, modernos Viriatos, de que tan fecundo dijimos ya en otra parte que ha sido siempre el pueblo español: los cuales con rápidas y atrevidas maniobras, ingeniosas revueltas é inesperados ataques, diezmaban pequeños cuerpos enemigos, ó embarazaban el paso á gruesas columnas, ó sorprendían convoyes, y con mil géneros de menudas hostilidades desesperaban á los famosos generales del

imperio, que no hallaban medio de librarse de tan importunos acometedores, ni de evitar los descalabros y desperfectos que con tan singular estrategia ocasionaban. ¡Desgraciado y sin ventura entretanto el francés que por cualquier incidente se encontrara, en poblado ó en desierto, aislado y separado de su columna! ¡Cuántos sacrificó así el furor popular! El paisanaje, que en su ruda lógica no veía en el soldado francés sino al guerrero de la nación enemiga, lejos de inquietarle la idea de que perpetrase un acto de bárbara inhumanidad, persuadíase de que ejecutaba una acción meritoria á los ojos de la patria, y aun á los ojos de Dios. Era el fanatismo religioso unido al sentimiento de la nacionalidad; y á un pueblo que obra á impulso de estas dos ideas no hay armas que le venzan ni ejércitos que basten á domeñarle.

Vióse Napoleón precisado á venir en persona á reanimar la guerra; y á dar aliento á los suyos; y sin dificultad grande, que no podían oponerla unas débiles tapias, se posesiona de la capital, donde queda su hermano José haciendo funciones de rey de España. No importa. También el archiduque Carlos de Austria, en los tiempos del primer Felipe de Borbón, se hizo aclamar rey de España en Madrid. Pero Madrid deja de ser la capital de la monarquía española desde el momento que la ocupa un usurpador, y no es sino un pueblo más de que se ha apoderado el enemigo. La capital de los españoles está allí donde se encuentra su legítimo gobierno. Fuerza es, no obstante, confesar que la presencia y los triunfos del emperador llegaron á poner á España en situación harto apurada y angustiosa. De repente esta situación se trueca y cambia. El emperador retrocede de improviso del corazón de la Vieja Castilla, donde se había internado. Corre, avanza, vuela, quiere devorar las distancias, desaparece. Sigue en pos de él el grande ejército ¿Dónde va? ¿Quién le llama? ¿Qué le impulsa? A los pocos días de hallarse en Astorga penetraba dentro de los muros de Viena. Con razón había escogido por empresa el águila quien la igualaba en rapidez.

Era que la voz de la Junta Central de España había resonado en apartadas regiones, y el Austria, oyendo su llamamiento, había vuelto á declarar la guerra á Napoleón. Otra vez vence allí. Cada jornada suya señala un triunfo. Pero España ha enseñado al mundo á resistir; su ejemplo ha sido contagioso; y Napoleón, que derrota ejércitos. encuentra por primera vez una resistencia fatigosa en las manos del pueblo alemán que han aprendido de los españoles á insurreccionarse, y las condiciones de la paz de Viena fueron ya menos duras que las de los tratados anteriores. Napoleón se desvanecía allá con sus nuevas glorias, mientras acá las iban marchitando sus ejércitos enflaquecidos y menguados.

En medio del incesante afán de la pelea y del ruido y estruendo de los combates, España ofrecía á los ojos del mundo otro espectáculo no menos grandioso y sublime, de distinta índole y naturaleza. Los hombres ilustrados del país, aprovechando el gran movimiento popular para regenerar políticamente la España, habían acordado dotarla de instituciones análogas á los progresos de la civilización y á las ideas del siglo. Y cuando en Francia habían pasado los sangrientos ensayos de la revolución. entonces se erigió en este extremo de Europa y en su punta más occidental una tribuna, la única de todo el continente, en que hombres esclarecidos y vigo-

rosos levantaban arrogantes su voz, y labraban el edificio de la libertad española. Era un cuadro magnífico y grandioso el de las cortes de Cádiz, deliberando impávidas bajo el estruendo del cañón y al fulgor de las bombas enemigas. Allí, encerrados los representantes de dos mundos en una isla azotada por las olas de dos mares y circundada de mortíferas baterías, libertaban de sus trabas el pensamiento, proclamaban la libertad de la imprenta, y abolían la Inquisición, y elaboraban el código político que había de ser la ley fundamental de la monarquía: aquella Constitución que tantas vicisitudes estaba destinada á sufrir en el corto espacio de un cuarto de siglo, y que refundida después, había de dar nacimiento á la que recientemente ha regido y á la que de presente rige el Estado. Obra de legislación no exenta ni de imperfecciones ni dificultades de aplicación, pero libro venerable como símbolo glorioso de desinteresado y heroico patriotismo, como la primera bandera de libertad que se enarboló en la España moderna.

Durante esta guerra nacional, Fernando continuaba siendo objeto de amor idolátrico para los españoles. Por él no había ni padecimientos que arredraran, ni sacrificios que dolieran ni tesoros ni sangre que se economizara. A pesar de sus renuncias bochornosas, la Central, la regencia, las cortes, todos obraban á nombre del rey, todos deliberaban como poderes delegados del rey. El pueblo le conservaba la majestad de que él se había desposeído; la nación le guardaba la corona de que él se había desnudado. Disculpábale débil en Bayona, y absolvíale cautivo en Valencey. Era un rey que se desprendía de su reino, y un reino que no quería desprenderse de su rey. Fernando VII era rey de España y de las Indias á pesar suyo. El felicitaba á Napoleón por sus triunfos, y el pueblo se ofrecía en holocausto por él. El importunaba al emperador con el tema perpetuo de que le otorgara una princesa de su imperial familia para esposa, y la nación se afanaba por entregarle al regreso de su cautividad un reino grande, íntegro regido por leyes más justas, y por instituciones más sabias que las que él había dejado.

Ni todas fueron derrotas para el enemigo en estos seis años de porfiada lucha, ni todos fueron triunfos para las armas españolas. Vióse, por el contrario, más de una vez la España á punto de ser ahogada bajo el peso de aquellas infinitas masas de guerreros de casi todas las naciones europeas, de aquellas cohortes innumerables, conducidas por los más expertos generales del imperio, que del otro lado del Pirineo de tiempo en tiempo desembocaban, en reemplazo de las que iban quedando sepultadas en este suelo, y que parecía brotar de un fondo inagotable como las olas del grande Océano. Pero jamás desmayó el denuedo español. Ni el número de los enemigos le imponía, ni le desalentaban los reveses, ni los peligros le arredraban, ni nada en ningún momento le hizo desfallecer. Crecía con los infortunios el esfuerzo, con los contratiempos la audacia, con los conflictos la fortaleza, la intrepidez con los apuros, con las contrariedades el valor. «No importa,» decía á todo. Y se entregaba á arranques impetuosos, se multiplicaban las acciones heroicas, menudeaban las hazañas, y la victoria se iba declarando por la causa de la justicia y por los animosos de corazón. Era el genio indomable de la resistencia, que venía heredado de los

antiguos celtíberos; era aquella perseverancia infatigable, que desesperó á los romanos, que acabó con los sarracenos, y de la cual no sufría la altivez española que triunfaran los franceses. Hallóse, pues, Napoleón con los descendientes de los que habían peleado con Aníbal, con César y con Almanzor; y el vencedor de las Pirámides, de Marengo, de Austerlitz, de Jena y de Friedland, se encontró con los hijos de los que habían vencido en Covadonga, en Calatañazor, en las Navas de Tolosa y ante los muros de Granada.

De caída iba ya en España el poder de Napoleón, cuando á la extremidad opuesta de Europa se oyó resonar otro grito de guerra. Era el eco de España que respondía también en Rusia. Allá acude el mayor capitán que han producido los siglos modernos, al frente del más formidable ejército que han visto los siglos modernos también. Austria, Prusia, Dinamarca, Nápoles, la Italia entera, le han suministrado contingentes, y ha hecho una siega en la juventud de la Francia. Allá van las viejas bandas del imperio, que ha hecho salir otra vez de Castilla para trasplantarlas desde el abrasado clima del mediodía á las heladas regiones del septentrión. Cuatro veces en tres años han atravesado la Francia esos veteranos imperiales, cruzando los Alpes ó franqueando los Pirineos, teniendo que acudir alternativamente del Tajo al Rhin y del Rhin al Tajo, allí donde una necesidad más imperiosa los llamaba. En su lugar tiernos reclutas, arrancados prematuramente á los brazos de sus madres, vienen á entretener á los cañones y bayonetas de España y á servirles de cebo, mientras él da cima á la gigantesca empresa que le llama al otro extremo del continente.

La Europa central avanza armada hacia el Norte á la voz de un hombre solo. Napoleón penetra con asombro del mundo hasta el corazón del imperio moscovita..... Dios permitió que el gigante que se lisonjeaba de abarcar á un tiempo con sus brazos las dos más opuestas naciones del continente europeo, cometiera al querer conquistarlas los dos más graves yerros de su vida.. Medio millón de hombres quedó sepultado bajo las nieves de Rusia; medio millón de hombres halló su sepulcro bajo la luciente bóveda del cielo español. Allí lo hicieron los elementos; aquí lo hicieron los hombres. Allí el hielo del clima; aquí el ardor de los corazones. Los rusos buscaron por aliado al invierno, y esperaron á que el cielo se declarara contra el hombre de la tierra; los españoles pelearon cuerpo á cuerpo con los soldados de Bonaparte y los vencieron en buena lid.

En la mañana en que se dió la famosa batalla de Mojaisk, en que jugaron ochocientas piezas de artillería, recibió Napoleón noticias de España, y la dió por perdida. Y cuando después del desastre de Moscou se coligó contra él toda Europa; cuando los ejércitos de la confederación amenazaban á su vez invadir la Francia; cuando todavía los restos de las columnas imperiales disputaban á los aliados el paso del Rhin, ya las tropas anglo-españolas habían franqueado el Bidasoa y perseguían á los franceses dentro de su propio territorio. Salvóse, pues, la España antes que la Europa. Cúpole la gloria de la iniciativa en la caída del gran coloso. Fué la primera en vencer á Napoleón.

Faltábale rescatar al real prisionero de Valencey, á su amado, á su idolatrado Fernando. Napoleón al eclipsarse su estrella se decide á reconocer

á Fernando rey de España. Celebra primeramente con él un tratado de paz y amistad, y declara luego rey libre al que hacía seis años era príncipe cautivo, Fernando el *Deseado* pisa al fin el territorio español.

Gran regocijo para España, que vuelve á ver su ídolo, que tiene ya en su seno al objeto de sus sacrificios y de sus votos. Resuenan por todas partes cantos de júbilo. Las cortes acuerdan erigir á orillas del Fluviá un monumento que señale á la posteridad el día fausto en que volvió Fernando á los brazos de sus leales españoles. Una comisión de diputados sale á felicitarle al camino á nombre de la representación nacional. El rey esquiva recibirla. ¿Qué significa este desdeñoso desaire? Nótase irse formando un negro nublado en el horizonte de esta nación ebria de gozo. ¿De qué proceden y qué auguran esos síntomas fatídicos en la ocasión en que todos los corazones debieran rebosar de entusiasmo?

Pronto se aclara el misterio. Numerosas prisiones se están ejecutando en la capital de la monarquía. Llénanse las cárceles públicas: muchos desgraciados van á poblar hediondos y fétidos calabozos. ¿Quiénes son estos desventurados? ¿Son criminales á quienes no puede alcanzar la real clemencia ni aún en días de expansión y de olvido? ¿Son por ventura los que hayan tenido la desgracia de ser traidores á la causa nacional? No: son ilustres miembros de la regencia, son los ministros constitucionales, son los más esclarecidos diputados de las cortes, son los más distinguidos hombres de letras, son la flor y la gloria de España. ¿Quién ha ordenado la prisión de estos varones eminentes, que tanto se han afanado para entregar á su rey una nación grande, respetada, independiente y libre? Es Fernando VII, rey absoluto de España, que tal se ha declarado á sí mismo. Publícase el famoso y tristemente célebre manifiesto de 4 de mayo. Aquellas cortes y aquella constitución que los soberanos de Rusia, Suecia y Prusia, habían reconocido solemnemente por legítimas, las declara el rey de España *nulas y de ningún valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamás tales actos, y se quitasen de en medio del tiempo.*

El 13 de mayo de 1814 hace Fernando su entrada pública en Madrid por en medio de arcos de triunfo. La parte fanática del pueblo le vitorea con frenesí; sollozos y lágrimas vertían las familias de hombres ilustres que gemían en calabozos.

Aborrezco y detesto el despotismo, había dicho Fernando en aquel manifiesto célebre: *ni las luces y cultura de las naciones de Europa lo sufren ya, ni en España fueron déspotas jamás sus reyes, ni sus buenas leyes y constitución lo han autorizado.* Tras estas bellas palabras empeñaba la suya de gobernar con cortes *legítimamente congregadas*, conforme á los antiguos y buenos usos del reino. Pero añadió á la ingratitud el engaño: y el que aborrecía y detestaba el despotismo, hizo enarbolar de nuevo el negro pendón inquisitorial abatido en Cádiz, y lanzó á los más ilustrados españoles á los presidios y á las áridas rocas de Africa. Tal fué el fruto que recogió la España de su gigantesco esfuerzo.

XVII

Triunfante la monarquía absoluta, pero difundidas las ideas de libertad; perseguidos, pero no desalentàdos los constitucionales; empeñada y no cumplida una real palabra; llorando unos la destrucción de lo pasado, y satisfechos otros con lo presente; empobrecida la nación con las profusiones antiguas y con los recientes dispendios de una guerra de seis años; apurado el público tesoro, y encomendada la administración á manos inhábiles; insurreccionadas las colonias de América, y privada de sus recursos la metrópoli; disgustados muchos, exasperados algunos, contentos pocos, pásanse otros seis años del reinado de Fernando en sofocar conspiraciones y reprimir tentativas de los adictos al régimen constitucional.

Apeteciendo éstos un cambio en la organización del estado, volvían naturalmente sus ojos al código de 1812, única bandera de libertad que entonces se conocía. No se pensaba en las imperfecciones, ni en si era el más acomodado y aplicable á la situación de España; y dado que se pensara en ello, olvidáranlo todo en gracia de simbolizar una época de glorias y de patriotismo mal correspondido. Este código era el que se invocaba siempre. Contestaba el monarca con cadalsos y con calabozos. Allí fueron á terminar una tras otra todas las tentativas.

Una insurrección militar proclamó otra vez aquella misma constitución, allá cerca de Cádiz, donde había nacido. Esta vez no pudo reprimirse el movimiento. Las ideas habían cundido, y las grandes poblaciones se levantaron en apoyo de la revolución militar. La capital de la monarquía siguió el mismo impulso, y Fernando juró aquella misma constitución que seis años antes había tan rudamente anatematizado. Hasta qué punto marcharan acordes en este juramento el corazón y los labios, la letra y el espíritu, la real conciencia y la real palabra, el juicio público lo caló pronto, y los sucesos lo mostraron después más claro.

Breve y efímero, agitado y proceloso fué este segundo período de gobierno constitucional. Todo conspiraba contra su afianzamiento. Las cortes agriaron al clero y la nobleza, lastimando sus intereses y añejos privilegios con la ley sobre vinculaciones y la venta de los bienes monacales. El partido vencedor, embriagado con el gozo de haber pasado de los calabozos á las sillas del poder, de la roca Tarpeya al Capitolio, no supo contener el entusiasmo dentro de sus justos límites, y muchos se entregaron á ruidosas demostraciones y alharacas, y se propasaban á desacatos y desmanes que provocaban las iras de los vencidos, ofendían altos poderes, y predisponían á la venganza. Por su parte los realistas, ó llevados del fanatismo, ó instigados por las clases privilegiadas, comenzaron pronto á inquietar las provincias promoviendo la guerra civil, primero en pequeñas partidas armadas, en gruesas masas despues, y conspirando siempre daban ocasión á medidas violentas por parte del gobierno y de las autoridades, ó á demostraciones más violentas aún por la del partido dominante. Las exageraciones de las sociedades patrióticas alarmaban á los tímidos y desabrian más á los descontentos. Las sociedades secretas introducían el cisma

entre los mismos amigos de la libertad. El gobierno estaba muchas veces en desacuerdo con las cortes, á veces lo estaba con el trono mismo. y faltaba un poder moderador entre la corona y el elemento popular. Todo conspiraba; y acaso no era el menor de los conspiradores el rey mismo, que si no lo fué desde el instante de jurar la Constitución, por lo menos no le cogían de sorpresa ni las maquinaciones de dentro ni los designios de fuera.

No podía la Santa Alianza. en su vivísimo celo por el principio de la omnipotencia monárquica. consentir en España el triunfo de una revolución que se habían apresurado á imitar Nápoles, el Piamonte y Portugal; y aunque la anarquía interior no hubiera dado tanto pretexto á la intervención de las grandes potencias, creemos que de todos modos se hubiera resuelto en el congreso de Verona apagar un fuego que miraban como peligroso. ¿Se habría desarrugado el ceño de aquellos soberanos si el gobierno constitucional de España se hubiese prestado á las modificaciones que le proponían? ¿Se hubiera parado el rudo golpe si la contestación del gabinete español á las notas de los aliados hubiera sido menos altiva ó menos adusta? La fogosidad de los ministros españoles no consintió esta prueba. y cien mil bayonetas vinieron á responder al arrogante reto.

Sucumbió. pues, por segunda vez la libertad en España en los mismos sitios que las dos veces le sirvieran de cuna. Pero en 1814 había bastado á ahogarla un simple decreto del rey: en 1823, fué necesario el auxilio de los cien mil nietos de San Luis. ¡Destino poco feliz, y misión nada envidiable la de la Francia! Las armas de Napoleón habían venido á arrebatar á España su independencia; las armas de Luis XVIII vinieron á arrancarle su libertad. Conducíanse del mismo modo con ella el poder de la revolución y el poder de la legitimidad. Las águilas y las lises le eran igualmente funestas.

No aplaudiremos nosotros los descomedimientos é irreverencias que en la fogosidad de las pasiones se permitieron algunos para con la majestad; pero tampoco hallamos modo de justificar ó la inconsecuencia ó la doblez del monarca en los últimos episodios de este drama de tres años. El prisionero de Cádiz no desmintió al prisionero de Valencey. Su proclama de 1.° de agosto en la ciudad española rebosaba el más encendido liberalismo. como los escritos de su pluma en la ciudad francesa le revelaban el bonapartista más apasionado. El 30 de setiembre ofrecía á los constitucionales todas las garantías apetecibles: el 1.° de octubre se proclamó otra vez rey absoluto. y anuló de una plumada todos los actos del gobierno que expiraba y todas las promesas reales. El decreto del Puerto de Santa María anunció que Fernando VII era el mismo hombre del decreto de Valencia, y el 4 de mayo de 1814 se reprodujo en 1.° de octubre de 1823 con augurios aún más siniestros.

Porque la reacción se ostentó implacable y espantosa. Había más resentimientos que vengar. y la gente fanática se mostró tan brutalmente rabiosa en sus venganzas. que Angulema y su ejército hubieron de avergonzarse de haber sido los instrumentos de una contrarevolución tan bárbaramente desbordada. El mismo príncipe generalísimo quiso templar aquel furor salvaje dando por sí algunas garantías contra la arbitrariedad y los

atropellos; pero clamaron contra tan humano pensamiento las nuevas autoridades españolas. y so pretexto de que usurpaba la soberanía del rey ahogaron la única voz de compasión y de filantropía que se atrevía á levantarse en favor de los oprimidos. El iracundo fanatismo del 23 se sublevaba hasta contra la caridad extraña. Atestáronse los calabozos de presos ilustres, y se dió abundante tarea á los verdugos. Declaróse una guerra de exterminio contra la raza liberal. como contra una raza maldita. La expiación alcanzaba á todo lo más espigado de la sociedad. El más feliz era el que lograba ganar una frontera, ó entregarse á la aventura á los mares. Parecía que la humanidad había retrocedido veinte siglos.

Faltó al complemento de tan negro cuadro el restablecimiento de la Inquisición. por última vez abolida en el gobierno de los tres años. Solicitábalo con instancia el partido apostólico: pedíanlo con ardiente fanatismo autoridades y corporaciones; pero merced á la Santa Alianza misma, merced principalmente á la Francia que declaró explícitamente no consentirlo, nunca el monarca se prestó á ello. Hubo, no obstante, dos prelados tan locamente fanáticos que tuvieron la audacia de restablecer el Santo Oficio en sus diócesis por propia autoridad. En Valencia llegó á ejecutarse un auto de fe. El gobierno no le había autorizado, pero no lo castigó. A falta de inquisición religiosa se discurrió una inquisición política, y se inventó el sistema de las purificaciones, y se crearon comisiones militares, especie de inquisidores con galones y entorchados. Sometióse á purificación hasta á las mujeres que tenían opción á pensiones; los cómicos necesitaban purificarse para poder ejercer su profesión, y los lidiadores de toros tenían que acreditar plenamente no estar infectados de la lepra del liberalismo si habían de ser habilitados para el ejercicio público del arte. En los registros secretos de la policía se hallaba anotada una miserable mujer septuagenaria, hija y esposa de labradores, que no sabía leer ni escribir, y que había sido calificada con la nota de «mujer de mucha influencia por su fortuna; adicta al sistema constitucional; masona, y patriota exaltada sin comparación.» No há muchos años se conservaba archivado este singular proceso. Y en la *Gaceta de Madrid* de 30 de octubre de 1824 se publicaba la sentencia siguiente:

«Francisco de la Torre, de estado casado, de edad de cincuenta y cinco años, natural de Córdoba y vecino de esta corte, de oficio zapatero; Justo Damián, Joaquín del Canto, María de la Soledad Mancera, Dolores de la Torre, Ramón Fernández, Antonio Fernández, Francisco Susanuga, Roque Mirar (prófugo), Juan de la Torre y María del Cármen de la Torre: resultando estos procesados hallarse confesos y convictos del delito de tener en su casa colgado á la vista el retrato del rebelde Riego, y conservado el *nefando folleto* de la Constitución: vista la causa en 24 de setiembre último, ha sido condenado el Francisco á llevar pendiente del cuello el retrato hasta la plazuela de la Cebada de esta corte, para que presencie la quema pública del mismo retrato por mano del verdugo, y que además sufra la pena de diez años de presidio con retención: que la María Soledad Mancera, su mujer, en consideración á su sexo y á la culpa que resulta contra ella en la conservación del retrato del mismo Riego, y á la irreligiosidad que usó con una estampa de la Virgen Nuestra Señora, sufra asimismo la de diez años

de galera.» ¿Qué falta hacía la inquisición religiosa donde la inquisición política se encargaba de resucitar los autos de fe, con sus procesiones, sus quemas en estampa y sus sambenitos?

Ocurrían por este tiempo del otro lado de los mares sucesos de alta importancia, no más prósperos, aunque de índole bien diferente. Nuestras colonias de América llevaban á cabo su emancipación de la metrópoli, y España perdía un mundo entero al mismo tiempo que su libertad: ésta para volver un día á recobrarla; aquél para no volver á poseerle.

Aun no contentaba el despotismo reaccionario que siguió á la restauración del 23 al partido llamado apostólico, que no perdonaba á Fernando el crimen de no haber restablecido la Inquisición; desazonábale el que hubiera intentado modificar la organización de los voluntarios realistas, y no pudo sufrir una sombra de amnistía que el monarca se vió obligado á dar á los liberales. Comenzó, pues, el partido ultra-absolutista á conspirar contra el rey absoluto, encubiertamente primero, y á las claras después. A su vez los emigrados liberales, con más patriotismo que elementos, y con más ardor que prudencia, se lanzaban á tentativas temerarias y arrojadas empresas para restablecer el gobierno constitucional. Prematuros planes, y como tales malogrados, que no producían otro fruto que dejar manchadas las playas y fronteras del reino con la sangre de aquellos acalorados patriotas, empeorar la suerte, ya harto desventurada, de sus amigos políticos, y hacer más osado y frenético al partido realista exagerado.

Con más elementos contaba éste cuando promovió la insurrección de Cataluña, que se presentó imponente, terrible y audaz, como que la dirigía el *Angel exterminador*, advocación la más adecuada al sistema de exterminio que constituía la base de la sociedad secreta que se engalanaba con aquel título. El clero predicaba en público de real orden contra la insurrección con patente tibieza; de secreto, aunque no con gran rebozo, atizaba fogosamente el furor de las bandas de la fe: Invocábanse ya abiertamente dos nombres que no eran ni Fernando ni absolutismo. Estos nombres eran Inquisición y Carlos. En aquel tribunal y en este príncipe veían ellos la encarnación viva de su partido.

La presencia del monarca en el teatro de la rebelión desconcertó á los rebeldes, y apagó un fuego que amenazaba devorar el trono. Los jefes de los insurrectos, después de admitidos á besar la real mano, eran llevados al patíbulo cuando menos lo esperaban. Los proclamadores de la Inquisición sucumbían inquisitorialmente. Sólo se sabía el número de víctimas por el número de cañonazos y por las veces que se veía ondear un pendón negro sobre el torreón de una ciudadela. Lo demás lo sabía el conde de España, especie de Torquemada militar del siglo XIX.

Tampoco desistían de sus tentativas los emigrados liberales. Todos eran tenaces, y todos pagaban cara su impaciencia. Las playas de Málaga y las crestas del Pirineo volvieron á enrojecerse con la sangre de ilustres víctimas. Torrijos fué el más compadecido de los mártires, porque fué el más impíamente engañado. Poco menos lo fué Mina, y poco le faltó para que las simpatías francesas de la revolución de julio le llevaran á un fin tan trágico como el de su generoso compañero.

Así procuraba Fernando, como observa un escritor contemporáneo

sostener entre opuestos partidos una balanza sangrienta, en cuyos platos echaba cabezas para equilibrarla el conde de España. Conspiradores de ambos bandos eran ejecutados con una impasibilidad igualmente fría. En el hecho de atentar contra su poder dábale lo mismo que vistieran el gorro frigio ó el bonete teocrático; y lo mismo eran sacrificados Riego, el Empecinado, Manzanares y Torrijos, que Bessieres, Busols, Ballester y el *Padre Puñal*. Propia conducta de quien tenía en el ministerio á Zea y Calomarde para que mutuamente se espiaran, de quien oponía á los Erro, los Eguía y los Aymerich, furiosos atizadores del despotismo, los Ofalia, los Ballesteros y los Zambrano, ó moderados ó tolerantes con los reformadores, que encargaba á Ugarte y Larrazabal que los vigilaran á todos cuidadosamente, y que sonriendo alternativamente á unos y á otros, se escudaba con todos y no obedecía á ninguno.

Es un período horrible de nuestra historia el de estos veinte años. Pero el movimiento progresivo de la razón humana tenía que salir victorioso de esta lucha sangrienta, y la Providencia lo dispuso así por una serie de combinaciones inesperadas, de aquellas que suele poner en juego cuando determina cambiar la condición de un pueblo.

La obra de la regeneración española que los hombres habían por tantos años contrariado y detenido, encomendósela á la belleza de una mujer y á la inocencia de una niña. El monarca á quien no habían conmovido las terribles escenas de tantas revoluciones, y á quien los sacrificios de tantos millares de hombres no habían ablandado, no pudo resistir á los encantos de una esposa cariñosa y tierna, que vino á reanimar su existencia achacosa, y á halagar con la esperanza de la paternidad á quien en los días de su robustez y juventud no había podido lograr fruto de sucesión de otras tres princesas con quienes sucesivamente había compartido el tálamo y el trono. Gran inquietud y zozobra causó este cuarto consorcio al partido apostólico, que contaba con la seguridad de ver pronto colocada la corona de Castilla en el hermano mayor del rey por falta de sucesión directa: gran manantial de esperanzas para el partido liberal, que instintivamente las cifraba todas en la joven princesa de Nápoles, y que se aumentaron y avivaron al saber que ofrecía síntomas de próxima maternidad.

El doble amor de esposo y de padre hizo á Fernando prever el caso del nacimiento de una princesa, y queriendo dejarle allanado el camino del trono, dió fuerza y sanción de ley á la pragmática sanción de Carlos IV, que entonces era todavía un secreto, y al acuerdo de las cortes de 1789, que derogaba el auto acordado de Felipe V relativo á la sucesión de la corona. Cuando nació la princesa Isabel, encontró ya garantidos por la ley sus derechos al trono. El nacimiento de otra princesa á poco más de un año, acabó de aumentar el desconcierto y la desesperación del partido que ya se denominaba carlista, y que á pesar de todo ni reconocía el derecho ni cejaba en sus designios. Agraváronse los males del rey. La enfermedad tomó un carácter alarmante que hacía desesperar de su vida. Estos fueron los momentos que escogieron los hombres que blasonaban de religiosos para arrancar al moribundo monarca la resolución que apetecían.

En una alcoba del palacio de la Granja se iban á resolver los destinos futuros de una gran nación. Iba á decidirse la lucha entre el progreso de

la razón humana y el retroceso de las ideas, entre la civilización y el fanatismo, entre la legitimidad y la usurpación, entre la inocencia y la hipocresía. Ciérnense y se agitan en torno al lecho del dolor en que yacía Fernando, intrigas y amaños semejantes á los que rodearon el lecho mortuorio de Carlos II. Desigual era la lucha, interesante y patético el drama, tierna y horrible á un tiempo la escena. De una parte hombres osados, avezados á los manejos, ayudados de un extranjero audaz y de los directores de la conciencia de un monarca moribundo, cuyas facultades mentales turbaban ya las sombras de la muerte; de otra una esposa atribulada, fatigada por las vigilias, madre afligida y tierna, traspasado su corazón con el doble dardo de un esposo que va á fallecer y de dos inocentes hijas amenazadas de orfandad. Aquéllos aterrando al augusto enfermo con las penas de otra vida, intimidando á la desolada madre con siniestras predicciones sobre ella y sobre sus hijas, si no se apresuraban á revocar el acta que las llamaba al trono: el rey no pensando sino en morir con conciencia tranquila: la reina no queriendo acibarar los últimos momentos de su esposo... ¿qué habían de hacer? Cristina consiente, Fernando traza con mano incierta y temblorosa sobre el documento que le presentan unos caracteres casi ilegibles que significan su asentimiento.. El triunfo del bando carlista parece consumado. Sobreviene al monarca un letargo profundo y parece haber dejado de existir, y Carlos recibe las felicitaciones y plácemes de los palaciegos.

Pero la Providencia da un nuevo y sorprendente giro al interesante drama que parecía terminado. El rey vivía... el que tantas veces había burlado á los partidos políticos en vida, los engañó con la muerte. Aun da lugar á que otra princesa de ánimo varonil y resuelto acuda de larga distancia con la velocidad del rayo á realentar los abatidos espíritus de los regios esposos. A la aparición de este personaje, que parece revestido de un poder mágico é irresistible, tiemblan los más atrevidos conspiradores; las palabras enérgicas que salen de su boca los humillan y anonadan. El testamento arrancado por sorpresa al moribundo monarca es rasgado en menuzas piezas por las manos de una mujer. Un tanto repuesto el soberano de sus dolencias y de su asombro, trasmite el cetro de la monarquía á su tierna esposa para que la rija hasta el total restablecimiento de su salud. Desde este momento la escena cambia. Cristina abre con una mano las puertas de la patria á los liberales proscritos, y con otra rompe los cerrojos con que los enemigos de las luces tenían cerrados los templos del saber.

Fernando, recobrado de su enfermedad lo bastante para poder manejar el cetro, vuelve á empuñarlo otra vez, y ratifica el acta de 1830. La reina Isabel es jurada solemnemente princesa de Asturias y heredera del trono por las cortes de la nación. Carlos protesta. Muere Fernando VII en 1833.. Isabel es aclamada y reconocida por reina legítima de España. Comienza aquí una nueva era para la nación.

XVIII

Cuando al leve soplo de una brisa suave se ve caer derrumbado el árbol añoso y robusto, que parecía desafiar las tormentas y los huracánes, preciso

es reconocer la intervención de un poder superior que da á los agentes secundarios una fuerza de acción desusada y que de las leyes naturales no se pudiera esperar. «Dios. hemos dicho en el principio de este discurso. cuando suena la hora de la oportunidad. pone la fuerza á la orden del derecho, y dispone los hechos para el triunfo de las ideas.»

Todo lo había ido preparando por caminos en que tal vez los hombres de entonces no repararon bastante. El fué sin duda el que, cuando la existencia del monarca parecía más marchita, le dotó de una sucesión que le había negado en los días de su mayor virilidad. El quien permitió que el que tantas veces se había retractado en vida, en contra siempre de los hombres de unos principios, se retractara una vez en favor de ellos *in artículo mortis*, subsanando así en la muerte, si posible fuera, las contradicciones de la vida. No es esto solo.

Hallábanse de un lado todos los elementos de fuerza, del otro sólo debilidad. De un lado la influencia y el poder, de muchos años ejercidos por hombres prácticos y sagaces, que contaban con un príncipe en edad sobradamente madura para poder manejar el cetro con propia mano, y dispuesto á realizar su reaccionario sistema: del otro dos princesas hermanas, y dos niñas inocentes; la flaqueza de la edad, y la flaqueza del sexo. De un lado el apoyo de medio millón de bayonetas; del otro el arrimo presunto de un partido debilitado por los infortunios, diezmado por los patíbulos, no muy numeroso entonces de suyo, y diseminado por extraños climas. Y con todo esto dejáronse arrebatar el poder de entre las manos los poderosos y armados de los desarmados y débiles. Y el árbol añoso y robusto, que parecía desafiar las tormentas y los huracanes, cayó derrumbado al suave soplo de una brisa ligera.

Al fallecimiento de Fernando. declaráronse abiertamente los partidarios del príncipe Carlos contra los derechos de la hija del monarca. y estalló la guerra civil. La de 1833 venía á ser una continuación de la de 1827. Aquellos innumerables voluntarios realistas, que cuando eran todopoderosos se habían dejado desarmar, en unas partes con escasa resistencia, en otras como flacas mujeres, fueron á engrosar las filas de la rebelión. Lo que no hicieron cuando eran cuerpos organizados, intentáronlo cuando eran sólo individuos. Necesarios eran estos errores inconcebibles para que los que entonces eran todavía pocos triunfaran tiempo andando de los muchos. Agrupáronse á su vez los liberales en torno de la cuna de la hija de Fernando y en derredor de la bandera enarbolada ya por la viuda del rey. Cristina reclamó su auxilio y no podían negársele. Necesitábanse mutuamente, y hablaban en favor de ésta unión la gratitud, el deber, la hidalguía y la conveniencia. Era la causa de dos reinas, inocente y tierna la una, bella y joven la otra. Era además la causa de las luces, de la civilización y de la libertad. Los enemigos de ellas habían abierto el combate, y la lucha fué aceptada.

Comprimido por dos sangrientas reacciones el gran principio de libertad que desde 1810 había ido sobreviviendo á las persecuciones y los infortunios, pugnaba por dilatarse. La resistencia se anunciaba terrible. Era por lo tanto insostenible en tal situación el sistema de inmovilidad y de *statu quo* que intentó plantear un ministro poco conocedor de la ley

natural del movimiento y de la resistencia. Quiso por medio de un manifiesto célebre tranquilizar á los dos partidos, y descontentó y desazonó á todos. Procuró disfrazar el absolutismo bajo formas menos odiosas, y dándole un nombre más bello que exacto; pero aun así se le reconoció, y fueron repudiados el autor y el sistema.

Reemplazóle otro ministro con el Estatuto Real, término medio entre la libertad y el absolutismo, concepción indefinible entre la ficción y la realidad, y que pareció un parto raquítico á los amigos de las reformas, y una nueva quimera en el estado en que ya los ánimos se encontraban. Proponiéndose el autor huir de las reminiscencias de la Constitución francesa de 1791, que se advertían en el código de Cádiz, cayó en el extremo opuesto, como si hubiera tomado por modelo la carta otorgada de la restauración, rasgada en las jornadas de julio. Sin cesar combatido el Estatuto desde su nacimiento, arrastró dos años de procelosa existencia, y cayó á impulsos de una revolución movida por los más fogosos liberales. Por tercera vez se aclamó la Constitución de 1812.

Brusca y desacatada fué la manera cómo se obtuvo el asentimiento de la reina regente: deplorables los excesos que en aquellos días de agitación se cometieron: digna de toda alabanza la sensatez con que se procedió á la revisión y modificación de aquel código político en cumplimiento de una condición impuesta. Desempeñaron esta delicada misión las cortes constituyentes con más aplomo del que pudiera esperarse en época tan revuelta y enmarañada. Alzóse la Constitución de 1837 como una bandera de concordia en derredor de la cual habían de agruparse las diferentes fracciones de los amigos del gobierno representativo. Mucho menos monárquica que el Estatuto, pero mucho menos democrática que la del año 12, consignábase en ella el principio de las dos cámaras, y dejando regular ensanche al elemento popular, se robustecía al mismo tiempo el poder de la corona. Fué entonces saludada con demostraciones de universal beneplácito, y nadie en aquellos momentos, por suspicaz que fuese, calculaba ni presumía, ni sospechaba siquiera que hubiera de alcanzar tan sólo ocho años de vida, al cabo de los cuales había de elaborarse otra Constitución que reemplazara aquélla, variando unos y conservando otros de sus principios fundamentales. La guerra civil había ido tomando colosales proporciones, y mientras la revolución política gastaba con rapidez constituciones y ministerios, la rebelión carlista con no menos rapidez consumía los recursos del Estado y gastaba los generales de más reputación y prestigio. Un militar de inteligencia y de genio, que por un desabrimiento personal había pasado de las filas de la reina á las del príncipe pretendiente, había organizado y reducido á pie de ejército las que en un principio habían sido masas irregulares y bandas indisciplinadas. La muerte de este genio extraordinario fué una gran pérdida para los insurrectos. Pero el impulso estaba dado, y era ya tal su pujanza que en más de una ocasión obtuvieron ventajas sobre gruesos cuerpos del ejército nacional mandados por generales que pasaban por expertos y bravos. Mas no solía marchar en armonía la bravura y el acierto en los planes de campaña.

El tratado de la cuádruple alianza fué más aparatoso que eficaz. La diplomacia pudo fácilmente eludir compromisos, interpretando del modo que

más le convenía las palabras de un texto que se prestaba maravillosamente á todas las versiones. Contentáronse las potencias signatarias con permitir que viniesen unas cortas legiones auxiliares á sueldo de España. Cuando se invocó su intervención, no se creyeron obligadas á tanto, y se recibió un desaire. Se pedía socorro, y contestaban con simpatías. En la asamblea de una de las naciones aliadas se pronunció un *jamás* que apesadumbró á muchos, pero que se convirtió en honra de España cuando se vió la lucha llevada á feliz remate sin extrañas intervenciones. Cargos de deslealtad ó por lo menos de doblez, hacía á algunas de ellas la prensa diaria, y no sabemos hasta qué punto las podrá absolver de ellos la historia.

Algo humanizó el tratado Elliot una guerra que había comenzado con ruda ferocidad, no dándose cuartel los contendientes. Pero duró poco la templanza. Encrudeciéronse otra vez los partidos, y hombres de instintos dañinos, dueños accidentalmente de la fuerza, prevaliéndose de la turbación de los tiempos, se abandonaban á actos de bárbara fiereza al abrigo de la impunidad. Estremecen todavía los recuerdos de tantos sacrificios horrorosos, y parécenos resonar aún en nuestros oídos los ayes de tantas víctimas inmoladas por aquellos modernos vándalos, afrenta de la humanidad y del siglo, y deshonor de la causa que los contaba por defensores. Ni por eso disculpamos las demasías y crueldades, y las represalias imprudentes ejercidas á su vez por algunos de los que peleaban por la causa de la libertad y del trono legítimo. La civilización condena y la humanidad repugna tales monstruosidades, cualquiera que sea el que las ejecute ú ordene. Y si algo puede, á fuer de españoles, ya que no consolarnos, atenuar por lo menos la pena de tan ingratos recuerdos, es la consideración de que en el corto período de convulsión política que posteriormente ha agitado la Europa, hemos visto á las naciones más civilizadas ser teatro de más execrables y repugnantes crímenes y en mayor número de los que mancharon el suelo español en siete años de mortífera y encarnizada pelea.

Naturalmente habían de abundar más los desmanes y excesos de parte de los rebeldes, en cuyas filas, si bien militaban muchos hombres probos á fuer de generosos defensores de una causa que sus ideas y sus convicciones les representaban como la más justa, se alistaba además y se recogía, como en un receptáculo siempre abierto, toda la gente aviesa, que ó mal hallada con la sujeción inherente al ejercicio de un arte mecánico ó de una profesión lentamente lucrativa, ó temerosa de los fallos de los tribunales, ó viciada con la vagancia, ó desesperada por la miseria, buscaba rápidos medros á favor del desorden y de la vida aventurera (tendencia que por desgracia ha distinguido siempre y parece innata á los hijos de nuestro suelo), y se arrimaba á una causa á cuya sombra tan fácil era cometer á mansalva despojos á que antes se daba otro nombre, y cuyos perpetradores se disfrazaban con dictados políticos, menos mal sonantes que los que en otro caso hubieran merecido.

Daba también á veces ocasión al descontento y alas á la insurrección, ya la falta de un buen orden administrativo, llaga que parece incurable en España, ya algunas medidas ó impremeditadas ó incompetentes de gobierno, que sin crear nuevos intereses lastimaban derechos antiguos, y sin captarse adictos engendraban desafectos. Repetíanse las sublevaciones militares

y las conmociones populares, provocadas unas, sin apariencia de justificación otras. A veces una insubordinación militar inutilizaba ó contrariaba una providencia saludable de gobierno; á veces, por el contrario, la conducta de los gobernantes excitaba, ó por lo menos suministraba pretexto al levantamiento de una ó más ciudades, y se distraía la fuerza pública destinada á las operaciones de la guerra para emplearla en sofocar la sublevación desguarneciendo una línea de defensa. A veces mientras un general ganaba un importante triunfo sobre el enemigo, otro general se ponía á la cabeza de un motín; ó mientras los milicianos nacionales defendían heroicamente sus hogares y sus vidas y daban ejemplos sublimes de bizarría y resolución en las poblaciones y en los campos, los jefes de los ejércitos se entretenían en promover un cambio de gabinete, ó empleábanse los representantes del pueblo en debatir personales y fútiles altercados.

Alentaban igualmente á los enemigos de la libertad las escisiones y desacuerdos que muy pronto comenzaron á dividir á los hombres de la comunión liberal, que empezando por desconvenirse en cuestiones abstractas de política ó en los medios de realizar las reformas, concluían por hostilizarse con encono, y parecía emplearse más en destruirse á sí mismos que en inutilizar los esfuerzos del enemigo común. Epoca de pasiones, como todas aquellas en que para regenerarse una sociedad pasa por un período de fermentación.

Por fortuna para los liberales, bullían iguales ó parecidas discordias en el campo y en la corte carlista. La presencia del príncipe pretendiente en las provincias del Norte, núcleo y foco principal de la rebelión, si bien había alentado al pronto las masas, fáciles de fanatizar, sobre haberlas servido de no poco embarazo y estorbo, teniendo que distraer fuerzas y recursos para atender á los gastos y á la protección de una corte ambulante y nómada, había llevado tras sí un manantial perenne de rivalidades y de intrigas entre sus adeptos, sirviendo además para poner en evidencia su nulidad á los ojos de los más ilustrados de los suyos. Veían éstos de mal ojo á su rey circundado siempre y supeditado por hombres fanáticos y por influencias monacales, y murmurábanle de ser él mismo más cortado para monje que para monarca. Así se fueron formando en aquella pequeña corte dos partidos que se miraban primero con desconfianza y desapego, después con ojeriza, y que trabajaban mutuamente por desconceptuarse, suplantarse y destruirse. A la cabeza del primero estaba el mismo príncipe, y componíanle los ultra-realistas, inquisitoriales y antiguos apostólicos: formaban el segundo los realistas templados y menos fanáticos, los que hasta cierto punto transigían con las nuevas ideas, los más propensos á la tolerancia.

A pesar de todo, la insurrección llegó á tomar un vuelo imponente; cundió por todas las provincias de la monarquía; dominaba en algunas; amenazó una vez y puso en alarma á la misma capital del reino; y no fueron pocos los que en más de una ocasión concibieron serios temores y pusieron en tela de duda el éxito final de la contienda.

Pero la causa de la inocencia y de la civilización que milagrosamente se había salvado en el alcázar de los reyes, no estaba destinada á sucumbir en los campos de batalla. Las ideas habían derramado ya demasiada

luz para que la ilustración pudiera ser vencida por las sombras del fanatismo.

Vióse declinar la causa carlista desde que se frustró la temeraria tentativa sobre Madrid. La superioridad que iban tomando las armas constitucionales hizo desarrollarse más los gérmenes de división que pululaban en los campamentos y en derredor de la diminuta corte de Oñate. Conocieron los menos obcecados la inutilidad de sus esfuerzos por sostener una lucha, larga en duración, costosa en sacrificios, estéril en resultados, y de cuyo término no tenían motivos para augurar favorablemente, y se formó un partido de jefes con tendencia á la paz y con disposiciones á aceptar una transacción. Penetraban estas ideas en las masas y cundían en los pueblos. Participaba de ellas el que mandaba en jefe el ejército realista.

Las discordias crecen, los partidos se enconan, la escisión estalla. Las sangrientas ejecuciones de Estella abren un abismo entre el desacordado príncipe y el osado caudillo de sus tropas, y entre los parciales de uno y otro. La pobreza de espíritu y las debilidades y contradicciones del príncipe con el audaz ejecutor de aquella tragedia terrible, acaban de desconsiderarle con los suyos. Triunfa el caudillo del ejército realista, y desde este momento le es fácil entenderse con el general en jefe de los ejércitos constitucionales. Las negociaciones se activan; la idea de paz gana prosélitos en las filas de uno y otro; celébranse pláticas; entáblanse tratos; ventílanse condiciones; se repiten las entrevistas; se ajusta el convenio; y el patético drama de la guerra civil termina con un desenlace tierno, noble y sublime en los campos de Vergara. Eran sólo españoles los que se encontraban allí, españoles que se habían combatido enemigos y se abrazaban hermanos. Aquel abrazo afirmaba á una reina inocente y tierna en el trono de sus mayores que por espacio de seis años le había sido encarnizadamente disputado, y decidía el triunfo de la civilización y de la libertad. Voces de júbilo y cantos de regocijo resonaron en todo el ámbito de la monarquía.

A poco tiempo cruzaba el Pretendiente la frontera del vecino reino, á devorar su amargura en el lugar que al gobierno de la Francia le plugo señalarle.

Inútil fué la pertinacia con que los más tenaces defensores del carlismo intentaron prolongar todavía la guerra en algunas comarcas de la Península. El más feroz de sus caudillos vióse igualmente forzado á buscar su salvación con el resto de sus terribles bandas del otro lado de la frontera española. En 1840 no quedaba en el territorio de la Península un solo carlista armado.

Ni han sido más felices las tentativas posteriormente ensayadas por algunos genios incorregibles para resucitar la causa que había muerto en los campos de Vergara.

Terminada la guerra civil, avivóse más la guerra política y de opiniones entre las diversas fracciones del partido vencedor. Que en las épocas de regeneración parece que el espíritu humano no acierta á vivir en el reposo, y busca, si no los tiene, incentivos que le agiten, y nuevas luchas en que gastar el exceso y sobrexcitación de su vitalidad.

Una cuestión de la ley municipal llevó la desavenencia del campo tran-

quilo de la discusión al terreno peligroso de la fuerza. En 1840 un movimiento popular imponente se pronunció en favor de los hombres de más avanzadas ideas en materia de reformas, y en contra de los que en aquella sazón tenían el poder. Mantúvose del lado de estos últimos la Gobernadora del reino; declaróse por aquéllos el general Espartero que mandaba los ejércitos, y echando su espada en la balanza acabó por darles el triunfo. Creyóse la reina madre en el deber de renunciar la regencia antes que ceder á la general sublevación, y dejando la guarda de sus augustas hijas confiada al patriotismo de los españoles, abandonó las playas de la Península y se ausentó del reino.

Las cortes encomendaron la regencia vacante al afortunado general que había tenido la suerte de terminar la guerra civil, y á quien rodeaba entonces ancha aureola de prestigio. Confióse la tutela de las augustas huérfanas á un ilustre veterano de la libertad.

Lejos estuvo de ser tranquila la regencia del duque de la Victoria. Una conjuración militar se fraguó para derrocar al regente. Estalló, fué vencida, y corrió en los cadalsos sangre ilustre. Adversarios y amigos lloraron la de un general bizarro cuya lanza había sido el terror de las huestes carlistas. La revolución devora sus propios hijos. Dos años más adelante se formó contra el gobierno del regente una coalición en que entraron hombres de diferentes y aun opuestos partidos, de buena fe unos, con ulteriores y encubiertos designios otros. Fuéseles adhiriendo el ejército, que en su mayor parte abandonó al regente Espartero, como tres años antes había abandonado á la Gobernadora Cristina, y Espartero á su vez tuvo que ausentarse de España como la madre de la reina. Los sacudimientos políticos no perdonan ni á los hombres eminentes salidos del pueblo ni á los vástagos y padres de reyes.

Vencedora la coalición, menor de edad la reina, la regencia de nuevo vacante, y no sosegada todavía la España, el gobierno provisional y las cortes por él convocadas acordaron anticipar la mayoría de la reina, remedio muchas veces ya usado por la nación, para obviar conflictos en los casos de menoridades turbulentas.

Aunque el ministerio aclamado por la coalición antes y después del triunfo había salido de las filas de los hombres del progreso, desavenidos que fueron los coalicionistas, pasó el poder á manos de los que se nombraban conservadores, ya por arte y maña de los unos, ya por incomprensible inercia y flojedad de los otros. Obra suya fué la reforma del código de 1837, ó más bien la nueva Constitución de 1845. Resolvióse también el importantísimo punto del matrimonio de S. M., realizándose en un día la doble boda de la reina doña Isabel II y de la princesa su augusta hermana, no sin protesta y disgusto del gabinete de la Gran Bretaña, causa y raíz de algunas malas inteligencias que después entre los gobiernos de ambas naciones sobrevinieron.

Ha sido el alma de la situación creada en 1843, con breves intervalos, el general Narvaez, duque de Valencia, hombre de nervio y de acción, y uno de los que contribuyeron más al triunfo del movimiento coalicionista de aquel año. Deben en gran parte los que desde entonces han regido los destinos de España á su actividad y su fortuna el haber sofocado ó ven-

cido los sacudimientos y perturbaciones de diversas índoles y tendencias que desde aquella época han acontecido en varios períodos y puntos de la Península, no sin que haya vuelto á correr sangre española, en los campos, en las calles y en los patíbulos: deplorable fatalidad de las revueltas y agitaciones políticas.

XIX

Hemos apuntado con cuanta rapidez nos ha sido posible los hechos principales que han ido trayendo la España á la situación en que hoy se encuentra, cuidando de citar en lo perteneciente á las últimas épocas tan solamente aquellos sucesos consumados que ningún partido político puede negar, que nadie puede borrar ya de las tablas de los fastos españoles. En el tiempo en que estos sucesos se verificaban, nosotros, cumpliendo con un deber que á fuer de españoles amantes de nuestra patria nos habíamos impuesto, emitíamos diariamente nuestro juicio y los calificábamos según nuestro leal y humilde saber en escritos de bien diversa índole que el presente. Por espacio de más de diez años levantamos nuestra débil voz en defensa y vindicación de la ley, de la moralidad y de la justicia, no siempre acaso sin fruto, siempre animados de la mejor fe, jamás faltando á nuestra conciencia, aun en aquello en que tal vez pudiéramos como hombres equivocarnos más.

Hoy como historiadores tenemos deberes muy distintos que cumplir. Actos y sucesos que entraban bien en el dominio del periódico no pueden entrar todavía en el de la historia, si ha de presidir á ésta la crítica desapasionada y la más estricta imparcialidad. Las consecuencias y resultados de los grandes acontecimientos políticos tardan en desarrollarse y en dar sus frutos saludables ó nocivos, y no son las primeras impresiones las que deben servir de norma al fallo severo del historiador ¡Cuántos acaecimientos de la historia antigua debieron parecer calamidades á los que entonces los presenciaban, y sólo más tarde se vió que no habían sido sino en provecho de la humanidad!

Hay verdades y principios que tenemos por fundamentales y eternos. Pero las modificaciones de las formas no pueden ser históricamente juzgadas sin riesgo de equivocarse en su apreciación, hasta que sufren la prueba decisiva del tiempo. Por eso, así como ni debemos ni podemos juzgar del espíritu de un siglo ó de una época remota por las ideas que dominan en el presente, sería igualmente aventurado calificar lo de hoy como lo más conveniente para mañana, cuando el tiempo y las combinaciones políticas han hecho tantas veces fallidos los cálculos humanos.

Por eso en nuestra obra, donde tenemos que ser más extensos y más explícitos como narradores y como analizadores, llegaremos hasta donde prudentemente creamos que puede extenderse la jurisdicción, el deber y la libertad del historiador, sin que consideraciones humanas, ni antojos propios, ni halagos ajenos, ni tentaciones de ningún linaje nos muevan á traspasar ni una línea los límites que nos habremos de prescribir.

Podemos, sí, anticipar sin inconveniente que en este último período de regeneración política, único que nos ha cogido en edad de poder aplicar

nuestro humilde criterio á los hechos que hemos presenciado, hemos visto sucederse alternativamente en el poder hombres eminentes é ilustres, y también hombres oscuros de todos los partidos. Todos en nuestro entender, á vueltas de algunas reformas útiles y de algunas providencias beneficiosas, han cometido errores más ó menos excusables, que han hecho más laboriosa y más imperfecta la obra de la regeneración. Nos contentáramos con que hubiesen sido sólo errores de entendimiento. Hemos visto nacer ambiciones, desarrollarse pasiones bastardas; hemos presenciado faltas de justicia, inobservancias é infracciones de ley. Gobernantes, legisladores, pueblos, clases, individuos, ¿quién podrá decir que no tiene algo de qué acusarse? No nos toca fallar quiénes hayan pecado más. Deploramos los males, pero no nos han sorprendido. Habíamos leído ya bastante en la historia de la humanidad, sabíamos demasiado lo que en todos los pueblos y en todas las edades ha acontecido en períodos de agitación y de turbulencias políticas, para que pretendiéramos que los hombres de nuestra época, que nosotros mismos pudiéramos tener el privilegio de obrar ni pensar libres y exentos de las pasiones que en circunstancias análogas se desenvuelven siempre y son el patrimonio triste de la humanidad.

Estamos, por lo tanto, muy lejos de halagarnos con la idea lisonjera de que la sociedad y la época en que vivimos hayan alcanzado una condición tan ventajosa como la que nuestro natural deseo nos hace apetecer. Muchos y graves males tenemos que lamentar todavía. Lentos y penosos son los mejoramientos sociales, porque es larga también la vida de los pueblos. Mucho le falta todavía á la gran familia humana para llegar á ese posible perfeccionamiento á que debe tenerla destinada el que la dirige y guía; mucho también á España, como parte de ese todo social. Pero aliéntanos la confianza de que mejorará su condición. Cabalmente vivimos en un siglo en que la razón ha hecho grandes conquistas, y la razón humana no retrocede. Sufrirá combates y oscilaciones, contrariedades y vicisitudes: este es su destino también Si creemos que no hemos adelantado, volvamos la vista atrás, hojeemos la historia, meditemos las grandes catástrofes por que ha pasado la humanidad, y nos consolaremos.

Natural es que nos afecte mucho más la impresión de los males que vemos, que palpamos y que sentimos, que los recuerdos de otros mayores que les tocó sufrir á las generaciones que nos precedieron. Nos asusta el más ligero temblor de la casa en que nos albergamos, y leemos sin perturbación y sin susto los estragos de los terremotos en lejanas edades, y las devastaciones de apartados pueblos. Nos estremeceríamos con que retemblara ligeramente el pavimento de nuestro gabinete, y si pisáramos la tierra que cubre las ruinas de Pompeya, recordaríamos con una emoción melancólica cómo fué sumida una gran ciudad, pero no nos perturbaría el recuerdo.

Miremos, pues, á lo pasado para no afligirnos tanto por lo presente, y por la contemplación de lo pasado y de lo presente aprendamos á esperar en lo futuro, sin dejar por eso de aplicar nuestros esfuerzos individuales para mejorar lo que existe. Ni juzguemos tampoco por un breve período de cortos años de la fisonomía social y de la índole de una época ó de un siglo.

A los que demasiado impresionados por los males presentes juzguen que la razón no ha hecho adquisiciones en este mismo siglo, les contestaremos solamente, que siendo nosotros profundamente religiosos. siendo también tolerantes en política, por convicción, por temperamento y por moralidad, estando basada nuestra obra sobre los principios eternos de religión, de moral y de justicia, hace veinte años no hubiéramos podido publicar esta historia.



LIBRO PRIMERO — ESPAÑA PRIMITIVA

CAPÍTULO PRIMERO

PRIMEROS POBLADORES

Situación geográfica de España.—Producciones y riqueza de su suelo.—Razas primitivas que la poblaron.—Iberos.—Celtas.—Celtíberos.—Respectiva posición de estas tribus.—Subdivisiones.—Su estado social.—Sus costumbres.

Si alguna comarca ó porción del globo parece hecha ó designada por el grande autor de la naturaleza para ser habitada por un pueblo reunido en cuerpo de nación, esta comarca, este país es la España.

Separada del continente europeo por una inmensa y formidable cadena de montañas, circuida en las dos terceras partes de su perímetro por las aguas del Océano y del Mediterráneo, diríase que el Supremo Hacedor había querido dibujar con su dedo omnipotente sus naturales límites, y que defendiéndola de Europa con el antemural de los montes Pirineos, del resto del mundo con los dos mares, se había propuesto que pudiera ser la mansión ó morada de un pueblo aislado y uniforme, ni inquietador de los otros, ni por los otros inquietado.

¿Por qué serie de causas, por qué conjunto de extraños acontecimientos, transformaciones y vicisitudes, esta parte del globo de tan demarcados términos y lindes, presenta en su historia el cuadro confuso de tantos pueblos y naciones, de tan distintos idiomas, de tan diversa y variada

fisonomía en sus costumbres? ¿Cómo tan invadida ha sido siempre, y más que otra nación alguna, por extrañas gentes? Explica en gran parte lo primero su propia topografía: el curso de la historia demostrará lo segundo: ella irá descifrando este al parecer incomprensible fenómeno, este destino excepcional del pueblo español.

Las extensas cordilleras que la cruzan, corriendo en irregulares y tortuosas direcciones, y extendiéndose y desparramándose por todo el ámbito de la Península como las arterias de un gran cuerpo, formando profundas sinuosidades, estrechas gargantas y desfiladeros, risueños y fértiles valles, anchas y dilatadas planicies, sirven como de frontera á otras tantas comarcas independientes. Dejemos á los geógrafos la descripción de todas estas ramificaciones, que asemejándose en su marcha y vicisitudes á la vida del hombre, nacen, crecen, se ostentan á las veces robustas y soberbias, á las veces abatidas y flacas, yendo á morir en el profundo lecho de unos ú otros mares. Contentémonos con no olvidar esta constitución física de España, porque ella será una de las claves para explicar la diferencia de caracteres que se observa en el pueblo español, y la facilidad con que pudieron formarse dentro de su territorio distintos é independientes reinos.

Numerosas corrientes de agua se desprenden del seno de estas vastas montañas, formando las grandes vías fluviales que atraviesan y fertilizan nuestro suelo.

Así, mientras las altas sierras producen en abundancia maderas de construcción y canteras de jaspes, mármoles y alabastros, en los pingües pastos de sus valles y cañadas se apacientan ganados de todas especies, que dan al hombre sustento y vestido; las llanuras y riberas le suministran con prodigalidad todo género de cereales, variedad de exquisitos vinos y de sabrosas frutas, y los mares de sus costas le surten abundosamente de pescados. Las minas de ricos metales con tal profusión derramó la Providencia en este suelo, que tomaríamos por fábulas las noticias que de ellas nos dejaron los antiguos geógrafos é historiadores, si de ser verdad y no ficción no viéramos todavía en nuestros tiempos tantos y tan irrecusables testimonios. «En ningún país del mundo, decía ya Estrabón (1), se ha encontrado el oro, la plata, el cobre y el hierro, ni en tanta abundancia ni de tan excelente calidad como en España.» Háblannos todos los autores de aquellos apartados tiempos de montañas de plata (*Argentarius mons*), de ríos que arrastraban arenas de oro; y el mismo Estrabón llama repetidas veces al Tajo *Tagus aurifer, auratus Tagus, Tagus opulentissimus.*

No siendo de nuestro propósito enumerar todas las producciones de este suelo privilegiado, en que parece concentrarse todos los climas y todas las temperaturas, diremos solamente que sobre proveer con largueza á todas las necesidades de la vida, suministra además al hombre cuanto racionalmente pudiera apetecer para su comodidad y regalo. De modo, que si algún estado ó imperio pudiera subsistir con sus propios y naturales recursos convenientemente explotados, este estado ó imperio sería la España.

(1) Libro III, cap. I.

Por lo mismo no es maravilla que desde la más remota antigüedad atrajera el concurso de extraños pueblos, y que cuantos de él iban teniendo noticia anhelaran fijar su planta y asentarse en esta región tan singularmente favorecida.

¿Quiénes fueron los primeros que á ella arribaron? ¿quiénes los primitivos pobladores de España?

Oscuro por demás y entre densas nieblas envuelto se presenta por lo común el origen y primer período de la historia de casi todos los pueblos. Ocasiónalo el temerario afán y pueril orgullo de querer remontar su antigüedad á la época más apartada posible, comunmente á la de la trasmigración de las gentes después del diluvio, y á falta de otro origen que poder atribuirse suelen llamarse hijos de la tierra. Al empeño de realzar esto que algunos llaman glorias de antigüedad, ha sido muchas veces lastimosamente sacrificada la verdad histórica, supliendo la falta de datos con invenciones ingeniosas, con fabulosas tradiciones, ó con caprichosas y sutiles etimologías, especie de adivinación fantástica, en que por palabras aisladas y sonidos semejantes se pretende deducir y legitimar las derivaciones que se buscan y están en la mente ó en el intento y conveniencia del escritor. Al propósito de dar á un país ó á una población la preeminencia de antigüedad se han tejido esas cronologías caprichosas de príncipes ó personajes que jamás existieron, y cuyos hechos, sin embargo, no falta quien refiera con tal puntualidad, como si hubiera conocido á los primeros, y hubiese sido testigo presencial de los segundos. Ficciones halagüeñas, con que no ha debido ser difícil sorprender la credulidad pública en épocas poco alumbradas todavía, y que fácilmente trasmitidas de generación en generación han ido recibiendo una especie de sanción tradicional, hasta que la antorcha de la sana crítica las hace desaparecer.

Tal vez nuestra España ha sido una de las naciones que por más tiempo han probado los efectos de este sistema que las luces y el buen sentido han condenado ya. No fueron sólo los historiadores griegos y latinos los que desfiguraron nuestra historia con bellas ficciones mitológicas, porque así les convenía en su tiempo para mantener entretenidos los espíritus con las ideas de lo extraño y de lo maravilloso: nuestros historiadores más antiguos, ó con buena fe adoptaron ciegamente lo que en aquellos hallaron escrito, ó con menos sinceridad ellos mismos inventaron crónicas que más adelante se averiguó ser apócrifas y supuestas, en que ya se hacía á Noé venir á España y fundar en ella poblaciones, ya se traía á ella la mitad de los dioses del Olimpo, ya se daba el catálogo y cronología de más de treinta reyes fabulosos que debían haberse sucedido en el gobierno de España y cuyos hechos, guerras, leyes y vicisitudes minuciosamente se referían.

Aun después de evidenciada la falsedad de las crónicas de Auberto, de Juliano, de Dextro, y del nuevo Beroso de Fray Annio de Viterbo, sobre que fundó la suya el buen Florián de Ocampo, todavía el mismo padre Mariana, historiador por otra parte tan sensato, juicioso y erudito, no atreviéndose á desechar abiertamente aquellas fábulas, aunque parecía reconocerlas ó sospecharlas de tales, dedicó no pocos capítulos de su historia á darnos razón de una serie de imaginados reyes, entre los cuales cuenta como verdaderos los Geriones, Hispalo, Hespero, Atlas, Sículo,

Gargoris y Abides, y refiere las hazañas de Osiris, de Baco, de Hércules, de Ulises, de los Argonautas, y de otros héroes y divinidades: si bien aparece tal la vacilación é incertidumbre que trabajaba su ánimo, que lo que en una página sienta formalmente como cosa *cierta y averiguada*. en otra afirma haberlo puesto siempre *en cuento de hablillas y consejas* (1): con lo que introduce en el espíritu del lector no poca perplejidad, confusión y embarazo.

Confesamos ingenuamente que después de haber consultado, con el interés de quien busca de buena fe la verdad, cuantos autores antiguos hemos podido haber que supiésemos haber tratado las cosas de España, después de haber evacuado muchas citas con gran escrupulosidad y consumo de tiempo. no nos ha sido posible encontrar segura brújula y norte cierto por donde guiarnos en las oscuras investigaciones acerca de los pobladores primitivos de nuestra nación: antes bien hemos tenido momentos de turbarse nuestra imaginación cuando la hemos engolfado en este laberinto de dudas sin salida razonable, tropezando siempre, ó con relaciones que llevan marcado el sello de la fábula, ó con noticias que por confesión de los mismos autores se asientan en livianos y flacos fundamentos. Con la fe más ardiente desearíamos que hubiese quien hallara datos más sólidos, luces más claras y salida más segura de este intrincado dédalo.

Un pasaje del historiador de los judíos Josefo ha dado lugar á que algunos de nuestros historiadores hayan afirmado como cosa segura que Túbal. hijo de Japhet y nieto de Noé, fué el primer hombre que vino á España, «y la gobernó con imperio templado y justo.» Apoyados otros en un capítulo del *Génesis*, en que se nombra á Tharsis, hijo de Javán y nieto de Japhet, entre los que salieron á poblar las islas de las naciones después de la confusión de las lenguas en la torre de Babel, le hacen el primer poblador de España y el que dió su nombre á la isla Tharseya, y de aquí el origen y principio de la nación española. Bien querríamos. pero no nos es posible, tener por bastante sólidos los fundamentos de una y otra opinión para asentar ni la una ni la otra como ciertas (2).

Viniendo á las razas de que más averiguadamente consta que poblaran

---

(1) «El primero que podemos contar entre los reyes de España..... es Gerión.» Mariana, lib. I, cap. VIII.—«Por cierta cosa se tiene haber Hispalo reinado en España después de los Geriones.» Lib. I, cap. IX.—«Se puede recibir como cosa verdadera, que Sículo, hijo de Atlante, después que su padre partió de España..... le sucedió en todos sus reinos.» Cap. IX.—«Todo esto y los nombres destos reyes, tales cuales ellos sean, ni se debían pasar en silencio... ni tampoco era justo aprobar lo que siempre hemos puesto en cuento de hablillas y consejas.» Cap. XI.

(2) El pasaje de Josefo dice solamente· *Thobelus Thobelis sedem dedit qui nostra ætate Iberi vocantur.* Antiq. Jadaic. Lib, I, cap. VI.

En primer lugar el historiador judío escribió más de dos mil años después del suceso; en segundo lugar no expresa el fundamento de su aserción; en tercer lugar no asegura que Thobel ó Túbal viniera á España, sino que señaló su asiento á los thobelinos ó iberos; en cuarto lugar es de suponer que se refería á los iberos asiáticos, situados al pie del Cáucaso, no á los iberos españoles. Creemos, pues, que está muy lejos de ser fundamento bastante para sentar como cierta la venida de Túbal á España.

Respecto á Tharsis, he aquí lo que dicen solamente los vers. 4 y 5 del cap. X del

la España en los tiempos que se esconden á las investigaciones históricas. aparecen los primeros y más antiguos los iberos, procedentes, según los datos más probables, de las tribus indo-escitas, raza nómada, compuesta de pastores y guerreros, que de la India escítica vinieron derramándose por Europa hasta su extremidad occidental. El erudito Vaudoncourt, siguiendo las sabias investigaciones de Bayer, Schlozer y Adelung sobre el origen de los pueblos de Europa, hace á los iberos los *aborígenes* de España (1). Suponen muchos que la lengua que hablaban estos pueblos fuese la misma que hoy conservan y hablan todavía los vascos ó euskaros; y no es de extrañar que habiendo sido éstos los que más resistieron la dominación romana y donde se hizo menos sensible su influjo, pudiera conservarse en ellos el idioma que primitivamente hablaron los españoles. Afirman, no obstante. otros eruditos y respetables autores haber sido el primitivo idioma de la población ibera el hebreo-fenicio, ó un dialecto del hebreo, del cual pretenden demostrar haber quedado á la lengua española una tercera parte de sus voces (2). Mucho desearíamos que acabara de resolverse esta cuestión entre los filólogos.

Incontestable parece también la existencia posterior de los celtas, que vinieron á disputar á los iberos la posesión de la Península. Mucho tiempo se ha cuestionado, y creemos que tampoco esta cuestión se ha resuelto todavía, sobre si existieron los celtas en España antes que en la Galia y emigraron de aquí allá, como pretenden entre los nuestros Masdeu y Flórez, fundados en un testimonio de Herodoto, ó si invadieron la Península por las gargantas de los Pirineos, viniendo de la Galia, como nos inclinamos á creer con Humboldt, por la marcha de Este á Oeste que llevaban todas las grandes emigraciones de los pueblos primitivos. De todos modos, esta nueva raza, belicosa, bárbara, y semi-nómada también, se mezcló con los iberos, llegando á dividirse entre sí el país y á formar una nación bajo el nombre de celtíberos; bien fuese sin guerrear y por medio de pacíficas alianzas y matrimonios, como indica Estrabón, bien después de largas luchas, como lo atestigua Diodoro de Sicilia, y era más natural que acaeciese entre gentes que habitaban de largo tiempo un país, y otras que le invadían para posesionarse de él de nuevo. En una de estas guerras debió ser cuando algunas tribus iberas arrojadas de sus territorios, emigraron á su vez y se derramaron por los pueblos de Italia con los nombres de ligurios y sicanios, llevando allí su idioma y sus costumbres.

Poblada la Península por estas dos grandes razas, al paso que se iban

---

Génesis: *Filii autem Javan: Elisa et Tharsis, Cetthim et Dodanim. Ab his divisæ sunt insulæ gentium in regionibus suis, unusquisque secundum linguam suam et familias suas in nationibus suis.*

No hay duda que podrían algunos descendientes de Japhet, de Túbal ó de Tharsis venir á poblar algunos puntos de nuestra Península, pero ni prueban los textos que vinieran ellos mismos, ni pueden hacerse sobre ello sino conjeturas más ó menos probables.

(1) Llámase *aborígenes* á los primeros moradores de un país, ó sea *indígenas*, para distinguirlos de los *alienígenas*, ó que han inmigrado después.

(2) Cortés, Diccionario Geográfico-histórico de la España antigua, tom. II, página 49.—García Blanco, Gramática hebrea, tomo III, pág. 79 y sig.

extendiendo fraccionábanse en tribus más ó menos numerosas, llegando á subdividirse en términos que cada comarca componía una pequeña nación ó tribu independiente, á que las ayudaba la material organización del territorio, desconociendo por otra parte en su estado incivil la utilidad y hasta el arte de hacer alianzas y de gobernarse con unidad.

De su distribución y de sus costumbres sólo tenemos las noticias que nos han suministrado los escritores griegos y romanos, únicos pueblos civilizados cuyos escritos hayan llegado á nosotros. Pero conviene no olvidar que las relaciones de estos escritores se refieren á la España tal como la encontraron los romanos cuando la invadieron sus armas, y que entonces había sufrido ya la Península las dominaciones, aunque parciales, de tres pueblos cultos. Pero las revoluciones intestinas que entre sí habrían tenido las primitivas razas no pudieron serles conocidas sino cuando más por imperfectas tradiciones. De suponer es, no obstante, como en el principio de nuestro discurso dijimos, que al paso que fueran asentándose en las diversas comarcas y zonas, irían contrayendo hábitos, ocupaciones, vínculos diferentes, y que los intereses de localidad y de tribu ocasionarían choques y guerras entre los moradores de los vecinos territorios: sucesos de la infancia de las sociedades, más fáciles de adivinar que de encontrar quien los trasmita. Sin embargo, como los fenicios, los griegos y los cartagineses sólo habían estado en inmediato contacto con los habitantes de las costas, de las riberas de los grandes ríos y de las llanuras ó comarcas abiertas, las costumbres que nos describen de los moradores del interior y de las regiones montuosas, conócese que habían sufrido muy poca alteración, pues presentan toda la rudeza y ferocidad propias de los pueblos nacientes.

La población céltica, diseminada por toda la costa septentrional y occidental de la Península, dividíase en cinco grandes y poderosas tribus, los cántabros, los vascones, los astures, los gallaicos y los lusitanos, que ocupaban los países que hoy poco más ó menos comprenden las provincias Vascongadas y Navarra, las Asturias, Galicia y Lusitania ó Portugal, si bien no es tan exacta la correspondencia de los antiguos y de los modernos límites, que los astures y los gallaicos, por ejemplo, no se extendiesen entonces por una buena parte del reino de León y de Castilla la Vieja, los lusitanos por las Extremaduras y Castilla, los vascones por Aragón, y los cántabros por la actual provincia de Santander. Subdividíanse además estas tribus en multitud de pequeñas poblaciones ó grupos, tanto, que al decir de Estrabón, eran quince las que componían la nación gallaica, y sobre cincuenta las fracciones en que se compartían los lusitanos.

Ocupaba la raza ibera el Mediodía y el Oriente de España, dividida también en porción de tribus, de las cuales eran las principales, los turdetanos, que se extendían por la costa de la Bética ó Andalucía hasta una parte de la Lusitania; los bástulos, que habitaban al Este del estrecho, en lo que hoy es Ronda y el condado de Niebla; les beturios, que poblaban las cercanías de Sierra Morena; los bastetanos, en la costa de Murcia hasta el Segura; los contestanos, desde Cartagena hasta el Júcar y parte de los reinos de Murcia y de Valencia; los edetanos, que ocupaban también parte de Valencia y de Aragón hasta confinar con la Celtiberia; los ilercavones,

que se asentaban entre el Oduba y el Ebro; y desde el Ebro hasta el mar y los Pirineos los cosetanos, ausetanos, indigetes, lacetanos, ceretanos é ilergetes: por último, los gymnesios, ó habitantes de las Baleares: casi todos subdivididos también en pequeñas tribus como los celtas.

Habitaba el centro de la Península la raza mixta de los celtíberos; sus principales tribus, según Estrabón, eran los arevacos, los más poderosos de todos, al Sur del Duero; los carpetanos, en la comarca de Toledo por donde corre el Tajo; los vacceos, por la parte donde está hoy Palencia; los oretanos, en lo que riega el alto Guadiana: siendo los límites de la Celtiberia, por el Norte las sierras de Urbión y de Oca, por el Sur el Orospeda, por el Este las sierras de Segura y de Alcaraz, habiendo variado mucho por Occidente, hasta llegar en una época cerca de las costas del Mediterráneo.

No hemos fijado los límites precisos de cada uno de estos pueblos, por la frecuencia con que debieron variar, y porque sería de desear también mayor conocimiento del que respecto á las alteraciones de cada época pudieron tener los antiguos geógrafos. Ni hemos mencionado todas y cada una de las subdivisiones de tribus, ya por la escasa importancia histórica que algunas tienen, y ya también porque muchas de ellas omitieron los mismos escritores griegos y romanos so pretexto de la repugnancia que dicen les causaba lo poco armonioso, si ya no lo ridículo de sus nombres (1). Estrabón da por excusa de su silencio la difícil y semi-bárbara pronunciación que tenían (2). Plinio no menciona sino las que eran fáciles de pronunciar en latín (3). Y á Marcial le sirvió de tema la rusticidad de sus nombres para sus punzantes epigramas (4).

Groseras y rústicas tenían que ser las costumbres de estos primitivos pueblos. Expresaremos algunos de sus rasgos característicos, tales como nos han sido trasmitidos por los más antiguos historiadores.

Distinguíanse los habitantes de las montañas por su ruda y agreste ferocidad. Estrabón pondera en términos acaso demasiado enérgicos la fiereza de los cántabros. Intrépidos y belicosos, de genio indomable y ánimo levantado, contentos y bien hallados entre la fragosidad de sus bosques, en guerra siempre con otras gentes por sostener su independencia, negábanse estos montañeses á toda transacción y aún á toda comunicación con los demás pueblos. Su furor marcial llenó de terror á cuantos intentaron su conquista.

Servíanse de una especie de escudos llamados *peltas*, y de armas lige-

---

(1) Sin perjuicio de explicar en el texto, según que de ello se va ofreciendo ocasión, la correspondencia de los nombres antiguos de las comarcas y poblaciones con los modernos y actuales, damos por apéndice al final de este primer volumen una tabla ó catálogo alfabético de los más importantes y que tenemos por más averiguados, con expresión de la provincia actual á que pertenece cada región ó pueblo de los que allí se nombran. Los que acaso no expliquemos en el discurso de la obra, los podrá fácilmente encontrar allí el lector, á no ser que, ó sean poblaciones que hayan dejado de existir, ó se ignore todavía ó sea muy dudosa su correspondencia.

(2) Estrabón, lib. III, cap. IV.

(3) *Latiali sermone dictu facilia*. Plin.

(4) *Rudes nomina? rideas licebit*. Epigr., lib. IV, epist. 55.

ras como el venablo, la honda y la espada, propias de gente que necesitaba de agilidad para sus asaltos y correrías de montaña. Los jinetes tenían sus caballos acostumbrados á trepar por sierras y colinas; y al modo de los astures, no menos guerreros que ellos, solían montar dos jinetes en un mismo caballo, para poder combatir, cuando el caso lo requiriese, á pie el uno y á caballo el otro. Hacíaseles insoportable la vida sin el arreo de las armas. y cuando la falta de vigor los inutilizaba para la guerra, preferían la muerte á una vejez que tenían por desdorosa, y la buscaban precipitándose de lo alto de una roca (1). Pródigos y despreciadores de la vida. si se veían amenazados de esclavitud, apelaban al suicidio; y si les faltaban armas, recurrían á un tósigo de que iban siempre provistos, y que decían mataba sin dolor.

Viéronse en la guerra cantábrica rasgos de heroísmo salvaje, que eclipsan las rudas virtudes bélicas de los espartanos. Madres que clavaban el acero en los pechos de sus hijos para no verlos en poder del enemigo; padres y hermanos, que hallándose prisioneros mandaban al hermano ó al hijo que los matase para no ser esclavos; hijos que lo ejecutaban, y soldados que clavados en una cruz cantaban alegres himnos en honor de sus dioses.

Ni por eso eran desconocidos los afectos del corazón á aquellas rústicas gentes. Los vínculos de la amistad los llevaban á tal extremo, que en consagrándose á un jefe ó caudillo, de tal manera ligaban y compartían con él su buena ó mala fortuna por toda la vida, que no se vió un solo ejemplar de que, muerto él, rehusaran morir todos, ni siquiera nadie sobrevivirle (2), Admirable fidelidad, por lo mismo que caía en tan groseros corazones.

Refiérese de una de estas tribus que hacía su bebida favorita de sangre de caballo (3), á estilo de los sármatas y de los masagetas: y afírmase también que para limpiarse los dientes y encías usaban de un repugnante líquido, cuyo nombre dejamos al poeta Cátulo expresar en idioma latino (4). Las mujeres labraban los campos; y por más extraña que nos parezca la costumbre de hacer las recién paridas acostarse á sus maridos y asistirles con mucho cuidado y esmero, así nos lo atestiguan los escritores romanos, y no es este solo el pueblo de que se refiere tan extravagante singularidad.

Ágiles y astutos los lusitanos, diestros en armar asechanzas y en descubrir las que á ellos les ponían, hacían sus evoluciones militares con admirable orden y facilidad. Usaban pequeños escudos cóncavos atados

---

(1) *Cum pigra incanuit ætas*
imbelles jamdudum annos prævertere saxo:
nec vitam sine Marte pati. . . . . . .
Sil. Ital. lib. III.

(2) *Neque adhuc hominum memoria repertur esse quisquam, qui eo interfecto cujus se amicitiæ devovisset, mori recusaret.* Cæsar, lib. III, cap. 22.

(3) *Et letum equino sanguine Concanum.* Horat., lib. III, od. IV.

(4) *Quod quisque minxit, hoc sibi solet mane*
dentem et russam defricare gingivam.

con correas sin asas ni hebillas, puñal ó machete, casco con penacho y cota de armas de lino. Algunos se servían de lanzas con los botes de cobre. Combatían á pie ó á caballo, á la ligera ó armados de todas armas: la guerra era su estado casi habitual; valientes, pero inconstantes de suyo.

Sobrios y frugales sobremanera como todos los habitantes de las montañas, sustentábanse las dos terceras partes del año con pan de bellotas; bebían una especie de sidra ó cerveza; el poco vino que producía el país le consumían en los festines de familia. En esos banquetes se sentaban en poyos por orden de edad y de dignidad, y después danzaban al son de una flauta ó trompeta. Dormían en el suelo sobre haces de hierba, cubiertos la mayor parte con túnicas negras ó sacos oscuros. Las mujeres gastaban trajes rústicamente bordados. Los de tierra adentro traficaban entre sí por medio de cambios, si bien á veces empleaban por moneda pequeñas laminitas de plata que cortaban á medida que las necesitaban para pagar los objetos comprados.

Exponían los enfermos en los caminos públicos, al modo que lo practicaban los egipcios antiguamente, por si algún transeunte conocía por propia experiencia la enfermedad y el remedio. Apasionados de los sacrificios, que ofrecían á una especie de divinidad guerrera, servíanse de las entrañas de los cautivos para sus adivinaciones, y desde el momento que la víctima recibía el golpe fatal sacaban los primeros augurios del modo ó postura en que caía. Cortaban la mano derecha á los prisioneros de guerra, y los consagraban á sus dioses. Tenían también sus hecatombes, á semejanza de aquellas de que hablaba Píndaro cuando dijo: «Inmolad cien víctimas de cada especie de animales.» El suplicio de los reos de muerte era la lapidación, y sacaban á los parricidas fuera de las fronteras, ó por lo menos de las poblaciones para aplicarles la pena.

De las tribus gallaicas que moraban cerca del Duero dícese que no hacían sino una comida diaria muy sencilla y frugal, que se bañaban en agua fría, y que se frotaban dos veces al día el cuerpo con aceite al modo de los lacedemonios.

Atribúyese á los astures haber sido los primeros entre aquellas naciones bárbaras en dedicarse á la explotación de minas y al rebusco del oro, hasta el punto de llamarlos Silio Itálico *avaros astures*, y Lucano *pálidos escudriñadores del oro* (1): si bien solían tropezarse con los gallaicos sus vecinos, ocupados en la propia operación en las sierras aledañas de ambos países. Dícese que era frecuente en Galicia al labrar la tierra enredarse el arado en gruesos pedazos de oro, y que había en sus fronteras un bosque sagrado al cual era prohibido aplicar el hierro: «solamente, añade Justino, cuando el rayo hendía la tierra, se permitía recoger el oro puesto así al descubierto como un presente de la divinidad (2).»

Aparte de alguna ocupación propia de alguna de las mencionadas tribus, entiéndese que en lo general los cántabros, vascones, gallaicos, lusi-

(1) ....*Astur avarus*
visceribus laceræ telluris, etc. Sil. Ital., lib. I, vers. 231.
.........*Astur scrutator pallidus auri*. Lucan., t. IV, vers. 298.

(2) *Delectum aurum, velut Dei munus, colligere permittitur*. Just., libro. XLIV

tanos y astures, asemejábanse mucho en las costumbres y manera de vivir.

Dominando, á lo que parece, entre los celtíberos la raza celta sobre la ibera, tenían mucho de común con las tribus de que hemos hecho mérito, pero diferenciábanse ya en costumbres y en genio. También los celtíberos, como los cimbrios y como los cántabros, cifraban su gloria en perecer en los combates, y consideraban como afrentoso morir de enfermedad. También adoraban un dios sin nombre, al cual festejaban en las noches de los plenilunios, bailando en familia á las puertas de sus casas. Pero esto no impide el que dieran culto á *Elman*, á *Endovellico*, y á otras divinidades, según atestiguan las inscripciones, bien indígenas, ó bien originarias de la Fenicia, como conjetura Depping (1). Natural es la idea de un culto religioso aun en los pueblos mas bárbaros; y lo que Estrabón dice de los gallaicos, que no se les conocía religión alguna, suponemos significará que no se sabía adorasen ningún dios de la teogonía pagana.

El traje celtíbero era una ropilla negra ú oscura, hecha de la lana de sus ganados, á que estaba unida una capucha ó capuchón, que le dió el nombre de *sagum cucullatum*, con la cual se cubrían la cabeza cuando no llevaban el casquete, adornado con plumas ó garzotas. Al cuello solían rodearse un collar; y una especie de pantalón ajustado completaba su sencillo uniforme. En las guerras usaban espadas de dos filos, venablos y lanzas con botes de hierro, que endurecían dejándole enmohecer en la tierra. Gastaban también un puñal rayado, y se alaba su habilidad en el arte de forjar las armas. Presentábanse ya á pelear á campo raso: interpolaban la infantería con la caballería, la cual en los terrenos ásperos y escabrosos echaba pie á tierra, y se batía con la misma ventaja que la tropa ligera de infantería. El *cuneus*, ú orden de batalla triangular de los celtíberos, se hizo temible entre los guerreros de la antigüedad. Las mujeres se empleaban también en ejercicios varoniles, y ayudaban á los hombres en la guerra.

De entre las tribus celtíberas la que conservó por más tiempo los hábitos de la vida nómada fué la de los vaccéos. *Late vagantes* los llama Silio Itálico. Pastores, agricultores y guerreros á un mismo tiempo, veíanse precisados para pelear á dejar guardados sus cereales en silos, especie de hórreos ó graneros subterráneos, donde se conservaban bien los granos por largo tiempo (2). Aun subsisten muchos en los pueblos de la Vieja Castilla, y la curiosidad ha movido muchas veces al autor de esta historia á bajar á estos silos y á examinarlos. Distribuíanse los vaccéos las tierras que habían de cultivar cada año, y se repartían su producto, considerando el suelo como una propiedad común: el que ocultara alguna parte de estos frutos era castigado con la última pena (3).

Había entre los carpetanos una tribu que vivía en cavernas aisladas. Moraba en una colina al Norte del Tajo.

---

(1) Tomo I, página 212.

(2) Por cincuenta años el trigo, y por ciento el mijo, según Varrón, de quien lo tomó Plinio, lib. XVIII, cap. 30.

(3) Diod. Sic. lib. V.

Mucho menos toscos eran los que habitaban entre la costa oriental y los Pirineos. Los barcos representados en las medallas encontradas en los campos de Tortosa prueban que los moradores de la costa se daban ya al tráfico marítimo, y no es inverosímil ó que estuvieran ya mezclados con los pelasgos y tirrenios, ó que al menos mantuviesen tratos y relaciones con los etruscos de la opuesta costa de Italia. Valerosos y tenaces en defender su libertad nos pintan á los edetanos ó ilergetes. El sol y la luna eran los principales dioses que adoraban aquellos pueblos.

Iban los de las Baleares á la pelea, ó enteramente desnudos, llevando en la mano un pequeño broquel y un venablo quemado por la punta, ó cubiertas sus carnes con pieles de carnero á manera de zaleas, que nombraban *sisyrnas*. Ponderada fué siempre su habilidad y destreza en el manejo de la honda, y al decir de Lucio Floro, las madres no daban á sus hijos más sustento que aquel que puesto en el hito acertaban ellos á tocar con la piedra lanzada con la honda (1). Diodoro, hablando de las tres hondas de distintos tamaños que parece acostumbraban á llevar aquellos insulares, dice que una la llevaban ceñida á la cabeza, otra al rededor de la cintura y otra en la mano (2).

Distinta era ya la cultura de los iberos que poblaban la costa meridional de la Península. Establecidos de inmemorial tiempo en el templado litoral del Mediterráneo, ó en las amenas márgenes del Betis ó del Guadiana, es de creer que la belleza de aquel cielo, la dulzura del clima y la feracidad de aquel suelo privilegiado, habrían modificado su originaria rusticidad y hecho que gustasen más de la vida sedentaria y quieta, y que fuesen menos turbulentos y guerreadores que los pueblos del interior y de las montañas; sin que por eso hubiesen perdido del todo sus rudos instintos, ni dejaran de resistir con vigor y energía á los pueblos invasores. Los monumentos religiosos que dicen haberse hallado sobre el Promontorio Cunéo testifican la rudeza de los cinesios, pues según Estrabón y Artemi doro, reducíanse á tres ó cuatro piedras sobrepuestas, y conforme á una tradición conservada de padres á hijos, cada vez que los navegantes abordaban á aquel lugar mudaban las piedras y las cambiaban de posición, contentándose con dirigir algunas preces á aquella especie de altar movible y de obelisco rústico (3). También, según Valerio Máximo (4), inmolaban, como los cántabros, á los ancianos imposibilitados de llevar las armas.

En tal estado debieron encontrarlos los fenicios á su arribo. Mas habiendo sido las costas meridional y oriental de la Península las que primero recibieron la influencia de los tres pueblos civilizados que diremos después, natural es que cuando los conocieron los romanos hallaran ya en aquellos pueblos otra cultura y otras costumbres más blandas y suaves. Estrabón y Polibio hablan en términos magníficos y pomposos de la civilización de los turdetanos. Suponen que hacía nada menos que seis mil años

(1) *Cibum puer à matre non accipit nisi quem, ipsa monstrante, percussit.* Flor Lib. III, cap. 8.

(2) Diodor. lib. V, cap. 18.

(3) Estrab. lib. III, cap. 4.

(4) Lib. XIII, vers. 471.

que poseían leyes escritas en verso. Por esta cuenta se remontaba la civilización turdetana á tiempos muy anteriores á la creación del mundo según la Escritura. Mas de la confusión y embarazo en que esta especie pudiera ponernos, sácannos con facilidad Diodoro de Sicilia, Varron, Plutarco, Lactancio, Suidas y otros no menos graves autores, enseñándonos la costumbre de muchos pueblos antiguos. de contar, no por años solares, sino por años de estaciones ó meses: en cuyo caso, siendo verosímil que ellos contasen por estaciones de á tres meses, coincidirían los primeros rayos de civilización que recibieron los turdetanos con el arribo de los primeros colonizadores.

De todos modos, no es en el estado civil de los habitantes de las costas de Mediodía y Levante donde hemos de buscar el tipo de las costumbres de los primitivos pobladores de España. sino en los que ocupaban el Norte, el Occidente y el centro de la Península, en los que no habían sido modificados con el influjo de las colonias.

Los rasgos comunes y característicos de estos pueblos eran la rusticidad, la sobriedad, el valor, el desprecio de la vida (1), el amor de la independencia, la tendencia al aislamiento, y por consecuencia la falta de unidad. Separados y como aislados del continente europeo, y más todavía de las demás partes del mundo, parecían destinados á pasar una vida ignorada y una existencia oscura. Veamos ahora cómo fueron entrando á participar del movimiento social del mundo antiguo, no olvidando el fondo de carácter creado por las primitivas razas, que veremos ir sobreviviendo, bien que con algunas modificaciones, á los siglos, á las dominaciones y á las conquistas (2).

---

(1) *Prodiga gens animæ et properare facillima mortem.* Tit. Liv. libro XVIII.

(2) Son más sabidos los nombres antiguos de España que conocido y cierto el origen y segura la etimología de cada uno. El de *Iberia*, aun concedido que aparezca dado por primera vez en el Périplo de Scilax de Caryanda, como 500 años antes de Jesucristo, y bien sea derivado del rio *Iber* ó *Iberus*, bien, como pretende Astarloa, de las palabras vascas *ibaya eroa*, río espumoso, parece el de más natural aplicación al país en que habitaban los *iberos*. El de *Spania*, dado, según la opinión común, por los fenicios, creemos que se derivara de la palabra *span*, que significa *escondido*, por estar esta comarca como escondida y oculta para ellos á una extremidad del mundo. Parécenos la significación de *conejo*, á que se presta también la palabra *span*, fundamento demasiado pueril para poner nombre á toda una región, por más conejos que en ella se encontraran, y por más que las medallas de Adriano representen una mujer sentada, con un conejo á sus piés, que dicen ser emblema de la España. De *Spania* hicieron los latinos *Hispania*, y los españoles *España*. Llamáronla también los griegos *Hesperia*, país de Occidente, por la situación geográfica que ocupa con relación á la Grecia. El nombre fenicio es el que ha prevalecido con poca alteración. El de *Iberia* se usa todavía en estilo poético. Volúmenes enteros se han escrito sobre estos nombres, sin que tan largas disertaciones hayan producido sino conjeturas, pudiéndose reducir las más probables á las que en estas líneas hemos expuesto.

CAPÍTULO II

FENICIOS, GRIEGOS, CARTAGINESES

Primeras colonias fenicias.—Cádiz.—Templo de Hércules.—Derrámanse por la Península.—Depósitos y establecimientos de comercio.—Riquezas que extraían de España. —Colonias griegas.—Rosas.—Ampurias.—Denia.—Sagunto.—Atacan los españoles á los fenicios.—Piden estos socorro á Cartago.—Vienen los cartagineses, y se establecen en la costa.—Expulsan ellos mismos á los fenicios de Cádiz.—Guerras exteriores de los cartagineses.—Cerdeña.—Córcega.—Las Baleares.—Sicilia.—Españoles auxiliares de Cartago.—Pérdida de Sicilia.—Guerra de los mercenarios.—Resuelven la conquista de España.

Aparecen los fenicios las primeras gentes civilizadas que arribaron á España y fundaron en ella poblaciones.

Estos descendientes de Canaan, cuya tierra habían cubierto de ciudades ricas y populosas, las cuales habían elevado á un grado admirable de esplendor y de prosperidad por medio de la navegación y del comercio, en que eran singularmente entendidos y aventajados, sostenían mucho tiempo hacía relaciones mercantiles en Egipto, en el Asia Menor, en las costas del Mediterráneo y de la Europa Oriental. Verosímil es que estos intrépidos navegantes en algunas de sus excursiones marítimas hubieran avistado las costas de España, y aun arribado á ellas, ó con deliberado intento como exploradores, ó arrojados por algún azar, y que el aspecto de tan bello clima y de tan fértil suelo inspirara á su genio mercantil el pensamiento dc extender á él sus relaciones comerciales. Sea lo que quiera de las expediciones que pudieran hacer y la tradición oriental les atribuye antes de la época que vamos á señalar, creemos que la fundación de sus primeros establecimientos en el litoral de nuestra Península no puede remontarse más allá de los quince siglos antes de la era cristiana (1).

Coincide este acontecimiento con la época en que arrojados los fenicios al interior de sus tierras por las armas de Josué, que las había invadido para dar á la posteridad de Abraham la posesión de la tierra prometida por Dios, el acrecimiento excesivo de la población que se había replegado á las grandes ciudades, especialmente á Sidon y á Tiro, les hizo pensar en salir á establecer colonias donde antes se habían presentado solo como simples traficantes. En esta dispersión abordaron muchos de ellos á las costas africanas (2), y á las del Sur de la Península española que acaso conocían ya, y estableciéndose primero en la isla Eritya ó Eritrea, que se

(1) Pueden verse las sabias investigaciones de Heeren sobre la historia y carácter de las colonizaciones fenicias en su obra: *Ideen über die Politik, etc.*

(2) La inscripción fenicia que Procopio, historiador de la guerra de los vándalos, encontró en Tánger, parece no dejar duda acerca del arribo de los fenicios á aquella parte de la costa de Africa en la época á que nos referimos. «*Aquí* (decía) *llegamos nosotros huyendo del ladrón Josué, hijo de Nave.*» Procop. lib. II, cap. X.

cree sea la de Santi-Petri, hoy en gran parte cubierta por las olas, trasladáronse luego y fundaron á Cádiz con el nombre de Gadir (1), comenzando por erigir un templo á Hércules, su divinidad favorita, cuyo culto llevaban consigo á todas partes, colocando en él dos columnas de bronce de ocho codos de altas (2).

Una vez asentados en Cádiz, situación grandemente favorable para el comercio, fueron extendiendo sus colonias por el litoral de la Bética, y por todo el país habitado por los turdetanos, fundando ciudades y estableciendo factorías en la costa y á las márgenes de los grandes ríos, y en general en los puntos más acomodados para el tráfico. Pertenecen á las primeras fundaciones Málaga, Sevilla, Córdoba, Martos, Adra, y otros varios pueblos de Andalucía, de los cuales unos subsisten aún, otros con el tiempo han desaparecido. Fuéronse luego derramando por el interior; que no podían ser indiferentes á los oídos de aquellos comerciantes las noticias que recibían de las riquezas que el país encerraba, y de que les llevaban preciosas muestras los naturales. Cebo era este á que no podía resistir la codicia de aquellos hombres, por otra parte de genio naturalmente emprendedor, y así determinaron entrarse tierra adentro, estableciendo de paso, según su costumbre, almacenes y depósitos en correspondencia con los de las costas, donde acudían los bajeles de Tiro á hacer sus cargamentos. Grandes debieron ser las riquezas que extrajeron de España, puesto que en aquel tiempo fué cuando adquirió la ciudad de Tiro aquella prosperidad y engrandecimiento mercantil que la hizo tan famosa. Y suponiendo que Aristóteles hablara más como poeta que como filósofo al decir que los fenicios construían de oro y plata todos los utensilios, anclas, herramientas y vasijas de sus naves, y que hasta lo cargaban como lastre, todavía rebajando la parte hiperbólica á que pudo dejarse arrastrar, ó en su entusiasmo, ó en su admiración, el sesudo filósofo, infiérese que era prodigiosa la cantidad de oro y plata que aquellos asiáticos exportaban á cambio de sus mercancías: que tan desconocido ó tan desestimado era entonces de los naturales de España el valor de estos preciosos metales.

---

(1) Lugar ceñido ó cercado.

(2) Acaso se han confundido muchas veces en la historia estas columnas con las otras columnas de Hércules, nombre que se dió á los dos montes Calpe y Abila, que constituyen los dos puntos extremos de Africa y Europa, y que entonces se creían los postreros términos de la tierra habitable. Puede ser muy bien que estos dos cabos ó promontorios, por entre los cuales se comunican hoy los dos mares y forman el estrecho, estuviesen antes unidos por una lengua de tierra que contenía sus olas y les servía de dique, cuya separación pusieron los poetas entre las grandes hazañas y trabajos de Hércules, y los naturalistas suponen haber sido causada por una revolución física del globo. Dejemos á la poesía y á la geología disputarse cómo se hizo la conjunción de los dos mares. Mucho menos nos engolfaremos en las interminables cuestiones acerca de los Hércules que vinieron ó pudieron venir á España, y de los hechos más ó menos maravillosos que se atribuyeron á cada uno; si fué el nombre particular de una divinidad fenicia, ó fué un nombre simbólico de la fuerza y de la inteligencia con que se designaba á los héroes que se señalaban por estas virtudes y por sus altos hechos y prodigiosas hazañas; si hubo solo un Hércules bajo distintos nombres, ó hubo los tres que cuenta Diodoro, ó se elevó su cifra á los cuarenta y tres que distingue Varrón, ó pasó mucho



LA PORTELLA. – *Puerta de construcción ciclópea existente en Tarragona*

Ebro con aquel formidable ejército compuesto de soldados de diferentes naciones: sujeta de paso á los ilergetes, á los bargusios, á los ausetanos y lacetanos: deja al cargo de Hannón la defensa de los países situados entre el Ebro y los Pirineos con un cuerpo de once mil hombres, entrega á Andúbal, rico español con quien había hecho amistad, los bagajes del ejército, y metióse por las asperezas de aquellos montes. Supo allí que tres mil carpetanos, disgustados de verse llevar á tierras tan lejanas, habían abandonado sus banderas, y lejos de mostrar desazón por ello, licenció espontáneamente á otros siete mil españoles que conoció le seguían de mal grado, con cuyo ardid hizo entender que había licenciado también á los primeros. Singular y astuta táctica la de aquel caudillo. Pasa, pues, los Pirineos, sujeta ó tranquiliza los galos de la vertiente septentrional, y campa á orillas del Ródano.

Verifica luego el paso de este río, y se dispone á salvar los Alpes cubiertos de nieve (octubre de 218 A. de C.). Empresa espantosa, y hasta entonces sin ejemplo. Pero ni las nieves le acobardan, ni las inmensas rocas le asustan, ni le arredran los precipicios, ni le detienen las emboscadas que á cada paso le arman aquellos montañeses. De todo triunfa y todo lo arrolla, y todos le siguen; porque el dios de su patria (ha dicho) se le ha aparecido en sueños y le ha prometido la victoria, y trazádole las roscas de una serpiente el sendero que debe seguir. Remonta la cumbre de los Alpes, y enseña con alegría á los soldados las fértiles llanuras del Po, y les señala el punto donde debe hallarse Roma. Desciende aquellos terribles desfiladeros, entra en el país de los taurinos, y baja hacia el Po. Es la marcha más atrevida de que nos da noticia la historia militar de la antigüedad. Aníbal no la había hecho impunemente: del grande ejército que había sacado de Cartagena sólo le quedaban veinte mil infantes y seis mil caballos (1). Pero eran soldados á prueba ya de fatigas y de intemperies, que lejos además de su patria necesitaban vencer ó morir: fiaban en la experiencia y el valor de su general; éste contaba también con las buenas disposiciones de los galos en su favor; y por último, Aníbal estaba en Italia, y veía cumplidos sus sueños dorados.

Roma no había podido imaginar ni tanta audacia ni tanta rapidez. Creíale todavía en España. Asombrado se quedó el cónsul Escipión cuando supo que los cartagineses habían atravesado el Ródano. El primer pensamiento de Roma al declarar la guerra había sido mandar un ejército á España al mando de Publio Escipión, otro á Africa y Sicilia al de Sempronio y otro á la Galia Cisalpina al del pretor Manlio. Mas informado Escipión de la marcha de Aníbal, y no habiéndole alcanzado ya en el Ródano, retrocedió á defender la Italia, y dividiendo su ejército y enviando la mayor parte de él á España al mando de su hermano Cneo Escipión, pasó á esperar á Aníbal al pie de los Alpes. Encontráronse en el Tesino. Dióse un combate, en que quedaron derrotados los romanos y herido Escipión, que hubo de abrigarse en los muros de Plasencia.

Llamaron los romanos á Sempronio, que en Sicilia acababa de causar grandes descalabros á los cartagineses. No tardó en hallarse Sempronio á

(1) Polib., ibid.

presencia de Aníbal á las márgenes del Trebia. Con la arrogancia del vencedor presentó Sempronio la batalla. Pronto hubo de arrepentirse de su imprudencia. Desbaratóle Aníbal con pérdida de treinta mil combatientes. Tan señalado desastre produjo un terror pánico en los romanos, y movió una sublevación general en la Galia Cisalpina. No vacilaron ya los galos en ponerse del lado de los cartagineses, y hallóse Aníbal otra vez á la cabeza de noventa mil guerreros.

Dirígese después hacia Arecio por el camino menos frecuentado. Vuelve á encontrar á los romanos; atrae al cónsul Flaminio (no menos presuntuoso que su predecesor) á una posición desventajosa: fuérzale á aceptar la batalla, y un nuevo ejército romano es derrotado á orillas del lago Trasimeno (año 217).

La noticia de este tercer desastre difunde el espanto en Roma. Creció el terror cuando el pretor Pomponio dijo á la asamblea del pueblo: «Romanos, hemos sido vencidos en un gran combate.» Acudieron entonces al remedio usado en los trances apretados y extremos, y fué nombrado dictador Quinto Fabio Máximo, llamado luego el *escudo de Roma.* Nombró éste por general de la caballería á Quinto Rufo Minucio. Fueron consultados los libros de las Sibilas, y se votó una primavera sagrada. Era Fabio un general en todo diferente de Sempronio y Flaminio. Astuto, prudente y circunspecto, sin perder de vista á Aníbal manteníase siempre á una conveniente distancia: nunca éste le pudo obligar á combatir. Murmurábanle las tropas y le llamaban el *contemporizador*, el pedagogo de Aníbal. Sólo el cartaginés sabía apreciar en su verdadero valor aquel sistema militar. Logró una vez Fabio estrechar á Aníbal cerca de Casilino en la Campania. Pero el sagaz africano, recordando la estratagema que en otra ocasión habían empleado con su padre los celtíberos, soltó en dirección de los romanos dos mil bueyes con sarmientos encendidos sobre las astas, y á favor del desorden que esparcieron en las filas enemigas logró salvar el desfiladero.

Gran descontento causó en Roma esta noticia. Dióse á Minucio iguales poderes que á Fabio: atacó aquél con sus tropas á Aníbal: cercóle éste por todas partes, y le escarmentó: el temerario Minucio hubiera perecido sin la llegada de Fabio. Sin embargo, dimitió su dictadura. Los cónsules que le sucedieron adoptaron el mismo sistema de contemporización, hasta rayar ya en negligencia. Pero cansado el pueblo de tantas dilaciones, y persuadido de que los nobles prolongaban con deliberada intención la guerra, quiso tener un cónsul verdaderamente plebeyo, y nombró á Varrón (1), que blasonaba de que le bastaba un día para ver el enemigo y vencerle. Fuéle asociado el patricio Paulo Emilio, amigo y discípulo de Fabio Máximo. Tan presuntuoso Varrón como Sempronio y como Flaminio, y más confiado que ellos, acampó cerca de Aníbal á las márgenes del Aufido, cerca de Cannas. Sordo á los consejos de su colega, empeñóse en combatir á todo trance. Por desgracia de Roma tocábale aquel día el mando á Varrón (que era costumbre alternar en él diariamente los cónsules), y desplegó arrogantemente delante de su tienda el manto de púrpura, señal de la batalla. Regocijóse grandemente Aníbal y la aceptó.

(1) Era Terencio Varrón hijo de un carnicero.

Dejemos á los historiadores romanos la sentida descripción de la memorable batalla de Cannas que inmortalizó á Aníbal, que le señaló al mundo como el mejor capitán de los tiempos antiguos, y que llenó de luto y estupor á Roma. Diez y seis legiones, que componían ochenta mil infantes y siete mil caballos, habían presentado los romanos al combate. Acrecía sus filas la flor de los caballeros romanos. Menos de la mitad eran en aquella sazón los de Aníbal. Peleaban con él los galos con sus largas espadas, los españoles con sus cortos y aguzados sables, los terribles honderos mallorquines y la feroz caballería númida. Cebáronse unos y otros en la matanza y cansáronse sus brazos de acuchillar enemigos. Más de cincuenta mil romanos quedaron tendidos en la arena; prisioneros de diez á doce mil. Acribillado de heridas cayó el valeroso Paulo Emilio, que exhaló su grande alma enviando á decir á Roma que cuidara de su propia defensa. Perecieron multitud de senadores, de tribunos, de generales y de caballeros. Tres modios y medio de anillos arrancados á los cadáveres fueron derramados en el vestíbulo del senado de Cartago (216).

Vistió Roma de luto. La abandonó la Italia meridional y ofreció su alianza á Aníbal: hicieron otro tanto el Abruzzo, la Lucania y varios otros países. Aníbal marchó adelante, y enarboló la bandera de Cartago en una colina desde donde se divisaba la ciudad eterna. Roma temblaba, y temblaba con razón, porque rugía demasiado cerca el terrible león númida. Pero alejóse Aníbal, y fué á establecer sus cuarteles de invierno en Capua. Entonces fué cuando le dijo Maharbal aquellas célebres palabras que tanto después se han repetido: *Sabes vencer, Aníbal, pero no sabes aprovecharte de la victoria.* No discutiremos nosotros si obró ó no prudentemente en no acometer á Roma. Dejémosle gozar *las delicias de Capua,* que tanta celebridad adquirieron en la historia, y que tan fatales fueron á su estrella, y veamos lo que en España durante su famosa expedición acaecía.

Muy diverso rumbo llevaban y con más próspero viento corrían las cosas en España para los romanos del que allá en Italia les soplaba. Arribado que hubo Cneo Escipión, el hermano de Publio, á Ampurias, primer pueblo español en que penetraron las águilas romanas, procuró atraer á sus banderas á los naturales, que descontentos de los cartagineses, sin gran dificultad aceptaron la alianza de un hombre que se presentaba, no como conquistador, sino como reparador del agravio hecho á los saguntinos. Tal era la política de Roma. Así dominó pronto toda la costa oriental desde los Pirineos hasta el Ebro (218). Pero necesitaba el romano adquirir el prestigio de vencedor y adornarse con la aureola del triunfo. Proporcionóselo Hannón, á quien vimos había encomendado Aníbal la defensa de esta parte de España, con una batalla en que sucumbieron cinco ó seis mil cartagineses, quedando prisionero él mismo, y cayendo además en poder de los romanos los bagajes que Aníbal al pasar á las Galias dijimos había dejado confiados al español Andúbal. De buen agüero fué para los supersticiosos romanos el resultado del primer combate que se daba en España entre las armas de las dos repúblicas.

No fué más venturoso Asdrúbal en una expedición marítima que para vengar el desastre de Hannón emprendió la primavera siguiente. Cuarenta naves cartaginesas habían salido de Cartagena á las órdenes de Himilcon,

mientras Asdrúbal con el ejército marchaba por tierra costeando en la propia dirección para proteger la escuadra. Súpolo Cneo, y partiendo de Tarragona con una armada de treinta y cinco velas, logró sorprender la de Cartago á las bocas del Ebro; apresó veinticinco naves, echó las otras á pique ó las hizo varar en la costa, y enseñoreando aquellas aguas dióse á correr con su victoriosa escuadra todo el litoral desde el Ebro hasta el cabo Martín, saqueando depósitos y talando los pueblos y campiñas de la costa, incendiando hasta los arrabales de Cartagena, sin que Asdrúbal hubiese podido hacer más que avistar la catástrofe con el desconsuelo de no poder repararla, y seguir por tierra con pies y con ojos los rastros de la armada romana y ser testigo de los estragos que iba haciendo, hasta que tuvo por prudente retirarse á Cádiz mientras el romano daba la vuelta por Ibiza á Tarragona. Así reparaba Cneo Escipión en España por tierra y por mar los reveses que en Italia sufría Roma en el Tesino, Trebia y Trasimeno (217).

Al que marcha en bonanza y navega con próspero viento apresúranse todos á convidársele amigos: al que la fortuna se le muestra hosca y ceñuda, abandónanle los más amigos y le vuelven la espalda. Esto acontecía entonces en Italia y España. Allá naciones enteras antiguas aliadas de Roma se levantaban en favor de Aníbal victorioso: acá naciones enteras aliadas de Cartago ofrecían su alianza á Escipión triunfante: en Italia iba Roma en caimiento, y en España iba Cartago de caída. Más de ciento y veinte pueblos españoles se confederaron con Cneo Escipión, principalmente celtíberos, gente poderosa y de brío, con cuyo auxilio pudo Cneo hacer una atrevida correría hasta Castulón, centro de la dominación cartaginesa.

Sólo los ilergetes, capitaneados por dos régulos, Indibil y Mandonio, se atrevieron á tomar las armas contra los romanos y á entrarse tumultuariamente en sus tierras. A juzgar por los discursos que los historiadores ponen en boca de aquellos dos caudillos, fué el primer grito de independencia que se levantó en España contra el poder romano, y en general contra toda dominación extranjera. «No os fiéis, decían, de unos extranjeros que, con pretexto de abatir el orgullo de los cartagineses, vienen á quitaros vuestra libertad y á usurparos vuestros bienes. Así han venido antes los griegos, así los mismos cartagineses, prometiéndonos felicidad con dulces palabras, para levantarse después con el mando y ponernos una vergonzosa servidumbre. ¿Qué necesitamos del auxilio de los romanos para sacudir el yugo de los cartagineses? Los que se han unido á ellos son traidores á su patria y á su libertad.» No vemos que los historiadores españoles hayan reparado bastante en este primer grito de independencia, y sin embargo, si aquellos dos jefes hubieran sido más afortunados, si su voz hubiera encontrado eco entre sus compatricios, hubieran podido pasar por los primeros restauradores de España. Pero enclavado el país entre pueblos confederados de Roma, y auxiliados éstos por un cuerpo de tropas con que acudió Escipión, fácilmente dieron cuenta de los sublevados: y Asdrúbal, que se había acercado á fomentar aquellas alteraciones, sufrió dos grandes derrotas por los briosos celtíberos, que esparcieron el terror por el campo cartaginés (1).

(1) Tit. Liv., lib. XXII.

Tanta importancia daba el senado romano á la guerra de España, que con admiración vemos cuidaba de atenderla con preferencia á la Italia misma, no obstante lo envalentonado y pujante que allí se ostentaba Aníbal. Envió, pues, á España treinta galeras con ocho mil hombres y gran provisión de vituallas, al mando de Publio, hermano de Cneo, el mismo que cuando se declaró la guerra había sido destinado á este país. Acordaron los dos hermanos hacer un movimiento sobre la desgraciada Sagunto. Sabían cuánto gusto daban en esto á los españoles, y la política de Roma era ganarles las voluntades. Un concierto entre Abelux ó Abeluce, noble saguntino, y el gobernador del castillo, el cartaginés Bostar, les puso entre las manos los rehenes que en la fortaleza de Sagunto había dejado Aníbal, á condición de que habrían de entregarlos libres á sus familias. Cumpliéronlo así los Escipiones, y aquel rasgo de generosidad (que á lo menos por tal se tradujo en aquel tiempo, en que debían escasear mucho las acciones generosas), les captó á los romanos gran partido entre los españoles. Enturbióles la alegría de aquel suceso la noticia de la funesta derrota de Cannas (216). Ellos, como fuese llegado el invierno, levantaron el campo de las cercanías de Sagunto, y se volvieron á invernar á Tarragona.

El senado cartaginés por su parte ordenó á Asdrúbal que pasase á Italia. Expuso el general los riesgos que con esta partida correría la España toda, si antes no se le enviaba un sucesor con fuerzas suficientes para contener á los españoles; y en ello tenía razón sobrada, puesto que acababan de darle no poco que hacer los tartesios, que incitados y capitaneados por Galbo se le habían rebelado y puéstole en más de un apuro, aunque al fin lograra sosegarlos después (1). En su virtud vino Himilcon, nombrado gobernador de España, con grueso ejército, y á Asdrúbal se le repitió la orden de pasar á Italia. Obedeció éste, aunque no de buen grado, y púsose en marcha la vuelta del Ebro. Importaba á los Escipiones estorbar á toda costa su proyecto, y saliendo á encontrarle halláronse de frente cerca de aquel río. Trabóse allí una reñidísima batalla, en que pelearon los romanos como si de ella dependiese la suerte de Roma. y aun el señorío del mundo. Abandonaron muchos españoles á Asdrúbal. y sirviéronle ya poco al cartaginés su pericia y sus personales esfuerzos. Veinticinco mil africanos quedaron en el campo: prisioneros diez mil. Recogióse Asdrúbal con cortas reliquias de su ejército á Cartagena. Casi todos los pueblos de España se arrimaron al partido de los romanos (2).

Ni Roma se cansaba de enviar auxilios, ni Cartago refuerzos. Roma. exhausta de recursos, hallaba en la generosidad de los ciudadanos con que subvenir á las necesidades del ejército de España, que eran muchas. y los Escipiones observaban la política de no disgustar con exacciones al país conquistado. Cartago volvió á enviar otras sesenta naves con doce mil infantes y mil quinientos caballos al mando de Magón. hermano también de Aníbal y de Asdrúbal. Aliéntanse con esto los cartagineses de España,

(1) Livio escribe *cartesios* por *tartesios*, lo que ha dado lugar á versiones y conjeturas que no nos parecen necesarias.

(2) *Tunc vero omnes prope Hispaniæ populi ad romanos defecerunt.* Tit. Liv., libro XXIII.

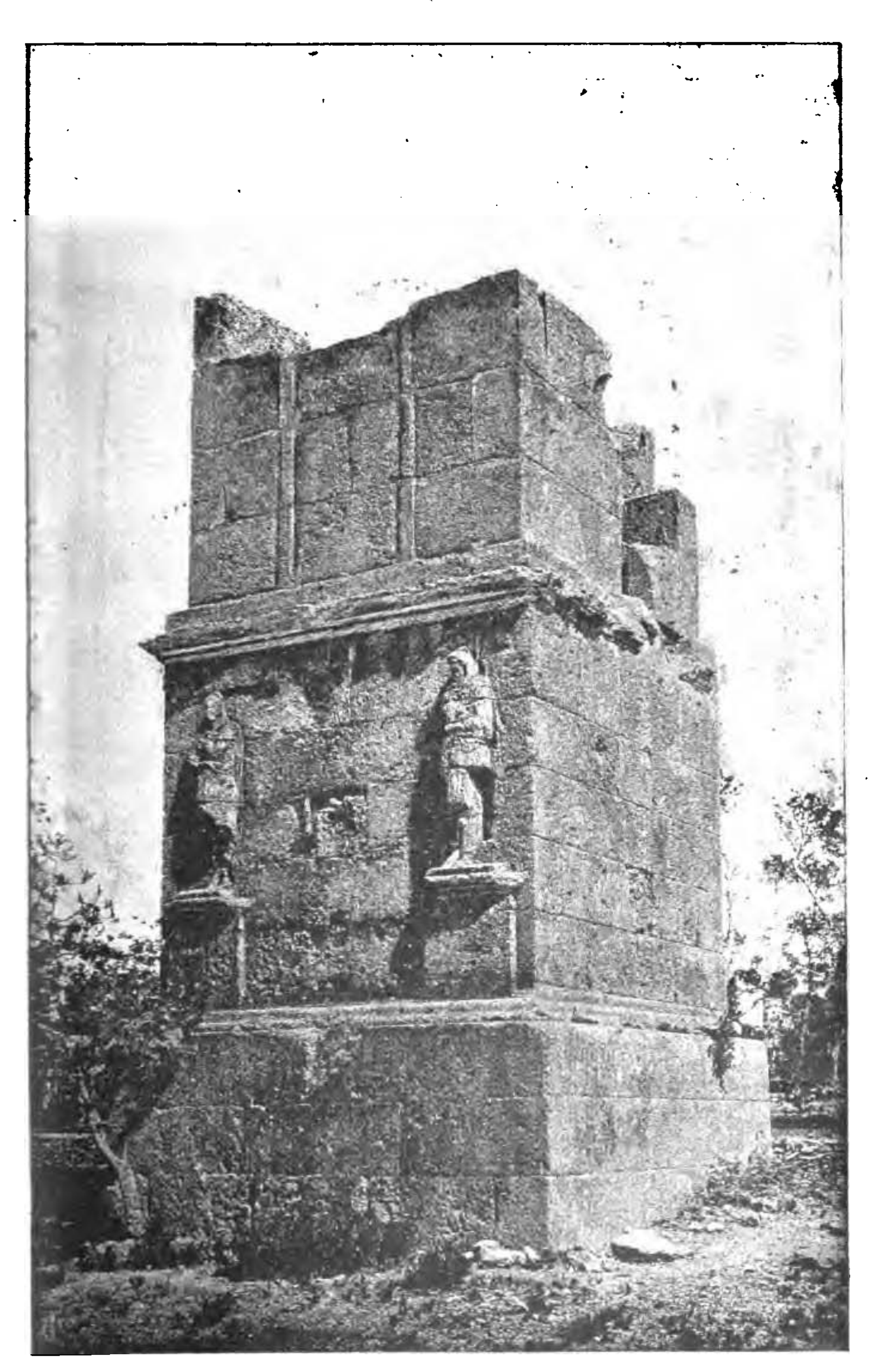
pero no por eso los alumbra mejor estrella. Los tres generales reunidos se ponen sobre Illiturgo (Andújar), que les había hecho defección, y acudiendo los Escipiones hacen gran matanza en su gente, y les toman cuatro mil prisioneros (1). Igual éxito alcanzaron otra vez que volvieron sobre Illiturgi. Pasa después el derrotado ejército cartaginés á acometer á Intibil ó Incibile (entre Teruel y Tortosa), y recibe otro escarmiento: aquí murió Himilcon, capitán esforzado. Ni fueron más afortunados en Bigerra, en Munda (sobre las bocas del Ebro), en Auringis (Jaén): en todas partes eran desbaratados los cartagineses, á pesar de haber venido Asdrúbal Gisgón en reemplazo de Himilcon. Lo peor era que en Italia se cansaba la fortuna de sonreir á Aníbal, y allí también se mostraban ya engreídas las águilas romanas. Sólo les quedaba á los cartagineses el genio de Asdrúbal Barcino, que superior á todos los desastres es muchas veces vencido, pero jamás desmaya; se retira, pero no sucumbe.

Acordáronse entonces los Escipiones, no sin rubor, de la fidelísima Sagunto, que destruída por Aníbal y reedificada después, llevaba ya cinco años en poder de los cartagineses, y estaba siendo afrentoso padrón de la fe romana. Dirigiéronse á ella; obligaron á la guarnición á capitular, y sacándola del dominio cartaginés la restituyeron á los pocos vecinos que habían podido sobrevivir á la catástrofe primera (214). Revolviendo después sobre la capital de los turboletas, los causadores de su anterior ruina, la desmantelaron y arrasaron por los cimientos, vendiendo á sus habitantes en pública almoneda. Devuelta Sagunto á sus antiguos dueños, fué recobrando bajo los romanos su prosperidad; y á esta época deben atribuirse los magníficos restos que han quedado de esta ciudad de gloriosos recuerdos.

Todo parecía conspirar en este tiempo contra Cartago. Aníbal empezaba á ser vencido en Italia, como luego habremos de ver. En Cerdeña el ejército de Asdrúbal el Calvo era deshecho por Tito Manlio Torcuato. En África un príncipe númida nombrado Siphax, llevado de un particular resentimiento, volvía sus armas contra la república, y ofrecía su alianza á los romanos. ¿Cómo no sucumbió Cartago en situación tan azarosa? Veremos hasta qué punto es caprichosa y voluble la fortuna de las armas, y cuán poco hay que fiar en sus favores.

A la alianza de los romanos con Siphax, opusieron los cartagineses la de Gala, otro príncipe númida, á cuyo hijo, nombrado Masinisa, mancebo de grandes y aventajadas prendas, encomendaron hiciese la guerra á Siphax. Dióse el joven africano tan buena maña en la ejecución, que bastáronle dos combates para destruir por completo á su contrario. Asdrúbal Gisgón le dió en premio por esposa á su hija Sofonisba. Lleno de gloria y de contento el intrépido Masinisa, pasó á España con siete mil infantes africanos y setecientos jinetes númidas, deseoso de dar ayuda á su suegro. Refuerzo fué éste que realentó á los abatidos y tantas veces maltratados cartagineses. Y aprovechando la inacción de los Escipiones, que descansaban en Tarragona sobre los pasados laureles (falta en que suelen caer los más afortunados guerreros), pusiéronse en marcha con intento de realizar el pensamiento en que tanto había insistido siempre el senado cartaginés,

(1) Más de tres mil infantes, dice Livio, y poco menos de mil caballos. Ibid. cap. 34.



SEPULCRO DE LOS ESCIPIONES. — *Monumento romano situado á una legua de Tarragona*

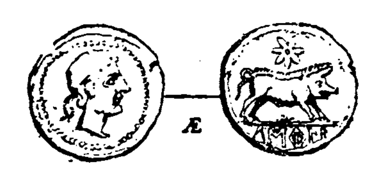
el de reforzar á Aníbal en Italia. Asdrúbal Barcino se dirigió al centro de España, dejando un cuerpo de ejército en la Bética, al mando de Magón su hermano y de Asdrúbal Gisgon, con Masinisa.

Dividiéronse también los dos Escipiones, al saber este movimiento, y aquello vino á ser la causa de su ruina. Cneo fué contra Asdrúbal Barcino, Publio contra Asdrúbal Gisgón y los otros. Encontró Cneo á Asdrúbal en Anitorgis (Alcañiz). Confiaba el romano en treinta mil celtíberos que acaudillaba, gente valerosa y fiera. Mas halló el astuto cartaginés medio de sobornarlos, y abandonaron las filas romanas, que con esta defección quedaron demasiado menguadas, y Cneo tuvo por prudente retirarse y evitar la pelea.

Peor suerte estaba sufriendo hallá hacia Castulón su hermano Publio. Acosábale sin dejarle momento de reposo la caballería de Masinisa, aquella caballería númida que tanto estrago hizo siempre en las falanges romanas. Venía además contra él el español Indibil con siete mil quinientos suessetanos (1): vióse Publio por todas partes cerrado y acometido: sirvióle poco defenderse con bravura; un bote de lanza le atravesó el cuerpo y le derribó del caballo. Con la muerte de Publio se desordenaron sus huestes; la noche libertó á unos pocos del encarnizado furor de los vencedores. No desaprovecharon éstos la victoria. Vuelan á incorporarse á Asdrúbal Barcino que seguía á Cneo. Encuéntrase éste envuelto por tres ejércitos á la vez: levanta de noche sus reales y se retira; pero la caballería de Masinisa se destaca en su seguimiento: gana el romano una pequeña colina, donde improvisa una rústica trinchera hecha con los aparejos y tercios de las acémilas: tras este débil y flaco vallado se defiende con valor prodigioso; pero oprimido por el número perece con la mayor parte de su gente (2).


MONEDAS TURDETANAS





Cástulo (*Cazlona*)

Así acabó aquel valiente romano (216), el primero que inauguró en España el futuro señorío de Roma. Así acabaron aquellos dos esclarecidos

(1) Créese que eran los de Sangüesa.

(2) A cuatro millas de Tarragona se ve todavía un monumento ilustre que se dice ser el sepulcro de los Escipiones. La batalla de cierto no fué en aquel sitio; pero pudo ser muy bien y es harto verosímil que los romanos trasladaran allí sus cenizas, como asiento que era Tarragona de su gobierno.

hermanos, cuyas campañas habían sido una cadena de gloriosos triunfos. Así quedaron en un momento desvanecidas las esperanzas que fundaba Roma en los talentos militares de los Escipiones. ¡Qué mudanza en el teatro de la guerra! Ayer apenas existía ejército cartaginés, y hoy apenas existe ejército romano: ayer las águilas romanas enseñoreaban el país, hoy las cortas reliquias de aquellas legiones no encuentran donde guarecerse. Los que van á refugiarse en Castulón encuentran cerradas las puertas de la ciudad: los que se guarecen en Illiturgis son de noche bárbaramente degollados: fueron otros á buscar amparo de la parte allá del Ebro.

Quedábale aún á Roma un genio militar en España; genio con que no contaría la república, porque se ocultaba bajo el modesto uniforme de simple centurión ó capitán de compañía. Este genio era Lucio Marcio, hijo de Septimio Severo, caballero romano.

Marcio no se rindió al desaliento que en los rostros de los fugitivos veía pintado, incluso Fonteyo, único jefe de alguna graduación que quedaba. Ocurrióles á los soldados nombrar general á quien tan osado y resuelto se mostraba. Pero al saber que Asdrúbal, franqueando el Ebro se les venía encima, y tras él Magón que seguía sus huellas, turbóseles de nuevo el ánimo, y mustios unos, renegando y maldiciendo de su suerte otros, esperando todos una muerte que miraban como infalible, luchaba y trabajaba el improvisado general por infundirles aliento, sin que su voz apenas fuera escuchada. Entretanto el enemigo casi toca á sus reales. La vista de los estandartes cartagineses produce una transformación mágica en los ánimos de aquellos desdichados; el miedo se trueca en desesperación, la desesperación en coraje, y aquel puñado de hombres á manera de leones embravecidos se arrojan sobre los cartagineses, que sorprendidos con tan impetuosa y brusca arremetida, vuelven vergonzosamente la espalda. Todos se maravillaron, los unos de ver huir, los otros de verse huyendo. Calculando luego Marcio que los enemigos no esperarían un segundo ataque, conociendo además que si daba lugar á que se les reuniese Magón no quedaba á los suyos manera de salvarse, concede algunas horas de reposo á sus fatigadas y escasas tropas, y en altas horas de la noche se entra á las calladas en el campo y reales de Asdrúbal, que descuidado y sin guardias ni centinelas dormía. Cansáronse de matanza sus soldados, y sin darse más vagar prosiguieron en busca de Magón, á quien hallaron igualmente desapercibido. Penetran con el mismo ímpetu en sus estancias: era ya de día: Magón y los suyos, á la vista de los paveses y espadas de los romanos ensangrentadas con la matanza reciente, se llenan de estupor y se ponen en fuga: síguelos Marcio, los alcanza, y los romanos se cansan también de degollar: los capitanes cartagineses pudieron escapar á uña de caballo (1).

Salvó Marcio de un solo golpe las dos Penínsulas: la España venciendo á los cartagineses, la Italia impidiendo la marcha de Asdrúbal, que unido

(1) Debió tener lugar este suceso cerca de Tortosa. En el campo cartaginés se encontró un escudo de plata de ciento treinta y ocho libras de peso con la imagen de Asdrúbal Barca ó Barcino. Este monumento de las glorias de Marcio fué llevado á Roma y se colgó en el Capitolio. Llamóse *Escudo Marcio*. Tit. Liv., lib. XXXV. Valer. Max., lib. I.

á Aníbal, que todavía se hallaba pujante, hubiera podido poner á Roma en grande aprieto.

Pagóselo Roma con ingratitud. En la carta que Marcio dirigió al senado se daba el título de pro-pretor, que debía sólo á la aclamación de los soldados. Tomólo á mal la orgullosa aristocracia romana, y sin dejar de reconocer la importancia de sus grandes hechos ni de hacer justicia á sus altas prendas, anuláronle implícitamente nombrando pro-pretor de España á Claudio Nerón, que entonces hacía la guerra de Capua contra Aníbal. El generoso Marcio, no obstante ver tan mal recompensados sus eminentes servicios, llevó tan adelante su desprendimiento, que cuando llegó Nerón á España le entregó sin darse por sentido aquellas tropas que le habían aclamado su general, y se puso bajo sus órdenes sin otro pensamiento que el de continuar sirviendo á su patria en el puesto que le designaba. Así el que acababa de dar un ejemplo de admirable heroicidad, dió también un ejemplo de admirable patriotismo.

Poco tino mostró el senado romano en la elección de Claudio Nerón. Desembarcado que hubo en España con once mil infantes y mil caballos que de refuerzo trajo (211), fuése en busca de Asdrúbal, á quien halló entre Illiturgis y Mantisa en los bastetanos (1). Faltóle poco para coger al cartaginés en el desfiladero de un bosque; pero reconocióle Asdrúbal á tiempo, y entreteniendo á Nerón so pretexto de negociaciones de paz, hizo una noche desfilar calladamente su ejército, dejando las hogueras encendidas en el campamento para mejor engañar al romano: él mismo después á presencia y vista de Nerón metió espuelas al caballo y se alejó en busca de los suyos. De modo que la única hazaña de Claudio Nerón durante su breve mando en España fué dejarse burlar de la astucia de un cartaginés. No merecía su nombramiento la pena de haber desairado á Marcio. Pronto fué otra vez llamado á Roma.

MONEDA LATINA



(1) Mariana los nombró ausetanos, indudablemente con error.

CAPÍTULO V

ESCIPIÓN EL GRANDE

desde 211 *antes de J. C. hasta* 205

Es nombrado Publio Cornelio Escipión procónsul de España.—Desembarca en Tarragona.—Toma á Cartagena.—Generosidad de Escipión con los españoles. Noble y galante conducta del romano con una joven española.—Acción de Bécula. Gánala Escipión.—Logra Asdrúbal pasar á Italia.—Nuevos triunfos de los romanos en España.—Los cartagineses reducidos á Cádiz.—Enfermedad de Escipión. Propágase la falsa voz de su muerte, y se rebelan de nuevo Indibil y Mandonio.—Sublévase una parte del ejército romano.—Somételos á todos Escipión.—Tratos con Masinisa para la entrega de Cádiz.—Conducta del gobernador Magón.—Los cartagineses son expulsados de España.

Tratábase en la asamblea del pueblo romano de nombrar un general que reemplazase á Claudio Nerón en España. Vióse con sorpresa que nadie aspiraba á recibir este honor. La suerte desastrosa de los Escipiones y las noticias que Nerón les daba de la astuta falsía de los de Cartago hacían que se esquivara como peligroso el mando de las armas romanas en la península española. La república no sabía á quién enviar. Un joven de veinticuatro años se levanta, y con arrogante acento: «Yo soy Escipión, exclama: pido que se me nombre procónsul. Quiero ser el vengador de mi familia y del nombre romano. Entre las tumbas de mi padre y de mi tío sabré ganar victorias. Tengo todo lo que se necesita para vencer.» El joven Publio Cornelio Escipión fué nombrado procónsul.

Diez y nueve años tenía cuando su padre Publio fué herido en la batalla del Tesino peleando contra Aníbal, y ya entonces salvó la vida á su padre. Cuando las legiones derrotadas en Cannas se desbandaron por Italia, una de ellas nombró su jefe al joven Publio Cornelio. Duraba el pavor á los soldados, y no trataban sino de huir. Escipión se presentó en medio de los fugitivos con su espada desnuda: «Juro aquí solemnemente, les dijo, que con esta espada atravesaré el corazón á todo el que pretenda tomar el camino de Roma. Juro por Júpiter no hacer jamás traición á la república. Tú, Cecilio, y vosotros todos los que os halláis aquí presentes, prestad el mismo juramento.» Tan enérgico lenguaje usado por un joven, contuvo y realentó las tropas.

Especies misteriosas circulaban por el vulgo acerca de su nacimiento. Decían que nueve meses antes de venir al mundo se había visto un enorme dragón en casa de su madre. Veíasele subir diariamente al Capitolio, y él hacía creer que conversaba horas enteras con Júpiter. Teníasele por hombre recto. Aunque joven, concebía grandes pensamientos, y los ejecutaba con madurez. Respetaba ó se reía de las leyes, de la religión y de los tratados, según cumplía más á su propósito. Era un digno rival de Aníbal.

Partió, pues, Publio Cornelio Escipión á España con diez mil infantes y mil caballos: se embarcó en Ostia y desembarcó en Tarragona.

Su primer pensamiento fué apoderarse de Cartagena, el principal

baluarte de los cartagineses. Llegada la primavera, y aprovechando la ocasión en que los generales enemigos se hallaban lejos de la plaza, Magón cerca de Cádiz, Asdrúbal Gisgón á la boca del Guadiana, y el otro Asdrúbal en el país de los carpetanos, ordenó á Lelio que con la armada siguiese la costa, y él, sin perderla de vista, pasó el Ebro con veinticinco mil infantes y dos mil quinientos caballos. A los siete días la escuadra y el ejército se hallaban á la vista de Cartagena. Guarnecíanla solos mil hombres: creíasela por su gran fortaleza al abrigo de todo ataque. Después de intentados varios asaltos, rechazados con bizarría por los españoles que presidiaban la ciudad, fué avisado Escipión de que había un sitio que en las mareas bajas quedaba casi en seco, y por el cual podía llegarse á pie hasta la muralla. Sirvióle la noticia para persuadir á sus soldados que Neptuno favorecía su empresa, y les dejaría atravesar el mar sin peligro. Así sucedió, Neptuno retiró las aguas á la hora que de costumbre tenía, y mientras Escipión daba el asalto por la parte del Norte, una compañía escogida atravesó el vado hasta tocar en el muro. Echáronse las escalas, y abriendo la puerta más cercana, pronto estuvo la plaza en poder de los romanos (210). Las crueles leyes de la guerra fueron al principio seguidas, y no cesó la matanza hasta haberse entregado la ciudadela, donde se había retirado el gobernador Magón. Lelio entretanto se apoderó de la flota cartaginesa, quedando así los romanos dueños también y señores del mar.

Era Cartagena como la metrópoli de la España cartaginesa, el mejor puerto del Mediterráneo, la plaza más fortalecida, el emporio del comercio, el almacén y arsenal de las provisiones y de las armas, el depósito de los rehenes y el centro de las riquezas. Inmensas fueron las que allí recogió el vencedor. El oro y la plata se depositaron en manos del cuestor, especie de cajero de la república. El resto del botín, hecha la competente valoración por los tribunos militares, se distribuyó según costumbre entre los soldados: ramo era este que los romanos tenían perfectamente organizado: los soldados hacían juramento antes de entrar en campaña de no retirar nada del botín, y los romanos guardaban entonces sus juramentos.

Pasados los primeros excesos de la soldadesca, comenzó Escipión á mostrarse generoso. La ley hacía esclavos á los prisioneros: Escipión dió libertad á todos los españoles, y lo que es más, les restituyó todos sus bienes, aun á aquellos que aliados antes de Roma habían pasado á las filas contrarias. Otro acto de generosidad, más noble todavía, levantó más alta la fama de las virtudes del insigne caudillo. Por una inveterada y horrible costumbre las prisioneras quedaban de derecho á merced del vencedor. Hallábanse entre ellas la esposa de Mandonio y las hijas de Indibil, jóvenes y hermosas, dice Livio (1). Escipión respetó la esposa y las hijas de sus enemigos. Esto fué poco todavía. Como el presente que más podía halagarle le presentaron los soldados una joven española notable por su rara y singular belleza. Era Escipión hombre de pasiones vivas y fogosas. Sabedor, no obstante, de que aquella joven se hallaba desposada con un príncipe celtíbero llamado Allucio, hizo llamar á sus padres y á Allucio mismo, y entregósela con todo el oro que para su rescate habían traído. «Recibidla

---

(1) *Ætate et forma florentes.*

de mis manos, les dijo, tan pura como si saliese de la casa paterna No os pido en recompensa de este don sino vuestra amistad hacia el pueblo romano.» Allucio supo corresponder al beneficio: sirvió á Roma é hizo grabar aquella memorable acción en un escudo de plata que regaló al generoso romano (1). Con semejante moderación granjeóse más partido Escipión en España que con multiplicadas victorias.

Lelio fué enviado á Roma con cartas para el senado anunciándole la

MONEDAS IBÉRICAS

KISSA (Guisona)

Setisacum (*Sástago*)

Bursao (*Borja*)

Segea (*Ejea de los Caballeros*)

Iluagil (*Olite*)?

toma de Cartagena. Como testimonio de la conquista llevó éste en sus naves al gobernador Magón con algunos consejeros y senadores cartagineses. Hecho esto, y dejada la suficiente guarnición en Cartagena, volvióse á invernar en Tarragona.

La política de Escipión le atrajo, como era de esperar, la amistad y afecto de los pueblos y de los caudillos españoles. Además de Edesco ó Edecon, varón muy principal entre ellos, pusiéronse á su devoción aquellos dos famosos régulos Indibil y Mandonio, que le debían la restitución de sus familias. Admitiólos Escipión á su gracia, sin tener en cuenta su

(1) Liv., cap. 37.

anterior enemistad, ni la parte que uno de ellos tuvo en la derrota y en la muerte de su padre. A tal punto rayaba ó la política ó la magnanimidad del vencedor romano.

Todavía el infatigable Asdrúbal tentó vengar el infortunio de Cartagena, y salió de nuevo á campaña. Fuéle Escipión al encuentro, llevando consigo

MONEDAS IBÉRICAS



á Lelio, que ya era vuelto de Roma, y al español Indibil que le guiaban. Halló al cartaginés cerca de Bécula, no lejos de Castulón. Allí también vencieron las águilas romanas; allí también se vió la política de Escipión.

Los prisioneros cartagineses fueron vendidos como esclavos; los españoles enviados libres y sin rescate. Entre los africanos destinados á la venta llamó la atención un joven númida, cuyo garbo y gentileza le distinguían de los demás esclavos. Supo que era sobrino de Masinisa, y nieto del rey Gala. Mandó Escipión que fuese tratado como un príncipe, y llamándole luego á su tienda y dándole un anillo de oro, un traje militar español y un caballo ricamente enjaezado, le envió con buena escolta de caballería á los reales de Masinisa. Galante generosidad que Masinisa no olvidó jamás (209).

Habido consejo entre los generales cartagineses después de la derrota

de Bécula, acordaron que Magón pasara á Mallorca á reclutar honderos, que Masinisa con la caballería ligera molestara los pueblos confederados de Roma, y que Asdrúbal Barcino, recogiendo cuanta gente pudiese en la


MONEDAS IBÉRICAS

Iaca (*Jaca*)

Isa (*Isona*)

Emporiæ (*Castellón de Ampurias*)

Celsa (*Jelsa*)

Emporiæ (*Castellón de Ampurias*)

ILVRO

Bética y en la Lusitania, realizara el antiguo y tantas veces frustrado proyecto de pasar á Italia en ayuda de Aníbal. Esta vez logró dar cima al designio en que con tanto ahinco se había empeñado el senado cartaginés, el cual supo con regocijo que Asdrúbal, siguiendo el mismo camino que diez años antes había llevado su hermano Aníbal, había salvado los Pirineos, la Galia y los Alpes, y se hallaba en Italia (208); para mal suyo, como habremos de ver en la breve noticia que daremos de aquella famosa campaña, una de las más memorables de la antigüedad.

En España quedaban ya las costas del Mediterráneo y la parte oriental

de la Bética bajo la dominación romana. Sin embargo, mientras Escipión en Tarragona se dedicaba á arreglar el gobierno de la provincia, vino de Cartago Hannón en reemplazo de Asdrúbal Barcino, acompañado de Magón, el que había ido en busca de honderos baleares (1). Metiéronse juntos por la Celtiberia con intento de hacer levas de gentes; pero á éstos les venció Silano, lugarteniente de Escipión, cayendo en su poder el mismo Hannón recién venido (207). Lucio, hermano de Escipión, se encargó de rendir á Oringis (Jaén), que tomó por asalto, después de lo cual fué enviado á Roma, llevándose consigo al prisionero Hannón y á trescientos cautivos nobles, según costumbre de los romanos.

Dos solos generales cartagineses quedaban ya en España, Asdrúbal Gisgón y Magón, reducidos á las últimas partes de la Bética, donde era más antiguo su dominio. Allí fué á buscarlos el mismo Escipión, y empeñado un recio combate entre Córdoba y Sevilla, obligó á Asdrúbal á guarecerse en Cádiz con los desbaratados restos de su ejército, de noche y por fragosos cerros y ásperas veredas. Ya no quedaba á los cartagineses más que Cádiz y algunas ciudades vecinas. Mantúvose observándolas Silano (206).

Acercábase á su término la dominación cartaginesa en España.

El mismo Masinisa resolvió abandonar el partido de Cartago, y después de concertar secretamente con Escipión y Silano la manera de ejecutar aquel pensamiento, volvióse á Cádiz para mejor disimular y encubrir el designio. Pudo mover al terrible númida á obrar de este modo el ver cuán de caída iban las cosas de su patria, y pudo también Escipión ganar con su política el ánimo de un príncipe que le había visto portarse tan generosamente con su propio sobrino (2).

Resolvía ya Escipión y traía en su cabeza la idea atrevida de apoderarse de la misma Cartago. Con este propósito partióse para Africa al intento de atraerse al viejo rey númida Siphax. Conseguido esto, regresó á Cartagena satisfecho de haber suscitado á los cartagineses un embarazo en su propio país.

A su vuelta se propuso castigar el agravio que las dos ciudades, Illiturgo y Castulón, habían hecho á los romanos. Encomendó á Marcio el escarmiento de Castulón, tomó sobre sí el de Illiturgo. Defendiéronse brava y heroicamente los de esta última ciudad, viendo que no podían evitar el suplicio, pero tomáronla los romanos por asalto. Si horrible había sido el crimen y grande la deslealtad, grande y horrible fué también la expiación. Todos sus moradores sin distinción de sexo ni edad, hasta los niños de pecho, fueron pasados á cuchillo: sus edificios incendiados; no quedó piedra sobre piedra; sembróse de sal el sitio en que habían estado las murallas. Negra mancha que echó Escipión á la fama de generoso y

(1) Esta identidad de nombres, tantos Hannón, tantos Magón, y tantos Asdrúbal, como asimismo la pluralidad de Escipiones, pueden fácilmente producir confusión no poniendo cuidado en distinguirlos, y dan á estas guerras cierta monotonía que el historiador no puede remediar.

(2) «Acordó, dice el gravísimo Mariana, de moverse al movimiento de la fortuna y *bailar al son que ella le hacía*.» Lib. II, c. 22.

templado que antes tenía. Difícilmente los más moderados guerreros dejan de empañar el lustre de sus glorias con algún acto de inhumanidad y de fiereza. Parece llevarlo consigo el ejercicio de las armas y el hábito de derramar sangre. Castulón fué con menos dureza tratada, acaso porque había sido menos culpable (1).

Volvió Escipión á Cartagena, donde quiso dar un ejemplo de piedad filial honrando los manes de su padre y de su tío con magníficos funerales. Asistieron á estas fiestas fúnebres los principales jefes españoles, y aprovechó aquella reunión el romano para afianzar más su amistad y tomar mayor ascendiente sobre los indígenas (2).

Entretanto el intrépido Marcio iba subyugando el resto de las ciudades de la Bética. Sólo Astapa (cerca de donde hoy está Estepa), recelando le estuviese reservado un castigo semejante al de Illiturgo por haber muchas veces maltratado los pueblos aliados de Roma, resolvió antes que rendirse perecer á ejemplo de Sagunto, y así lo cumplió. Sitiada por Marcio, y después de haber hecho esfuerzos desesperados de valor, determinaron sus habitantes morir antes que rendirse. También como los de Sagunto levantaron en la plaza pública una inmensa pira, y reuniendo sus mujeres, sus hijos, y todos sus efectos y alhajas, dieron orden á cincuenta jóvenes de los más determinados y resueltos para que, en el caso de penetrar en la ciudad las cohortes romanas, degollaran sus familias y aplicaran fuego á la leña. Ellos salieron como los saguntinos á atacar los atrincheramientos romanos; dejólos Marcio avanzar hasta tenerlos completamente envueltos; ciegos ellos de ardor, no ven el peligro, y perecen clavados por las lanzas romanas. Dirígense luego los vencedores á la ciudad... cadáveres sólo y cenizas encontraron en ella. Lo que Sagunto había hecho por no someterse al yugo de Cartago lo repitió Astapa por no doblarse al yugo de Roma. Sólo en España se vieron estos ejemplos de rudo heroísmo. ¿Por qué Astapa ha sido menos ensalzada que Sagunto? ¿Será porque la ciudad fuese de menos importancia, ó porque los historiadores han sido romanos y no cartagineses?

Reducidos estaban ya los cartagineses al solo recinto de Cádiz. No faltó quien de esta ciudad saliera secretamente á ofrecer á Escipión la entrega de la plaza. Pero descubierta ó traslucida la trama por el gobernador Magón, redobló la vigilancia y las guardias, y arrestados los jefes de la conspiración, determinó trasportarlos á Cartago en una flota á las órdenes

---

(1) App. *de Bell. Hisp.*—Tit. Liv., lib. XXVIII.

(2) En estas fiestas se vió por primera vez en España (ó por lo menos es el primer caso que hallamos consignado en la historia), dirimirse una cuestión de derecho por medio del duelo ó combate personal. Dos ricos españoles, Corbis y Orsúa, ó hermanos ó primos, se disputaban el derecho al señorío de la ciudad de Iba, cuya situación hoy se ignora. Acordaron los dos contendientes terminar su querella por la vía de las armas en singular combate. Quiso el mismo Escipión intervenir en el negocio y reconciliarlos. Aceptó su mediación Corbis; no así Orsúa, que se obstinó en llevar adelante el duelo: cara le salió su obstinación, pues aceptado por Corbis, y batidos los dos campeones, pereció Orsúa en la demanda, quedando su victorioso rival dueño y señor de Iba. Antiguo ejemplo de los famosos *juicios de Dios*, tan comunes después en la Edad media. Livio, lib. XXVIII.

de Adherbal. Esta flota fué en su mayor parte destruída por la escuadra de Lelio, que en las aguas de Algeciras la aguardaba. Salvóse, no obstante, Adherbal en su galera. Lelio y Marcio, desesperando de poder tomar por entonces una ciudad tan defendida y vigilada, volviéronse con la flota y el ejército á Cartagena.

Faltó poco todavía para que un inopinado incidente diera al traste con todo el poder romano en España. Acometió á Escipión una enfermedad grave, y se difundió la voz de que había muerto. Los dos hermanos españoles Indibil y Mandonio, que se habían unido á los romanos, no tanto acaso por gratitud á Escipión, como con la esperanza de expulsar con su ayuda á los cartagineses, creyendo en la muerte del caudillo romano, mudaron otra vez de partido y levantáronse en armas de nuevo. Sobre unos ocho mil romanos que acampaban á las márgenes del Ebro, creyendo también muerto á su general, amotináronse so pretexto de faltarles las pagas, y deponiendo á sus jefes y nombrando en su lugar á simples soldados, encamináronse á Cartagena y llegaron hasta las orillas del Júcar. Pero Escipión no había muerto; hallábase por el contrario restablecido ya á aquella sazón; y con su consumada prudencia dejó avanzar los rebeldes, los esperó y los hizo envolver por todo su ejército: mas no queriendo destruirlos ni diezmarlos, temiendo también la vecindad de Indibil y Mandonio, les habla, les persuade, les ofrece que les pagará de los tesoros mismos de los dos españoles, á quienes juntos van á batir, los reduce á la obediencia, y por satisfacer á la disciplina militar castiga un corto número de los sublevados.

Indibil y Mandonio, noticiosos de esta novedad, repasan el Ebro en retirada. Escipión los persigue, los acosa, los bate y los destruye. Convencidos estos españoles de la imposibilidad de luchar contra el ascendiente de Escipión, imploran su clemencia, y disculpando su ligereza, demandan humildemente perdón para ellos y para sus conciudadanos. El romano vuelve á mostrarse generoso, y después de reprenderles y afearles su perfidia, les otorga el perdón, y les deja sus armas y sus estados, condenándolos sólo á una fuerte contribución para el pago de sus tropas.

Si artera y fingida fué la sumisión, no fué menos política la indulgencia. Pero conveníale á Escipión dejar allí restablecida la paz, bien que fuese aparente, porque le urgía arrojar á los cartagineses de Cádiz.

Había vuelto de África Masinisa con un refuerzo de caballos númidas, como para socorrer á los suyos, pero ya hemos visto cuán inclinado estaba á hacer causa con los romanos. Escipión se había acercado también á Cádiz, y entonces fué cuando los dos caudillos celebraron la entrevista en que se pactó la amistad que había de durar toda la vida, y se concertó la entrega de la plaza.

Pero Magón mismo ya no pensaba en defenderla. El senado cartaginés había resuelto al fin abandonar la España, y con aquellas tropas tentar el último esfuerzo en Italia. Magón recibió orden de partir. Preparóse á ello arrebañando cuanto oro y plata pudo, así del tesoro como de los particulares, sin respetar los templos de los dioses, que despojó también. Embarcóse en seguida, dejando á Masinisa con sus númidas en Cádiz. Tomó rumbo hacia Cartagena, y acercóse á su antigua metrópoli por si podía

sorprenderla, pero rechazado vigorosamente por la guarnición romana, dió la vuelta hacia Cádiz, cuyas puertas halló cerradas ya, y abolida la autoridad de Cartago. Abordó entonces con su flota al pequeño puerto de Ambis, desde donde envió diputados á la plaza quejándose de aquella novedad; y como manifestase deseos de hablar con los magistrados, acudieron éstos cándidamente donde Magón estaba, el cual tan luego como los tuvo en su poder los hizo azotar y dar muerte de cruz. Así se despidieron de España los últimos cartagineses. Con una felonía se habían apoderado de Cádiz, y con un acto de traición le hicieron la última despedida (205).

Hízose de allí Magón á la vela para las Baleares. Tentó un desembarco en Mallorca, pero los honderos mallorquines le recibieron con una lluvia de piedras, que mal de su grado le obligaron á retirarse. Mejor recibido en la menor de aquellas islas, ó por lo menos sin hallar la misma resistencia, detúvose á invernar en un puerto que de su nombre se llamó *Portus-Magonis*, después Puerto Mahón.

Quedaron, pues, los cartagineses expulsados de España, después de catorce años de porfiadas y sangrientas luchas, y al quinto de haberse encargado Escipión de la guerra y del gobierno de la Península (1). Cádiz, la primera colonia fenicia, y la última ciudad cartaginesa, pasó á ser ciudad romana.

CAPITULO VI

CAÍDA DE CARTAGO

Campañas de Aníbal en Italia.—Constancia de los romanos.—Primer triunfo del cónsul Marcelo sobre Aníbal.—Llega Asdrúbal á Italia.—Es derrotado y muerto en el Metauro, y su cabeza arrojada al campamento de Aníbal.—Sentidos lamentos y lúgubres vaticinios de éste.—Pasa Escipión de España á Roma.—Sus designios.—Oposición que encuentra en el senado.—Pasa á Sicilia y desde allí á Africa.—Pérfida estratagema que emplea para derrotar á Siphax.—Aníbal es llamado de Italia en socorro de Cartago. Acude.—Entrevista de Aníbal y Escipión.—Famosa batalla de Zama.—Triunfa Escipión y sucumbe Cartago.

Aunque los sucesos que vamos á referir en este capítulo acontecieron fuera del territorio de nuestra Península, influyeron grandemente en los destinos de España. Trátase además de la suerte que cupo á dos de los más famosos capitanes de la antigüedad, que ambos habían inaugurado la carrera de sus glorias en los campos españoles. Trátase de dos guerreros insignes, que en nombre de las dos más poderosas y más enemigas repúblicas se disputaban el imperio del mundo. Trátase del final término que tuvieron las memorables luchas entre romanos y cartagineses; luchas sostenidas con soldados españoles que peleaban fuera de su patria en contrarias filas. y que solían decidir el éxito de las batallas en provecho ajeno. Trátase, en fin, de la caída de una república que enseñoreó siglos

(1) Liv., lib. XXVIII, caps. 18 y 19.

enteros los mares, y estuvo á punto de sujetar la Italia y la España al dominio africano.

Dejamos á Aníbal invernando en Capua después del memorable triunfo de Cannas. Se ha hecho un cargo á aquel ilustre guerrero de no haber marchado derechamente sobre Roma, pero acaso en nada anduvo más prudente el africano que en no empeñarse en la conquista de la ciudad eterna. Tal vez se han exagerado también los daños que en la disciplina y en la moralidad de su ejército causaron las ponderadas *delicias de Capua:* puesto que se vió todavía á este mismo ejército, no muy numeroso, sostenerse por espacio de muchos años en país enemigo, pelear con vigor, mantener en respeto á Roma en medio de todo género de dificultades. Lo peor que tuvo Aníbal contra sí fué la constancia romana, aquella constancia heroica que desplegaron los romanos pasadas las impresiones del primer aturdimiento. Todos, hasta los esclavos, se alistaban voluntariamente en las banderas de la patria: todos los ciudadanos derramaban espontáneamente su dinero en las arcas públicas: las naciones vecinas le prodigaban recursos y soldados. De tal modo se recobró Roma del susto de Cannas, que cuando se puso en venta el terreno sobre que acampaba Aníbal, se presentaron tantos compradores como si la Italia se hallara limpia de enemigos; y cuando se trató del rescate de prisioneros. Roma contestó con arrogancia, que no le hacían falta soldados que se dejaban coger vivos, y tuvo la audacia de intimar á Aníbal que saliera aquella noche del territorio romano. Todo esto era propio de una república que cuando uno de sus cónsules volvía derrotado y vencido, le daba todavía las gracias por haber llenado su deber y no haber desconfiado de la salud de la patria.

Tuvieron los romanos la fortuna de apoderarse de Siracusa (1), de donde sacaron inmensas riquezas, y redujeron toda la Sicilia á simple provincia romana. Llamó entonces Roma al cónsul Marcelo, conquistador de Siracusa, para oponerle á Aníbal, el vencedor de Cannas. Avanzaron los romanos contra Capua, y Marcelo tuvo la gloria de ser el primer vencedor de Aníbal, el cual, después de haber hecho prodigios de valor, hizo una maravillosa retirada hacia la Lucania.

Fué, pues, perdiendo Aníbal á Capua, Tarento, y la mayor parte de las plazas de la Apulia, donde luchó por espacio de tres años. No le quedaba ya más esperanza que el ejército que su hermano Asdrúbal capitaneaba en España. Ya hemos visto cómo los Escipiones frustraban con sus triunfos en España las tentativas de Asdrúbal para pasar á Italia en ayuda y socorro de su hermano.

Al fin, cuando Aníbal llevaba ya diez años combatiendo en Italia, logró Asdrúbal trasponer los Pirineos y los Alpes (208), como en el capítulo anterior dejamos referido. Envió tras él el grande Escipión una gruesa ar-

(1) En 213. Entonces fué cuando el grande Arquímedes, absorto en sus meditaciones geométricas, sin apercibirse del tumulto de la soldadesca romana que incendiaba y saqueaba la ciudad tomada por asalto, fué muerto por un soldado. El cónsul Marcelo, que había dado orden expresa para que se respetara su casa, sintió vivamente su muerte, y queriendo repararla en lo posible, colmó á sus parientes de beneficios y mandó erigirle una tumba en que se esculpió una esfera inscrita en un cilindro.

mada, con dinero, municiones y víveres, y muchos miles de guerreros españoles. Españoles eran también los soldados en quienes más fiaban los cartagineses.

Contra Asdrúbal envió Roma al cónsul Livio Salinator al Norte, contra Aníbal al cónsul Claudio Nerón á la Lucania. Grande era la ansiedad del pueblo y del senado romano. Asdrúbal, digno hermano del mayor genio militar de la antigüedad, y á quien llamaba Diodoro el más grande después de Aníbal, avanzaba hacia Ancona arrojando delante de sí al pretor Poncio, á la cabeza de cincuenta mil lusitanos y de algunos veteranos de la Galia. Reúnense á Livio los españoles que enviaba Escipión. Ambos temen los resultados de una batalla decisiva: porque si triunfa Asdrúbal, sucumbe Roma; si Asdrúbal es vencido, Cartago tiene que renunciar á Italia.

Entretanto Claudio Nerón, más afortunado en Italia que lo había sido en España (1), había logrado un triunfo sobre Aníbal en la extremidad de la Lucania, cerca de Tarento. Allí le fueron enviados unos pliegos sorprendidos á un correo que á Aníbal había despachado su hermano Asdrúbal, en que le revelaba todos sus planes y pensamientos de campaña.

Admiremos aquí el patriotismo de los romanos de aquella era. Aquel mismo Nerón, que era enemigo mortal de Livio, olvidando sus particulares odios y atendiendo sólo al bien de la república, vuela en socorro de su colega con siete mil soldados escogidos. Vuela, decimos, porque separaban cien leguas los dos campos, y bastaron siete días á sus tropas para salvar tan enorme distancia. Tan á las calladas lo hicieron, que ni Aníbal advirtió al pronto su salida, ni Asdrúbal notó su llegada. Incorporados los dos cónsules, aquellos cónsules que tanto se aborrecían, púsose Nerón á las órdenes de Livio para combatir al enemigo común. Pensamiento atrevido el de Claudio Nerón, y abnegación admirable, que le dieron á un tiempo gran reputación de civismo y de capacidad.

Presentan al siguiente día la batalla. Sorprendido Asdrúbal de hallar á los cónsules reunidos, sospecha si su hermano habrá muerto, ó recela por lo menos que haya sido derrotado. Bajo el influjo de estos tristes presentimientos, iguales á los que años antes había hecho él concebir en España á Cneo Escipión respecto de su hermano Publio, esquiva el combate y emprende de noche la retirada. A las pocas horas de marcha los guías le abandonan, y el ejército se fatiga en idas y venidas por las márgenes del Metauro, buscando un vado que le es imposible hallar. El retraso da lugar á la llegada de los cónsules, y Asdrúbal se ve forzado á aceptar la batalla. Rudo fué el choque entre las tropas escogidas de los romanos y la legión de España. Desbándansele á Asdrúbal los ligurios, pero nada basta á hacer cejar á los soldados españoles, que firmes en sus puestos prefieren morir á retroceder un solo palmo. Tanta bizarría no sirvió sino para inmortalizar el nombre español (2). Sucumbieron al número, y fueron dego-

(1) Véase el final del cap. IV.

(2) Tito Livio, el más interesado en acrecentar las glorias de las armas romanas, encarece y tributa mil elogios al valor de los españoles en esta como en otras batallas.

llados como el mismo Asdrúbal, que no queriendo sobrevivir á la derrota buscó la muerte, vendiendo cara su vida, en las lanzas enemigas (207).

La batalla del Metauro fué para Roma lo que para Cartago había sido la de Cannas. Costó cincuenta mil hombres á los vencidos, veinte mil á los vencedores. Puede decirse que aquel día, en un rincón de Italia, se decidió que España sería una conquista de los romanos.

Empañó allí Nerón sus glorias con un hecho indigno de su nombre. Con bárbara inhumanidad hizo cortar la cabeza de Asdrúbal: y no contento con esto, mandó trasportarla á la otra extremidad de Italia y arrojarla en el campamento de Aníbal; de Aníbal, que mucho tiempo antes había honrado con magníficas exequias el cadáver del cónsul Sempronio. A su vista el general cartaginés, enternecido y consternado, exclamó: «Perdiendo á Asdrúbal he perdido yo toda mi felicidad y Cartago toda su esperanza (1).» Con razón temía, pues ya no pudo Aníbal hacer otra cosa que mantenerse á la defensiva, si bien todavía se sostuvo cuatro años en la Calabria contra todo el poder de Roma por la sola fuerza de su genio y del valor que supo inspirar á sus tropas.

Cuando Escipión acabó de expulsar de España á los cartagineses, pasó á Roma á dar gracias por sus triunfos á los dioses del Capitolio, con intención al propio tiempo de preparar sus ulteriores planes sobre Cartago. Por las leyes romanas ningún ciudadano podía gozar los honores del triunfo antes de haber obtenido el consulado. Pero no necesitaba su gloria de aquella vana solemnidad. Hizo su entrada precedido de los carros en que conducía el oro y la plata que había llevado de España, con muchos objetos preciosos, como muestra de la riqueza natural del país que acababa de conquistar. Vistió luego la túnica de candidato al consulado, y no tardó en ser proclamado cónsul por una mayoría no vista hasta entonces en la república. Era su gran pensamiento político llevar la guerra al Africa y destruir de una vez á Cartago. Acogió el pueblo con entusiasmo aquella grande idea; no así el senado, donde tenía muchos y envidiosos rivales, que se opusieron á aquel intento por los órganos de Fabio y de Catón. Pero al fin se adoptó el medio de darle la Sicilia con facultad de pasar á Africa, si circunstancias imperiosas así lo exigiesen. Escaso ejército le facilitó la república, pero todo lo suplió el ardor de los ciudadanos. A poco tiempo reunió Escipión en Sicilia un armamento formidable, con

---

(1) Horacio, en una de sus más bellas odas, expresó la aflicción de Aníbal con estas sentidas palabras:

Cartagini jam non ego nuntios
mittam superbos: ¡occidit occidit
spes omnis et fortuna nostri
nominis, Asdrubale interempto!

«Ya no enviaré soberbios nuncios á Cartago: ¡se acabó, se acabó, muerto Asdrúbal, toda la esperanza, toda la fortuna de nuestro nombre!»

el cual desembarcó en Africa llenando de espanto á Cartago, que desde los tiempos de Régulo no se había visto amenazada por tan poderoso enemigo.

Contaba allí con la alianza de Masinisa y de Siphax: el primero no le faltó; pero el viejo rey númida le había hecho defección pasándose otra vez á los cartagineses. Escipión determinó castigar aquella deslealtad con una perfidia, que no porque el númida la mereciera dejó de ser indigna del romano. Mientras andaba en tratos con Siphax y le entretenía con negociaciones, invadió una noche de improviso su campamento, y poniendo fuego á las tiendas en que dormían los soldados, hizo perecer con el fuego y con la espada á cuarenta mil africanos. Quiso disfrazar la alevosía atribuyéndola á inspiración de los dioses, y ofreció sacrificios á Vulcano: pero quedaron la historia y la posteridad para condenarla.

De todos modos Cartago se vió en la precisión de llamar á su seno á Aníbal, que aunque debilitado, todavía permanecía en Italia teniendo en respeto á Roma. ¡Cuán sensible debía ser al cartaginés renunciar al bello país que había recorrido por espacio de diez y seis años, y en que había ganado tantas glorias! Pero reconocía la justicia con que le reclamaba su patria, y no vaciló en volar en su socorro, no sin devastarlo todo á su tránsito y sin ejecutar sangrientas violencias. Iba, pues, á pelear un Aníbal con otro Aníbal, un Escipión con otro Escipión; el genio de Cartago con el genio de Roma. Aníbal llega á Africa; los dos insignes guerreros se ven, se acercan, entablan pláticas. Bajo el pabellón de una tienda de campaña se tratan los destinos del mundo. Resultó de la entrevista el convencimiento de que una de las dos repúblicas tenía que dejar de existir, y se encomendó de nuevo la decisión á la suerte de las armas.

Dióse entonces la famosa batalla de Zama, en que por fin el genio del grande Aníbal sucumbió ante el genio del grande Escipión, y Cartago quedó humillada. Escipión hizo el mayor elogio de su rival, diciendo muchas veces que envidiaba la capacidad del vencido.

Duras fueron las condiciones de paz que el vencedor impuso á Cartago. La república vencida renunciaba á sus posesiones de fuera de Africa; daba en rehenes cincuenta principales señores de la ciudad escogidos por Escipión; se obligaba á pagar á Roma diez mil talentos de plata en cincuenta plazos; y lo que era más sensible, entregaba sus naves; de quinientas á setecientas fueron quemadas delante de la ciudad, y Cartago pasó por la humillación y desconsuelo de ver arder aquellas naves con que no había sabido impedir el desembarco de Escipión: comprometíase Cartago á no emprender ninguna guerra sin el beneplácito de Roma, y á volver á Masinisa todo lo que habían poseído sus mayores y á darle cien rehenes. A todo esto accedió aquella república que con su poder había asustado al mundo. Así sucumbió Cartago.

Escipión volvió á Roma henchido de gloria y de riquezas. Delante de su carro triunfal llevaba al rey Siphax cargado de cadenas, pero el viejo númida murió antes de entrar en la ciudad. Todos los honores de que podía Roma disponer se prodigaron al vencedor, que recibió el sobrenombre de *el Africano*. Fué nombrado nuevamente cónsul, y después censor. Celebráronse magníficas fiestas, y se decretó dar una yugada de tierra á los

soldados por cada año que habían hecho la guerra en Africa ó en España (1).

---

(1) Creemos que el lector no llevará á enojo que le informemos brevemente de la ulterior suerte que cupo á estos dos grandes hombres, Escipión y Aníbal, que ya no volverán á figurar más en los asuntos de España. Su historia encierra grandes lecciones para la humanidad.

Hemos indicado en el texto que Escipión tenía en el senado muchos envidiosos de sus glorias: achaque de todos los grandes hombres. Estas envidias fueron dando su fruto. Después de los triunfos de España y Africa que acabamos de referir, después de haber contribuído á mantener á Filipo, rey de Macedonia, y á Prusias, rey de Bitinia, en la alianza de Roma; después de haberle sido debida la victoria que su hermano Lucio ganó en Magnesia contra Antíoco, rey de Siria; después de hecha con este rey una paz que aprobó el senado, á su regreso á Roma le esperaban ya acusaciones en lugar de honores. El austero, el duro Catón, su principal enemigo, le hizo llamar á la barra del pueblo. Compareció Escipión y dijo: «Romanos, hoy mismo hace años que gané en Africa una brillante victoria contra el enemigo más terrible de la república. Hoy soy llamado á responder á los cargos de un proceso. Desde aquí voy al Capitolio á dar las gracias á Júpiter de que me haya proporcionado tantas ocasiones de servir gloriosamente á mi patria. Seguidme, romanos, y acompañadme á pedir á los dioses que os den jefes que se me parezcan. Bien puedo usar este lenguaje, porque si es cierto que vuestras distinciones se han anticipado á mis años, también lo es que mis servicios han ido delante de mis recompensas.» El pueblo se levantó y le siguió entusiasmado: los tribunos acusadores se quedaron solos.

En otra ocasión calumniaba el mismo Catón su conducta con el rey Antíoco, y en pleno senado le pedía cuentas de los gastos de las negociaciones. «Las cuentas, exclamó Escipión enseñando sus libros, aquí están: están corrientes y claras: pero no me haréis la injuria, ni os la haréis á vos mismo, de exigírmelas.» El senado pasó á otro asunto.

Ni aun su valor estuvo exento de las insinuaciones pérfidas de sus enemigos. Decíanle que no sabía ser soldado. «Cierto, respondía Escipión, pero he sabido siempre ser capitán.»

Parece que para ponerse á salvo de los tiros de la envidia, hubo de retirarse á una modesta alquería, donde pasó el resto de su vida dedicado á los cuidados de la agricultura, como otro Cincinnato, y á los estudios de la literatura griega, á que había tenido afición desde su más tierna edad. Grande debió ser la ingratitud de Roma cuando en un momento de despecho le obligó á exclamar: «¡Ingrata patria, no poseerás ni aun mis huesos! *ingrata patria, ne ossa quidem mea habebis.*» Era un castigo para Roma privarla de las cenizas de un grande hombre. Murió Escipión en el mismo año que Aníbal, el 572 de Roma.

No le estuvo reservada á Aníbal mejor suerte. Al principio siguió dominando en Cartago, llegó á la suprema magistratura é introdujo algunos cambios en el gobierno de la ya pequeña y desarmada república. Pero no permitiéndole su genio dejar de suscitar enemigos á Roma, se concertó para ello con el rey Antíoco de Siria. Noticioso el senado romano, se quejó al cartaginés, y temiendo Aníbal ser entregado por sus propios compatricios, huyó secretamente á Siria, donde tomó una parte activa en la guerra de aquel rey con los romanos. Encontráronse Escipión y Aníbal en la corte de aquel príncipe. En una de sus entrevistas le preguntó Escipión: «*¿Quién os parece el mayor de los generales que ha habido en el mundo?—Alejandro,* respondió Aníbal.—*¿Y después de Alejandro?—Pirro, rey de Epiro.—¿Y el tercero?—El tercero yo,* respondió Aníbal con arrogancia.—*¿Y qué diríais si me hubierais vencido?—Entonces,* contestó Aníbal, *me contaría yo el primero de todos.*»

Como una de las condiciones de la paz con Antíoco fuese la entrega de Aníbal como promovedor de la guerra, tuvo que fugarse igualmente de Siria, y buscar un asilo en

CAPITULO VII

FISONOMÍA DE LA ESPAÑA PRIMITIVA

Causas que influyeron en las primeras conquistas de España, y en que los españoles perdieran su independencia y su libertad.—Vanos y tardíos esfuerzos de algunos españoles por defenderlas.—Diferente conducta de los fenicios, de los cartagineses y de los romanos para con los españoles.—Gobierno y organización política de cada uno de los pueblos invasores.—Cómo influyó cada cual en la civilización de España.

«Si los iberos, dijo ya Estrabón (1), hubieran reunido sus fuerzas para defender su libertad, ni los cartagineses, ni antes que ellos los tirios, ni los celtas llamados celtíberos hubieran podido subyugar, como lo hicieron, la mayor parte de España.»

El historiador geógrafo comprendió bien la causa del éxito que tuvieron las primeras invasiones de pueblos extraños en el territorio español. Le faltó explanarla, y lo haremos nosotros.

Habitadas estas regiones por otras tantas tribus independientes cuantas eran las diferentes comarcas en que su misma estructura geográfica las divide; pueblos todavía groseros y rústicos, regidos por distintos régulos ó caudillos, sin unidad entre sí y casi sin comunicaciones; propensos al aislamiento, aunque belicosos y bravos, ¿cómo habían de oponer una resistencia compacta á extranjeros más civilizados, más disciplinados y más astutos, aun dado que los indígenas en su ruda sencillez se hubieran podido apercibir de las ocultas miras de dominación de sus huéspedes?

No nos maravilla que los primeros colonizadores, los fenicios y los griegos asiáticos. lograran establecerse sin oposición en las costas meridional y oriental del suelo ibero. Presentáronse ellos como comerciantes pacíficos é inofensivos, sin aparato bélico. tratando á los indígenas con dulzura. y no era difícil ni sorprender su buena fe con la política y la astucia, ni atraerse la admiración y el respeto de gentes toscas é incultas con el pomposo aparato de sus ceremonias religiosas, con sus objetos de comercio, no sin arte y gusto construídos, y hasta con los adornos de sus naves, estudiosamente engalanadas. Lo único que hubiera podido incomodarlos hubiera sido la extracción de sus riquezas, si hubieran conocido su valor. Enseñáronsele con el tiempo y con las transacciones mercantiles los mismos colonos, y cuando los naturales comprendieron el excesivo ascen-

---

Bitinia, á cuyo rey prestó también importantes servicios contra los aliados de Roma. Hasta allí le persiguió el odio de los romanos, y temiendo por la seguridad de su persona intentó escaparse: pero el rey Prusias le tenía bien custodiado, y entonces aquel grande hombre, desesperando de poder librarse del hado cruel que le perseguía, tomó un tósigo que llevaba siempre consigo, y murió á la edad de sesenta años.

Tal fué el fin de aquellos dos ilustres rivales, de quienes dependieron los destinos de sus respectivas repúblicas, y que tanta influencia ejercieron en el de todo el antiguo mundo.

(1) Lib. III.

diente que con aquéllas se arrogaban, tuviéronlos ya por incómodos y peligrosos huéspedes, y comenzaron las primeras protestas de independencia, en la costa oriental con los indigetes contra los focenses de Marsella, en la meridional con los turdetanos contra los fenicios de Cádiz.

Los cartagineses en su primer período condujéronse también menos como conquistadores y guerreros, aunque lo eran ya por inclinación y por sistema, que como traficantes y explotadores. No les convenía alarmar á los españoles, ni intentar entonces su conquista, sino sacar recursos de España y monopolizar el comercio marítimo para atender á las guerras que por otras partes traían. Mostrábanse amigos, ofrecían y aceptaban alianzas, y de este modo lograron establecer colonias y factorías en el litoral de la Bética, á cuyos moradores había hecho menos indomables y agrestes el largo trato con los fenicios. De allí y de las tribus vecinas reclutaban soldados que trasportaban á Sicilia, á donde iban á dar triunfos á los mismos que después los habían de sojuzgar. La imaginación de aquellos hombres ignorantes no podía alcanzar tan avanzados y encubiertos designios.

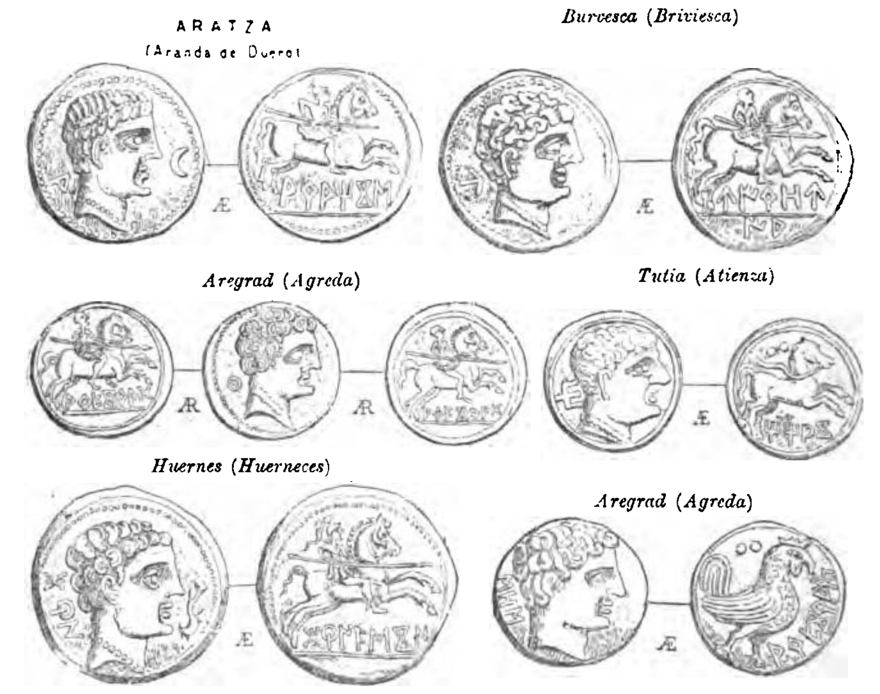
Fué menester para que los comprendieran que viniera ya Amílcar desembozadamente como conquistador. Entonces comenzó también la resistencia. Istolacio, Indortes, Orissón; la historia nos ha conservado los nombres de estos tres caudillos, los primeros que se alzaron en armas contra la dominación extranjera, capitaneando á los tartesios y célticos, á los lusitanos y beliones. Nos admira lo poco que nuestros historiadores parece haber reparado en este primer grito de independencia, del cual, sin embargo, arranca esa cadena de resistencias y de luchas contra las dominaciones extrañas que veremos irse prolongando por espacio de más de veinte siglos en este suelo perpetuamente de invasiones trabajado. Amílcar venció á los dos primeros, pero el primer general cartaginés sucumbió en el tercer combate. Asdrúbal recurre á la política, contemporiza con los españoles y solicita su amistad. Aníbal, el más atrevido general de aquellas edades, creyó que para dominar el interior de España no tenía sino llevar á pasear por él sus legiones, pero halló en los olcadas, en los carpetanos y en los vacceos, pueblos que no querían dejarse subyugar. Los venció, porque tenía que vencer á masas irregulares é informes, mas no dejó de experimentar rudas acometidas y más impetuosos que ordenados ataques de aquellas gentes

Viene luego el suicidio de Sagunto, cuya memoria perdurable dispensa de todo comentario al historiador.

De suponer es que hubieran probado igual resistencia los romanos, á no haberse presentado como amigos de los españoles y como vengadores de agravios que habían recibido de otro pueblo. Admirablemente cuerda y política fué la conducta de los Escipiones. Los españoles juzgaron de la intención de Roma por el comportamiento de sus generales, y se hicieron sus aliados. Mas no faltó quien penetrara ya sus ulteriores planes de dominación, y tratara de atajarlos con energía. ¿Qué fueron, y qué se propusieron Indibil y Mandonio? Las historias romanas, como escritas por los vencedores, parece los quieren representar por boca de Escipión como *unos ladrones, y capitanes de ladrones, que no iban sino á destruir,*

quemar y saquear los pueblos vecinos (1); pero olvidáronse de que nos habían dejado también escritas las arengas de aquellos dos infatigables caudillos de los ilergetes y ausetanos, en que expresamente declaraban que se levantaban á sacudir el yugo de los romanos, *que como los griegos y los cartagineses venían á quitarles su libertad y á imponerles con pa-*

MONEDAS IBÉRICAS



labras dulces una servidumbre vergonzosa. Muy fácil es á los vencedores, y más cuando son los únicos que escriben, pintar como aventureros ó como bandidos á los primeros que empuñan las armas para defender la independencia de su patria.

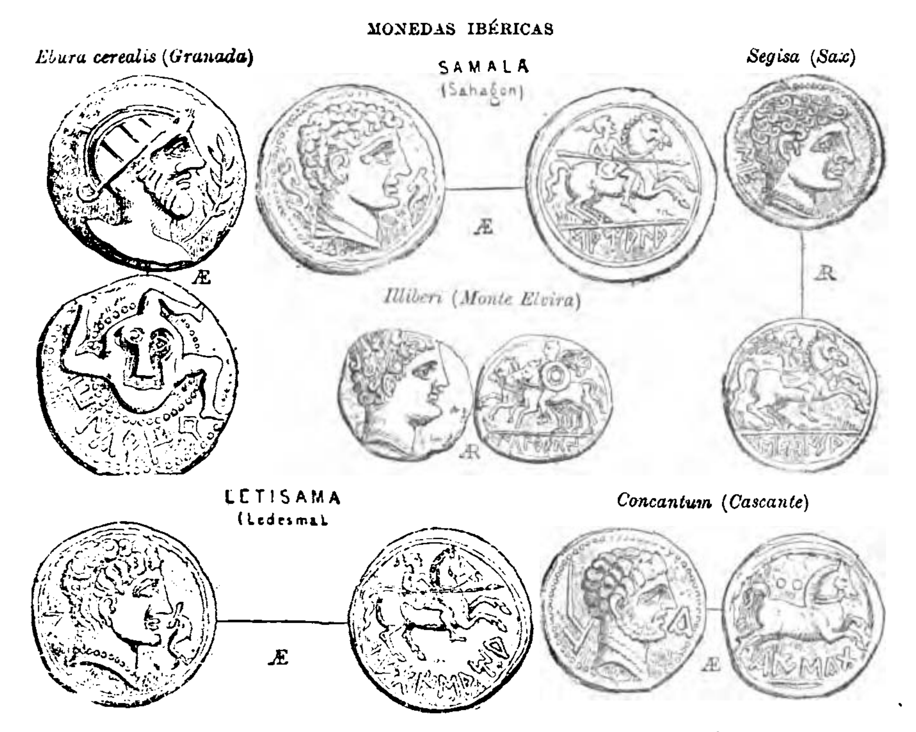
Pero por más avisados que queramos suponer á aquellos hombres, cuando pudieron sospechar, rudos como entonces eran, las encubiertas miras de sus huéspedes, era ya tarde; habíanlos dejado engrandecerse demasiado, los ejércitos romanos plagaban ya el país, se habían captado la alianza de otros españoles, y la voz de independencia tenía que ser ahogada como lo fué. Al aislamiento y á la falta de unidad que Estrabón señaló como la causa de haber perdido su libertad los iberos, podemos agregar nosotros la de su ruda sencillez, que no les permitió sospechar sino muy tarde los disfrazados designios de los pueblos invasores.

Merece ser notado el proceder tan diferente de las dos repúblicas que

(1) Tit. Liv., lib. XXVIII., c. 16.

se disputaban el señorío de España. Los cartagineses eran siempre los primeros á mover la guerra. Importábales poco, si les convenía, tener que violar para ello los tratados. Jamás los romanos tomaban la iniciativa. Con el mismo pensamiento de dominación, pero con más profunda política, cuidaban siempre de no aparecer los infractores de los pactos ó convenios; esperaban á que otros los quebrantaran, ó los ponían en la necesidad de hacerlo, para aceptar después la guerra con todas las apariencias de justi-

MONEDAS IBÉRICAS



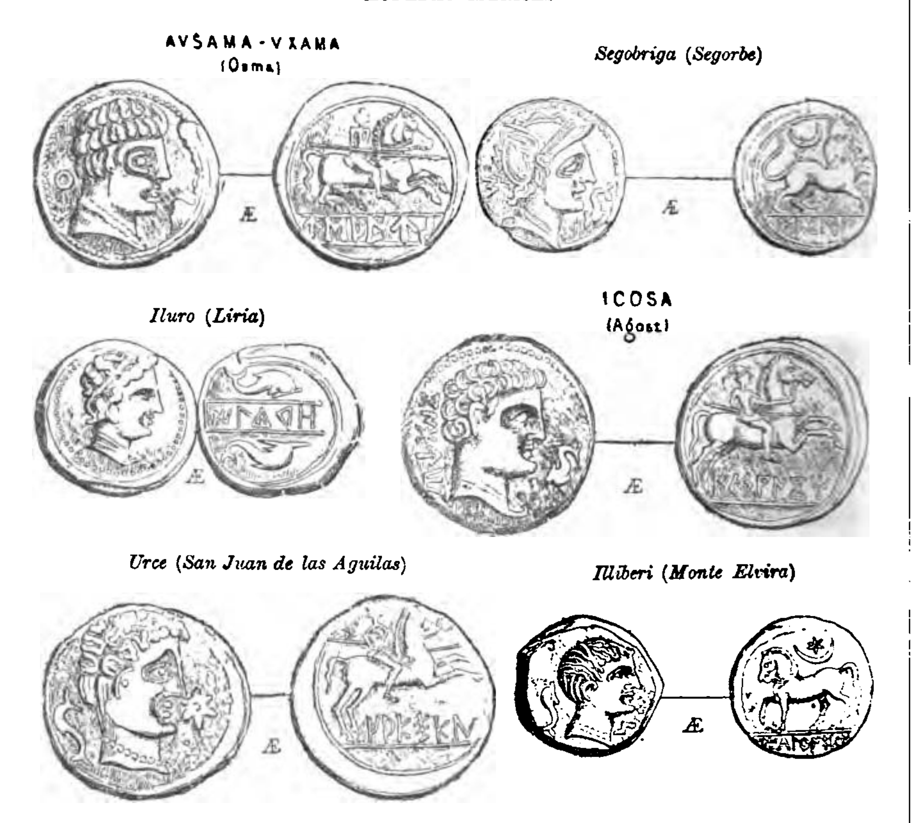
cia, ó como reparadores de ofensas hechas á sus aliados. Sólo así se explica la insistencia en seguir enviando embajadas al senado cartaginés, y de seguir pidiendo explicaciones aún después de consumada la catástrofe de Sagunto: así se explica la calma con que veían el sacrificio de su heroica aliada.

Distinta fué también su conducta con los españoles durante la guerra. Los cartagineses imponían gravosos tributos á los pueblos conquistados y los agobiaban con exacciones. Empleaban á los naturales como esclavos en los rudos trabajos de las minas, ramo en que los fenicios les dejaron aún mucho que explotar, y que debió suministrarles riquezas sin cuento, á juzgar por la celebridad que adquirieron los famosos *pozos de Aníbal*, de uno de los cuales nombrado Bebelo extraían diariamente, si no hay exageración en los historiadores latinos, trescientas libras de plata acendrada y pura, y el producto de las minas de la Bética era de veinte mil dracmas cada día. Los romanos, cuando les faltaban vestuarios y víveres

con que cubrir y alimentar sus tropas, no los tomaban del país, los pedían á Roma, por no disgustar á los pueblos que acababan de conquistar: y agotado el tesoro de la república, acudían los ciudadanos con donativos para subvenir á las necesidades del ejército de España antes que sobrecargar de impuestos á los naturales.

En sus victorias sobre los españoles señalábanse los unos por su crueldad, por su generosidad los otros. Amílcar hace crucificar á Istolacio y á

MONEDAS IBÉRICAS



Indortes, jefes de los sublevados contra los cartagineses. Escipión perdona á Mandonio y á Indibil, cabezas de una insurrección contra los romanos. Aníbal destruye á Sagunto para conquistarla, y fortifica después su arruinado castillo para tener en él aprisionados y en rehenes los principales españoles. Los Escipiones recobran á Sagunto y conquistan á Cartagena, y dan libertad á todos los españoles, aun á los mismos que contra ellos habían peleado, y les devuelven todos sus bienes. El único acto de crueldad de Escipión fué el castigo de Illiturgo, y éste fué impuesto por una deslealtad horrible. Más tarde habían de ser los romanos tan malos señores como los cartagineses; pero entretanto deslumbraban y seducían con

su estudiado proceder. Así ganaron las voluntades de los indígenas, y con su ayuda lograron expulsar á los africanos.

¿Cómo, á pesar de tan diferente trato, militaron todavía tantos españoles en las banderas de Cartago? Era más antigua su dominación en la parte meridional de España; españoles y cartagineses habían combatido juntos en las guerras de Sicilia, y esto naturalmente habría engendrado más conformidad de hábitos y hasta de idioma entre los dos pueblos.

De todos modos, faltóles la unidad y el concierto, y malgastaron su bravura en pelear al mando de contrarios y extraños jefes, sin conocer que se labraban de este modo con sus propias manos las cadenas que los habían de aherrojar, cualquiera que fuese el vencedor.

¿Cuáles eran las condiciones de existencia de los primeros colonizadores de España? ¿Cuál su forma de gobierno? ¿Qué fué lo que comunicaron á los indígenas?

Escasas noticias nos han conservado los historiadores acerca de la organización política de los fenicios. Sábese sólo que sus colonias constituían una especie de república federativa, y que unidas á la metrópoli en una dependencia más voluntaria que forzosa, todas sus ciudades se gobernaban por magistrados que ellas mismas nombraban (1). Su idioma era un dialecto de la lengua semítica, la de la tribu de Canaán. Pueblo eminentemente religioso, al menos en lo exterior, llevaba á todas partes su culto y sus dioses. Atribúyeseles la invención de los caracteres alfabéticos y de la ciencia del cálculo. Poseían conocimientos en mecánica y en astronomía. Guiábanse en sus viajes marítimos por la observación de las estrellas. Su principal ocupación, la navegación y el comercio de cambio. Ignoramos si los españoles tomarían algo de su organización política, como tomaron su culto, su alfabeto y muchas de sus costumbres (2).

En las colonias de los griegos focenses prevalecía, como en la de Marsella, la forma aristocrática. Cien ciudadanos nobles componían el senado; su cargo era vitalicio.

De la constitución de Cartago nos dejó Aristóteles preciosas noticias. Presidían el senado y eran los jefes del gobierno dos *suffetos* (3), elegidos de entre todos los ciudadanos por su crédito y sus riquezas. La fortuna y las riquezas eran las que principalmente conducían á la alta magistratura. Por lo mismo que los cargos eran honoríficos, sólo los ricos podían aspirar á ellos. La aristocracia que dominó en el senado hasta las guerras púnicas no era tampoco una aristocracia de nobles, sino de *optimates* ó ricos. Á veces una sola familia poderosa monopolizaba en sí las primeras magistraturas del estado y dominaba en todas las votaciones. Esto sucedió primero con la familia de los Magones, después con la de los Barcas ó Barcinos. Durante las guerras púnicas adquirió gran preponderancia el poder popular. Había un tribunal de *ciento*, que juzgaba á los suffetos, á los

---

(1) Al decir de Heeren era un gobierno semejante al de las ciudades anseáticas.

(2) Silio Itálico asegura que existían en su tiempo en España muchas costumbres de origen fenicio, y se detiene á notar varias de ellas.

(3) En griego *jueces;* especie de reyes, que ejercían atribuciones semejantes á las de los dos cónsules de Roma.

generales y á todos los magistrados. Este tribunal salvó á la república de toda tentativa de trastorno (1).

Cartago, guerrera y conquistadora, tenía todas sus colonias sujetas á la metrópoli, que era su cabeza y su corazón, y el centro de su vitalidad, donde confluían las riquezas de todas; consistían éstas principalmente en la agricultura y el comercio, en los productos de las minas y en los derechos de aduanas. Sus impuestos eran crecidos, y los exigían con inexorable rigor. Hasta las guerras y las conquistas eran un objeto mercantil para aquellos especuladores. Los soldados eran pocos; servíanse de mercenarios reclutados en todas las naciones, y sabiendo lo que costaba cada soldado griego ó campanio, galo ó español, calculaban el fruto de una conquista por el coste de la campaña. Así no es extraño encontrarlos codiciosos, avaros y egoístas, sin generosidad, sin compasión y sin fe; que se cuidaran poco de la santidad de los juramentos y del fiel cumplimiento de los tratados, y que la *fe púnica* adquiriera aquella celebridad que se hizo proverbial (2). Cuando hicieron la paz con Roma después de la derrota de Zama, sufrieron con resignación las condiciones más humillantes; mas vencido el primer plazo del tributo, los senadores lloraban al entregar su dinero, y Aníbal se echó á reir demostrando cuán despreciable era para él aquel senado de mercaderes.

Dedicada Cartago exclusivamente al comercio y á la guerra, no eran las letras las que prosperaban allí. Aunque se encuentra citada en los autores antiguos alguna que otra obra púnica, puede decirse que la única que se ha conservado es el Periplo de Hannón, ó sea la relación de la expedición marítima que de orden del senado hizo este marino desde España por la costa occidental de África como unos 500 años antes de J. C. en la primera estancia de los cartagineses en la Bética; cuyo libro se colgó en el templo de Saturno de Cartago (3).

Adoraban los cartagineses, además de los dioses fenicios y libios, algunas divinidades griegas ó helénicas cuyas estatuas colocaron en el templo de Dido ó Elisa, á quien tributaban culto divino. Pero hasta en las ceremonias y solemnidades religiosas predominaba la fría crueldad de aquel pueblo. Ofrecían á Moloch ó Saturno sacrificios humanos en épocas fijas; á veces eran víctimas ilustres é inocentes: en una ocasión viendo al enemigo cerca de sus muros, sacrificaron, para aplacar la cólera de los dioses, cien jóvenes escogidos entre las familias más distinguidas: y hallándose Aníbal en Italia, recibió la noticia de haber sido señalado su hijo para el sacrificio anual.

Por fortuna este pueblo desapareció sin dejar rastros de su existencia.

---

(1) Aristot. *Política.*

(2) Heeren, sobre el comercio y la política de los cartagineses.

(3) El sabio español conde de Campomanes, habiendo proyectado escribir la historia de la marina española, compuso, como para que le sirviese de introducción, una obra titulada: ***Antigüedad marítima de la república de Cartago, con el Periplo de su general Hannón traducido del griego.*** Precédela un ***Prólogo*** y ***Discurso literario*** sobre dicho ***Periplo.*** A esta obra debió el ilustre Campomanes el honor de ser admitido académico en la clase de extranjeros en la real Academia de Inscripciones y Buenas letras de París

En España no dejó ni una institución ni un monumento artístico: pasó su dominación como un pálido meteoro. Sólo edificaron castillos y plazas fuertes, y los españoles aprendieron de los cartagineses á guerrear con más arte.

Los fenicios y los griegos fueron los que ejercieron más influencia intelectual y moral en las costas meridional y oriental de la Península en que se asentaron, y cuyos moradores eran ya por la benignidad misma del clima menos fieros que los del resto de España, y recibían con menos esquivez las ideas y principios civilizadores de sus huéspedes. Pero no olvidemos que estas comarcas no constituían la España entera, y que aún conquistados estos países por las armas romanas, toda la parte occidental y septentrional de la Península se mantenía independiente y libre, y sus habitantes conservaban toda la fiereza primitiva, todas las costumbres rústicas y groseras que hemos descrito en el capítulo primero de este libro.

LIBRO SEGUNDO

ESPAÑA BAJO LA REPÚBLICA ROMANA

CAPITULO PRIMERO

LEVÁNTANSE LOS ESPAÑOLES CONTRA LA DOMINACIÓN ROMANA

Desde 204 *antes de J. C. hasta* 150

Cambio de conducta de los romanos para con los españoles.—Levántanse de nuevo Indibil y Mandonio.—Su muerte.—Guerra nacional.—Catón el Censor en España.—Su crueldad en la guerra.—Destruye cuatrocientos pueblos.—División de la España en Citerior y Ulterior.—Reprodúcense las insurrecciones.—Idea que se tenía en Roma de España.—Sórdida avaricia de los pretores. Sus violencias y exacciones.—Sempronio Graco. Su probidad y desinterés.—Estafas de Furio Philón.—Es acusado al senado por sus latrocinios.—Partido español que se forma en el senado.—Primeras concesiones políticas que obtienen los españoles.—Colonias romanas en España. Carteya. Córdoba.—Causas de la prolongación de la guerra. —Apuros del pretor Fulvio.—El cónsul Marcelo.—Escipión Emiliano.—Crueldades y alevosía de Lúculo y Galba. Matanzas horribles.—Indignación de los españoles.

Lanzados de España los cartagineses, y campando ya solas y sin rivales las águilas romanas, parecía que los españoles tenían derecho á esperar de los que se decían sus amigos y aliados, aquel tratamiento generoso, benéfico y humanitario que los Escipiones habían inaugurado durante la guerra.

Pronto se disiparon tan halagüeñas esperanzas. Aquella á que los romanos daban el suave título de alianza, ó el más dulce de amistad, fuése convirtiendo luego en dominación verdadera, y los españoles se fueron penetrando de que no habían prodigado su sangre sino para resolver la cuestión de cuál de las dos repúblicas había de ser la dominadora, de que no habían peleado sino para cambiar de señores, y de que para sacudir el nuevo yugo les sería preciso emprender nuevas lides.

Fueron los primeros á conocerlo y pregonarlo aquellos dos belicosos é inquietos príncipes Indibil y Mandonio, á quienes antes hemos visto hacer armas alternativamente contra cartagineses y romanos, unos y otros igualmente aborrecidos, porque en unos y otros veían los usurpadores de su independencia. Aprovechando estos caudillos la ausencia de Escipión, único que había sabido mantenerlos en respeto, excitaron con enérgicos discursos á los ilergetes, ausetanos y otras vecinas tribus, á tomar las armas contra los dominadores romanos, persuadiéndoles que si se uniesen para ello les sería fácil arrojar á su vez del territorio español á los soldados de Roma y recobrar sus antiguas libertades. Más de treinta mil hombres respondieron á la excitación de Indibil.

Pero los procónsules Léntulo y Accidino, que después de Escipión habían quedado con el gobierno de España, acudieron con todas sus fuerzas y se hallaron pronto en presencia de los insurrectos en los campos sedetanos. Larga y mortífera fué la batalla: incierta estuvo mucho tiempo la victoria. Desgraciadamente una saeta vino á quitar la vida á Indibil: el suceso desalentó á los españoles; al desaliento sucedió el desorden; al desorden la fuga, y el triunfo quedó por los romanos. Aun más desgraciada suerte cupo á Mandonio. Como condición de paz hicieron publicar los procónsules que habían de entregarles vivo aquel caudillo: el terror inspiró á los españoles la flaqueza de entregarle, y Mandonio recibió una muerte cruel y afrentosa para escarmiento de los demás rebeldes (1).

Mas el espíritu de independencia había comenzado á infiltrarse en los corazones españoles, y no era fácil ya sofocarle. Así al poco tiempo los hallamos otra vez insurreccionados, y teniendo que sufrir otra derrota de parte de Lucio Cornelio Cetego, que en reemplazo de Léntulo había venido.

De diferente manera parecía llevarse la dominación romana en el Mediodía que en el Oriente y centro de la Península. Cádiz logró del senado ser declarada ciudad franca, como aliada que era y no conquistada por los romanos, cuyo acto dió á éstos gran crédito en toda la Bética (179). Mas disgustados los celtíberos, levantáronse más de una vez á ejemplo de los ilergetes y sedetanos, quedando vencedores en una ocasión y siendo vencidos en otra.

Antes eran dos naciones extrañas, grandes ambas, poderosas y guerreras, las que se disputaban el cetro del universo en los campos españoles. Ahora comienza la España sola, después de haber malogrado la flor de su juventud en auxilio de la que quedó triunfante, á defenderse con sus propios recursos contra el inmenso poder de la orgullosa Roma. Eran al principio insurrecciones parciales, ya por falta de unidad y de plan entre los indígenas, ya porque no en todos los pueblos pesaba igualmente la tiranía romana: pero reproducíanse unas tras otras, y revivían, apenas sosegadas, como centellas de un fuego mal apagado. De tal manera que, temerosa y asustada Roma del giro que iba tomando la guerra de España, determinó enviar á ella al cónsul Marco Porcio Catón, el Censor, con dos legiones y cinco mil caballos, dándole además dos pretores, uno para la España Cite-

(1) Tit. Liv., lib. XXIX, cap. 2.

rior y otro para la Ulterior. Así habían dividido los romanos la España, siendo el Ebro el límite divisorio de las dos provincias.

El hombre célebre por la austeridad de sus costumbres procuró moralizar la administración militar, que tenía irritados á los naturales de España, y se mostró tan enemigo en la guerra como lo fué en la tribuna de la rapacidad que habían ejercido en la Península sus antecesores. Pero al lado de estas virtudes como administrador, desplegó como guerrero tal crueldad y violencia, que ningún romano usó de dureza tanta ni de tan desapiadado rigor para con los vencidos. Tomó á Rosas y fué recibido como amigo en Ampurias (196). Derrotó cerca de Ilerda por medio de una hábil maniobra un cuerpo de celtíberos. Tuvo que socorrer al pretor Manlio, que se veía hostigado por los turdetanos; que ya había penetrado también el fuego de la insurrección en la Bética. Vencieron los romanos allí; pero fuéle preciso al cónsul volver á sujetar á los lacetanos, ausetanos, bargusios y otros pueblos que de nuevo se habían sublevado. no pudiendo, aunque lo intentó, tomar de paso á Segoncia. Sujetó aquellas gentes, y vendió los moradores de algunas ciudades como esclavos; á otros los pasaba á cuchillo. Cuéntase que en trescientos días hizo demoler hasta cuatrocientas poblaciones. Parecía animado más bien del furor del exterminio que del espíritu de conquista. La dureza de su carácter formaba verdadero contraste con la dulzura y generosidad de Escipión. Aquietáronse, aunque por muy poco tiempo, los españoles con los rudos castigos, y el severo Catón pasó á Roma á gozar los honores del triunfo (195).

Aquietáronse por poco tiempo, decimos, puesto que al año siguiente hallamos á Publio Escipión, pretor de la Bética, teniendo que lidiar con los lusitanos que bruscamente habían invadido aquellas tierras; á Marco Fulvio, que lo era de la Tarraconense, teniendo que partir apresuradamente á sujetar á los carpetanos, que, ligados ya con los celtíberos, vacceos y vettones, habían salido á campaña con ejército numeroso. Desgraciados eran por lo común estos primeros esfuerzos de unas gentes todavía indisciplinadas, teniendo que habérselas con las legiones aguerridas de los romanos. Pero ni éstos dejaban de sufrir serios descalabros, ni sus triunfos eran tan decisivos que hicieran á los españoles desmayar en su empresa, ni tolerar la opresión en sosiego y reposo. No pasaba año sin que se reprodujeran las sublevaciones, á veces tan imponentes. que en 192 quedaron en un encuentro seis mil romanos muertos sobre el campo de batalla, salvándose el resto por la fuga. Mandábalos el pretor Emilio: los vencedores eran lusitanos. Más tarde fueron batidos estos mismos, pero otro año siguiente, concertados celtíberos y lusitanos, rompieron simultáneamente los unos por la Tarraconense, los otros por la Bética, en fuerza ya tan respetable, que hubieron los pretores de dejarles recorrer y talar los campos, limitándose á defender las ciudades y las plazas. Ibanse sucediendo ya alternativamente los triunfos y las derrotas. Alentaban á los españoles los sucesos prósperos, y los adversos no les hacían decaer de ánimo.

En esta larga serie de luchas siempre renacientes, cuyos pormenores fuera tan fatigoso como inútil narrar, dos grandes reveses sufrieron los infatigables celtíberos; el uno en 186 á las márgenes del Tajo, cerca de Toledo, en que, después de haber tenido arrolladas las filas romanas con

su sistema particular de ataque nombrado *cuneus* (1), fueron al fin envueltos y vencidos, merced á los desesperados esfuerzos del pretor Cayo Calpurnio; el otro en 182, no lejos tampoco de Toledo, en los campos de Ebura (Talavera de la Reina), en que dieron los romanos una de las más sangrientas batallas, y en que un ardid de Quinto Fulvio Flaco convirtió en favor de las armas romanas un combate que había estado mucho tiempo indeciso. Al decir de los historiadores romanos, perdieron los españoles sobre treinta mil hombres en cada una de estas batallas.

Otros que no fuesen ellos se hubieran descorazonado con tan duros reveses; y los romanos, al conseguir tan señalados triunfos, se hubieran dado ya por dueños y señores del país, si este país no fuese el de la resistencia y la perseverancia. Los romanos vencían, pero no subyugaban. De tan antiguo viene á los españoles no desfallecer por los infortunios y las adversidades. No faltó quien en el senado mismo de Roma describiera al vivo el carácter de este pueblo singular.

Abogaba Minucio en favor del pretor Fulvio, que pedía su relevo de España, y que se le permitiese volver á Roma con su ejército (180). Recomendaba Minucio y ensalzaba las victorias del pretor español. Levantóse entonces Sempronio Graco, á quien se trataba de enviar en su reemplazo, y dijo: «Al oir la relación que nos hacéis de las proezas de Fulvio, no debería haber ya un solo pueblo en España que no obedeciese á los romanos. Sin embargo, yo sé á qué se reducen estas conquistas, que no pasan de las comarcas vecinas á nuestros campamentos: porque hasta ahora no hemos hecho en España otra cosa que acampar. Sus más apartadas regiones aborrecen la dominación y el nombre romano. Si accedéis á la demanda de Fulvio, yo deberé ir sin ejército á encargarme del gobierno de una provincia que fuerzas muy respetables apenas han alcanzado hasta ahora á enfrenar. ¿Podré yo, decidme, con un puñado de soldados que pueda alistar en España, reprimir la energía de aquellos bárbaros, que tantas veces han rechazado y puesto en vergonzosa fuga nuestras mejores y más veteranas legiones? Romanos, ¿lo creéis vosotros así? Quiero conceder que Fulvio haya sujetado toda la Celtiberia: ¿quién me asegura que los celtíberos se darán por sometidos? ¿Pensáis que se puede esperar paz y reposo de un pueblo acostumbrado á renacer incesantemente de sus ruinas, y á levantar de nuevo el estandarte de la insurrección tantas cuantas veces es vencido? Si nuestras legiones vuelven á Italia con Fulvio, como él lo pretende, sin duda para solemnizar su triunfo, juro ante vosotros todos que iré á España, pero iré á escoger un lugar en que pueda vivir tranquilo: no penséis que he de ser tan temerario ó tan insensato que vaya con escasas tropas, flojas y sin experiencia, á acometer á un enemigo aguerrido y feroz. He dicho.»

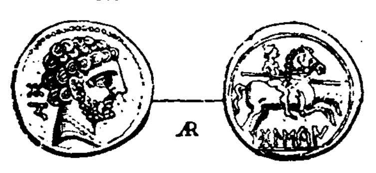
A pesar de todo otorgósele á Fulvio volver á Roma con los veteranos que llevaban diez y seis años de servicio, y diósele á Sempronio Graco un ejército de catorce mil hombres para que pasase á España. ¡Cuán pronto vinieron los sucesos en apoyo del discurso de este romano! Cuando Fulvio se encaminaba á hacer entrega del gobierno en manos de su sucesor.

(1) Véase el cap. I del lib. I.

esperábanle los celtíberos, otra vez armados, en lo más fragoso de un bosque por donde tenía que pasar (entre Daroca y Molina), y poco faltó para que quedaran él y los suyos en poder de aquellos que suponía subyugados. Salvóle su serenidad.

Fué este Fulvio uno de los que se señalaron más en la guerra de España por su orgulloso genio y condición altiva, y de los que con sus violencias exasperaron más los pueblos y avivaron, en vez de apagar, sus odios á la dominación romana. Llegó á Roma cargado de riquezas. Depositó en el tesoro público ciento veinticuatro coronas de oro, treinta y una libras de oro en barras, y ciento setenta y tres mil monedas de plata de Osca (1). Poco era esto para lo que había amontonado en su caja particular. De ello destinó una pequeña parte á recompensar á los veteranos que le habían seguido; dió espectáculos públicos por espacio de diez días, y erigió un magnífico templo á la *Fortuna Ecuestre.*

MONEDA CELTÍBERA



Osca (*Huesca*)

Esto era lo que hacían todos los pretores y procónsules de España, con excepciones rarísimas. Cneo Léntulo se había llevado mil quinientas quince libras de oro, veinte mil de plata, y treinta y cuatro mil quinientas monedas del mismo metal. Lucio Sterninio recogió quinientas mil libras de plata, y á su regreso á Roma le levantaron tres arcos triunfales. El severo Catón llevó al tesoro mil cuatrocientas libras de oro, veinticinco mil de plata en barras, y ciento veintitres mil en monedas de lo mismo. Hízose decretar los honores del triunfo.

Era la España un campo de explotación para los sórdidos pretores y procónsules avaros. Venían aquí pobres, y sobrábanles dos años para volver opulentos. No bastaban las ricas minas de este suelo para apagar su insaciable sed de oro; no les bastaban las exacciones y tributos; en su codicia desenfrenada empleaban también la depredación y la rapiña como medios comunes. El senado romano, en otro tiempo tan virtuoso y austero, en vez de castigar á los que así se entregaban á la rapacidad y al escándalo, solía premiarlos con ovaciones, y graduaba la gloria ó el talento de cada pretor por las riquezas que llevaba. Los honores triunfales se compraban á peso de oro. Escipión Nasica, que correspondiendo á la gloria de su nombre, se había conducido con pureza y desinterés, pidió dinero á Roma para proseguir la guerra de España. «¿Pues qué, le respondió irónicamente el senado, se han agotado ya las minas de ese país?» De creer es que no habría sólo tolerancia de parte del senado, sino complicidad también y participación en la presa. De tal modo se adulteran las instituciones más venerables cuando se corrompen los hombres. Así eran tan codiciadas las pretorías de España, pero así se dificultaba también su conquista, porque no era posible que sufrieran los españoles tanta impudencia y tanta inmoralidad.

---

(1) Ciudad de los bastetanos. Era célebre por sus minas, y se acuñaba en ella moneda.

Sempronio Graco se dedicó á reparar en lo posible los desmanes de sus predecesores. Condújose como guerrero con prudencia y humanidad: ganó como gobernador reputación de desinteresado y probo. Ningún pretor había penetrado tan al Norte como él: su comportamiento predispuso á muchos á aceptar su amistad; entre ellos Numancia, ciudad considerable y capital de los pelendones. No lejos de ella estaba Illurcis, á la cual hizo agrandar y fortificar, y en ella estableció sus reales y la hizo el centro de sus operaciones (1): llamóse desde entonces Gracchuris, hoy Agreda. Prorrogó el senado por un año más la pretura al padre de los Gracos, que á favor de su sistema blando y suave para con los pueblos de España hizo esfuerzos para comunicarles y hacerles aceptar los principios é ideas de la vida civil de los romanos, é introducir en ellos una forma de gobierno y de administración semejante á la de Roma. Pero faltóle tiempo para que su ensayo pudiera producir fruto, y el buen nombre que sus gestiones comenzaban á restituir á la república borráronle otra vez sus sucesores, que volvieron al camino de las violencias y de los excesos.

Distinguióse entre ellos el que en 175 vino de pretor á la Tarraconense. Este hombre, que á su incapacidad unía la avaricia más sórdida, excedió á todos sus antecesores en las exacciones, en las estafas y en los robos. Llamábase Publio Furio Philón. Una sublevación general de los pueblos fué la consecuencia de su desatentado proceder; sublevación que alarmó á Roma, y la obligó á enviar á Appio Claudio con el título de procónsul y el encargo de apagar un fuego que se mostraba tan amenazador. Claudio logró en efecto aquietar, al menos en apariencia, á los cien veces alterados celtíberos, vencidos muchas veces y sujetos nunca.

Alzóse bandera en Roma para reclutar legiones de los que voluntariamente quisiesen alistarse para la guerra de España. Nadie se presentó á inscribir su nombre. Repugnaba la juventud romana venir á pelear con los fieros celtíberos. Como sepulcro de romanos era mirada esta tierra, y los soldados de Fulvio que acababan de volver de ella no hacían sino aumentar el pavor que ya inspiraba. contando y pregonando las fatigas y privaciones, los sustos y trabajos, los muchos peligros y reveses y el ningún reposo que ellos aquí experimentado habían con gente tan indómita y tenaz como era la de España. El mismo cónsul Lúculo, nombrado para el gobierno de esta provincia, andaba desesperado de no encontrar tribunos que quisieran seguirle. Presentóse en esto el joven Escipión Emiliano, que correspondiendo al nombre glorioso de la ilustre familia que le había adoptado (2), pidió servir en la guerra de España en cualquier puesto que al senado le pluguiese señalarle. La inesperada resolución de este joven, parecida á la que en una ocasión semejante había tomado setenta años hacía su abuelo adoptivo, produjo un cambio súbito en los áni-

(1) *Monumentum suorum operum Gracchurim oppidum in Hispania constituit*, dice Tit. Liv.

(2) Era hijo de Paulo Emilio y nieto adoptivo del grande Escipión. Estábale reservada la gloria de tomar y destruir á Cartago, por lo que recibió también como su abuelo el sobrenombre de *Africano*. ¡Destino singular de aquella ciudad famosa! Un Escipión la venció y otro Escipión la borró de sobre la haz de la tierra, dejando sólo un título de gloria á los dos Escipiones.

mos de aquella desalentada juventud, que con esto se apresuró á alistarse en la legión voluntaria.

Vino, pues, el cónsul Lúculo á la España Citerior, trayendo consigo como lugarteniente á Escipión Emiliano, y el gobierno de la Ulterior se encomendó en calidad de pretor á Sergio Galba. Llegaron éstos en ocasión que Marcelo había hecho paz con los numantinos, á condición de que se separasen de los titios, belos y arevacos; y en que el pretor Atilio había destruído muchas ciudades de la Lusitania.

En la historia de los dos nuevos personajes vamos á ver hasta qué punto llegó la crueldad de los gobernadores romanos, y con cuánta razón y justicia se apuró el sufrimiento de los españoles.

Penetra Lúculo apresuradamente en la Carpetania, pasa el Tajo y pone sitio á Cauca (hoy Coca, en la provincia de Segovia), ciudad que tenía fama de rica. Esto iba buscando Lúculo, que era hombre sin fortuna, y venía ávido de hacerla. Vencedores los cauceos en un encuentro, fueron en otro deshechos y obligados á aceptar la paz. Entregados los rehenes y socorros en ella estipulados, y admitida en la ciudad guarnición romana, descansaban los sencillos habitantes tranquilos y confiados, cuando á una señal dada se arrojan sobre ellos los soldados de Lúculo, y degüellan bárbaramente á aquellos descuidados é indefensos moradores, sin perdonar edad ni sexo, dando el codicioso cónsul la última mano al horroroso cuadro con un saqueo general que ordenó, desconfiando sin duda de poder saciar de otro modo la sed de riquezas que le abrasaba. Aterrados los pueblos vecinos con tamaña crueldad y alevosía, abandonaron sus hogares y retiráronse á las ásperas sierras con sus mujeres y sus hijos, entregando antes á las llamas todo lo que no pudieron llevar á sus rústicas guaridas. La fe romana podía muy bien disputar la primacía á la fe púnica (1).

Puesto después sobre Intercacia, y requeridos sus moradores para que bajo ciertas condiciones se rindiesen, «no, le respondieron con dignidad; para admitir vuestras proposiciones sería menester que no hubiera llegado á nuestra noticia la prueba de vuestra buena fe que acabáis de dar á los de Cauca.» Largamente se prolongó el sitio de Intercacia, sin que ni ingenios ni asaltos fueran poderosos á rendirla; sitiados y sitiadores llegaron á verse en gran necesidad y penuria; y cuando ya el extremo del hambre forzó á los cercados á capitular, aviniéronse á hacerlo sólo bajo la fe de Escipión, teniendo que devorar el cónsul en silencio dos grandes mortificaciones; la una, la de no poder recoger el botín que codiciaba y con que acaso se había ya lisonjeado; y la otra, la del menosprecio en que su palabra era tenida, no fiándose de ella los pueblos, ni queriendo pactar con él, no obstante su investidura de jefe y de cónsul (2).

---

(1) Appian. ibid.

(2) Otro caso de combate personal se cuenta haber acaecido durante el asedio de Intercacia. Refiérese que un español principal, que se señalaba por su alta talla y corpulencia, se presentaba muchas veces delante del campo enemigo, provocando á duelo á los caballeros romanos. Nadie, dicen, aceptaba el reto. Decidióse entonces Emiliano á admitir el combate, y como fuese Escipión de corta estatura y hubiese vencido al español corpulento, dejó, añaden, grandemente maravillados á romanos y españoles.

Allá iba el avaro Lúculo donde calculaba que había riquezas que adquirir. Dirigióse, estimulado de este aguijón, á Pallancia (hoy Palencia), y puso cerco á la ciudad. Pero los cántabros por una parte, la caballería palentina por otra, obligaron al cónsul á levantar apresuradamente el sitio, no sin molestar su retaguardia hasta el Duero. Lúculo, pobre y avariento, desesperado de no hallar donde satisfacer su codicia, fué asolando el país por donde pasaba, y del pillaje que sus tropas ejercían y á que las excitaba él mismo, se hacía aplicar á sí la parte más pingüe. Hizo execrable su nombre, y entre las maldiciones de los pueblos, prosiguió su correría hasta la Turdetania (151).

Con no menos monstruosa crueldad y con no menor perfidia se estaba conduciendo el pretor Galba en la región lusitana. Penetrado de que con el sistema hasta entonces empleado ni las insurrecciones se apagaban ni Roma adelantaba en su conquista, fingió haber comprendido la causa de tantas inquietudes, y mostróse conmovido de la suerte de los lusitanos. Díjoles que estaba pronto á remediar sus necesidades; que les daría tierras de cultivo, donde podrían vivir tranquila y holgadamente, dedicados á las labores de la agricultura: y hablóles con tal aire de sinceridad (que él tenía más de orador que de humano), que aquellas gentes tan sencillas como fieras dieron completa fe á sus buenas palabras. Mas apenas se habían establecido en los pagos y barriadas que les señaló para entregarse á las pacíficas faenas del campo, con inaudita alevosía cayó con su gente sobre los descuidados cultivadores, y ejecutó en ellos horrible y bárbara matanza. Los que no degolló vendió por esclavos. Salváronse pocos, pero los suficientes para pregonar la traición por el país, y acabar de hacer execrable el nombre romano (1). Las consecuencias las veremos después.

¿Podría creerse lo que luego pasó en Roma con estos dos monstruos, Lúculo y Galba? Fenecido el tiempo de su gobierno, pasaron á Roma estos dos detestables personajes; tan cargados de riquezas como lo iban de infamia. Lúculo tuvo la imprudencia de erigir un templo *á la Felicidad.* Galba fué acusado ante el senado. El severo Catón, que aunque octogenario ya, conservaba toda su antigua rigidez, acusó también al malvado pretor (2). Pero Galba era rico, y quedó absuelto. A tal grado de corrupción había venido el senado romano.

Sin embargo, nunca eran infructuosos estos procesos públicos para España. Aun había romanos virtuosos: y á los escándalos en esta acusación descubiertos, se debió la ley que acertó á arrancar el tribuno del pueblo Calpurnio Pisón, por la cual se daba á las ciudades sujetas ó aliadas de Roma el derecho de denunciar los excesos de sus magistrados, y de reclamar ante el senado la devolución de las sumas que indebida y arbitrariamente les exigiesen. Ley justa y reparadora, que algún coto puso á la rapacidad de los avaros pretores.

Veamos las consecuencias que en España produjo la alevosa y sangrienta ejecución de Galba.

---

(1) App. De Bell. Hisp.

(2) *Caton... accusator assiduus malorum, Galbam octogenarius accusavit.* Aurel. Vict. in Cat.

CAPÍTULO II

VIRIATO

Desde 150 *antes de J. C. á* 146

Quién era Viriato.—Lo que le movió á salir á campaña.—Elígenle por jefe los lusitanos. —Burla al pretor Vetilio. Primer ardid de guerra. Derrota y muerte del pretor.— Otros triunfos de Viriato.—Condúcese ya con la prudencia de un consumado general. —Vence á otros dos pretores.—El cónsul Fabio Máximo Emiliano.—Vicisitudes de la guerra.—El cónsul Metelo.—El cónsul Serviliano.—Singular táctica de Viriato.— Ofrece la paz al cónsul cuando le tenía vencido.—Paz entre Roma y Viriato.—El cónsul Cepión.—Escandalosa violación del tratado y renovación de la guerra.— Muere Viriato traidoramente asesinado.—Carácter y virtudes de este héroe.—Sométense los lusitanos.

Entre los pocos lusitanos que habían logrado escapar de la matanza villanamente ordenada por el pretor Galba, hallábase un hombre de complexión recia, de corazón grande, y de un alma tan elevada cuanto era su condición humilde, porque había sido pastor de oficio. Este hombre se llamaba Viriato.

Habíanse derramado por el país él y los demás que milagrosamente salvaron la vida, pregonando la infame traición de que habían sido víctimas tantos millares de compañeros suyos, y excitando á un levantamiento general para tomar venganza, no ya del apretor aleve, que pronto se marchó á Roma, sino de la aborrecida tiranía romana. Sus acentos hallaron eco en el país, y no tardaron en reunirse hasta diez mil lusitanos, poseídos todos del mismo espíritu de indignación, todos ansiosos de vengar tamaño ultraje. Nombraron jefe y caudillo suyo á aquel Viriato. sin duda por ser entre ellos conocidos ya su valor y su capacidad para grandes cosas. Pronto mostraron los sucesos que había recaído la elección de aquellas gentes en quien era digno de mandarlas.

Hizo Viriato una irrupción en la Turdetania hacia el estrecho de Cádiz, donde el pretor Vetilio, que había sucedido á Galba, le obligó á entretenerse por algún tiempo en lugares ásperos y fragosos. Como el hambre llegase á apretar ya á sus soldados, comenzaron algunos de ellos á mover pláticas de paz. Entendido que fué por Viriato, recordóles con energía la abominable conducta de Galba. la mala fe de los romanos que tantas veces habían experimentado. lo poco que había que fiar de sus palabras, y que entregarse á ellos era entregar las gargantas al cuchillo: que si querían seguirle y ejecutar lo que les mandara, él sabría sacarlos del peligro á salvo y con la honra que á hombres tan esforzados correspondía. Reanimó á todos este discurso, sintiéronse inflamados de ardor hasta los más pusilánimes y todos á una voz juraron ejecutar sus disposiciones. Satisfecho Viriato de tan buena resolución, púsolos en orden de batalla, previniéndoles que cuando le vieran montar á caballo. se desbandaran á un tiempo, y por diferentes caminos que les señaló fueran á reunírsele en Tríbola. Hiciéronlo así, y sorprendido el pretor con tan extraña maniobra. no sabía

qué hacer ni á qué resolverse. Ultimamente determinó perseguir á Viriato y á los jinetes que le acompañaban, pero el astuto lusitano, fingiendo por un momento hacer rostro al enemigo para dar tiempo á que su infantería estuviese á salvo, de repente mandó picar espuelas y las picó él mismo, y partiendo al galope por desusadas sendas, dejó de nuevo burlados á los romanos, que ni conocían el terreno ni por lo pesado de sus armas podían darles alcance (1).

Ganó Viriato con este primer ardid tanta fama con los suyos como enojo causó al pretor Vetilio, el cual, queriendo vengar la pesaba burla, encaminóse con su ejército á Tríbola, donde supo se hallaba el lusitano. Salió éste á recibirle; hizo ademán de aceptar el combate; pero vuelve luego espaldas como quien huye temeroso, hasta atraer el ejército romano orillas de un bosque donde había dejado emboscada su gente. Entonces Viriato revuelve repentinamente contra el enemigo, la muchedumbre sale de la celada, cae como una nube sobre los romanos, que acosados por todas partes, sin poderse apenas mover en terreno estrecho y fangoso, se dejan degollar hasta cuatro mil, entre ellos el mismo pretor, que yendo á buscar venganza encontró la muerte.

Seis mil hombres que habían quedado vivos se refugiaron á Tarteso. Desde allí el cuestor pidió auxilio á los titios y belos sus aliados. Acudieron de ellos cinco mil, pero salióles al camino Viriato, y dió sobre ellos con tal ímpetu que ni uno solo quedó con vida; no hubo, dice Appiano (2), quien pudiera llevar al cuestor la noticia del desastre. Permaneció aquél en Tarteso esperando socorros de Roma (147).

Vino el pretor Plancio en ocasión que Viriato recorría la Carpetania Allí le fué á buscar el nuevo pretor; halláronse frente á frente el español y el romano. La misma astucia que había empleado Viriato con Vetilio en Tríbola usó con Plancio en las orillas del Tajo: el éxito casi el mismo, cerca de otros cuatro mil romanos perecieron. Después de esto Viriato repasa el Tajo, y va á acampar á un monte de olivos no lejos de Evora (3), donde espera á los romanos. El pretor, escarmentado ya, llevó allí todo su ejército. Empeñóse un combate formal en la llanura: larga y brava fué la pelea; aquello tuvo ya todas las condiciones de una batalla. La victoria quedó también por los lusitanos. Viriato desplegó allí ya las dotes, no de un capitán de bandidos, como le llamaban en Roma, sino de un general experto, prudente y atrevido á la vez, que vencía en batallas campales. Ya Plancio no se atrevió á medir más con él sus fuerzas, y aunque era el medio del estío mantúvose encerrado en las ciudades amuralladas.

De los dos pretores que el año siguiente vinieron á España, Unimano y Nigidio, el primero halló pronto la muerte en las armas lusitanas en los campos de la que es hoy Ourique en Portugal; sus insignias pretoriales sirvieron de trofeo en los montes, junto con los estandartes romanos que en poder de Viriato cayeron. El segundo sufrió cerca de Viseo una derrota

(1) Appian. De Bell. Hisp., pág. 490.
(2) Appian. De Bell. Hisp., pág. 490.
(3) Mariana le nombra el monte de Venus.

vergonzosa (146). Los triunfos de Viriato se iban contando por el número de pretores.

El primero que comenzó á quebrantar algo sus fuerzas fué Cayo Lelio, llamado en Roma el Prudente. Desplegando este romano su acreditada habilidad y experiencia, logró hacer cambiar la faz de la guerra, ó por lo menos la sostuvo sin reveses, hasta que Roma, penetrada de que aquella lucha que en un principio llamaba *guerra de ladrones*, no era sino una guerra seria y formal, no poco comprometida y grave para la república, envió á España con extraordinarios refuerzos á Quinto Fabio Máximo Emiliano, que acababa de ser nombrado cónsul, hijo también de Paulo Emilio, y hermano de aquel Escipión Emiliano, que por este tiempo destruía á Cartago (1).

---

(1) Vamos á referir sucintamente la ruina y destrucción de Cartago, de esta célebre ciudad competidora de Roma, á los 732 años de su existencia.

Por un motivo más extraño que justo declaró Roma á Cartago una tercera guerra, que se llamó *tercera guerra púnica*, y que dió principio en el mismo año que la de Viriato en España (150). Aunque por expresa condición de un tratado solemne *la ciudad había de ser tratada con todo miramiento*, los cónsules romanos, con insigne mala fe, resolvieron la destrucción de la ciudad, alegando que *Civitas* no significaba las habitaciones, sino los habitantes. Indignados los cartagineses de tan pérfida superchería, adoptaron la resolución, desarmados como estaban, de no abandonar su patria y sus hogares. Todo se convirtió de repente en fábricas y talleres de armas. Elaborábanse cada día cien escudos, trescientas espadas, quinientas lanzas y mil dardos. Hasta las mujeres cortaban sus cabelleras para hacer de ellas cuerdas. Tres años se defendió todavía con el valor de la desesperación la ciudad de los Hannón, de los Asdrúbal y de los Aníbal. Otro Asdrúbal, el séptimo de este nombre, sostenía el sitio, pero la victoria, dice oportunamente un erudito historiador, parecía estar fatalmente ligada al nombre de Escipión en todas las guerras púnicas. Escipión Emiliano, el mismo que había venido á España á pelear contra Viriato, fué enviado á destruir la ciudad africana en el mismo año que su hermano Fabio Emiliano vino á nuestra Península contra el héroe de la Lusitania (146). Escipión tomó por asalto á Cartago, no sin defenderse sus moradores por espacio de seis días y seis noches de calle en calle y de casa en casa. Asdrúbal se echó á los pies del vencedor: su mujer, con más heroicidad, por no caer prisionera del romano ni implorar su clemencia, se arrojó á las llamas con sus hijos. Diez y siete días estuvo ardiendo aquella inmensa ciudad, y las moradas de setecientos mil habitantes se convirtieron en cenizas y escombros. Escipión hizo pasar el arado en derredor de las antiguas murallas, pronunciando imprecaciones en nombre del senado y del pueblo romano contra los que quisieran habitar en el recinto en que había estado Cartago. Como su abuelo adoptivo, recibió éste también el sobrenombre de *Africano*, aquél por haberla vencido, éste por haberla arruinado.

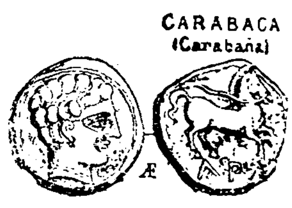
Dícese que Escipión derramó alguna lágrima sobre la ciudad destruída; y que á vista del estrago exclamó conmovido: «Llegará un día en que caerán los sagrados muros de Ilión, de Príamo y de toda su raza.» Y que preguntado por Polibio qué entendía por Ilión y por la raza de Príamo, respondió, sin nombrar á Roma, que meditaba cómo los estados más florecientes declinan y mueren según agrada al destino.

A pesar de las imprecaciones de Escipión, quince años después fué enviado Cayo Graco á establecer una colonia en el sitio en que había estado Cartago. En tiempo de Augusto fué reedificada la ciudad, y en el de Gordiano era otra vez tan populosa que competía con Alejandría; era la capital de la provincia de Africa. Allí escribió Tertuliano sus bellas apologías. Destruyéronla los sarracenos por última vez en el siglo VII de Cristo. Mario había ido á meditar su venganza sobre sus primeras ruinas, y San Luis fué á morir en sus nuevos escombros, reflexionando sobre el fin de las grandezas humanas. *(Hist. de Cartago.)*

Contaba Fabio con el ejército de Lelio, contaba con el suyo que de refresco venía. ¿Cómo podían resistir á tan imponentes fuerzas aquellas manadas de rústicos montañeses conducidas por un hombre también rústico, cualquiera que pudiese ser el valor de aquel capitán improvisado?

Con estos pensamientos, estableció el cónsul sus reales en Urso (hoy Osuna), y reuniendo allí los dos ejércitos, el de Lelio y el suyo, pasó á ofrecer sacrificios al templo de Hércules Gaditano. Pero mientras él se ocupaba en hacerse propicios á los dioses, Viriato daba buena cuenta de las tropas consulares, que mandadas por el lugarteniente de Fabio habían hecho una salida contra los lusitanos, que ya en busca de sus enemigos se aproximaban (145). Con la noticia de aquel descalabro, apresuróse Fabio á incorporarse á su ejército. La confianza del cónsul había bajado grandemente de punto. En lugar de emprender pronto la campaña á que le provocaba Viriato, dejó trascurrir todo el año en preparativos, siguiendo el prudente sistema que el otro Fabio Máximo había seguido en Italia con Aníbal (1), como si por otro Aníbal tuviese á Viriato el Fabio Máximo Emiliano. Así dejó expirar el tiempo de su gobierno, pero no hallando el senado quien reuniese las cualidades necesarias para hacer la guerra en España, prorrogó á Fabio los poderes.

A juzgar por los resultados, no fueron infructuosos los preparativos del cónsul, pues comenzando la nueva campaña venció á Viriato y le rechazó hasta Bécor (144), obligándole luego el pretor á retirarse hasta las cercanías de Evora. Pero nada bastó á desalentar al intrépido lusitano. No tardó en congregar nuevas tropas, y mientras el cónsul hacía cuarteles de invierno en Córdoba, Viriato excitaba á los arevacos, á los triccios, á los vacceos y á los celtíberos á una alianza y general confederación contra el común enemigo, exhortándolos á unirse en derredor de un solo estandarte nacional, habiendo sido de este modo Viriato el primero que indicó á sus compatriotas el pensamiento de una nacionalidad y la idea de una patria común. Acudiéronle unos con gentes, otros con armas y dinero, y si su proyecto no llegó á realizarse, por lo menos no fué su voz desoída.



MONEDA IBÉRICA (2)

Después de algunos pretores, de quienes no nos han quedado hechos señalados, vino á España el cónsul Q. Cecilio Metelo, llamado el Macedónico, por haber subyugado la Macedonia (142). Andaban ya alterados los arevacos y celtíberos: Metelo los sujetó, tomando algunas ciudades, entre ellas Contrebia, no sin resistencia porfiada, y puso cerco á Nertobriga. Cuéntase de aquel cónsul en el sitio de esta ciudad un acto generoso de aquellos que honran siempre al hombre, y que nosotros nos complacemos en aplaudir sin mirar si el que los ejecuta es amigo

(1) Cap. 4. del lib. I de esta Historia.

(2) Para la mejor inteligencia de la parte numismática, debemos advertir que las iniciales que van al pie del grabado de cada moneda indican el metal de que estaban hechas: así, AV representará las monedas de oro, AR las de plata, Æ las de cobre y V las de vellón ó plata baja.

ó enemigo. Jugaban ya los arietes contra la muralla: hallábanse dentro de la ciudad los hijos de un español que militaba en las filas romanas en clase [illegible]centurión: indignados los habitantes de la traición de su compatricio, co[illegible]on á sus hijos en el lugar más peligroso del muro donde deberían perecer los primeros. Informado el cónsul del caso, quiso más levantar el sitio que tomar la ciudad á costa de aquellos inocentes. Proceder tan generoso y humano le valió la amistad de muchos pueblos; que tal era la índole de los españoles (1).

Hacía entretanto la guerra contra Viriato en la Lusitania el pretor Quincio con fortuna varia. Sucedióle el cónsul Fabio Serviliano, hermano adoptivo de Fabio Máximo Emiliano. Con el numeroso ejército que él trajo y con un refuerzo de caballos y elefantes que le envió de Africa el rey Micipsa, hijo de Masinisa, acometió á Viriato y le venció en el primer combate. Pero usando luego el lusitano de una de las sagaces maniobras de su táctica, revolvió sobre él con su acostumbrada rapidez é impetuosidad, mató tres mil consulares y forzó á Serviliano á abrigarse en Ituccia, ciudad de la Bética. No daba reposo Viriato á los enemigos: desde la aspereza de los bosques donde se escondía, desprendíase como un funesto meteoro, se desgajaba al modo de una exhalación, y tenía á los romanos en perpetua alarma y rebato, hasta que la falta de mantenimiento le obligaba á retirarse á su país natal, donde se reparaba y daba nuevo ánimo á los suyos. De una de estas ausencias se aprovechó el cónsul Serviliano para apoderarse de la Beturia y del país de los cinesios ó cuneos, donde hizo cuarteles de invierno.

Conócese que los españoles, aunque al principio no habían sido sordos á la voz de la unión, levantada por Viriato, no se habían agrupado en derredor de aquel heroico jefe, como les hubiera convenido. Porque ni vemos unidad ni acuerdo entre los españoles en las operaciones de esta guerra, ni, á pesar de las pocas derrotas y de los muchos triunfos que Viriato alcanzara, observamos que engrosaran sus bandas lo que había sido de esperar, ni hacía más que pelear brava, pero aisladamente como en el principio de la campaña. El espíritu de la localidad predominaba todavía en aquellos españoles, para quienes parecía ser la más difícil de las obras la unión.

Mas ni por eso Viriato reposaba, ni era posible á los romanos reposar con él. Apenas pasado el invierno, reapareció el infatigable lusitano, y tomó cuatro ciudades, Gemela, Escadia, Obólcola y Baccia (que acaso son Martos, Escua, Porcuna y Baeza). Manteníase por él Erisana (2). Sitióla el cónsul Serviliano (141). Pero el astuto Viriato halló medio de introducirse

(1) Refieren este caso Valerio Máximo, Aurelio Víctor y Patérculo. Atribúyese también al cónsul Metelo un dicho que adquirió gran celebridad. Como para ocultar á los enemigos sus pensamientos, traía y llevaba las tropas de un lado á otro como sin plan ni concierto, se atrevió á preguntarle un centurión qué era lo que con aquellos movimientos se proponía: *Quemaría yo mi camisa*, respondió el cónsul, *si supiese que en mis secretos tenía parte.*

(2) No hemos podido averiguar la situación de esta ciudad antigua, como acontece con otras muchas. Debemos advertir aquí que muchas de las poblaciones de aquel

en ella de noche y á las calladas, sin ser visto ni sentido. A la mañana siguiente hace una salida tan impetuosa como inesperada, se arroja sobre los sitiadores, los pone en precipitada fuga, los sigue, los acosa, logra encerrarlos en la estrecha garganta de una montaña, en un desfiladero sin salida. Fácil le era á Viriato acabar con todo el ejército consular; pero el magnánimo guerrero español quiso más pedir la paz al pueblo romano cuando era vencedor, que aceptarla cuando fuese vencido (1). Entonces convidó con la paz á Serviliano. ¡Admirable contraste el de la generosidad del guerrero español con la matanza aleve del romano que le movió á emprender la guerra!

No era ocasión para que dejara de admitir el cónsul una paz que ciertamente en su apurada situación no esperaría. Concertóse, pues, que los romanos conservarían lo adquirido, obligándose solemnemente á no pasar adelante, y que habría *paz y amistad entre el pueblo romano y Viriato.* Confirmado el convenio por el senado y el pueblo de Roma, esta paz debía ser sagrada para la república. Pero faltábale al nombre romano una mancha que acabara de hacerle abominable en España, y llegó este caso ignominioso para el pueblo-rey.

Confió el senado el gobierno de la España Ulterior á Quinto Servilio Cepión, hermano de Fabio. No podía haberse elegido un hombre ni más inepto como guerrero, ni más malvado como hombre. Este hombre ambicioso, pérfido y avaro, sin mirar que la letra del tratado estaba reciente todavía, que había sido pactado por su hermano mismo, y que había sido debido á la magnanimidad del vencedor, persuadió al senado la necesidad de romper de nuevo la guerra contra Viriato, so pretexto de que era indigna de la majestad del pueblo romano aquella paz. Decía verdad en esto, pero era una paz solemnemente aprobada; bien que el senado mismo se alegró acaso de encontrar un hombre tan desleal como Cepión; y accediendo á su propuesta, dió otro testimonio más de que la fe romana no rendía parias á la fe púnica, y de que Roma no marchaba por más noble senda que Cartago.

Descansaba Viriato confiado y tranquilo en una ciudad de lo interior de la Lusitania, cuando supo con sorpresa que Cepión, faltando á todos los derechos divinos y humanos, había renovado la guerra y se encaminaba á buscarle. Salió Viriato á recibirle con la escasa gente que pudo reunir. No fué grande hazaña en el cónsul el obligarle á hacer una retirada; pero proporcionándose luego algunos socorros entre los celtíberos sus amigos, todavía acreditó á Cepión en un encuentro que era el mismo Viriato, y con una de sus estratagemas le dejó tan burlado como en el principio de su campaña había dejado á Vetilio y á Plancio.

Entonces resolvió el cobarde cónsul deshacerse por medio de una traición del mismo á quien no podía vencer con las armas. Vínole bien que

---

tiempo que se mencionan en las historias latinas, no podían ser ciudades en el sentido y significación que hoy tiene esta palabra. Reducíanse por lo común muchas de ellas á una aglomeración de casas y chozas en que se albergaban aquellos moradores rústicos y sencillos que hemos descrito en nuestro libro primero.

(1) *Pacem à populo romano maluit integer petere quam victus:* dice Aurelio Víctor.

Viriato, acaso con el fin de libertar á su patria de los horrores y devastaciones que por todas partes Cepión cometía, le enviara tres embajadores recordándole el tratado concluído con su hermano. El perverso cónsul sobornó con dádivas y promesas á los tres legados, los cuales tuvieron la flaqueza, indigna también de pechos españoles, de comprometerse á dar muerte á su propio general. Volvieron los enviados al campo lusitano, y entrando en la tienda de Viriato á hora muy avanzada de la noche, en su mismo lecho donde le encontraron dormido le cosieron á puñaladas (140).

Así pereció el gran Viriato, uno de los capitanes más ilustres que España ha producido: así pereció para baldón perpetuo de Roma el que por tantos años hizo frente á su poder y humilló tantas veces sus legiones. Los historiadores romanos no pudieron dejar de reconocer su mérito y sus virtudes.—«Viriato, dice Appiano, en medio de los bárbaros se distinguió por las virtudes de un general: no hubo una sola sedición entre sus tropas; nadie fué más equitativo que él en la distribución del botín.»—«Viriato, dice Floro, de cazador se hizo bandido, y de bandido general, y si la fortuna le hubiera ayudado, hubiera sido el Rómulo de España.» Sus mismos enemigos le hicieron justicia. Todos convienen en que era humano, afable, benéfico, generoso, fiel observador de los tratos: sencillo en el vestir, frugal en el comer, despreciador de las comodidades, del lujo y del regalo, su vida, su porte, su traje, eran los de un simple soldado de aquel tiempo: ni las adversidades le quebrantaban, ni las prosperidades le envanecían, ni el alto puesto á que se elevó le ensoberbeció nunca: los despojos de la guerra repartíalos entre sus compañeros de armas, sin reservar nada para sí, porque al revés de los cónsules y pretores, á quienes combatía, jamás pensó en enriquecerse. Cuéntase que el día que se celebraron sus bodas con la hija de un principal español, mientras los convidados se entregaban á los placeres del festín, él ni soltó la lanza ni tomó más sustento que el ordinario, que se reducía á carne y pan; y que terminada la fiesta de familia, tomó á su esposa, la subió en su mismo caballo, y la condujo á los montes, donde ya sus secuaces le aguardaban.

En otro país, que no fuera la España, apenas se comprendería que un hombre, desde el humilde oficio de pastor de ganados, y después soldado de montaña, llegara á hacerse, sin otra escuela ni instrucción que su genio y el ejercicio práctico de las armas, un general temible á la más poderosa de las repúblicas, hasta el punto de hacerla pactar como de poder á poder. La historia nos enseñará cuán fecundo ha sido siempre nuestro suelo en hombres que, dejando la esteva ó el cayado para empuñar la espada, han sabido hacerse con su valor y sus hazañas un renombre ilustre (1).

Cuando los asesinos de Viriato se atrevieron á reclamar el premio de su inicua acción, respondióseles que Roma no acostumbraba premiar á los soldados que asesinaban á su jefe. A Cepión le fué negado el triunfo: el senado adquirió el fácil mérito de desaprobar su conducta.

---

(1) El historiador inglés Dunhan compara á Viriato al famoso irlandés Wallace: pero ni este guerrero célebre del siglo XIII era de humilde prosapia como Viriato, ni le igualó en hazañas ni en virtudes. En España nos sería fácil encontrar copias más exactas de este personaje.

Sucedió á Viriato un hombre llamado Tántalo. Pero un héroe no es fácil de reemplazar. El nuevo caudillo capituló luego con los romanos: los lusitanos depusieron las armas, y el mismo Cepión les dió tierras que pudiesen cultivar tranquilamente: con lo que se dió por terminada aquella famosa guerra.

CAPÍTULO III

NUMANCIA

Desde 140 *antes de J. C. hasta* 122

Lo que preparó la guerra de Numancia.—Fuerzas de los numantinos.—Ejército del cónsul Pompeyo.—Primeras operaciones de sitio.—Se ve obligado á pedir la paz.—Inicuo rompimiento de ésta, y testimonio de la fe romana.—El cónsul Popilio.—Es derrotado.—El cónsul Mancino.—Completa derrota que sufre.—Tratado de paz glorioso para Numancia y vergonzoso para Roma.—Rómpele el senado.—Castigo bochornoso que sufre Mancino.—Generosa conducta de los de Numancia.—Apuros en que se ve el cónsul Lépido.—Terror que Numancia inspira á Roma.—Viene contra ella Escipión Africano.—Moraliza el ejército.—Esquiva entrar en batalla con los numantinos.—Sitia á Numancia con 60,000 hombres.—Línea de circunvalación. —Fortificaciones.—Arrojo de algunos numantinos.—Salen á pedir socorro y no le encuentran.—Angustiosa situación de Numancia.—Mensaje á Escipión.—Su respuesta.—Hambre y desesperación de los numantinos.—Ejemplo sin igual de heroísmo.—Numancia destruída.

Desembarazados los romanos de la molesta guerra de Viriato, volvieron de nuevo sus miras sobre Numancia. Esta célebre ciudad celtíbera, después de las guerras de Fulvio que dejamos referidas, había asentado paz con el cónsul Marcelo (152), por la cual respetaba Roma la independencia de Numancia, permitiendo también volver á sus casas á los segedanos á quienes había dado hospitalidad. Cuando el cónsul Metelo, durante las guerras con Viriato, sujetó los pueblos de la Celtiberia, Numancia fué también respetada como ciudad independiente y neutral, y los numantinos habíanse limitado á dar asilo á los celtíberos del partido de Viriato, como antes le habían dado á los de Segeda. Concluída la guerra lusitana, hízoles Quinto Pompeyo Rufo un cargo de esta conducta, exigiéndoles lo que llamaríamos hoy la extradición de los refugiados. Contestó Numancia que las leyes de la humanidad no le permitían entregar á los que en ella habían buscado un asilo, y que esperaba guardaría la fe de los tratados. Volvióle Pompeyo aquella jactanciosa y acostumbrada respuesta: «Roma no trata con sus enemigos sino después de desarmados.» Esta contestación fué la señal de guerra. El pretexto por parte de los romanos fué éste: el verdadero motivo era que los abochornaba la independencia que Numancia se había sabido conquistar.

Reunieron los numantinos sus fuerzas, que en todo subirían á ocho mil hombres, y nombraron general de este pequeño ejército á un ciudadano llamado Megara. Pompeyo acampó cerca de la ciudad con más de 30,000 hombres, y se posesionó de las alturas vecinas (140).

Asentábase Numancia, ciudad de los pelendones, á poco más de una

legua de la moderna Soria, y en el término que comprende al presente el pequeño pueblo de Garray, en un repecho de subida no muy agria, pero de dificultosa entrada en razón á los montes que la rodean por tres partes; sólo por un lado tenía una llanura que se extiende por las márgenes del Tera, que va á mezclar sus aguas con las del Duero. Dentro de sus débiles tapias había una especie de ciudadela donde en tiempo de guerra solía recogerse la gente armada, y donde solían guardar los ciudadanos sus alhajas y preseas.

Intentaba Pompeyo atraer á los numantinos á batalla campal; hizo mil tentativas para lograrlo: pero dirigidos aquéllos por el prudente y esforzado Megara, adoptaron un sistema de defensa el más propio para mortificar al general de la república. De tiempo en tiempo hacían salidas y empeñaban combates parciales, de que siempre sacaban alguna ventaja; y cuando veían al ejército romano desplegar banderas y ponerse en movimiento, replegábanse dentro de las trincheras de la ciudad, á las cuales nunca se acercaban impunemente los romanos.

Fatigado Pompeyo de aquel sistema de guerra, suspendió el sitio y fué á ponerse sobre Termes (1), distante de Numancia nueve leguas. Tampoco Termes estuvo de parecer de dejarse subyugar; antes bien, haciendo los termesinos una salida impetuosa, obligaron á Pompeyo á retirarse por ásperos y tortuosos senderos erizados de precipicios, por donde muchos soldados se despeñaron, teniendo el ejército que pasar la noche acampado y sobre las armas. Al día siguiente volvió sobre la ciudad, pero no recogió del nuevo ataque más fruto que del anterior (2). Dirigióse á Manlia, que se le entregó, matando los mismos manlieses la guarnición numantina: corrióse á la Edetania, donde deshizo algunas partidas de sublevados, y revolvió con todo su ejército sobre Numancia.

Quedaba Numancia sola: ¡sola para resistir á todo el poder romano! Habíala aislado Pompeyo incomunicándola con las pocas ciudades que pudieran ayudarla. Queriendo ahora apretar el sitio y reducir á los numantinos por hambre, discurrió hacer variar el curso del Duero, torciendo su cauce para que no entraran por él bastimentos á los sitiados. Pero éstos con sus espadas supieron hacer desistir brevemente de su obra á los que se ocupaban en tales trabajos. Llegóse en esto el invierno, y los soldados romanos, no acostumbrados á la cruda temperatura de aquel clima, sucumbían al rigor de las heladas y de las nieves. Noticioso por otra parte Pompeyo de haber sido nombrado el cónsul M. Popilio Lenas ó Lenate para sucederle (139), antes de entregarle el gobierno resolvió hacer paces con los numantinos, acaso temeroso de que su sucesor alcanzara en esta guerra glorias á que él había aspirado en vano. Tropezamos aquí con otro testimonio de lo que era entonces *la fe romana*. Cuando llegó el cónsul Popilio, negó Pompeyo haber hecho aquellas paces, por lo menos con las condiciones que de público aparecían. Verdad era que el insidioso cónsul había tenido la cautela de no firmarlas so pretexto de hallarse entonces

(1) La Termancia de Appiano.

(2) Muchos afirman haberla tomado en esta segunda acometida, pero no consta así en la relación de Appiano.

enfermo; y por más que los numantinos apelaban al testimonio de los principales jefes y caballeros del ejército romano, enturbióse de tal manera el negocio que hubo de remitirse su decisión al senado, el cual optó por la continuación de la guerra: que la flaqueza de los senadores igualaba la indignidad y bajeza de los cónsules.

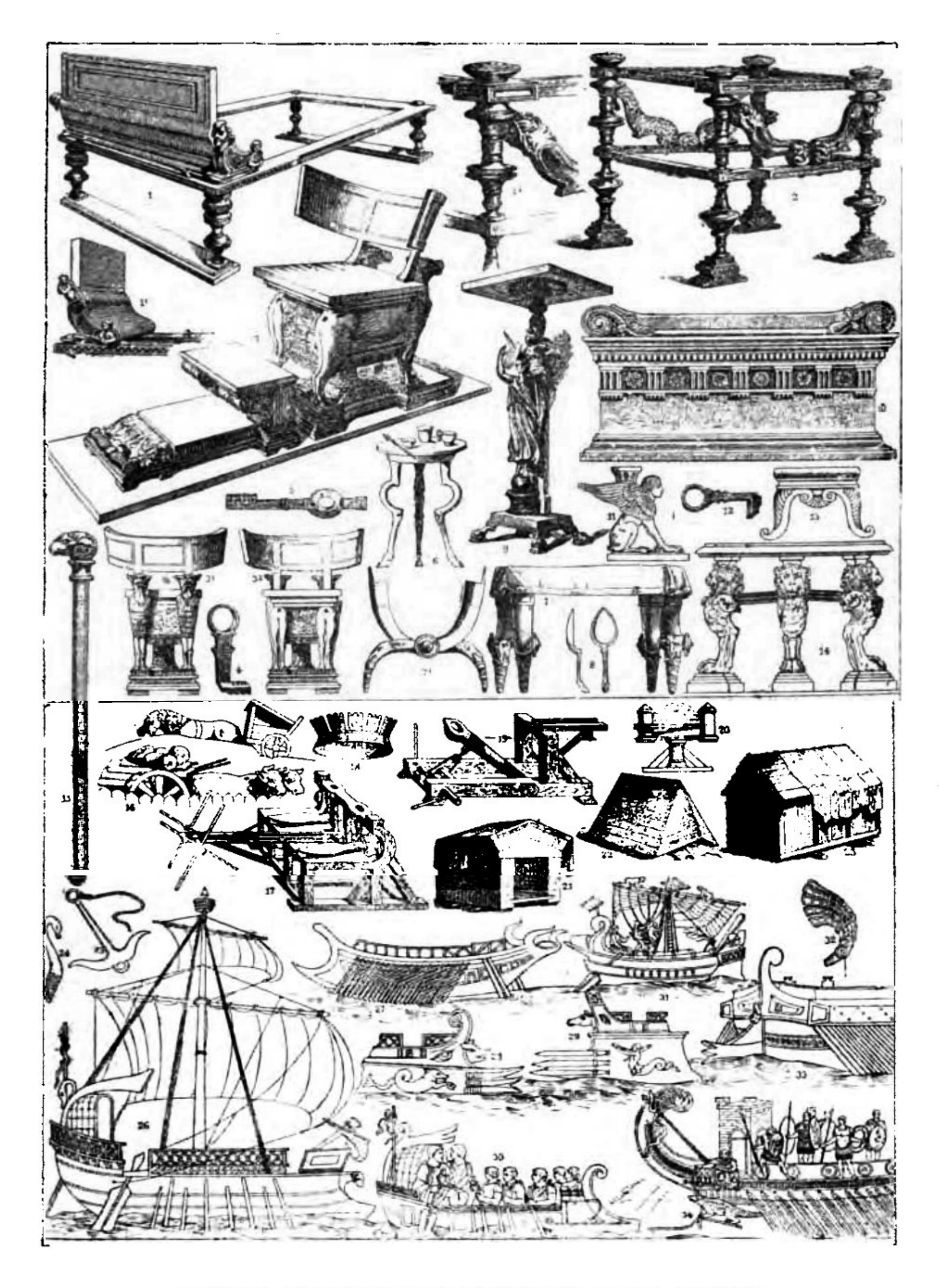
Fué primeramente Popilio contra los lusones, á quienes no pudo vencer. Volvió al año siguiente sobre Numancia (138), y hubiérale valido más haber admitido la paz que halló establecida Pompeyo. En cumplimiento de las órdenes con que le estrechaban de Roma, intentó un asalto en la ciudad. Ya estaban puestas las escalas sobre el débil muro, ni una voz, ni un ruido se sentía en la población: profundo silencio reinaba en ella: parecía una ciudad deshabitada. Hízosele sospechoso á Popilio tanto silencio, y se retiró temiendo alguna estratagema. Temía con razón, porque saliendo repentinamente los numantinos á ayudarle en la retirada, arrollaron á los legionarios, y los pusieron en desorden y en verdadera derrota (1).

Sucesos dramáticos va á ofrecer la historia de Numancia en los años siguientes. Decio Bruto había sido enviado á la España Ulterior, donde los lusitanos habían comenzado á alterarse de nuevo. Vino á la Citerior el cónsul Cayo Hostilio Mancino (137), hombre de imaginación tétrica, que turbada con funestos y fatídicos sueños, de todo auguraba desgracias y calamidades. Al tiempo de embarcarse para España creyó haber oído en el aire una voz que le decía: *Detente, Mancino, detente.* Las noticias que acerca de la fuerza de los numantinos traían de Roma sus soldados no eran menos siniestras. Y con esto y con experimentar más de una vez la realidad de su bravura, no se atrevían ya á mirar á un numantino cara á cara. Encerrados permanecían en su campamento, hasta que á la voz de que los vacceos y cántabros venían en ayuda de los de Numancia dióse prisa el cónsul á levantar los reales, y á favor de las sombras de la noche se apartó de una ciudad donde creía no esperarle sino desventuras. Una casualidad descubrió su fuga.

Dos jóvenes numantinos amaban ardientemente á una misma doncella. No queriendo el padre desairar á ninguno de los dos mancebos, propúsoles que se internasen los dos en el campo romano, y aquel que primero tuviera valor para cortar la mano derecha á un enemigo y traérsela, obtendría la de su hija y se la daría en matrimonio. Salieron los dos enamorados jóvenes, y como hallasen con sorpresa suya el campamento romano desierto y solo, regresaron apesadumbrados como amantes, y gozosos como guerreros, á dar noticia de aquella impensada novedad. Tomaron entonces las armas con nuevo aliento los numantinos, y salieron en número de cuatro mil en busca de aquellos cobardes fugitivos.

Avanzaron hasta encontrarlos, y empujándolos de posición en posición redujéronlos á una estrechura, donde no les quedaba otra alternativa que entregarse ó morir. Mancino pidió la paz. No faltaba generosidad á los de Numancia para otorgarla, á pesar de no haber recibido de Roma sino deslealtades y agravios. Así ahora, imitando el ejemplo de Intercacia cuando no quiso fiarse del cónsul Lúculo ni entenderse para las capitulaciones

(1) Frontin. Estratag. III.



MUEBLES, UTENSILIOS Y EMBARCACIONES DE LOS ROMANOS

1 á 14. *Muebles y utensilios.* – 15 á 23. *Máquinas de guerra y objetos de campamento.*
24 á 34. *Embarcaciones y parte de las mismas*

sino con su lugarteniente Escipión (1), tampoco quisieron los numantinos ajustar tratos sin la intervención del cuestor Tiberio Graco, acordándose de la exactitud con que su padre había hecho ratificar otra paz en el senado. Vino en ello el cuestor, y concertóse que Numancia sería para siempre ciudad independiente y libre, y que el ejército romano entregaría á los numantinos todo el bagaje, máquinas de guerra, alhajas de oro y plata y demás objetos preciosos que poseía: único medio de salvar las vidas á más de veinte mil hombres que el hambre tenía reducidos al postrer apuro.

Pareció muy bien esta paz al consternado y desfallecido ejército; no así al senado, que comprendió todo el baldón que tan afrentoso tratado echaba sobre la república: y como los padres conscriptos estaban lejos del peligro y no los alcanzaba la miseria, importábales poco que pereciesen veinte mil guerreros romanos con tal de que no se dijese que el pueblo más poderoso del mundo se humillaba á recibir la ley de un puñado de montañeses españoles. Rompióse, pues, solemnemente el pacto como injurioso é indigno, sin que valieran al cuestor Graco sus esfuerzos por que se cumpliese lo tratado y por demostrar la necesidad crítica en que se había hecho. Cierto que la odiosidad del pueblo romano cayó toda sobre el desgraciado Mancino, á quien se condenó á ser entregado á los de Numancia desnudo y atado de pies y manos. Inútiles fueron también los buenos oficios de Graco para salvar al cónsul de tan vergonzoso castigo. El desventurado Mancino sufrió la afrenta de ser colocado en aquella actitud á las puertas de Numancia, donde permaneció todo un día desahuciado de sus conciudadanos y no admitido por los enemigos. Porque los generosos numantinos, no creyendo aquella suficiente satisfacción del rompimiento del tratado, ni queriendo vengarse en un inocente desarmado y desnudo, ultrajado por la altivez de su ingrata patria, rehusaron admitirle. Lo que ellos pedían era, ó que lo pactado se cumpliese, ó que se repusieran las cosas en el ser y estado que tenían cuando se hizo el ajuste, entregándoles los veinte mil hombres que tuvieron la generosidad de perdonar. La petición era á todas luces justa, pero se la hacían á Roma (2).

Llevaba ya Numancia vencidos tres cónsules en tres años y celebrados dos tratados de paz cuando vino Emilio Lépido en reemplazo de Mancino (137). Bajo el pretexto de que habían abastecido á los numantinos durante la guerra acometió este cónsul á los vacceos y puso sitio á Palencia. Ya los palentinos le habían forzado á levantarle, pero no contentos con esto hicieron sin ser sentidos una irrupción en su campo, y le mataron hasta seis mil hombres. Dos legados de Roma vinieron á intimarle que dejara á los vacceos y atendiera á Numancia. Pero Numancia vió pasar un consulado más, y Roma vió regresar de España otro cónsul sin haber ganado más mérito que la derrota de Palencia y las estafas de que fué públicamente acusado.

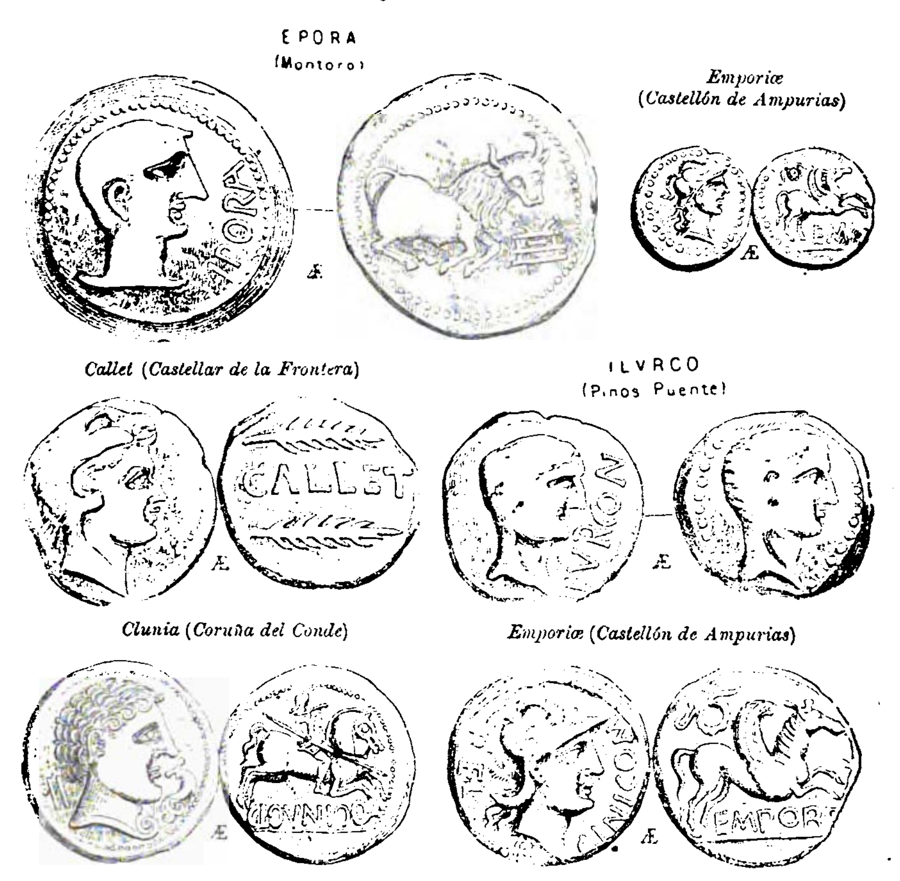
Reemplazóle Lucio Furio Philón (136), que no hizo otra cosa que eje-

(1) Cap. I. de este libro.
(2) App. de Bell. Hisp., p. 511. Tit. Liv. Epitom. Pattere, lib. II. Saint-Real, Hist. de este tratado.

cutar el castigo de Mancino, indisponer con él á sus propios soldados, contemplar á Numancia, y poder decir en Roma que había visto una ciudad y no se había atrevido á acometerla.

Calpurnio Pisón, que vino después (135), tuvo á bien retirarse á invernar en la Carpetania, y fué testigo de cómo había ido relajándose la

MONEDAS LATINAS



disciplina del ejército romano, si es que él mismo no contribuyó á acabar de corromperla con su codicia.

Roma, la soberbia Roma, llamaba ya á Numancia *el terror de la República:* los ciudadanos no osaban pronunciar su nombre. Abochornábala que una pequeña ciudad de la Celtiberia estuviera tantos años desafiando á la capital del mundo. Con indignación, más que con dolor, veía cómo iban quedando enterradas aquí sus legiones, cómo se estrellaban aquí sus cónsules y sus generales. Ya no encontró otro que creyera fuese capaz de domar esta ciudad heroica que el que había destruído á Cartago. Por dos veces se confirió á Escipión Emiliano el consulado sin pretenderlo, una

para que fuese á destruir á Cartago, otra para que viniera á destruir á Numancia, las dos ciudades, como observó Cicerón, más enemigas de Roma. Pero la una había sido una población de setecientos mil habitantes, la otra

MONEDAS LATINAS

Onuba (*Huelva*)

Searo (*Sarracatin*)



Carbula (*Almodóvar del Rio*)

Ceret (*Cerat*)



Ilipense-Ilipa Magna (*Alcalá del Rio*)

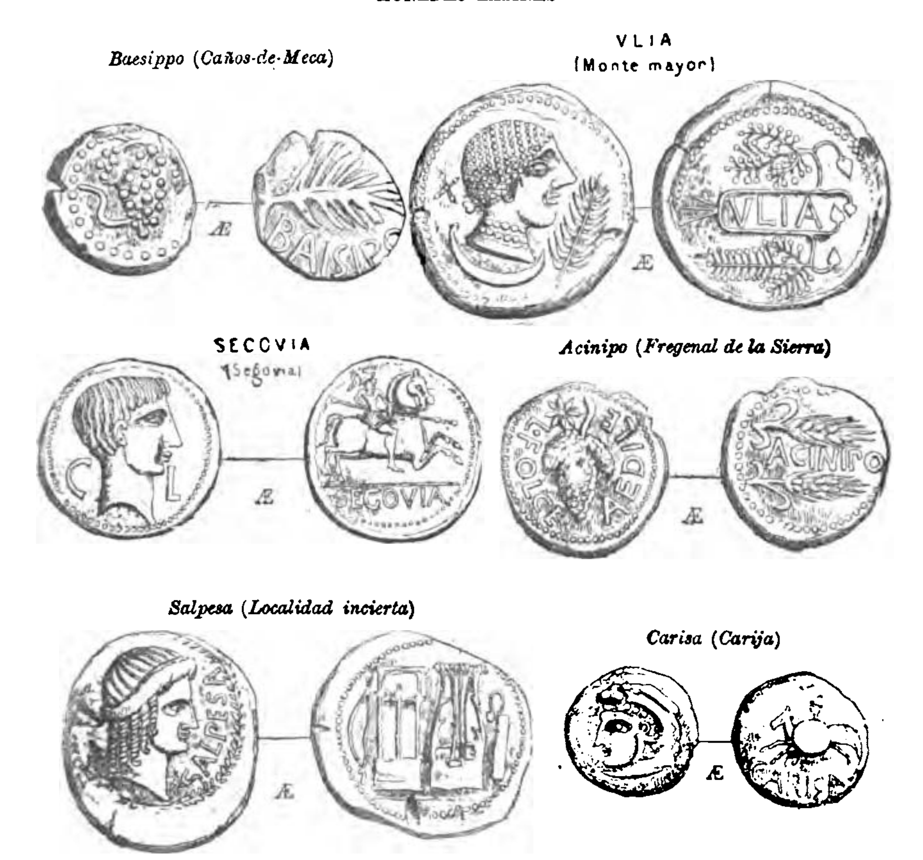


apenas contaría ya en su recinto cuatro ó seis mil defensores. Hemos visto cuán poco tiempo le bastó para borrar del mapa de los pueblos la primera; veremos si le fué tan fácil arruinar la segunda.

Trajo el Africano consigo cuatro mil voluntarios (134), de entre los cuales formó un cuerpo de quinientos hombres pertenecientes á familias distinguidas, especie de guardia de honor, que se nombró *la cohorte de los amigos*. Halló Escipión el ejército de España viciado en extremo y corrompido. Dedicóse el ilustre general á reformar la disciplina y á moralizarle. Desde luego arrojó del campo los chalanes, los vivanderos y las mujerzuelas; de éstas hasta dos mil. Suprimió las cómodas camas en que se habían acostumbrado á dormir y á comer, y las reemplazó con unos sacos, en que dormía él mismo para dar ejemplo. Hacía que cada soldado cargase con la

provisión de trigo para quince ó veinte días, y con siete gruesas estacas para levantar empalizadas y trincheras, y con este cargamento y su equipaje obligábalos á hacer marchas y contramarchas; ejercitábalos en cavar fosos y replenarlos, en levantar muros y destruirlos, endureciéndolos así en todo género de trabajo y de fatiga. *Que se manchen de lodo,* decía, *ya que*

MONEDAS LATINAS



tanto temen mancharse de sangre (1). Hallábase él presente á todos estos ejercicios, y no permitía la menor indulgencia ni guardaba la menor consideración. Y para ir fogueando sus tropas, quiso ensayarlas en más fáciles empresas (que todo lo creía necesario antes de comenzar la conquista de la indómita ciudad) haciendo algunas correrías por el país de los vacceos. Viéronse allí el mismo cónsul y el tribuno Rutilio Rufo (el que después escribió la historia de esta guerra) en más de un conflicto y en más de un riesgo de caer en las celadas que les armaban los palentinos y de ser cogidos por su intrépida caballería. En una de estas excursiones vió

(1) Flor., lib. II, Aurel. Vict., cap. 58.

Escipión por sus mismos ojos la ruinas de Caucia destruída por la traición aleve de Lúculo, y movido á lástima ofreció á voz de pregón todo género de franquicias á los que quisiesen reedificarla y habitarla.

Pasada así la mayor parte del invierno, volvió á los alrededores de Numancia. Observando los numantinos que los romanos se corrían á forrajear hacia una pequeña aldea ceñida de peñascos, emboscáronse algunos detrás de aquellos naturales atrincheramientos. Hubieran perecido los forrajeadores que por aquellas partes andaban, si el hábil y previsor general no hubiera destacado allí hasta tres mil caballos, con lo que los numantinos

MONEDAS LATINAS



tuvieron á cordura replegarse á la ciudad. Gran contento y maravilla causó á los soldados romanos esta retirada: como un prodigio se pregonó la nueva de haber visto una vez las espaldas á los numantinos (1).

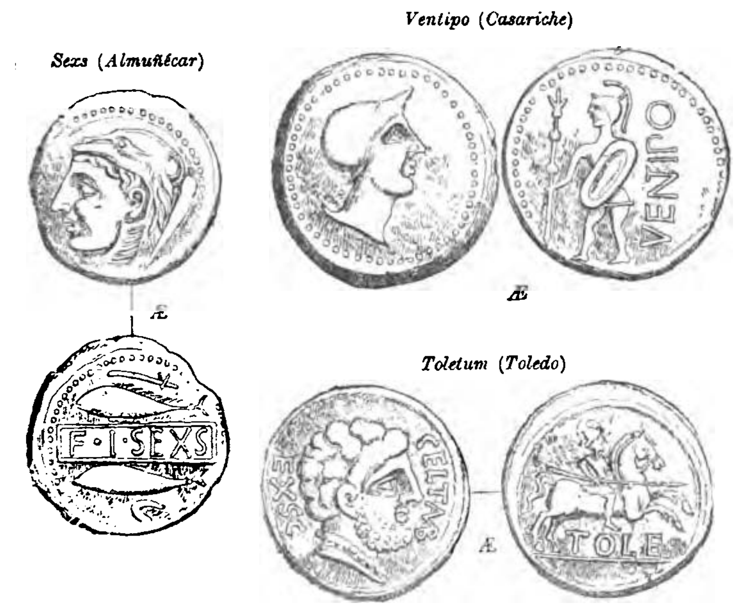
Llegada, en fin, la primavera (133), formalizó Escipión el sitio de Numancia con un ejército de sesenta mil combatientes, disciplinados ya á su gusto. ¡Y todavía el poderoso romano esquivaba la batalla con que en su desesperado arrojo le provocaban muchas veces los numantinos! Nada bastaba á hacer variar de propósito al prudente capitán, que decidido á rendir á los sitiados por hambre hizo circunvalar á la ciudad, comprendiendo en la línea la colina en que estaba situada. Fosos, vallados, palizadas, fortalezas y torres, no quedó obra de defensa que no se construyera; y para que por el río no les entraran provisiones á los cercados, atravesóse por todo su ancho una cadena de gruesas vigas erizadas de puntas de hierro, en tal forma que no sólo las barcas. pero ni los nadadores y buzos podían pasar sin evitar el riesgo de clavarse en las aferradas puntas de

(1) App., pág. 524.

las estacas. Saeteros y honderos guarnecían las torres, á más de las ballestas, catapultas y otras máquinas é ingenios. Velaban los vigías de día y de noche, y al menor movimiento se avisaba el peligro por medio de señales convenidas. y al punto se acudía al lugar amenazado.

Mucho, aunque en vano. trabajaron los numantinos por impedir estas obras, que de cierto no hubieran sido mayores las que hubiera podido emplear Aníbal para conquistar á la misma Roma. Penetráronse ya de que no les quedaba más alternativa que la de perecer de hambre ó morir matando, porque rendirse no era cosa que cupiera en el ánimo de aquellos

MONEDAS LATINAS



hombres independientes y fieros. Hubo entre ellos uno de tan grande osadía y arrojo (Retógenes Caraunio nos dice Appiano que se llamaba), que con cuatro de sus conciudadanos se atrevió á escalar las fortificaciones romanas, y degollando cuantos enemigos quisieron estorbarles el paso, franquearon la línea de circunvalación estos cinco valientes, y dirigiéronse á pedir auxilio á sus vecinos los arevacos. Hízoles el bravo Retógenes una enérgica y animada pintura de la angustia en que se encontraba Numancia, recordándoles la infamia y deslealtad de los romanos, la destrucción de Caucia, el rompimiento de los tratados de Pompeyo y de Mancino, las crueldades de Lúculo, la esclavitud que aguardaba á todo el país si Numancia sucumbía, concluyendo por conjurarles que diesen ayuda y socorro á los numantinos, sus antiguos aliados. Y como algunos de ellos movidos de su discurso vertiesen lágrimas: *No lágrimas,* les dijo, *brazos es lo que necesitamos y os venimos á pedir.* Pero una sola ciudad. *Lutia,* fué la que se atrevió á arrostrar el enojo de los romanos. y la única que sin tener

en cuenta las calamidades que podía atraerse sobre sí, no se contentó con un inútil lloro. sino que se aprestó á sacrificarse por su antigua amiga. Sacrificio fué por desgracia más loable que provechoso, porque avisado de ello Escipión oportunamente, púsose apresuradamente sobre la ciudad generosa, y haciendo que le fuesen entregados cuatrocientos jóvenes, con la crueldad que en aquel tiempo se usaba les hizo cortar á todos las manos. Con esto acabó toda esperanza para los infelices numantinos. A la madrugada siguiente estaba ya otra vez Escipión sobre Numancia.

Todavía los sitiados tentaron enviar un mensaje á Escipión. Admitido á la presencia del cónsul: «¿Has visto alguna vez, oh Escipión, le dijo Aluro, el jefe de los legados, hombres tan bravos, tan resueltos, tan constantes como los numantinos? Pues bien, estos mismos hombres son los que vienen á confesarse vencidos en tu presencia. ¿Qué más honor para tí que la gloria de haberlos vencido? En cuanto á nosotros, no sobreviviríamos á nuestra desgracia si no miráramos que rendimos las armas á un capitán como tú. Hoy que la fortuna nos abandona, venimos á buscarte. Imponnos condiciones que podamos admitir con honor, pero no nos destruyas. Si rehusas la vida á los que te la piden, sabrán morir combatiendo; si esquivas el combate, sabrán hundir en sus pechos sus propios aceros, antes que dejarse degollar por tus soldados. Ten corazón de hombre, Escipión, y que tu nombre no se afee con una mancha de sangre.» A tan enérgico y razonado discurso contestó Escipión con helada frialdad, que no le era posible entrar en tratos, mientras no depusiesen las armas y se entregasen á discreción.

Acabó tan desdeñosa y bárbara respuesta de exasperar á los numantinos, que pesarosos ya y abochornados de haber dado aquel paso, buscando en quién desahogar su rabia hicieron víctimas de su desesperación á los enviados que habían tenido la desgracia de volver con tan fatal nueva. Cegábalos ya la cólera. Hombres y mujeres se resolvieron á vender caras sus vidas, y aunque extenuados ya por el hambre, vigorizados con la bebida fermentada que usaban para entrar en los combates, salen impetuosamente de la ciudad. llegan al pie de las fortificaciones romanas, y con frenéticos gritos excitan á los enemigos á pelear. ¿Pero qué podían ya unos pocos millares de hombres enflaquecidos contra un ejército entero, numeroso y descansado? Innumerables fuerzas acudieron á rechazar á aquellos heroicos espectros: muchos murieron matando: otros volvieron todavía á la ciudad. Pero las subsistencias estaban agotadas; nada tenían que comer; los muertos servían de sustento á los vivos, y los fuertes prolongaban algunos momentos á costa de los débiles una existencia congojosa; la desesperación ahogaba la voz de la humanidad, y aun así la muerte venía con más lentitud de la que ellos podían sufrir. Para apresurarla recurrieron al tósigo, al incendio, sus propias espadas, á todos los medios de morir; padres, hijos, esposas, ó se degollaban mutuamente, ó se arrojaban juntos á las hogueras: todo era allí sangre y horror, todo incendio y ruinas. todo agonía y lastimosa tragedia. ¡Cadáveres, fuego y cenizas, fué lo que halló Escipión en la ciudad! Y aun tuvo la cruel flaqueza de mandar arrasar las pocas casas que el fuego no había acabado de consumir.

Tal fué el horrible y glorioso remate de aquel pueblo de héroes. de

aquella ciudad indómita, que por tantos años fué el espanto de Roma, que por tantos años hizo temblar á la nación más poderosa de la tierra, que aniquiló tantos ejércitos, que humilló tantos cónsules, y que una vez pudo ser vencida, pero jamás subyugada. Sus hijos perdieron antes su vida que la libertad. Si España no contara tantas glorias, bastaríale haber tenido una Numancia. Su memoria, dice oportunamente un escritor español, durará lo que las historias duraren. Cayó. dice otro erudito historiador extranjero. cayó la pequeña ciudad más gloriosamente que Cartago y que Corinto.

Parecía que la independencia de España estaba destinada á sucumbir á los talentos militares, para ella tan funestos, de la ilustre familia de los Escipiones. El destructor de Numancia añadió al título de *Africano* el de *Numantino*, y triunfó en Roma, donde no hubo una voz que le acusara de injusto y de cruel.

«Pienso que no habrá nadie, dice Rollín, el más admirador de los romanos, y principalmente de los Escipiones, que no compadezca la suerte deplorable de aquellos pueblos heroicos, cuyo solo delito parece haber sido el no haberse doblegado jamás á la dominación de una república ambiciosa que pretendía dar leyes al universo.» Floro dice expresamente «que nunca los romanos hicieron guerra más injusta que la de Numancia (1)... No me parece fácil justificar la total ruina de esta ciudad. No me maravilla que Roma haya destruído á Cartago. Era un rival que se había hecho temible, y que podía serlo todavía si se le dejaba subsistir. Pero los numantinos no estaban en el caso de hacer temer á los romanos la ruina de su imperio...»

Cayó Numancia, y las pocas ciudades vecinas que esperaban con ansiedad el resultado de sus esfuerzos, se fueron sometiendo á las vencedoras águilas romanas (2).

Decio Bruto había sometido también á los gallaicos y recibido por ello los honores triunfales en Roma. Pero el fuego del patriotismo no se había extinguido todavía en España.

---

(1) *Nullius belli causa injustior:* son las expresiones de Floro.

(2) Todavía en el término de Garray, en que estuvo esta ciudad de gloriosa y eterna memoria, se encuentran diariamente ídolos, medallas, bustos, huesos humanos, instrumentos bélicos, monedas de oro, plata y cobre. En 1825 un jornalero, sacando piedra, halló un magnífico collar de plata de peso de 18 onzas, del cual se fabricó el copón que hoy sirve en la parroquia para las santas formas. Y en 1844 se encontró todavía un idolillo de metal de un palmo de alto. Algún monumento debía estar recordando siempre á la posteridad en aquel sitio el heroísmo de nuestros mayores.

CAPÍTULO IV

SERTORIO

Desde 133 *antes de J. C. hasta* 73

Paz que siguió á la destrucción de Numancia.—Q. Cecilio Metelo conquista las Baleares.—Nuevas insurrecciones.—En la Lusitania.—En la Celtiberia.—Sus causas. Su fin.—SERTORIO.—Quién era, y cómo vino á España.—Primera y desgraciada campaña de Sertorio.—Pasa á Africa.—Vuelve llamado por los lusitanos.—Su conducta con los indígenas.—Mutuo amor entre los españoles y el caudillo romano.—La cierva blanca de Sertorio.—Triunfos y progresos de este insigne romano.—Crea en España senado, universidad, ejército y gobierno á la romana.—Únesele por aclamación el ejército de Perpenna.—Viene contra él el Gran Pompeyo.—Vicisitudes de la guerra.—Victorias de Sertorio.—Desvanecimientos de Metelo.—Ridículas farsas.—Apurada situación de Pompeyo y engrandecimiento de Sertorio.—Edicto de Metelo pregonando su cabeza.—Traición y alevosía de Perpenna.—Muere Sertorio asesinado.—Merecida muerte de Perpenna.—Heroica defensa de Calahorra.—Sométese la España á Pompeyo.

Destruída Numancia, quedó España por más de veinte años en paz: no la paz de la conformidad y de la resignación, ni menos la paz del contentamiento, sino aquella especie de inmovilidad en que queda un pueblo aterrado con ejemplos de altas venganzas. Continuaron los romanos teniéndola sometida á un gobierno militar, como país conquistado, si bien alteraron algo la forma dividiéndola en diez distritos bajo la inspección de otros tantos legados. Si bajo la opresión en que vivían los españoles se levantaban algunas bandas armadas y recorrían el país, tratábanlas como á partidas de salteadores y bandidos, y como á tales las califican los historiadores romanos. ¿Quién sabe si aquellos hombres obrarían á impulso de más nobles fines? ¿No habían llamado también á Viriato un bandido? Pero estas partidas fueron fácilmente exterminadas. El resto de España callaba y sufría.

El único suceso de importancia que de este tiempo nos han dejado consignado las historias, es la expedición del cónsul Q. Cecilio Metelo á las Baleares, cuya conquista le valió el sobrenombre de Baleárico. No sin resistencia se dejaron subyugar los célebres honderos mallorquines, pero una vez vencidos, aquellos rústicos isleños que hasta entonces habían habitado en grutas campestres, fueron atraídos á la vida civil y sometidos á un gobierno regular. Palma y Pollencia se hicieron al poco tiempo ciudades romanas.

Aquella quietud en que habían quedado los españoles hubiera podido ser duradera, si los gobernadores romanos hubieran tratado con más consideración y miramiento á los vencidos. Pero volvieron al antiguo sistema de las exacciones, de las violencias y de las rapiñas, y los españoles, que tampoco tenían sino amortiguados los antiguos instintos de la independencia, y la inveterada aversión á la coyunda romana, alzáronse de nuevo, siendo los primeros á renovar la lucha los fieros é indomables lusitanos (109).

Quince años la sostuvieron contra los Pisones, los Galbas, los Escipiones, los Fulvios, los Silanos y los Dolabellas, con varias alternativas y vicisitudes, hasta que agotados primero los hombres que el valor, fuéle ya fácil á Licinio Craso enseñorear un país casi yermo ya de guerreros.

No se había sometido aún la Lusitania, cuando estalló nueva insurrección en la Celtiberia (99). El senado romano tuvo el mal tacto de encomendar su represión á Tito Didio Nepote, que vino á cometer los mismos desafueros, desmanes y felonías de que habían dejado tan triste memoria los Lúculos y los Galbas. No decimos esto por la astucia con que ganó la primera batalla sin haber vencido (1); ni porque destruyera la ciudad de Termes, siempre hostil á los romanos, y obligara á sus moradores á bajar á habitar en la llanura; ni porque rindiera á Colenda (hoy Cuéllar), después de siete meses de asedio. Comenzó sus demasías vendiendo como esclavos á los valerosos habitantes de Cuéllar, sin exceptuar las mujeres y los niños. Llamó después á los moradores de las vecinas comarcas, algunos de los cuales por su extremada pobreza dicen se habían dado á robar, ofreciendo repartirles el territorio de la ciudad vencida. Acudieron aquellas gentes bajo la fe de su palabra á cultivar las tierras que á cada uno habían tocado, y cuando los tuvo á su disposición los hizo degollar á todos bárbara y alevosamente (2). ¡Así civilizaban ellos la España! ¡Y á los que se levantaban á vengar tamañas iniquidades los llamaban bandidos y salteadores! Esta perfidia no impidió que su ejecutor triunfase en Roma.

Ocurrió por entonces (98) un suceso que fué causa de que empezara á sonar en España el nombre del ilustre personaje con que hemos encabezado este capítulo, y que ejerció influjo grande en la condición social de la península española. Altamente incomodados los habitantes de Castulón con los excesos y desenfrenada licencia de la guarnición romana (que su mismo jefe no podía reprimir), determinaron, de acuerdo con los gerisenos, sus vecinos, vengar la insolencia de aquella soldadesca licenciosa. En una noche de invierno, cuando los soldados reposaban descansando de los excesos del día, cayeron sobre ellos los castulonenses, y ejecutaron no poca mortandad y estrago. Entre los que lograron salvarse huyendo de la ciudad lo fué el joven Q. Sertorio, que los mandaba en calidad de tribuno. Reunió Sertorio á los fugitivos, y con ellos revolvió arrojadamente sobre la ciudad, que sorprendida á su vez pagó con las vidas de muchos de sus hijos el atrevimiento de la noche. Sabedor de la complicidad de los gerisenos, dispúsose también á castigarlos, y disfrazando á sus soldados con los vestidos de los mismos habitantes de Castulón, encaminóse á la ciudad vecina, que tomándolos por sus amigos les franqueó sin dificultad sus puertas. Una vez dueño de la población, la escarmentó con todo el rigor

---

(1) En el primer encuentro que tuvo con los celtíberos murió mucha gente de una y otra parte, pero la victoria había quedado indecisa. Llegó la noche, y Didio hizo retirar silenciosamente del campo los cadáveres romanos. Cuando al amanecer del día siguiente observaron los celtíberos que casi todos los muertos que yacían en el campo de batalla eran españoles, creyéronse vencidos y se le rindieron. Hasta aquí sólo hay un ardid de guerra. App. de Bell. Hisp.

(2) Id., pág. 535.—Tit. Liv. Epist.—Eutrop., lib. IV.

de las leyes de la guerra. Así aquel Sertorio, á quien después habremos de ver tan dulce, tan humano, tan amigo de los españoles, comenzó su carrera en España con dos sangrientas ejecuciones. ¡Tan familiarizados estaban entonces los romanos con la crueldad! Y en verdad que en aquella ocasión los españoles habían dado justo motivo á su resentimiento.

Desde España fué destinado este Sertorio á cuestor de la Galia Cisalpina, donde se hizo ya notable por su valor. En aquella campaña perdió un ojo, cuya circunstancia hizo decir á Plutarco: «Sertorio... tuerto como Aníbal, como Antígono y como Filipo, á ninguno de ellos fué inferior en claridad de entendimiento, pero lo fué á todos en fortuna, que le fué más adversa que á sus enemigos (1).» En la famosa guerra civil que estalló en Roma entre Mario y Sila, guerra en que España se mantuvo neutral, limitándose á dar hospitalidad á los emigrados de uno y otro bando, Sertorio, ya por odio á la tiranía, ya por resentimiento hacia la facción de Sila que le había rehusado el consulado, se declaró por el partido de Mario, sin que por eso aprobara nunca sus sanguinarios excesos. Cuando se hizo dueño de Roma, Sertorio fué comprendido en la proscripción de aquel tirano. Entonces se refugió á España, así por buscar en ella un asilo, como para suscitar aquí enemigos á Sila. Sertorio era sagaz, y conocía el secreto de ganarse el afecto de los españoles, secreto reducido á tratarlos bien y á ser generoso con ellos. Comenzó por ayudarlos á sacudir el yugo de los codiciosos pretores, y con esto se atrajo á varias ciudades de la Celtiberia, que olvidando el antiguo hecho de Castulón, le reconocieron por pretor de la provincia. Dedicóse á aliviarles los tributos, acuarteló las tropas para relevar á los pueblos de la incómoda y pesada carga de los alojamientos, y con otras semejantes medidas logró encender en los pechos españoles la misma llama que ardía en el suyo contra la tiranía de Sila; y habiéndosele agregado muchos romanos de los que había en España enemigos del dictador, juntó un ejército de nueve mil hombres con que se puso en actitud de hacer frente al dominador de Italia.

Noticioso de esto Sila, despachó contra él á Cayo Annio por las Galias con grande ejército. Sertorio por su parte envió á Livio Salinator con la mayor fuerza del suyo para que le interceptase el paso de las gargantas de los Pirineos. No se atrevió Annio á disputar á los soldados de Sertorio aquellos desfiladeros. En su lugar recurrió á la traición. Annio era digno lugarteniente de Sila. Logró ganar con dádivas á uno de los que militaban en las filas enemigas, el cual asesinó traidoramente á su jefe. Con esto sus tropas se desbandaron, pasándose unas á Annio y volviéndose otras á Sertorio, que no pudiendo sostenerse en España con el pequeño ejército á que quedaba reducido, determinó pasar á Africa. Siguióle Annio con una flota que sacó de Cartagena. Desde entonces se ve á Sertorio correr todos los azares de la suerte de un aventurero, ya apoderándose momentáneamente de Ibiza, ya dispersada por una borrasca su pequeña flotilla, ya meditando pasar á las Islas Afortunadas, y ya volviendo á Africa, donde ganó algunos triunfos contra las tropas que allí enviaba Sila.

En tal situación recibe un mensaje de los lusitanos, convidándole á que

(1) Plut., Vit. Sertor.

viniera á ayudarlos á sacudir la tiranía romana. Con gusto accedió Sertorio á una solicitud que le proporcionaba ocasión y medios para combatir al tirano. Embarcóse, pues, con dos mil quinientos soldados y setecientos auxiliares de Africa, y burlando la vigilancia de los que en la costa bética intentaron impedir su desembarco, consiguió incorporarse con un cuerpo de cinco mil lusitanos que le esperaba (81). Más afortunado ahora que la vez primera en los diferentes encuentros que tuvo, hallóse al poco tiempo al proscrito de Sila dueño de una gran parte de la Bética, de la Lusitania y de la Celtiberia. Con siete mil hombres batió á cuatro generales romanos. Con estas hazañas y el amor que mostraba á los españoles, corrían éstos gustosamente á alistarse en sus banderas. Veían en Sertorio un general de talento, de arrojo, de carácter amable, y aunque extranjero, protector de su libertad: porque él les repetía frecuentemente que no descansaría hasta librar á España de la opresión en que tan inmerecidamente gemía: que él mismo no tenía ya más patria que España, y que ó la fortuna ó los dioses le habían de ser muy adversos, ó había de verla una nación grande, independiente y libre. Creíanle los españoles, porque estas palabras venían del hombre que cuando fué pretor les había rebajado los impuestos, y sobre todo porque las obras iban guardando consonancia con las promesas. Él organizó y equipó el ejército español á la romana, y supo lisonjear su orgullo dándoles hasta brillantes armaduras y lujoso vestuario. El botín lo distribuía íntegro entre los soldados, no reservando nada para sí. Era un Viriato, que reunía además la política de la civilización romana.

Conociendo el influjo que lo maravilloso ejerce sobre los pueblos todavía rudos, tenía y llevaba siempre consigo una cierva blanca, á imitación de Numa y de la ninfa Egeria, y á ejemplo del mismo Mario y de la mujer siria que le acompañaba siempre. Persuadió Sertorio á los sencillos y supersticiosos españoles que por medio de la cierva se comunicaba con los dioses, y principalmente con Diana. Hízoles creer que la cierva le revelaba los secretos del porvenir, y cuando por sus espías sabía anticipadamente algún suceso favorable, aparecía la cierva coronada de flores, como fausto agüero de un acontecimiento próspero. Diestramente amaestrada, acercábasele entonces al oído, como para inspirarle la resolución que debía tomar. Miraban los españoles la misteriosa cierva con el más religioso respeto.

No podía el orgulloso Sila soportar en paciencia el engrandecimiento y prestigio que Sertorio iba tomando en España. Derrotados los generales que contra él había enviado, fué preciso que viniera el viejo Metelo Pío, acreditado por su prudencia, que se había hecho hasta proverbial. Pero Sertorio era más joven, era vigoroso y ágil; sus tropas, aunque inferiores en número, peleaban con el denuedo de quien defiende su libertad, tenían fe en su caudillo, y estaban acostumbradas á guerrear sin provisiones, sin tiendas y sin embarazos. Conocedor de todos los pasos y senderos, tanto como el más práctico cazador del país, sabía atraer al enemigo con sus tropas ligeras allí donde las pesadas legiones romanas no podían maniobrar libremente, ó donde conocía que había de faltarles el agua ó los víveres. Entonces caía de repente sobre ellas con sus españoles. Así fatigó al anciano Metelo, que no pudo resistir los efectos de tan sabia táctica. Puso Metelo sitio á Lacobriga, y cortó las aguas á los sitiados. Sertorio

tuvo astucia para introducir en la ciudad hasta dos mil cueros llenos de agua, con otros bastimentos. Obligóle á levantar el sitio, y le derrotó en la retirada. No pudo Metelo hacer que progresara en España la causa del dictador.

La parte militar no era sólo de lo que cuidaba Sertorio. Tan político como guerrero, quiso hacer de España una segunda Roma. Dividióla al efecto en dos grandes provincias ó distritos; *Evora,* donde él tenía habitualmente su residencia, era la capital de la Lusitania: á *Osca* (hoy Huesca) hizo capital de la Celtiberia. En *Evora* estableció un senado, compuesto de trescientos senadores, en general romanos emigrados (1): este senado ejercía la potestad suprema sobre ambas provincias, y tenía bajo su dependencia pretores, cuestores, tribunos, ediles y demás magistrados á estilo de Roma. Lo único que no tomó de su ciudad natal fué un título para sí: modestia ó política, es lo cierto que no quiso intitularse ni emperador, ni dictador, ni aceptar otro dictado que significase suprema magistratura. En *Osca,* ó Huesca, creó una escuela superior, especie de universidad, donde se enseñaba la literatura griega y latina á los jóvenes de las principales familias españolas. Esta educación, que equivalía á un privilegio aristocrático, daba el nombre y derechos de ciudadanos romanos, y abría el camino á las magistraturas y á los cargos públicos. El mismo Sertorio solía asistir á los exámenes de esta escuela, y distribuir por sí mismo los premios de aplicación. Este instituto, al mismo tiempo que servía para ir civilizando á los españoles, servíale también para tener allí reunida y como en rehenes la juventud más distinguida de España. Sin embargo, ¿qué más hubiera podido hacer ningún español? ¿Y cómo no habían de amarle los españoles, sin mirar que fuese romano?

Vínole á Sertorio un refuerzo de donde menos lo podía esperar. Otro romano proscrito por Sila, Perpenna, que había vivido retirado en Cerdeña, encontróse por la muerte de Lépido al frente de veinte mil hombres. Seducido por los brillantes progresos que en España había alcanzado otro proscrito como él, vino también á la Península con la esperanza de atraerse un partido. Pero arrastrados sus soldados por la fama y el prestigio que gozaba Sertorio, pidieron á una voz reunirse á él. Perpenna tomó el único partido que le quedaba: ceder y someterse mal de su grado á ser el segundo de Sertorio.

La muerte de Sila (79) libertó á Roma de su dura tiranía, y parecía deber esperarse que hubiera dejado también respirar á España. Pero entonces fué cuando el senado, identificado con la causa de aquel dictador, opuso á Sertorio un adversario formidable, el joven Pompeyo, «triunfador, dice

---

(1) «Ordenó, dice Mariana, un senado de los españoles principales.» Lib. III, cap. 12. En casi todos los escritores hemos hallado que aquel senado se compuso de romanos exclusivamente, y aun añaden que esto fué causa de que los españoles empezaran á disgustarse de Sertorio. Todo induce á creer que si algún español pudo ser admitido en aquella asamblea, la gran mayoría por lo menos debió ser de romanos, así por su mayor ilustración, como por ser sabido que Sertorio en el fondo de su corazón se conservó siempre romano, y que su defecto para España fué no haber querido renunciar nunca á ser ciudadano del Tíber.

Plutarco, antes de tener pelo de barba,» y á quien Sila, que conocía bien su mérito, había decorado con el título de *Grande*.

De este modo se encontraban á un tiempo en España cuatro célebres generales romanos, dos de un bando, y dos de otro. Metelo y Perpenna eran capitanes experimentados, pero viejos: Sertorio y Pompeyo jóvenes fogosos y ardientes. Metelo y Pompeyo, que defendían una misma causa, reunían sesenta mil hombres; Sertorio y Perpenna sobre setenta mil, comprendiendo ocho mil jinetes españoles, organizados á la romana por Sertorio, y en brillante estado.

Era Pompeyo arrogante y presuntuoso; había ofrecido que en pocos meses daría buena cuenta *de los restos de la facción de Mario*, que así llamaba por desprecio al ejército de Sertorio. Tenían éste y Perpenna cercada á Laurona (*Liria* en la provincia de Valencia). Acudió Pompeyo y envió á decir con jactancia á los lauronenses, «que no tardarían en ver sitiados á sus sitiadores.» Súpolo Sertorio, y respondió: *Yo enseñaré á ese aprendiz de Sila que un buen general mira más detrás de sí que hacia adelante.* Y en efecto, cuando Pompeyo pensaba cercar al enemigo, encontróse él cercado por todas partes. La pérdida de diez mil hombres fué la primera lección que recibió la vanidad de Pompeyo, y la ciudad fué tomada é incendiada á su vista (76). Aun pudieron calentarle sus llamas. Metelo y Pompeyo se retiraron á las faldas de los Pirineos; Sertorio y Perpenna volvieron á la Lusitania (77).

Al año siguiente un cuerpo del ejército sertoriano mandado por Hirtuleyo, fué derrotado por Metelo en Itálica, muriendo el mismo Hirtuleyo con diez y ocho mil de los suyos, que fué horrorosa mortandad si los historiadores no la exageran. Entretanto Sertorio tomaba á Contrebia, una de las más fuertes plazas romanas, en cuyo sitio se habla de haberse empleado el combustible aplicado á las minas para volar las murallas, cuyos efectos asustaron á los sitiados y los movieron á rendirse (1).

Muchos fueron los encuentros, combates y batallas que se dieron entre los cuatro ejércitos, ya reunidos, ya separados, ora regidos por los principales generales, ora por sus lugartenientes, de que fuera enojoso é inútil contar todos los lances y pormenores. En una ocasión (75), en los momentos de ir á empeñarse una acción entre Sertorio y Pompeyo, llególe á aquél un mensajero con la nueva de haber sufrido dos derrotas su aliado Perpenna. Conocía el mal efecto que en ocasión tan crítica habría de hacer aquella noticia en sus tropas, y para que nadie pudiera saberla más que él atravesó con su propia espada al desgraciado mensajero de aquella nueva fatal. Y como en medio de la lucha viera desordenarse y cejar su ala izquierda: «¿dónde están mis españoles? gritó; ¿dónde están esos españoles que han jurado defenderme hasta la muerte? Id, id á vuestras casas, que para buscar la muerte basto yo solo.» Y picando los ijares á su caballo se precipitó temerariamente sobre las primeras filas enemigas. Realentaron aquellas palabras el valor de los fugitivos, y volviendo denodadamente á

(1) Fragmento de Tito Livio, publicado por Giovenazzi y Brunks, y citado por Romey.

la pelea, se declaró el triunfo por los españoles, á tal punto que hubieran aniquilado el ejército enemigo, sin la casualidad feliz para Pompeyo de haberse aparecido Metelo y llevádole oportuno socorro. Entonces fué cuando Sertorio pronunció aquellas célebres, incisivas y arrogantes palabras: «Sin la venida de esa *vieja* (por Metelo), ya hubiera yo enviado á Roma á ese *muchachuelo* (por Pompeyo) muy bien azotado.»

Durante esta batalla extraviósele su querida cierva, de lo cual dedujo (entiéndese que para sus soldados) que se la había arrebatado Diana, enojada por el poco ardor con que algunos se habían conducido en la refriega. Habiendo parecido después y saludádole con sus acostumbradas caricias, dijo que venía á comunicarle de parte de la diosa que se reconciliaba con los españoles y los favorecía siempre, con tal que ellos no volvieran á flaquear en los combates, como lo habían hecho por un momento el día anterior. Así sacaba partido el sagaz romano de la supersticiosa credulidad de los españoles.

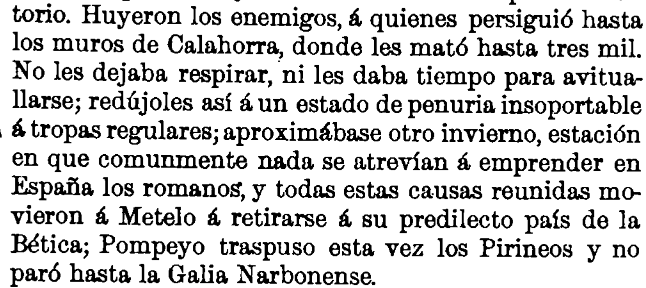
En otro encuentro cerca de Segontia (Sigüenza), en que hubo choques sangrientos, y alternativas varias (que ya los reveses mismos habían enseñado á Pompeyo á vencer), hirió Sertorio con su propia lanza al viejo Metelo, á quien por fortuna suya pudieron salvar sus soldados cubriéndole con los escudos. Dió luego orden Sertorio á los suyos para que se diseminaran en pequeñas partidas y fueran á reunírsele en Calahorra. Era un ardid de guerra. Súpose que irían á sitiarle allí los dos generales enemigos, y conveníale entretenerlos mientras por otro lado reclutaban sus oficiales nuevas fuerzas. Así se verificó todo. Cuando le pareció oportuno, hizo una salida repentina de la ciudad, y dejó burlados á los sitiadores. Hízose el anciano Metelo la ilusión de que aquello era una retirada, atribuyólo á miedo de caer en sus manos, y loco de alegría se decretó á sí mismo los honores del triunfo.

Preciso era que al buen anciano se le hubiera debilitado algo la razón con la edad, porque habiendo pasado á invernar á Córdoba, hacía que los pueblos de la Bética le dieran título y trato de emperador; presentábase en público coronada la cabeza y ataviado con las vestiduras triunfales; coros de jóvenes y doncellas cantaban sus victorias mientras comía, y entonaban himnos de alabanza compuestos por los más hábiles poetas. Representábanse en su presencia dramas alegóricos que tenían por objeto celebrar sus hazañas. El humo de sus imaginarios triunfos llegó á desvanecerle hasta el punto que un día se hizo erigir un trono recamado de oro y plata en un magnífico salón cubierto de tapicería: sentóse en él el infatuado general, y mientras se quemaba incienso en honor del héroe, una *Victoria* bajaba del cielo y se dignaba asentar una corona sobre su cabeza con propia mano. No sabemos qué admirar más, si la fatuidad del que así se hacía divinizar, ó la baja adulación de los que cooperaban á la ridícula apoteosis. No quiso tampoco privarse de la gloria de poner su nombre á algunas ciudades, y entre ellas debió contarse la llamada Cecilia Metellina, acaso la moderna Medellín.

Mientras de este modo se hacía Metelo, con mengua y daño de su razón, tributar honores casi divinos, Sertorio reforzaba su ejército, le disciplinaba y ejercitaba, y poníale en estado de reparar sus pasadas quiebras.

Adoptando entonces un sistema de guerra semejante al de Viriato, á que ya antes había mostrado afición, por todas partes aparecían escuadrones y partidas sertorianas, que cayendo rápidamente sobre el enemigo le cortaban los víveres, le atajaban los desfiladeros, le interceptaban los caminos, y le hostigaban sin tregua ni descanso. Pompeyo y Metelo concertáronse para poner sitio á Palencia (75), ciudad que había dado siempre mucho que hacer á los romanos. Disponíanse ya á asaltarla cuando apareció Sertorio. Huyeron los enemigos, á quienes persiguió hasta los muros de Calahorra, donde les mató hasta tres mil. No les dejaba respirar, ni les daba tiempo para avituallarse; redújoles así á un estado de penuria insoportable á tropas regulares; aproximábase otro invierno, estación en que comunmente nada se atrevían á emprender en España los romanos, y todas estas causas reunidas movieron á Metelo á retirarse á su predilecto país de la Bética; Pompeyo traspuso esta vez los Pirineos y no paró hasta la Galia Narbonense.

MONEDA IBÉRICA



Æ



Calagurris Julia Nassica (*Calahorra*)

Desde allí escribió al senado aquella célebre carta en que le decía: «He consumido mi patrimonio y mi crédito: no me queda más recurso que vos; si no me socorréis, os prevengo, mal que me pese tendré que volver á Italia, y tras de mí irá todo el ejército, y detrás de nosotros la guerra española (1).» Este era aquel Pompeyo que había venido á España con ínfulas de acabar con Sertorio en contados meses. Hubiera podido entonces Sertorio cruzar la Galia y los Alpes como otro Aníbal, y más contando con las simpatías de muchos pueblos de Italia. Pero Sertorio no quería dejar de ser romano. Amaba á su patria, donde tenía una madre á quien idolatraba, y de cuyo extraordinario amor filial no hay historiador que no haya hecho especial mérito. Su deseo era regresar á Italia pacíficamente, y que el senado revocara el decreto que le tenía proscrito. Con esta condición proponía la paz, pero tuvo el dolor de ver rechazadas sus proposiciones.

Entretanto España se iba amoldando al gobierno y á las costumbres de aquella misma Roma que combatía: los españoles se llamaban ciudadanos romanos; Evora y Huesca eran ya ciudades ilustradas, que habían adoptado letras, artes, idioma y legislación romanas: el mismo Sertorio se vanagloriaba de haber hecho una Roma española, de haber trasladado Roma á España (2).

La fama de las proezas de Sertorio había llegado al Asia; y Mitrídates, rey del Ponto, que buscaba en todas partes enemigos á Roma, al tiempo

(1) Sallust., Hist., lib. III.

(2) Pensamiento que expresó el gran Corneille en una de sus tragedias con aquel célebre verso que puso en boca de Sertorio:

Rome n'est plus dans Rome, elle est toute où je suis.
Roma no está ya en Roma, está donde estoy yo.

de renovar por tercera vez la guerra contra los romanos, despachó embajadores á Sertorio solicitando su alianza. Éstos, después de compararle á Pirro y Aníbal, le ofrecieron á nombre de su rey una suma de tres mil talentos y cuarenta galeras equipadas para combatir á los romanos en España, con tal que él le enviara un refuerzo de tropas al mando de uno de sus mejores oficiales. Pero Sertorio, fiel á la causa de su patria, contestó con dignidad, y aun con algo de altivez: «No acrecentaré yo nunca mi poder con detrimento de la república; decidle que guarde él la Bitinia y la Capadocia que los romanos no le disputan, pero en cuanto al Asia Menor no consentiré que tome una pulgada de tierra más de lo que se ha convenido en los tratados.» Cuando esta contestación le fué comunicada á Mitrídates, exclamó: *Si tales condiciones nos impone hallándose proscrito, ¿qué sería si fuese dictador en Roma?* Sin embargo, aceptó el tratado con aquella cláusula, y envió á Sertorio los tres mil talentos y las cuarenta galeras, que él fué á recibir á Denia, ganando á Valencia de paso (74).

MONEDA LATINA



Valentia (*Valencia*)

Pero estos eran los últimos resplandores de la gloria de Sertorio. Aquel Metelo que por pequeñas ó imaginarias victorias se había hecho incensar como una divinidad, determinó deshacerse por la traición de un enemigo á quien no obstante todas sus ilusiones no podía vencer. Pregonó entonces su cabeza, y púsola á precio, ofreciendo por su vida mil talentos de plata y veinte mil arpentas de tierra. Y como esto coincidiese con haber recibido Pompeyo refuerzos que el senado le enviaba en virtud de su enérgica reclamación, y con haberse empezado á notar deserción en las filas sertorianas de parte de los soldados romanos, que estaban viendo el instante en que se quedaban sin su jefe, mil negros presentimientos comenzaron á ennublecer y turbar la imaginación ya harto melancólica y sombría de Sertorio. Recelando de la lealtad de los romanos, su mismo recelo le hacía tratarlos con aspereza y severidad. Habiendo confiado la guardia de su persona exclusivamente á españoles, esta preferencia excitó en aquéllos el resentimiento y la envidia, y poco á poco le iban abandonando. Entonces pudo conocer de parte de quién estaba la lealtad, y cuán injusta había sido la predilección con que antes había mirado á los romanos sobre los indígenas, pero era ya tarde.

Mortificado además con la perpetua ansiedad que le agitaba, obróse en su carácter un cambio completo. El negro humor que le dominaba hízolo áspero, duro, caprichoso y cruel. Aprovechándose de esta disposición sus tropas, vejaban los pueblos con todo género de violencias y extorsiones, pregonando que lo hacían de orden de su jefe. Y como el edicto de Metelo le hiciese ver en cada uno de los que le rodeaban un conspira-

dor y un aspirante al premio de su muerte, á tal punto se extravió su razón, que hizo perecer en el suplicio una parte de los jóvenes nobles que se educaban en Huesca, vendiendo á otros como esclavos. Tan cruel desahogo de su exaltada bilis acabó de exacerbar los ánimos con gran satisfacción de los que trabajaban por hacerle odioso, y muchas ciudades se entregaron á Metelo y Pompeyo, que con tal motivo caminaban boyantes y victoriosos.

No eran, sin embargo, infundadas las zozobras del inquieto y desatentado general. La conjuración existía. El viejo Perpenna, que desde el principio se había resignado mal á ocupar un segundo puesto en el ejército. era el alma de la conspiración, en la cual había hecho entrar á muchos oficiales. «Para honor de España, dice un escritor extranjero, hay que confesar que ninguno de los conjurados era español; todos eran romanos.» El cobarde Perpenna discurrió ejecutar su abominable proyecto en un festín, pero era difícil hacer concurrir á él al melancólico y malhumorado Sertorio. Para conseguirlo fingió una carta en que uno de sus lugartenientes le noticiaba una victoria alcanzada sobre los enemigos, y díjole que para celebrarla se había dispuesto un banquete. Asistió, pues, Sertorio. Los convidados se entregaron de propósito á una inmoderada alegría. En medio de ella dejó caer Perpenna una copa de vino; era la señal convenida: el que se sentaba al lado de Sertorio, le atravesó con su espada: quiso el desgraciado incorporarse, pero sujetándole el asesino al respaldo del sillón, cosiéronle á puñaladas los demás conjurados. Desastroso y no merecido fin del hombre á quien los españoles llamaban el Aníbal romano, y que por espacio de ocho años había estado haciendo dudar si la España sería romana, ó si Roma sería española (73).

Según Velleyo Patérculo, esta trágica y horrorosa escena se verificó en *Etosca*, hoy Aitona, á algunas millas de Lérida.

Si en los traidores pudiera tener cabida el pundonor, debió Perpenna haber muerto de remordimiento y de bochorno, cuando abierto que fué el testamento de Sertorio se vió que le tenía nombrado heredero y sucesor suyo. Tan horrible pareció á todos entonces la perfidia, que faltó poco para que fuese despedazado. Reservábale, no obstante, Pompeyo el castigo que merecía su detestable hazaña. Apenas se posesionó de su ambicionado puesto de general en jefe de las tropas. le atacó Pompeyo y le derrotó completamente. El cobarde Perpenna se había escondido entre unos matorrales: de allí le sacaron unos soldados: el traidor quiso evitar la muerte presentando á Pompeyo las cartas cogidas á Sertorio, en las cuales se cree resultaban comprometidos muchos personajes de Roma. Pompeyo con loable generosidad las hizo quemar sin leerlas, y mandó dar muerte al execrable traidor con algunos de sus cómplices. Uno de ellos, Anfidio, fué á Africa á arrastrar una vida infame y mísera. mil veces más desastrosa que la muerte.

En cuanto á los españoles, aquella guardia sertoriana de *devotos* que habían jurado no sobrevivir á su amado jefe, cumpliéronlo con su fidelidad acostumbrada, haciendo el sacrificio sublime, sin ejemplo en los anales de otros pueblos, de quitarse la vida unos á otros. Imposible es llevar á más alto punto la *devoción* y la fidelidad, el respeto á los jura-

mentos, el desprecio de la vida, y la austeridad y rigidez de costumbres. Tales eran los españoles de aquella edad. Así se ve confirmado lo que de ellos dijimos en el capítulo primero de esta obra (1).

Fuéronse rindiendo á Pompeyo unas tras otras las ciudades de España, algunas no sin resistencia. Terrible fué todavía la de Calahorra. La pluma se resiste á dibujar el cuadro espantoso que ofreció esta ciudad en su obstinada defensa. El hambre que se padeció fué tal, que según Valerio Máximo, se salaban los cadáveres para que pudiesen alimentar á los que aun sostenían el peso de las armas... (2). Apartemos la vista de las repugnantes escenas de aquella heroica barbarie. Pompeyo destruyó la ciudad, y degolló con crueldad menos heroica, pero no menos bárbara, el resto de sus infortunados habitantes. Con la destrucción de Calahorra, acabó de sometérsele la España.

Pompeyo y Metelo fueron á Roma á compartir los honores del triunfo. Así acabó la famosa guerra de Sertorio.

CAPÍTULO V

JULIO CÉSAR EN ESPAÑA

Desde 73 *antes de J. C. hasta* 48

Primera venida de César á España.—Vuelve en calidad de pretor.—Carácter ambicioso de César.—Su crueldad con los habitantes del monte Herminio.—Va á la Coruña y á Cádiz.—Ley para corregir la usura en España.—Enormes riquezas que saca de la Península.—Vuelve á Roma y compra con ellas la dignidad consular.—Primer triunvirato romano.—Triunfos de César en las Galias.—Pasa el Rubicón, y va á Roma contra Pompeyo.—Se hace dictador.—Vuelve tercera vez á España.—Asombrosa campaña en que vence á Petreyo y Afranio.—Somete también á Varrón en la Bética.—Hace á todos los moradores de Cádiz ciudadanos romanos.—Vuelve á Roma y se hace otra vez dictador.—Gobernadores de España.

Sosegada España después de la guerra de Sertorio, aunque no tranquilos los ánimos, sino reprimidos hombres y pueblos bajo la férrea autori-

---

(1) Cítase, aunque dudan todavía algunos de su autenticidad, el siguiente epitafio que aquellos heroicos españoles dejaron escrito:

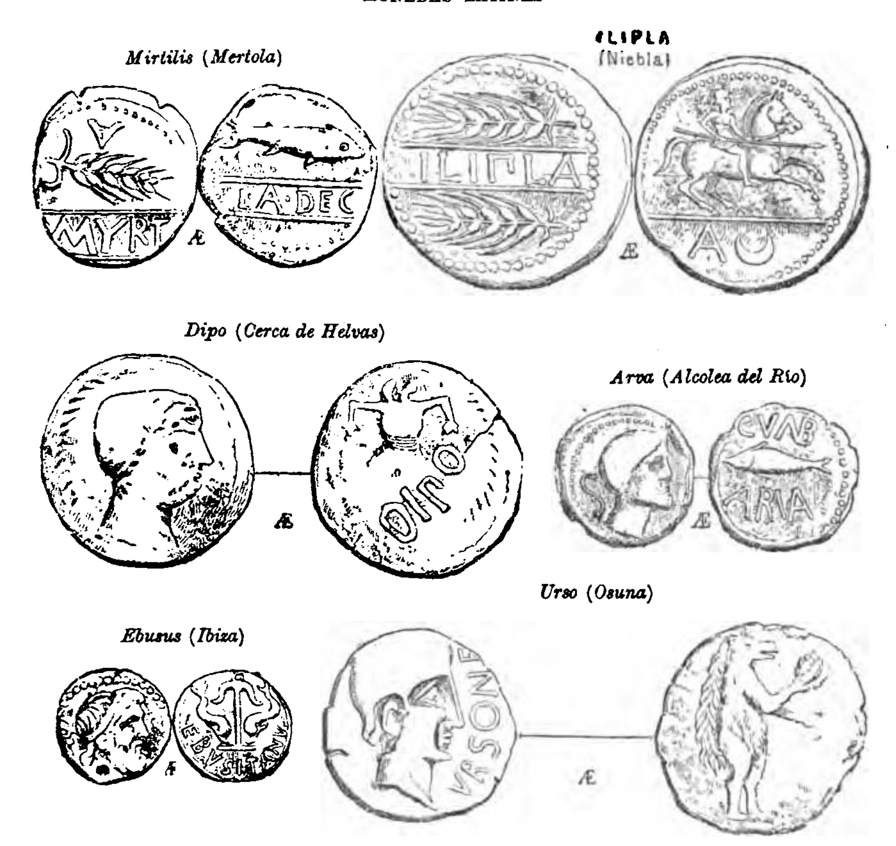
HIC MULTÆ QUÆ SE MANIBUS
Q. SERTORII TURMÆ, ET TERRÆ
MORALIUM OMNIUM PARENTI
DEVOVERE, DUM, EO SUBLATO,
SUPERESSE TÆDERET, ET FORTITER
PUGNANDO INVICEM CECIDERE,
MORTE AD PRÆSENS OPTATA JACENT.
VALETE, POSTERI.

«En este sitio numerosas cohortes se sacrificaron á los manes de Q. Sertorio, y á la Tierra, madre de todos los hombres. Privados de su jefe, la vida se les hacía una carga pesada, y combatiendo unos con otros supieron darse la muerte, objeto de sus votos. Reciba la posteridad nuestro último adiós.»

(2) Val. Max., lib. VII, cap. 6.

dad de los pretores, ningún acontecimiento notable que la historia haya trasmitido ocurrió por algunos años sino la venida de Julio César (69), que hubiera pasado también desapercibida, puesto que era entonces un simple cuestor militar, si este personaje no hubiera estado destinado á desempeñar tan gran papel en España y en el mundo. En esta ocasión se dejó ya

MONEDAS LATINAS



revelar su grande alma; no con hechos brillantes, sino con una que podríamos llamar heroica flaqueza.

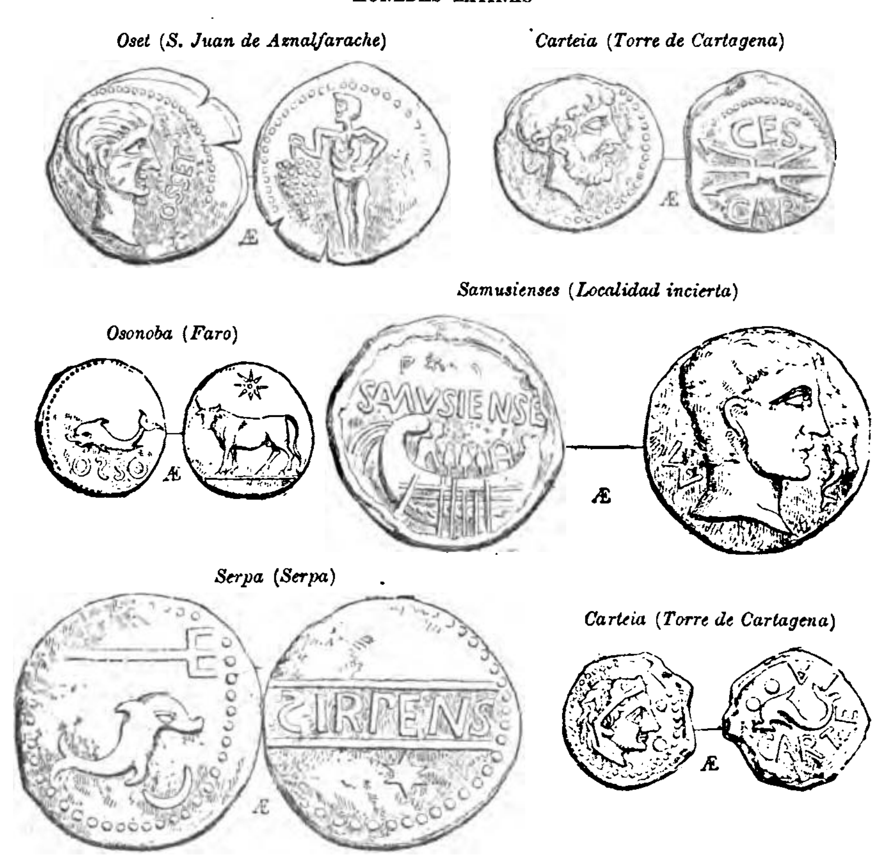
Visitando los pueblos en ejercicio de su cargo llegó á Cádiz, y habiendo visto en el famoso templo de Hércules el busto de Alejandro el Grande, dicen que lloró contemplando que á la edad en que Alejandro había conquistado ya un mundo, él no había hecho nada memorable (1). Sin embargo, no se había ocultado ya á la perspicacia de Sila ni la ambición ni los altos pensamientos de César, puesto que antes de esta época había dicho ya de él: «Este joven llegará á ser otro Mario.» Nada hizo entonces

(1) Sueton., in Vit. Cæsar.

en España digno de especial mención. Ansioso de buscar ocasiones en que ganar gloria, regresó á Italia, donde fué obteniendo diferentes magistraturas.

Nueve años después volvió á España ya en calidad de pretor (60). Ya entonces era conocido también su célebre dicho, cuando al pasar por una

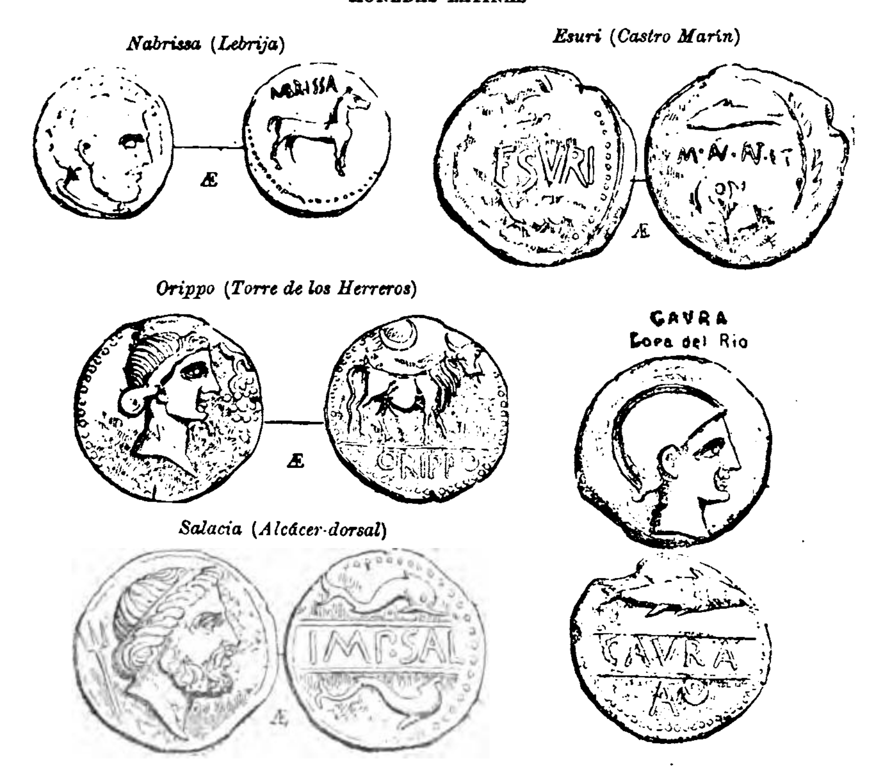
MONEDAS LATINAS



miserable aldea de los Alpes dijo á sus amigos: *Más querría ser el primero en esta aldea que el segundo en Roma.* A un hombre que venía poseído de tan elevadas y ambiciosas miras, no podía contentarle el estado de quietud en que encontró á España. Necesitaba, si no le había, discurrir un pretexto que le proporcionara medio y ocasión en que desarrollar la actividad de su genio y en que adquirir méritos para ir conquistando aquella soberanía, aquel primer puesto que tan anticipadamente ambicionaba. Diéronsele, á falta de otro, los habitantes del monte Herminio (sierra de la Estrella), de quienes supo que acuadrillados inquietaban las comarcas vecinas de aquella parte de la Lusitania, y á quienes excusado es decir que calificaba de bandidos y salteadores. Fuése, pues, contra ellos al frente

de quince mil hombres, y so color de que sus casas eran unas guaridas perpetuas de ladrones, las hizo derruir obligándolos á abandonar la montaña y establecerse en las llanuras, degollando á los que rehusaban obedecer y persiguiendo á muerte á los fugitivos. Algunos de estos montañeses, hijos de los que tan temibles se habían hecho á Roma con Viriato y con Sertorio, lograron en su fuga ganar una de las pequeñas isletas de la costa de Galicia frente al puerto de Bayona, donde se creyeron seguros de las

MONEDAS LATINAS



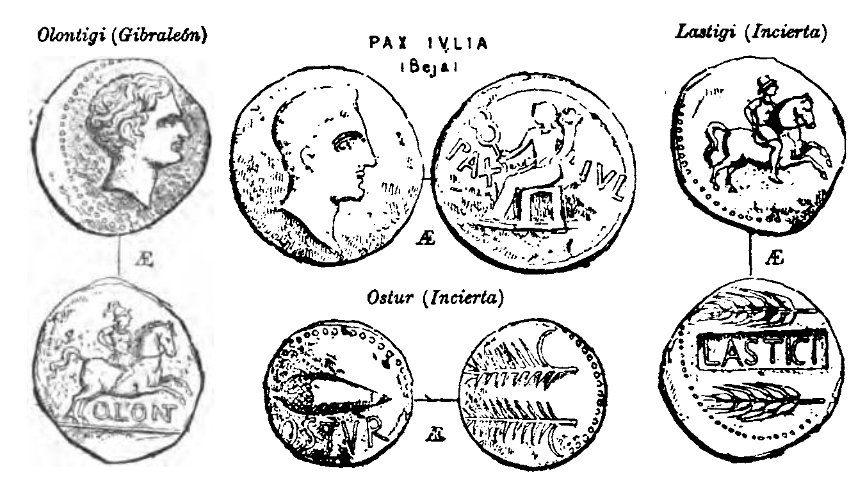
lanzas romanas. Pero habiendo observado César lo bajas que estaban las aguas por aquella parte, en balsas que al efecto mandó construir despachó un destacamento de sus tropas á la isla. Sobrevino luego la subida de la marea y se llevó las balsas. No les hicieron falta á los soldados romanos para volver; los herminienses los habían degollado á todos: uno solo quedó con vida, Publio Sceva, que salvándose á nado pudo llevar á César la noticia del desastre. Irritado el pretor con tan humillante golpe, pidió una flotilla á Cádiz, y embarcándose en ella con bastante gente, acabó con todos aquellos infelices, que el hambre tenía ya flacos, extenuados y sin fuerzas para defenderse. Así comenzaban su carrera en España todos los generales romanos.

Costeando desde allí César por el litoral de Galicia, arribó al puerto

Brigantino (hoy la Coruña), cuyos habitantes, acostumbrados á navegar en botes ó barcas de mimbres forradas con pieles, se sorprendieron grandemente á la vista de las naves romanas, con sus infladas velas, sus altos mástiles y sus adornadas proas, así como con las brillantes armaduras de los guerreros que en ellas iban: dejaron sin dificultad desembarcar los soldados, y sobrecogidos de una especie de estupor religioso, se sometieron á César.

Volvióse éste desde allí á Cádiz, sin emprender nuevas conquistas: ni el país le daba ocasión para ello, ni le interesaba entonces tanto conquistar como adquirir dinero. César ofreció en aquella sazón un ejemplo de cuánto es más fácil hacer leyes para reformar á otros que aplicarse la reforma á

MONEDAS LATINAS



sí mismo. Dió una ley para refrenar la usura que en aquel tiempo ejercían los ricos con escándalo en España. Habíanse arrogado el derecho de despojar á los deudores de sus tierras, que ellos tampoco cuidaban de cultivar, con gran detrimento de la agricultura. César prohibió la expropiación forzosa por deudas, y limitó los derechos de los acreedores á las dos terceras partes de los productos de las fincas hasta la total extinción de los débitos. Con esto hizo un gran bien á las clases pobres. Pero hubiérale hecho mayor á toda España si él no se hubiera dado tanta prisa á amontonar riquezas. Cuando le fué conferido el gobierno de la Península, había estado él mismo detenido en Roma por las reclamaciones de sus acreedores, á quienes debía la enorme suma de ochocientos treinta talentos de oro (que equivalían á muchos millones de reales), sin poder partir hasta que el opulentísimo Craso hubo de salir por fiador suyo. Cuando volvió á Italia, es decir, en menos de dos años de pretorado en España, no sólo llevó lo bastante para solventar sus deudas, sino que le quedó aún para ganar con larguezas gran número de amigos que le elevaran al consulado.

Obtuvo, pues, la dignidad consular (59), que prefirió á los honores del triunfo. Roma se hallaba dividida en dos bandos que capitaneaban Craso

y Pompeyo. César supo ganarse la voluntad de ambos, y entre los tres se formó el primer triunvirato de que hace mención la historia romana. El senado elogió grandemente á César por haber dado fin á una rivalidad tan peligrosa para la república. Sólo Catón comprendió que Roma había perdido su libertad. En efecto, los triunviros se hicieron dueños de la dirección de los negocios públicos, y Catón y Cicerón que se atrevieron á alzar su voz contra ellos, no hicieron sino exponerse á su venganza. César, para



MONEDAS BILINGUES

Evión ó Avión (*Ayamonte*) — *Gili* (*Penáguila*)

Turri Regina (*Reina*) — *Itálica* (*Santiponce*)

mejor asegurarse la amistad de Pompeyo, le dió en matrimonio su hija Julia. Todos tres habían estado en España: Pompeyo y César como generales: Craso, proscrito en tiempo de las guerras de Sila y Mario, había hallado en España una hospitalidad generosa, á que por cierto no había correspondido con gratitud (1).

Trascurrido el año consular de César, y distribuído el mando de las provincias entre los triunviros, partió César para las Galias y la Iliria, cuyo gobierno le había tocado: Craso tomó el de Egipto, la Siria y la Macedonia; Pompeyo el de España. Los brillantes triunfos de César en las

(1) Había estado ocho meses oculto en una gruta, entre Ronda y Gibraltar, perteneciente al rico español Vibio Pacieco, el cual le prodigó allí toda clase de auxilios con la mayor solicitud y esmero. Cuando la suerte se volvió del lado de su partido, salió de la gruta, y con algunas tropas de su bando devastó el mismo país que le había servido de asilo. Málaga, que había estado un poco remisa en satisfacer un pedido suyo, fué inexorablemente saqueada. Por estos medios se hizo Craso el más opulento de los romanos. Así no es extraño que pudiera dar un día á todo el pueblo romano aquel célebre banquete en que hizo distribuir á cada convidado todo el trigo que podía comer en tres meses. Cuando murió en la guerra contra los parthos, un ciudadano romano hizo echar oro derretido en su boca para insultar su avaricia.

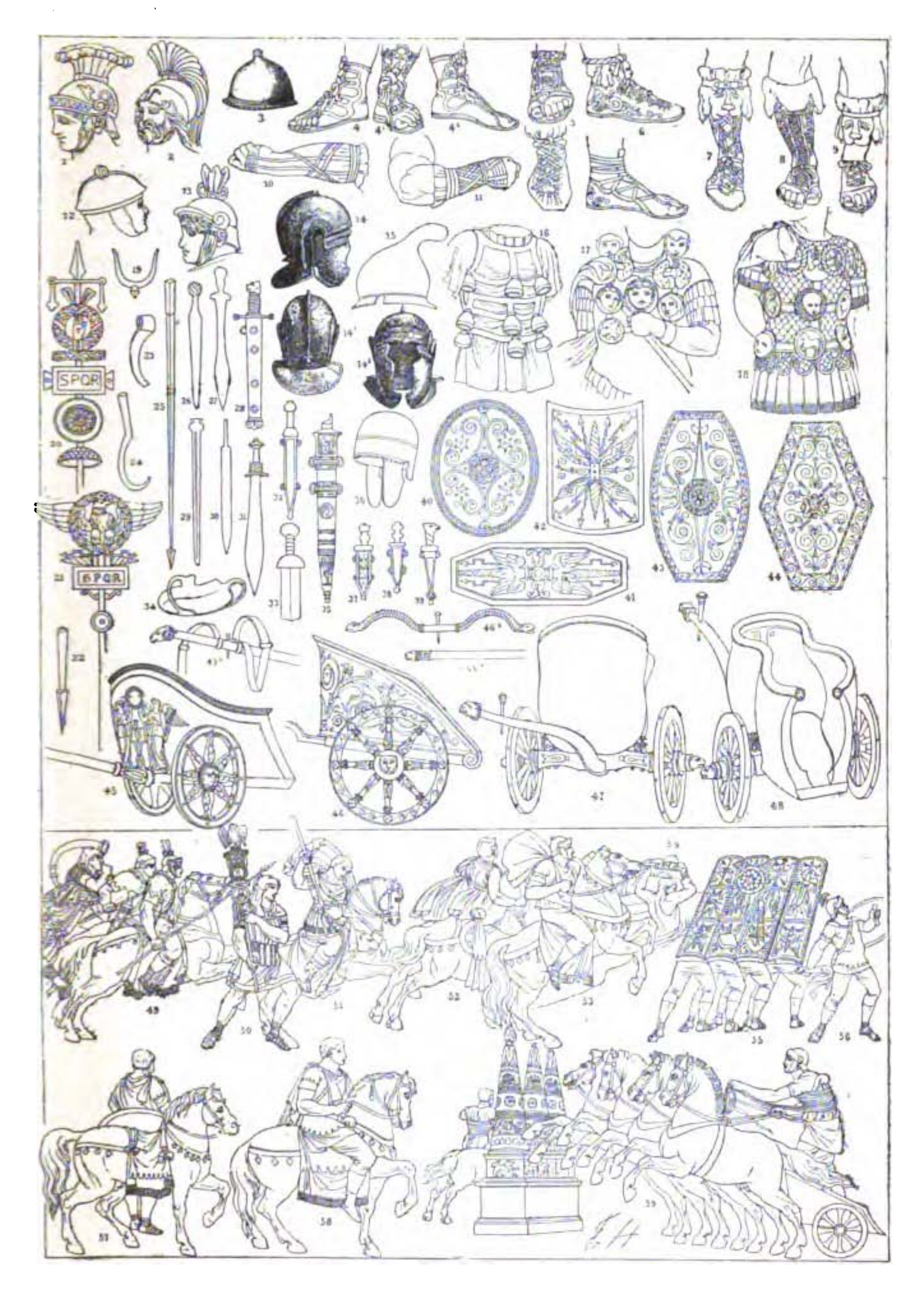
Galias le afirmaron más en su pensamiento de hacerse el soberano de la república. La muerte de Craso (67) disolvió el triunvirato, dejando ya solos frente á frente á César y Pompeyo. Amigos en la apariencia, pero rivales y enemigos en el fondo de su alma, el lazo de Julia, á quien ambos amaban tiernamente, el uno como padre, como esposo el otro, era el que los había mantenido exteriormente unidos. Murió Julia, y cesó ya entre ellos todo miramiento y consideración. Y como ambos aspiraban al mando supremo de la república, y ni Pompeyo sufría superior ni César sufría igual, pronto estalló la enemistad de un modo estruendoso y fatal para Roma, fatal también para España, que tuvo la desgracia de ser elegida teatro de sus sangrientas contiendas, como luego vamos á ver.

Pompeyo se había quedado en Roma, rigiendo desde allí la España por medio de sus lugartenientes. Primero llegó á ser nombrado cónsul único: después, influyendo para que se nombraran cónsules enemigos de César, logró un decreto del senado mandando á César que resignara el mando del ejército. Contestó César que obedecería á condición de que se obligara también á Pompeyo á renunciar el mando del que en Roma había levantado contraviniendo á las leyes. El senado repitió la orden á César, intimándole que si no obedecía, sería declarado traidor á la patria. Comprometida y delicada era la situación de César: reflexiona, medita sobre ella y sobre los males de una guerra civil; pero dueño de las Galias, contando con un ejército aguerrido, victorioso y adicto á su persona, y con un partido numeroso que á fuerza de oro había ganado (que para esto le servía el oro de España y de las Galias), opta por la guerra. *La suerte está echada*, dice, y pasa el Rubicón (1). Grande fué la consternación de Roma. Cicerón había preguntado á Pompeyo con qué fuerzas contaba para detener á César. *Me basta*, respondió el presuntuoso romano, *sacudir con el pie la tierra para hacer que broten legiones.* Al saberse la aproximación de César, le dijo Favonio: *Ea, gran Pompeyo, da un golpe en la tierra y haz que salgan las legiones prometidas.* Mas lo que hizo Pompeyo fué huir de Roma, olvidándose con la premura hasta de recoger el tesoro público, de que supo aprovecharse muy bien César. Retirado Pompeyo á Dirraquio, quedó César de dictador en Roma (49).

España va á ser el campo en que los dos grandes hombres se disputarán el imperio del universo. César encomienda á Marco Antonio la defensa de Italia, y él determina venir á España á combatir aquí á los generales de Pompeyo.

En todo el tiempo que había mediado desde su estancia como pretor, España había estado pacífica con la paz de los oprimidos. Sólo en el año 55 una gran muchedumbre de cántabros, llamados por sus hermanos y vecinos de las Galias, habían ido á darles socorro, conducidos por acreditados y valerosos jefes que habían hecho la guerra con Sertorio. Pero esta expedicion había sido tan infortunada, que en ella ejecutaron los romanos una

(1) Este paso del Rubicón adquirió tanta celebridad, porque había un decreto que declaraba enemigo de la patria al general que pasara con tropas armadas este pequeño riachuelo.



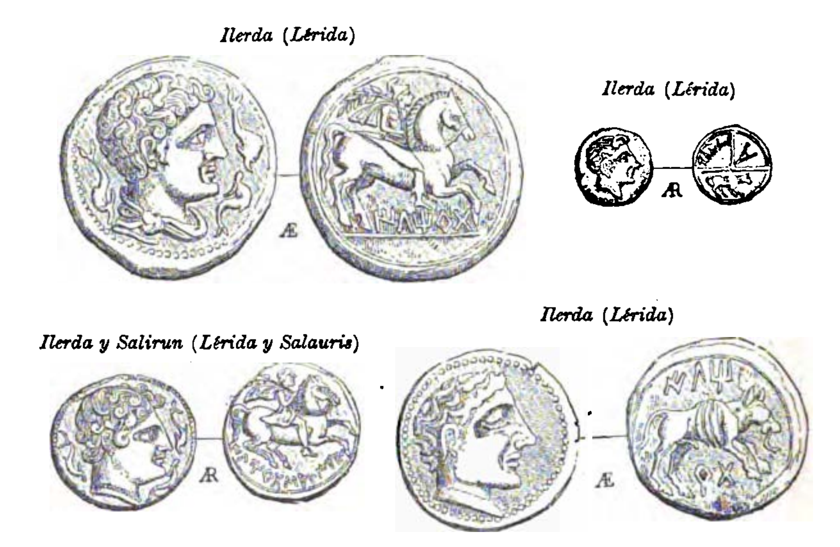
CALZADO, ARMAS, ESTANDARTES Y CARROS DE GUERRA DE LOS ROMANOS

1 á 3 y 10 á 44. *Armas defensivas y ofensivas y enseñas.* – 4 á 9. *Diferentes clases de calzado.* – 45 á 48. *Carros de guerra y del circo.* – 49 á 59. *Escenas bélicas y circenses*

de aquellas carnicerías horribles con que hace estremecer la relación de las guerras de la antigüedad. Treinta y seis mil dicen que murieron (1).

Desde entonces volvió á quedar tranquila. Viene ahora César con formidable ejército, dividido en dos grandes cuerpos, uno al mando de Fabio, por los Pirineos, otro por la costa, regido por él en persona. Los dos generales de Pompeyo, Afranio y Petronio, debían interceptar el paso á Fabio, mientras Varrón desde Cádiz había de enviar una flota contra César. Pero Varrón faltó, y Fabio atravesó los Pirineos sin obstáculo, y César desembarcó en Ampurias y tomó la vuelta del Ebro. Fabio acampó

MONEDAS IBÉRICAS



en la confluencia del Segre y del Cinca. Los pompeyanos lo hicieron en una colina á trescientos pasos de Lérida. Después de algunos encuentros parciales llegó César con novecientos jinetes, y formó el proyecto de incomunicar al enemigo con la ciudad. Empeñóse con este motivo un recio combate, en que después de haber perecido muchos soldados de César, logró todavía su ejército rechazar á los de Pompeyo y empujarlos hasta cerca de Lérida. Pronto conocieron que habían avanzado más de lo que les convenía. Una nueva fuerza de pompeyanos, la mayor parte españoles, cargó sobre ellos, y rompiendo sus filas recobró la posición disputada (2).

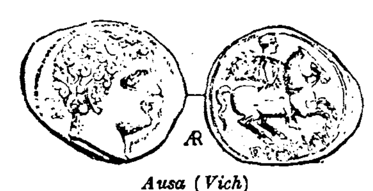
Sobremanera apurada llegó á ser la situación de César. Encerrado con

(1) Cæsar, de Bell. Gall., lib. III.

(2) «Los soldados de Afranio (que eran españoles en su mayoría), escribió después César, tenían una táctica singular: lanzábanse con impetuosidad sobre el enemigo, apoderábanse atrevidamente de una posición, y sin guardar filas combatían en pelotones. Si se veían obligados á ceder á fuerzas superiores, retirábanse sin bochorno, no creyendo que hubiese honor en resistir temerariamente. Los lusitanos y demás bárbaros los habían acostumbrado á este género de combate.» De Bell. Civ., lib. I.

su ejército entre dos ríos, el Cinca y el Segre, cuyas aguas acrecidas con las abundantes lluvias de la primavera, arrastraron con violencia los puentes y le cortaron toda comunicación, perecía de hambre viendo llegar á la opuesta orilla los carros de vituallas y municiones que de la Galia le enviaban, sin poder aprovecharse de ellos, y con riesgo de que cayeran en poder del enemigo. En tan crítica situación, otro general de menos recursos que César, hubiera caído de ánimo. Mas él, haciendo construir apresuradamente unos ligeros botes, logró pasar el Segre con parte de sus tropas, por un sitio cuya vista encubrían á los enemigos las eminencias vecinas. Tomando luego posición en un cerro, que fortificó, pudo echar un puente, por el cual pasó con la caballería. carros y tropas auxiliares de las Galias. Entonces toma la ofensiva y pone en fuga á los enemigos. En tan feliz ocasión, llega la noticia de una victoria ganada por su escuadra sobre la de Pompeyo en las aguas de Marsella: difúndese la nueva por aquellas comarcas, y los lacetanos. ausetanos, cosetanos é ilercavones, que hasta entonces se habían mantenido neutrales, ofrecen á César su amistad, y le asisten con todo género de recursos. Otros pueblos del interior le envían igualmente diputados, manifestándole estar dispuestos á seguir sus banderas. Ya tenemos españoles militando en uno y otro partido: ¡lamentable ceguedad!

MONEDA IBÉRICA



Ausa (*Vich*)

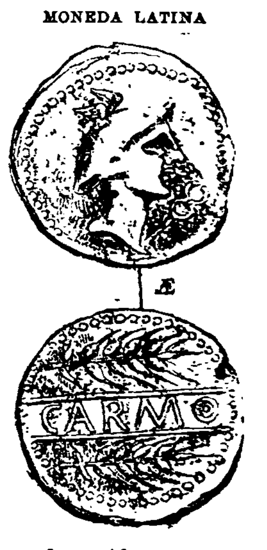
Con esto cambió completamente la situación de ambos ejércitos. Los generales de Pompeyo resolvieron llevar la guerra á la Celtiberia. donde contaban más parciales y esperaban poder sostenerse mejor: mas para eso tenían que cruzar el Ebro. Advertido de ello César, hace que su caballería, vadeando el Segre, pique la retaguardia del enemigo: al día siguiente, la infantería pide atravesar el río á nado: César aparenta concedérselo como una gracia. como quien contemporiza con el ardor del soldado, y el ejército ejecuta esta difícil operación con el agua hasta el cuello, sin desgraciarse un solo hombre. Entonces persigue, molesta, acosa al enemigo por medio de hábiles combinaciones, de diestras maniobras y de evoluciones rápidas y sabiamente entendidas. Proponíase César economizar la sangre de sus soldados, y vencer sin empeñar batalla: su estrategia traía aturdidos á Afranio y Petreyo, que por todas partes se hallaban cortados; con fingidas retiradas los atraía á las posiciones que le convenían más; sería difícil seguirle en todos sus movimientos. Reducidos los pompeyanos á una situación casi desesperada, piden un armisticio y se les concede: peor para ellos; los soldados de uno y otro ejército se mezclan, fraternizan y se van dejando seducir de los cesarianos; nótalo Petreyo, y ejecuta crueles castigos en los débiles y arenga enérgicamente á los demás. Comprenden entonces ambos generales la necesidad de variar de plan, é intentan retroceder á Lérida: César los sigue, los envuelve y los hace detenerse á mitad del camino, donde pasan tres días faltos de agua y de víveres, y sin poder moverse ni atrás ni adelante; intentan forzar las líneas de César, pero extenuados de hambre y de sed, tienen que rendirse; piden capitulación, y se les concede bajo juramento de que regresarían á sus hogares para no

volver á empuñar las armas contra César, y que los españoles se retirarían libremente á sus casas. Las condiciones fueron aceptadas y cumplidas.

Así terminó la primera campaña de César contra los generales de Pompeyo, casi sin efusión de sangre. La habilidad que desplegó en ella realzó al más alto punto su fama de gran capitán.

Fuéle aún más fácil la segunda. No quedaban ya en España más fuerzas pertenecientes á Pompeyo que las que mandaba Varrón en la Bética; en todo, sobre veinticinco mil hombres. Había hecho Varrón construir muchas naves en Cádiz y Sevilla, y preparóse á todo evento, trasladando á la casa del gobernador los tesoros del templo de Hércules Gaditano. No bastando esto á su codicia, exigió exorbitantes impuestos á las ciudades que sospechaba más adictas á César, con lo que se atrajo, como era natural, la animadversión de los pueblos. Suponiendo César muy fundadamente que con esto el espíritu público de aquellas provincias estaría muy inclinado á su favor, despachó al tribuno Casio para que invitara á las ciudades de la Bética á concurrir por medio de representantes á Córdoba, donde se hallaría él en determinado día. Hiciéronlo así la mayor parte de los pueblos, y César con seiscientos jinetes escogidos hizo su entrada en Córdoba, y recibió en audiencia, con aire ya de vencedor, á los magistrados de las ciudades.

MONEDA LATINA



Carmo (Carmona)

Todavía intentó Varrón un golpe de mano sobre Córdoba; pero la ciudad, contenta con su nuevo huésped, le cerró las puertas. Revolvió sobre Carmona, y halló que la guarnición había sido arrojada por los habitantes. Un cuerpo de cinco mil españoles le abandonó retirándose á Sevilla. Perdido estaba Varrón; ni la posibilidad de huir le quedaba; no tuvo otro remedio que enviar un legado á César, ofreciéndole la sumisión con la única legión que le quedaba: admitióla César á condición de que hubiera de darle severa cuenta de su conducta.

Vióse entonces en Córdoba una escena sublime, afrentosa para Varrón, honrosa para César, consoladora para los pueblos. Congregó César la Asamblea de los representantes; mandó comparecer á Varrón, y allí públicamente á presencia de los diputados le pidió estrecha cuenta de las sumas que arbitrariamente había exigido. César prometió solemnemente que sería restituído todo á las ciudades despojadas, y dando gracias á los mandatarios por el buen espíritu que éstas en su favor habían manifestado y ofreciéndoles su protección, despidióse de ellos dejándolos prendados de su generosidad y grandeza.

Desde allí pasó César á Cádiz, donde le esperaba igual acogida. Mandó devolver al templo de Hércules los tesoros extraídos por Varrón, y promulgó varios edictos de utilidad pública. Deseoso de corresponder al buen recibimiento de Cádiz, declaró á todos sus habitantes ciudadanos romanos, distinción en aquel tiempo muy envidiada. Así Cádiz, ciudad romana

casi desde la expulsión de los cartagineses, acabó de romanizarse con este privilegio (1).

Embarcóse seguidamente César para Italia en la misma flota construída por Varrón, dejando por gobernadores de España á Lépido y Casio. A su paso por las aguas de Marsella conquistó esta ciudad que se le mantenía enemiga, después de un sitio célebre que inmortalizó la patriótica musa de Lucano, y de regreso á Roma fué nombrado dictador.

CAPÍTULO VI

CÉSAR Y LOS POMPEYOS

Desde 48 *antes de J. C. hasta* 44

Avidez del pretor Casio Longino.—Sublevaciones que produce.—Su muerte.—Famosa batalla de Farsalia entre César y Pompeyo, y sus consecuencias.—Cuádruple triunfo de César en Roma.—Los hijos de Pompeyo mueven de nuevo la guerra en España.—Viene César por cuarta vez.—Célebre batalla y sitio de Munda, en que César triunfa definitivamente de los Pompeyos.—Horribles crueldades del vencedor.—Muerte de Cneo Pompeyo.—Entrada de César en Córdoba.—En Sevilla.—Queda dueño de España.—Exacciones de César.—Despoja el templo de Hércules.—Vuelve á Roma. —Es nombrado emperador y dictador perpetuo.—Le erigen altares.—Reforma la administración y las leyes.— Es asesinado.—Sexto Pompeyo se levanta de nuevo en la Celtiberia.—Transige el senado con él.—Fin de la guerra civil.

Tan encarnada estaba la codicia en los corazones de los romanos, que apenas volvió César la espalda, y no bien Casio Longino tomó posesión del gobierno de la Bética, olvidando la reciente lección que César había dado á Varrón en Córdoba, comenzó á ejercer con tanto escándalo exacciones, rapiñas y extorsiones de todo género, que ya no sólo á los españoles, sino á los romanos mismos se hizo odioso y execrable. Unos y otros se conjuraron para deshacerse de él. Lucio Racilio, con pretexto de entregarle un memorial, le dió de puñaladas; pero no murió; y habiendo uno de los conjurados á fuerza de tormentos declarado sus cómplices, sólo algunos pudieron salvar la vida á costa de grandes sumas de dinero. Ni por eso varió Casio de conducta. Nuevos actos de rapacidad y de tiranía excitaron la indignación general. El pueblo y la guarnición de Córdoba se alzaron contra él. Las tropas que debían embarcarse para Africa á reforzar el ejército de César se revolucionaron igualmente y se dirigieron á Córdoba á unirse á los sublevados. Acampados fuera de la ciudad, declararon unánimemente no reconocer á Casio por pretor, y aclamaron á Marcelo, oficial de mérito distinguido.

Casio Longino por su parte pide socorros á Lépido, pretor de la Tarraconense, y á Boyud, rey de la Mauritania. Cuando llegó Lépido y se informó de la verdadera causa de la insurrección, como hombre que se estimaba en algo á sí mismo, abandonó á Casio y se puso del lado de los cordobeses. Por un resto de consideración hacia su colega, le aconsejó que huyera si

(1) Flor., lib. IV.—Dion Cass., XLI.—Plut., in Vit. Cæsar.—Oros., lib. VI.—Cæsar, de Bell. Civ., lib. II.

no quería perecer, y Casio hubo de seguir tan prudente consejo. En este tiempo expiró el término de su pretura. y no atreviéndose á ir á Roma por tierra, temeroso de atravesar unas provincias donde tan justo horror inspiraba su nombre. se embarcó en Málaga y siguió la costa hasta el Ebro. Una furiosa tempestad que se levantó á la boca de este río, hizo que se

MONEDAS IBÉRICAS



Tarraco ó Cose (Tarragona)

tragaran las olas al ávido pretor y al fruto de sus rapiñas. Desastroso fin, no sentido ni de romanos ni de españoles: la pérdida de aquellas riquezas fué lo único que sintieron.

Entretanto continuaba en otra parte la lucha entre César y Pompeyo, los dos antagonistas que se disputaban á costa de la humanidad el imperio del mundo. La famosa batalla de Farsalia, que dió argumento y título al poeta Lucano para su epopeya, decidió la gran querella en favor de César. Derrotado en ella todo el ejército de Pompeyo, vióse él mismo obligado á buscar su salvación en la fuga. Condújose César en aquella batalla memorable con generosidad no muy acostumbrada en los guerreros. Habiendo hallado en la tienda de Pompeyo el arca de su correspondencia, la mandó quemar toda sin leerla. No quiso saber quiénes eran sus enemigos. En esto imitó lo que Pompeyo había hecho con las cartas de Sertorio. Todos los grandes hombres tienen algunas virtudes comunes. Dícese también que al reconocer el campo de batalla se entristeció, y aun lloró á la vista de tantos cadáveres enemigos, y que sólo se consoló diciendo: *Ellos lo han querido así!*

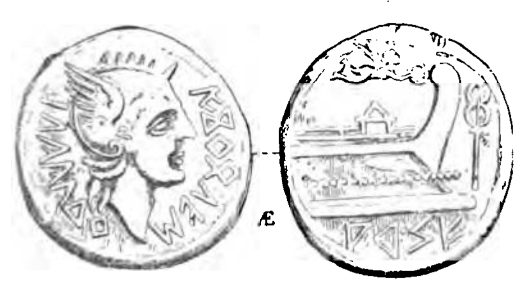
Desgraciado fué el fin del Gran Pompeyo, como casi el de todos los guerreros insignes. Fugitivo de Farsalia, fué llevado por su mala estrella á Egipto, cuyo rey había sido su pupilo, y cuyo padre había recibido muchos beneficios de Pompeyo. Y sin embargo, aquel ingrato rey le hizo asesinar traidoramente por hacerse buen lugar para con César; el cual, cuando llegó á Egipto y le fué presentada la cabeza de su rival, derramó también lágrimas, y reprobando la traición, mandó hacer solemnes exequias á los despojos mortales del que había sido su enemigo más terrible, pero también en otro tiempo su amigo, pariente y aliado.

Detuvieron á César en Egipto los afamados amores de Cleopatra, y cuando al cabo de ocho meses se desprendió de las delicias de Alejandría, de vuelta á Roma venció de paso á Farnacio, rey del Bósforo Cimerio, y á Deyotaro, rey de Armenia. Esta guerra fué la que contó á sus amigos con aquellas palabras que tan famosas se hicieron, y que los siglos no olvidarán: *veni, vidi, vici:* llegué, ví y vencí. Vuelto á Roma, fué nombrado

tercera vez cónsul y tercera vez dictador. En esto estalló de nuevo la guerra de Africa. Movíanla los partidarios de Pompeyo, Escipión, Labieno. Catón, y Juba, rey de la Mauritania. César fué y la terminó en seis meses: y declarando la Mauritania y la Numidia provincias romanas, y mandando reedificar á Cartago, volvióse á Italia. A pesar de tantas victorias, César no había tenido espacio todavía para recibir los honores triunfales. Entonces los recibió todos á un tiempo, y se prolongó su dictadura por diez años.

El mundo se hallaba ya como reposando de las sangrientas luchas que por tantos años le habían conmovido. España era el solo país que el genio fatal de la guerra no se había cansado aún de trabajar. Había sido la primera y tenía que ser la última en sufrir las calamidades de la contienda entre César y Pompeyo. Los hijos de éste, Cneo y Sexto, que habían heredado el genio belicoso de su padre, hicieron un llamamiento general á todos sus amigos de Europa, Asia y Africa. y resueltos á tentar un vigoroso esfuerzo contra el enemigo de su familia y de su nombre. vinieron ambos á España, Cneo con un ejército de tierra; con una armada Sexto su hermano. Comprendió César toda la importancia de esta nueva guerra, porque la pérdida de España le hubiera hecho todavía caer del solio de gloria que ocupaba ya.

MONEDA IBÉRICA



MONEDA LATINA



Saguntum (*Murviedro y Sagunto*)

Vino, pues, César por cuarta vez á España con su acostumbrada celeridad. A su arribo, las ciudades de la costa oriental se declararon á favor de su causa. como antes lo había hecho toda la España Citerior. Reunió apresuradamente sus tropas en Sagunto, y á marchas forzadas se puso sobre Obulco (Porcuna). La instantánea aparición de César desconcertó á los dos hermanos, que se hallaban, Sexto en Córdoba, Cneo sitiando á Ulia (Montemayor). La prodigiosa actividad del enemigo ni siquiera les había dado tiempo para aparejarse convenientemente á la defensa. Para colmo de su desgracia la flota de César mandada por Didio acababa de batir la de los Pompeyos en las aguas de Carteya.

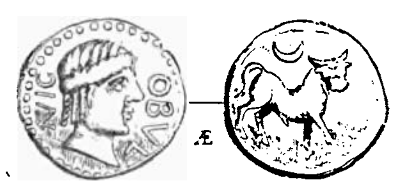
Cruda y sanguinaria fué esta guerra. acaso más que ninguna otra de los romanos en España. Los sitios de Ategua y de Ucubi no ofrecerían sino un relato de horrores y de bárbaras venganzas que harían estremecer, ejecutadas principalmente por los jefes y soldados pompeyanos en los que se mostraban inclinados á César, de quien no habían querido los Pompe-

yos aceptar la batalla que les ofrecía en Ulia y en Córdoba. César se mostró más humano con los rendidos. En cambio, en el sitio de Munda excedió á todos y se excedió á sí mismo en crueldad. ¡Triste y fatal profesión la de las armas, que no ha de haber con ellas gloria sin ir acompañada de lágrimas y sangre, si gloria verdadera es para el hombre la que á costa de la sangre y de las lágrimas de tantos millares de semejantes suyos adquiere!

Alzado el sitio de Ucubi, situóse el ejército de los Pompeyos hacia Aspavia, distante de allí cinco millas: pero rechazado pronto por las tropas de César y vivamente perseguido, después de alguna incertidumbre en su marcha, situóse en una llanura que se extendía á los alrededores de Munda (1). Los dos ejércitos contaban con número casi igual de romanos y de españoles. Dos príncipes de la Mauritania iban también de auxiliares, el uno de Pompeyo, el otro de César. Pudiéramos llamar á esta guerra la guerra más civil de cuantas con este nombre se han conocido; puesto que en ella peleaban romanos con romanos, españoles con españoles, y africanos con africanos. Ambos ejércitos se temían: un sombrío presentimiento y una ansiedad inexplicable se advertían en los combatientes de uno y otro bando al prepararse á la pelea: los mismos jefes parecían penetrados de una melancolía profunda: todos iban á aventurar su gloria futura. La ventaja de la posición estaba por los pompeyanos, á quienes César provocaba á que descendieran de una pequeña eminencia que ocupaban. Los cesarianos tenían que cruzar un riachuelo que corría por terreno pantanoso. «El día, dice Hircio, estaba tan brillante y tan sereno, que parecía que los dioses inmor-

MONEDAS TURDETANO-LATINAS





Obulco (*Purcuna*)

---

(1) Esta ciudad, célebre por haberse decidido en su campo la lucha en que César y Pompeyo se disputaban el imperio del mundo, se ha creído mucho tiempo que fuese la actual *Monda*, en la provincia y á seis leguas de Málaga. Así lo han creído y consignado, inducidos acaso por la semejanza de los nombres, Morales, Mariana, Ferreras y otros historiadores españoles, á quienes generalmente han seguido los escritores extranjeros. Ya el erudito Pérez Bayer demostró que las relaciones históricas de Floro, Hircio, Suetonio, Patérculo, Dión y otros autores latinos, referentes á la batalla de *Munda*, no podían aplicarse á la actual *Monda:* él creyó que correspondían mejor á Monturque. Pero el señor don Miguel Cortés, en su *Diccionario Geográfico-histórico de la España antigua*, ha demostrado deber fijarse en *Montilla*, cuyo nombre pudo ser derivación corrompida de *Munda illa*. Prescindiendo de lo más ó menos verosímil de esta derivación, lo que nos hace adherirnos á la opinión del señor Cortés es el ajustarse á la posición de *Montilla* mejor que á otra población alguna las circunstancias de territorio y de

tales le habían hecho expresamente para una batalla (1).» César fué el primero que atacó. Con imponderable encarnizamiento comenzó el combate: las voces y los gritos espantosos de los soldados acompañaban el crujir de las armas y de los escudos.

Por una singularidad especial de esta batalla cesó de repente la vocería de unos y otros, y sucedió el más profundo silencio, de tal manera que en una muchedumbre de cien mil combatientes oíase sólo el chocar de las lanzas y el ruido formidable de los aceros. Ni de una ni de otra parte se daba cuartel, ni de una parte ni de otra se perdía ni se ganaba un palmo de terreno. Las tropas de César fueron las primeras en dar señales de flaquear. César, ardiendo en cólera, se lanza en medio de sus soldados, los exhorta, les habla con la palabra y el ejemplo, y al ver que no alcanzaba á realentar su abatimiento, le asalta un instante la intención de atravesarse con su espada. Contiénenle algunos soldados; «pues bien, les dice, seguidme;» y arrancando á uno de ellos el escudo, *aquí quiero morir*, exclama; y se lanza espada en mano delante de todos al enemigo. A vista de esta acción todos se enardecen, y la pelea se renueva con terrible furor. De repente el príncipe africano Boyud, suponiendo mal guardados los reales de Pompeyo, los acomete; obsérvalo Labieno, uno de los jefes pompeyanos, y vuelve con su caballería á defenderlos. Esta evolución dió á César la victoria. Creyendo que Labieno huía, entra el desorden en las filas de Pompeyo y comienza á cejar: los cesarianos los persiguen, y al grito de victoria siembran el campo de cadáveres. Treinta mil fueron los muertos, con tres mil caballeros romanos. Jamás batalla alguna fué tan comprometida para César: él mismo confesó que en todas había peleado por la gloria, en ésta por defender su vida. Cneo Pompeyo á duras penas pudo salvarse con ciento cincuenta caballos que le siguieron á Carteya; Sexto pudo refugiarse en Córdoba (46).

Como muchos de los fugitivos se hubiesen retirado á Munda, César corrió á bloquearla, decidido á acabar con los restos de aquel grande ejército. Allí fué donde desplegó César una fiereza y una barbarie que estremece. Los treinta mil cadáveres del campo de batalla, decapitados y atravesados con sus mismas lanzas, sirvieron para hacer una trinchera en derredor de la ciudad; las cabezas clavadas en las picas las enseñaban á los sitiados... horroriza tanta ferocidad! Los sitiados, después de una heroica resistencia, perecieron todos. Munda, yerma de defensores, pasó á poder del vencedor.

Cneo Pompeyo se dió á la vela desde Carteya en busca de asilo en alguna comarca apartada. César destacó en su seguimiento á Didio y Cesonio, que alcanzando la flotilla enemiga quemaron unas naves y destruyeron otras. Cneo, que iba herido, pudo tomar tierra y ocultarse en una gruta, donde descubierto por un soldado perdió la vida. Cesonio tuvo el odioso placer de presentar su cabeza á César, que no permitió se expusiera

---

lugar, y las distancias respectivas de las demás poblaciones contiguas que anduvieron los romanos de uno y otro ejército antes de acampar en Munda, según los diferentes relatos de los historiadores latinos, las cuales todas convienen á *Montilla*. Había otra *Munda* más antigua en la Bastitania, que sonaba ya en las guerras de los Escipiones.»

(1) Hist. de Bell. Hispan.

al público. Así pereció Cneo Pompeyo, que pocos días antes había hecho balancear el poder de César, y que estuvo á punto de ser dueño de España y de toda la república.

Sexto su hermano, previendo que no tardaría en ser atacado en Córdoba, salió de la ciudad so pretexto de tratar en persona con César, y se refugió al centro de la Celtiberia. El temor de Sexto era bien fundado. No tardó César en ponerse sobre la ciudad: los partidarios de Pompeyo temblaron con razón: porque no era ya César aquel hombre humanitario y generoso de antes, sino un César desapiadado y cruel. Cambió de carácter como Sertorio al acercarse el término de su vida. Conociendo esto mismo un tal Escápula, resuelto á no caer vivo en manos del vencedor, dispuso un convite entre sus parientes y amigos, al que asistió él lujosamente vestido y perfumado. Después de haber distribuído sus riquezas entre los comensales, y haciendo encender una hoguera, mandó á uno de sus criados que le atravesara el pecho, y á otro que le arrojara en las llamas. ¡Serenidad bárbara y fiera! Los criados le dieron el feroz placer que apetecía. Este hecho acrecentó la discordia que ya reinaba dentro de la ciudad: unos opinaban por entregarse á César, otros por defenderse hasta el último trance: á horribles escenas dieron lugar los desórdenes interiores. A favor de la confusión y llamado por sus partidarios entró César en la ciudad, dentro de la cual tuvo todavía que combatir: mató, degolló, incendió y saqueó; más de veinte mil ciudadanos se dice que perecieron en aquella población predilecta de César, donde él mismo poseía casas y jardines de recreo. Allí plantó por su mano el famoso plátano que celebró la musa hispano-romana de Marcial (1).

Dividida igualmente Sevilla en dos bandos, los unos llamaron á César, los otros á los lusitanos que se conservaban parciales de los Pompeyos. Primero lograron éstos una sorpresa sobre las tropas de César; después fueron á su vez acuchillados por la caballería cesariana, y el vencedor de Pompeyo tomó posesión de la ciudad. Grande importancia debió darse en Roma á la conquista de Sevilla cuando se celebró con fiestas públicas y se escribió en el calendario romano. Acaso se la quiso solemnizar como la última conquista de César en la Península. Y éralo en rigor, porque Osuna y alguna otra ciudad de la Bética que restaba fueron sometidas sin dificultad (45).

Ya tenemos á César dueño de todas las provincias de España que hasta entonces tomaron parte en nuestras lides. Apresuráronse las ciudades no sólo á reconocerle, sino también á honrarle. El espíritu de adulación y de lisonja de los degenerados romanos había ido contagiando á los españoles, y los pueblos fueron cambiando sus antiguos nombres por otros que expresaran algunas de las virtudes del vencedor. Nertóbriga tomó el de *Fama Julia*, Astigis el de *Claritas Julia*, Illiturgo se llamó *Forum Julium*, Ebora *Liberalitas Julia*, *Juliobriga* se llamó otra ciudad, otra *Colonia Cæsariana*, y así otras muchas, levantándole al propio tiempo estatuas y altares, é inscribiendo sus alabanzas en mármoles y bronces.

---

(1) «Plátano amado de los dioses, dijo Marcial, no temas ni el fuego ni el hierro sacrílego. Tu duración y tu lozanía serán eternas, porque es la mano de César la que te ha plantado.» Lib. IX, cap. 62.

César por su parte recibía en Cartagena, á guisa de monarca, diputados de casi todas las provincias españolas. Su objeto ostensible en la reunión de esta especie de asamblea era tratar de dar al país un gobierno y una organización civil y política. Pero otro pensamiento le preocupaba además. César no se olvidaba de sí mismo. Recordando á los diputados los beneficios que había dispensado al país. reconvínoles por su ingratitud y falta de reconocimiento. Ya suponía que estas palabras no serían perdidas para su fortuna particular. Necesitaba afianzar con el oro la gloria y conquistas hechas con el acero, y bien sabía ya por experiencia cómo se ganaban los sufragios de los comicios en el venal pueblo romano. Los diputados españoles comprendieron las indicaciones de César, y para desvanecer su desfavorable juicio le colmaron de dones y de tributos. Recogíalos César, pero no le bastaban. Bajo diversos pretextos de utilidad pública impuso á los pueblos crecidas contribuciones, de las cuales no poco refluía en sus arcas privadas. Por último, incurriendo en la propia flaqueza que él había castigado en Varrón, recogió aquellos tesoros del templo de Hércules de Cádiz que años antes había hecho él restituir á otro. Así César terminaba su carrera en España del mismo modo que la había comenzado: por una parte con actos de crueldad, por otra dotando al país de algunas leyes útiles y sabias, y por otra acrecentando su fortuna y sacando de él riquezas inmensas. Sus beneficios fueron con largueza remunerados.

Al fin, dejando el gobierno de la España Citerior y de la Galia Narbonense á Lépido, y el de la Ulterior á Asinio Polión, que se dedicó á destruir las partidas de salteadores que de resultas de la guerra habían quedado, volvió César á Roma, donde le esperaban más lisonjas y adulaciones que en España.

Todo les parecía poco en Roma para honrar al vencedor de Munda. Hiciéronse públicos festejos, en que el pueblo se entregó á la más loca alegría. Permitiósele llevar siempre una corona de laurel, y asistir á las fiestas sentado en silla de oro. Se le hizo *Dictador perpetuo*, se le dió el nombre de *Imperator*, y el título de *Padre de la patria*. Erigiéronle una estatua con la inscripción: *Á César semidiós*, y la colocaron en el Capitolio frente á la de Júpiter. Decretáronsele honores divinos bajo el nombre de *Júpiter Julio*, y tuvo altares, templos y sacerdotes. El dictado de *Rey* era odioso para los romanos: no obstante. Marco Antonio, por un refinamiento de adulación, le presentó un día una diadema; rehusóla César, y el pueblo prorrumpió en aplausos estrepitosos. César era entonces el ídolo de Roma, que seducida por sus hazañas. con el mismo entusiasmo con que antes había defendido su libertad se entregaba á la voluntad omnipotente de un hombre solo, cuyo primer siervo era el senado.

César, tan gran político como guerrero insigne. viendo consolidado su imperio, dedicóse á reformar la administración y las leyes. Cuéntase entre sus grandes reformas la famosa del Calendario, que entonces mereció la burla de Cicerón, y después las alabanzas de la posteridad. Aunque entre los títulos con que se le había condecorado se contaba el de *Emperador*, y en realidad obraba como tal, y puede considerársele como el verdadero fundador del imperio, dejó subsistir las formas republicanas, contento con ser dictador vitalicio.

Poco tiempo gozó de tanta autoridad y de tan desusados honores; pronto se formó contra él una conspiración. en que entraban unos por odio á la tiranía. otros por personales resentimientos: de éstos era Cayo Casio, alma y autor de la conspiración; de los primeros Junio Bruto, escritor instruído, que había abrazado la doctrina de los estoicos, á quien César había colmado de mercedes y hasta solía llamarle su hijo. César recibió varios avisos de los planes que contra su vida se tramaban. pero no quiso creerlos. Lleno de confianza entró un día en el senado: vióse al punto rodeado de asesinos, que cayendo sobre él lo cosieron á puñaladas. Como entre ellos viese á Bruto blandiendo el puñal sobre su cabeza: *¡Y tú también, hijo mío!* exclamó; y cayó á los pies de la estatua de Pompeyo (44). Así pereció á los cincuenta y seis años de edad aquel hombre extraordinario. de quien se dice que había ganado quinientas batallas y tomado por asalto mil ciudades: gran orador, político profundo y escritor distinguido (1).

Mientras esto pasaba en Roma, en España renacía el mal apagado fuego de la guerra civil que la presencia de César había contenido. Sexto Pompeyo, á quien dejamos refugiado en la Celtiberia. comenzó á moverse de nuevo allá por la Lusitania. ayudado por dos príncipes africanos, que el Africa se mezclaba entonces frecuentemente en las cuestiones de España, y por muchos indígenas, que ó bien por un resto de afición á los Pompeyos, ó bien por el instinto de independencia propia de aquellas poblaciones. se agregaron á la nueva bandera. Habiendo acudido Polión á sofocar este alzamiento. derrotóle Pompeyo con pérdida de la mitad de sus tropas, y el ejército Pompeyano quedó en actitud de recorrer libremente toda la España central desde la Lacetania hasta la Bética.

Llegaron estas nuevas á Roma cuando César acababa de caer bajo el puñal asesino. La situación era grave; privado el senado de aquel brazo poderoso, quiso atajar pronto el fuego nuevamente encendido en España, y dispuesto á transigir antes que exponerse otra vez á las eventualidades de una guerra, ofreció á Sexto Pompeyo el mando en jefe de toda la armada de la república á condición de que desistiera de la lucha emprendida. Aceptó Sexto con gusto la proposición, y licenciando su ejército, partió para Italia á posesionarse de su nuevo cargo.

Así terminó la famosa guerra civil romano-hispana entre César y los Pompeyos, casi abierta todavía la tumba de César.

---

(1) Suetonio y Plutarco en la vida de César.—Eutrop. Brev. rerum roman.—Dión Cassio, Floro, Veleyo Patérculo, y otros.

CAPÍTULO VII

AUGUSTO. GUERRA CANTÁBRICA

Desde 44 *antes de J. C. hasta* 19 .

Segundo triunvirato romano.—Octavio triunviro.—Venga la muerte de César.—Sucesivamente se deshace de Lépido y de Marco Antonio.—Ootavio emperador, cónsul, procónsul, tribuno perpetuo, gran pontífice, *Augusto.*—Sucesos de España.—Octavio la hace tributaria del imperio.—ERA ESPAÑOLA.—Nueva división de provincias.—Guerra cantábrica.—Viene Augusto en persona á combatir á los cántabros.—Bravura de éstos y su sistema de guerra.—Mortificación de Augusto.—Se retira á Tarragona.—Los cántabros sitiados en el monte Medulio.—Rasgos de ruda heroicidad.—Los astures.—Sitio y rendición de Lancia.—Augusto vuelve á Roma y cierra el templo de Jano.—Segunda guerra cantábrica.—Agripa.—Sumisión de los cántabros.—España provincia del imperio.—Paz octaviana.

Después de la muerte de César. formóse en Roma el segundo triunvirato (43), compuesto de Marco Antonio, Lépido, y Octavio ú Octaviano, sobrino de César, á quien éste había nombrado su heredero; joven de diez y nueve años, que había estado algún tiempo al lado de su tío en las guerras de España, y de quien nadie sospechaba entonces que pudiera ser el futuro gobernador del mundo. Repartiéronse entre sí estos triunviros las provincias al modo que lo habían hecho los primeros. Tocóles en esta distribución, á Lépido la España con la Galia Narbonense, á Antonio todas las demás Galias. y á Octavio la Italia, el Africa. la Sicilia y la Cerdeña.

El joven Octavio, con un talento superior para la intriga política, comenzó por ganarse á los partidarios de César divinizando á éste y colocando su estatua en el templo de *Venus genitrix* con una estrella sobre la cabeza. A su vez supo atraerse con oro y con fiestas á los republicanos mismos, enemigos de César. á quienes asustaba la tiranía de Antonio. Primeramente combatió á Antonio con Decio Bruto y los amigos ardientes de la república; después, hecho cónsul antes de cumplir los veinte años, se constituyó á su turno vengador de los asesinos de César, y para resistir á los republicanos que seguían las banderas de Bruto y Casio, se confederó con Antonio y Lépido. que ya le necesitaban. Entonces fué cuando se formó el triunvirato, cuyo triunfo sobre la república se aseguró con la batalla de Filipos. en que Octavio hizo cortar la cabeza á Bruto, que. como Casio, se había dado la muerte, para arrojarla á los pies de la estatua de César. según había prometido. Esto decidió de la libertad romana. Siguióse la guerra civil de Perusa, que concluyó con el saqueo de la ciudad y con el sacrificio de trescientos senadores inmolados por Octavio sobre el altar de César. Al regreso de Antonio se hizo nueva partición, en que Octavio tomó para sí la España, dejando el Africa á Lépido (41). Sucesivamente y con diversos pretextos y en diferentes guerras que no son de nuestra hisria, fué Octavio deshaciéndose de sus dos colegas: perdió á Lépido el auxilio que dió á Sexto Pompeyo; perdieron á Antonio los amores de Cleopatra. Octavio, vencedor de los triunviros y vencedor de los republicanos.

consultó con sus amigos Agripa y Mecenas, si conservaría la república ó se haría emperador. Agripa le aconsejó la conservación de la república para su gloria. Mecenas le aconsejó el imperio para su seguridad y para la felicidad del pueblo romano. Octavio optó por lo último, pero sin abolir repentinamente la república.

Fué, pues, Octavio César pasando por todas las magistraturas republicanas, y haciéndose respetable á los romanos con los nombres de emperador, cónsul, procónsul, tribuno perpetuo, censor, gran pontífice, príncipe del senado y padre de la patria. Al fin de su séptimo consulado, fué á declarar al senado que quería renunciar la potestad suprema; no se le admitió la abdicación, y el senado le saludó entonces con el nombre de *Augusto*, para significar un poder casi divino, nombre que conservó ya siempre: y el título de *Imperator* no fué ya sólo una denominación honorífica, ni la expresión del mando de los ejércitos, sino la representación de la autoridad suprema. «De este modo, dice un escritor ilustre, el hombre más desprovisto de virtud guerrera obtuvo la supremacía en una época en que sólo se hacía fortuna con las armas. Cuatrocientos mil soldados le bastaron para tener á raya á ciento veinte millones de súbditos, y á cuatro millones de ciudadanos romanos, y para dar reposo al mundo, él que no había cesado de alterar la república. Acaso debió Octavio su fortuna á la circunstancia de temérsele poco. Un mancebo, ó bien un niño, como le llamaba Cicerón, no hacía sombra á los senadores, á quienes se mostraba sumiso, ni al pueblo, puesto que defendía sus derechos.»

Hasta este tiempo pocos sucesos notables habían ocurrido en España. Octavio, como César, honró la fidelidad española, creando para sí una guardia de tres mil españoles en Calagurris (Calahorra): que de este modo demostraban los mismos conquistadores de España el aprecio en que tenían la nativa lealtad de los hijos de este suelo. Por este tiempo se vió también por primera vez á un español, Cornelio Balbo, hechura de César, elevado á la dignidad consular, que ningún extranjero había obtenido todavía.

En las guerras del triunvirato había habido también algunos movimientos en España en favor del uno ó del otro de los triunviros; movimientos que fueron apagados por los gobernadores de Roma, y que sirvieron á éstos de pretexto para seguir explotando las riquezas del país, y para recibir en Roma honores triunfales poco merecidos. Mezcláronse también en estas revueltas los dos príncipes africanos que antes habían peleado el uno por César y el otro por Pompeyo, declarándose ahora por Antonio el uno y por Octavio el otro. Boyud, el partidario de Antonio, fué derrotado en una sangrienta batalla, y arrojado de España, perdiendo además sus estados de Africa.

Bajo el imperio de Octavio sufre España una trasformación completa en su organización política y civil. Aquellas comarcas, provincias ó pequeñas naciones, tan varias y distintas, tan independientes entre sí, tan faltas de unidad, van á constituir ya todas un solo cuerpo de nación, una sola provincia sujeta al régimen de un hombre solo. El nuevo dominador del mundo declara á toda España tributaria del imperio romano, pero al tiempo que la hace tributaria, le da la unidad que no había tenido nunca,



TRAJES Y EMBLEMAS DE LOS ROMANOS

1. *Hombre del pueblo.* – 2, 14 *y* 19. *Signíferos.* – 3. *Hondero.* – 4 á 7, 13, 15, 16, 20 *y* 21. *Soldados de infantería.* – 8. *Emperador en traje de guerra.* – 9, 10, 17 *y* 18. *Generales.* – 11. *El emperador Nerón.* – 12. *Lictor.*

sujetándola á un centro común y á unas mismas leyes (38); novedad importante, que constituyó como un nuevo punto de partida para España en su marcha al través de los siglos. Desde el año 38 antes de J. C. en que se verificó este acto solemne de incorporación, comenzó un sistema cronológico peculiar para España, que se denominó *Era española,* ó Era de Augusto, y desde cuya época siguió rigiendo como base de su cronología histórica, hasta que andando el tiempo se abolió para adoptar la cronología general de la era cristiana (1).

Afectando Augusto querer gobernar con el senado, dividió con él la administración de las provincias, dejando á aquél con estudiada política las más sumisas y pacíficas, reservando para sí las fronterizas ó las más inquietas en que acampaban las legiones, quedando así, en todo caso, dueño de la fuerza y de las armas. En este concepto, hizo también de España dos provincias, una *senatorial* y otra *imperial.* Dió al senado la *Bética,* y se asignó á sí el resto de la Península, del cual hizo después una doble provincia con los nombres de *Lusitana* y *Tarraconense,* regidas por gobernadores ó legados á la vez civiles y militares. En la distribución que hizo de todas las fuerzas del ejército, destinó á España sólo tres legiones de las veinticinco que había conservado para sí; prueba de la confianza que ya tenía en la sumisión de estas regiones, acaso por la tendencia que ellas mismas, halagadas por los beneficios de la administración de Octavio tan distinta de la de los tiranos pretores, manifestaban á adoptar las leyes, el régimen, los usos y costumbres romanas.

Pero aun existían en España pueblos, comarcas enteras que no habían recibido el yugo de Roma. Todavía los cántabros y astures se mantenían independientes y libres. Todavía aquellos fieros y rudos montañeses, desde sus rústicas y ásperas guaridas, se atrevían á desafiar á los dominadores de España y del mundo. Siglos enteros hacía que España encerraba en su seno conquistadores extraños; ni cartagineses ni romanos habían penetrado todavía entre las breñas y sinuosos valles en que habitaban aquellas indomables gentes, que inaccesibles á las armas y á la civilización conservaban toda la rudeza de costumbres con que en otro lugar los hemos descrito (2). Era ya Octavio Augusto señor del mundo, y creíalo todo pacíficamente sumiso á Roma y á su imperio, y todavía no lo estaban unos pocos habitantes de la península española. No podía Augusto sufrir que en un rincón de España hubiera quien no reconociese la autoridad del dominador del orbe.

Algunas excursiones de los cántabros y astures hasta las vecinas comarcas de los autrigones, de los murbones y de los vacceos, sujetas ya al imperio, debieron hacer conocer á los romanos la bravura y ferocidad de aquellos hombres agrestes, y aun darles alguna inquietud y cuidado. Ello es que el emperador romano no se desdeñó de venir en persona á dar impulso y vigor á aquella guerra que parecía no deber fijar siquiera la aten-

---

(1) Se contó por la ***era española*** en Cataluña hasta 1180, en Aragón hasta 1350, en Castilla hasta 1383. Para reducir la ***era española*** á la ***era cristiana*** no hay sino rebajar treinta y ocho años.

(2) Cap. I del lib. I de esta historia.

ción de quien tan acostumbrado estaba á ver sometérsele tantos y tan vastos reinos. Vino, pues, Augusto (26) al frente de un ejército, que dividió en dos cuerpos, de los cuales destinó uno al mando del pretor Carisio contra los astures, y con el otro marchó él contra los cántabros.

Estableció Augusto sus reales en Segisamo (Sasamón, entre Burgos y el Ebro), donde hizo todo lo posible por comprometer y obligar á los enemigos á venir á una batalla general. Tarea inútil para aquellos montañeses, á quienes agradaba más y era más ventajoso molestar á los romanos con repentinas irrupciones, bruscas acometidas y rápidas retiradas, sin que las pesadas legiones imperiales pudieran nunca darles alcance ni menos penetrar en sus rústicas guaridas. Apareciendo y desapareciendo súbitamente y con agilidad maravillosa, peleando en pequeños grupos y pelotones, teniendo á los imperiales en continua alerta y zozobra, y no dejándoles gozar momento de seguridad ni de reposo, traíanlos fatigados, inquietos y desesperados. En vano Augusto hizo que una armada concurriera á ayudar por la costa sus operaciones militares. Los cántabros se concentraban dentro de sus rocas, y desde allí repetían los asaltos, sin que hubiera medio de empeñarlos en más formal combate.

Cansado Augusto y mortificado con tan obstinada resistencia, habiendo caído además enfermo, retiróse al cabo de algunos meses á Tarragona, dejando á Cayo Antistio el mando del ejército y el cargo de aquella guerra. Más afortunado ó más hábil Antistio, en ocasión que los cántabros habían necesitado bajar á la llanura, acaso en busca de mantenimientos, logró por medio de una simulada fuga atraerlos á sitio donde tuvieron que empeñar una acción general, en la cual quedaron victoriosas las armas romanas. Fué este primer desastre de los cántabros cerca de Vellica, no lejos de las fuentes del Ebro (1). Trataron los fugitivos de ganar el monte Vincio, y hallando los romanos apostados ya en Aracillum (hoy Aradillos, á media legua de Reinosa), viéronse forzados á buscar un asilo en el monte Medulio, inexpugnable posición, si allí hubieran intentado atacarlos los romanos. Mas éstos tuvieron por mejor y más seguro circunvalar la montaña, haciendo en derredor y en un círculo de quince millas un profundo foso, y construyendo en toda la línea gran número de torres, de la misma manera que si pusiesen sitio á una ciudad. Una vez que los cántabros allí encerrados no tentaron en un principio romper la línea enemiga, érales ya después imposible el escapar.

Vióse entonces una de aquéllas resoluciones de rudo heroísmo de que España había dado ya tantos ejemplos, y que siempre admiraban á los romanos. Aquellos hombres de ánimo indómito, prefiriendo la muerte á la esclavitud, diéronsela á sí mismos peleando entre sí, ó tomando el tósigo ó venenoso zumo que para tales casos siempre prevenido llevaban. Añaden algunos que los romanos, aprovechando aquella confusión, cayeron sobre los heroicos y desesperados combatientes, lo cual es muy verosímil, y que los que vivos caían en sus manos eran sacrificados, siendo tal el desprecio de la muerte y la bárbara serenidad de aquella gente independiente y fiera

(1) Dión Cass., lib. LI y LIII.—Flor., lib. IV.—Oros., lib. VI.

en el tormento, que sucumbían en la cruz cantando himnos guerreros (1). Así subyugaron por primera vez la Cantabria, si subyugar se puede llamar esto, las armas de Roma.

Publio Carisio se había dirigido con su ejército contra los astures. Afírmase por algunos que el mismo Augusto en persona mandaba otra



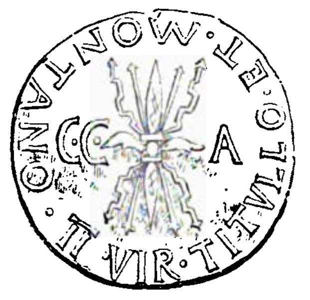


Emerita Augusta (*Mérida*) . *Cæsar Augusta* (*Zaragoza*)

vez la mitad de estas tropas. Un cuerpo de astures que se encaminaba á Galicia ó Lusitania, fué alcanzado y detenido por Carisio, que después de un sangriento y sostenido combate que obligó al orgulloso romano á decir públicamente que le había maravillado la bravura de aquellos guerreros, y que por lo menos no era inferior á la de los soldados romanos, los forzó á retirarse á Lancia, ciudad situada sobre Sollanzo á nueve millas de donde hoy está León. Sitióles allí el mismo Augusto. La ciudad fué defendida con denuedo admirable, pero reducidos ya á tan pocos que era imposible prolongar más la defensa, hubieron de rendirse, siendo los más valientes de ellos vendidos como esclavos. Sucedió esto al empezar el nono consulado de Augusto (2).

AUGUSTO





Cæsar Augusta (*Zaragoza*)

Visitó luego Augusto los países conquistados, y deseando dejar asegurada en ellos la tranquilidad, hizo lo que había practicado César con los habitantes del monte Herminio, obligar á los moradores de las montañas á desamparar las fragosas breñas y bajar á los lugares descubiertos y llanos. A los soldados que habían cumplido el término de

(1) Supónese ser de este tiempo un fragmento de canción bélica hallada por Humboldt en Vizcaya en los manuscritos de un tal Juan Ibáñez en 1790, visitando los archivos de aquella provincia. Cópiale Rosseew-Saint-Hilaire en el apéndice I del tomo I de su Historia de España.

(2) Mariana y otros autores varían en la relación de algunas circunstancias de estas

su empeño mandó distribuir campos y tierras, que era el fundamento de las colonias. Así se fundó *Emerita Augusta*, hoy Mérida, habiendo tenido el cargo de dirigir los trabajos de aquellos veteranos el mismo Carisio, como se ve en las monedas que se conservan de aquel tiempo, en que se hallan de un lado el nombre de Augusto y de otro los de Carisio y Emérita, Otras ciudades tomaron el sobrenombre de augustas, como *Cæsar-Augusta*, la antigua Salduba y hoy Zaragoza; *Pax-Augusta*, hoy Badajoz; *Braccara-Augusta*, hoy Braga, y otras. Fundóse igualmente en aquel tiempo la ciudad de León con el nombre de *Legio septima gemina*, correspondiente al de las legiones que allí quedaron con el especial objeto de vigilar y en caso necesario reprimir á los bravos astures. Otros varios monumentos quedaron de Augusto en España. Cuéntase entre ellos el templo de *Janus-Augustus* en Écija; un bello puente sobre el Ebro; las *Turres Augusti*, elevadas en forma piramidal sobre el río Ulla en Galicia, y las *Aras Sextianas* en el cabo de Torres de Asturias, unas y otras erigidas por Sextio Apuleyo, uno de los jefes romanos de la expedición cantábrica y dedicadas á Augusto, como términos de las victorias que consiguió bajo sus auspicios.

AUGUSTO



Tarraco (*Tarragona*)

Vuelto Augusto á Tarragona, recibió allí embajadores de la India Oriental y de la Escitia, que atraídos de la fama de su nombre venían á ofrecerle amistad. Y dejando á Lucio Emilio el mando del ejército de la Tarraconense, y el gobierno de esta provincia y de la Lusitania á Publio Carisio en concepto de legado augustal, partióse para Roma, donde cerró por cuarta vez el templo de Jano, suponiendo que España y el mundo quedaban en largo y completo reposo (1).

Grandemente equivocado fué este juicio respecto de España. Los cántabros y astures, conservando vivo el odio á los romanos, no pudiendo vivir sin libertad, irritados acaso también con las violencias de los conquistadores, y deseando vengar las injurias pasadas, dieron principio á otra lucha aún más brava y feroz que la primera. Emilio y Carisio que fueron á sujetarlos entraron devastando sus campos, incendiando sus rústicas viviendas y cortando las manos á los prisioneros, según las bárbaras

guerras, no sabemos con qué fundamento. Nosotros hemos seguido aquello en que hallamos convenir más las antiguas historias latinas, no muy explícitas y claras en lo relativo á estos acontecimientos.

(1) Este templo, que se conservaba siempre abierto mientras Roma tenía pendiente alguna guerra, habíase cerrado solas tres veces en los siete siglos que Roma llevaba de existencia: la primera en tiempo de Numa, la segunda cuando terminó la guerra púnica, la tercera después que Octavio venció á Marco Antonio. La cuarta fué esta.

leyes de la guerra de la civilizada Roma. Aunque pareció quedar sujetos por entonces, fuéle preciso todavía á Cayo Furio, sucesor de Emilio, guerrear otra vez con aquella gente, la sola en el mundo que traía entretenidas las legiones romanas, y á las cuales por tanto no cabía en lo posible resistir. Furio los venció también, y redujo á esclavitud todos los prisioneros. Si imposible era á los cántabros y astures vencer, también la esclavitud les era insoportable. Así pasado algún tiempo, concertáronse entre sí aquellos mismos esclavos, mataron á sus señores y dueños, ganaron los montes y riscos, y no les fué difícil conmover todo el país y alzarlo en masa.

Infundía ya pavor á los romanos tan indómita gente. Arredrábalos la idea de tener que exterminar aquella raza tan feroz si habían de vencerla, y asombrábalos tanta obstinación y porfía, tanto desprecio de la vida. Pero no podía tampoco el señor del mundo dejar vivo y sin apagar aquel fuego, aquel foco perenne de rebelión, más temible en España que en otra parte alguna. Así hubo de enviar á sujetarlos á su mismo yerno M. Agripa, que envanecido por sus victorias contra los germanos, gente también belicosa y fiera, creyó reducir con la misma facilidad á los cántabros y astures (1). Pronto recibió el desengaño: tan impetuoso fué el primer arranque de aquellos españoles, tanto impuso á las nuevas legiones romanas el formidable aspecto de aquellos montañeses, que entrando el desaliento y la consternación en sus filas, hubo de sufrir la humillación de retirarse el vencedor de la Germania. Tuvo que tomarse tiempo para restablecer la disciplina de su ejército, para reanimar con castigos y con arengas el abatido valor de sus soldados. Notable fué la severidad que usó con la legión llamada *Augusta*, una de las que con más cobardía se habían conducido en el combate. Agripa la declaró indigna de llevar aquel nombre, y la disolvió toda entera. Este ruidoso y ejemplar castigo surtió su efecto, picando el pundonor de las demás legiones.

Cuando ya tuvo sus tropas mejor dispuestas, emprendió de nuevo la campaña, y habiendo tenido la suerte de sorprender á los cántabros en una llanura, empeñólos en una acción general en que quedó vencedor. No dejó con vida un solo hombre de los que cayeron en sus manos: destruyó todas sus viviendas de la montaña; hizo á los ancianos, mujeres y niños bajar á morar á los llanos, no sin que presenciara horribles escenas de madres que mataban á sus hijos, de hijos que daban la muerte á sus padres de orden de ellos mismos, no queriendo conservar la vida con la esclavitud. Agripa hizo ocupar militarmente todo el país (2).

Gran sensación y extraordinario contento causó en Roma la terminación de la guerra cantábrica (19). Con ella quedó sujeta toda España, con ella acabó de perder su libertad después de dos siglos de heroica é incesante lucha. «España, repetimos con Tito Livio, el primer país del continente que invadieron las armas romanas, fué el postrero que se sometió.»

---

(1) Mariana hace venir ya á Agripa desde la primera guerra cantábrica, lo cual está en contradicción con todas las historias antiguas, que le suponen en aquel tiempo ocupado en otra parte.

(2) Dión Cass., lib. LIV.—Patérc., lib. II.—Flor., lib. II.

Desde Escipión hasta Agripa habían mediado doscientos años. Este es el primer elogio que puede hacerse del genio indomable de los hijos de esta región del mundo. España quedó reducida á provincia del imperio.

Siguióse una paz, que se llamó proverbialmente paz Octaviana; aquella paz de que dijo Tácito: *ubi solitudinem faciunt, pacem appellant.*

CAPÍTULO VIII

SITUACIÓN DE ESPAÑA

Desde la expulsión de los cartagineses hasta su completa sumisión al imperio romano

Examínanse las causas de la guerra.—De su duración.—De su resultado.—Por parte de los romanos.—Por parte de los españoles.—Gobierno de España durante las guerras de la república.—Pretores.—Cuestores.—Lo que excitaba su avidez.—Influencia de las riquezas en Roma.—Venalidad.—Desmoralización.—Escandaloso lujo de los patricios.—Miseria de la plebe.—Causas que prepararon el gobierno imperial.—Estado intelectual de España en este tiempo.—Respectiva civilización de los habitantes de las diferentes comarcas españolas.—Poetas cordobeses.—Influjo de Sertorio en la civilización de España.—Idem de Augusto.—Reflexiones.

La paz que después de tan largos siglos de luchas alcanzamos; la sumisión total de España á Roma, y el tránsito del gobierno republicano al imperial, todo ofrece al historiador ocasión oportuna para dar á sus lectores y darse á sí mismo un momento de descanso, que bien lo hemos unos y otros menester para reposar de las aflictivas y enojosas relaciones de guerras y batallas, de tantas escenas de dolor, de desolación y de sangre, sin que nos haya sido posible aliviar de ella á nuestros lectores, por más que hayamos procurado aligerarlas; que tal es la naturaleza de estos períodos históricos en que la suerte de los pueblos depende sólo de la suerte de las armas. Parécenos haber llegado á la cumbre de una altura, desde donde más tranquilos podemos contemplar la marcha de los mismos sucesos y examinar su influencia en la condición física y moral del país.

¿Quién provocó esta lucha singular? ¿Cómo tan dilatado espacio de tiempo se sostuvo? ¿Por qué se malograron los heroicos esfuerzos de los españoles? ¿Por qué fué tan lenta la conquista por parte de los romanos?

El pensamiento perpetuo de Roma era conquistar. Lo disimuló en España mientras tuvo en ella otros enemigos que combatir. Convínole entonces mostrarse generosa con los españoles, fingirse su aliada y amiga. Vencidos y expulsados los cartagineses, varió de todo punto la política de Roma. A la conducta en lo general noble y generosa de los Escipiones, bien fuese dictada por los sentimientos de su corazón, bien producto de un sistema político prudentemente calculado, reemplazaron las vejaciones, las crueldades y las estafas de los pretores, avarientos casi todos, traidores y aleves muchos, tiránicos y opresores los más. Si alguno se mostraba desinteresado como Catón ó humanitario y conciliador como Graco, divisábase apenas entre la turba de los Galbas y los Lúculos, de los Didios y los Crasos, que unían á la rapacidad el desenfreno, y á la crueldad la alevosía.

Roma, que desde la expulsión de los cartagineses, había arrojado la máscara como conquistadora, aprovechándose de tener sus legiones apoderadas de una gran parte de España, la arrojó también como explotadora. permitiendo y tolerando, ya que mandando no, el desastroso sistema de sus gobernadores militares, especie de soberanos y tiranuelos consentidos y casi autorizados.

Y casi autorizados; porque el senado y los cónsules, si no aplaudían abiertamente las exacciones y las estafas de los prevaricadores, gustábales por lo menos ver cómo refluía en la ciudad el oro y la sustancia de ese rico país, á cuya participación acaso no eran ajenos ellos mismos. La breve duración de aquellos cargos producía dos efectos, ambos fatales para España: la rapidez con que los pretores procuraban enriquecerse en el corto período de su magistratura, y la esperanza que todos tenían de que les tocara el turno de desempeñarla. Para mal de los españoles, Roma emprendió su conquista en la época en que iban desapareciendo las antiguas virtudes de la república, en la época en que los honores triunfales, los sufragios del pueblo y del senado, los más elevados cargos del ejército y de la administración, se obtenían y ganaban á precio de oro. De poco servía que algunos senadores, preservados de la general desmoralización. levantaran una voz amiga en favor de la desventurada España; que se formara en el senado un partido que se denominó español; que los Escipiones y los Catones pronunciaran enérgicos discursos pidiendo el castigo de los pretores avaros y criminales: su voz se ahogaba ante una mayoría corrompida ó ganada con el mismo oro que constituía el motivo de la acusación, y los procesados pretores salían absueltos. ¿Qué valía que á costa de esfuerzos arrancara Pisón una ley autorizando á los pueblos de España para denunciar las depredaciones de los jefes militares y pedir la debida responsabilidad é indemnización? ¿A qué, si este derecho había de ser ilusorio? Más de una vez pasaron el mar y llegaron hasta el senado los lamentos de los pueblos oprimidos, expresados por embajadores enviados al efecto: pero la impunidad en que quedaban los acusados, la presencia siempre amenazante de las armas romanas en la Península, todo hacía que los españoles contemplaran inútil apelar al senado en demanda de justicia. El mismo Cicerón que presenciaba ya la caída de la república, Cicerón que pasaba por más circunspecto y más tímido que Catón, se atrevía á decir: «Difícil es expresar lo odiosos que nos hemos hecho á las naciones extranjeras por las arbitrariedades y la cupidez de los gobernadores que les hemos enviado (1).» Lo que prueba cuán lejos estaba de haberse curado en tiempo del célebre orador tan mortífera llaga.

A cualquiera habría irritado proceder tan desconsiderado y abominable, cuanto más á los altivos españoles, cuyos ánimos se hallaban harto concitados ya con ver á los que antes se habían llamado sus auxiliares y amigos, trocarse en dominadores y señores. De aquí la resistencia, de aquí aquellas insurrecciones tantas veces sofocadas y siempre renacientes, á la manera de aquellas plantas que tanto más se reproducen y multiplican,

---

(1) *Difficile est dictu quantum in odio simus apud exteras nationes propter eorum, quos cum imperio missimus, injurias et libidines.* Cic. pro Leg. Manil.



VASIJAS DE BARRO Y PLATA DE LOS ANTIGUOS ROMANOS

1. Jarrón de barro con relieves y esmaltes de colores.—1¹ y 2¹. Detalles de este jarrón.—2 á 18. Diferentes objetos de cerámica romana —19 á 30. Vasijas de plata de gran valor material y artístico.

cuanto más la cuchilla del podador corta su tallo. No sabemos que pueda haber guerra más justa que la de un pueblo que se arma para defender su suelo. sus hogares, sus haciendas, sus vidas y su libertad, contra otro pueblo que intenta arrebatarle estos bienes sin más derecho que el de ser más fuerte y más poderoso.

Compréndense, á poco que á la luz de la reflexión se examinen, las causas de la prolongación de una lucha al parecer tan desigual, sostenida por dos pueblos, el uno afanoso de conquistar, el otro tenaz en resistir; entre una república poderosa, vasta, de muchos siglos ilustrada y sabiamente regida, y poblaciones rústicas y aisladas que aun no constituían nación: entre legiones disciplinadas y aguerridas, y soldados sin organización y sin táctica; entre capitanes ceñidos de laureles recogidos en otras guerras, y caudillos improvisados que dejaban sus grutas y sus riscos para salir á los campos de batalla.

Cegaban á Roma dos pasiones; el afán de la conquista, y la sed de dinero. Lo primero la hacía cruel, destructora, asoladora; era su bárbara máxima reducir un país conquistado á situación en que no pudiera rebelarse: «Roma no trata con sus enemigos hasta después que deponen las armas.» Por lo mismo no escrupulizaba en exterminar, cuando creía necesario, los moradores todos de una población ó comarca, desde el decrépito anciano hasta el niño de pecho, y en yermarla de habitantes: *pacem appellant ubi solitudinem faciunt.* Y ellos, los que se jactaban de haber nacido para dar la libertad á las naciones de la tierra, la asolaban para esclavizarla. Catón, el austero, el probo Caton, hacía ostentación de haber derruído cuatrocientos pueblos en tres meses: y los sobrenombres de Africano, de Numantino y de Macedónico, significaban la ruina de otras tantas ciudades ó naciones. Lo segundo hacía á Roma desapiadada consigo misma. «Vengan arroyos de oro, y mas que se viertan raudales de sangre.» Así sacrificaba sus hombres, y los hombres de todo el mundo. César, á quien pintan como el más humano de los guerreros de aquel tiempo, hacía murallas de los cadáveres, y calculan que había muerto en batalla ordenada un millón de hombres y hecho un millón de esclavos. Pero conquistaba pueblos para Roma, y á su vuelta de España ostentaba entre sus trofeos un carro de plata fabricado de la recogida en este país. César era divinizado, y la sangre que aquel carro hubiera costado á Roma, no se tomaba en cuenta. Galba asesinaba inicua y traidoramente á los lusitanos, y Roma lo disimulaba, sin advertir, ó por lo menos sin escarmentar, si lo advertía, que aquella matanza producía la guerra de Viriato, que le costó tan cara. Así se prolongaba la conquista, porque se reproducían con la exasperación las causas de la resistencia.

Ya hemos indicado como otra de las causas de la lentitud en los progresos de las armas romanas la breve duración de las magistraturas militares; y por lo mismo que procuraban los pretores aprovecharla para acumular riquezas. solían emplear en esto tiempo y cálculos que hubieran necesitado para combinar y activar las operaciones de campaña. Acaecía muchas veces que cuando un general empezaba á conocer el terreno era reemplazado por otro desconocedor del país, el cual á su vez tenía que ceder el puesto al que venía á sustituirle en ocasión que acababa de conoce-

bir un plan de ataque ó que comenzaba á asediar una plaza. El pesado armamento de los soldados romanos, de aquellos guerreros, almacenes vivientes cargados de armas ofensivas y defensivas, de víveres y provisiones para dos ó tres semanas, de estacas para formar trincheras, de instrumentos y útiles para abrir fosos y construir terraplenes, era un obstáculo para guerrear con gente tan ágil, tan desembarazada y frugal como era la española, para el sistema de asaltos, de correrías y de sorpresas que usaban y en que eran tan diestros y mañosos, compitiendo caballos y jinetes en agilidad y soltura, y para aquella guerra de emboscadas que era la desesperación de las tropas regulares. Agréguese á esto el temor de los romanos á los inviernos de España, durante los cuales suspendían frecuentemente las operaciones, en especial en los países próximos á las montañas, donde no podían sufrir el frío y rigidez de la estación.

Pero hubo otra causa que, más poderosamente que todas las que hemos enunciado, aumentaba las dificultades de la conquista provocando la resistencia. Empeñáronse los romanos en fiarlo todo á la ley de la fuerza, nada al atractivo de la dulzura; en ser siempre conquistadores, nunca civilizadores; en hacer esclavos, no súbditos, mucho menos amigos; no en hacer á España una provincia tributaria de Roma, sino en explotarla como una mina siempre abierta á su voracidad. Desconocieron la índole y carácter de los indígenas, toscos, pero altivos, rústicos pero nobles, sencillos pero pundonorosos y leales, fáciles en apasionarse de los grandes genios, en adherirse á los que los trataban con dulzura ó con generosidad, prontos á sacrificarse por ellos, á morir por ellos, á no sobrevivir á los que una vez habían jurado devoción; pero indóciles, tenaces, indomables, tratándose de tiranizarlos y oprimirlos. No enseñaban nada los ejemplos á los romanos. Olvidaron lo que había sucedido con los Escipiones; no atendía Roma á lo que ganaba en España con el proceder desinteresado y noble de Sempronio Graco, y á lo que perdía con las vejaciones y latrocinios de Furio Philón: no veía que las monstruosidades y perfidias de Lúculo y Galba provocaban una guerra en la Lusitania, y que un rasgo de generosidad de Metelo en Nertóbriga le captaba la amistad de las ciudades celtíberas; menester era que estuviese muy obcecada para no ver á los españoles seguir á porfía las banderas de Sertorio, siendo romano, porque les dispensaba beneficios, al propio tiempo que preferían entregarse á las llamas hombres y pueblos antes de sucumbir á otros romanos de quienes sólo servidumbre aguardaban. Si Roma hubiera respetado los tratados hubiera hecho muchos súbditos, y se hubiera ahorrado más de la mitad de su sangre, y muchas ignominias; los rompía con escándalo del honor y de las leyes, y con oprobio y baldón de la *fe romana*, y costábale ejércitos enteros para dominar sobre cadáveres, sobre yermos y sobre ruinas. Así duró la lucha dos siglos. No pretendemos hacer la apología de nuestros antepasados, ni inventamos cargos que hacer á nuestros dominadores. Reflexionamos sobre los hechos tomados de las historias romanas.

Perdió por su parte á los españoles, y fué causa de que se malograran tan heroicos esfuerzos y tan maravillosa constancia, la falta de concierto y de unidad. Tribus independientes y aisladas, jamás formaron un cuerpo compacto para resistir al enemigo común. Sobrábales de valor individual



TRAJES MILITARES Y CIVILES DE LOS ROMANOS

1 á 10 y 12. *Diferentes trajes militares usados hasta el fin del imperio de Occidente.* – 11, 13 y 14. *Gladiadores.* – 16. *Jefe italo-germánico.* – 15, 17 á 21. *Trajes civiles.*

lo que les faltaba de acuerdo. Ni sabían apreciar las ventajas de las combinaciones, ni eran propensos á ellas. A veces reposaban los celtíberos mientras guerreaban los lusitanos, ó se levantaban los vacceos cuando los bastetanos acababan de ser sometidos, ó estallaba la insurrección en la Lacetania cuando la Bética tributaba honores semidivinos á un general romano; y cuando los cántabros y astures se alzaron en defensa de su libertad, ya estaba subyugada toda España menos ellos. Hubo un español que concibió el pensamiento de proclamar una patria común, y dirigió su voz y envió emisarios para ello á cuantos pueblos él conocía: tuvo al pronto algún resultado el llamamiento entre las tribus más vecinas, pero Viriato se vió reducido á pelear con solas sus bandas lusitanas, y Numancia á defenderse sola. Cuando Viriato llevó la guerra cerca de Cádiz olvidóse sin duda de que hacía ya cincuenta años que Cádiz había solicitado ser ciudad romana. Así divididos los españoles, no podían dejar de sucumbir más ó menos tarde ante las inagotables legiones de la perseverante y poderosa Roma. A pesar de todo, muchas veces hicieron vacilar el poder de la ciudad-reina, que hubo de humillarse á recibir condiciones de paz de una ciudad pobre, ó de un hombre á quien había llamado bandido: y César no fué señor del *Mundo* hasta que ciñó el ensangrentado laurel de *Munda*.

No sabemos que la república estableciera en las comarcas españolas que iba conquistando otro gobierno que el de aquellos magistrados militares llamados pretores que solían ser cónsules que habían cumplido el tiempo de su encargo. A éstos acompañaba comunmente un cuestor para la recaudación de los impuestos, y era como una especie de intendente militar. La cuestura, según Cicerón. era el primer paso para la carrera de los honores, lo que, como veremos luego. equivalía á la carrera de las riquezas: por eso muchos antiguos cónsules no se desdeñaron de ejercer la cuestura. Siendo sus funciones recaudar los tributos, proveer de víveres y de dinero á la tropa, distribuir el botín, dar cuenta de los productos de las exacciones al tesoro central de Roma, era un empleo de los más apetecidos, y entre el cuestor y el pretor solía haber muy estrecha amistad. Cuando el pretor ó procónsul dejaba la provincia, le reemplazaba el cuestor interinamente en sus funciones. Era, pues, un gobierno militar en que las leyes de la metrópoli y los decretos del senado influían poco: pendía casi todo de la voluntad ó del capricho y de las cualidades personales de cada pretor. No obstante, alguna representación debieron alcanzar las autoridades indígenas, desde que á fuerza de reclamaciones obtuvieron las ciudades el derecho, bien que casi nulo en la práctica, de acusar á sus depredadores, y más adelante el de fijar ellas mismas la cuota y calidad de los impuestos. Remedio este último, que vino á hacerse tan ineficaz como el primero, porque lo que no podían sacar los pretores por medio de contribuciones. sacábanlo á título de empréstitos y donativos como lo hicieron Lúculo y César.

Explícase la avidez de los pretores y su sed de riquezas por el estado moral á que había llegado la república. Habían pasado los tiempos de los Fabricios, de los Cincinatos y de los Camilos, aquellos tiempos de austeridad republicana, en que la pobreza era una virtud, y en que el laurel iba

á honrar el arado (1). Las riquezas eran ahora las que abrían el camino de los honores y de los empleos. Con oro se compraban los triunfos, con oro se ganaban las votaciones de las asambleas, oro era el que hacía senadores, pretores, cónsules y generales. La miseria á que la aristocracia del dinero había ido reduciendo á la plebe romana, que en lo general vivía de una especie de limosna pública, ó de alguna corta distribución de moneda que de tiempo en tiempo se le hacía después de algún triunfo, ó de las sobras que los ricos le arrojaban alguna vez por ostentación. se veía obligada á vender su voto, viniendo de esta manera á hacerse el sufragio un objeto de lucro y de tráfico inmoral. Por eso se daban tanta prisa los pretores á esquilmar las provincias, y así se hicieron en Roma aquellas fortunas desmesuradas que todavía nos escandalizan.

Se siente una admiración disgustosa al leer las descripciones de las espléndidas moradas, de los soberbios palacios, de las suntuosas casas de recreo, que dentro de Roma y en las campiñas se ostentaban, y en que pasaban los opulentos patricios una vida voluptuosa y de deleites, rodeados de todo cuanto podía halagar los sentidos: aquellas paredes de mármol, aquellas estatuas, aquellos baños, aquellos jardines y bosquecillos de plátanos, de mirtos y de laureles; aquel costosísimo menaje, aquellos lechos de riquísimas maderas, cubiertos con planchas de plata. incrustados de oro, de marfil, de concha, de nácar y de perlas; cobertores nupciales que costaban millares de sestercios; mesas y triclinarios de maderas rarísimas sostenidas por delfines de plata maciza, como la de Cayo Craso, que valía un tesoro, ó como la de Cicerón, que equivaldría á cerca de un millón de nuestra moneda; platos de plata de doscientos marcos de peso como el que poseía Sila, tazas y vasos, candelabros y lámparas cinceladas de oro; aquellas bodegas como palacios en que se guardaban en trescientas mil ánforas los más exquisitos vinos de todas las partes del mundo; aquellos estanques en que se alimentaban peces con carne humana para hacerlos más sabrosos; aquellos opíparos banquetes. en que se hacían servir ostras del lago Lucrino, salmonetes del Adriático, sollos del Po, cabritos de Dalmacia, caza de Jonia y de Numidia, ciruelas de Egipto, dátiles de Siria, peras de Pompeya, aceitunas de Tarento, manzanas de Tibur, aves preciosas y raras llevadas de los bosques de las más apartadas provincias para un determinado festín; todo esto servido por multitud de esclavos, y alegrando el banquete músicos, cantantes y cómicos.

No nos detendremos á pintar los repugnantes placeres de otros géneros en que pasaban la vida aquellos opulentos y voluptuosos romanos. Las doctrinas sensuales de Epicuro se habían introducido no sólo en las escuelas, sino en la práctica de la vida ordinaria, y abandonábanse á toda clase de goces y placeres. Así vivía aquella aristocracia degenerada y corrompida (2).

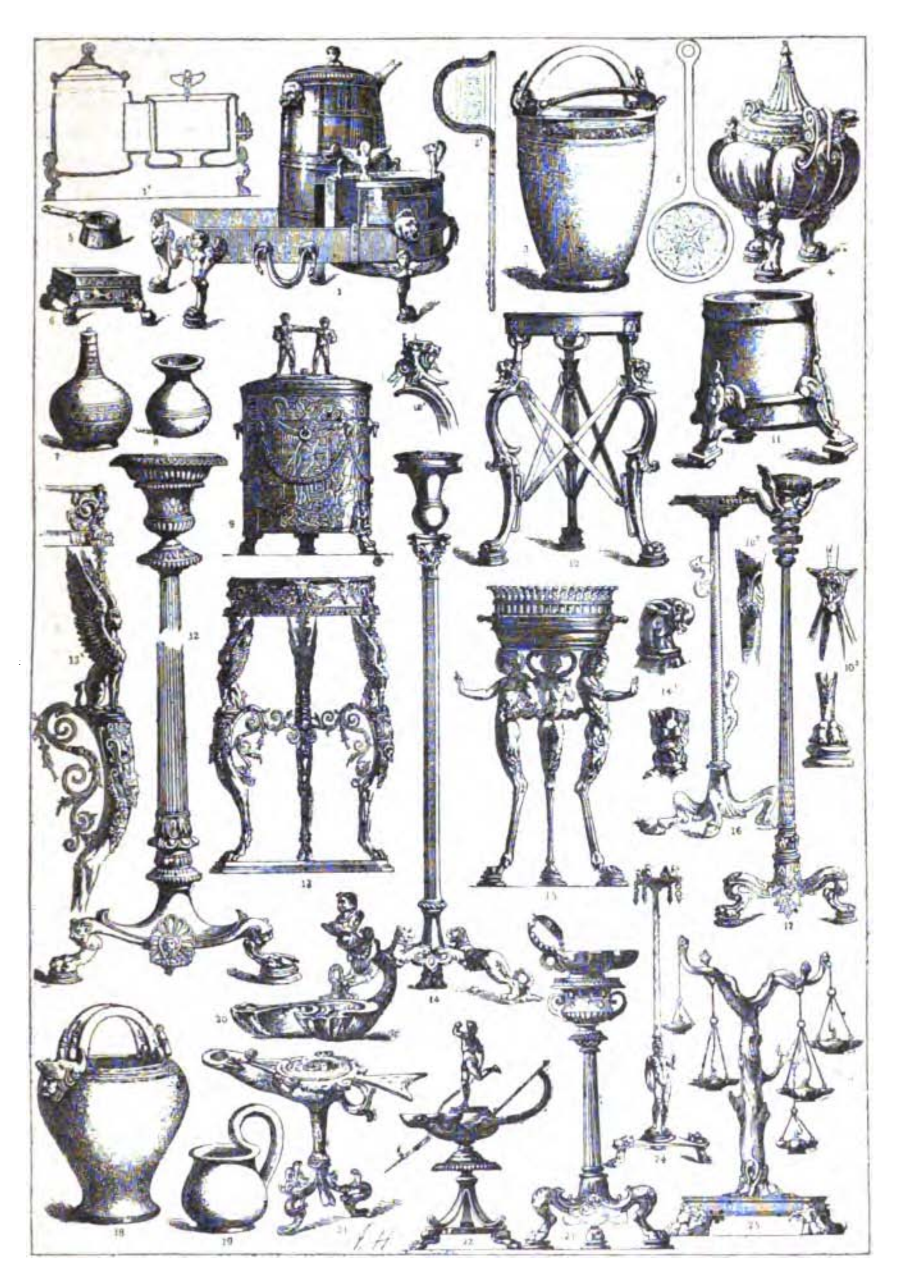
(1) *Gaudebat tellus vomere laureato*, Plin.

(2) Para formar idea de la desmoralización, de la voluptuosidad y del libertinaje á que habían llegado los ricos patricios romanos, no hay sino leer las oraciones de Cicerón y las odas de Horacio. Sobre la suntuosidad de los palacios romanos y el lujo de su menaje, pueden verse las obras de Mazois y de Gabriel Peignot, que han recogido curiosos pormenores y noticias circunstanciadas sobre esta materia. Hállanse confirmadas estas noticias por todas las historias romanas.

Entretanto la plebe, la inmensa mayoría del pueblo romano, yacía sumida en la indigencia, hacinada en miserables barrios y habitando hediondas viviendas, atenida á las limosnas públicas, ó esperando en vergonzosa ociosidad las liberalidades de los patricios, á quienes baja y humildemente servían y adulaban, y á quienes vendían su voto ó su puñal. Recogiendo Roma el oro, la plata, las producciones, los artefactos de todos los pueblos conquistados, descuidaba las artes, miraba como profesión innoble el comercio, encomendaba los trabajos de la agricultura á esclavos y á brazos serviles; y aquel pueblo sin artes, sin comercio y sin campos que labrar (que las propiedades estaban aglomeradas, concentradas en las manos de unos pocos patricios), no tenía más alternativa que la guerra ó la miseria, y por eso también la guerra se perpetuaba. Queríanla los generales porque era el medio de alcanzar riquezas, influencia y honores, y apetecíala el pueblo, porque algo le tocaba de los despojos de los vencidos. César decía que para adquirir, aumentar y conservar el poder, sólo se necesitaban dos cosas, dinero y soldados.

La respectiva situación de plebeyos y patricios había producido revoluciones y guerras civiles. Los Gracos se habían declarado por el pueblo. Su muerte fué un triunfo para la aristocracia. Mario y Sila habían defendido, el primero la democracia, la nobleza el segundo. Sila había realzado la aristocracia senatorial. Sertorio, Lépido y Catilina la combatieron. César se había hecho dictador con el apoyo del ejército y de la plebe. No pudieron sufrirlo los patricios y le asesinaron. El senado, compuesto de aristócratas, protegía á los asesinos de César. Octavio vengó á su tío, y en la batalla de Filipos dió el último golpe á aquella corrompida aristocracia. El pueblo y el ejército le aclamaron con gusto emperador, porque defendía sus derechos, y preferían el gobierno y aún el despotismo de un hombre solo encumbrado por ellos, al de muchos aristócratas orgullosos. Así la verdadera base del poder de Augusto, más que los títulos de dictador y de emperador, fué la autoridad tribunicia perpetua. Obra de los soldados y del pueblo su elevación, contentó al uno y á los otros con donativos y recompensas, distribuyéndoles tierras y dándoles pan y espectáculos, *panem et circenses*. Augusto supo consolidar su poder respetando las formas y dejando una sombra de autoridad al senado; y fué fortuna para Roma, al pasar de la República al imperio, haber caído en manos de un hombre que se dedicó á pacificar el mundo conquistado por César, á reformar las costumbres públicas y á promover la civilización y las letras.

Tal era el pueblo y el hombre á quien se sujetó toda España. El estado intelectual de los españoles hasta esta época, era muy vario y distinto en sus diversas comarcas ó provincias. Los cántabros y algunos otros pueblos del Norte conservaban toda su rudeza primitiva, su lengua y sus costumbres. Allí no había penetrado ni la civilización ni las armas romanas hasta el tiempo de Augusto. Era donde se mantenía en su pureza la raza indígena. En las demás regiones españolas, habíanse ido introduciendo y adoptando las costumbres, el idioma, el culto romanos; más en aquellas en que la dominación ó había sido ó era más antigua, menos en aquellas en que la resistencia había sido mayor. De todos modos es indudable que las divinidades de la teogonía romana vinieron á mezclarse con los dioses de



VASIJAS, LÁMPARAS Y CANDELABROS DE LOS ROMANOS

1 á 9, 11, 18 *y* 19. *Utensilios de cocina.* – 10, 13 *y* 15. *Trípodes de bronce.* – 12, 14, 16 *y* 17. *Candelabros de bronce y sus detalles.* – 20 á 23. *Lámparas de bronce.* – 24 *y* 25. *Lampadarios.*

los indígenas y con los que ya les habían comunicado antes los fenicios y los griegos; y Júpiter Capitolino vino á alternar con la Diana Helénica y con el Hércules Tirio en las fiestas religiosas de los españoles.

Sin embargo, no debía ser ya tanta la rusticidad y la barbarie en los pueblos del Oriente y centro de la Península durante las guerras con la república romana, á juzgar por las muchas ciudades populosas de sólo la Celtiberia que hallamos ya mencionadas en Estrabón, Tolomeo, Polibio, Tito Livio, Floro y Appiano. De que no les eran desconocidas algunas artes mecánicas dan testimonio así las telas y vestidos de los naturales,

MONEDA IBÉRICA — AUGUSTO



Bilbilis (*cerca de Calatayud*)

no sin inteligencia fabricados, como las armas é instrumentos de guerra, tan celebrados por su temple y por la perfección de su trabajo, entre las cuales sobresalían las renombradas espadas de las fábricas de Bilbilis, adoptadas por los romanos con preferencia á las suyas tan pronto como las conocieron. Las monedas celtíberas tenían ya una regularidad en su forma y una corrección en el dibujo de los caballos, bueyes y otros animales que representaban, que nos dan una idea más aventajada de la que podría esperarse de los adelantos á que en este género habían llegado. Si no cultivaban las letras, por lo menos no carecían de discreción sus discursos: en ellos se revelaba la aptitud intelectual de aquellas gentes, las cuales ni dejaban de hablar con desembarazo á los generales y magistrados de la culta Roma, ni tenían dificultad en exponer sus querellas en pleno senado, y entrar en contestaciones y razonamientos con los padres conscriptos.

MONEDA LATINA



Cneo Domicio Calvino

En la Bética fué donde debieron, antes que en otras provincias de España, empezar á cultivarse las letras. Cuando el cónsul Metelo regresó á Roma se llevó consigo multitud de poetas cordobeses, algunos de los cuales se hicieron célebres allí, y de ellos se ocupó Cicerón en una de sus más bellas oraciones (1). Contábase entre ellos Cornelio Balbo de Cádiz, distinto del otro Balbo el triunfador. No es extraño, habiendo sido la Bética donde dejaron derramadas más semillas de civilización los fenicios,

(1) *Etiam Cordubæ natis poetis pingue quiddam sonantibus atque peregrinum, tamen aures meas dedebat.* Cicer. pro Arch. n. 26.

y donde menos obstinada resistencia hallaron los romanos. La Celtiberia y la Lusitania, y en general la España toda, fueron deudoras á Sertorio de la participación que comenzaron á tener en la ilustración romana. La escuela de Huesca y el senado de Evora que estableció aquel ilustre romano, fueron las dos grandes bases por donde España entró en el movimiento intelectual del mundo civilizado. Desde entonces empezó á hacerse el latín la lengua vulgar de los españoles, y el gusto á las letras que nació con Sertorio no hizo sino desàrrollarse con Augusto.

Cierto que Augusto acabó de someter la España al yugo de Roma. Pero fué un yugo mil veces más soportable que el que había sufrido bajo los tiránicos pretores. El hombre que dió reposo al mundo, el que le dió una unidad civil y política, el que sustituyó al principio de conquista el de civilización, y reemplazó el de la fuerza con el de la inteligencia, no podía menos de ejercer en España un influjo altamente benéfico. Desde los primeros años prohibió á los gobernadores de las provincias pedir ningún género de subsidio, como tenían de costumbre al expirar el término de su magistratura, y sólo les permitió poder aceptar algún donativo que por vía de obsequio quisieran hacerles las ciudades agradecidas á sus servicios, y esto después de trascurridos setenta días de haber salido de las provincias. Dejó también á las ciudades libres que se administraran por sí mismas. Abrió escuelas públicas en las ciudades principales y las dotó de profesores ilustres. En ellas se fueron formando algunos de aquellos ingenios que después dieron lustre á la literatura romano-hispana.

Sufrió, pues, España bajo Augusto una completa trasformación social. Pero no olvidemos que si las guerras romanas trajeron á España la civilización que entonces se conocía, que si España dió por este camino un gran paso en la carrera del mejoramiento social, este mejoramiento y esta civilización los compró al caro precio de dos siglos de guerras, de sangre, de calamidades, de horrores, y de sacrificios y víctimas sin cuento. ¡Ley fatal de la humanidad, que cada paso hacia un bien respectivo ha de ir precedido de una serie de males, y de una cadena de angustias y de dolores! ¡Y aun se ha de agradecer, si tras un siglo y otro de tragedias se encuentra al fin un Augusto!

LIBRO TERCERO

ESPAÑA BAJO EL IMPERIO ROMANO

CAPÍTULO PRIMERO

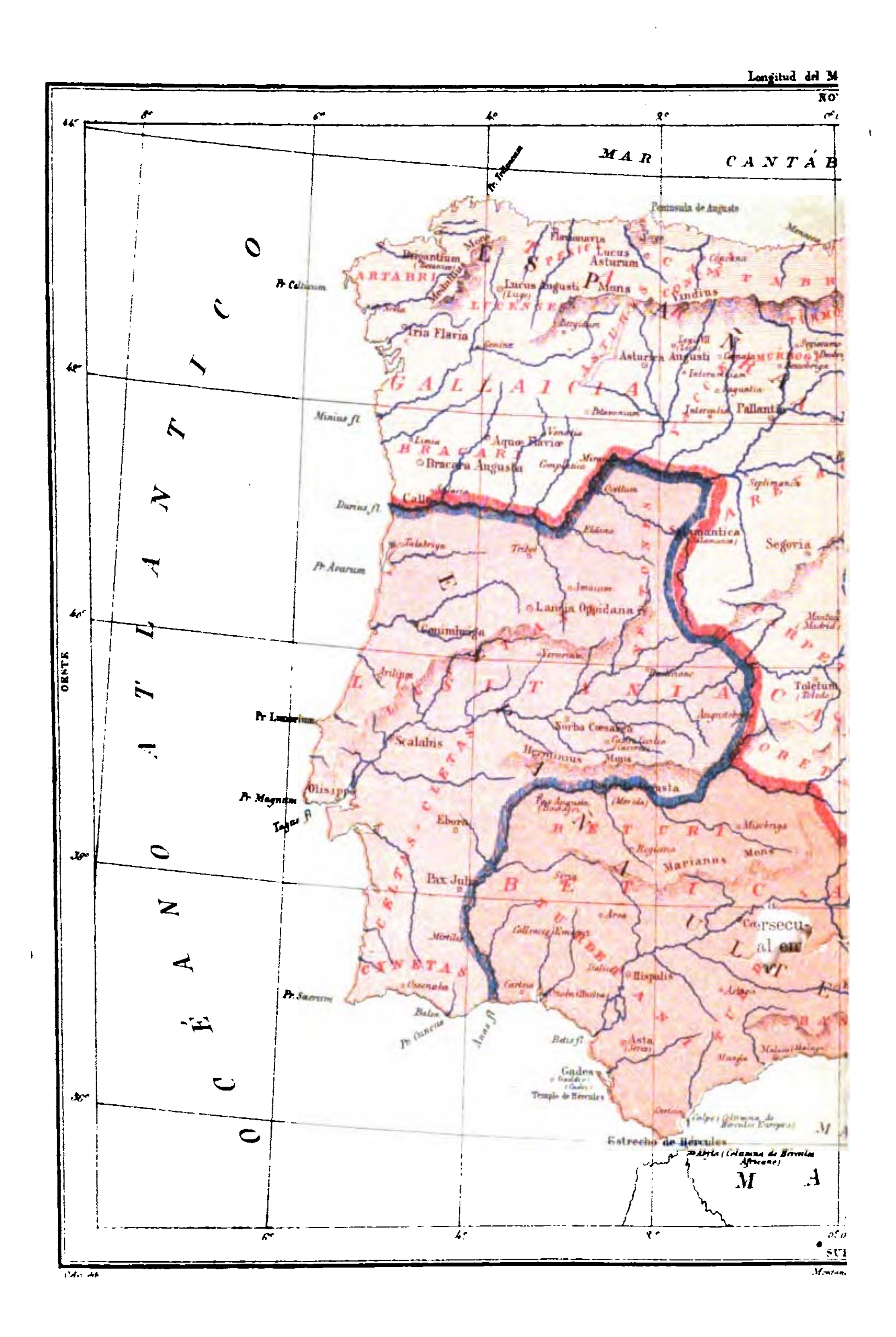
DESDE AUGUSTO HASTA TRAJANO

Desde el año* 19 *antes de J. C. hasta el* 98 *después de J. C.

Cambio feliz en la situación de España.—Mejoras que debió á Augusto.—Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.—Muerte de Augusto.—Tiberio.—Comienza á reinar dulcemente y se convierte en horrible tirano.—Casos de bárbara ferocidad.—Acaba de arrebatar sus derechos al pueblo romano.—Excesos de sus gobernadores en España.—Son procesados.—Enemiga de Tiberio hacia los españoles.—Sus venganzas.—
—Pasión y muerte del Salvador del mundo bajo el reinado de Tiberio.—Calígula.—Instintos sanguinarios, crueldades, locuras y delirios de este emperador.—Claudio.—Su imbecilidad.—Suplicios y ejecuciones.—Españoles de este tiempo distinguidos en ciencias y letras.—Nerón.—Sus monstruosidades.—Incendio de Roma.
—Conducta de Séneca.—Galba emperador.—Su ingratitud con España.—Othón.—Agrega á España una nueva provincia.—Vitelio.—Su repugnante glotonería.—Su muerte desastrosa.—Dulces reinados de Vespasiano y Tito.—Beneficios que hacen á España y amor que les profesan los españoles.—Destrucción del templo de Jerusalén.—Domiciano.—Su crueldad.—Persecución contra los cristianos.—Breve y benéfico reinado de Nerva.

Fuese que ejerciera Augusto la autoridad suprema en Roma bajo el nombre de emperador que conservaron sus sucesores, fuese el fundamento principal de su poder el tribunado perpetuo, fuese la reunión de las más altas magistraturas en su persona la que le hiciera árbitro y soberano del Estado; que el gobierno de Roma fuese una monarquía con formas republicanas, ó que fuese una prolongada dictadura; que Augusto disfrazara con más ó menos astucia y disimulo su poder ilimitado y absoluto conservando antiguos nombres, y que el pueblo y el senado comprendieran toda la mudanza que bajo cierta apariencia de respeto á los poderes existentes se había efectuado en el gobierno de la ciudad y de las provincias, y que se sometieran á él, los unos por seducción, los otros por creer el cambio provechoso, los otros por impotencia de resistir, es lo cierto que los vastos dominios romanos se sujetaron desde Augusto á la autoridad omnipotente de un solo hombre. Nueva era para Roma, que ya se rigió siempre con gobierno imperial.

Subyugada España y sujeta al imperio romano, acostumbrados como estaban los españoles á ver y sufrir el azote y la opresión de aquellos gobernadores rapaces y crueles, tuvieron á dicha el ser gobernados por un hombre, que si bien había dado el último golpe á su independencia y á su libertad material, mostrábase con ellos no sólo dominador clemente, sino hasta protector generoso. Veíanle amparar á los pueblos contra las vejaciones y rapiñas de los pretores, declarar algunas ciudades exentas de tribu-



Longitud del M
MAR CANTÁB
O C É A N O A T L A N T I C O
Pr. Celticum
Minius fl.
Durius fl.
Pr. Avarum
Pr. Lunarium
Pr. Magnum
Tagus fl.
Pr. Sacrum
Anas fl.
Betis fl.
Peninsula de Augusto
Brigantium
ARTABRI
Lucus Augusti
(Lugo)
Lucus Asturum
Iria Flavia
GALLAICIA
Asturica Augusti
Pallantia
Aquæ Flaviæ
Bracara Augusta
BRACARI
Salamantica
Segovia
Lancia Oppidana
Conimbriga
Scalabis
Norba Cæsarea
Olisipo
Ebora
Pax Julia
Toletum
(Toledo)
Augusta
BÆTICA
Marianus
Mons
Hispalis
Asta
Gades
Templo de Hércules
Estrecho de Hércules
Abyla (Columna de Hércules Africana)
CUNETAS

tos, fundar nuevas colonias, abrir vías de comunicación, establecer escuelas, y honrar los indígenas elevando á muchos de ellos á las más altas dignidades, y no es extraño que ellos, que eran duros y tenaces en vengar ultrajes y agravios, y extremados y ardientes en amar á los que les dispensaban favores, se apasionaran de Augusto hasta el punto de erigirle templos y altares. O no conocían, ó importábales poco, aunque lo conocieran, que el proceder de Augusto no fuese hijo de la virtud sino de cálculo; que tuviera todas las flaquezas de la humanidad como hombre, si era generoso y humanitario como político; que fuera un usurpador de autoridad en Roma, si era reparador de injurias en España. Nunca los españoles fueron escasos ni en sentir ofensas ni en agradecer beneficios.

Levantaron los sevillanos un monumento á la emperatriz Livia, á quien se llamó *generatrix orbis*, madre de todos los pueblos. Los de Tarragona erigieron más adelante un templo y un altar á Augusto (1). Sin aprobar la parte de adulación que entraba en la apoteosis, disculpamos el entusiasmo. Mucho más había hecho Roma con César vencedor, y eso que se constituía en árbitro de la república. Al fin los españoles lo hacían en obsequio de quien los redimía de mayor servidumbre.

Vióse, pues, á la sombra del gobierno protector inaugurado por Augusto, desarrollarse en España la agricultura, la industria y el comercio. De las costas del Mediterráneo partían continuamente bajeles españoles para llevar á Roma las producciones de este suelo, así naturales como manufacturadas. España surtía á la gran ciudad de aceites, de cereales, de carnes, telas, y de aquellas exquisitas lanas, que en tanta estimación tenían y á tan subido precio pagaban los romanos, al decir de Estrabón (2). Este mismo insigne geógrafo nos habla de los medios de comunicación que Augus-

---

(1) Cuéntase que los tarraconenses enviaron una embajada á Augusto anunciándole que en aquel altar había nacido una palma, y que el emperador contestó con frialdad filosófica: «Eso es prueba de que ofrecéis pocos sacrificios.» La anécdota y la expresión son más bellas que exactas, pues, según Tácito, los tarraconenses no erigieron el templo á Augusto hasta el reinado de Tiberio. Ann., lib. I.

Refiere también Dión Casio, y apenas hay historiador que no lo haya reproducido, el caso ocurrido entre Augusto y un español nombrado Caracota ó Corocota, capitán de una cuadrilla de bandoleros con la cual recorría el país, y aun se atrevía á penetrar en poblaciones considerables. Augusto había pregonado su cabeza. Esto y la viva persecución que sufría, inspiraron al famoso bandido la idea de presentarse en persona al emperador. Solicitó una audiencia. Otorgósela Augusto, y después de haber prometido que si le indultaba viviría honradamente el resto de su vida, concluyó reclamando para sí el premio ofrecido al que le presentara vivo ó muerto, puesto que se presentaba él mismo. Concedióselo todo Augusto, encantado de la singular franqueza del célebre salteador. Los antiguos historiadores latinos, y los modernos historiadores extranjeros se muestran maravillados del carácter, resolución y grandeza de ánimo de aquel hombre. A los españoles no nos sorprende, porque no son raros en nuestro país los ejemplos de esta índole en hombres que adoptan el género de vida que hacía Caracota. Dión Cas., lib. LVI.

(2) Según Estrabón, las lanas de España eran las más apreciadas; se llegó á pagar un talento de oro por un carnero de raza española, y en Roma se daba el nombre de *color spanus* al color negro que distinguía á las lanas de España. Strab., lib. III, 1. c.

to había hecho construir en España para facilitar los trasportes de los productos del interior á las embocaduras de los ríos.

Cuando Augusto se vió señor del mundo, queriendo saber cuántos hombres tenía sometidos á su autoridad, mandó hacer un empadronamiento general en todo el imperio. Hacíase esta operación en la Palestina como

AUGUSTO



provincia tributaria de Roma. Entonces fué cuando al ir María, esposa de José, artesano de Galilea, á inscribir su nombre en Belén, nació en un humilde establo el que había de redimir al género humano, el salvador de los hombres, JESUCRISTO, hijo de Dios. Cumpliéronse, pues. en el reinado de Augusto César los tiempos anunciados por los profetas, y vino al mundo el gran regenerador de la humanidad, el que la había de colocar en el verdadero camino de la civilización. el que había de darle la verdadera libertad. Sin embargo, este acontecimiento, el mayor que han presenciado los siglos, pasaba en un apartado rincón de la Judea. sin que apenas se apercibieran por entonces los hombres de un suceso que había de cambiar la condición moral del universo. Augusto, que entre otros medios de inmortalizarse había discurrido el de dejar consignado su nombre en la

cuenta de los tiempos, poniéndole á uno de los meses del calendario romano (1), ni siquiera imaginaba que existía en los dominios de su imperio el hombre cuyo nacimiento había de servir de base á una nueva cronología á que se habían de ajustar todos los cómputos en lo sucesivo (2).

Aunque no faltaron en los postreros años del reinado de Augusto alte-



AUGUSTO

Celsa (*Jelsa*) — *Osca* (*Huesca*)

Calagurris Julia Nassica (*Calahorra*)

Itálica (*Santiponce*) — *Evora*

raciones y guerras en diversas provincias del imperio, mantúvose España sosegada y en paz hasta su muerte, acaecida en Nola, ciudad de la Campania, á los setenta y tres años de su edad, y á los catorce de J. C. Díjose de él que nunca hubiera debido nacer, y que nunca hubiera debido morir. Creemos, sin embargo, que el mundo ganó algo con su vida, y perdió mucho con su muerte.

(1) Se mudó el nombre de *Sextilis* (llamado así hasta entonces por corresponder al sexto mes del año romano), en el de *Augustus* (agosto), como antes se había mudado el de *Quintilis* en *Julius* (julio), en honor de Julio César.

(2) Mucho pudiera decirse sobre la variedad que hay entre los cronologistas en lo de ajustar el año del nacimiento de Cristo con el de los períodos y épocas de la creación del mundo, de la fundación de Roma, del reinado de Augusto, de la era vulgar, etc., variando respecto al primero desde el 4000 al 4005, en el segundo desde el 747 al 753 ó 54, en el tercero desde el 39 al 44, en el cuarto desde el 4 al 6, y lo mismo respecto á

Sus sucesores parecían como escogidos para acreditar que si Augusto había sido usurpador y tirano, era el menos perverso de los tiranos y usurpadores. Si es cierto que al designar por sucesor á Tiberio, tuvo el pensamiento de que la tiranía de éste hiciera resaltar la moderación suya, logrólo cumplidamente, pero la posteridad no le perdonaría el haber sacrificado la humanidad á un goce de criminal egoísmo.



AUGUSTO

Laelia (*El Berrocal*)

AUGUSTO Y LIVIA

Turiaso (*Tarazona*)

AUGUSTO Y TIBERIO

Tarraco (*Tarragona*)

AUGUSTO Y LIVIA

Colonia Rómula (*Sevilla*)

Tiberio, el primero de los monstruos que deshonraron el trono imperial, tuvo la habilidad de engañar los primeros años al mundo que acababa de heredar. Afectando una modestia loable, fingió rehusar el imperio como una carga superior á las fuerzas de un hombre solo, y aunque concluyó por admitirle, fué aparentando hacerlo como con repugnancia y de mal grado. Mostraba gran deferencia y respeto á los cónsules y senadores; erigióse en reformador de las costumbres públicas; manifestábase enemigo de las delaciones, y negábase á castigar las sátiras que contra él se publicaban, diciendo que en un Estado libre debían serlo también el pensamiento y la palabra. Creyéronse sinceras su moderación y su dulzura. Pero luego arrojó la máscara, y el hombre moderado y dulce apareció

las Olimpiadas, al período Juliano, y así de los demás. Mas aunque los más hábiles cronologistas de los últimos siglos hayan casi unánimemente convenido en que la era de que nosotros nos servimos, desde que la adoptó Dionisio el Pequeño y con él la escuela latina, es cuatro años posterior al nacimiento del Salvador, de modo que en rigor el año 1850 debería contarse 1854, seguida ya universalmente la era vulgar, no es posible separarse de ella como dicen los autores del *Arte de concordar las fechas*, *L'art de vérifier les dates*, y es la que como ellos seguimos nosotros. No obstante, para poder entender los autores que han seguido otro sistema cronológico y concertarlos entre sí y con los nuestros, pueden consultarse las extensas y curiosas noticias que sobre este importante asunto se encuentran en el prefacio y en la disertación sobre las fechas cronológicas de dicha obra *L'art de vérifier les dates*, así como en la *Clave Historial* de Flórez, página 16, y en el tomo IV de su *España Sagrada*, pág. 494.

en toda su desnudez el déspota y el malvado. Horroriza leer en Tácito y en Suetonio el catálogo de asesinatos y de crímenes que en este doble concepto ejecutó, bien por sí, bien sirviéndose del senado como de un fácil instrumento, bien con ayuda de su privado y consejero, el infame Sejano. Su misma madre Livia, á quien debía el trono, no se eximió de



TIBERIO

Illici (*Elche*) — *Clunia* (*Coruña del Conde*)

Emerita Augusta (*Mérida*)

Sagunto — *Dertosa* (*Tortosa*)

Ercavica (*Milagro*) — *Osicerda* (*incierta*)

probar su ingratitud; y su esposa Julia, la hija de Augusto, vióse reducida á morir de hambre. Extraños y deudos, á todos alcanzaba su crueldad calculada y fría.

Había cierto legatario suyo usado la chanza de decir á un muerto: *Vé á decir á Augusto que aun no se ha ejecutado su última voluntad.* Súpolo Tiberio y mandó degollarle, diciéndole con impasibilidad horrible: *Así podrás llevar tú mismo á Augusto noticias más recientes y exactas.*

Tal fué la ferocidad que desplegó, y tal lo que gozaba con los suplicios, que si alguno por sustraerse á ellos se daba á sí mismo la muerte, exclamaba: *Ese se me ha escapado;* así sucedió con Carnucio. El sistema de delaciones que al principio había fingido aborrecer, fué después objeto de premios y recompensas, y le convirtió en medio ordinario de gobierno.



Premiados los delatores, pululaban los espías; llovían cada día acusaciones: esclavos, ciudadanos, senadores, todos se daban prisa á denunciar á otros, como único medio de libertarse á sí propios. Nadie se atrevía á hablar, pero el silencio mismo se representaba como sospechoso; no era lícito ni alegrarse ni entristecerse, porque la alegría era tomada como la esperanza de alteraciones que se fraguaban en el Estado; la tristeza se traducía por descontento del emperador. Se suprimió hasta la libertad de pensar, se condenaba por supuestas intenciones, y se prohibía lamentar la suerte de las víctimas. ¡Desgraciado el que dijera una palabra en elogio de Augusto! Elogiar á Augusto era despreciar á Tiberio, y se castigaba como crimen de Estado. Una expresión, un gesto, un signo bastaba para condenar á muerte un hombre.

Con pretexto de lamentar que el pueblo abandonara sus ocupaciones para asistir á los comicios, le arrancó el derecho de elegir sus magistrados y de sancionar las leyes, y trasmitió estas prerrogativas al senado, de quien

disponía á su antojo, hasta el punto de disgustarle ya tanta humillación y tanta bajeza como veía en los senadores. Así acabó la intervención del pueblo en los negocios de la república, ó por mejor decir, la república dejó de existir definitivamente. Había hecho Augusto una ley estableciendo penas contra los que ofendieran la majestad del pueblo romano. Tiberio aplicó esta ley á los que le ofendían á él, como representante del pueblo, y tomó de ella ocasión para consumar mil asesinatos legales. En verdad el pueblo moralmente no existía, y Tiberio fué el primero que se atrevió á decir sin rebozo: *El Estado soy yo:* expresión que, reproducida siglos adelante en boca de un esclarecido monarca, adquirió una celebridad histórica que aun dura en nuestros días. ¡Y sin embargo, humeaba el incienso en los altares de la corrompida y degenerada Roma en honor de Tiberio!

Natural era que los prefectos y delegados de las provincias fueran dignos mandatarios de tal emperador. Condujéronse como tales en la Península, Vivio Sereno y Lucio Pisón, el primero en la Bética, en la Tarraconense

TIBERIO — TIBERIO Y JULIA



Dertosa (*Tortosa*) — *Cæsar Augusta* (*Zaragoza*)

el segundo. España demostró todavía, que aunque oprimida y sujeta, no toleraba ni las depredaciones ni el despotismo, y se insurreccionó en gran parte contra los dos prefectos. Los españoles, con más dignidad que los romanos, no depusieron las armas hasta que el senado decretó la separación de Vivio, y prometió hacerles justicia. Puede juzgarse cuáles y cuántas serían las demasías y excesos de aquel pretor, cuando el senado, tal como era ya entonces, oídas las querellas y acusaciones que le elevaron los de la Bética, no pudo dejar de desterrar á Vivio á una de las islas del mar Egeo. No era menos culpable Lucio Pisón, pero siendo provincia imperial la Tarraconense, no quiso Tiberio castigar al prevaricador, antes bien le mantuvo en su empleo. Semejante impunidad irritó de tal manera á un labrador de Termes, que haciéndose intérprete de la indignación de sus compatricios, acometió un día al prefecto, y le dió muerte por su mano. Preso aquel español, y puesto á tormento para que declarara sus cómplices. respondió con admirable firmeza que *su único cómplice era la abominable conducta de Pisón.* Cuando le llevaban al suplicio, se desasió de repente de sus conductores y se estrelló de propósito la cabeza contra una piedra (1).

Aunque aislado, el hecho de este vengador rústico fué bastante para que, deduciendo el emperador la antipatía con que se miraba en España á

(1) Tac. Ann., lib. IV, cap. 11.

sus prefectos, hiciera sentir su tiranía y descargara el peso de su ira sobre las cabezas de los españoles más ilustres. Entre ellos fué víctima de su saña Sexto Mario, avecindado en Roma. hombre de gran fortuna, y en cuya hija, notable por su hermosura, había puesto Tiberio sus torpes y lascivos ojos, como quería poner su avara mano en la caja de las riquezas del padre. No viendo medio de lograr ni lo uno ni lo otro, hizo que se acusara al padre del delito de incesto con su hija. Nada más fácil al emperador que probar todo lo que se proponía. Ambos fueron arrojados de lo alto de la roca Tarpeya, y Tiberio se apoderó seguidamente de todo el oro de aquel desgraciado (1).

Era menester que bajo el imperio de este tirano se cometiera el mayor desafuero, y la más negra ingratitud que ha manchado las páginas de la historia de la humanidad. Era menester que el que había venido á salvar á los hombres y á predicar una religión de caridad, fuera sacrificado por el que ejercía la autoridad en nombre de Tiberio en el pueblo escogido por Dios. En el año 19 del reinado de Tiberio se verificó el gran suceso de la muerte y pasión de nuestro redentor Jesucristo (33). «Del pie de la cruz en que fué clavado por la ingratitud y ceguedad de los hombres partieron doce nuevos legisladores, pobres, humildes y desnudos, á predicar por el mundo la doctrina de la salud, y á derramar por las naciones las semillas de la verdadera civilización que había de cambiar la faz del universo (2).»

Cuatro años más tarde (37) acabó Tiberio la vida de desórdenes con que había escandalizado al mundo.

¡Pluguiera á los dioses que el pueblo romano tuviera una sola cabeza para derribarla de un solo tajo! Esto decía en una ocasión el sucesor de Tiberio, Cayo Calígula, llamado así de cierto calzado militar *(caliga)* que usaba. Bastaría esta brutal expresión para calcular la bárbara ferocidad del nuevo emperador romano. Propio era esto de quien cerraba los graneros públicos por el placer de ver al pueblo morir de hambre; de quien decía á la mujer que amaba: *Me parece muy hermosa tu cabeza, y sobre todo cuando pienso que á la más leve indicación mía la podría hacer rodar á mis pies.* Instintos tan sanguinarios y feroces sólo pueden explicarse por el estado de desarreglo y de delirio en que debía encontrarse su cerebro; y si de estar desjuiciado no hubiera dado mil pruebas, con todo género de extravagancias, sobrara la ridícula insensatez de hacer para su caballo cuadras de mármol, pesebres de marfil, ronzales de perlas y mantas de púrpura; de darle á comer avena dorada, de ponerle á su mesa, de incorporarle en el colegio de sus sacerdotes, y de designarle para cónsul. ¡Y los envilecidos romanos obedecían á este loco! Un español llamado Emilio Régulo quiso librar la tierra de este monstruo imperial, pero descubierta la conspiración, fué Régulo condenado á muerte. Al fin la espada de Casio Chereas, tribuno de los pretorianos, ejecutó lo que aquél no había podido conseguir (41).

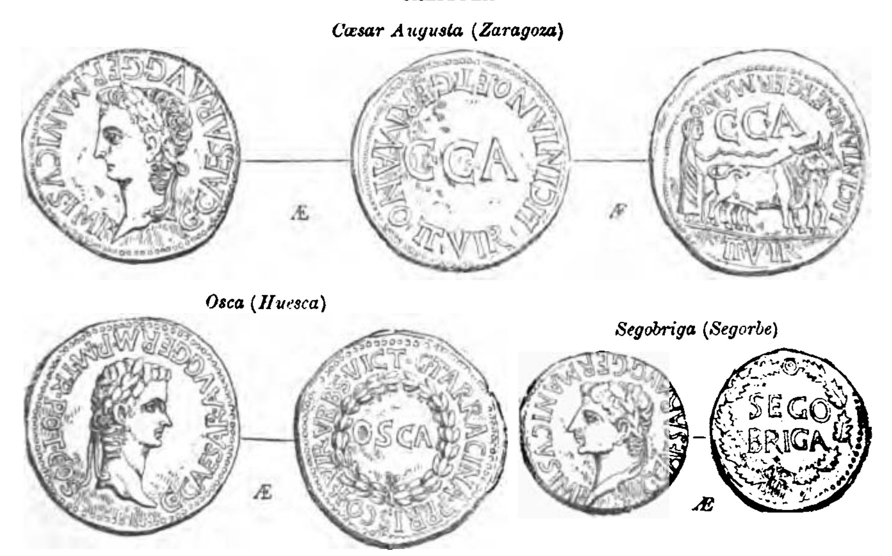
Pero al desjuiciado Calígula sucedió el imbécil Claudio su tío, el digno esposo de la célebre prostituta Mesalina, cuyas obscenidades y desarreglos

(1) Tac. Ann., lib. VI.
(2) Chateaub. Etud. Historiq.

no abochornaban á Roma que las presenciaba y ruborizan á la posteridad que las recuerda. Comprenderíamos que Roma hubiera sufrido la imbecilidad de Claudio, si hubiese sido una imbecilidad inofensiva; que hubiera tolerado el destierro de Séneca de parte de quien tenía pretensiones de pasar por sabio, cuando su misma madre para calificar á un hombre de necio solía decir: *Es bestia como mi hijo Claudio;* que se burlaran de él los tribunales á que tenía la manía de asistir; pero no se comprende que

CALÍGULA

Cæsar Augusta (*Zaragoza*)



Osca (*Huesca*)

Segobriga (*Segorbe*)

se sufriera á un imbécil que llevaba al suplicio á treinta y cinco senadores, á trescientos caballeros romanos, y á gran número de mujeres de las principales familias, y que por no tomarse el trabajo de pronunciar una sentencia indicaba con un gesto su voluntad de que un hombre fuera degollado. Y sin embargo, á este hombre no sólo le obedecía la ciudad del Capitolio, sino que se denunciaba y castigaba á los que ofendieran su *majestad*, habiendo llegado á ser en su tiempo el oficio de denunciador uno de los más lucrativos. Y lo que es más, seducidos los españoles por una ley de Claudio, en que se mandaba que los gobernadores de provincias hubieran de pasar un año en Roma antes de poder ser reelegidos, á fin de que los pueblos tuvieran tiempo para exponer las quejas á que hubieran dado lugar, por más que esta ley quedara sin ejecución como tantas otras, tuvieron la debilidad de levantarle estatuas; que así iba contagiando á España el espíritu servil y adulador de los romanos.

Por fortuna no era esto sólo lo que tomaban de sus dominadores. Las semillas literarias que Augusto había sembrado en España no habían caído en tierra estéril, y producían ya sus frutos. Florecían unos y comenzaban á distinguirse otros españoles como oradores, como filósofos, como poetas y como hombres científicos. Séneca, Sextilio Ena, Marco Porcio Latrón. Moderato Columela, Pomponio Mela, Turanio Gracil, y otros españoles, de

cuyos escritos nos ocuparemos más adelante, brillaban en Roma precisamente cuando las ciencias y la literatura latina habían venido á precipitada decadencia como las costumbres. Aunque algunos de ellos no dejaron de participar de la baja adulación que entonces parecía estar en boga, no por eso se libraron de la persecución de unos emperadores que tenían la insensata presunción de pasar por sabios, y no sufrían á los que lo eran más que ellos.

Murió Claudio (54), envenenado, á lo que se cree, por su segunda mujer Agripina, y le sucedió Nerón, cuyo nombre parece haber alcanzado el privilegio de servir para designar á los hombres tiranos y feroces. Comenzó, no obstante, á gobernar con dulzura como Tiberio, declarando que se proponía seguir las huellas del divino Augusto. Y las siguió en un principio. Al oirle decir cuando tuvo que firmar la primera sentencia de muerte: *Quisiera no saber escribir*, ¿quién no le tendría por clemente? Cuando al decretarle el senado estatuas de oro y plata dijo: *Que aguarden á que las merezca*, ¿quién no elogiaba su modestia? Eran entonces sus maestros Afranio Burrho, jefe del pretorio, y el español Anneo Séneca, el filósofo, aquél en lo relativo al arte militar, y éste en la moral y elocuencia. Había querido Agripina, madre de Nerón, aprovechándose de la corta edad de su hijo, gobernar á su arbitrio el imperio; Séneca cortó el pernicioso influjo de aquella mujer ambiciosa, de que murmuraba ya y se quejaba el pueblo (1). ¿Por qué no empleó la misma energía con su augusto discípulo cuando le veía después despeñarse por la senda de los crímenes? Pero el moralista que encontró medio de evitar un incesto entre el imperial alumno y su impúdica madre, no le halló para impedir que el emperador expidiera sicarios para que matasen á aquella misma madre, y que les dijera: *Abrid aquel vientre que ha llevado á Nerón*, y que se recreara después en examinar su cadáver y en analizar sus formas: antes escribió al senado justificando en lo posible el bárbaro parricidio.

NERÓN



Gades (Cádiz)

Había alcanzado á Séneca el contagio de la corrupción, y sus obras no iban en consonancia con sus escritos. Escribía contra la lisonja, y adulaba al hombre más perverso: declamaba contra la avaricia, y ejercía la usura: acriminaba el lujo, y poseía quinientas mesas de limonero con pies de marfil que valían una fortuna. Si no pudo apartar á Nerón del camino del crimen, fué por lo menos débil en no abandonarle cuando le vió encenagado en los vicios. Triste recompensa recibió el filósofo estoico del hombre á quien había lisonjeado. Cansado de él el emperador, le condenó á muerte, suponiéndole cómplice en la conjuración de Pisón; dióle á escoger el género de muerte que más gustase: Séneca se abrió las venas, y acabó con la entereza del estoicismo una vida sobre la que pesaban flaquezas indis-

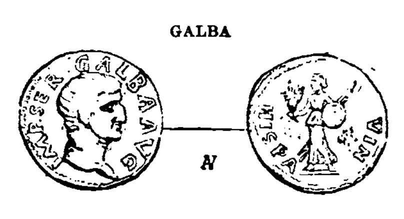
(1) Dión Cas., lib. LXI.

culpables. Aconteció otro tanto con el poeta Lucano, su sobrino, y con Junio Gallión, su hermano. Familia española tan desgraciada como ilustre.

Por estragadas que estuvieran las costumbres en la corrompida Roma, podría, si se quiere, mirarse sin indignación el desenfreno de las pasiones personales de los emperadores, en que sus mismos súbditos se apresuraban á imitarlos, así como ciertos caprichos pueriles, hijos, ó de la estupidez ó de la presunción. Pero el placer feroz que Nerón quiso darse de pegar fuego á la ciudad eterna, de ver cómo se abrasaban sus cuarteles, de gozar en el incendio, y de cantar al son de la cítara la destrucción de Troya á la luz de las llamas, no era posible que dejara de indignar á los romanos por prostituídos que estuviesen. De España partió el golpe que había de libertar al mundo de aquel odioso incendiario.

Hallábase de pretor en la Tarraconense Servio Sulpicio Galba, donde se había hecho querer de los naturales por la severidad con que castigaba á los que empleaban malos medios para enriquecerse: había mandado crucificar á un tutor que envenenó á su pupilo para apoderarse de su hacienda: á un administrador á quien se probó falta de pureza en el manejo de los caudales mandó cortarle las manos y clavarlas en la mesa: terrible rigidez, pero acaso necesaria en el estado á que había llegado la desmoralización. Antiguo consular, y anciano de más de setenta años, ni siquiera soñaba Galba en reemplazar á Nerón, cuando le fué propuesto por Julio Vindex, simple propretor de la Galia. Irresoluto se mostró Galba á pesar de verse proclamado por la tropa y el pueblo, y de habérsele adherido Othón que gobernaba la Lusitania. Un acontecimiento inesperado vino á alentar su timidez. Hallábase retirado en Clunia (Coruña del Conde), cuando supo que Nerón, objeto ya de la execración pública, insultado y maldecido por todos, perseguido por los soldados de la guardia pretoriana, había puesto término por su misma mano á su abominable existencia en una casa de recreo cerca de Roma (1). Galba entonces partió á tomar posesión del imperio (68). La proclamación de Galba, dice Tácito, descubrió el peligroso secreto de que podía elegirse emperador fuera de Roma (2).

GALBA



Galba hubiera pasado por el mejor emperador posible, si no hubiera llegado á serlo. Pero el emperador romano estuvo lejos de ser el gobernador de la Tarraconense. Rodeado de tres oscuros aduladores que el pueblo llamaba sus pedagogos, ejecutó crueldades que debieron el no parecer mayores á estar tan reciente la memoria de las de Nerón. España, que tanto había contribuído á su elevación, fué tratada con ingratitud, gravada con

(1) Nerón había hecho abrir á su presencia el hoyo que le había de servir de sepulcro. Al oir el ruido de los pretorianos que iban en su busca, acarició la hoja de su puñal, recitó algunos versos de Homero, y clavósele diciendo: *¡Qué artista va á perder el mundo!* Sabido es que entre otras flaquezas tenía Nerón la de creerse eminente en la poesía, en la música y en el arte de guiar un carro.

(2) *Evulgato imperii arcano principem alibi quam Romæ fieri.*—Tac. Hist., lib. IV.

exorbitantes impuestos, y condenados á muerte muchos de los que le habían servido de escala para subir al poder. Condújose lo mismo con los pretorianos que le allanaron el camino del trono. Cuando se le presentaron á reclamar la recompensa ofrecida, les contestó: *Yo elijo mis soldados, no los compro.* Palabras dignas de un emperador, si este emperador no fuese el mismo que había querido comprarlos. No faltó quien lo hiciera, ya que él les había enseñado que podían venderse. Creyéndose también Othón mal correspondido, aquel mismo Othón que siendo gobernador de la Lusitania puso á disposición de Galba sus tropas, y aun le regaló su rica vajilla para que la convirtiera en moneda, sedujo aquellos mismos soldados, y con ellos asesinó á Galba en la plaza pública. El septuagenario emperador alargó el cuello á los asesinos, diciéndoles: *Herid, si mi muerte es útil al pueblo romano.* No desarmaron estas palabras á los soldados, que se cuidaban poco de que su muerte fuese ó no útil al pueblo. Imperó Galba siete meses.

Proclamado Othón emperador, pueblo y soldados, caballeros y senadores, fueron con humilde bajeza á besarle la mano y á prodigarle títulos y honores. Othón tuvo presente que en España había comenzado su engrandecimiento y quiso engrandecerla también, agregando á la Bética las costas de Africa bajo el nombre de *Hispania Tingitana.*

VITELIO



Entretanto, habiendo aprendido los soldados que ellos eran los que hacían emperadores, quisieron los de Germania, á ejemplo de los de España, tener también su emperador, y nombraron á Vitelio. Othón se suicidó. Una noche se acostó diciendo: *Añadamos esta noche más á nuestra vida.* Colocó dos puñales debajo de la almohada, y á la mañana siguiente hallóse sólo un cadáver en su lecho.

Vitelio solamente se hizo notable por su glotonería. Hasta repugnantes son las descripciones que se hacen de sus comidas y banquetes, y de los medios que empleaba para excitar su estragado apetito. Poco le duró también aquella vida de brutales deleites. A ejemplo de los ejércitos de España, de las Galias y de Germania, las legiones de Oriente habían proclamado á Vespasiano. Los parciales de uno y otro llegaron á pelear dentro de la misma Roma. Vitelio se escondió en un lugar inmundo de su propio palacio, acompañado de su cocinero y su panadero, dignos secuaces de tal emperador. Sacáronle de allí los soldados, y entretuviéronse en pasearle todo lo largo de la Vía-Sacra, con una soga al cuello, las manos atadas a la espalda, y desgarrados los vestidos, entre la gritería de la muchedumbre, que ya le arrojaba inmundicias, ya le llamaba á voces ebrio y glotón, á cuyos ultrajes respondia él: *A pesar de todo he sido emperador vuestro.* Quitáronle luego la vida, y después de pasear su cabeza clavada en una pica, arrojaron su cuerpo al Tíber (69). A tal degradación había venido en poco tiempo la dignidad imperial. Iban ya ocho emperadores, y los seis

habían muerto desastrosamente. ¡Desgraciada Roma, y desgraciada España, que seguía su suerte!

Afortunadamente, tras de tantos vicios, tras de tanta corrupción y desorden, vino un período de reposo y de consuelo al mundo. Trájolo Flavio Vespasiano, el único que al revés de todos los que le habían precedido, se hizo mejor desde que ascendió al trono. Indiferente, y aun desafecto á los títulos pomposos, modesto y sencillo en sus costumbres, él mismo hablaba muchas veces de su humilde nacimiento; enemigo de derramar sangre humana, lloraba cada vez que se veía en la necesidad de pronunciar una sentencia de muerte. España se había pronunciado por su partido, y más agradecido que Galba, la remuneró concediendo á los españoles los derechos latinos. Reconocidas á esta honra muchas ciudades, tomaron el nombre de *Flavias*, como en otro tiempo habían tomado el de *Julias* ó *Augustas*. De este número fueron *Flaviobriga*, *Aquæ Flaviæ*, *Iria Flavia*, *Flavium Brigantinum*, y otras muchas que no pueden verse en nuestro catálogo. Debióle también España la construcción de varios caminos, puentes y monumentos públicos. Y no falta quien suponga obra suya una de las más maravillosas que en España se conservan, y que por la grandiosidad de sus proporciones y por las dificultades vencidas para su ejecución, excita el asombro de cuantos la visitan: hablamos del famoso acueducto de Segovia, que los más, aunque sin fundamento seguro en que apoyarse, atribuyen á Trajano (1).

Uno de los más bellos presentes que Vespasiano hizo á España, fué haber enviado en calidad de cuestor á esta provincia á Plinio el Mayor, que no sólo desempeñó con celo sus funciones como procurador de la hacienda imperial, sino que hizo grandes mejoras en la Bética, visitó una gran parte de España, y estudiando á fondo sus diferentes climas y países, recogió en ellos abundantes materiales para su historia natural. Hizo además relaciones de amistad con los españoles más distinguidos, con los cuales siguió después correspondencia desde Roma, no perdiendo nunca su afición á España.

Realizóse en el reinado de Vespasiano una de las grandes profecías de los divinos libros, la destrucción del templo de Jerusalén y la dispersión de los judíos por todas las naciones de la tierra: terrible expiación impuesta á un crimen sin ejemplo. Su mismo hijo Tito, tan celebrado después por su piedad y dulzura, fué el que recibió la triste misión de destruir el templo y la ciudad y no dejar piedra sobre piedra. Fué este uno de aquellos grandes y terribles acaecimientos que forman época en los siglos, y que se imprimen indeleblemente en la historia del linaje humano. Millón y medio de israelitas perecieron en aquella célebre guerra; noventa y siete mil fueron hechos cautivos (2). Tito no pudo reprimir el llanto al contemplar el miserable estado de Jerusalén, atestada de cadáveres y convertida en ruinas. Los que quedaron con vida se diseminaron sobre toda

---

(1) Puede verse sobre esto la *Disertación histórica* sobre el acueducto y otras antigüedades de Segovia, de Somorostro.

(2) Justo Lipsio enumera detalladamente los que murieron en cada punto.—Joseph. De Bell. Jud., lib. VI.

la haz de la tierra, en cumplimiento de la terrible profecía. La Judea dejó de existir como nación, y España recogió en su seno una parte de aquellos fugitivos, que aunque perseguidos y anatematizados habían, no obstante, de constituir una gran parte de su población por muchos siglos. Créese que se les señaló por primer asiento la ciudad de Mérida.

España conservó por mucho tiempo gratos recuerdos de Vespasiano (1). Murió este emperador el año 79, dejando por sucesor á su hijo Tito, que aun aventajó á su padre en virtudes, y á quien los españoles llamaron *las delicias del género humano* (2). Éralo realmente el hombre que profesaba la máxima de que *nadie debía salir apesadumbrado de la presencia del príncipe;* el que si se acordaba de noche de no haber dispensado algún beneficio desde la mañana, exclamaba pesaroso: *He perdido el día;* el que al aceptar el pontificado declaró que desde aquel momento se conservaría puro de toda efusión de sangre; el que no permitía que se denunciara á nadie por haber hablado mal de su persona; el que fulminó nota de infamia contra los jueces venales y contra los gobernadores concusionarios; el que prohibió á los caballeros hacer el papel de histriones y degradó á un senador por haber bailado; el que reprimió la licencia pública, é hizo todo lo posible por restablecer la decencia de las costumbres.

La corta duración de su reinado no dejó tiempo ni á España ni á la humanidad de probar todos los efectos de la justicia y de la bondad de este príncipe. Pero la paz que gozaba le permitía entregarse á la cultura de las letras y de las artes, y á las dulzuras de la vida social. Poco más de dos

---

(1) En el reinado de Carlos V, un paisano de las cercanías de Cañete la Real (el historiador Romey la nombra equivocadamente por dos veces Canta la Real), descubrió una plancha de bronce con un curiosísimo rescripto de Vespasiano, que por lo interesante vamos á copiar traducido. Decía así: «César Vespasiano, Augusto, pontífice máximo, investido por la octava vez del poder tribunicio, de la autoridad imperial por la décima octava, cónsul ocho veces, saluda á los *quatuorviros* y á los *decuriones* de Sabora. Vista la exposición que me habéis hecho de las dificultades y apuros que os agobian, os permito edificar la ciudad en la llanura bajo mi nombre, como lo deseáis. Mantengo los tributos que decís habéis recibido del emperador Augusto. Para todos los demás que queráis percibir de nuevo, tendréis que presentaros al procónsul: no quiero establecer nada en este género sin que sean oídos los interesados. He recibido vuestra petición al octavo día de las calendas de agosto. He despachado vuestros diputados al tercero. Pasadlo bien.—Hecha grabar en bronce por la solicitud de los duumviros C. Cornelio Severo y M. Septimio Severo, por cuenta del peculio público.»

Se ve aquí al emperador respondiendo desde la altura de su trono á la reclamación de un pueblo de España: se ve la brevedad con que la despachó, dando en esto ejemplo de actividad á los príncipes: el respeto á los privilegios concedidos por Augusto: su benevolencia hacia los magistrados de Sabora en creerles sobre su dicho, *quæ accepise dicitis:* que había en España ciudades *stipendiatæ*, esto es, que cobraban impuestos, y que una de ellas era Sabora: que para aumentar la cuota de estos tributos ó exigir otros de nuevo, el emperador quería que se oyera antes al procónsul y á los interesados.

Extrañamos por lo mismo que el P. Mariana, al referirse á esta inscripción, se contente con decir que no le pareció ponerla, «ni en latín, porque no la entenderían todos, ni en romance, porque perdería mucho de su gracia. En nuestra historia latina, añade, la hallará quien gustare de estas antiguallas.»

(2) *Humani generis amor et desiderium etiam vivus:* decía una inscripción conservada en Mérida.



OBJETOS DE ADORNO Y DE MÚSICA, Y ESCENAS DE COSTUMBRES DE LOS ROMANOS

1 á 27. *Objetos de tocador y de adorno.* – 28 á 35, 50 á 58. *Instrumentos músicos.* – 36 á 42. *Plumas* (calami), *estilo y tabletas para escribir.* – 43 á 45. *Máscaras.* – 46 á 49. *Calzado de varias clases.* – 59 á 64. *Relieves copiados de monumentos.*

años disfrutó el mundo de la felicidad con que comenzaba á regalarle este benéfico príncipe (81).

Parece que la Providencia quiso mostrar á la especie humana que aun no merecía príncipes tan buenos, y la castigó enviándole un Domiciano, que más que de la familia Flavia y hermano de Tito, parecía de la raza de los Claudios y hermano de Nerón. Jamás hubo hermanos más desemejantes que Tito y Domiciano. No cedió Domiciano ni en crueldad ni en desenfreno ni en tiranía á ninguno de sus predecesores. Mataba por complacencia, y derramaba sangre por deleite. España volvió á sufrir las vejaciones y despojos de los gobernadores romanos: pero también tenía defensores celosos. Acusado un procónsul por sus rapiñas ante los tribunales, y llevada la causa á Roma, abogaron en favor de los españoles Plinio el Joven y Herennio Senección, natural de la Bética, é hiciéronlo con tanto ardor y tales eran los excesos del acusado, que aun imperando un Domiciano, sufrió por sentencia del tribunal el secuestro de todos sus bienes.

Nerón había dado el primer edicto de persecución contra los cristianos; Domiciano dió el segundo. Confundía con los cristianos á los matemáticos y filósofos, y los desterró á todos de Roma. Domiciano murió como morían los tiranos, y su muerte fué mirada como una felicidad para los pueblos (90). El senado decretó que su nombre fuera borrado de todos los monumentos públicos. Fué el último de los emperadores designados con el nombre de *los doce Césares*.

Sucedióle el anciano Nerva. ¡Lástima que su edad no le permitiera dar al mundo más años de felicidad y de justicia! Nerva abolió el crimen de lesa majestad aplicado á los emperadores por Tiberio, castigó á los delatores, dotó á España de magistrados sabios, embelleció á Córdoba con soberbios edificios, é hizo al morir el mayor beneficio que pudiera hacer á España: el de darle por emperador á un español, al insigne Trajano (98).

CAPÍTULO II

DESDE TRAJANO HASTA MARCO AURELIO

De 98 *á* 180 *de J. C.*

Un español es el primer emperador extranjero que ocupa el trono romano.—Cualidades de Trajano.—Sus defectos.—Sus grandes virtudes.—Sus triunfos militares.—Columna Trajana.—Erige en España magníficos monumentos.—Famoso puente de Alcántara.—Justicia que hace el senado á los españoles.—Adriano emperador, español también.—Vasta ilustración literaria, científica y artística de Adriano.—Sus vicios.—Visita personalmente todas las provincias del imperio.—Viene á España.—Asamblea en Tarragona.—Independencia de los diputados españoles.—Exterminio de los judíos.—Feliz reinado de Antonino Pío.—Marco Aurelio el Filósofo, oriundo de España.—Grandeza y bondad de este príncipe.—Primeras irrupciones de los bárbaros del Norte.—Punto culminante del imperio romano.

Roma, aquel centro de corrupción y de desorden que se llamaba la capital del mundo, no tenía ya emperadores que dar que no fuesen déspotas y corrompidos. Pero había una provincia que estaba siendo nuevo plant-

de grandes hombres, y allí se encontró el más digno de ceñir la diadema imperial. Esta provincia era España.

El viejo Nerva, en cuya cabeza encanecida estaban amortiguadas todas las pasiones menos el amor de la patria, había adoptado por hijo á Trajano, natural de Itálica, y quiso hacer el mayor bien posible al imperio y á la humanidad, dejándole por sucesor suyo. Así España puede blasonar de haber sido la primera que dió á Roma un emperador extranjero. Pero aun sería escasa gloria, si este emperador no hubiese sido el que mereció el dictado de *óptimo príncipe*, que ninguno antes que él había obtenido. Verdad es que Trajano tenía ya en su favor, más que el testamento de Nerva, sus grandes y nobles cualidades para ejercer dignamente la soberanía imperial. No es que faltaran á Trajano flaquezas y vicios como hombre privado: afeábasele su pasión al vino y á las mujeres: pero la sombra de sus malos hábitos como particular desaparecía ante el brillo de sus virtudes como hombre público: bien era menester que fuesen muchas, y lo eran realmente.

Hallábase el español ilustre en Colonia cuando fué aclamado emperador (99). Partió á Roma, donde hizo su entrada pública como un padre en medio de sus hijos. Marchaba á pie, al modo que había marchado siempre en las guerras de la Germania, confundiéndose con los simples soldados como se confundía ahora entre la muchedumbre que se aglomeraba á saludarle y bendecirle. Así continuó siempre, sin que las lanzas de su guardia tuvieran que abrirle paso por entre las masas de un pueblo que le adoraba.

Trajano no necesitaba de estatuas; su presencia reemplazaba al mármol y al bronce; mas aunque las mejores inscripciones para él eran las alabanzas que salían de las bocas de sus gobernados, gustábale ver inscrito su nombre en las paredes de todos los edificios, lo que le valió el apodo de *Parietario*; flaquezas de que no suelen librarse los más grandes hombres. Sus liberalidades proporcionaban el sustento á dos millones y medio de personas. Cuando algunos le tachaban de pródigo en sus larguezas, en las sumas que destinaba al socorro de los pobres y á la educación de sus hijos, daba por toda respuesta: *Quiero hacer lo que yo, si fuese un simple particular, querría que hiciese un emperador*. Dedicóse á curar los males del despotismo y las llagas de la anarquía. *Toma esa espada*, le dijo al prefecto del pretorio: *esgrímela en favor mío si cumplo con mi deber, en contra si á él faltase*. Propendiendo siempre en la administración de justicia á la indulgencia y á los sentimientos humanitarios: *Prefiero*, decía, *la impunidad de cien culpables á la condenación de un solo inocente*.

Menos instruído que vigoroso y enérgico (1), distinguióse su reinado por un carácter belicoso que había faltado á los de sus antecesores. Triunfó en la Dacia, subyugó la Asiria, combatió á los parthos, venció varios re-

(1) No sabemos de dónde pudo sacar Mariana que Trajano fué discípulo de Plutarco, no hallándose noticia de ello en ningún autor antiguo. La carta del filósofo al emperador á que él se refiere, tiénese por apócrifa. De la escasa instrucción de Trajano da testimonio Juliano, y á ello atribuye el que se sirviera siempre de Sura para escribir sus cartas.

yes, llegaron sus ejércitos hasta la India, y para monumento perpetuo de sus victorias se erigió en Roma la famosa *columna Trajana,* formando para ello una plaza magnífica en terreno que antes ocupaba una montaña de ciento cuarenta y cuatro pies: su inauguración se solemnizó con espectáculos que duraron ciento veintitrés días, y en que murieron más de mil fieras. Llegó con él al apogeo de su grandeza el imperio romano.

El país natal de aquel grande hombre no podía menos de ser especialmente favorecido. España, que no había tomado parte en aquellas apartadas guerras, vió florecer las artes á la sombra de la paz y del gobierno paternal y protector de Trajano. Construyéronse caminos nuevos, reparáronse los antiguos, levantáronse edificios y monumentos soberbios, tales como la ostentosa columna de Zalamea de la Serena, la grandiosa Torre d'en Barra en Cataluña, el Monte-Furado y la Torre de Hércules en Galicia, el circo de Itálica, y el magnífico y asombroso puente de Alcántara sobre el Tajo, no menos admirable que el que hizo construir sobre el Danubio (1).

También experimentaron los españoles que la justicia reinaba en el imperio de Trajano. Cecilio, procónsul de la Bética, se había hecho odioso

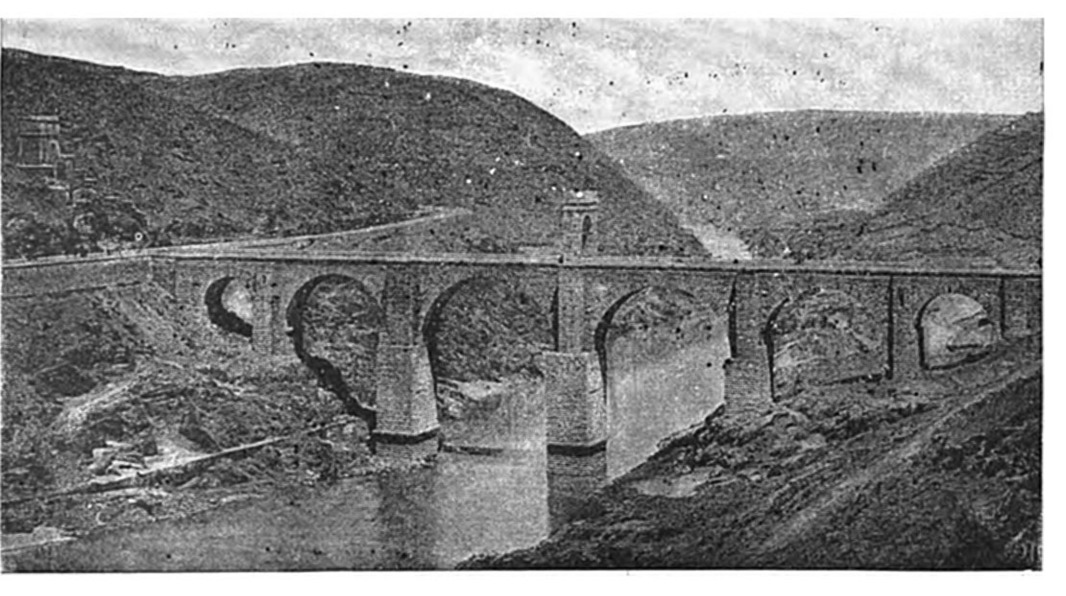
(1) Entre las muchas y suntuosas obras con que Trajano enriqueció y embelleció á España es una de las más sorprendentes (dado que el acueducto de Segovia no fuese obra suya también, como sospechan muchos), el puente de Alcántara que acabamos de citar. Puede verse su descripción en el tomo del Viaje de España de don Antonio Ponz correspondiente á Extremadura, en las notas de Sabau y Blanco á la historia de Mariana, tomo III, en el artículo ALCÁNTARA del Diccionario geográfico de Madoz, y en otros muchos lugares. Aquí se encuentran también las inscripciones que antes habían copiado ya Flórez en el tomo XII de su España Sagrada, Morales en el lib. IX de las Inscripciones, Masdeu en el tomo VIII de su Historia Crítica, y muchos otros autores. Nosotros copiaremos sólo traducida, por parecernos la más importante, la de la capilla ó templo hoy de San Julián, que empieza TEMPLUM IN RUPE, etc.

«Este templo, fabricado sobre una roca del Tajo, está lleno de culto y veneración de los dioses y del César, y en él la grandeza de la materia vence al primor del arte. Por ventura dará cuidado á los pasajeros, que siempre gustan de cosas nuevas, saber por quién y con qué fin se ha hecho. Sepan, pues, que Lacer, que acabó este puente de extraordinaria grandeza, hizo el templo para ofrecer el sacrificio á los dioses y tenerlos propicios y favorables. Lacer, que hizo el puente, dedicó también el templo, porque ofreciendo dones á los dioses se aplacan y alcanza su favor. Lacer, insigne en el arte divino de la arquitectura, hizo este puente que ha de durar por los siglos del mundo: el mismo Lacer hizo el templo en honra y reverencia de los dioses de Roma y del César. ¡Dichoso uno y otro motivo de este edificio sagrado! Cayo Julio Lacer hizo y dedicó este templo con el favor de Curio Lacon, natural de Idaña.»

Parece que no debe quedar duda de quién fué el arquitecto que dirigió el famoso puente: así como otras inscripciones expresan bien claramente haberse dedicado á Trajano.—Sobre las *Antigüedades extremeñas* puede consultarse la obra moderna que con este título ha publicado el anticuario don José Viu.

Acerca del acueducto de Segovia se hallan minuciosas y muy apreciables noticias en la historia de Colmenares, y en la obra antes citada de Somorostro.

La naturaleza de nuestra historia no nos permite detenernos en las descripciones de la parte monumental, ni podemos ni nos proponemos hacer otra cosa que mencionar ó indicar las más notables, en cuanto es necesario, para dar idea del progreso ó decadencia de España en este punto. Los que deseen noticias más circunstanciadas sobre esta materia pueden consultar las obras arqueológicas y artísticas que de propósito la tratan.



PUENTE ROMANO DE ALCÁNTARA (COPIA DE UNA FOTOGRAFÍA)

y criminal por su tiranía y sus depredaciones. Las ciudades llevaron su acusación al senado: sostuvo por segunda vez la causa española Plinio el Joven: elocuente y vigorosa fué su oración, los cargos graves, los capítulos de acusación plenamente probados. Cecilio, temeroso de la sentencia, prefirió el suicidio al castigo que le guardaba: el senado mandó restituir á los pueblos todos los bienes que les habían sido arrebatados ó injustamente confiscados; los cómplices del procónsul fueron condenados á largo destierro, y á la hija de éste dejáronle sólo los bienes que su padre poseía antes de ir á España. Plinio en esta ocasión (104) dió una nueva y brillante prueba de sus simpatías hacia los españoles, y éstos le cobraron nueva afición y cariño.

Sensible es que este príncipe, honor de España y del imperio y que con tanta justicia mereció el renombre de *padre de la patria*, desmintiera su habitual dulzura cón las persecuciones que ordenó contra los cristianos, cuyas doctrinas se iban propagando ya en aquel tiempo por el Occidente. Menester es no obstante advertir que la enemiga de algunos emperadores hacia los cristianos no nacía tanto en ciertas ocasiones de odio á sus creencias como de hacerles creer los pretores que eran peligrosos al Estado, y de representárselos como miembros de asociaciones prohibidas por la ley.

Murió este gran príncipe en el año 117 de Cristo, después de un reinado de diez y nueve años y medio. Sus cenizas fueron depositadas debajo de la columna Trajana destinada á recordar sus triunfos á la posteridad. Dos siglos y medio después, cuando los romanos saludaban á un nuevo emperador, le deseaban que aventajara en felicidad á Augusto y *en virtudes á Trajano* (1).

Otro español, Elio Adriano, deudo suyo, y oriundo de Itálica también, pasó á ocupar el trono imperial. A su entrada en Roma, honró la memoria de Trajano colocando su estatua sobre el carro triunfal. Era Adriano á la vez excelente artista y gran literato, aunque de mal gusto. Poseía conocimientos no comunes en matemáticas, en astrología, en cosmografía y medicina. Era orador y filósofo, gramático, arquitecto, músico, hábil pintor, y poeta griego y latino. Acompañaban á tanta ciencia virtudes muy recomendables; pero oscurecíanlas grandes vicios. Era generoso, amigo de hacer justicia, y gustábale premiar el mérito, pero tachábasele de inconstante y caprichoso, y sus versos destilaban una voluptuosidad indigna de un príncipe, y descubrían una impudencia vergonzosa. Sin faltarle disposición para la guerra, se mostró más inclinado á las artes de la paz, y en su tiempo comenzaron á cejar por primera vez las armas romanas y á retroceder los límites del imperio. Verdad es que como guerrero y como hombre de virtudes, se hubiera deslucido menos si no le hubiera tocado vivir entre un Trajano y un Antonino. Dícese que en el ejército marchaba á pie y con la cabeza desnuda, así por entre las nieves y escarchas de los Alpes como por las ardientes arenas de África: singularidad no inverosímil en quien se hacía notar así por los caprichos de artista como por las rarezas de filósofo.

Llevado de la idea de que un emperador debía, á semejanza del sol, ha-

(3) Eutrop., lib. VIII.

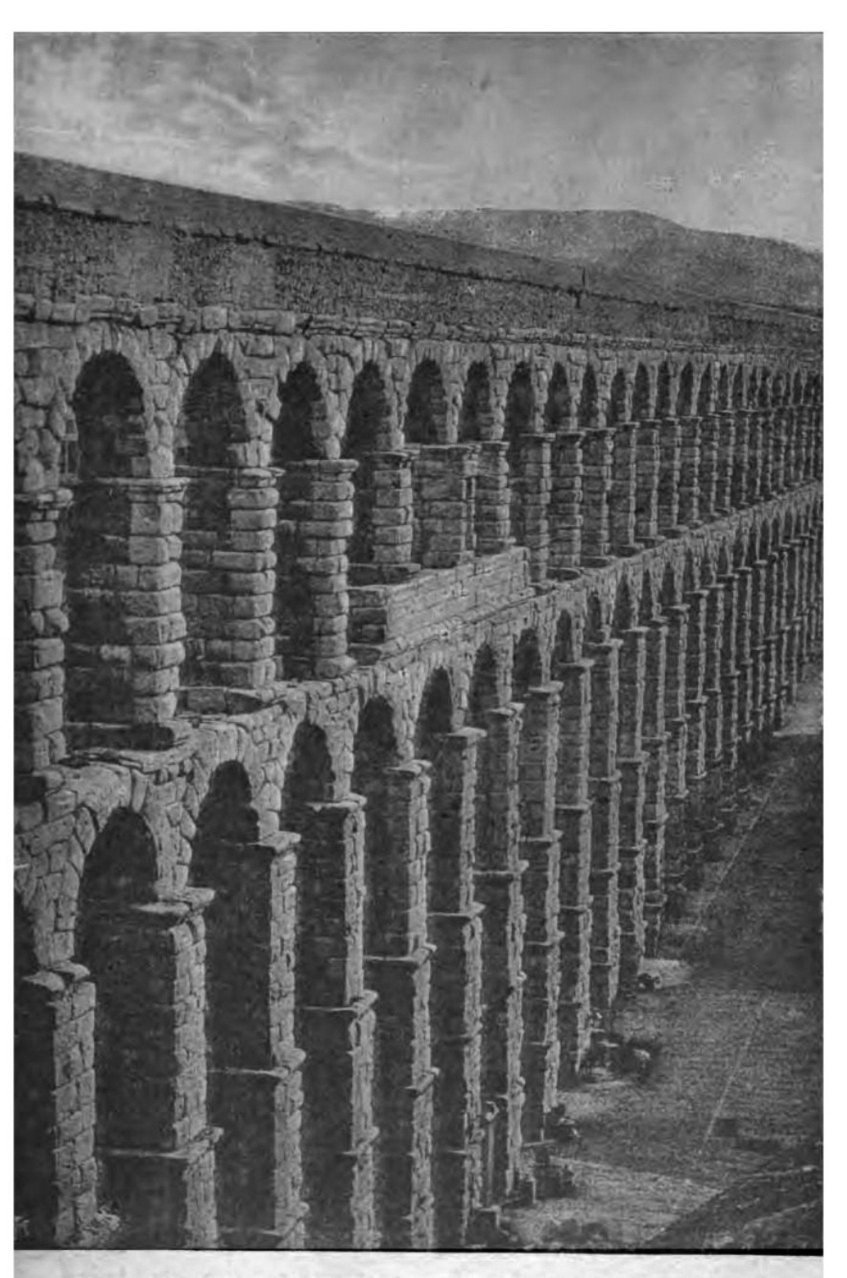
cerse presente en todos los países, visitó personalmente todas las provincias del imperio, en cuya excursión empleó once años (del 120 al 131). Siendo ya España una de las más importantes, y siendo además su patria, no podía dejar de comprenderla en su visita. Reedificó en Tarragona el templo de Augusto erigido por Tiberio. Hallándose en aquella ciudad, paseándose un día solo por su jardín, se vió acometido por un hombre con una espada desnuda en la mano: el emperador, por medio de diestros movimientos, pudo ir burlando los ataques del agresor hasta que acudió gente en su auxilio. Informado después de que aquel hombre no tenía su juicio cabal, se opuso á que se le castigara y mandó entregarle á los médicos (122).

Allí convocó una asamblea de los representantes de las principales ciudades españolas. Todos acudieron á excepción de los de Itálica, que despreciaron el edicto, no sabemos por qué. Justamente resentido Adriano, en el viaje triunfal que después hizo por las provincias españolas pagó á Itálica su desaire, negándose á visitarla por más instancias que para ello le hicieron. En la asamblea de Tarragona mostraron los diputados españoles una entereza y una independencia que pudiera servir de ejemplo para ulteriores tiempos. Aunque amante Adriano de la paz, necesitaba de numerosas legiones para guarnecer las vastas posesiones romanas, y pidió un nuevo contingente de hombres (123). Expusiéronle los diputados que no podían acceder á la demanda de un subsidio que privaría al país de la flor de su juventud. No le valieron al emperador sus dotes oratorias para convencer de la necesidad del impuesto: á pesar de su elocuencia, el subsidio fué denegado. Obsequiáronle, no obstante, con grandes festejos en Tarragona. Desde allí emprendió su viaje por las demás ciudades de la Península, las cuales se disputaban el honor de consagrarle medallas y de erigirle monumentos. En una inscripción hallada en Munda se le llama *Emperador, César, nieto del divino Nerva, Trajano, Augusto, Dácico, Máximo, Británico, Sumo Pontífice, por segunda vez investido del poder tribunicio y del consulado, padre de la patria.* De la misma medalla se deduce que hizo gracia á la provincia de un millón novecientos mil sestercios que debía, y que restableció á su costa la calzada pública desde Munda á Cartima en una longitud de veinte mil pasos (1).

No se contentaba Adriano con proteger las letras y las artes liberales. Ocupóse también de la reforma del derecho civil, y publicó el *Edicto perpetuo,* tan célebre en la historia de la jurisprudencia: hizo leyes contra la corrupción, y contra la barbarie con que se hacía el comercio de esclavos: prohibió los sacrificios humanos, y los establecimientos de baños comunes á los dos sexos, y realizó otras reformas saludables á la civilización y á la moral.

---

(1) En algunas monedas de Adriano se ve en el anverso el busto del emperador, en el reverso una matrona con un ramo de oliva en la mano, un conejo á los pies, y la palabra *Hispania*. Que fué lo que dió ocasión á algunos para tomar el conejo por emblema de España y para hacer derivar el nombre de la nación de la palabra *span*, conejo. En otra parte hemos manifestado la puerilidad de esta derivación, á pesar de las monedas de Adriano.



ACUEDUCTO ROMANO DE SEGOVIA (COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA)

Consumóse bajo el imperio de Adriano la ruina nacional de los judíos Cuando este emperador visitó la Judea, hizo reedificar la ciudad de Jerusalén, pero prohibiendo la entrada á los judíos, que sólo á fuerza de oro lograban el consuelo de ir á llorar sobre las ruinas de su patria. Habíalos ocupado el emperador en fabricar armas para sus tropas. Sirviéronse de ellas para insurreccionarse contra sus dominadores. Dirigíalos un tal Barcochebas que se decía el Mesías, y á quien proclamaban el astro de Jacob. Horrible fué la mortandad que ejecutaron aquellos furiosos hebreos. Cerca de quinientos mil griegos fueron degollados en Cirene, en Chipre y en Egipto. Con bárbara ferocidad aserraban los cuerpos de las víctimas, devoraban sus carnes y bebían su sangre (1). Pero la espada romana se cebó á su vez en la sangre del ingrato pueblo hebreo (134). Sobre seiscientos mil israelitas recibieron la muerte: de los que quedaron vivos unos fueron vendidos en los mercados, otros pudieron huir, y algunos se refugiaron también á España acreciendo el número de los que ya existían desde el tiempo de Tito: prohibíaseles hasta volver el rostro para mirar á Jerusalén: centenares de poblaciones fueron arrasadas, y la Judea se convirtió en una soledad. La nueva ciudad se llamó Elia Capitolina, sobre el Santo Sepulcro fué colocado un ídolo de Júpiter, en el Calvario una Venus de mármol, y el pesebre en que había nacido Jesús fué profanado dedicándolo á Adonis (2)

Pero al tiempo que se extinguía totalmente la nación judaica, y que los dioses de la gentilidad se posesionaban de los lugares santificados por el verdadero Dios, el cristianismo iba progresando, las herejías comenzaban también á nacer, y la humanidad se hallaba en uno de aquellos períodos que anuncian va á obrarse una regeneración.

La muerte de Adriano fué tan singular y caprichosa como había sido su vida. Retirado á su casa de recreo de Tívoli como Tiberio á la de Caprea, atacado de hidropesía, pero profesando la máxima de que un príncipe debe morir alegre, entregábase á todos los placeres y desórdenes sensuales que la anchurosa moral del paganismo permitía. Por último, á consecuencia de los excesos, dejó el mundo (138), no sin recitar al tiempo de morir unos chistosos versos de su composición que se han conservado por su rareza, así en la idea como en la estructura (3).

Había adoptado á Antonino, que le sucedió, y recibió el nombre de Pío, ó el piadoso, por el afecto que á su padre adoptivo mostró siempre.

---

(1) Dion Cas., lib. LXIII.

(2) En una letanía que cantaban después los hebreos se decía: *Recordare Domine, qualis fuerit Adrianus, crudelitatis consilia amplexus, consuluit idola se pervertencia, etc.* Juan de Lent. De Judeorum pseudomessiis.

(3) Hé aquí aquellos singulares versos:

Animula, vagula, blandula,
Hospes comesque corporis,
Quæ nunc abibis in loca.
Palidula, rigida, nudula,
Nec ut soles, dabis yocos.

(Spartiano. Vida de Adriano.)

Fué Antonino uno de los mejores príncipes de que hace mención la historia. Religioso, justo, benéfico, fué el más amado de todos los emperadores, el más querido de sus pueblos, y nadie tampoco lo había merecido más que él. Cerca de veintitrés años duró su pacífico reinado, y en este largo período no hay que decir de España sino que gozó de venturosa tranquilidad. Antonino dejó por sucesor á Marco Aurelio (161), oriundo también de familia española y pariente de Adriano (1).

«Dichosos los pueblos, se ha dicho siempre, cuyos reyes son filósofos y cuyos filósofos son reyes.» Esta dicha se realizó con Marco Aurelio, llamado con justicia el Filósofo. *Vosotros no sabéis*, les decía á sus amigos cuando supo su elevación al imperio, *cuántas espinas crecen en las gradas de un trono.* Y cuando dejó los jardines de su madre para ir á habitar el palacio de los Césares, las lágrimas corrían de sus ojos al compás de los unánimes trasportes de alegría á que se entregaba el pueblo. Uno de sus primeros actos fué asociarse al imperio á su hermano Lucio Vero. Por primera vez se vió con sorpresa en Roma á dos emperadores con igual ejercicio de poder. Pero la muerte de Lucio no tardó en dejarle solo en la silla imperial. Esto y las calamidades públicas que sobrevinieron hicieron que resplandecieran más sus virtudes. Los horrores del hambre acosaban al pueblo, y Marco Aurelio supo aliviarlos. Como su esposa Faustina se quejara de que hubiese gastado la mayor parte de sus bienes en socorrer á los menesterosos: *La riqueza de un príncipe*, le respondió, *es la felicidad pública.* Regularizó los impuestos, selló con la nota de infames á los calumniadores, y afirmó la autoridad vacilante del senado. El reinado de Marco Aureli era el solo capaz de hacer que no se llorara el de Antonino Pío. El imperio gozaba de felicidad; el más desgraciado era el emperador, cuya vida acibaraban los desórdenes de su esposa, la impúdica Faustina.

En el año décimo de su reinado (171), los africanos de la Mauritania pasaron el estrecho, vinieron á devastar las provincias meridionales de la Península, y pusieron sitio á Singilis (Antequera la Vieja); pero los gobernadores Vallio y Severo los obligaron á levantarle y los lanzaron de España, persiguiéndolos hasta las costas de Tánger.

Otras guerras más terribles turbaron la filosófica tranquilidad de Marco Aurelio. Las fronteras del imperio comenzaron á ser asaltadas por los pueblos bárbaros del Norte, como si fuesen la vanguardia de los que, tiempo andando, habían de concluir por derrocarle. En todas partes los arrolló, rechazándolos más allá del Danubio, que ya habían franqueado. Por consecuencia de aquellas victorias que le valieron el título de *Germánico*, devolvieron los bárbaros á Roma cien mil prisioneros: prueba grande de cuánto era ya su poderío. Aconteció en el curso de aquellas guerras un suceso que hizo gran ruido en el mundo. Hallábase Marco Aurelio allende el Danubio cercado por los marcomanos. La falta de agua tenía á sus tropas, devoradas por la sed, en un estado de desesperación (174). De repente se oscurece el cielo, y á poco rato comienza á caer á torrentes la lluvia, que los soldados reciben con ansia poniendo sus cascos para recogerla. Cuando estaban entretenidos en esta ocupación consoladora, caen de im-

(1) Su bisabuelo paterno era de Ucubi, ciudad de la Bética no lejos de Itálica.

proviso los bárbaros sobre ellos y ejecutan horrible matanza. Mas luego aquella misma nube descarga sobre los enemigos un diluvio de granizo, acompañado de truenos, que los llena de terror, y alentados á su vez los romanos, los vencen, los arrollan y los ahuyentan. Gentiles y cristianos, todos tuvieron aquel suceso por milagroso. Lo que hace más á nuestro intento, fué que el emperador lo creyó así, y escribió al senado indicando, aunque muy circunspectamente, que debía aquella victoria á los cristianos, y es lo cierto que ordenó fuesen castigados los que profiriesen calumnias contra ellos (1). Citámoslo como prueba de lo que ya entonces habían cundido las doctrinas del cristianismo.

Volvieron, no obstante, á mover después nuevas guerras las hordas salvajes del Norte, y Marco Aurelio murió antes de acabar de sujetar á los bárbaros (180). Con él perdió Roma el príncipe más cumplido y cabal que se había sentado en el trono de los Césares, y España lloró la pérdida del que le había dado otros diez y nueve años de paz y de ventura. Llegó el imperio romano con Marco Aurelio el punto culminante, de que no hará ya sino descender.

CAPÍTULO III

DESDE MARCO AURELIO HASTA CONSTANTINO

De 180 *á* 306 *de J. C.*

Comienza á sentirse la decadencia del imperio.—Cómodo.—Su depravación é iniquidades.—Abyección del senado.— Reinados de Pertinaz, Didio Juliano, Séptimo Severo, etc.— Monstruosidades de Eliogábalo.— Alejandro Severo sostiene por algún tiempo con dignidad el decadente imperio.—Otros emperadores ú oscuros ó malvados.—Guerras civiles.—Decio.—Primeras irrupciones de los bárbaros.—Godos, francos, escitas.—Trágica y afrentosa muerte de Valeriano.—Los treinta tiranos.—Frecuentes asesinatos de emperadores.—Interregno de ocho meses.—Tácito y Probo.—Sus virtudes.—Diocleciano.—División del imperio.—Cruda persecución contra los cristianos.—Constancio y Galerio.—Daciano.—Martirios en España.—Maximiano.—Constantino.

Hemos recorrido esta galería de ilustres príncipes, los Flavios y los Antoninos, que dieron á España, al imperio y al mundo cerca de un siglo de paz y de ventura, no interrumpida sino por el reinado de Domiciano, que fué como una mancha que cayó en medio de aquellas púrpuras imperiales. La firmeza de Vespasiano, la dulzura de Tito, la generosidad de Nerva, la grandeza de Trajano, la ilustración de Adriano, la piedad de Antonino y la filosofía de Marco Aurelio, hicieron de aquellos insignes varones otros tantos astros benéficos que resplandecieron y alumbraron al mundo romano, y bajo su influjo España dió grandes pasos en la carrera de las artes, de la política y de la civilización. Sólo faltaron á estos buenos príncipes dos grandes pensamientos para acabar de ser buenos; el de haber

(1) El hecho le atestiguan casi todos los historiadores, y Tertuliano en su apología habla de la carta de Marco Aurelio como de una cosa conocida.

abrazado la nueva religión, y el de restituir al pueblo los derechos que sus antecesores le habían quitado.

Tócanos ahora repasar con disgusto otro catálogo de emperadores, que como aquéllos para dicha, éstos para azote de la humanidad parece haber sido permitidos, por no atrevernos á decir enviados por la Providencia. Lo haremos rápidamente, ya porque no nos proponemos escribir la historia de los emperadores romanos sino en la parte que de ello pudo tocar á España, ya porque no es grato ni exponer ni contemplar un negro cuadro de horribles vicios, y ya porque por fortuna la España, colocada á alguna distancia de Roma, participaba menos que la capital del imperio del siniestro influjo de aquellos corrompidos seres que para afrenta de la humanidad conservaron el título de emperadores.

Imposible parece que un padre tan virtuoso como Marco Aurelio engendrara un monstruo como su hijo Cómodo, y no extrañamos que por respeto á las virtudes del padre supongan algunos historiadores que Cómodo no fué hijo del emperador filósofo, sino de la disoluta Faustina y de un gladiador, que, entre otros de la hez del pueblo, obtuvo sus favores. Los hombres no pueden imaginar vicio, ni crimen, ni torpeza, ni crueldad, ni corrupción de ningún género que no se hallase reunido en Cómodo. Sus acciones, sus gustos, menos eran ya de hombre corrompido que de bestia salvaje. Tiberio, Nerón, Calígula, Vitelio y Domiciano, habían sido templadamente desenfrenados en comparación de Cómodo. «El cielo, dice un escritor ilustre, añadió la locura á sus crímenes á fin de no espantar demasiado á la tierra.» En efecto, el vender todos los cargos públicos, el quitar la vida á muchos senadores, patricios y familias consulares, el tener un serrallo de trescientas concubinas y otros tantos mancebos, podía atribuirse á avaricia, á tiranía y á voluptuosidad. Pero el dividir en dos pedazos á un hombre grueso por el bárbaro placer de ver derramarse por la tierra sus entrañas (1); el mandar asesinar una noche en el teatro á todos los que á él habían asistido; el sacar los ojos ó cortar los pies á los que tenían una fisonomía que le desagradara... esto ya no cabe en las medidas de la maldad y de la corrupción, sin recurrir á un extravío de la razón, á una verdadera locura. Sin embargo, el pueblo consentía que se llamara á sí mismo el *Hércules Romano;* que Roma se titulara *Colonia Comodiana,* y hasta el senado inscribió á la puerta de la asamblea: *Casa de Cómodo.* Increíble parece tanta abyección. ¡Y aun reinó trece años este monstruo! Esto parece menos comprensible. Al fin tuvo que morir á manos de un atleta y con el veneno de una concubina (193). Apartemos ya la vista de tanta infamia y de tanta degradación. Sólo el cristianismo no fué perseguido por este hombre bestial, gracias á Marcia, una de sus favoritas que protegía á los cristianos (2).

La España vió pasar sin acaecimiento alguno notable el corto reinado de Pertinaz. Asesináronle los pretorianos porque quiso restablecer la disciplina; y se sacó el imperio á pública subasta. Presentáronse dos postores, y se adjudicó á Didio Juliano que ofreció mil doscientas cincuenta

(1) Hist. August., pág. 128.
(2) Herod. in Vit. Commod.



TRAJES Y ARMAS DE LOS ROMANOS

1 á 4. *Tribunos del pueblo.* – 5 y 6. *Cómicos.* – 7. *Jefe militar.* – 8 y 9. *Emperadores.* – 10. *Niño de familia patricia.* – 11 y 12. *Generales.* – 13 á 19. *Gladiadores.*

dracmas más que su competidor (1), entregándole ciento veinte millones de hombres como quien entrega una mercancía. Didio no pudo pagar la suma ofrecida, y á los sesenta y seis días fué asesinado (194). Cada legión quería ya nombrar su emperador. Tres fueron elegidos; el más fuerte se quedó con el imperio. Fué éste Séptimo Severo. Para que se forme juicio de lo que era, sólo diremos que obligó al senado á colocar á Cómodo en la clase de los dioses. ¡A Cómodo! Y para que todo en él fuese completo se declaró el mayor perseguidor de los cristianos: aunque era la tercera persecución, puede decirse que para España fué la primera, así por haber sido la más rigurosa y cruel, como porque entonces era ya grande en España el número de los discípulos de la Cruz. En los reinados de Cómodo, de Pertinaz, de Juliano y de Severo se vió brillar la elocuencia de los primeros padres de la Iglesia. Por lo demás España, apartada un tanto de los teatros de los desórdenes y sin mezclarse en ellos, seguía su marcha, sin sentir sino débilmente las grandes sacudidas del imperio.

Severo dejó por sucesores á sus dos hijos Caracalla y Geta: pero aunque hermanos, eran enemigos mortales, y Caracalla, deseando reinar solo, se deshizo de su hermano asesinándole en los brazos de su madre (211). Caracalla tuvo la necia presunción de querer imitar á Alejandro y Aquiles. Nos hemos propuesto no fatigar al lector con la pintura de los vicios de cada uno de estos seudo-emperadores. Murió asesinado por Macrino (218), que obtuvo el imperio, y no hizo nada sino mandar levantar altares al mismo á quien había asesinado. Los romanos, luego que morían los déspotas, los convertían en dioses: así gozaban de dos inmortalidades, la del odio público y la de la ley que le consagraba. Catorce meses reinó Macrino, hasta que el ejército que le había dado el imperio se le quitó con igual facilidad. Por un concurso extraordinario de circunstancias después de Macrino una intriga de mujeres elevó al imperio á un joven sirio, por sobrenombre Eliogábalo, ó más exactamente Elagábalo ó Elagabal, el cual fué muerto con su madre en un lugar inmundo (2), y arrojado su cadáver al Tíber, después de uno de los más execrables reinados. Su nombre fué borrado en España de todos los monumentos como una mancha que los deshonraba.

Permítansenos dos palabras sobre el reinado de Elagábalo siquiera por su singularidad. Era Elagábalo en Siria sacerdote del Sol, y entró en Roma con las mejillas y párpados pintados, vestido con tiara, collar, brazaletes, túnica de tela de oro, y rodeado de eunucos y bufones, de enanos y enanas bailando delante de una piedra triangular. Este sacerdote era el que iba á empuñar el sagrado escudo de Numa (3). El joven imberbe tenía el capricho de vestirse de mujer, y de entretenerse en las labores de este sexo, y hacíase saludar con el título de *señora* y de *emperatriz*. Concedió asiento á su madre en el senado al lado de los cónsules, y creó otro senado de mujeres que deliberaran sobre los honores de la corte y sobre las he-

(1) Dion. Hist. Rom., lib. LXIII.
(2) *Atque in latrina ad quam confugerat occisus.* Hist. August., pág. 478.
(3) Hist. August.

churas de los vestidos. ¡Este era el trono de los Césares, y el senado de los Escipiones y de los Brutos! El reinado de Elagábalo ó Eliogábalo no fué el de la gastronomía, como una errada tradición vulgar ha hecho á muchos creer, sino el de la lascivia y la lubricidad, que llevó á un grado que el pudor no consiente expresar. Era preciso que todos los vicios pasaran por encima del solio romano antes que se sentara en él la religión de las verdaderas virtudes, para que se pudiera apreciar mejor.

Después de tanta imbecilidad, de tanta degradación, de tantas iniquidades y de tantos crímenes, la España y el imperio van á gozar de un respiro bajo el gobierno de un príncipe sabio, ilustrado, juicioso y protector (222). Al modo que tras largos días de procelosas borrascas y por entre nubes espesas y sombrías se deja ver momentáneamente un sol claro, que suele ser signo y causa de arreciar más la tempestad, así apareció Alejandro Severo como un resplandor fugaz entre las negras tormentas que le habían precedido, y los huracanes que le habían de seguir. Ya la España participaba de la suerte desastrosa de la metrópoli: al peso de tanto emperador monstruoso iba también sucumbiendo: Alejandro Severo la reanima; la provee de gobernadores sabios y amantes del bien, y la hace entrar de nuevo en la senda de la prosperidad. En aquellos primeros tiempos el pueblo elegía sus sacerdotes y sus obispos: Severo quiso que se hiciera lo mismo con los gobernadores de las provincias: el emperador los proponía, proclamaba sus nombres, y dejaba al pueblo el derecho de aplaudir ó vituperar la elección. Esta deferencia hacia el pueblo no podía dejar de lisonjear los instintos de libertad de los españoles, y agradecidos levantaron monumentos á quien con tanta consideración los trataba.

Por otra parte, el cristianismo iba penetrando, aunque de un modo como vergonzante, en el alcázar de los Césares. Alejandro Severo colocó ya en su capilla particular una imagen del Crucificado, entre las de Apolonio de Tiana, de Abraham y de Orfeo. Algo era. Al fin ya los cristianos no se veían obligados como hasta entonces á vivir en grutas y cuevas subterráneas por librarse de la vigilancia de magistrados perseguidores: ya podían vivir en público, porque el emperador gustaba de sus libros y de su moral; y Mammea su madre, si no era ya cristiana, al menos inspiraba á su hijo sumo respeto hacia esta religión. Algunos pueblos le erigieron estatuas, entre ellos, la colonia Gémina Accitana. En cuanto á Alejandro, lo diremos todo con decir que tomó por tipo y regla de su conducta esta máxima que es el compendio de toda la moral: «No hagas á otro lo que no quieras que te hagan á tí:» y que la hizo grabar en su palacio y en todos los edificios públicos. Reinó Severo trece años, al cabo de los cuales murió asesinado por Maximino.

Alejandro Severo fué como un puntal puesto á un edificio que se resquebrajaba por todas partes. Quitado el puntal, el viejo y combatido edificio comenzó á desmoronarse como tenía que suceder. Maximino ya no era romano, ni español, ni africano, ni sirio; era nacido en Tracia, de madre alana y de padre godo. Ya tenemos á un bárbaro sentado en el trono de los Césares, porque había entrado á servir de soldado en las legiones romanas (235). El mérito de Maximino era ser el hombre más alto y más fornido que se conocía, comer muchas libras de carne, y beber muchas

azumbres de vino (1), arrastrar él solo un carro cargado, echar á rodar por el suelo quince ó veinte luchadores, y otras semejantes proezas y virtudes. Los cristianos no podían dejar de ser perseguidos por un príncipe tan bárbaro: así hubo muchos mártires en España, y entre ellos se cita á San Máximo, que se cree ser el que los catalanes nombran San Magín. El manto imperial ya no era un manto de púrpura; era un harapo manchado y viejo que recogía un extranjero pobre y salvaje. Mientras Maximino estaba ocupado en batir á los germanos y á los sármatas, que todos querían dar ya emperador, el senado hacía rogativas públicas á los dioses porque no volviese á entrar en Roma. Pareció haberlos oído los dioses, porque Maximino quedó por allá asesinado con su hijo.

En Africa habían proclamado emperadores á los Gordianos, padre é hijo, descendientes de los Gracos y de Trajano. El viejo Gordiano rechaza llorando el manto imperial, pero se le visten á la fuerza, y saludan también Augusto á Gordiano el joven, que, amigo de las letras, lamentaba los males de su patria entre las mujeres y las musas. Muere el hijo, y el padre se ahoga con un cinturón por no sobrevivirle, y se desprende gustoso de las grandezas de un trono que repugnaba. El senado designa dos nuevos emperadores. Máximo Papiano y Balbino, bravo soldado el primero y orador y poeta el segundo (240). Suscítase en Roma una guerra civil: hay asaltos, combates é incendios: un niño los apaga con su presencia, un tercer Gordiano, hijo y nieto de los otros. Este tercer Gordiano, aunque joven, sostiene el honor del imperio por cinco años. Pero Filipo abusa de su inexperiencia, le hace perder el prestigio, le malquista con los soldados, y últimamente le hace morir á manos de ellos (244).

No se sabe si Filipo fué cristiano ó no. Sábese que fué árabe, y que había sido bandido. Ya era emperador cualquiera, y de cualquier país. Enrédanse nuevas guerras, y apenas puede distinguirse á quienes se nombra emperadores. Suenan los nombres de Prisco, hermano de Filipo, de Jotapiano, de Marino y de Decio. Este último sube al trono, y despliega tal crueldad contra los cristianos, que muchos, no pudiendo sufrir tantos suplicios, apostatan públicamente é inciensan los ídolos; otros firman una abjuración escrita de su creencia. A los primeros nombran *sacrificantes*, á los segundos *libelistas*.

La España no podía ser indiferente espectadora de acontecimientos que tan de cerca la tocaban. ¡Qué ocasión tan favorable la de tanta flaqueza y tanto desorden para haber podido reconquistar su independencia, si no se hubiera hecho tan romana! Sin duda el destino á que la llamaba la Providencia no se había cumplido. Ciertamente hay en la historia de las naciones misterios que no se pueden penetrar. España sigue todavía la suerte de Roma. Grandes acaecimientos, grandes trastornos se preparan (250).

A la manera que vemos muchas veces levantarse lejos de nosotros y en lo más apartado de nuestro horizonte pequeñas y dispersas nubes, que uniéndose y condensándose después, van ennegreciendo la atmósfera, y

(1) Al decir de Codro, comía este bárbaro cuarenta libras de carne, y bebía veinticuatro azumbres de vino.

apenas llega á nuestros oídos el ruido del trueno que de lejos las anuncia; mas luego las vemos acercarse impulsadas por el viento, los relámpagos crecen, el trueno retumba, y por último, la tempestad viene á descargar sobre nuestras cabezas, y los torrentes que de ella se desgajan inundan nuestros campos: así la España en los tiempos en que vamos á entrar, veía levantarse á lo lejos aquellas masas de bárbaros que á manera de nubes amenazaban el Norte del imperio; veíalas en lontananza unirse, engrosarse, avanzar como empujadas por el viento: mas colocada España al extremo occidental del mundo romano, el ruido de aquellas guerras llegaba á ella como el sordo rugido de un trueno lejano. Y sin embargo, aquellas nubes de godos, de hérulos, de vándalos, de sármatas, de escitas, de borgoñones, de hunos, de alanos y de otras mil razas y tribus, habían de venir á descargar sobre sus campos y á inundar su suelo. Preciso es conocer la marcha y progresos de aquellas masas de guerreros salvajes, que habían de derramarse por el Occidente, que habían de trastornar el imperio de los Césares, derribar el Capitolio y cambiar los destinos del mundo.

Los godos, empujados acaso por otros pueblos que detrás de ellos venían, se habían ido aproximando á las fronteras del imperio, que desde la conquista de la Dacia por Trajano, habían quedado abiertas y sin barrera que oponer á una invasión. Crispo, hermano de Filipo, les revela la debilidad del imperio, y los godos invaden primeramente la Mesia, y después la Tracia y la Macedonia (250). Decio se empeña con ellos en una lid desesperada, en que después de ver perecer á su hijo, encuentra también él mismo la muerte: y Galo, acaso vendido también á los godos como Prisco, es proclamado emperador. Galo celebra con los godos una paz vergonzosa, obligándose á pagarles un tributo anual, á condición de que respeten las tierras del imperio, condición que los bárbaros se cuidaron muy poco de cumplir. La peste asolaba aquellas provincias (252), y multitud de razas salvajes las invadían. Además de los godos, la Escitia y la Germania arrojaban masas innumerables de guerreros, los godos se derramaban por la Tracia y la Macedonia, los francos invadían las Galias por el Rhin, los escitas caían sobre el Ponto Euxino y avanzaban hasta Calcedonia, y Sapor, rey de los persas, ocupaba la Armenia, y se proponía arrojar á los romanos de toda el Asia. Y mientras los bárbaros sitiaban el imperio por todas partes, los aspirantes á la púrpura se hacían proclamar cada cual por su ejército, se combatían, ó se asesinaban.

Tal estaba el imperio cuando Valeriano se ciñó la púrpura pasando por encima de los cadáveres de Galo y de Emiliano. Él y su hijo Galieno, mozo afeminado y vicioso, auxiliados de Póstumo, Claudio, Aureliano y Probo, que en el hecho de ser caudillos del ejército, eran candidatos á la púrpura, vencieron á los godos, rechazaron de España á los franco-germanos, pero marchando después contra los persas, cayó Valeriano prisionero del rey Sapor (260). Todos los crímenes del imperio y todas las flaquezas del Capitolio se vieron castigados en la persona de aquel desventurado emperador. Propúsose el Persa hacer á su imperial cautivo objeto de ludibrio y de afrenta. El bárbaro rey le hacía servir de estribo para montar á caballo, apoyando orgullosamente su pie sobre la encorvada espalda del prisionero, revestido de la púrpura. Y porque un día le irritó, mandó deso-

llarle vivo, y adobada su piel y teñida de encarnado, la rellenó de paja para que conservara la forma humana, y la hizo colgar de la bóveda del templo principal de Persia, donde se conservó por espacio de muchos siglos (1). ¡Barbarie inaudita! Cuando Galieno supo el desastroso fin de su padre, se contentó con decir: *Ya sabía yo que mi padre era mortal.* Y recogiendo la otra mitad de la vieja púrpura, como quien recoge la mortaja de un muerto, continuó impasible entre sus cortesanas y sus deleites. No sabemos cuál acabó de humillar más el imperio, si la muerte afrentosa del padre, ó la conducta vergonzosa del hijo.

Entonces fué cuando se levantó simultáneamente un enjambre de tiranos, que unos fijan en treinta por asemejarlos á los de Grecia, otros en diez y nueve: entre ellos se distinguían las dos reinas Zenobia y Victoria. Esta última elevó al rango de Augusto en las Galias á Mario, que había sido armero, el cual llamaba á Galieno *lujuriosísima peste.* Mario pereció á manos de un soldado que había sido oficial de su taller: al atravesarle el cuerpo con la espada le dijo: *Tú la fabricaste.* Victoria, aquella Zenobia de las Galias, no se desalentó por esto, y nombró todavía emperador á Tétrico, que lo fué de las Galias y de España. Pero ¡cosa maravillosa! Aun producía Roma genios no comunes. Tal fué Claudio, que sucedió á Galieno: mereció y obtuvo el nombre de Gótico, por la brillante derrota que causó á los godos. Curiosas son las palabras con que él mismo la describe: «Hemos destruído trescientos mil godos, y echado á pique dos mil naves. Los ríos están cubiertos de escudos, y sus márgenes de anchas espadas y pequeñas lanzas. Las llanuras se ocultan bajo los montones de huesos blanquecinos: no hay camino que no esté tinto de sangre..... hemos hecho tantas mujeres prisioneras, que no hay soldado que no pueda tener dos ó tres esclavas (2).» La fortuna ayudaba á Claudio por otra parte. Los tiranos se habían destruído unos á otros; no le quedaban sino Zebonia en Oriente y Tétrico en Occidente: ya se disponía á ir contra ellos cuando le sorprendió la muerte (270).

Hízolo por él su sucesor Aureliano, llamado *Espada-en-mano, Manus ad ferrum.* Dotado Aureliano de cualidades brillantes, de gran valor y de un golpe de vista pronto y certero, subyugó á los dacios, y venció á Zenobia y á Tétrico. El triunfo de Aureliano fué el más pomposo y brillante que se vió jamás: todos los pueblos figuraron en él: llevaba prisioneros godos, alanos, alemanes, vándalos, roxolanos, sármatas, suevos y francos; tras ellos iba Tétrico, que algún tiempo había dominado en España, vestido con la púrpura imperial; entre las reinas prisioneras distinguíase la famosa Zenobia, reina de Palmira, atadas las manos con una cadena de oro tan pesada, que los grandes de su corte, cautivos como ella, tenían que irla aliviando el peso; las perlas que cuajaban su vestido apenas la permitían andar (3). Ostentábase Aureliano sentado en un carro triunfal

(1) *Direpta est ei cutis... at in templo barbarorum deorum ad memoriam triumphi clarissimi poneretur.* Lactant. De morte persecut., cap. V.

(2) Carta de Claudio á Broco, gobernador de la Iliria.

(3) Cuando presentaron á Aureliano la ilustre prisionera de Palmira: «¿Con que has tenido atrevimiento, le dijo, para oponerte á un emperador romano?—Ignoraba, le

arrastrado por cuatro siervos. Así renovó todavía Aureliano las antiguas glorias de Roma. Era naturalmente severo: no permitía á los soldados tomar ni un pollo de los labradores, diciendo que los guerreros deben verter la sangre de los enemigos, no la de los pollos ni las lágrimas de los infelices conciudadanos (1). Cuando se dirigía á Oriente á hacer la guerra á los persas, fué muerto por los oficiales de su armada. Los cristianos lo agradecieron, porque meditaba contra ellos una nueva persecución (275).

Sucedió entonces un fenómeno inexplicable. El mundo estuvo ocho meses sin dueño. El senado remitía al ejército el cargo de nombrar emperador: el ejército á su vez le remitía al senado: ni el uno quería usar de su derecho ni el otro de su fuerza. Cosa extraña: no sabemos si sería capricho ó cansancio. Por fortuna, con las últimas victorias contra los bárbaros de fuera y contra los tiranos interiores, el imperio estaba tranquilo. Roma hubiera podido recobrar su libertad, y no lo hizo: parecía haberla ya olvidado. Por fin, el senado proclamó emperador á Tácito, anciano de setenta y cinco años, y de la familia de Tácito el historiador filósofo. Este anciano pareció rejuvenecer un poco la corrompida decrepitud de la república, mas cuando iba á colocarse á la cabeza del ejército para repeler una nueva invasión de los alanos, halló un fin desastroso. Su hermano Floriano, que le sucedió, reinó poco, y le mataron los soldados, por pasarse á las águilas de Probo, ó más bien, los soldados asesinaban ya emperadores por costumbre (276).

Probo fué uno de los más grandes emperadores del tiempo de la decadencia. En otra época hubiera podido ser un Augusto. Tan rígido soldado como hábil político y celoso administrador, defendió el imperio contra los enemigos, y las provincias contra los excesos de los soldados, los cuales veían en él un soldado más frugal y más disciplinado que ellos. No podían ser insensibles al ejemplo de un emperador, que sentado en tierra sobre la hierba en la cima de una montaña de la Armenia, comiendo legumbres en un puchero, con un sencillo vestido de lana teñido de púrpura, recibía á los embajadores del rey de Persia. La modestia de Probo era tan grande, que cuando sus soldados le aclamaban: «Me matáis, decía, cuando me llamáis emperador.» Cuando le murmuraban su pobreza, decía á su ejército: «¿Queréis riquezas? Ahí tenéis el país de los persas. Creedme; de tantos tesoros como poseía la república romana, nada ha quedado; el mal viene de los que han enseñado á los príncipes á comprar la paz de los bárbaros. Nuestras rentas están agotadas, nuestras ciudades destruídas, nuestras provincias arruinadas. Un emperador que no conoce otros bienes que los del alma, no se avergüenza de confesar una honesta pobreza.» Como guerrero derrotó á los francos, á los borgoñones y á los vándalos que se habían apoderado de las Galias. Mató á cuatrocientos mil bárbaros, libertó y reedificó setenta ciudades, trasladó á la Gran Bretaña colonias de prisioneros, sometió una parte de la Alemania, levantó una muralla de doscien-

---

contestó la cautiva reina, que hubiese todavía emperadores dignos de este nombre: á todos los consideraba como Galienos ó Aureolos: pero me has vencido, Aureliano, y veo al fin un emperador.»

(1) Hist. August., pág. 222.

tas millas desde el Rhin hasta el Danubio, y libre de las guerras extrañas sofocó las rebeliones interiores: como administrador, afianzada la paz, empleó sus ejércitos en labores de agricultura, y mandó plantar de nuevo viñas en España, revocando el ridículo edicto de Domiciano. «Si los dioses me conceden vida, dijo en una ocasión, pronto el imperio no necesitará de soldados.» Las legiones recogieron esta expresión, y no aguardaron más que una ocasión para deshacerse de quien tal ánimo mostraba de disolverlas.

Al día siguiente de haberle asesinado (282), le erigieron un sepulcro de mármol con esta inscripción: *Aquí yace Probo, el mejor de los emperadores, el vencedor de los tiranos y de todas las naciones bárbaras.* Esta inscripción era una verdad, y aun pudieron decir más de sus virtudes pacíficas (1).

Siguieron Caro, Carino y Numeriano. Carino residió en España. De su estancia se hallaron monumentos en el mercado público de Sagunto, y muchas inscripciones han perpetuado su administración. Sucedió á éstos Diocleciano, con el que empieza la era famosa de la Iglesia conocida con el nombre de *Era de Diocleciano ó era de los Mártires.*

Aun estaba la España bajo la dominación de Carino cuando fué contra él Diocleciano: encontráronse sus ejércitos, pero los soldados de Carino ahorraron á Diocleciano el trabajo de vencerle. Parecía ya como artículo de ordenanza para los soldados asesinar á sus jefes, ó para dar la púrpura á otro, ó para quitársela á los mismos que habían proclamado. Diocleciano no se reconoció bastante fuerte para sustentar solo el peso de tan vasto imperio y le compartió con Maximiano Hércules (285). Aun hizo más: nombró luego dos Césares, á saber, Constancio Chloro y Galerio, y dividió los dominios imperiales en cuatro grandes provincias. La España con la Bretaña y las Galias le fué encomendada á Constancio, que era el mejor de los tres. Tiénese, no obstante, en lo general una idea muy exagerada de la crueldad de Diocleciano, sin duda por la persecución general que en su reinado sufrió la Iglesia. Pero Diocleciano, príncipe prudente y hábil, había dado antes de la persecución diez y ocho años de gloria al imperio; había sido gran administrador, y refrenó mucho el despotismo militar y la preponderancia de las legiones. El mismo edicto de persecución que con tanta sangre de mártires enrojeció la tierra le dió de muy mala gana; el delito de Diocleciano fué la flaqueza de haber cedido á las inicuas sugestiones de Galerio. El emperador quiso antes consultar á un consejo de magistrados, y este consejo opinó que los cristianos debían ser perseguidos. Diocleciano, no tranquilo todavía, envió á consultar á Apolo de Mileto, y Apolo respondió que los justos esparcidos por la tierra le impedían decir la verdad; los arúspices declararon que estos justos eran los cristianos: resolvióse con esto su persecución; y se dió el famoso edicto de Nicomedia, obra de la maldad de Galerio y de la debilidad de Diocleciano (2).

Antes de este edicto, y en los reinados de Galo, Valeriano, Galieno,

---

(1) Hist. August., Vit. Prob.—Zosim., lib. I.

(2) Chateaubriand en sus *Mártires*, ha hecho el retrato de las cualidades respectivas de los tres emperadores, Diocleciano, Galerio y Constantino, con mucha verdad histórica, y con la elegancia que distingue al ilustre escritor de nuestro siglo.

Claudio y los demás que le sucedieron, los decretos de persecución habían sido ó parciales ó contradictorios, y los gobernadores de las provincias, más bien que los emperadores, eran los que empleaban, según su carácter, la tolerancia ó el rigor con los cristianos. Ahora la persecución se hizo general; el decreto prevenía el exterminio; Galerio no se contentaba con menos; se empezó destruyendo las iglesias y entregando á las llamas los libros santos y las actas de los mártires que había habido, y siguieron los suplicios sin distinción de orden, clase ni edad: las cárceles rebosaban de víctimas, los caminos se veían cubiertos de montones de hombres mutilados; los garfios, el potro, la cruz y las bestias feroces despedazaban á niños y madres, ó los arrojaban confundidos á las piras, ó los precipitaban al fondo del mar á centenares, porque no había verdugos para tantas víctimas (300).

Muchos mártires hubo también en España, no por culpa del César, porque Constancio no los perseguía, y acaso en su interior los amaba, sino del gobernador Daciano, escogido de entre la aristocracia romana, la más enemiga de las novedades (que así llamaban la nueva religión), para dar cuenta de los cristianos desde los Pirineos hasta el Océano. Murieron obispos, centuriones, magistrados; y de este tiempo fueron los innumerables mártires de Zaragoza. Hubo también en España, fuerza es confesarlo, falta de constancia en muchos; bastantes abjuraron ó por debilidad ó por poco arraigados en la fe, y faltábale todavía mucho á la España para ser toda cristiana. La persecución duró en Occidente dos largos años, los últimos del reinado de Diocleciano: en Oriente la continuó Galerio por ocho años más. Galerio no se saciaba de sangre cristiana.

El impío é infame Galerio había logrado persuadir á Maximiano, padre de su mujer, á que abdicase la púrpura. Logró después lo mismo de Diocleciano, más ciertamente con amenazas que con la persuasión, y Diocleciano, tan generoso en partir con otros el imperio, obligado á bajar de él por el mismo á quien había elevado, se retiró á Salona su patria. Así quedaron por emperadores Galerio en Oriente y Constancio en Occidente. Con la elevación de Constancio al imperio cesó en España la persecución de los cristianos (305), antes se entregó públicamente á su confianza; abriéronse las cárceles á todos, y entre ellos recobró la libertad Osio, obispo de Córdoba, que después se hizo tan justamente célebre. Constancio fué un excelente príncipe, dulce, justo y tolerante, y tan pobre, que cuando daba un festín tenía que pedir la plata prestada. Suidas le llama *Constancio el pobre*. Su hijo Constantino, el que después había de dar tanto engrandecimiento y lustre á la Iglesia, tenía entonces diez y ocho años, y habiéndose alistado antes en las banderas de Diocleciano, continuaba sirviendo en Oriente bajo los estandartes de Galerio. Reclamábale su padre, agobiado de enfermedades; pero el inicuo Galerio le retenía en su poder, hasta que una noche se salvó de sus lazos con la fuga. Para librarse Constantino de la persecución, iba en cada parada de postas cortando las piernas á los caballos de que se servía (1), y de este modo llegó á incorporarse con su padre, el cual murió luego en York; las legiones, haciendo el último ensayo

(1) Zosim., lib. II.

de su poder, aclamaron á Constantino emperador, en nombre de las virtudes de su padre (306).

Muchas guerras tuvo que sostener todavía Constantino antes de sentarse tranquilo en el trono de Occidente, ya contra Maximiano, que, arrepentido de su abdicación, quiso vestirse otra vez la púrpura, ya contra Galerio, ya contra Maxencio y Licinio. Por este tiempo se celebró en España el concilio de Illiberis. La Iglesia y el mundo van á recibir una trasformación bajo el imperio de Constantino.

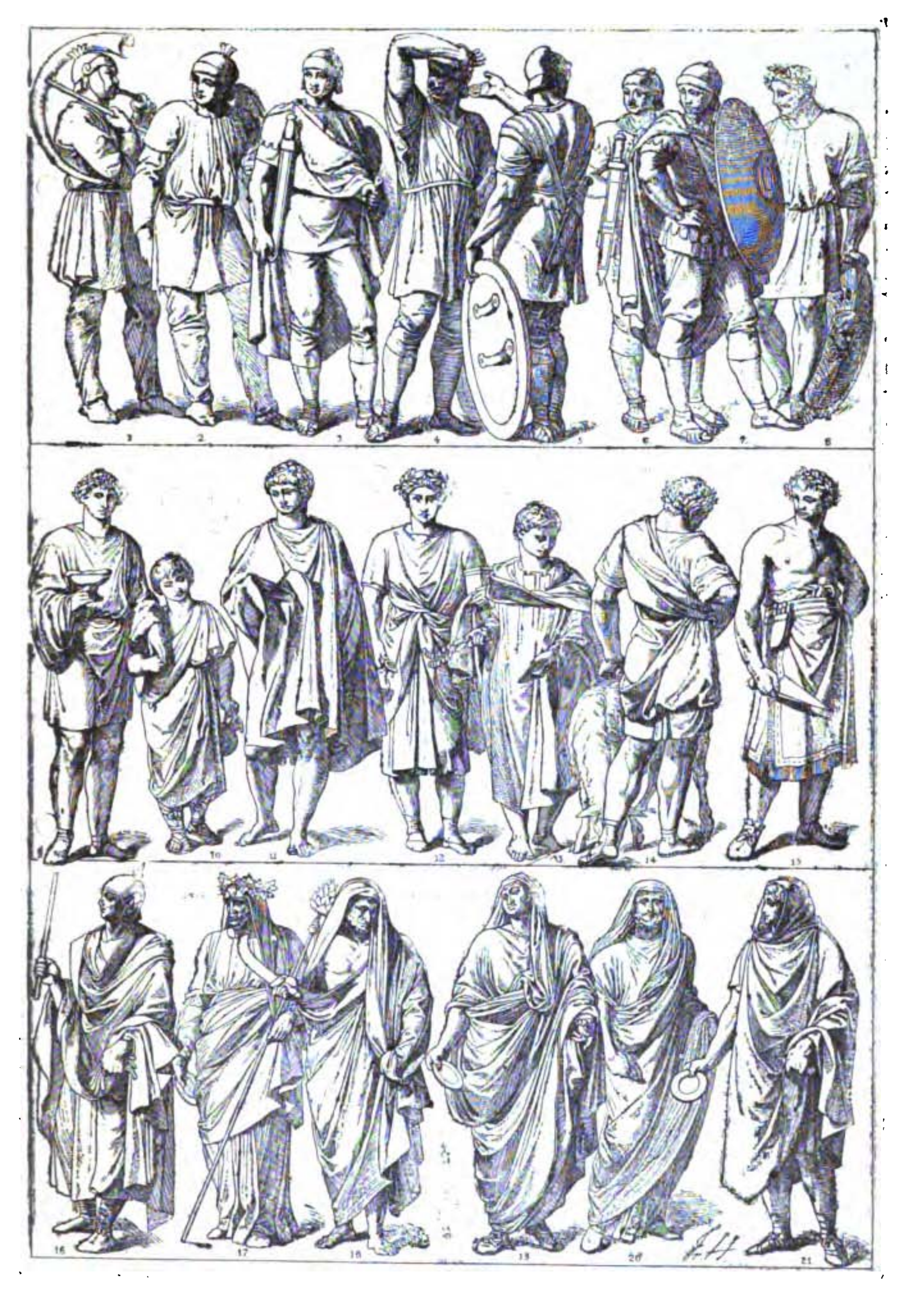
CAPÍTULO IV

EL CRISTIANISMO

Pintura de las costumbres del imperio romano.—Corrupción y disolución moral.—En los emperadores: en el pueblo: en los hombres de letras.—Causas que la producían.—Politeísmo.—Constitución orgánica del imperio.—Tiranía: esclavitud: condición miserable y abyecta del pueblo.—Vicios de la legislación.—Derechos tiránicos de los padres.—Prostitución del matrimonio: facilidad de los divorcios: leyes sobre el celibatismo: esclavitud de las mujeres: falta de vínculos de familia: exposición de los hijos.—Escandaloso lujo y vida licenciosa de los ricos: egoísmo universal: estrago y desenfreno de costumbres.—Filosofía epicúrea: filosofía estoica.—Necesidad de una revolución social en el mundo.—La trae el cristianismo.—Filosofía cristiana.—El cristianismo considerado como principio moralizador y como principio civilizador.—Su doctrina: su nacimiento y progresos.—Costumbres de los primeros cristianos.—Persecuciones: martirios: edad heroica del cristianismo.—Cómo fué ganando al pueblo.—Cómo á las clases elevadas de la sociedad.—Filósofos cristianos: apologistas.—El cristianismo en España.—Mártires españoles.—Zaragoza.—Osio.—Situación religiosa del mundo al comenzar el cuarto siglo.

Estaba elaborándose lentamente en el imperio romano una revolución social, la mayor que han presenciado los siglos, y la mayor también que se verá hasta la consumación de los tiempos. Todos los sucesos que hasta ahora llevamos referidos carecen de importancia al lado del grande acontecimiento que se estaba preparando. La sociedad antigua iba á disolverse, el mundo iba á sufrir una trasformación física y moral, y la gran familia humana iba á ser regenerada en su religión, en su gobierno, en su legislación, en su moral y en sus costumbres. Los elementos existían ya, pero iban obrando paulatinamente como todo lo que está destinado á producir cambios y revoluciones que han de durar largas edades. Menester es que conozcamos las causas que fueron preparando esta gran metamorfosis social, para que podamos apreciar después debidamente sus efectos.

Por el imperfecto cuadro que hasta ahora hemos delineado se ha podido ver á qué grado de corrupción, de inmoralidad, de desenfreno habían llegado las costumbres en el imperio romano, y el imperio romano era entonces el mundo. Aunque la disolución y los vicios tenían ya gangrenada la sociedad romana en los últimos tiempos de la república, veíanse todavía algunos ejemplos, si no de virtudes morales, por lo menos de virtudes cívicas, de las virtudes propias de un resto de energía nacional, de un resto de amor á la libertad. Bruto y Casio fueron llamados los últimos romanos. La voz de Cicerón dejó de oirse, y no hubo quien la



TRAJES MILITARES Y SACERDOTALES DE LOS ROMANOS

1 á 8 y 16. *Soldados romanos.* — 9 á 15. *Auxiliares de los sacerdotes.* — 17 á 21. *Romanos en actitud de hacer ofrendas á los dioses.*

reemplazara, porque la elocuencia enmudece con la tiranía. Mientras la república estuvo ocupada en conquistar, la necesidad del heroísmo produjo todavía algunas virtudes: cuando los hombres dejaron de pensar en guerras, pensaron en deleites y en cortesanas. Cuando Augusto dió la paz al mundo avasallado, no pudo hacer sino llamar en su auxilio las musas para que encubrieran con sus laureles la tiranía y la relajación. Aunque de buena fe quisiera Augusto corregir las costumbres, era ya impotente para ello, porque el corazón de la sociedad estaba corrompido, y lo estaba por la misma organización social.

Así desde Augusto que aparentó querer contener la inmoralidad, corre después y se precipita desbocada y sin freno, ayudada de la tiranía desenmascarada, que era lo único que le había faltado. Desde entonces no se ve sino una depravación profunda en todos los miembros de la sociedad: el vicio y la impiedad, la ferocidad y la adulación, la crápula y la sensualidad, erigidas en sistema. Emperadores malvados disponían de un pueblo corrompido, y soldados licenciosos se daban emperadores tan desenfrenados como ellos. Plebe y soldados nombraban, aplaudían, divinizaban al que esperaban les hiciese más distribuciones de trigo ó de dinero con que matar el hambre, y que les diese más espectáculos con que divertirse: cuando las distribuciones y los juegos se acababan, asesinaban á aquel y aclamaban á otro. Así el pueblo lloraba como una desgracia la muerte de Calígula, de Nerón, de Cómodo, de Caracalla y de Eliogábalo, porque habían sido los más pródigos para él. «El pueblo, dice elocuentemente un escritor español (1), el pueblo, siempre mendigo y siempre seguro, decía al tirano: tenga yo dinero, y tú confisca: tenga yo trigo, y tú mata: tenga yo espectáculos, y tú harás cuanto te agrade: con que entre el pueblo y el mal príncipe había una tácita convención, mediante la cual el déspota daba el trigo y el pueblo los aplausos... Cuando los tiranos salían de sus palacios, y oían las salutaciones y agradecimientos del pueblo, imaginábanse que todo el imperio se hallaba en el más floreciente estado, y tenían las interesadas y compradas aclamaciones de la canalla bien alimentada por indicios de la pública felicidad.—¿Hacíase, dice en otra parte, una carnicería de los ricos? Pan al pueblo, y mas que todos los ricos se matasen. ¿Subía un emperador á la escena, ó descendía al palenque con los gladiadores? Pan al pueblo, y en el senado y en el circo resonaban aplausos al emperador comediante, citarista ó cochero. ¿Volvía el príncipe de la guerra sin haber visto al enemigo, ó después de haber hecho una paz vergonzosa? Pan y dinero al pueblo, y el príncipe quedaba hecho padre de la patria, y entraba victorioso en Roma entre las aclamaciones y bajo los arcos de triunfo. ¿Moría una cortesana, una vil prostituta, esposa del emperador y mujer de todos los hombres? Pan y dinero y aceite al pueblo, y la casta consorte del tálamo nupcial era hecha una diosa, se derramaban lágrimas sobre su tumba, y sus estatuas se adornaban de flores.»

Así los príncipes apresuraban la corrupción del pueblo, y el pueblo ayudaba á la corrupción de los príncipes.

---

(1) Malgorza y Azanza, Discurso sobre el comercio de los romanos.

¿Pero era sólo el pueblo ignorante y estúpido el que así adulaba á sus tiranos? ¿No hacían lo mismo los hombres de letras, los sabios y filósofos? Valerio Máximo dedica su obra al infame Tiberio, y en el prefacio se dirige á él diciéndole: *A vos, á quien los dioses y los hombres de concierto han dado el gobierno del mundo; á vos, de quien pende la salud de la patria, pues que vuestra divina sabiduría alienta con tanta bondad las virtudes que hacen el objeto de esta obra y castiga con severidad los vicios contrarios; á vos, César, es á quien invoco para el éxito de mi empresa.*—El mismo Séneca, el preceptor de Nerón, el que mejor escribía de moral y de virtud, pero que á favor de sus usuras había amontonado en cuatro años trescientos millones de sestercios (1); el que por impedir á su depravado discípulo que fuese incestuoso le inclinaba á ser adúltero; el mismo Séneca, ¿no le decía á Nerón que *podía vanagloriarse de un mérito que ningún otro emperador tenía, la inocencia; y que hacía olvidar los tiempos de Augusto* (2)?

Jamás, ni en tiempo ni en parte alguna, se vió la humanidad agobiada bajo el peso de tantos vicios y de tantos crímenes. Es un cuadro que asombra y espanta. ¿De dónde provenía tanto desorden? ¿Qué causas habían producido aquel refinamiento de disolución y de maldad? La religión y el culto, la organización política, el gobierno, las leyes, las doctrinas filosóficas, todo contribuía á fomentar la corrupción intelectual y moral del pueblo romano.

Los hombres del mundo antiguo, no habiendo alcanzado el conocimiento de la verdadera divinidad, se fabricaron dioses con las mismas pasiones y con los mismos defectos que ellos; y si al principio les tuvieron respeto, fueron perdiéndosele después. Había dioses para todas las virtudes, pero había también dioses para todos los vicios, y los hombres encontraban más fácil asemejárselos en éstos que imitarlos en aquéllas, *Si Júpiter trasformándose en lluvia de oro*, decía Terencio en una de sus comedias (3), *seduce las mujeres, ¿por qué yo, siendo un miserable mortal, no he de poder hacer otro tanto?* Y como si el politeísmo de Roma no fuera bastante, como si el catálogo de los dioses romanos necesitara ser aumentado para autorizar todos los crímenes, llevaron los de Egipto y Grecia para que los ayudaran á proteger y santificar los vicios. Si en el templo de la Venus de Babilonia se prostituían públicamente las mujeres, si en el de Corinto se consagraban más de mil meretrices á la madre de los amores, ¿por qué en Roma había de haber vestales? Nadie quería ya serlo, y no se encontraba quien mantuviera el fuego sagrado. Pero en cambio las madres llevaban á sus hijas á las fiestas Lupercales, asistían con ellas á las danzas impúdicas de Flora, y las acompañaban al teatro á ver representar con demasiada realidad los amores lascivos de Pasifae. En cambio las doncellas llevaban Príapos colgados al cuello, y las cortesanas ostentaban su desnudez en los combates de los gladiadores, y exigían que éstos escogieran para morir las posturas más lúbricas. Así se formaron aquellas Mesalinas,

---

(1) Tacit. Ann., lib. XIII.
(2) Sen. De Clementia.
(3) Eun. Act. III.

aquellas Lépidas, y aquellas Julias, cuyas obscenidades y cuyos delitos dejamos á los poetas de aquel tiempo que los celebren.

No eran solos el sensualismo y la lascivia los que contaban con protectores en el Olimpo, ni solos los altares de Venus, de Adonis y de Príapo los que tenían adoradores. A ningún vicio le faltaba su divinidad, inclusos el homicidio y el robo. Hasta la hipocresía era pedida á los dioses como una virtud. *Hermosa Laverna,* decía Horacio (1), *enséñame el arte de engañar, y concédeme parecer justo y santo.* Los templos de la Piedad, de la Castidad, de la Concordia, de la Virtud y del Honor, estaban ú olvidados ó desiertos; los votos y las ofrendas se colgaban en el de *Júpiter Prædator*, para que les fuese propicio en sus latrocinios. No extrañamos que Cicerón y los hombres ilustrados de su tiempo se burlaran ya públicamente de aquellas divinidades, avergonzados de lo absurdo del politeísmo, pero no encontraban un dios que pudiera estar libre de caer en aquel descrédito. No se halló, como veremos luego, otra cosa que oponer al desautorizado paganismo, que una filosofía ineficaz.

Si la idolatría favorecía la corrupción, no la fomentaba menos la organización política del estado. El imperio romano era un gigante que tenía abrazada la mitad del mundo con un círculo de hierro. Nunca se había extendido tan lejos la opresión de la familia humana, nunca se llevó tan adelante el desprecio de la humanidad, y nunca se vieron tantas miserias, egoísmo tan universal, relajación tan absoluta de los vínculos sociales. «El despotismo de los emperadores, dice un ilustre escritor, parece haber sido permitido para dar al mundo un ejemplo de los excesos á que la embriaguez del poder absoluto puede conducir á los hombres.» ¿Necesitaremos recordar la execrable depravación de ese catálogo de monstruos imperiales que tuvieron encadenado al mundo, que mataban á sus semejantes por recreo, que amaestraban á las fieras en el arte de devorar hombres, que gozaban en los espectáculos viendo la presteza con que los leones engullían esclavos, ó prisioneros, ó mujeres, ó conspiradores denunciados, y que se saboreaban en las mesas con las lampreas cebadas en sus estanques con carne humana? Lo que parece sorprender más es que hubiera un pueblo tan sumiso que tolerara tan abominables monstruos y tan horribles monstruosidades. Pero armados ellos con la terrible ley que establecía el delito de lesa majestad, autorizando y premiando los delatores, provistos de numeroso espionaje á que se prestaba grandemente un pueblo de mucho tiempo atrás corrompido, ellos podían deshacerse fácilmente de todo ciudadano que pudiera hacerles sombra, ó cuyos bienes codiciaran, y los especuladores y traficantes en delaciones les surtían abundantemente de víctimas, y á trueque de ganar un premio, importábales poco llevar familias enteras á los suplicios ó ejecutar por sí mismos cuantos asesinatos les fuesen ordenados.

Por otra parte, ¿qué sentimiento de dignidad, de pensamientos nobles podía haber en la inmensa mayoría del pueblo romano, pobre, abyecta, deprimida, degradada por la ley, no habituada al trabajo, despojada de toda garantía social y acostumbrada á vivir de limosnas que á título de

(1) Epist. XVI, lib. I.

distribuciones le daban los príncipes, ó á merced de un pequeño número de ricos á quienes tenía que adular y servir? Porque ¿qué era el imperio romano? Una agregación de ciento veinte millones de pobres ó de esclavos, al servicio de diez millares escasos de opulentos. Porque allí no existía esa clase intermedia, que es el alma de las sociedades, esa clase de libres cultivadores, y de talentos independientes, esa que hoy denominamos clase media, donde suelen residir la ilustración y la virtud. No había más que un número inmenso de miserables que se morían de hambre, al lado de unos pocos que nadaban en la opulencia y en el lujo, que gastaban en un banquete lo que hubiera bastado para alimentar en un mes una provincia entera (1), y cuyos criados se contaban por millares (2). Plinio menciona un ciudadano, que después de lamentarse de las pérdidas que había sufrido durante las guerras civiles, dejó al morir cuatro mil ciento diez y seis esclavos, tres mil seiscientos pares de bueyes, doscientas cincuenta mil cabezas de ganado, y sesenta millones de sestercios sin contar las tierras (3). Patricios había que poseían más vasallos que súbditos algunos monarcas.

La esclavitud, base y vicio radical de las antiguas sociedades, estaba prescrita en Roma por las leyes. El imperio estaba poblado de esclavos, que no eran mirados como hombres. La ley los consideraba como *cosa*, como propiedad de sus señores ellos y sus hijos. La más ligera falta, el más leve descuido en el servicio doméstico, autorizaba al señor para arrojarle al vivero de los peces. Podía matarle, ó venderle, ó echarle á las fieras, y los enfermos eran despedidos y abandonados como muebles inútiles. La más remota sospecha bastaba para entregarlos á la tortura; y la legislación prescribía los tormentos, las planchas de hierro candente, los garfios para despedazar las carnes, los potros en que se estiraban los miembros hasta descoyuntar los huesos. Un pueblo en que el homicidio se había convertido en espectáculo de placer, un pueblo á quien se divertía con juegos y fiestas que duraban ciento veintitrés días, en cuyo espacio morían en la arena diez mil gladiadores, ¿podía tener sentimientos generosos y humanitarios?

Ejercíase una tiranía legal hasta en el hogar doméstico. Los derechos del padre sobre los hijos eran los derechos de un tirano, y las mujeres, esa preciosa mitad del género humano, eran miradas por los romanos como esclavas. Pobres y ricos rehuían el matrimonio, los unos por la falta de medios con que sustentar la familia, los otros por preferencia á las caricias fácilmente compradas en un celibatismo licencioso. Hubo necesidad de establecer leyes penales contra los célibes, pero la unión á que muchos se sujetaron por no incurrir en las penas de la ley Pappia-Poppea vino á ha-

(1) Lucio Vero, el colega de Marco Aurelio, gastó en una noche con sólo doce convidados, la enorme suma de seis millones de sestercios. Fué memorable aquella cena en los fastos de la gastronomía. Jul. Capit. in Vero, cap. v.

(2) *Familiarum numerum et nationes* los llama Tácito. Annal., lib. XI.—Plinio dice que era necesario un *nomenclator* para conocerlos y llamarlos: y Ateneo, que había quien poseía quince ó veinte mil. Dignos., lib. VI.

(3) Citado por Cantú, Hist. Universal. Epoca VI, cap. v.

cer del matrimonio una vergonzosa prostitución. Habiendo caído en desprecio, se facilitaron los divorcios, y llegó á hacerse legal el adulterio. Juvenal nos habla de una mujer que llevaba ocho maridos en cinco otoños, y San Jerónimo testifica haber visto en Roma á uno que enterraba á su vigésima prima esposa, la cual á su vez había tenido veintidós maridos. Júzguese cuál debería ser la educación de los hijos: sirviéndoles de estorbo y de carga, ó perecían antes de nacer, ó los dejaban abandonados, exponiéndolos en la vía pública.

En ayuda de una religión y de una legislación que así autorizaban la tiranía y la esclavitud, y que así conducían á la disolución de costumbres, vino la filosofía de Epicuro, trasportada de Grecia, con sus doctrinas de egoísmo material, de goces y de placeres sensuales, á poner el sello del refinamiento al egoísmo y á la sensualidad romana. Abrazáronla emperadores y patricios, y entregáronse sin freno á todos los goces del lujo, de la lubricidad y de la crápula, llevando el fausto, la molicie y hasta la gula á un grado que nos cuesta hoy violencia creer, aun atestiguándolo unánimemente todas las historias romanas, y que dejaba atrás el lujo y la delicadeza tan ponderada de Asia.

El oro, la plata, el marfil, la concha, el ébano y el cedro, eran las materias comunes del ajuar de sus palacios. Calígula hizo guarnecer de perlas las proas de las galeras de cedro en que costeó las deliciosas playas de la Campania. Con perlas adornaba Nerón los lechos de sus liviandades. Con perlas ataviaban las nobles y ricas matronas su cabeza, su cuello, su pecho, sus brazos, y hasta sus piernas. Lolia Paulina llevaba un aderezo que se evaluaba en cuarenta millones de sestercios. La Arabia, la India, la Persia, el Africa, el Oriente, el Mediodía, el Norte, los mares, los golfos, las islas, los bosques y los campos de todas las regiones, no bastaban á surtir á los voluptuosos romanos de perfumes y aromas, de perlas, de piedras preciosas, de telas, de metales, y de maderas olorosas. Cada magnate sostenía una turba de perfumistas, bañistas, y otros ministros de la molicie y de la afeminación: las ricas matronas, además de la multitud de mujeres que en su tocador empleaban, hacían gala de no presentarse en público sin un cortejo numeroso de eunucos, de galanteadores y rufianes, y de otros viles servidores de la prostitución. De Nerón dice Plinio que hizo derramar en la pira de Popea tal copia de bálsamos exquisitos que toda la Arabia no podría producirla en un año. Y Adriano el filósofo, el que viajaba á pie y con la cabeza descubierta, regaló en una ocasión en honor de su suegra y de Trajano á todo el pueblo de Roma una cantidad prodigiosa de aromas preciosos, é hizo correr los bálsamos y los ungüentos por el vestíbulo y graderías del teatro.

Nada hay, sin embargo, que represente el desarreglo, el estrago, la locura á que habían llevado sus goces los voluptuosos y corrompidos emperadores de Roma, como la descripción que hace Lampridio de la vida de Eliogábalo. «Alimentaba, dice, á los oficiales de su palacio con entrañas de barbo de mar, con sesos de faisanes y de tordos, con huevos de perdiz y cabezas de papagayos. Daba á sus perros hígados de ánades, á sus caballos uvas de Apemenes, á sus leones papagayos y faisanes. Él comía carcañales de camello, crestas arrancadas á gallos vivos, lenguas de pavos reales y de



TOCADOS Y OBJETOS DE ADORNO DE LOS ANTIGUOS ROMANOS

1 á 18. Diferentes peinados usados por las antiguas damas romanas.—19 á 35. Agujas de varias formas para sujetarse el cabello.—36 á 40 Pendientes de oro y piedras preciosas —41 y 43 Brazaletes de oro.—44, 47 á 49. Anillos — 42, 45 y 46 Collares de oro y piedras preciosas —50 y 50¹. Imperdible, visto de lado y de frente —51 Diadema.

ruiseñores, guisantes mezclados con granos de oro, lentejas con piedras de una sustancia alterada por el rayo, habas guisadas con pedazos de ámbar, y arroz mezclado con perlas..... Un día ofreció á sus parásitos el ave fénix, y á falta de ella mil libras de oro..... Eliogábalo (dice el mismo historiador) nadaba en lagos y en albercas rociadas de bálsamos los más exquisitos, y hacía derramar el nardo á calderadas..... Llevaba un vestido de seda bordado de perlas: nunca usaba dos veces el mismo calzado ni la misma sortija ni la misma túnica: no conoció jamás dos veces una misma mujer. Los almohadones en que se acostaba llenábanse con una especie de vello de pluma de las alas de las perdices. A un carro de oro embutido de piedras preciosas (porque despreciaba los de plata y de marfil), uncía dos, tres y cuatro mujeres hermosas con el seno descubierto, y hacía que le arrastrasen en su carroza. Algunas veces iba desnudo como su elegante tiro, y rodaba por debajo de los pórticos sembrados de lentejuelas de oro, como el sol conducido por las Horas (1).» No sabemos cuál irrita más, si el refinado lujo ó la estragada lujuria.

Tal depravación de costumbres trajo tras sí el escepticismo, y la filosofía escéptica hizo alianza con la sensualidad epicúrea. Era consiguiente la incredulidad, nacida en los pervertidos patricios de su misma relajación, en la plebe de la imitación y de la ignorancia. El populacho se entregaba simultáneamente á los vicios de la superstición y á los de la incredulidad. Los hombres ilustrados, los que al mismo tiempo eran almas fuertes y espíritus generosos, buscaron un asilo contra la corrupción en las doctrinas de otra filosofía, en el estoicismo, «noble consuelo, dice un erudito escritor, para las almas solitarias, pero estéril para la sociedad.»

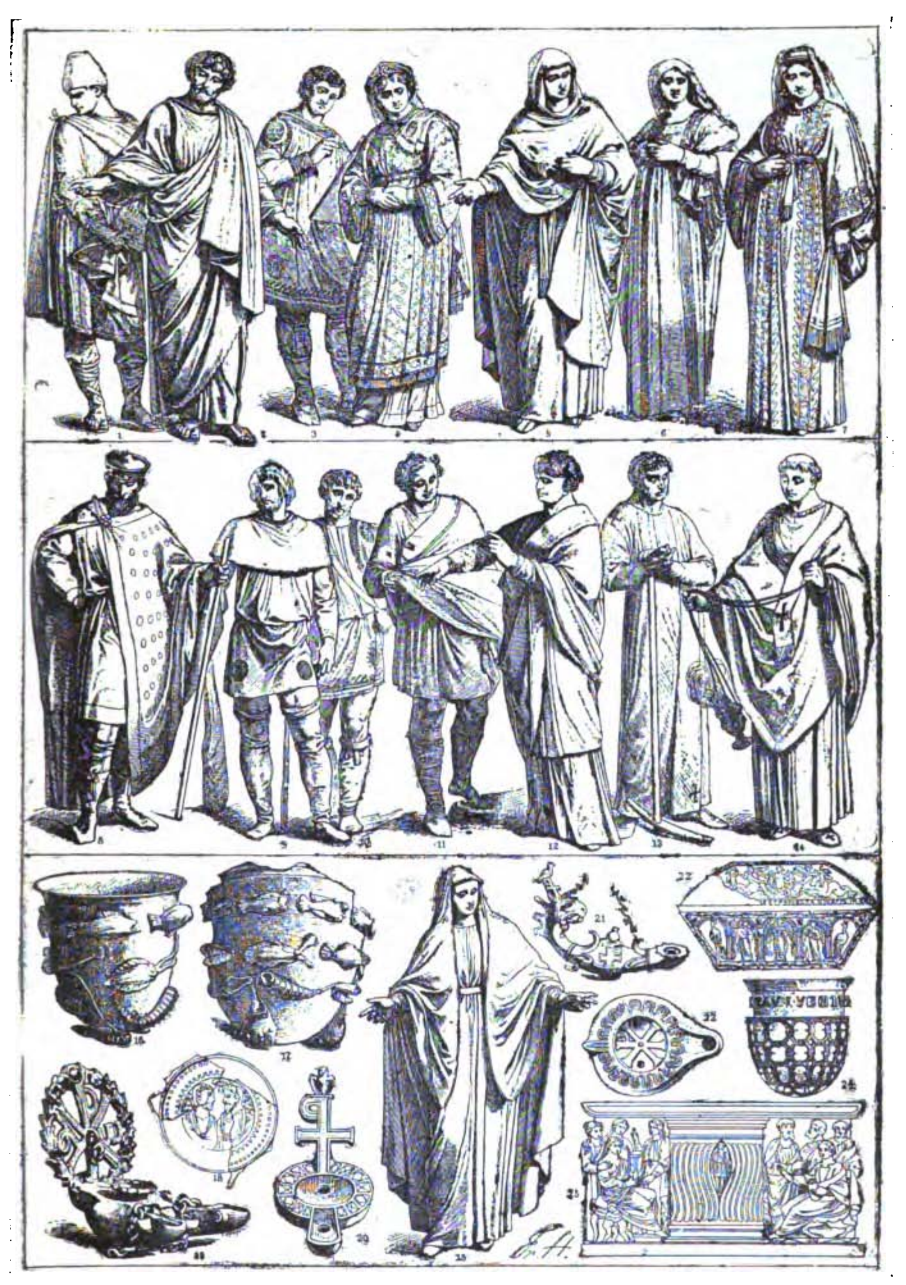
En efecto, ¿á qué conducía el estoicismo? ¿á qué guiaba? Al desprecio de la vida, al suicidio. «Si no podéis soportar tanta disolución, si os desesperan los males de la humanidad, les decía Séneca, *suicidaos.*» La escuela estoica enseñaba á los individuos á desprenderse de la vida con fría insensibilidad, con la impasibilidad del fanatismo; pero no hallaba medio de corregir los males que sentía la humanidad sino destruyéndola. Sabían los estoicos morir y no sabían vivir. Elogiábase mucho la serenidad de aquel ciudadano, que condenado á muerte por Calígula, y como se hallase jugando á las damas cuando entró el centurión á anunciarle que era llegada la hora de morir, respondió: *Aguardad un poco, voy á contar los peones.* ¿Y qué ganaba con esto la sociedad? ¿Mejoraban algo las costumbres con que hubiera algunos hombres á quienes no les importaba más vivir que morir? Hasta llegó á perder el mérito aquel valor, si valor en ello había, puesto que se practicaba ya por vanidad, añadiéndose así otra corrupción nueva en vez de corregir la corrupción antigua. Por otra parte aquella filosofía no descendía al vulgo, que no entendía la metafísica en que iba envuelta. Los emperadores que la practicaron, los Nervas, los Trajanos, los Adrianos y los Marco Aurelios, reunieron una mezcla de virtudes y de vicios que los hacía cometer ó crueldades ó extravíos; echaron de menos los grandes hombres y no pudieron formarlos.

---

(1) Lamprid. Hist. August. in Vit. Heliog.

Aquel estado del mundo era intolerable. Había una necesidad de creer, y nadie creía: había una necesidad de reformar las costumbres públicas, y nadie hallaba el medio de reformarlas. El politeísmo había recorrido todas sus fases, y se encontraba desacreditado: se recurría á las escuelas filosóficas, y las unas desmoralizaban más, y las otras eran ineficaces para contener la desmoralización. Necesitábase una revolución general en los espíritus y en los corazones. La humanidad necesitaba de un asilo, de un consuelo, de un principio moralizador. ¿Dónde se encontraba? ¿De dónde había de venir? ¿Del cielo ó de la tierra? Del cielo y de la tierra vino juntamente. En un rincón de la Judea había nacido el que tenía la misión divina y sublime de regenerar el mundo. «De la humilde cabaña de Galilea, dice un elocuente escritor contemporáneo, salió la buena nueva pregonando un Dios único, la fraternidad, la igualdad de los hombres, y un reinado de virtud, de verdad y de justicia... Desde ahora la unidad de Dios enseña la unidad del género humano. Queda prescrita la inocencia, no sólo en las obras, sino también en el pensamiento emancipado. Hasta entonces el único medio de poderío y de gloria había sido la guerra, el único objeto de los héroes la conquista; se había declarado la servidumbre como un hecho necesario, natural, equitativo; y condenado el esclavo á todas las miserias, y además al embrutecimiento intelectual y moral, vivía sin existencia religiosa, sin afecciones, sin legítima descendencia. Ahora una nueva palabra, la caridad, hace menos pesadas las cadenas, mientras logra romperlas del todo: la paz universal es proclamada, y quedan extinguidos los privilegios de nacimiento y de conquista. Propende todo á inspirar horror á la efusión de sangre..... Vése aparecer el modelo de una sociedad sobre la combinación de formas pacíficas, de un poder espiritual en su esencia, opuesto á los excesos del poder armado; el modelo de una fraternidad de naciones, que en vez de aniquilarse unas á otras se comunican para perfeccionarse mutuamente. ¿Y quién ha obrado este prodigio? Un artesano de Galilea.»

Vino, pues, el cristianismo, y el mundo oyó por primera vez: *No hay más que un solo Dios verdadero.* Habían pasado cuatro mil años, sin que nadie hubiera dicho á los hombres: *Todos sois hermanos; haced bien á vuestros mismos enemigos;* hasta que Cristo vino á enseñarles esta sencilla máxima que á todos se les había escapado. Á los tiranos les dijo: *Todos los hombres son iguales ante Dios:* y los rebajó hasta nivelarlos con los oprimidos. Á los esclavos les dijo: *Todos los hombres son libres:* y los elevó hasta igualarlos con los emperadores ante la presencia de Dios. Á los epicúreos: *Los goces materiales no hacen la felicidad del hombre, porque hay en él algo más elevado y noble que la materia y el cuerpo;* y á los estoicos: *No os suicidéis, porque el disponer de vuestra vida le toca sólo á Dios que os la ha dado y porque hay otra vida más alla de este mundo:* y les enseñó la inmortalidad del alma. Dijo á los pobres: *Bienaventurados los humildes:* y los consoló. Y á los ricos: *La mayor de todas las virtudes es la caridad.* Los sabios habían ignorado el medio de contener la corrupción universal, y Cristo se lo enseñó con la doctrina y el ejemplo. Santificó el matrimonio, y haciendo á la mujer compañera del hombre y no esclava, emancipó con esto solo á la mitad del género humano. No había salido



TRAJES, VASIJAS Y ESCULTURAS DE LOS ROMANOS DE LAS PRIMERAS ÉPOCAS DEL CRISTIANISMO

1 á 15. *Cristianos de ambos sexos; la fig.* 13 *representa un sepulturero y la* 14 *un sacerdote.* — 16 á 25. *Vasijas, lámparas, urnas y aras.*

doctrina semejante de las escuelas de Pitágoras ni de Epicuro, de Sócrates ni de Platón.

La revolución moral que necesitaba el mundo quedaba iniciada. Como religión, aventajaba el cristianismo á todas las religiones fundadas sobre el politeísmo: porque en vez de dioses cargados de flaquezas ó de vicios humanos, enseñaba á adorar un solo Dios puro y sin mancilla. Como filosofía, era más digna, más elevada, más sublime que cuantas habían producido las academias, porque enseñaba la fraternidad universal: como sistema de gobierno, ninguno más aceptable, más noble, más liberal, que el que daba al hombre derechos que no había gozado nunca, el que arrancaba la humanidad de la dominación de la fuerza bruta, el que proscribía la tiranía, abolía la esclavitud, y proclamaba la libertad, la igualdad, la emancipación del pensamiento; el que decía á los súbditos: *Obedeced, pero sin servidumbre;* y á los príncipes: *Gobernad, pero sin tiranía:* el que prescribía, en fin, dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.

Los hombres escarnecieron al que se anunció como regenerador del mundo sin espadas y sin ejércitos, al que se presentó como moralizador y civilizador, y le hicieron sellar con su propia sangre su doctrina. Todo estaba previsto, ó por mejor decir, todo estaba decretado, y el Hombre-Dios quiso dejar al mundo el ejemplo más sublime que ha podido concebirse de abnegación, de amor y de caridad. Fué el primer mártir de su culto. Él se había presentado humilde, y los que después de él se encargaron de propagar su legislación eran tan pobres y tan humildes como él. Hasta entonces, todos los sistemas filosóficos, todas las creencias religiosas habían nacido en los entendimientos de los sabios, de allí se trasmitían á las inteligencias de segundo orden, y poco á poco se difundían por el pueblo. Este es el orden natural de las influencias. El cristianismo, al contrario, tuvo por primeros propagadores á artesanos pobres y de ingenios rudos: de allí subió á las escuelas, se difundió entre los sabios y filósofos, y había de remontarse hasta el trono de los Césares. Ó en el fondo de la doctrina, ó en el modo de su propagación tenía que haber algo de sobrenatural. Habíalo en uno y en otro.

Sublime contraste formaban las costumbres de los primitivos cristianos con las que seguían practicando los hombres de la antigua sociedad. De parte de los paganos, disolución, inmoralidad, prostitución; de parte de los seguidores de Cristo, moralidad, pureza, inocencia. Mientras los mancebos idólatras acudían anualmente al sepulcro de Diocles, donde se coronaba al más lascivo, los cristianos proclamaban la virginidad como el estado más perfecto del hombre. Mientras aquéllos pasaban la vida en la embriaguez de los deleites, en doradas viviendas, entre aromas y perfumes, en opíparos banquetes, donde tenían que discurrir cómo excitar su apetito ya embotado, éstos recomendaban y practicaban la mortificación y la abstinencia, sus comidas eran frugales y reguladas por la necesidad, no por la gula, vestían modestamente, menospreciaban el lujo y el fausto, y no mantenían esclavos ni eunucos. Mientras los idólatras repudiaban diariamente sus mujeres, exponían sus hijos en los caminos ó en las plazas públicas, y hacían de la ley del divorcio un comercio de prostitución, los cristianos predicaban la indisolubilidad del matrimonio, hacían de la fide-

lidad conyugal una de las primeras virtudes y una prenda segura de la felicidad doméstica, y mirando como un deber sagrado el sustento y educación de los hijos, estrechaban las relaciones de familia con lazos de amor. Mientras aquéllos asistían con placer á las gemonías, ó se recreaban con los sangrientos espectáculos del circo, y se saboreaban con los sacrificios humanos, éstos visitaban á los presos en los calabozos, socorrían á los necesitados en sus humildes cabañas, asistían á la cabecera de los enfermos, y consolaban en el lecho del dolor á los moribundos. De un lado había un pueblo miserable y esclavo recogiendo las migajas de las mesas de los opulentos patricios, de otro familias que partían entre sí fraternalmente un pan de caridad.

Semejantes prácticas eran una acusación, una censura elocuente de los vicios dominantes, y los que así obraban no podían menos de ser objeto de las iras de los disipados emperadores y de los prefectos libertinos. De aquí esa lista de edictos sanguinarios, esas persecuciones, esos refinados tormentos, esos suplicios atroces, esas diez batallas generosas que sostuvieron los cristianos desde Nerón hasta Diocleciano, inclusos los Antoninos, aquellos príncipes humanitarios que merecieron ser llamados las delicias de la tierra, pero que no se eximieron de ensangrentarse contra los que se negaban á quemar incienso en los altares de los dioses del imperio. No había medio para los cristianos de librarse de la persecución. Si se congregaban á la luz del día con el fin inocente de celebrar los misterios de su culto, eran perturbadores de la pública tranquilidad. Si huyendo del hacha del verdugo se retiraban á las catacumbas á comer el pan eucarístico, eran sociedades secretas que conspiraban contra el Estado. ¿Afligía una guerra al imperio, ó le desolaba una peste? La culpa tienen los cristianos, gritaba el populacho; y el emperador decretaba: *Cristianos á las hogueras.* ¿Sobrevenía una sequía, un hambre, un incendio? La culpa tienen los cristianos, decía el emperador; y el pueblo gritaba: *Cristianos á los leones.* Y los cadáveres de los cristianos palpitaban en los anfiteatros, sus entrañas desgarradas por tigres ó por leones cubrían la arena del circo, y los que no eran derretidos en las llamas, eran despeñados de lo alto de una roca, ó despedazados en ruedas de cuchillos, ó arrojados á las aguas del Tíber.

¿Y quiénes eran esas almas heroicas que tan rudas pruebas sufrían sin desaliento, y así desafiaban á los verdugos á quién se fatigara primero, y á quién faltara más pronto, si las víctimas ó los sacrificadores? ¿Eran guerreros avezados á los peligros y familiarizados con la muerte? ¿Eran temperamentos robustos, ejercitados con la fatiga y endurecidos con el trabajo? Eran muchas veces viejos encorvados con el peso de los años; eran pontífices y sacerdotes encanecidos á la sombra del santuario; eran á las veces tiernos niños que apenas se habían desprendido del regazo maternal; eran delicadas doncellas que no habían probado otras caricias que las de sus padres, y que caminaban al suplicio como si caminaran al festín de las bodas, no por hastío de la vida como los estoicos, sino con la esperanza de otra vida mejor. ¿Quién infundía tanto aliento á gentes tan flacas? ¿Quién trasformaba á los débiles en fuertes? ¿Qué secreta inspiración los conducía al heroísmo?

El pueblo lo veía, lo contemplaba y lo admiraba; los hombres no querían ser menos héroes que las mujeres, y acababan por convertirse á aquella religión que parecía tener el privilegio de vigorizar las almas. El pueblo por otra parte oía por primera vez sonar en sus oídos una doctrina filosófica que comprendía, un principio social que estaba al alcance de su inteligencia, reflexionaba sobre él, y deducía cuánto iba á mejorar su condición en el caso de que prevaleciera. El pueblo, á quien ningún filósofo había enseñado todavía, ni él se había imaginado nunca que podía dejar de ser esclavo, oyó predicar una doctrina que condenaba la esclavitud en nombre de Dios (1), y se fué adhiriendo á ella, porque los más dispuestos á creer son siempre los más oprimidos. Los poderosos la rechazaban, porque les era violento renunciar á los goces materiales á que estaban tan apegados.

Poco á poco fué penetrando la nueva doctrina en las escuelas, y se hizo objeto de examen y de discusión entre los sabios. Compararon los filósofos á Sócrates con Jesús, y en el primero hallaron toda la grandeza de un hombre, en el segundo toda la grandeza humana y toda la grandeza divina. Cotejaron la filosofía del Evangelio con las de Aristóteles, de Platón y de Epicuro; pusieron el Dios de los cristianos al frente de todos los dioses del gentilismo, y resultó de la comparación que los sabios no sólo se hicieron creyentes, sino que se convirtieron en apologistas del cristianismo. Aquella doctrina que al principio habían llamado por desprecio *stultitia, insipientia, insania,* era lo más sublime que había salido de la boca de los instructores y de los legisladores de la humanidad. Los filósofos vinieron entonces en apoyo de los apóstoles, y los académicos continuaron la misión de los artesanos. Entonces salieron los elocuentes escritos apologéticos de Justino, de Tertuliano, de Clemente de Alejandría, de Cipriano, de Lactancio y de Orígenes, desafiando á toda la sabiduría pagana. *Desgarraré el velo que cubre vuestros misterios,* les decía Clemente Alejandrino, versadísimo en la filosofía de Platón: *Cántanos, Homero, tu magnífico himno:* LOS AMOROSOS HURTOS DE MARTE Y VENUS: *pero no, enmudece; no es magnífico el canto que enseña la idolatría. Vuestros dioses, crueles é implacables con los hombres, oscurecen su espíritu.....*

Así se iba infiltrando el principio civilizador en las clases más elevadas de la sociedad romana; ya los magnates, los patricios, las matronas, no se desdeñaban de creer: el sentimiento religioso se había ido propagando de las aldeas á las ciudades, de las grutas á las academias, de las chozas á los palacios: ¿cuánto tardará en subir hasta el trono imperial? Ya Alejandro Severo se había atrevido á poner la imagen de Jesús entre las de Abraham y Apolonio. Marco Aurelio se había hecho semi-cristiano desde el prodigio de la Legión Fulminante; y de cristiano se murmuraba al emperador Filipo. Ya no sólo se extendía la nueva fe por las provincias romanas, sino que había franqueado los límites y barreras del imperio; ya

(1) «Los preceptos del cristianismo, dice Robertson, comunicaban tal dignidad á la naturaleza humana, que la arrancaron de la servidumbre deshonrosa en que se hallaba sumida.» (Discurso sobre el estado del universo á la aparición del cristianismo.) Sólo Gibbón se atreve á negar que fuese debido á la religión cristiana este admirable mejoramiento de la humanidad.

cundía por los pueblos bárbaros, y ganaba soldados donde no había llegado el vuelo de las águilas romanas: allá se propagaba hasta por regiones y lugares en que ni siquiera se sabía que existía Roma, y que había un senado y un hombre que se llamaba emperador.

Siendo España una de las más importantes provincias del imperio, y teniendo tanta comunicación con la metrópoli, no pudo tardar en tener conocimiento de la doctrina que había venido á alumbrar al mundo. Una piadosa tradición, no interrumpida por espacio de diez y ocho siglos, hace á España el honor de haber tenido por primer mensajero de la fe cristiana al apóstol Santiago el Mayor, y de haberla predicado en persona en varias regiones de la Península; cumpliéndose así la profecía de que las palabras de los apóstoles llegarían hasta los confines de la tierra. *El rayo, el hijo del trueno,* como le llamaba su maestro divino, derrama el fulgor de la fe en las comarcas de Galicia, donde siete de sus más esclarecidos discípulos le ayudan á plantar la viña del Señor. Algunos de ellos le acompañan en su regreso á Jerusalén, á donde le llamaba la Providencia para coronar su celo. Allí recibe el martirio, y recogiendo sus discípulos el cadáver de su venerado maestro, se embarcan para Galicia, su patria, trayendo consigo el sagrado depósito. Dios permitió que el lugar en que se guardaron las cenizas del santo apóstol permaneciera ignorado, para que su prodigioso hallazgo diera, al cabo de ocho siglos, días de regocijo á la Iglesia española y días de gloria al pueblo cristiano (1).

Con el propio objeto de difundir la doctrina del Evangelio en esta favorecida porción del globo, España tuvo también la gloria de ser luego visitada por el apóstol filósofo, San Pablo, que hasta en el palacio del mismo Nerón había logrado hacerse discípulos y ganar prosélitos. El elocuente apóstol dirige su rumbo hacia las regiones de la Península á que no había podido llegar la voz del Zebedeo, y derrama por las comarcas de Oriente el conocimiento de la doctrina civilizadora del cristianismo (2).

---

(1) Véanse Flórez, España Sagrada, tom. III.—Morales, Cron. general.—Medina, Grandezas de España.—Masdeu, Esp. Roman. tom. VIII.—Niegan los extranjeros la venida del apóstol Santiago á España y su predicación en nuestra Península. ¿Podremos dejar de respetar las tradiciones sólo porque las nieguen los extranjeros? No nos detendremos ahora á refutar sus argumentos negativos: otros lo han hecho ya victoriosamente antes que nosotros. Sólo diremos, en cuanto á las dificultades de tiempo, que desde el año 38 de nuestra era, en que suponemos la venida de Santiago, hasta el 42, en que acaeció su muerte en Jerusalén, tuvo tiempo de ejercer su apostolado en España y de volver á la Palestina.

(2) También hay extranjeros, aunque no tantos, que nos quieren disputar la gloria de la venida y predicación del apóstol San Pablo. Pero de ella por fortuna tenemos clarísimos testimonios. Su intención de venir á España la manifestó él mismo bien explícitamente en la Epístola á los romanos. *Cum in Hispaniam proficisci cæpero, spero quod præteriens videam vos.* Cap. XV, vers. 24. *Per vos proficiscar in Hispaniam.* Ibid., vers. 28. De haberlo realizado certifican, San Juan Crisóstomo en la homilía XIII sobre la epístola á los de Corinto, y en la X sobre la segunda carta á Timoteo; San Jerónimo en el lib. IV sobre Isaías, y en el cap. V sobre el profeta Amós; San Teodoreto en el Comentario sobre la Epístola á los Filipenses, y otros muchos de los primitivos santos padres. El año que San Pablo vino á España se cree haber sido el 60 de la era vulgar, y tiénese por cierto que vino por mar, y desembarcó en Tarragona, donde acostumbraban á hacerlo

La sangre de los mártires empezó pronto á colorear este suelo en que tanto había de prevalecer y donde tanto había de fructificar la semilla de la fe. A pesar del influjo que en España ejercían los opulentos patricios, que atraídos de la belleza de su clima la habían hecho como una colonia de la aristocracia romana, no pasa el primer siglo sin que España vea algunos de sus hijos figurar gloriosamente en el martirologio cristiano. Eugenio de Toledo es colocado ya, desde la segunda persecución movida por Domiciano, en la nómina de los que vertieron una sangre generosa en obsequio del Crucificado. En el segundo siglo, imperando Marco Aurelio, y gobernando á León Tito Claudio Atico, se ofrecen Facundo y Primitivo en holocausto á la nueva fe, dejando con su valor y su constancia maravillados á sus perseguidores. Fructuoso de Tarragona, prelado de su iglesia, presenta el modelo del héroe cristiano, y con sus dos compañeros de martirio asombra y confunde al cruel ministro del despreciable Galieno (1). Los atletas de la fe se multiplican en el tercer siglo, y las vidas de los santos, «ese gran árbol genealógico de la nobleza del cielo,» presentan ya en sus páginas un largo y auténtico catálogo de ilustres mártires españoles.

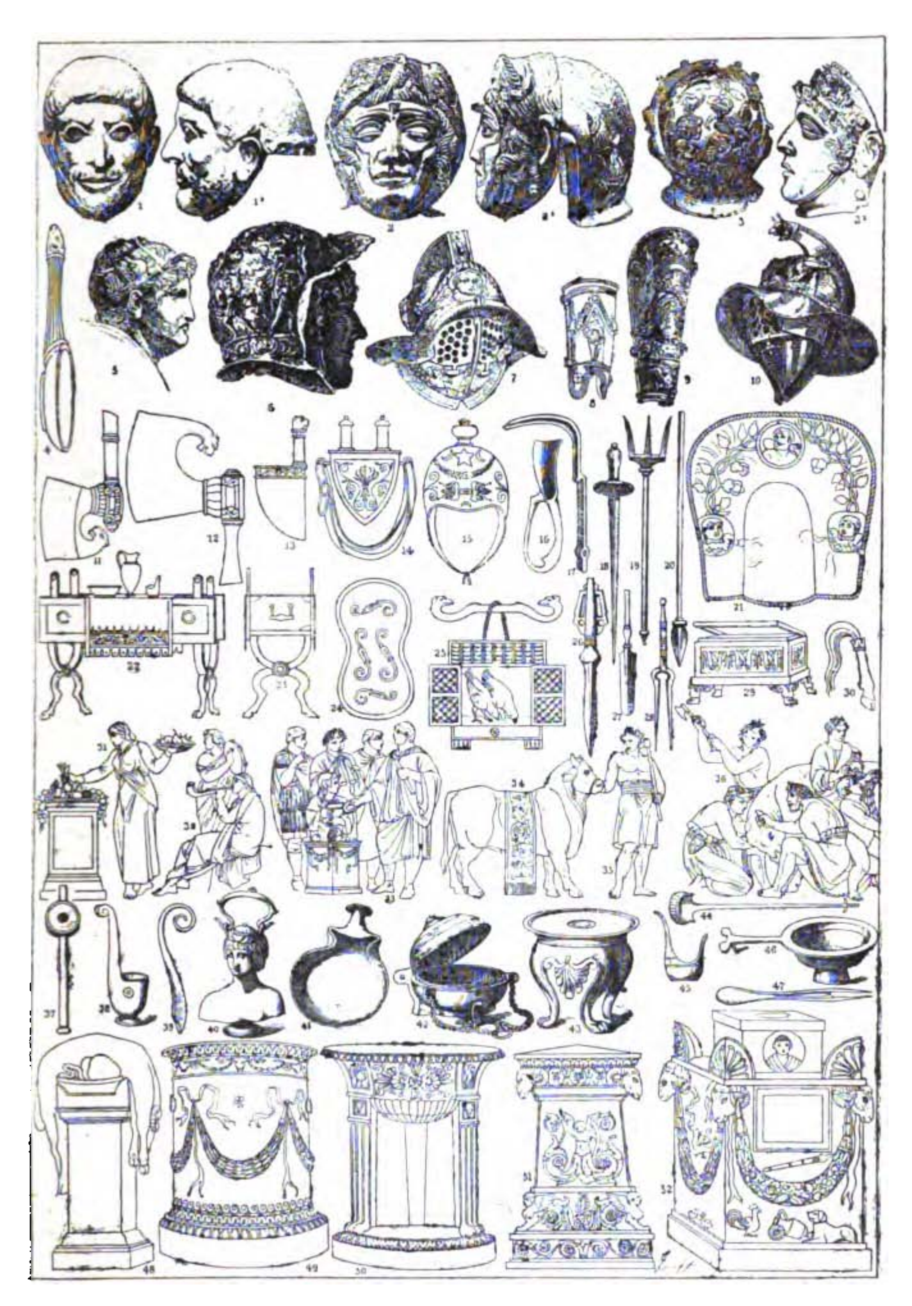
Mas cuando se vió aparecer en España huestes, legiones enteras de campeones de la fe de Cristo, fué en la horrible persecución de Diocleciano. Entonces, cuando más arreció la tempestad, cuando Daciano, el ministro más sanguinario y cruel que había tenido emperador alguno, levantó por todas partes cadalsos y multiplicó los suplicios, entonces fué cuando España acreditó que vivían en su suelo los descendientes de los que en Sagunto, en Astapa, en Numancia habían sabido sacrificarse arrojándose á las llamas por defender su libertad y sus hogares, y que los despreciadores de la muerte por sostener su independencia, lo eran también por sostener la fe una vez abrazada, cuando se intentaba arrancarles brutalmente la una ó la otra. Hombres, mujeres y niños desafían entonces con intrepidez el hacha del verdugo y la cuchilla del tirano. Toledo, Alcalá, Avila, León, Astorga, Orense, Braga, Lisboa, Mérida, Córdoba, Sevilla, Valencia, Gerona, Lérida, Barcelona, Tarragona y otros cien pueblos y ciudades, cuentan entre sus blasones cada cual su hueste de mártires, Daciano medita sacrificar en masa la población cristiana de Zaragoza, y no pudieron contarse los mártires de Zaragoza, porque fueron *innumerables*. El poeta cristiano Prudencio la llamó *Patria sanctorum martyrum* (2). La ciudad

---

los cónsules y pretores, proponiéndose predicar la palabra de Dios en la España Oriental, como en la Occidental lo había hecho ya el apóstol Santiago. El ilustrado Sr. Cortés, dignidad de la iglesia metropolitana de Valencia, ha recogido los mejores testimonios sobre este asunto en un librito titulado: *Compendio de la vida del apóstol San Pablo*, impreso en Valencia en 1849.

(1) *Acta primorum martyrum, etc.*

(2) Prudent. in Himn. Martyr. Cæsar August.—*Actas de los Mártires.*—Depping. Hist., tom. II.—Tertuliano, contemporáneo de San Ireneo, en el escrito que presentó á Escápula, presidente de Africa, refiere cómo entonces se ejercía la persecución contra los cristianos de España por el presidente que se hallaba en León. Pero aun es mayor el testimonio que ofrece en el libro contra los judíos, al cap. VII, donde, hablando de las regiones que habían abrazado la religión cristiana, aplica el todo á la nación española. *Maurorum multi fines: Hispaniarum omnes termini, et Galliarum diversæ nationes.*



CASCOS, ARMAS, UTENSILIOS Y ALTARES DE LOS ROMANOS

1 á 3[1]. *Cascos con viseras á modo de caretas.* – 4. *Braserillo.* – 5. *Busto de emperador.* – 6 á 10, 16 á 21. *Armas defensivas y ofensivas de los gladiadores.* – 11 á 15, 22 á 47. *Ceremonias y objetos del culto.* – 48 á 52. *Aras.*

que había de suministrar muchedumbre de mártires á la patria, comenzó por proveer de mártires á la religión.

Mas no eran solamente mártires los que producía la naciente Iglesia española. Varones y prelados eminentes en letras producía ya también. Y Osio, el venerable obispo de Córdoba, el enemigo terrible del paganismo y de la herejía, lumbrera de la cristiandad y presidente futuro de casi todos los concilios de su tiempo, comenzaba á asombrar con su erudición y con su fogosa elocuencia, no sólo á España, sino al mundo entero.

Ni por eso negamos que hubiera en España defecciones y flaquezas lastimosas durante las persecuciones. ¿En qué pueblo del mundo no habrá espíritus débiles, ni qué nación podrá blasonar de que todos sus hijos sean héroes?

Lejos estaba también de ser el cristianismo la religión dominante ni en España ni en las demás provincias del imperio romano en la época á que alcanza nuestro examen. Paganos eran todavía los emperadores; idólatra se mantenía el senado romano; las magistraturas civiles y militares se conservaban en manos de los seguidores del antiguo culto, y la mayoría de los pueblos adoraba todavía á los viejos ídolos, y se postraba ante los dioses de la gentilidad.

En tal estado se encontraba el mundo cuando subió al trono de los Césares Constantino. Prosigamos ahora nuestra historia.

CAPÍTULO V

DESDE CONSTANTINO HASTA TEODOSIO

De 306 á 380 de J. C.

Constantino.—Su conversión al cristianismo.—Cambio religioso y político en el mundo romano.—Edictos imperiales en favor de los cristianos y de su culto.—Su tolerancia con los paganos.—Herejía arriana.—Concilio general de Nicea.—Osio, obispo de Córdoba.—Estado de la Iglesia de España en este tiempo.—Decretos y cánones del concilio de Illiberis.—Reformas políticas de Constantino.—Fundación de Constantinopla.—Nueva aristocracia en el imperio romano.—Duques, condes, altezas, excelencias, etc.—Leyes humanitarias de Constantino.—Opuestos y encontrados juicios con que ha sido calificado este célebre emperador.—Nuestra opinión.—Muerte de Constantino.—Reinados de sus tres hijos Constantino, Constancio y Constante.—Juliano el Apóstata.—Reacción del paganismo.—Juicio crítico de Juliano.—Otros emperadores.—Valentiniano y Valente.—Irrupción de los godos en el imperio.—Trágica muerte de Valente.—Graciano.—Elevación de Teodosio.

¡Contraste singular! En el año 275 no hubo en el espacio de ocho meses quien ocupara el trono imperial. En el 306 reinan á un tiempo seis emperadores: Constantino, Maximiano y Maxencio en Occidente; Galerio, Licinio y Maximino en Oriente; los unos con el título de Augustos, los otros con el de Césares: novedad introducida por Diocleciano. Todos irán desapareciendo para dejar solo al que estaba destinado á reformar la vetusta sociedad romana.

El viejo Maximiano, después de haber abdicado la púrpura (308), quiere

recogerla nuevamente, conspira contra Constantino su yerno, pero cae prisionero en manos de éste, y Constantino hace morir á un anciano que á haber podido le hubiera muerto á él (310). Galerio, el enemigo implacable de los cristianos, el instigador de Diocleciano, el autor del edicto de exterminio, el inventor de nuevos tormentos, muere de una enfermedad repugnante y vergonzosa (311), que los cristianos no dejaron de atribuir á castigo del cielo. Si no lo fué, por lo menos lo merecían sobradamente sus crímenes.

Quedaban ya cuatro emperadores. Maxencio traía escandalizado el Occidente con sus tiranías y con su liviandad desencadenada: sacrificaba á los senadores y les hacía cederles sus mujeres; dejaba á sus soldados matar, robar y violar á mansalva: jactábase de ser el único emperador verdadero, y aspiraba á derrotar á Constantino, á cuyo fin reunió un ejército de cerca de ciento ochenta mil hombres. Preparóse á su vez Constantino á marchar á Italia para purgar la tierra de aquel malvado. Seguían á Constantino sólo cuarenta mil soldados. Al pasar los Alpes, meditando sobre la guerra que había emprendido, levantó los ojos al cielo, y vió una cruz resplandeciente en la cual estaba escrito con letras de fuego: IN HOC SIGNO VINCES: *con esta enseña vencerás.* Por si dudaba de la significación de aquel prodigio, explicósela por la noche un sueño en que le fué revelado que con la cruz de los cristianos vencería á los enemigos, y que aquella debería ser la bandera de su ejército. Entonces Constantino hace poner en los estandartes la cruz con el monograma de Cristo, y el signo de la redención de los cristianos reemplaza en el *Labarum* á los atributos é imágenes de los dioses paganos. Baja Constantino los Alpes: encuéntranse los dos ejércitos en *Saxa rubra,* á nueve millas de Roma. La religión antigua y la nueva se ven, en presencia la una de la otra á orillas del Tíber y á vista del Capitolio. Los soldados de Júpiter Capitolino y los del Crucificado en Judea van á decidir cuál de los cultos ha de dominar en el mundo. La aparición de la cruz no había sido una visión engañosa. Realizóse el pronóstico de la misteriosa cifra. Las numerosas tropas de Maxencio fueron hechas pedazos: el tirano fugitivo cae del puente Milvio y perece ahogado en el Tíber, y Constantino entra triunfante en Roma con universal regocijo del senado y del pueblo (312), que le saludaron *libertador de la patria.*

Poco tiempo después de esta victoria que resolvió la revolución que había de hacerse en el mundo, Maximino, perseguidor todavía de los cristianos, habiendo roto con Licinio, muere vencido por éste (313), quedando así ya dueños del imperio Constantino y Licinio solos. Con diversos pretextos se encienden varias guerras entre estos dos emperadores: en todas va venciendo Constantino, hasta obligar á su rival á deponer la púrpura humillado á las plantas del vencedor (323). Poco después murió ahogado Licinio, viniendo á quedar así Constantino dueño y señor único del imperio.

Ya ocupa solo el trono del mundo el emperador amigo de los cristianos. Ya la religión de Cristo cuenta con la protección de la púrpura imperial, antes enemiga y perseguidora. El principio civilizador de la humanidad ha subido desde la cabaña de Galilea hasta el trono de los Césares: se

anunció bajo Augusto, y se entronizó con Constantino. Un santo alborozo se difunde por toda la cristiandad: las persecuciones han cesado; ya pueden los sacerdotes y los fieles salir de las sombras de las catacumbas á celebrar sus ritos á la luz del día en templos erigidos y dotados por el mismo emperador: la cruz se ostenta sobre los edificios públicos, y el *lábaro* ondea en los campamentos de los soldados. Los fieles se abrazan llenos de júbilo como náufragos que arriban á puerto de salvación después de una horrible tempestad.

No había necesitado Constantino de quedar solo en el imperio para favorecer á los cristianos, á cuyo sagrado signo debía su principal triunfo. Ya había expedido edictos protectores, y el papa Melquíades había comido á su mesa. Sin embargo, Constantino no abatió de repente los ídolos, ni prohibió el culto de los dioses, tan arraigado en las costumbres, tan sostenido por los intereses, y que profesaba aún la mayoría del imperio. Antes con una política hábil y prudente, y con una templanza que no es común en los innovadores, autorizó el culto público de la religión cristiana, pero tolerando á su lado el del paganismo. «Consiento, decía en un edicto que nos ha trasmitido Eusebio de Cesárea (1), que los que están imbuídos en los errores de la idolatría gocen del mismo reposo que los fieles. La justicia que se guardará con ellos, y la igualdad con que unos y otros serán tratados, contribuirán á atraerlos al buen camino. Que nadie inquiete á otro, que cada cual elija lo que le parezca mejor: que los que se niegan á obedeceros tengan templos consagrados á la mentira, pues quieren tenerlos; que nadie atormente á los que no participan de sus convicciones. Si alguno ha alcanzado la verdadera luz, sírvase de ella para iluminar á los demás; si no, que los deje tranquilos. Una cosa es combatir para alcanzar la corona de la inmortalidad, y otra usar de violencia para obligar á abrazar una religión.» Á los que le pedían el exterminio de los gentiles respondía: «La religión quiere que se padezca por ella la muerte, no que se dé á nadie.»

En cambio mostraba su predilección hacia el nuevo culto, ya publicando edictos y leyes en favor de los cristianos, ya erigiendo y dotando templos, ya otorgando á las iglesias y sacerdotes inmunidades y privilegios que cercenaba á los magistrados civiles hasta que llegara el caso de derribar los ídolos; y si no hizo al papa Silvestre la donación de Roma y de Italia que apareció en el siglo VIII inserta en las Decretales del español Isidoro Mercator (2), no por eso dejó de dotar con espléndidas rentas las iglesias de Roma, y de decorarlas con todo el lujo y magnificencia que era capaz de desplegar el que estaba siendo señor del mundo, al propio tiempo que proscribía las fiestas escandalosas y las luchas de los gladiadores. Harto explícitamente condenaba con esto la idolatría.

Mas luego que la Iglesia se vio convertida de perseguida en dominadora, comenzó á verse trabajada más seriamente por las herejías que muy

(1) Vit. Constant.

(2) Supónese en estas Decretales que el emperador había cedido al papa Silvestre y á sus sucesores la soberanía de Roma y de las provincias de Occidente. De aquí las pretensiones de los papas al señorío temporal.

desde el principio habían comenzado á combatirla. Las herejías eran como las sectas filosóficas del cristianismo. Era menester que las hubiera para que la controversia y la discusión depuraran más la verdadera doctrina. En este sentido produjeron efectos saludables; porque ejercitaron el pensamiento manteniendo siempre despierta la inteligencia, y nada mejor probaba que el cristianismo ni aborrecía la luz ni esquivaba los debates de la discusión. Celoso se mostró también Constantino en ayudar á los prelados ortodoxos á extirpar las que entonces se propagaban por la Iglesia de Occidente. En un concilio que hizo congregar en Arlés fué condenada la de los donatistas. Pero la que llegó á turbar más profundamente no sólo la paz de la Iglesia sino también la tranquilidad del Estado, fué la famosa herejía de Arrio, que negaba la consustancialidad de naturaleza del Hijo y del Padre, llamando á Cristo la primera de las criaturas. Hacemos expresa mención de esta herejía, porque la veremos por siglos enteros ejercer una influencia poderosa, no ya sólo en la parte religiosa, sino también en la política de los Estados.

Penetrado Constantino de lo peligroso de esta doctrina, y en vista de la rapidez con que se propagaba y del ardor sedicioso con que era sostenida, convocó un concilio general en Nicea de Bitinia, á que concurrieron trescientos diez y ocho obispos de todas las provincias del imperio: acaecimiento grande en la historia de la humanidad; tratábase nada menos que de discutir libremente en la asamblea más respetable que se había congregado jamás entre los hombres lo que éstos debían creer (325). Quiso también asistir el mismo emperador. La herejía de Arrio, condenada ya en otros concilios particulares, es anatematizada también en esta solemne asamblea. En ella se compuso el símbolo de la fe, que por más de quince siglos repiten los cristianos en toda la superficie del globo.

Extrañamos ciertamente y sentimos que muchos historiadores extranjeros, al nombrar los prelados que más se distinguieron en este concilio por su sabiduría y su virtud, ó no hagan mérito alguno ó le hagan muy pasajeramente del ilustre y venerable español Osio, obispo de Córdoba, á pesar de haber sido el que tuvo la honra de presidirle en nombre del papa y por orden del mismo Constantino, y de ser á quien se atribuye la redacción del símbolo de la fe. Omisión indisculpable, en que desearíamos no entrase la intención de oscurecer nuestras glorias; bien que no pueden eclipsarse fácilmente glorias que pregonó el mundo entero (1).

(1) Con razón fué llamado Osio el padre de los obispos y el presidente de los concilios. Este virtuoso y sabio prelado fué el alma de todas las asambleas religiosas de aquel tiempo y una de las antorchas más luminosas que ha producido la España. Su contestación á las cartas amenazantes del emperador Constancio, en la cual sostiene la separación de las potestades eclesiástica y civil, es la obra maestra de la magnanimidad episcopal. Desterrado á Sirmich á la edad de cien años, se le presentó una fórmula arriana para que la suscribiese: para ello emplearon con el venerable anciano todo género de tormentos: y es objeto de la discusión de los críticos si realmente flaqueó y llegó á suscribirla, ó si después de suscrita se arrepintió. San Atanasio le defiende de la calumnia de haber firmado su condenación; y la mayor parte de los autores sostienen que murió en la comunión católica.—San Hilario, San Epifanio, Sócrates, Sozomeno, Aguirre, D. Nicolás Antonio, etc.

Otro tanto nos vemos precisados á decir de los que afirman que á principios del cuarto siglo sólo había un corto y escaso número de cristianos en España, y que sólo entonces comenzaron á dejarse ver obispos y pastores (1). Si tantos testimonios auténticos no certificaran del gran número de fieles que había ya en España en el siglo III, si las actas de los mártires de aquel tiempo no estuvieran tan llenas de nombres españoles, y si no se hubieran hecho conocer ya en aquel siglo los nombres de tantos obispos, los unos como impugnadores de las herejías, algunos, como Marcial y Basilides, en sentido menos favorable, acreditaríalo sobradamente el concilio de Illiberis, incontestablemente anterior al de Nicea, acaso también al advenimiento de Constantino, y tal vez celebrado en el año mismo de 300, según Tillemont y los monjes de San Mauro (2). Diez y nueve obispos asistieron á esta célebre asamblea religiosa, y sin que estuviera ya muy difundida por España la doctrina de la fe, ni hubieran podido congregarse tantos dignos prelados, entre ellos el eruditísimo Osio, ni se hubieran hecho aquellos célebres cánones, aquellas disposiciones disciplinarias, en que se revela la fuerza que había adquirido ya el cristianismo en España, á pesar de los obstáculos que una persecución ruda y reciente había opuesto á sus progresos (3).

---

(1) «En Espagne, ce ne fut qu'au commencement du quatriéme siécle qu'on vit s'elever quelques édifices pour la célébration du nouveau culte... ce n'est qu'alors que paraissent les évéques et les pasteurs... Tous les actes de l'authenticité desquels on ne saurait douter témoignent du petit nombre de chrétiens que l'avénement de Constantin trouva en Espagne...» Charl. Romey, *Hist. d'Espagn.*, Chap. x. Es más extraño esto en un escritor ilustrado que comunmente suele hacer justicia á las cosas de España, y que á renglón seguido conviene en que el concilio español de Illiberis fué por lo menos anterior al de Nicea, y que asistieron á él diez y nueve prelados, casi todos de la Bética. Si tan escaso era el número de los cristianos en España al advenimiento de Constantino, si no se había hablado antes de obispos ni de pastores, ¿cómo tan de repente pudieron celebrar un concilio nada menos que diez y nueve ilustres prelados de una sola provincia?

(2) *L'Art de vérifier les dates.*

(3) Aguirre, *Collectio maxima conciliorum Hispaniæ.*—Algunos cánones de este concilio merecen ser notados, por la idea que dan de la relación en que estaban en aquel tiempo el antiguo y el nuevo culto en España. Se prohibe á los cristianos entrar en los templos de la idolatría, dar sus hijas en matrimonio á los gentiles, tener ídolos en sus propiedades, etc. Pero los duumviros cristianos deberán, durante el año de su magistratura, abstenerse de entrar en las iglesias, porque los deberes de su cargo los obligan á asistir al menos á alguna ceremonia pagana. Infiérese que las magistraturas municipales las ejercían paganos, si bien los cristianos iban teniendo ya ingreso en ellas. El concilio huía de romper abiertamente con las autoridades constituídas; no se oponía á que los cristianos que desempeñaban oficios de república observaran el culto gentílico á que les forzaban los deberes civiles de su cargo, pero no quería que mezclaran los dos cultos. Por el canon LX se declaraba que no serían considerados como mártires los que fueran muertos en el acto de derribar un ídolo, porque el Evangelio no lo ordena, y los apóstoles no lo practicaban así. Conócese que los prelados del concilio querían evitar las temeridades á que un celo excesivo conducía á aquellos fogosos cristianos. Prohibíase la granjería á los obispos y sacerdotes, y se les prescribía la continencia. Dábanse otras muchas disposiciones pertenecientes á disciplina eclesiástica, y muy particularmente á la reforma de costumbres, y se establecían penas contra la usura, contra el homicidio,

Grandes novedades políticas introdujo también Constantino en el gobierno del imperio. Roma iba á perder en importancia política lo que estaba llamada á ganar en importancia religiosa. La que había de ser ciudad de los pontífices y centro del mundo cristiano, iba dejando de ser poco á poco ciudad de los Césares y centro del mundo idólatra. Ya Diocleciano, residiendo fuera de Roma, la había acostumbrado á pasar sin la presencia del emperador, y dividiendo el imperio entre Augustos y Césares había roto la antigua unidad. Constantino va más adelante todavía en menoscabo de la grandeza romana. Constantino, después de residir alternativamente en Roma, en Milán, en Treves, en Syrmium ó en Tesalónica, determina fijar su residencia en Bizancio. Desde allí podía el emperador observar con un ojo á los bárbaros de la Germania, con otro á los persas, los dos enemigos más formidables del imperio. Desde allí podía extender sus dos brazos para recibir las riquezas de Oriente y de Occidente. Comienza, pues, á sentar allí los cimientos de una nueva capital (329). Los trabajos se emprenden y ejecutan con actividad maravillosa. Calles, plazas, palacios, pórticos, circos, termas, templos y basílicas se levantan como por encanto. Las estatuas de los héroes de Roma van á decorar los edificios públicos de la nueva ciudad, y todo el orbe es puesto en contribución para llevar allí sus más preciosos objetos artísticos. Establece un senado particular; créanse dignidades y magistraturas; allá concurren senadores, patricios, cortesanos, y tras ellos el pueblo de artesanos y el pueblo de menesterosos, los unos á vivir de su industria, los otros de las liberalidades del emperador. En la nueva corte imperial se ostenta todo el fausto, todo el lujo de Oriente. Dedícase un templo suntuoso á la Sabiduría eterna, con el nombre de *Santa Sofía*. La nueva población, que al principio se ha nombrado como por modestia Nueva Roma, toma luego por adulación el nombre de *Constantinópolis*, ó ciudad de Constantino (330). Aunque Roma no renunció á la supremacía imperial, revelábase ya que Constantinopla compartiría con ella la importancia de los sucesos del mundo. La voluptuosidad y la depravación se apoderaron pronto de aquella segunda ciudad del imperio.

Siguiendo Constantino un sistema semejante al de Diocleciano, dividió el imperio en cuatro grandes prefecturas. La de las Galias comprendía también las provincias de Bretaña y las siete de España (1): el prefecto residía en la Galia: España era regida por un vicario subordinado al prefecto, al cual iban las causas en apelación.

Constantino separó el servicio militar de la administración civil, y trasformó en funciones permanentes los cargos que hasta entonces habían sido pasajeros y á manera de comisiones. Creó dos *maestros generales*, uno para la infantería y otro para la caballería, á los cuales subordinó treinta y cinco comandantes militares con los títulos de *duces* y de *comites*, de que las naciones modernas han hecho *duques* y *condes*. Ostentando

---

contra el adulterio, contra la bigamia, contra la prostitución, etc. Se prohibió pintar imágenes sagradas en las paredes de los templos; acaso porque los infieles no acusaran á los cristianos de ser también idólatras, ó porque en las persecuciones no estuvieran expuestas á la profanación.

(1) Bética, Lusitania, Galicia, Tarraconense, Cartaginense, Tingitana y Baleares.

la vana pompa de un soberano asiático, quiso rodearse de una aristocracia fastuosa, y entonces aparecieron los orgullosos títulos de *serenísimo*, de *ilustrísimo*, de *venerable*, de *vuestra excelencia*, *vuestra eminencia*, *vuestra alteza magnífica*, y otros con que distinguía las diversas jerarquías de los oficiales del imperio, y de que los pueblos modernos se han apoderado. Los oficiales de palacio tenían también sus títulos honoríficos, como el *comes domesticorum*, el *præfectus sacri cubiculi*, y otros infinitos. Las tropas se dividían en *palatinas* y *fronterizas*. Las primeras, estacionadas en la corte y en las grandes ciudades, se desmoralizaban y afeminaban con la ociosidad, y excitaban además con sus privilegios los celos de las que en las fronteras tenían que luchar todos los días con los bárbaros. La admisión de éstos como auxiliares contribuyó también á la desmoralización del ejército, y todas estas causas producían el disgusto y horror de los romanos á la milicia, hasta el punto de mutilarse los dedos para huir del servicio militar. No sólo fueron admitidos godos y germanos en las legiones, sino también en los oficios palatinos, y hasta en la primeras dignidades, y las magistraturas se fueron envileciendo de día en día.

Hizo por otra parte Constantino multitud de leyes saludables. Restituyó al senado las prerrogativas de que le habían despojado sus antecesores; libertó al imperio de aquella milicia pretoriana que con tanta facilidad daba y quitaba coronas; castigó á los delatores que creyendo lisonjearle iban á denunciarle víctimas; condenó la bárbara costumbre de exponer los niños recién nacidos que sus padres no podían alimentar; dió edictos contra los parricidas, reprimió la insolente avidez de los grandes, protegió la manumisión de los esclavos, y dictó otras muchas medidas humanitarias que fuera prolijo enumerar. Pero al propio tiempo veíasele entregar á los leones del circo los prisioneros de la cuarta campaña germánica, condenar á muerte de una manera misteriosa á su mismo hijo Crispo, y ahogar en un baño á su mujer Fausta, la calumniadora de aquél, acusada ella á su vez de mantener relaciones vergonzosas con un criado de las caballerizas imperiales. Veíasele en el concilio de Nicea tener la modestia de permanecer en pie hasta que se sentaran los prelados, y por otra parte ostentar un lujo soberbio, impropio de un príncipe cristiano, yendo siempre cargado de oro y pedrería, agravando para sostener aquel fausto con nuevas cargas á sus súbditos. Tal mezcla de virtudes y de vicios, y la circunstancia de haber sido un innovador religioso y político, ha sido la causa de los juicios tan encontrados que de él ha hecho la historia.

Al decir de algunos, «supo combatir y vencer como César, gobernar como Augusto, trabajar por la fecilidad del mundo como Tito y Trajano, y hacer servir á la gloria del verdadero Dios todo el poder que de él había recibido (1).» Al decir de otros, «no supo ni reprimir sus pasiones, ni afianzar el imperio que había conquistado, ni tuvo un talento extraordinario, y afeó sus buenas cualidades con una ambición desmesurada, con un natural feroz, con su prodigalidad y sus voluptuosidades (2).» Hay quien dice que

---

(1) Ducreux, *Hist. del Cristianismo.*
(2) Viennet

«reinó diez años como buen príncipe, otros diez como un brigante, y los diez restantes como un pródigo (1).» Otro, haciendo el paralelo de sus virtudes y de sus vicios, afirma que siguió la senda inversa de Augusto, y que acabó como Augusto había comenzado (2). Y ha habido quien ha llevado su audacia hasta negarle la cristiandad (3). Emítense juicios igualmente opuestos acerca de su muerte. Á pesar de haber recibido el bautismo al fin de sus días, y de declarar al tiempo de morir que la única vida verdadera era aquella en que iba á entrar, no se libertó de que sospecharan algunos que había muerto en la herejía arriana, así por la confianza que á este heresiarca había llegado á dispensar, como por su amistad con Eusebio de Nicomedia, y el destierro de Atanasio á Alejandría. Pero el senado romano le colocó en el número de los dioses, y la iglesia griega le aclamó apóstol y santo.

Nosotros creemos que es imposible despojar á Constantino del mérito de haberse puesto á la cabeza de la revolución social más grande, más necesaria y más provechosa que se ha verificado en el mundo, y que en este sentido la Iglesia y la humanidad le estarán siempre agradecidas, y la posteridad no podrá menos de contar entre los más grandes monarcas de la tierra al que dejó encumbrada en el solio del mundo la religión que había nacido en un pesebre.

Murió, pues, Constantino en el año 337 de J. C. á los 31 de su reinado. El pueblo dió pruebas evidentes de su dolor, y su cuerpo fué sepultado junto á la tumba de su madre Santa Helena, la que tuvo la dicha de hallar el leño santo en que había sido crucificado el Redentor.

Constantino cometió el yerro de dejar dividido aquel mismo imperio por cuya unidad tanto en el principio había trabajado. El pueblo y el ejército, disgustados de esta division, hicieron una horrible matanza en la familia imperial, comprendiendo en ella á dos hermanos, un cuñado y cinco sobrinos del emperador difunto. Sólo se libraron de ella los dos sobrinos Galo y Juliano, y los tres hijos de Constantino en quienes quedó definitivamente compartido el imperio, á saber; Constantino, Constancio y Constante. Al primero de ellos le tocaron las Galias, la Bretaña y la España.

Habiendo estallado la guerra entre los dos hermanos Constantino y Constante, y perecido aquél en la lucha, quedó el segundo dueño de España y de las demás provincias que antes habían pertenecido á Constantino II (340). Constante era cristiano y piadoso, y convocó el concilio general en Sardica, que presidió también nuestro Osio, obispo de Córdoba, y al que asistió igualmente el infatigable Atanasio (347), mientras los orientales disidentes, reunidos en Philipópolis, se vengaban en excomulgar á Osio, á Atanasio y al papa Julio. Pero Constante, al mismo tiempo inepto y vicioso, una tarde al volver de caza, su recreo favorito, se halló suplantado por Magnencio, que en un banquete se había hecho aclamar

(1) Víctor el Joven.
(2) Gibbón.
(3) Escalígero.

por los soldados emperador. Huyendo Constante hacia España, fué alcanzado por las tropas de Magnencio, que á la falda del Pirineo le quitaron la vida (350).

Mientras esto acontecía en Occidente, y mientras en Oriente sostenía Constancio la guerra con los persas, el ejército de Iliria aclamaba Augusto á Vetranion, general anciano, que ni siquiera sabía escribir, pero que declaró no aceptar la púrpura sino para vengarse del usurpador Magnencio, como lo realizó en la famosa batalla de Murza, donde le derrotó completamente. En Roma se había hecho aclamar emperador Nepociano. Así andaba revuelto el imperio. Al fin logró Constancio quedar dueño único de todo el imperio como su padre Constantino (355). Pero Constancio favorecía la causa de los arrianos, que dió ocasión á la celebración de tantos concilios, figurando honrosamente en casi todos nuestro Osio de Córdoba. Las revueltas de las Galias y las devastaciones de los francos y germanos movieron á Constancio á encomendar el cuidado de aquella guerra á Juliano, último descendiente de Constantino. Este hombre hábil y elocuente supo ganarse pronto la confianza del ejército, que acabó por aclamarle Augusto. Murió Constancio, y quedó Juliano señor del imperio (361).

Fué este Juliano el llamado *apóstata*, porque apostató de la fe cristiana en que había sido educado, y no sólo volvió al culto de los antiguos dioses, sino que promovió una reacción en favor del politeísmo, cuyos oráculos no dejaban todavía de consultarse en mucha parte del imperio. También Juliano ha servido de original á retratos bien distintos, como suele acontecer á los príncipes reformadores. Los cristianos le han vituperado con razón en la parte que se refiere al restablecimiento de la idolatría y al afán de rejuvenecer las creencias paganas que Constantino había proscrito. Pero los cristianos, que no veían en el emperador sino al *apóstata*, no al literato ni al filósofo, acumularon sobre su cabeza enormidades en masa. Los incrédulos, por el contrario, le han ensalzado en demasía, llamándole otro Marco Aurelio, y habiendo quien le haya apellidado *el segundo de los hombres:* estos no han querido ver en él sino un filósofo con quien congeniarían, pero no han visto en Juliano el cínico, el burlón, el petulante; y de fanático y supersticioso le califica el mismo Amiano Marcelino, siendo un historiador gentil (1). Como enemigo de los cristianos, tuvo Juliano dos épocas; una de tolerancia, en que quiso hacer el papel de un Constantino de los paganos, permitiendo la libertad de cultos, si bien favoreciendo el de los antiguos dioses como Constantino favorecía el de los cristianos: en una carta á Ecébola le decía: «He resuelto usar de dulzura y humanidad con todos los galileos (así llamaba él siempre á los cristianos), y no tolerar que en manera alguna se violente á ninguno para que concurra á nuestros templos, ni se les obligue con malos tratamientos á

(1) *Superstitiosus magis quam sacrorum legitimus observator*. Amm. Marc. En el siglo pasado Voltaire le llamaba *modelo de reyes*, y Montesquieu *el más digno de cuantos han mandado á hombres*. La Bletterie, á pesar de ser gran parcial de Juliano, le lisonjeó menos. Los filósofos franceses del siglo pasado disimularon poco su incredulidad y menos su apasionamiento á la filosofía anti-cristiana. Muy de otro modo y con más tino le juzga el erudito Chateaubriand en sus *Estudios históricos*, Disc. II, parte II.



LAMPADARIO ROMANO

(Copia directa de una fotografía del original, existente en el Museo Arqueológico de Tarragona)

que hagan cosa alguna contraria á su modo de pensar:» ¿quién no ve aquí una imitación afectada de Constantino? Pero tuvo su época de intolerancia, en que hizo á los cristianos una persecución, más corta, pero no menos encarnizada que la de Diocleciano. Viéronse horrores que hacen estremecer; por una ley que publicó en 362, tuvo la pequeñez de prohibirles la facultad de enseñar la retórica y las bellas letras. Ciertamente que cuando él subió al imperio, la sociedad religiosa ofrecía ya un espectáculo bien triste: la herejía de Arrio lo había invadido todo, y lo traía todo revuelto: los católicos celebraban concilios contra los arrianos, y los arrianos los celebraban contra los católicos; unos á otros se anatematizaban, y llegaban ya á no entenderse: los obispos se disputaban las sillas, y mutuamente se desterraban. Añadíase á esto los donatistas, novacianos y eunomianos. No faltaba al desorden sino la rehabilitación del paganismo, y esto hizo Juliano: aun hizo más; por odio á los cristianos constituyóse protector de los judíos, y quiso que se reedificase el templo de Jerusalén, lo cual le impidió llevar á cabo un terremoto acompañado de erupciones volcánicas, porque estaba profetizado que no se volvería á levantar y era menester que la profecía se cumpliera. El desorden religioso había llegado al más alto punto.

Por fortuna de la cristiandad el reinado de Juliano fué corto; no llegó á tres años; y el politeísmo murió con el mismo que había querido resucitarle contra el torrente del siglo. Juliano fué el último emperador pagano. No sabemos cómo un hombre de sus talentos emprendió detener en su curso la revolución ya inevitable de las ideas. Bien que era menester que el paganismo moribundo hiciera, como los hombres, un esfuerzo vigoroso antes de expirar. Muerto Juliano, el ejército, á quien se había vuelto momentáneamente el derecho de elección, ofreció la púrpura al prefecto Salustio, que no la admitió, y en su lugar fué elegido Joviano, hijo de Vetranion (364): este era cristiano, y como tal volvió la paz á la Iglesia. También quiso dar la paz al imperio, pero la compró de los persas por medio de un tratado vergonzoso en que les cedió cinco provincias. Reinó sólo siete meses, y le sucedió Valentiniano, confesor de la fe en tiempo de Juliano. A poco de su elevación se asoció al imperio su hermano Valente, á quien dió todas las provincias orientales, quedándose él con las de Occidente. Desde entonces se dividieron para siempre el imperio Oriental y el Occidental: Valentiniano estableció su corte en Milán, Valente en Constantinopla. Valente era un arriano furibundo, y en sus dominios se encrudeció la persecución contra los ortodoxos, inaugurándose con la muerte del venerable Atanasio, á quien Joviano antes había restituído á su silla.

Otra persecución de nuevo género se desplegó en el reinado de estos dos hermanos. La magia y la hechicería se habían propagado prodigiosamente en estos últimos tiempos en que el paganismo expirante había buscado todos los medios de herir las imaginaciones vulgares para sostenerse, y algo que sustituir á los milagros del cristianismo. Los dos emperadores atestaron las cárceles de súbditos acusados de ejercer encantamientos, y complacíanse en que los desgarraran las fieras: porque ambos eran tiranos y crueles, Valente por debilidad, Valentiniano por genio y por inclinación. *Matadle:* esta era la fórmula con que fallaba las causas. Increíble nos pa-

recería, si no lo dijera un historiador contemporáneo (1), que Valentiniano hiciera dormir junto á su cama dos feroces osas, llamadas *Inocente* y *Lentejuela de oro (Innoxia* y *Mica-Aurea),* las cuales alimentaba de carne humana. ¡Y este era un cristiano!

Sin embargo, este hombre cruel á quien una sentencia de muerte por la más leve falta en su servicio personal no costaba nada, este hombre que ordenó en una ocasión á sus lictores le llevasen las cabezas de tres magistrados por provincia, este hombre de las dos fieras por compañeras de dormitorio, ¡cosa rara y singular! hizo leyes sabias y justas para el imperio. Dió á las ciudades defensores de oficio, estableció médicos gratuitos en Roma para la asistencia de los pobres, creó escuelas públicas á semejanza de las universidades modernas, puso límites al acrecentamiento de las riquezas de la Iglesia y á la multiplicación de las órdenes monásticas, prohibió al clero aceptar legados testamentarios por el abuso que hacía de su oficio con los moribundos, castigó severamente el adulterio, disminuyó los impuestos y refrenó los desórdenes y vejaciones de los agentes del fisco (2). Las ideas civilizadoras del cristianismo luchaban en este hombre con la ferocidad de su carácter. Por algunas de sus leyes vemos también que el poder y la fortuna iba siendo un principio de corrupción en los cristianos.

Se acerca el tiempo de las grandes irrupciones de los bárbaros: se aproxima el gran suceso que apresuró la caída del antiguo mundo. Valentiniano tiene que combatir contra los alemanes que se arrojan sobre la Galia. Aparecen los borgoñones salidos de los vándalos, y como enemigos de los alemanes se alistan con Valentiniano y le ofrecen un ejército de ochenta mil hombres. Los sajones y los francos se presentan de nuevo en las costas de la Galia: los pictos y los scotos devastan la Gran Bretaña. Un general español se hace conocer en esta guerra, Teodosio, el padre del que había de ser emperador de Oriente. Teodosio liberta la Gran Bretaña, rechazando los bárbaros hasta el centro de la Caledonia. Los númidas y los mauritanos se revolucionan en África, y nombran un emperador. Acude Teodosio, y pone al príncipe moro en tal apuro, que le obliga á suicidarse. Teodosio liberta también el África. Por recompensa de sus servicios, el virtuoso español, el hábil general, el libertador de la Bretaña y del África es decapitado en Cartago, después de haber recibido el bautismo. Los cuados y los sármatas desolaban también la Iliria: Valentiniano corre al frente de las fuerzas de la Galia, y en una audiencia que daba á los diputados de los cuados reventó en un acceso de cólera que le rompió un vaso del corazón. Tal era la irascibilidad del compañero de gabinete de las dos osas. Fueron proclamados emperadores sus dos hijos Graciano y Valentiniano II. Éste era demasiado joven, y aunque en la repartición le tocó la Italia, la Iliria y el África, guardando para sí Graciano la Galia, la España y la Inglaterra, Graciano fué el que en realidad gobernó todo el Occidente.

Coincidió con la muerte de Valentiniano la gran invasión de los bárbaros. Los godos, que habían permanecido fieles á la familia de Constan-

(1) Amm. Marcel., libs. XXVII y XXIX.
(2) Códig. Theodos.

tino, y que se habían ido multiplicando en los bosques y sujetando entorno suyo otras poblaciones bárbaras, tenían á su cabeza al viejo Hermanrico, que con más de un siglo de edad iba todavía á los combates. El Danubio era la barrera que separaba el imperio salvaje del imperio civilizado. Los ostrogodos, ó godos del Este, habían cedido su preeminencia á los visigodos, ó godos del Oeste, cuando se aparecieron los hunos, que después de haber derrotado á los alanos se hallaron frente á frente con los godos. Las dos monarquías salvajes, escita y tártara, iban á chocar una con otra, cuando murió Hermanrico asesinado por la familia de un jefe á cuya mujer había condenado á ser magullada por los cascos de los caballos (1). Un corto número de ostrogodos se aventuró á combatir con aquellas hordas desconocidas, pero no pudiendo resistir á la caballería de los hunos y de los alanos, los ostrogodos se sometieron á sus vencedores. Los visigodos, retirados hacia el Danubio, pidieron permiso á Valente, por medio de su Obispo Ulfila, para establecerse á la orilla derecha del río (375). Valente accedió á su petición, felicitándose de recibir en su imperio aquellas masas de bárbaros, semi-cristianos la mayor parte, y que le prometían hacerse arrianos y defenderle, pero á condición de que le entregasen sus hijos y sus armas. Convinieron los godos en ello. Valente mandó reunir una multitud de barcos, balsas y troncos de árboles para que los godos pasasen el Danubio y los romanos se ocuparon día y noche en trasladar á su imperio los que habían de destruirle. Varias veces intentaron los romanos contar los que pasaban, y siempre tuvieron que desistir: no era fácil contar un millón de individuos (2). Separáronse los hijos de los padres, y fueron aquéllos distribuídos en varias provincias. Las armas no las dejaron. Con las riquezas que llevaban sobornaron los oficiales del emperador y así pudieron conservar sus aceros.

Había entrado en el trato que los romanos suministrarían víveres á los godos, pagándoles éstos. Pero no tardó la avidez de los generales romanos en agotarles todos los recursos; un pan les costaba un esclavo; y cuando no tuvieron esclavos que vender, daban sus propias mujeres. En esto los ostrogodos pasaron también el Danubio sin pedir permiso á nadie: á la voz de Fritigernes, jefe de los visigodos, fácilmente se aliaron los antiguos y los nuevos emigrados; y un día, estando convidado Fritigernes á un festín por Lupicino, general de los romanos, estalló la rebelión en Marcianópolis: una riña entre algunos soldados romanos y otros de la guardia de los godos, hizo que las voces penetraran en la sala del banquete. Fritigernes y los suyos desnudan sus espadas, atraviesan la ciudad, y se dirigen al campamento donde la muchedumbre los recibe con aclamaciones. Lucipino marcha con sus legiones contra ellos; los godos hacen resonar aquel cuerno á cuyo ronco y triste sonido había de desplomarse el Capitolio (3); empéñase el combate y los romanos quedan vencidos. Desde aquel momento aquellas masas de salvajes, primero fugitivos y suplicantes, luego aliados, y oprimidos después, se creen ya señores del imperio.

---

(1) Jornand. De rebus Geticis, cap. XIV.
(2) Amm., lib. XXXI.
(3) *Auditisque triste sonantibus cornuis.* Amm., ibid.

Con el orgullo de esta victoria marchan sobre Andrinópolis; saquean por segunda vez la Tracia; á esta novedad Valente parte á toda prisa desde Antioquía, y solicita socorro de su sobrino Graciano, emperador de Occidente; encuéntranse los dos ejércitos á ocho millas de Andrinópolis; el campo era llano; la infantería romana se ve envuelta por la numerosa caballería de los bárbaros; las legiones, deshechas y confusas, caen atropelladas bajo los innumerables sables de los godos: una flecha hiere al emperador al cerrar la noche, retíranle á una cabaña, acométenla los godos, y hallando alguna resistencia, préndenla fuego: el emperador con toda su regia pompa perece entre las llamas (1). Las dos terceras partes del ejército romano con sus principales caudillos quedaron en el campo, Horrorosa fué la carnicería. Los godos se presentaron en seguida sobre Andrinópolis, pero hallando más resistencia de la que habían pensado, extiéndense como una nube hasta las murallas de Constantinopla, dejando asolado y desierto el país por donde pasaba aquella muchedumbre. Allí se encuentran los bárbaros del Norte y del Mediodía. Los árabes que estaban al servicio de Valente acometen á unos germanos, y los godos ven con horror á un sarraceno arrojarse sobre el cadáver de un godo que había matado, chupar la herida y beberse la sangre. Los bárbaros se asombran de haber encontrado otros hombres más bárbaros que ellos (378).

En este tiempo, Graciano, emperador de Occidente, enredado en la guerra que le habían movido los germanos y alemanes, sin poder enviar á su tío el socorro que le había pedido, recibe la noticia del desastre de Andrinópolis y del asolamiento de la Tracia. Entonces busca un general que sea capaz de resistir á torrente tan impetuoso: sólo uno había que pudiera desempeñar tan ardua misión, y este hombre no estaba en el ejército; estaba en España, retirado como otro Cincinnato. Este general era Teodosio, el hijo de aquel Teodosio que tres años antes había sido decapitado en Cartago, desde cuya época el hijo se había desterrado voluntariamente á España, su patria, habiendo antes servido gloriosamente á las órdenes de su padre. Graciano llama á este ilustre y modesto español, y en presencia de las tropas le proclama emperador de Oriente, agregando á las antiguas provincias las dos grandes prefecturas de Dacia y Macedonia (379).

---

(1) *Cum regali pompa crematus est.* Jornand., cap. XXVI.

CAPÍTULO VI

TEODOSIO EL GRANDE

De 380 á 395

Teodosio es sacado de su retiro para ensalzarle al trono imperial.—Restablece el valor y la disciplina del ejército.—Incorpora en él á los godos.—Conserva la tranquilidad en Oriente.—Emperadores de Occidente, Máximo, Graciano, Valentiniano II y Eugenio.—Queda Teodosio emperador único en Oriente y Occidente.—Lucha del cristianismo y la idolatría.—Herejías en España.—Prisciliano.—Concilio de Zaragoza.—Teodosio y San Ambrosio.—Penitencia pública del emperador.—Edicto contra el paganismo.—Triunfo del catolicismo en el senado.—Costumbres del clero español.—Famosa decretal del papa Siricio, en respuesta á una carta del obispo de Tarragona.—Santos Padres.—Leyes de Teodosio.—Su muerte.—División del imperio.

Con orgullo podrá citar siempre la España los tres emperadores que salieron de su seno, Trajano, Adriano y Teodosio. Españoles eran también los padres de este último, Teodosio y Termancia, así como su primera mujer Facila. Hallábase Teodosio, según hemos visto, tranquilo en su retiro, como otro Cincinnato, cultivando su patrimonio, y contento con su honesta medianía, cuando un emperador le busca para partir con él la púrpura imperial como el único hombre capaz por sus talentos y su firmeza de salvar el imperio de Oriente, á punto de ser presa de los bárbaros. De ello se lisonjeaban ya los godos. *Por lo que á mí hace,* decía uno de sus jefes, *estoy cansado de matar, y lo que me admira es que un pueblo tan débil y que huye siempre delante de mí, se atreva todavía á disputarme la posesión de sus provincias y de sus tesoros.* Pero llega Teodosio, y renovando los días de los Fabios y de los Escipiones, restablece la disciplina del menguado y desconcertado ejército, acostumbra á sus soldados á oir sin susto los gritos de los salvajes, los ejercita primero en la guerra de ardides y sorpresas, y cuando ya los considera suficientemente aguerridos, los presenta delante de los bárbaros, y por fruto de sus ensayos anteriores, recoge la victoria. Teodosio, guerrero y político, aprovecha las divisiones y rivalidades que existían entre ostrogodos y visigodos, entra en negociaciones con Atanarico y le lleva á Constantinopla, donde le deslumbra con la grandeza de aquella ciudad imperial. Muere á poco Atanarico; Teodosio le manda hacer suntuosas honras, y atrae á su partido á los godos. Éstos se comprometen á guardar los pasos del Danubio contra los demás pueblos, y Teodosio incorpora en las tropas imperiales más de cuarenta mil bárbaros.

Teodosio conserva así la tranquilidad del imperio de Oriente, pero ya quedan establecidos en el imperio los que habían de ser sus destructores; ya los godos y los hunos están al servicio de los príncipes que iban á exterminar (382). En palacio mismo admite á Estilicón, de la sangre de los godos. Ya el imperio, en la corte y en el ejército, iban siendo mitad bárbaro, mitad romano. Ahora obedecen á Teodosio; cuando falte Teodosio, serán ellos los señores y los obedecidos.

No gozaba la misma paz el Occidente. Máximo, soldado ambicioso, se había hecho proclamar emperador en la Gran Bretaña (383). Viene en seguida á la Galia, acomete á Graciano, príncipe indolente y flojo, dado á la caza, y entregado á una guardia de bárbaros, y le quita el imperio y la vida. Máximo se hace reconocer por galos y españoles, y marcha sobre Italia. Pero San Ambrosio, obispo de Milán, viene á proponerle el pacífico goce de los estados de Graciano, y que no se le disputaría el título de emperador de Occidente en unión con Valentiniano II, con tal que hiciese cesar la guerra. Máximo accede á las proposiciones de San Ambrosio, y Teodosio ratifica lo pactado. Máximo se asoció su hijo Víctor, y los tres emperadores reinaron por espacio de cuatro años en aparente armonía. Pero el ambicioso Máximo declara de repente la guerra á Valentiniano, marcha sobre Roma y se apodera de ella. Valentiniano se refugia á Tesalónica, implora el auxilio de Teodosio, que había tomado por esposa á Galla, su hermana. Teodosio toma las armas, vence á Máximo en la Panonia, le hace prisionero, y le manda decapitar en Aquilea (383). Restablece á Valentiniano en su trono, sin tomar nada para sí sino la gloria de haber derrocado al usurpador, y la de haber vengado á Graciano, á cuya generosidad debía la púrpura. Pero los hombros de Valentiniano eran incapaces de sostener el peso del imperio. Un franco llamado Arbogasto, hombre de gran bizarría, que habiendo puesto su brazo al servicio de Teodosio, se había aprovechado de su privanza para trastornar el imperio de Occidente, tenía á Valentiniano como prisionero en su propio palacio, y era el que disponía de los empleos y oficios, así civiles como militares, confiriéndolos todos á los francos. Valentiniano quiso un día hacer un esfuerzo de dignidad con Arbogasto, y á poco amaneció el emperador ahogado en su propio lecho. Arbogasto no quiso para sí la púrpura, vistió con ella á un hombre llamado Eugenio, que era profesor de retórica (392). Teodosio resolvió vengar la muerte de Valentiniano. Arbogasto y Eugenio se prepararon también á resistirle con un ejército de francos y alemanes. Teodosio, con su acostumbrada celeridad, pasa los Alpes Julianos, cae sobre Italia, encuentra el ejército de Arbogasto y Eugenio, y se traba la pelea: ya no son los romanos los que combaten en Roma; son bárbaros contra bárbaros; los soldados de Eugenio son francos y alemanes, los de Teodosio son godos, mandados por sus príncipes indígenas, Gainas, Saúl y Alarico. Recia es la pelea y porfiada, pero las armas de Teodosio quedan triunfantes; Eugenio es hecho prisionero, y presentado á Teodosio, que le hace decapitar á su presencia. Arbogasto, desesperado, dos días después de la derrota se quita la vida hundiéndose en el pecho su tosco y pesado machete.

De esta suerte quedó Teodosio dueño único y absoluto de todo el imperio (394), que tuvo la gloria de conservar íntegro mientras vivió, sin que ni una sola provincia se desmembrara, teniendo siempre en respeto los bárbaros que le inundaban, y aun sirviéndose de ellos mismos para sostener el viejo edificio que iban á derribar: habilidad y destreza suma, que le mereció el sobrenombre de *Grande* con que ha pasado á la historia.

El reinado de Teodosio no fué sólo notable por haber sabido mantener vivo y entero un cuerpo que encontró semi-cadáver, teniendo dentro de sí mismo el germen de la muerte y de la disolución; lo fué más todavía por



DISCO DE TEODOSIO EL GRANDE

que se encontró en Almendralejo el año de 1847 y se conserva en la Real Academia de la Historia

(Su diámetro alcanza 74 centímetros)

tos imperiales ordenaban la ejecución de los decretos del concilio, y la confiscación y el destierro se empezaron á emplear contra los herejes inobedientes.

Mientras esto pasaba por parte de Teodosio, Máximo, aquel usurpador del imperio de Occidente, católico también, llevaba todavía más lejos el celo religioso. Diversas herejías habían cundido en España, entre ellas la de los priscilianistas, sostenida por Prisciliano, obispo de Ávila. Máximo hizo celebrar un sínodo de obispos que le juzgasen á él y á sus cómplices, y Prisciliano, obispo, con dos sacerdotes y dos diáconos, un poeta y una viuda, sufrieron la pena capital (1). Máximo fué el primer príncipe católico que derramó la sangre de sus súbditos por opiniones religiosas. San Ambrosio, obispo de Milán, y San Martín de Tours condenaron estas crueldades. San Ambrosio se negó á toda comunicación con Máximo. Examinemos el carácter y conducta del venerable obispo de Milán. Prescindamos del dictado de Santo que luego mereció. Consideremos en él las ideas de libertad, de independencia, de humanidad y de tolerancia: mirémosle como un ciudadano, como un político, conforme á los principios de la nueva religión. Hemos visto su entereza con Máximo; el obispo católico no quiere comunicar con el emperador católico, porque Ambrosio condena en nombre de la religión la crueldad y la efusión de sangre. Veamos cómo se condujo con Teodosio.

Habían ocurrido desórdenes en Antioquía y en Tesalónica: en la primera ciudad habían destruído las estatuas de Teodosio, de su padre y de toda su familia (387). En Tesalónica el pueblo había asesinado al comandante de la guarnición (390). Teodosio dió orden de exterminar la ciudad, y la revocó cuando ya se había ejecutado. La muchedumbre fué lanceada por las tropas: grande y horrible fué la carnicería. Ambrosio tuvo noticia

---

levantáis vuestros ojos hacia Dios y hacia mí. Adiós, casas hospitalarias, amigas de Cristo, que me habéis socorrido en mi enfermedad. Adiós, barras de esta tribuna, tantas veces forzadas por los que se agolpaban á oir mis discursos.... Adiós, ciudad soberana y amiga de Cristo... Adiós, Oriente y Occidente, por los cuales he peleado y fuí oprimido. Pero adiós especialmente vosotros, ángeles custodios de esta iglesia, que protegisteis mi presencia y protegeréis mi destierro. Y tú, santa Trinidad, mi pensamiento y mi gloria, convence y conserva á mi pueblo; compréndate, á fin de que yo sepa que crece cada día en saber y en virtud.»

(1) Prisciliano, nacido en Galicia, de familia noble y rica, hombre intrépido, facundo, erudito, se había empapado en las doctrinas de los gnósticos y maniqueos, que le enseñaron Elpidio, maestro de retórica, y Agape, señora no vulgar, y las difundió en la Iglesia de España. Afectando humildad en el traje y en las palabras, se captaba cierto respeto, y consiguió que tomaran su defensa algunos obispos, entre los que sobresalieron Instancio y Salviano. La herejía tomó tal fuerza que fué ya necesario congregar el concilio de Zaragoza, en que se condenó á los obispos mencionados, á Prisciliano y Elpidio. Los prelados pervertidos se reunieron y nombraron á Prisciliano obispo de Ávila, pero encontró resistencia en el metropolitano y en los demás obispos. El emperador Graciano mandó despojarlos de sus iglesias, que les restituyó después por empeños del maestre de palacio Macedonio. Máximo los sujetó al concilio de Burdeos: Prisciliano apeló del juicio de los obispos al César, y fué llevado á Tréveris; San Martín de Tours medió para que no fuese condenado á muerte, mas habiéndose ausentado el santo de la ciudad, se abrió nuevamente el proceso, y Prisciliano fué degollado.

de esta matanza en Milán, y retirándose á la campiña escribió al emperador: «No me atrevería á ofrecer el sacrificio si asistieseis á él. Lo que me prohibiría la sangre derramada en un solo inocente, ¿lo podré hacer con la de tantas víctimas (1)?» Hízole sensación á Teodosio esta carta: quiso entrar en la iglesia; salióle al encuentro en el vestíbulo un hombre que le detuvo diciéndole: «Has imitado á David en su crimen, imítale en la penitencia (2).» Este hombre era Ambrosio. «Si Teodosio, le decía á Rufino, quiere trocar el imperio en tiranía, yo moriré gustoso.» La voz del sacerdote era la voz del cristianismo que se levantaba á condenar la tiranía, cualquiera que fuese el que la ejerciera: era la voz de la humanidad, eran los principios del Evangelio, expresados por la boca de un hombre enérgico que sabía apreciar su dignidad, la dignidad de una religión que establece la igualdad entre los hombres y que no conoce grandes ni pequeños para condenar los crímenes. Jamás en ninguna república pudo llegar á más alto punto la entereza y el heroísmo de un ciudadano en la condenación de la tiranía: y es que la religión la condenaba con él. ¡Sublimidad de la política del cristianismo! Teodosio hizo penitencia pública en la catedral de Milán, despojado de las insignias del poder supremo, y San Ambrosio le absolvió, obteniendo antes una ley para que se dejase siempre un término de treinta días entre la sentencia de muerte y su ejecución, para que no fuese obra de la cólera y del arrebato. A pesar de la magnanimidad de aquel acto, no falta quien opine que el sacerdocio pudo haber humillado menos la majestad.

Dióse en el reinado de Teodosio el último combate entre la nueva y la antigua religión: la lid fué la más interesante de cuantas han presenciado los pueblos: los dioses del Capitolio se defendían contra la fe del Crucificado, el politeísmo contra la unidad: el espectáculo era interesante; tratábase de la caída de una religión y de una sociedad antiguas, y del establecimiento de una nueva religión y de una nueva sociedad: en esta solemne lucha tomaban parte todas las clases del Estado, senadores, ministros, hombres de guerra, historiadores, filósofos, poetas, sacerdotes de uno y otro culto, oradores, todos lidiaban, disputándose palmo á palmo el terreno, los unos en defensa de antiguas y desacreditadas divinidades, los otros en la de un solo y verdadero Dios. La verdad iba á triunfar sobre la envejecida fábula. La idolatría había sido condenada ya por los pueblos, los ejércitos de los bárbaros hacían ya templos de sus tiendas, y las legiones romanas se burlaban de los antiguos dioses; cuando se derribó la estatua de Júpiter, los soldados arrancaban los rayos de oro que circundaban su cabeza, y los guardaban diciendo que con tales rayos deseaban ser heridos (3). Teodosio proscribió ya solemnemente un culto que Constantino había empezado suavemente á abolir, y que Juliano no pudo sostener, porque estaba herido de muerte. «Prohibimos, dice Teodosio, á nuestros súbditos, magistrados ó ciudadanos, desde la primera hasta la última clase, inmolar víctima alguna inocente en honor de un ídolo inanimado.

(1) Ambros. Epist. LI.
(2) Paul. in Vit. Ambros.
(3) S. August. De Civitat. Dei, lib. V, cap. XXVI.

Prohibimos los sacrificios de adivinación por las entrañas de las víctimas.» Pero ya no era necesario tanto: la luz había venido, y las tinieblas tenían que disiparse. No era menester el mandato, bastaba la discusión.

Curiosa fué la cuestión que Teodosio presentó al senado. «¿Qué Dios deben adorar los romanos, á Cristo ó á Júpiter (1)?» Defendía la causa de Júpiter el prefecto Sínmaco, grande orador: la de Cristo la sostenía San Ambrosio, orador no menos distinguido. La mayoría del senado condenó á Júpiter. El poeta cristiano Prudencio describe así la conversión de Roma. «Hubierais visto á los padres conscriptos, lumbreras brillantes del mundo, trasportados de alegría, á aquel senado de ancianos Catones, conmovidos al vestirse el manto de la piedad, más cándido que la toga, y al deponer las insignias pontificales. A excepción de unos pocos que permanecieron en la roca Tarpeya, precipítanse todos á los templos puros de los nazarenos, y la estirpe de Evandro corre á las fuentes sagradas de los apóstoles (2).» Cayeron, pues, los templos paganos bajo la fuerza intelectual de la idea religiosa que había penetrado en los entendimientos de los hombres. Este fué el grande acaecimiento del reinado de Teodosio. El imperio había de caer también pronto envuelto en la púrpura de sus príncipes.

Entretanto en España luchaba también el viejo con el nuevo culto, costando trabajo á algunos desprenderse de los antiguos hábitos y preocupaciones; que siempre han sido los españoles tenaces en conservar sus costumbres. Pero la guerra más viva era la que se hacían entre sí herejes y católicos. Varios obispos se habían hecho priscilianistas; perseguíanlos y los denunciaban otros obispos, como Itacio é Idacio, con exaltado celo. Los sectarios de Prisciliano cada vez se mostraban más atrevidos y ardientes. No sirvió que fueran condenados en el concilio celebrado en Zaragoza (381); no sirvió que Graciano los echara de los templos y de las ciudades: no sirvió que Máximo convocara contra ellos otro concilio en Burdeos; no sirvió que Prisciliano, con otros de sus secuaces, sufriera la pena de muerte; el fuego de la herejía no se apagó, antes creció más su incendio; los cadáveres de Prisciliano y sus compañeros de suplicio fueron adorados como mártires, lo que produjo graves alteraciones entre los prelados. Máximo, viendo las discordias que ardían entre los obispos cristianos de España, pensó enviar á ella *tribunos pesquisidores*, con facultad de confiscar y aun de quitar la vida á los que fuesen tenidos por herejes; especie de tribunal inquisitorial, que, merced á los esfuerzos de Martín, obispo de Tours, no llegó á establecerse en España. Pero estaba reservado al primer emperador que hizo derramar sangre por opiniones religiosas, ser el primero también que concibió el ominoso pensamiento de un tribunal que andando el tiempo la había de verter á raudales.

El clero español había comenzado también á relajarse en sus costumbres. En el canon VI del concilio de Zaragoza se excomulgaba á los clérigos que pretendían hacerse monjes por vanidad, y por tener más licencia de hacer lo que quisiesen (3). Himerio, obispo de Tarragona, viendo lo re-

(1) Zosim. Hist., lib. IV.

(2) *Exultare patres videas*, etc. Prudent. contra Symmacum.

(3) Aguirre, *Colección de Concil.*, tom. II.

lajadas que andaban ya la disciplina eclesiástica y las costumbres de los cristianos, escribió una carta al pontífice Dámaso, consultándole sobre los desórdenes que se habían introducido en España. Muerto Dámaso le respondió el papa Siricio su sucesor, de cuya carta, que es un célebre documento, son notables las prevenciones siguientes: «que nadie pueda casarse con la que está desposada ya con otro y ha recibido la bendición del sacerdote: que los monjes y monjas que sin atender á su voto y estado faltan á la castidad sacrílegamente viviendo como si estuviesen casados, sean excluídos de la comunión hasta el fin de la vida, y que entonces se les dé el viático de misericordia: que á los ministerios eclesiásticos sólo sean admitidos los de buena vida y costumbres, y los que sólo se hayan casado una vez: que con los clérigos no viva mujer alguna sino las que permite el concilio Niceno (1).» Así decía ya San Jerónimo: «Hay algunos que solicitan el sacerdocio ó el diaconado para ver más libremente á las mujeres. Cuidan más principalmente de su vestido, de peinar la cabeza con mucho esmero y de perfumarse. Rizan los cabellos con el hierro: las sortijas brillan en sus dedos: andan de puntillas; de suerte que más os parecerán jóvenes recién casados que clérigos (2).» Extiéndese el santo padre en otras descripciones de este género en prueba de la corrupción que se notaba ya en las costumbres de los sacerdotes. Había, sin embargo, un gran número que eran ejemplo de pureza y de virtud.

Tenía en aquel tiempo la doctrina ortodoxa, para luchar con el politeísmo y con la herejía, campeones ilustres, sabios elocuentes y vigorosos, obispos filósofos, prelados insignes en letras y en virtudes, apóstoles infatigables, que con la pluma, con la palabra y con el ejemplo, combatían enérgicamente los antiguos y los nuevos errores con que tuvo que lidiar el catolicismo, que desafiaban con valentía la persecución, que hablaban con independiente entereza á príncipes y gobernantes, y que ilustraban al mundo y derramaban por todo el orbe la fe y la civilización. Desde el obispo Atanasio de Alejandría, el varón incontrastable, modelo de perseverancia y de firmeza, hasta el prelado de Hipona Agustín, el inimitable autor de las *Confesiones* y de la *Ciudad de Dios*, hubo una serie y sucesión de varones virtuosos y de clarísimos ingenios que imprimieron á los espíritus un movimiento prodigioso por todo el mundo entonces conocido, y le iluminaron con sus brillantísimos discursos y sus eruditas discusiones, enseñándole la verdad y encaminándole hacia el bien. Tales fueron los Crisóstomos, los Gregorios de Nazianzo y de Niza, los Osios, los Basilios, los Ambrosios, los Jerónimos, y otros ilustres y eminentes sabios, que recibieron el honroso nombre de Padres de la Iglesia, y que podríamos llamar también los santos filósofos del cristianismo. A ellos se debió en gran parte el triunfo de la doctrina civilizadora, y el descrédito en que fueron cayendo las antiguas creencias que habían tenido oscurecida la humanidad.

Volvamos ahora á Teodosio.

---

(1) Esta decretal es la primera que se encuentra en las colecciones antiguas de la Iglesia latina, y la primera que los sabios reconocen por verdadera.

(2) Fleury, *Hist. eccl.*, tom. IV, cap. XVIII.

Le hemos visto como guerrero sostener el imperio sin dejar perder una sola provincia ni una sola pulgada de territorio, como favorecedor de la religión cristiana dejarse arrebatar muchas veces de su ardor hasta la violencia. Como legislador civil, dictó multitud de leyes, que le ganaron verdaderos títulos de gloria. Descúbrese en muchas de ellas un espíritu de sabiduría, de justicia y de humanidad, que merecen cumplida y especial recomendación. Puede servir de ejemplo la siguiente: «En cuanto á los que se hallan detenidos en las cárceles, ordenamos que no se omita medio para apresurar la libertad de los inocentes, y que no se cometa la injusticia de prolongar la detención de los culpables, que sería agravar su pena, A los carceleros y á otros agentes de la justicia que se propasasen á violencias ó extorsiones contra los presos, queremos que se les impongan las penas más severas. Los administradores de las casas de detención, que no presenten cada mes un estado exacto de los presos, con expresión de su edad, naturaleza de su delito y duración de la pena á que cada uno está condenado, quedan obligados á pagar á nuestro tesoro una multa de veinte libras de oro: y el juez que por negligencia condenase un proceso, pagará una multa de diez libras de oro sin remisión.» Admirable ley, que desearíamos ver cumplida después de mil quinientos años. Otras disposiciones no menos recomendables de este ilustre príncipe pueden verse en el Código Teodosiano.

A vueltas de los defectos que hemos hecho notar, amigos y enemigos solían hacer justicia á sus virtudes. Aun daba lugar su edad á concebir más venturosas esperanzas, cuando falleció en Milán el último emperador que había sabido dirigir con robusta mano el imperio (395). Lo peor fué que le dejó encomendado á sus dos tiernos é inexpertos hijos, Arcadio y Honorio, al primero como emperador de Oriente, como emperador de Occidente al segundo: separación que será ya definitiva (1).

(1) Orosio, Zosimo, Idacio, Marcelino, San Ambrosio, Aurel. Víctor, que acabó con él su historia, y otros.

CAPÍTULO VII

LOS BÁRBAROS

De 395 *á* 414

Arcadio, emperador de Oriente, Honorio de Occidente.—Debilidad de estos dos príncipes.—Irrupción de bárbaros en el imperio.—Los godos. Alarico.—Sus primeras invasiones por Oriente.—Invade la Italia.—Es derrotado dos veces por Estilicón, ministro y general de Honorio.—Se retira.—Nueva irrupción de bárbaros.—Vándalos, suevos, alanos, borgoñones, godos.—Gran derrota de los bárbaros en Florencia. —Emperadores intrusos en las Galias y en España.—Guerras civiles.—Nueva aparición de Alarico en Italia.—Sitio de Roma.—Impuesto que exige á la ciudad.—Humillación de los romanos.—Segundo asedio de Roma por Alarico.—Obliga al senado á aceptar un emperador que él nombra.—Sitia Alarico á Roma tercera vez. —Entran los godos en la ciudad de los Césares.—Horroroso saqueo y destrucción de estatuas y de preciosos objetos artísticos.—Manda Alarico respetar los templos cristianos.—Conduce en procesión los vasos sagrados.—Retirada de Alarico.—Su muerte.—Sucédele Ataulfo.—Su matrimonio con Placidia, hermana del emperador romano.—Ruptura entre Ataulfo y Honorio.—Invasión de los bárbaros en España. Vándalos, suevos, alanos.—Gran desolación en España.—Repártense las provincias. —Venida de Ataulfo y de los godos.—Disolución moral del imperio romano.—Se inicia en España la dominación de los godos.

Un solo hombre había estado deteniendo la caída del imperio. Muerto este hombre, el viejo y minado edificio iba á venir á tierra, parte desmoronándose, parte desplomándose con estrépito.

Parece que la Providencia no quería dar á cada familia imperial sino un nombre ilustre, para que los grandes de la tierra no se envanecieran Marco Aurelio, modelo de príncipes, dió al mundo un hijo, tipo de corrupción y de perversidad. Los hijos de Constantino estuvieron lejos de heredar la grandeza de su padre; y al gran Teodosio le suceden sus dos hijos Arcadio y Honorio, el primero pequeño, miserable y estúpido, el segundo desidioso, ligero y desatentado: Arcadio dominado por una mujer y por un eunuco, y Honorio entregado á un tutor de la raza alana, y contento con casarse sucesivamente con las dos hijas de Estilicón, que supo aprovecharse bien de la inercia y de la imbecilidad de su imperial yerno. Tales eran los dos soberanos del imperio en la ocasión en que más hubiera necesitado éste de manos robustas y vigorosas.

Los bárbaros habían estado contenidos por Teodosio como un torrente detenido en su marcha por un fuerte dique: roto el dique por la muerte de Teodosio, el torrente se desborda y precipita. El godo Alarico de la familia de los Baltos, que quiere decir osado y valiente, la más ilustre entre ellos después de la de los Amalos; Alarico, que había sido aliado de Teodosio, y elevado por él al empleo de maestre general de la milicia, con pretexto de verse mal recompensado por la corte de Arcadio, sale del territorio que ocupaba, y con sus masas de godos invade y devasta la Tracia, la Dacia, la Macedonia y la Tesalia (396). Pasa el desfiladero de las Termópilas y penetra en la Grecia. El país de los sabios y de las bellas ficciones

ve hollados sus campos y sus ciudades por las plantas de los bárbaros, que siembran el espanto y la desolación desde el golfo Adriático hasta el mar Negro. Arcadio, asombrado, concede á Alarico la soberanía de Iliria, y sus hordas le proclaman rey con el título de rey de los visigodos. De este modo se encuentra ya establecido un nuevo poder en el antiguo imperio romano.

Alarico, ya rey, medita otra expedición. Esta vez la nube va á descargar sobre el Occidente. El jefe de los visigodos endereza sus pasos á Italia (402), que se llena de terror al saber que ha traspuesto los Alpes Julianos. El ruido de la tempestad despertó á Honorio, que permanecía adormecido en el palacio de Milán. Su primer pensamiento fué huir, y hubiéralo hecho á no haberle detenido Estilicón, que se encargó de reunir por sí mismo un ejército para hacer frente al formidable bárbaro. El tutor de Honorio encontró al ejército godo acampado en Polentia. Era la fiesta de la Pascua, y aquellos godos, cristianos ya, rehusaban entrar en combate por respeto á la festividad (1). No tuvo Estilicón el mismo miramiento, los atacó y les causó una completa derrota (403). Cayeron en su poder la esposa y los hijos de Alarico, que al fin le fueron devueltos á condición de que saliera de Italia, recibiendo además una pensión del soberano del imperio. Todavía quiso Alarico sorprender á Verona, pero noticioso de ello Estilicón, cayó otra vez sobre él de improviso y le derrotó de nuevo. Entonces Alarico con el resto de sus hordas se resolvió á salir de Italia. Ya un alano, Estilicón, era el único capaz de defender el imperio de Occidente contra otros bárbaros, que enseñaban á Italia la facilidad con que se franqueaban sus barreras.

Por más que Honorio pasara á Roma á hacer un vano alarde del triunfo en que ninguna participación había tenido, ya no se contempló seguro ni en Roma ni en Milán, y sin perjuicio de fortificar los muros de la ciudad del Capitolio, tuvo por más prudente ir á cobijarse en Rávena.

Ni el temor había sido infundado, ni inútiles las precauciones. No habían pasado dos años cuando de las riberas meridionales del Báltico se desgajaron precipitadamente sobre Italia más de doscientos mil guerreros, vándalos, suevos, borgoñones, que reforzados por el camino con otras hordas de godos, de alanos y de otras razas y tribus, mandados todos por Radagaso, cruzaron la Pannonia y los Alpes, salvaron el Apenino, y talando las campiñas y las ciudades etruscas, pusieron sitio á Florencia (405). Allí acudió también el bravo Estilicón con treinta legiones, llevando igualmente en ellas muchos bárbaros auxiliares. La batalla que se dió fué terrible y sangrienta. Estilicón volvió á quedar victorioso: dícese que murieron hasta cien mil de los invasores: Radagaso fué hecho prisionero y decapitado: muchos de los que fueron vendidos como esclavos perecieron pronto, no acostumbrados á aquel clima (406).

Estilicón, que ya no cuidaba sino de preservar la Italia, deja á los suevos, los vándalos y los alanos descolgarse sobre las Galias, donde pelean con los francos, y devastan por espacio de tres años el país. La nube que

---

(1) Claud. de Bell. Getic.—Orosio, lib. VII, cap. XXXVII.

España vió levantarse á lo lejos allá en el Norte en tiempo de Decio, va aproximándose á su horizonte, y ya se oye más de cerca el ruido del trueno.

Aprovechando el general desorden las legiones de la Gran Bretaña, nombran emperador á un tal Marco, pero le asesinan en seguida para reemplazarle con Graciano, quien á su vez sufre á los pocos meses la misma suerte, y es sustituído por un soldado llamado Constantino, que sin duda por una miserable imitación del gran príncipe de su nombre llamó también á su hijo Constante, y le decoró con el título de César (407). Pasa Constantino á las Galias, y se apodera de una gran parte de aquel territorio que Honorio no podía ya defender. Franquea Constante los Pirineos con objeto de hacer reconocer á su padre en la Península española. Alármase una parte del país: dos ilustres españoles hermanos, Didimio y Veriniano, de Palencia, de una familia ligada con la de Teodosio, toman las armas en defensa del gobierno legítimo; pero batidos por Constante y hechos prisioneros, son conducidos á Arlés, donde Constantino tenía un simulacro de corte, y pagan allí con la vida su devoción á la familia imperial. Estos triunfos valieron á Constante el título de Augusto que compartió con su padre. En esto Geroncio, á quien á aquél había dejado encomendado el gobierno de España, se subleva también contra Constantino, y con las tropas que tenía á sus órdenes y con el auxilio de los habitantes de los vecinos países, proclama emperador á un tal Máximo; nuevo desorden y nueva guerra: así se jugaba ya con la púrpura.

Mientras tales contrariedades experimentaba el débil Honorio en Bretaña, en las Galias y en España, vuelve á aparecer en las fronteras de Italia el feroz Alarico al frente de nuevas bandas guerreras, tan imponente como si antes no hubiera sufrido revés alguno (408). Esta vez se presenta el bárbaro aparentando respetar á Honorio, y prometiendo marchar á las Galias contra Constantino, siempre que le den dinero y le cedan la soberanía de alguna provincia occidental. Estilicón, que traía en su mente proyectos sobre los Estados de Arcadio, acoge ahora la amistad del rey godo, y arranca al senado el consentimiento de entregar á Alarico cuatro mil libras de oro y de encomendarle la defensa de las fronteras italianas. Este proceder de Estilicón le atrae el resentimiento de las legiones que así se veían postergadas é irrita á algunos senadores que todavía conservaban un resto de energía y de amor patrio. Explota estas disposiciones un tal Olimpio, y á una señal suya las tropas romanas degüellan á todos los amigos de Estilicón: él se refugia á Rávena, se acoge á los altares, es arrancado del sagrado asilo, y con su hijo Eucherio es condenado á muerte, que sufre con la misma serenidad y valor que había mostrado en las batallas.

¿Quién puede detener ya á Alarico? Nadie. Las tropas auxiliares de Honorio, que sólo servían en las filas romanas por afecto á Estilicón, se pasan á las del rey godo en número de treinta mil. Con esto el bárbaro no vacila ya sobre el partido que ha de tomar. Ya no hay para él compromisos de amistad ni de alianza; habla á sus hordas de los ricos despojos que encierra la antigua capital del mundo; levanta su campo; marcha de ciudad en ciudad, y pronto coloca sus tiendas ante los muros de Roma. «¿A dónde vas?—le había preguntado en el camino un ermitaño.—*Dios lo sabe*, respondió Alarico: *siento dentro de mí una voz secreta que me dice: «Anda y ve*

á destruir á Roma.» Cerca de setecientos años hacía que Roma no había visto acercarse á sus puertas ejércitos extranjeros. ¡Cuán otra era Roma cuando vió flotar las banderas de Cartago! ¿Quién resistirá ahora á este Aníbal del Septentrión? ¿Qué se han hecho los Fabios y los Escipiones?

Un riguroso asedio va reduciendo á la inmensa muchedumbre que se albergaba en la ciudad de Rómulo al extremo de apurar hasta los alimentos más repugnantes. Extenuadas del hambre se caían ya las gentes, y los cadáveres infestaban las calles y las plazas. De la ciudad que había enseñoreado todo el orbe, salen dos diputados á pedir la paz á un rey bárbaro. Todavía trataron de infundirle algún respeto diciéndole: *Mira que aun hay en Roma inmensa muchedumbre de gente.—Mejor,* contesta el bárbaro, *cuanto más espesa nace la hierba mejor se corta.* Y les pide todo el oro y toda la plata y cuantos objetos preciosos encierra la ciudad, y la libertad de todos los esclavos bárbaros.—*Entonces,* le preguntaron los diputados, *¿qué nos dejas?—La vida,* les contestó Alarico. Tasóles al fin la contribución que debían de aprontarle, reduciéndola á cinco mil libras de oro, treinta mil de plata, otras tantas de pimienta, cuatro mil túnicas de seda y tres mil piezas de púrpura. No pudiendo los romanos completar el precio del rescate, acordaron despojar las imágenes de los templos, y fundieron las estatuas de oro de la *Virtud* y del *Valor* (1). Así derriban ellos mismos sus ídolos: y en cuanto al *Valor* y la *Virtud,* ¿para qué querían los que no tenían ya ni virtud ni valor las imágenes que los representaban?

Retiróse por entonces satisfecho Alarico (409), cargado de oro, y engrosadas sus bandas con cuarenta mil bárbaros rescatados en Roma; y retiróse como aquel que tiene la generosidad de perdonar lo que está en su mano destruir. Pero no tardó en volver á humillar de nuevo á aquella en otro tiempo tan orgullosa ciudad. Irritado de que el impotente Honorio, siempre cobijado en Rávena, hubiera hecho jurar á los oficiales del imperio que no transigirían nunca, antes harían guerra implacable al godo, presentóse otra vez Alarico delante de Roma, y con una moderación que no era de esperar de un bárbaro poderoso y ofendido, contentóse con obligar al senado á reconocer por emperador á Atalo, prefecto de la ciudad. Puso el senado humildemente la desacreditada púrpura en los hombros de quien Alarico le designaba, y el nuevo Augusto correspondió al que le hacía emperador dándole el mando de los ejércitos de Occidente, y el de sus guardias á Ataulfo, cuñado de Alarico, con el título de conde de los Domésticos.

¿Pero era el destino de Roma ser solamente humillada? ¿Qué era lo que le había dicho á Alarico aquella voz secreta á que no podía resistir? *Anda y vé á destruir á Roma.* Sonó, pues, la hora de cumplirse el destino de la ciudad eterna. Entretenido estaba el imbécil Honorio en Rávena, en cuidar una gallina que llamaba *Roma* (¡apenas puede concebirse tanta degradación!), mientras la ciudad de Rómulo caía en poder de Alarico. El 24 de agosto del año 410 de Jesucristo, á los 1163 años de su fundación, los estandartes godos plantados en lo alto del Capitolio, anunciaron que la ciudad de los Césares había pasado á otro dueño, y que una nueva raza

(1) Zosim., lib. V.

de hombres entraba en posesión del mundo antiguo. La depredadora del universo fué á su vez saqueada por aquellas turbas feroces, y la que se había jactado de subyugar al mundo entero, se vió entregada por espacio de diez y seis días al furor de una soldadesca bárbara. Por la espada pereció la que por la espada se había engrandecido.

Parecía haberse escrito para ella aquellas palabras del profeta: «Esto ha dicho el señor: ved un pueblo que vendrá de la tierra del Aquilón, y una gran nación se levantará de las extremidades de la tierra. Tomará sus flechas y su escudo: es cruel y no conoce la compasión; su voz resonará como el mar: montará en sus caballos, como guerrero que se apresta á la pelea, contra tí, hija de Sión. Hemos oído su fama: nuestros brazos han desfallecido: la tribulación se ha apoderado de nosotros (1).» Y bien podía decirse de Roma como de Jerusalén: «La señora de las naciones ha quedado viuda: la reina de las ciudades se ha hecho tributaria.. sus enemigos se han levantado sobre su cabeza... porque el Señor ha hablado contra ella á causa de la multitud de sus iniquidades (2).» «¿Quién hubiera pensado jamás, escribía San Jerónimo, que Roma, tan altamente ensalzada por sus victorias, había de perecer, y que después de haber sido la madre de los pueblos, había de ser su sepulcro (3)?»

Estatuas, vasos, mesas, sepulcros, ídolos, los objetos preciosos del culto, las obras maestras más insignes de las artes, todo caía hecho pedazos á los rudos golpes del hacha de los godos. Palacios suntuosos fueron presa del voraz incendio, muchos hombres fueron degollados, muchas doncellas y muchas matronas hechas esclavas, y los bárbaros destruían por placer los bellos jardines y las magníficas moradas de los opulentos y voluptuosos patricios. En aquellos días de universal devastación se presenta en Roma un espectáculo sorprendente. Desde el monte Quirinal hasta el Vaticano, se ve marchar una procesión solemne; los soldados que hasta entonces se han ocupado en el pillaje caminan ordenadamente en dos filas: entre ellas van sacerdotes cantando piadosos salmos: ¿qué significa esa ceremonia semi-religiosa, semi-bélica? Es que conducen las reliquias de los mártires de Cristo, es que llevan los vasos sagrados de que se sirven en los altares los sacerdotes del Crucificado, que Alarico ha mandado respetar y custodiar: Alarico, que ha dado orden para que se respeten también los templos cristianos, y no se derrame la sangre de los que se han refugiado á ellos. Así los perseguidores del cristianismo deben su salvación á aquellos mismos lugares que ellos intentaban derribar, á aquella misma religión que tan crudamente perseguían. Es el cristianismo que viene á anunciar al mundo que ha concluído la idolatría, y que el culto de los dioses paganos ha terminado con el imperio de los Césares. Es la idea religiosa, que traían ya desde sus bosques los destructores providenciales de los disolutos emperadores y de las falsas divinidades. Es la sociedad cristiana que viene á reemplazar á la sociedad idólatra. Es el principio civilizador, que la espada de un bárbaro ayuda á triunfar, sin que él mismo lo conozca,

(1) Jerem., cap. VI.
(2) Id. Lament., cap. I.
(3) *Capitur urbs quæ totum cepit orbem.* Hieronim. ad Eustochium.

de la resistencia que aun oponía á las doctrinas de los apóstoles y de las escuelas. Es la fuerza que viene á completar la obra de la idea. Porque la Providencia, dijimos en nuestro discurso preliminar, cuando suena la hora de la oportunidad, pone la fuerza á la orden del derecho, y dispone los hechos para el triunfo de las ideas.

Retiráronse los godos cargados de botín á la Italia Meridional. A los pocos días murió Alarico, como si hubiera concluído su misión sobre la tierra. Los godos proclamaron rey á Ataulfo, cuñado del jefe que acababan de perder. Ataulfo había concebido el pensamiento de fundar un imperio godo sobre las ruinas del romano; mas comprendiendo luego que su pueblo no estaba aún preparado para recibir las instituciones y las leyes de un gobierno regular, parecióle que podría merecer mejor la gratitud del mundo haciendo al imperio romano recobrarse de su postración, contento con que esto se debiera á la influencia goda. Ofreció, pues, su amistad á Honorio, que no desdeñó admitirla á pesar del odio que había jurado á los godos. Encargóse entonces Ataulfo de combatir á los que en las Galias tenían usurpado el poder romano, y se posesionó de Narbona, Tolosa, Burdeos, y todo el país que se extiende desde Marsella hasta el Océano.

Entre las damas que los godos habían hecho prisioneras en Roma, hallábase la bella Placidia, hermana de Honorio. Habíase prendado de ella Ataulfo, y muchas veces la había pedido á su hermano por esposa. Como éste rehusase siempre su consentimiento, determinó el godo por sí mismo casarse con la que por derecho de guerra hubiera podido tratar como esclava. Celebráronse solemnemente los desposorios en Narbona. Ataulfo se presentó en la ceremonia vestido á la romana, y Placidia con el traje y pompa de emperatriz. Cincuenta lindos mancebos vestidos de seda ofrecieron á la ilustre desposada otras tantas bandejas llenas de oro y pedrería (1). Así un godo venido de la Escitia se desposaba con la hija del gran Teodosio, llevándole en dote los despojos del imperio de su padre.

Destinado estaba este consorcio á ejercer grande influjo en la suerte del decadente imperio, y á no tenerle menor en la de nuestra España. Amaba también á Placidia Constancio, á la sazón ministro y consejero de Honorio, que aspirando á la mano de aquella princesa esperaba poder encumbrarse un día al trono. Hombre animoso y hábil había tenido Constancio la fortuna de ir acabando con todos los usurpadores del imperio. Constantino y Constante en las Galias, Heraclio en Africa, Máximo y Geroncio en España, todos habían ido pereciendo, ó en batalla, ó suicidados, ó sentenciados á muerte (2). A Constantino había reemplazado en las Galias Jovino, que cayendo en manos de Ataulfo fué decapitado también, y su cabeza enviada como un trofeo por el godo vencedor al emperador su cuñado (413).

(1) Idat. Chron.

(2) De estos últimos fué Constantino, á quien no valió ordenarse de sacerdote para hacer sagrada su persona. También le fué enviado aquel Atalo á quien Alarico había nombrado emperador de Roma, como para mofarse de la grandeza romana. Con todos estos se divertía Honorio exponiéndolos al público. Incapaz de resistir por sí mismo á ninguno de ellos, gozábase de hacerlos objeto de escarnio después que se los daban rendidos. Así se hacía aquel emperador mentecato la ilusión de que era fuerte.

Así los dos rivales, el esposo y el amante de Placidia, proporcionaban triunfos al imbécil Honorio, ó por lo menos le libertaban de sus competidores. Mas las victorias de Ataulfo no hacían sino excitar más los celos de Constancio, quien provocó al emperador á que exigiera al rey godo la restitución de Placidia su hermana. Negóse á ello Ataulfo y rompió con el emperador y con el imperio. Era lo que Constancio deseaba. Habiendo tenido la precaución de aliarse con los otros bárbaros que procedían del Rhin, pudo Constancio dedicarse exclusivamente á hostilizar á Ataulfo y sus godos. Entonces el sucesor de Alarico determinó venir á España: traspone el Pirineo Oriental y toma posesión de Barcelona (414). ¿Cuál era el pensamiento de Ataulfo, y cuál su objeto en venir á España? Veamos cuál era la situación de nuestra provincia cuando esto acaecía.

Entre las razas salvajes que en la grande irrupción del año 406 dijimos haber inundado el imperio romano, contábanse, según indicamos también, los vándalos, los alanos y los suevos, que precipitándose sobre las Galias las devastaron por espacio de tres años. Habían hecho estas tribus su principal asiento, si asiento hacían en alguna parte estos guerreros nómadas, en la Aquitania y la Narbonense. Viéndose casi al pie de los Pirineos, ó bien que Geroncio los llamara de España, ó bien que los empujara sólo su propia movilidad, ó que los aguijara la codicia ó el deseo de ver lo que se ocultaba detrás de aquella formidable barrera de elevados montes, franquearon los Pirineos (409), desgajándose como torrentes por las comarcas españolas en ocasión que en la España andaban revueltos en guerras los Máximos, los Constantes y los Geroncios, disputándose entre sí un retazo de la desgarrada púrpura romana. Coincidía este gran suceso con la entrada de Alarico en la capital del antiguo mundo romano. Cada uno de estos pueblos trashumantes traía su rey, ó más bien su jefe militar. Gunderico se llamaba el de los vándalos, los más poderosos y fieros, á quienes acompañaban los silingos, tribu particular de su misma raza; Atacio era el de los alanos, y Hermarico ó Hermenerico el de los suevos.

Triste y horroroso espectáculo ofrecía entonces España. El genio de la devastación se apoderaba de ella. El incendio, la ruina, el pillaje, la muerte, era la huella que dejaba tras sí la destructora planta de los nuevos invasores. Campos, frutos, ciudades, almacenes, todo caía, ó devorado por las llamas, ó derruído por el hacha de aquellas hordas feroces. Veíanse las gentes morir transidas de hambre, sustentábanse algunos con carne humana, llegando el caso, al decir de algunos historiadores, de que una mujer se alimentara sucesivamente con la carne de sus cuatro hijos; barbarie horrible que la costó ser apedreada por el indignado pueblo (1). Siguiéronse á los horrores del hambre los de la peste: porque los campos se hallaban cubiertos de insepultos cadáveres, que con su podredumbre infestaban la atmósfera, y á cuyo olor acudían manadas de voraces lobos y nubes de cuervos y de buitres, que los unos con sus aullidos, con sus roncos y tristes graznidos los otros, infundían nuevo espanto á los que presenciaban la calamidad. La cólera divina parecía querer descargar entera sobre este desventurado pueblo. En este estado, hartos los bárbaros de carnicería y

(1) Idat. Chron.—Orosio, lib. VII.

de rapiñas, acordaron repartirse entre sí la España, en cuya distribución tocó á los suevos la Galicia, á los alanos la Lusitania y la Tarraconense, la Bética á los vándalos, que le dieron el nombre de Vandalusía. Algunos pueblos de Galicia conservaron su independencia en las montañas (1). Y no obstante la ferocidad de estas gentes, cuando ya se asentaron, casi se felicitaban los indígenas de verse sujetos á la dominación bárbara con preferencia á la sabia opresión de los magistrados romanos.

En tal situación aconteció la venida de Ataulfo y de sus godos á España. Diferentes y aun opuestos juicios hacen los historiadores acerca del objeto que pudo impulsar al monarca visigodo á penetrar en la Península, y no es de extrañar que las historias de aquellos tiempos participen de la general confusión en que entonces andaba todo envuelto y turbado. Suponen unos que por anteriores conciertos con Honorio le había concedido éste, además de la posesión de la Narbonense, la parte oriental de España más próxima al Pirineo. Sospechan otros que sólo vino huyendo de las legiones imperiales de Constancio. Afirma Jornandés, cuyo testimonio no carece de importancia en lo relativo á las cosas de los godos, que Ataulfo hizo ya cruda guerra á los vándalos de España. ¿Y no pudo decir Ataulfo, á la manera de Alarico: «Siento dentro de mí una voz que me dice: «Anda y vé á lanzar de España á los bárbaros que la inundan, y funda en ella un imperio?» Por lo menos los sucesos posteriores mostraron que esta era la misión providencial que habían recibido los godos. Mas si Ataulfo había tenido este pensamiento, faltóle tiempo para la ejecución faltándole la vida. Quitósela en Barcelona el godo Sigerico, ansioso de reemplazarle en el mando, y con pretexto acaso de la flojedad con que Ataulfo hacía la guerra á los romanos.

Todos los ímpetus que el nuevo rey había anunciado antes de serlo contra los imperiales, los descargó inhumana y bárbaramente contra la familia de Ataulfo, ya degollando á los seis hijos que de su primera mujer había éste dejado, ya haciendo marchar á Placidia por espacio de doce millas delante de su caballo á pie y mezclada entre una turba de mujeres esclavas. Tan intempestiva fiereza debió irritar á los godos, que habiendo sin duda aprendido ya de los romanos la manera de quitar y poner reyes, asesinaron á los siete días al violento y arrebatado Sigerico, nombrando en su lugar á Walia.

Reservámonos referir en otro lugar los triunfos de Walia sobre los vándalos, la devolución de Placidia á Honorio, la concesión que este emperador hizo á los godos de las tierras de Aquitania, y el establecimiento de la corte goda en Tolosa. Limitámonos en este capítulo á apuntar los primeros pasos en España de los que habían de trasformar nuestra península de provincia romana en monarquía goda. Dejámosla cuajada de ejércitos bárbaros, de masas de salvajes que se mueven y chocan entre sí disputándose la posesión de un suelo envidiado; á otros bárbaros menos salvajes y feroces que ellos pugnando por arrojar á los primeros invasores; el imperio romano de Occidente desmoronándose, saqueada por los godos la capital del que se había llamado pueblo-rey, un emperador imbécil dando leyes á súbditos que no tenía, y cuyos sucesores no hacían ya sino dispu-

(1) Idacio, Orosio, Salviano, Olimpiodoro.

tarse los harapos inservibles de una púrpura desgarrada; la dominación romana, moralmente abolida en España, pero luchando todavía por sostener un poder ilusorio y fantástico, y fundiéndose y como amasándose una España nueva: período de fermentación y mezcla de pueblos y de elementos extraños, de que habrá de resultar otro idioma, otros nombres, otras costumbres, otra forma de gobierno, otra sociedad. La España se está descomponiendo para renovarse.

Por eso, sin dar por definitivamente terminada la dominación romana, ni por formado todavía el imperio godo que la habrá de sustituir, pero no rigiendo ya la organización á que hasta ahora ha quedado sujeta, parécenos que debemos dar cuenta del carácter de la situación política que termina, para que podamos después apreciar mejor el cambio material y moral que va á sufrir.

CAPÍTULO VIII

ESTADO SOCIAL DE ESPAÑA BAJO EL IMPERIO ROMANO

Diferentes divisiones que se hicieron de España.—Clases y categorías de las poblaciones. —Colonias, municipios, etc.—Derechos que cada uno gozaba.—Gobierno. Administración. Sistema rentístico. Impuestos. Servicio militar. Estadística de población.— II. Riqueza territorial de España.—Artículos de que abastecía á Roma.—Agricultura, industria, comercio.—Minería.—Cómo beneficiaban y elaboraban las minas los romanos. Cómo estaban administradas.—Acuñación de moneda en España.— III. Artes y oficios.—Riqueza monumental.—Grandes vías militares.—IV. Cultura intelectual.—Literatura hispano-romana.—Los Sénecas: Lucano: Quintiliano: Silio Itálico: Floro: Marcial: Columela: Pomponio Mela: Trajano: Adriano.—Letras cristianas.—Escritos religiosos.—Osio: Juvencio: Gregorio de Illiberis: Prudencio: Prisciliano.—Prepárase España á recibir una modificación social.

I. Mejor que los hombres de la república comprendió Augusto la geografía de España, cuando á la desigual división de Tarraconense y Bética, ó de España Citerior y Ulterior, sustituyó la división en tres grandes provincias, á saber: Tarraconense, Bética y Lusitania. La Bética, como provincia senatorial, era gobernada por un procónsul; la Tarraconense y Lusitania, como provincias imperiales, lo fueron por legados augustales. Cada una estaba dividida para la administración de justicia en varios distritos judiciales, llamados conventos jurídicos, semejantes á las audiencias modernas. La Tarraconense comprendía siete, á saber: Tarragona, Cartagena, César-Augusta, Clunia, Lucus, Asturica, y Bracara: cuatro la Bética: Hispalis, Gades, Corduba y Astigis: y tres la Lusitania: Emerita, Pax-Julia y Scalabis. Cuando los emperadores cercenaron al senado la autoridad directiva de algunas provincias que le había dejado Augusto, los gobernadores de las de España solían llamarse presidentes.

Otón incorporó á la Bética la provincia de África nombrada Tingitania. Constantino, separando la Tingitania de la Bética y los gobiernos de Galicia y Cartagena de la Tarraconense, dejó á España dividida en seis provincias y diócesis, á las cuales Teodosio ó alguno de sus hijos añadieron las *Baleares*. Comprendía esta provincia las islas de su nombre; la *Tingitania,* cuya capital era *Tingi* (Tánger), cogía la parte de África en

que están hoy los reinos de Fez y de Marruecos; los términos marítimos de la *Lusitania* eran las dos playas del Océano, desde el Duero hasta el cabo de San Vicente, y desde aquí hasta el Guadiana: las bocas del Duero formaban su límite septentrional, y el oriental se extendía por las riberas del Guadiana hasta el Océano: *Galicia* confinaba con la Lusitania por el Duero, y con la Tarraconense por el término donde tocan las Asturias con Castilla la Vieja: formaban el límite septentrional de la *Tarraconense* las costas de Castilla y Vizcaya con la cordillera de los Pirineos, el oriental las de Cataluña y Valencia hasta más adelante de Peñíscola, y entrábase otra línea por Aragón hasta las fuentes del Ebro, donde se tocaban la Tarraconense, la Cartaginense y Galicia: la *Cartaginense* confinaba con la Bética por el Guadiana, con la Tarraconense por el Ebro y por el Duero con la Lusitania. Comprendía la *Bética* las costas marítimas desde el riachuelo Almanzor hasta el Guadiana, y la línea que la divide de la Cartaginense bajaba de Medellín por Sierra Morena y por el Poniente de Baeza y Guadix. Cuando Constantino dividió el mundo romano en cuatro grandes prefecturas ó diócesis, estableció en España un vicario, subordinado al prefecto de las Galias, teniendo él á su vez bajo su autoridad inmediata otros tantos gobernadores cuantas eran las provincias. Habiendo Constantino separado la administración militar de la civil, el gobierno militar de las provincias le desempeñaban los *comites* ó condes.

Al través de estas alteraciones en la organización territorial, subsistían siempre las diferentes clases y categorías en que estaban divididas las ciudades por razón de sus derechos políticos. Eran las primeras de todas en preeminencias las *colonias*, pobladas de ciudadanos y soldados romanos que gozaban de todos los derechos de la metrópoli, y eran considerados como vecinos de Roma ausentes. Dábanse las colonias á los veteranos beneméritos que habían cumplido con buenas notas el tiempo porque estaban obligados á servir. Dos diputados señalaban el terreno más á propósito para fundar una colonia, y el contorno de la futura ciudad se demarcaba arando un surco con una vaca y un buey uncidos y guiados por un sacerdote: las medallas antiguas nos representan comunmente bajo este emblema el establecimiento de las colonias. Seguían los *municipios*, cuyos moradores se gobernaban por sus propias leyes, y sin gozar de todos los derechos de ciudadanos romanos tenían opción á las dignidades del imperio y nombraban sus propios magistrados. Eran las terceras las *ciudades latinas*, pobladas por habitantes del Lacio. Sus moradores se igualaban á los ciudadanos de Roma, tan luego como eran investidos de alguna magistratura. Pertenecían á la cuarta clase las *ciudades libres (immunes)*, que quedaban en posesión de sus leyes y de sus magistrados locales, y estaban exentas de las cargas que pesaban sobre el resto del imperio. Era este un privilegio que se obtenía con mucha dificultad, y sólo por necesidad le otorgaban los romanos: así sólo le alcanzaron seis ciudades en España. Aun eran menos las *aliadas (confederatæ)*, que al principio vivieron en una verdadera independencia. Había además las *tributarias*, que eran sobre las que gravitaba el peso de la dispendiosa máquina de aquel Estado, y las que alimentaban el lujo de la ciudad madre: y habíalas también *stipendiatæ*, pequeñas ciudades como agregadas á otras mayores.

De las ciudades que según Plinio había en España en el tiempo de las tres grandes divisiones, la Bética contaba ciento setenta y cinco; de ellas nueve colonias, ocho municipios, veintinueve latinas, seis libres, tres aliadas, y ciento veinte tributarias. La Tarraconense contenía ciento setenta y nueve: de ellas doce colonias, trece municipios, diez y ocho con leyes latinas, una aliada y ciento treinta y cinco tributarias, sin contar las Baleares. Contaba la Lusitania cuarenta y cinco, entre ellas cinco colonias, un municipio, tres latinas y treinta y seis tributarias. Pero todas estas distinciones fueron desapareciéndo. Otón comenzó por conceder á muchos españoles los mismos derechos que gozaban los ciudadanos de la metrópoli. Vespasiano extendió el derecho del Lacio á todas las provincias, y Antonino Pío concluyó por declarar ciudadanos romanos á todos los súbditos del imperio.

Al paso que todos los pueblos se iban identificando en derechos con la ciudad soberana, y que se confundían, por decirlo así, con la metrópoli, iba ganando en importancia el derecho municipal. Cada ciudad se iba acostumbrando á vivir con una especie de independencia, regida por sus leyes locales, viniendo á formar las ciudades como otras tantas pequeñas repúblicas, reemplazando así la vida municipal y de localidad á la vida política y de nación. Contenta la metrópoli con que le pagaran los impuestos, iba dejando á las ciudades gobernarse en lo demás por sí mismas, y cuanto más decaía el imperio, más se robustecía el poder municipal. Sólo en la exacción de tributos eran inexorables los magistrados romanos.

La administración interior de las ciudades de España se diferenciaba poco de las de Italia. Gobernábanse por una *curia* ó consejo, compuesto de diez miembros con el título de *decuriones*, elegidos entre los principales ciudadanos. El cargo de decurión era gratuito, y la recaudación de los impuestos le hacía tan oneroso, que los ciudadanos le rehusaban cuanto podían, pero no lograban eximirse de él sino por gracia particular del emperador. Había también *duumviros* y *cuatuorviros*, encargados de los caminos públicos *(cuatuorviri viarum curandarum): ediles*, que cuidaban de la policía urbana, dirigían las ceremonias y fiestas públicas, é inspeccionaban los abastos: *curatores*, que atendían á la distribución de los granos depositados en los graneros públicos: *decemviri*, que administraban la justicia en primera instancia. y otra multitud de funcionarios subalternos que sería largo enumerar.

El sistema de impuestos sufrió varias alteraciones durante la dominación romana. A las exacciones arbitrarias del período de la conquista sucedió en tiempo de Augusto un sistema ordenado, pero complicado y destructor. Además de los tributos ordinarios y comunes á todas las provincias, tenía España sobre sí la carga de alimentar á la metrópoli, enviando á Roma la vigésima de sus granos al precio que el senado los tasaba: era una de las provincias *nutricea*. Considerábase esto, no como un tributo, sino como una subvención forzosa á título de necesidad. Gravitaba también sobre ella, en concepto ya de verdadera contribución, otra vigésima sobre las sucesiones. Modificada por Trajano y duplicada por Caracalla, volvió luego á quedar en la veintena en que la había fijado Augusto. Pero no era lo excesivo de los impuestos lo que los españoles sentían más, sino

el enjambre de empleados que con el título de *censitores*, de *inspectores*, de *arcarii*, de *exactores*, etc., rodeaban á los encargados de la recaudación. Que no suelen ser los tributos en sí, por fuertes y subidos que sean, lo que más agobia á los pueblos y los exaspera, sino la manera cómo se exigen, recaudan y perciben, las violencias, extorsiones, injusticias y crueldades que se emplean en su cobranza. Diéronse en un principio las contribuciones en arriendo por contratas de compañías de monopolistas, que se llamaban *mancipes* ó *publicani*. «Eran los *publicanos* una clase de ciudadanos que hacían profesión de enriquecerse con la miseria del pueblo, que por lograrlo más pronto estudiaban y empleaban todos los medios de la opresión y de la superchería, y que tenían los oídos sordos y el corazón impenetrable á los lamentos y lágrimas de los infelices.»—«Los publicanos eran los árbitros de los impuestos, y podían aumentarlos según su capricho, siendo forzoso pagar cuanto sabía pretender el avaro publicano, sin ser permitido el pedir la razón de ello (1).» Tales debían ser sus excesos, tales sus vejaciones, que el mismo Nerón se vió precisado á publicar unas ordenanzas para reprimirlos, mandando entre otras cosas que se estableciese en cada provincia un pretor para juzgar sus informales exacciones, lo cual llama Montesquieu *los bellos días de este emperador* (2). Poco remediaron estos prefectos del pretorio. Facultados para aumentar los impuestos en circunstancias y necesidades extraordinarias, su avaricia inventaba fácilmente necesidades imprevistas, y lo que antes acumulaban los publicanos pasaba después á la caja privada de los pretores.

¿Y qué se adelantó, preguntamos nosotros, con esa nube de funcionarios asalariados que descargó posteriormente sobre los pueblos con achaque del censo ó estadística, y de corregir los anteriores abusos de los publicanos? Lactancio lo demuestra con colores bien fuertes y sombríos. «La calamidad pública, dice, llegó á su más alto punto cuando descargando el azote del censo sobre todas las provincias y pueblos, se esparcieron los censores por todas partes, y lo trastornaron todo. No parecían sino invasores enemigos. Medían los campos por terrones, contaban las cepas de las viñas, anotaban los animales de toda especie, y empadronaban á los hombres. Para esta operación amontonaban nobles y plebeyos en lo interior de las poblaciones: las plazas públicas hormigueaban de familias reunidas como rebaños, porque cada cual llevaba allí sus hijos y sus esclavos. Por todas partes resonaban el tormento y el azote. Los hijos eran colgados para deponer contra sus padres, los esclavos más fieles puestos en el tormento para que acusasen á sus señores, y hasta las mujeres para que denunciasen á sus maridos. Por estos bárbaros medios se arrancaban al dolor de las víctimas declaraciones de bienes que no poseían, y que sin embargo se anotaban. No servían de excusa ni la edad ni la falta de salud. Los enfermos que no podían ir por su pie, eran llevados; á cada uno se le fijaba la edad, aumentando años á los niños y rebajando á los viejos. El caos, la tristeza y el luto reinaban por todas partes..... A cada cabeza se impo-

(1) Azanza, sobre el comercio de Roma.
(2) *Esprit des Lois*, tom. I., chap. XIX.

nía cierta suma, y de este modo se compraba la existencia á precio de oro..... Entretanto los animales disminuían, morían los hombres, pero se pagaba también contribución por los muertos, á fin de que no se pudiese vivir ni morir sin pagar. No quedaban más que los mendigos, etc.»

Esta pintura, al parecer exagerada, la confirma Salviano (1): siendo lo notable, que á medida que se aumentaban las exacciones de los pueblos, se ocupaban menos de ellos los emperadores. «Se enviaban más tropas á las fronteras para resistir á los bárbaros, y quedaban menos en el interior para mantener el orden..... De este modo se hallaba el despotismo cada vez más exigente y más débil, obligado á tomar mucho é incapaz de proteger lo poco que quedaba (2).»

Una de las contribuciones que se hacían más sensibles á los españoles era la de la milicia. Consecuentes los romanos á su sistema de conquista, sacaban soldados de España para llevarlos á morir por Roma allá en la Tracia ó en la Iliria, en la Armenia ó en la Capadocia, mientras sus legiones venían aquí á tener sujeta la España, y á aclimatar en ella su lengua y sus costumbres. Del valor que en todas partes acreditaron los españoles, certifican las inscripciones que en honor suyo se han conservado en la Gran Bretaña, en las Galias, en Italia, en Egipto y en África: y de lo numerosos y frecuentes que eran los subsidios de hombres que á esta provincia se exigían fué buena prueba la resistencia que encontró Adriano en los diputados de Tarragona para aprontarle el nuevo contingente que pedía, dando por causa la falta que se experimentaba ya de juventud (3).

Y eso que debía ser grande la población de España en aquel tiempo: pues si ya al terminar la república decía Cicerón: «No hemos superado ni en número á los españoles, ni á los galos en fuerza, ni en las artes á los griegos (4),» mucho debió crecer con la paz que siguió al establecimiento del imperio á pesar de las contribuciones de sangre. Así no nos parece de modo alguno exagerada la cifra de los que hacen subir la población hispano-romana á más del duplo, y aun á dos tercios más de la que en el día tiene; lo cual está también de acuerdo, así con los censos romanos que se conocen, como con el gran número de ciudades que todos mencionan y cuentan.

II. No obstante lo gravoso de los impuestos que pesaban sobre España, no es posible dudar de la riqueza que encerraba esta región tan favorecida por el cielo. Hemos dicho ya que era una de las provincias *nutrices* ó alimentadoras de Roma, como lo eran también Sicilia y África. Era una de las que más abastecían á la metrópoli de cereales; uno de sus graneros. Veníale bien á España, mercantilmente considerado, el desenfrenado lujo de Roma, la vida muelle de los príncipes, entre fiestas, meretrices, bailarines, eunucos y bufones, la locura con que el pueblo se entregaba á los es-

---

(1) Citado por Chateaub., *Estud. Histor.*
(2) Guizot, *Hist. de la Civilisat.*
(3) Véase el cap. II de este libro.
(4) *Nec numero hispanos, nec robore gallos, nec artibus græcos superavimus.*

pectáculos, el abandono en que tenían la agricultura, aquellas fértiles campiñas de Italia ó incultas ó malamente trabajadas por manos esclavas; porque reducida Roma á pueblo consumidor, obligada á tener siempre provistos los graneros públicos para satisfacer las hambres frecuentes que solían agobiar al pueblo, monstruo de cien bocas siempre abiertas para recibir el alimento que le enviaran los pueblos de las provincias, todo proporcionaba ocasión á España para dar salida á los abundantes frutos de su suelo; y aunque no hubiera entrado en el interés de los emperadores proteger la agricultura en las provincias proveedoras, bastaba el interés de los indígenas para mirarla como una fuente de riqueza propia. El trigo y la cebada eran los cereales de que España surtía principalmente á Roma: del último, al decir de Plinio (1), se cogían dos cosechas anuales en muchas comarcas de la Celtiberia, y tan pródigo era el suelo, que no era raro el que diese ciento por uno. La espiga y el racimo que se ven en las monedas españolas de aquel tiempo, son los emblemas de los dos principales ramos de agricultura que se cultivaban.

Los romanos, que en los seis primeros siglos no habían usado el vino, hiciéronle después objeto de lujo en las mesas y banquetes: muchos patricios hacían vanidad de ser grandes bebedores; los poetas cantaban sus virtudes, y M. Antonio escribió una apología de la embriaguez. Con esto se hizo uno de los ramos más productivos de comercio la introducción de vinos extranjeros, y los de España alternaban con los de Grecia y de Sicilia: el de Tarragona era preferido á los de Italia. Así, á pesar de los edictos de algunos emperadores mandando descepar las viñas, la plantación de la vid se había hecho común en la Península; todo el litoral del Mediodía y Oriente estaba plantado de viñedo, y su fruto iba á parar á las mesas de los epulones romanos.

Como se hubiese hecho tan común en Roma el uso de la púrpura, que lo que al principio sólo se empleó para adorno de los dioses, de los templos y de los pontífices, se fué extendiendo á la toga, á la pretexta, á la clámide, hasta á las colchas de las camas y á los vestidos de los soldados, era este ramo de lujo de gran recurso á España para dar salida á sus lanas, de cuya calidad y del aprecio en que se las tenía hemos dado cuenta en el curso de la historia. Ibiza sacaba gran producto del establecimiento de tintorería de púrpura que tenía; y en la Bética se utilizaban grandemente de la cochinilla, y muchos habitantes hallaban en la coscoja un medio para pagar sus tributos. En tiempo del emperador Vespasiano encareció la grana purpúrea en términos que se compraba casi al valor de las perlas (2). Ni eran

MONEDA BILINGUE



Sœtabi (*San Felipe de Játiva*)

(1) *Hist. Nat.*
(2) Plin., *Hist. Nat.*, lib. IX.



MOSAICO ROMANO ENCONTRADO CERCA DE GERONA

Este mosaico representa una carrera de cuadrigas en un circo romano, viéndose en su parte superior una sección del oppidum y en la inferior todo lo más importante que constituía la arena

menos apreciados los linos de la Tarraconense, y los de Asturias y Galicia. Pero el que llevaba la palma á los de todas las provincias del imperio era el de Sétabis (Játiva), del cual tomaron su nombre los pañuelos y servilletas *setabinas*, que por su extremada finura usaban sólo los ricos. El poeta Cátulo las menciona en dos lugares (1); y Silio Itálico dice también hablando de estas telas:

Setabis et telas Arabum sprevisse superba (2)

Eran igualmente objetos de comercio y de lucro para los españoles, la cera, la miel, las frutas, los higos secos de Ibiza, el aceite, que tanto recomendaba el emperador Galieno, y de cuya preparación nos informa Columela, y multitud de otros artículos y producciones debidas á la privilegiada feracidad del territorio español, y de que hacían constante tráfico las costas de Mediodía y de Levante, saliendo frecuentemente para Roma barcos de Cádiz, de Málaga, de Cartagena, de Tarragona, de Barcelona y de otros puntos del litoral.

Mirando los romanos el comercio y la industria como profesiones innobles (3), satisfechos por haber acumulado en Roma el oro y la plata de todas las provincias del imperio, dejando á los pueblos conquistados el comercio activo, y limitados ellos á sólo el pasivo, no advirtieron que teniendo que recibir las producciones y manufacturas de aquellos mismos pueblos conquistados, y no creando nada ellos, necesariamente habían de ir devolviéndoles á cambio de mercancías aquellos mismos metales de que con las armas los habían despojado. Era una riqueza facticia la de Roma; riqueza puramente metálica, que arrebatada en un día de victoria y de despojo á las provincias productoras tenía que refluir lentamente á los mismos pueblos de donde había salido. *Opulentia*, había dicho Floro, *paritura mox egestatem.* Plinio da por seguro que salían cada año de Roma por lo menos cien millones de sestercios (4). Sólo la prodigiosa abundancia de dinero que allí se había concentrado pudo hacer que no se sintiera de repente la falta; era una enfermedad lenta que iba royendo el Estado, y cuyo estrago no se percibía sino cuando el mal llegó á hacerse demasiado grave. El primer Antonino tuvo ya que vender los adornos imperiales para subvenir á las urgentes atenciones del imperio. Marco Aurelio se vió obligado por dos veces á hacer almoneda de los vasos de oro, de las joyas y alhajas del palacio imperial. Alejandro Severo se vió precisado á vender su vajilla de oro, y á alterar en dos tercios la moneda. Cuando en el imperio de Maximiano hubo que fundir los metales preciosos de los templos

---

(1) *Nam sudaria Setaba ex Hiberis*... Y en otra parte: *Sudariumque Setabum, Catagraphonque linum.*

(2) Sil. Ital., lib. III.

(3) En prueba de cómo se miraban en Roma las profesiones industriales, citaremos sólo el hecho de haber condenado Augusto á muerte al senador Q. Ovinio, porque en Egipto había deshonrado su dignidad haciéndose director de ciertas manufacturas. Oros. *Hist.*, lib. VI.

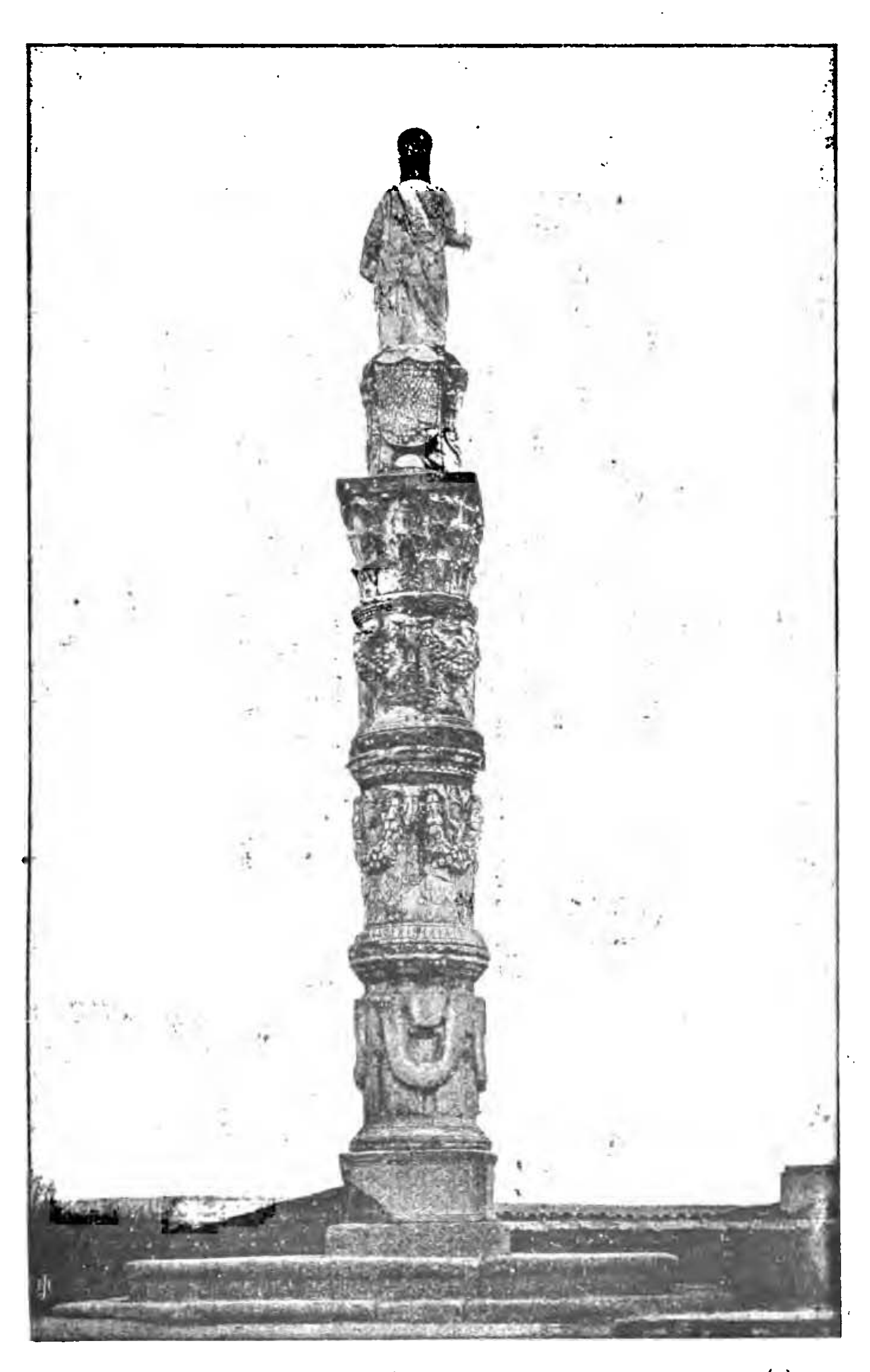
(4) *Hist. Nat.*

y los monumentos de las antiguas victorias para convertirlos en dinero: cuando en el reinado de Galieno se advirtió que sólo circulaban monedas de cobre, porque la plata había desaparecido casi toda; cuando, en fin, entre todos los ciudadanos romanos no pudieron reunir el oro en que Alarico había tasado su rescate y tuvieron que apelar á fundir en el fuego las estatuas de las virtudes, entonces pudieron conocer los pródigos romanos cuán efímeras son las riquezas que no se fundan en el trabajo, en la industria y en la economía: *opulentia paritura egestatem.* Las riquezas de Roma habían vuelto á pasar á las provincias productoras.

Otro de los ramos de la riqueza de España eran las minas. Los romanos, en los primeros tiempos de la conquista, dejaron á los naturales el cuidado de beneficiarlas, seguros de que sus productos habían de ir á parar á sus manos. Los emperadores se reservaron la explotación de algunas minas, dando el resto en arriendo á compañías de publicanos, que las subarrendaban á los habitantes del país. Estaba prohibido emplear en los trabajos de una mina más de cinco mil operarios, que regularmente eran esclavos ó criminales de la ínfima plebe: y pueblos había á quienes se les daban tierras de qué vivir, á condición de que elaboraran las minas de plomo en beneficio del Estado, de lo cual fueron nombrados *plumbarii.* Los romanos apenas tuvieron que hacer en el ramo de minería sino proseguir y perfeccionar las obras comenzadas por los fenicios y cartagineses. Abrían las galerías con mucha regularidad: hacían los pozos redondos; y los barnizaban con un betún que hacía sus paredes tersas como las de un vaso de tierra cocida. Poníanles comunmente el nombre de algún emperador ó emperatriz, ó alguno de sus favoritos ó amigos.

Siendo España la provincia del imperio más rica en metales, era también donde más moneda se acuñaba. Eran muchísimas las ciudades que tenían derecho y casas de fabricación. De aquí la abundancia de monedas que se encuentran á cada paso en las ruinas de las antiguas ciudades romanas de la Península, y la facilidad con que los aficionados á la numismática acrecen cada día sus privados monetarios. Y eso que este derecho duró sólo desde Augusto hasta Calígula, que despojó de él á las provincias, y le hizo privilegio exclusivo de Roma. Casi todas las monedas imperiales de España eran de cobre; las de plata pertenecían generalmente á familias ricas cuyo nombre llevaban. Era uno de los cargos de los ediles inspeccionar la fabricación de moneda, y en muchas de ellas se leen sus nombres y los de los duumviros monetarios. Es de notar que las monedas de este tiempo no tenían la perfección artística de las celtíberas, ó sea de los tiempos anteriores á la conquista romana.

III. Lejos, no obstante, de ser extraños á los españoles los conocimientos artísticos, bien puede asegurarse que hubo en este tiempo muchos y excelentes artistas en España, principalmente marmolistas, lapidarios, fundidores, plateros y cinceladores, los cuales parece formaban gremios ó corporaciones de obreros dirigidas por un presidente elegido entre los ciudadanos más ilustrados, según acredita más de una inscripción y más de un epitafio dedicados ó á simples artistas ó á los presidentes de sus asociaciones ó colegios. No negaremos que á España, como á la misma Roma, le fueran importadas y trasmitidas las artes liberales por los insignes



COLUMNA DE LA CONCORDIA EN MÉRIDA (COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA)

maestros de la culta Grecia, de cuyo país tomaron los romanos (y fué la más rica adquisición de su conquista, y el más honroso trofeo para los griegos) las letras como las leyes, y las artes como las letras, y muy principalmente la arquitectura y la estatuaria. Mas tampoco puede negarse la aptitud que debieron hallar en los españoles para el ejercicio de algunas artes, pues ya antes de la conquista los hemos visto sobresalir en la fabricación de la moneda, en el temple y estructura de las armas, en el tejido de las telas y otras manufacturas y oficios, según en otro lugar dejamos expresado. Ni cabe en lo posible que tantas obras artísticas como enriquecieron entonces el suelo español fueran exclusivamente debidas á artífices extraños, sin que tuvieran gran participación en ellas los naturales.

Porque no hay sino ver esa prodigiosa riqueza monumental que España conserva todavía, restos preciosos de la antigua grandeza hispano-romana, para calcular cuán maravilloso debía ser el número de obras artísticas que en aquel tiempo se levantaron en este suelo. Aparte de los museos que, aunque abundantes, deberían ser, fuera de los de Italia, los más ricos del mundo en antigüedades romanas, toda España es un museo disperso de apreciables objetos artísticos, y cada comarca una historia inagotable en que cada día se descubren nuevas páginas escritas en piedra ó en metal: cada día la reja del arado del labriego y la piqueta del albañil se enredan en la estatua de un emperador, en la columna miliaria de una vía militar, en el privilegio de un municipio, en la urna cineraria de un cónsul, ó en el mosaico de un suntuoso palacio imperial. Apenas pasa día en que no se descubran ó las ruinas de un templo, ó los restos de un circo ó de un anfiteatro, ó los fragmentos de un arco de triunfo ó la lápida de un panteón, ó el ara en que se ofrecían sacrificios á una divinidad. No pocas veces hemos visto con lástima desmenuzar la piedra de un sarcófago para rellenar los hoyos de un camino público, mutilar la imagen de un ídolo para empotrarla en el lienzo de un edificio privado, ó enterrarla para que le sirviera de cimiento: hemos hallado en las tapias de las huertas inscripciones importantes arrancadas de un palacio de los Césares, y esculturas y bajos relieves de ágata ó de granito en lugares que ni aun fuera decoroso nombrar. Por fortuna la creación de academias y corporaciones arqueológicas, de institutos de bellas artes y de museos provinciales, va poniendo remedio á los males que la indolencia ó la ignorancia hacían lamentar, y enriqueciéndose diariamente estos establecimientos, la ilustración y la laboriosidad de sus individuos contribuyen á hacer nuevas y útiles investigaciones históricas.

Ni es de nuestro propósito, ni bastarían volúmenes enteros si hubiéramos de dar cuenta de los infinitos vestigios de monumentos romanos que aun se conservan en nuestra Península. Sólo Tarragona, la ciudad española de los Césares, ostenta todavía tantas y tan venerables ruinas, que solas ellas bastarían para mostrar cuánta fué la opulencia, cuánta la magnificencia de las ciudades hispano-romanas del imperio. *Tarraco quanto fuit ipsa ruina docet*, dijo ya un escritor latino. Otro tanto podemos decir de Mérida, de uno de cuyos monumentos dijo el erudito Pérez Bayer: «Ví el famoso arco romano; ni en Roma, ni en parte alguna he visto cosa igual ni que se le parezca.» Las ruinas de Itálica, tan dignamente celebra-

das por la vigorosa musa de Rioja, son tan preciosas como no podían menos de ser los restos de la ciudad

Donde «nació aquel rayo de la guerra,
gran padre de la patria, honor de España,
Pío, Felice, Triunfador Trajano,
ante quien muda se postró la tierra...»
Donde «de Elio Adriano,
de Teodosio divino,
de Silio peregrino
rodaron de marfil y oro las cunas (1).»

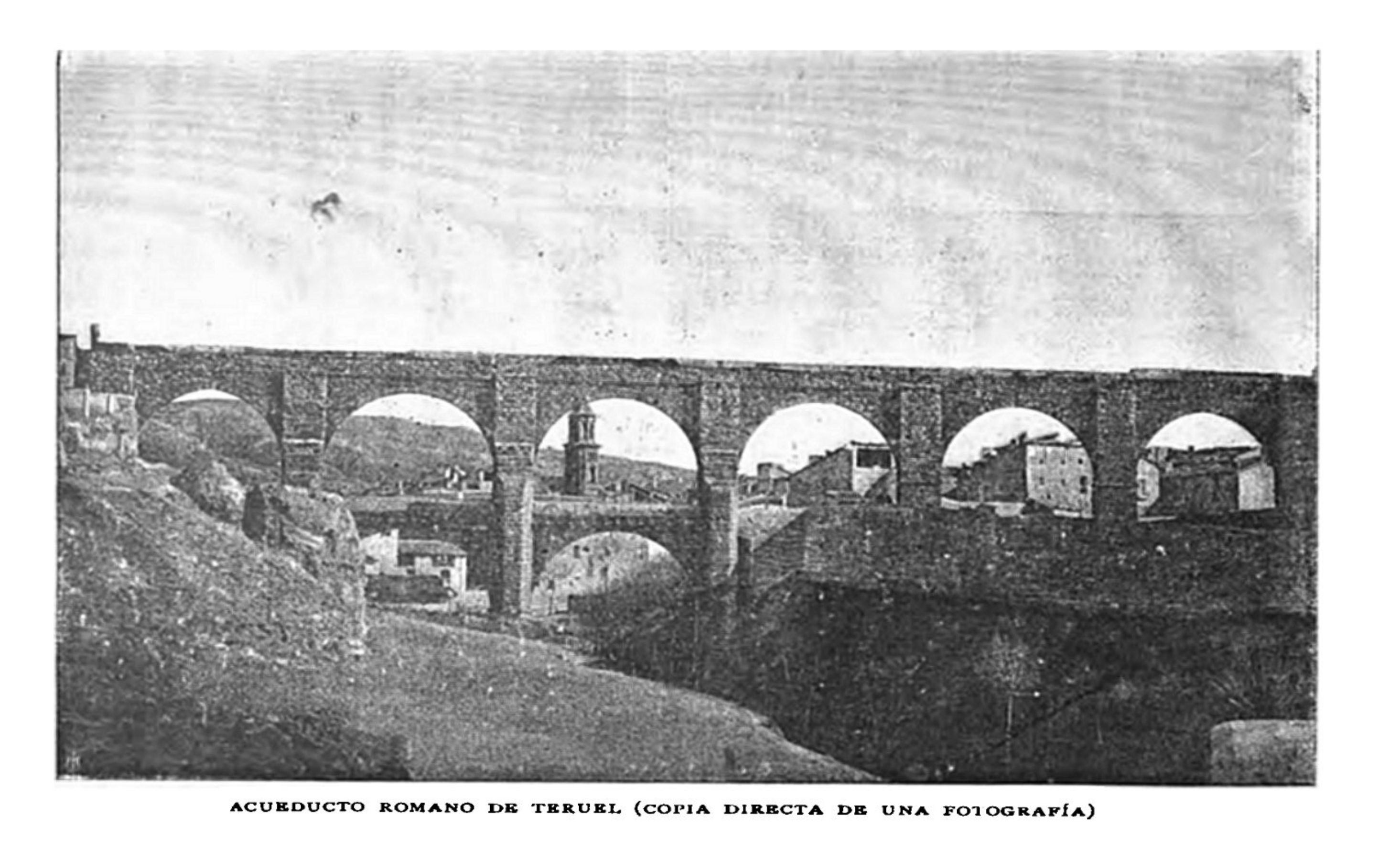
Hemos nombrado una sola ciudad de cada una de las tres grandes provincias, no porque en otras muchísimas dejen de existir monumentos igualmente magníficos, sino porque sus solos nombres formarían un largo catálogo, pasando ya de dos mil las poblaciones en que se sabe haberse descubierto más ó menos preciosas antigüedades romanas; estando con tal abundancia y prodigalidad sembradas en el suelo español, que más de un labriego del siglo XIX se sienta á descansar en la puerta de su humilde vivienda sobre alguna pilastra del antiguo palacio de un procónsul, y las pilas de las regaladas termas romanas sirven á veces de abrevadero al ganado del aldeano. Templos, anfiteatros, circos, palacios, puentes, acueductos, baños, naumaquias, estatuas, aras, mosaicos, columnas, capiteles, vasos, lápidas infinitas, mil otros objetos por todas partes diseminados están testificando el esplendor á que llegó la España romana, y por los despojos que subsisten se puede discurrir la grandeza de lo que fué (2).

Habían los romanos llegado á unir á Roma con todas las principales ciudades del mundo por medio de grandes ramales de caminos, que partiendo de la metrópoli, y enlazándose entre sí, venían á convertir el vasto imperio en una sola y gran ciudad. *Fecisti patriam diversis gentibus unam* (3). Nada ha igualado en solidez, belleza y magnificencia á estas grandes vías romanas, de que se conservan trozos que al cabo de cerca de veinte siglos admiran todavía y sorprenden por el mérito de su construcción. De las dos principales cadenas de comunicaciones que venían de Italia á España, la una arrancaba de la misma Roma por la puerta Aurelia, seguía por la Toscana á Génova, á Arlés por los Alpes Marítimos, á Narbona, Cartagena, Málaga y Cádiz; la otra partía de Milán, y atravesaba los Alpes Cotianos y la Galia Narbonense, continuaba por Gerona, Barcelona, Tarragona, Lérida, Zaragoza, Calahorra y León, y se prolongaba por Galicia y Lusitania hasta Mérida. Cruzaban además á España otras muchas magníficas calzadas, de las cuales concurrían nueve á Mérida, siete á Astorga, cuatro

(1) Rioja, *Ruinas de Itálica.*

(2) Además de las muchas obras que sobre sus antigüedades monumentales se habían publicado en España, hasta el primer tercio del presente siglo, se están publicando todavía al tiempo que esto escribimos dos obras especiales, que no dudamos sean de gran utilidad para nuestra historia, la una titulada: *Antigüedades extremeñas*, por el señor Viu; la otra, *Tarragona monumental*, por los señores Albiñana y Bofarull.

(3) Rutil. Galic.



ACUEDUCTO ROMANO DE TERUEL (COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA)

á Lisboa, cuatro á Braga, tres á Sevilla y cinco á Córdoba. Calcúlase en una longitud de cerca de tres mil leguas lo que los romanos tenían ramificado de calzadas. Muchas de ellas estaban cubiertas con una capa de argamasa en extremo consistente y dura; el camino que atravesaba por Salamanca lo estaba de una piedra blanquecina, que le dió el nombre de *Vía argentea.* Señalábanse con mucha exactitud las distancias de una á otra ciudad en elegantes marcos llamados columnas miliarias, de que se encuentran muchas todavía. A veces se inscribían en ellas el nombre del emperador que había hecho abrir el camino, ó del magistrado que le había hecho reparar, y solían también recordar algún suceso contemporáneo. Los pueblos en que las legiones hacían sus estaciones ó descansos, se hallan igualmente especificados con sus respectivas distancias en el *Itinerario de Antonino.* Además de las grandes vías mencionadas había otras de orden inferior para las comunicaciones particulares de los pueblos entre sí, las cuales recibían, según su clase, los nombres de *pretorianas, consulares, vecinales,* etc. La mayor parte de los grandes caminos se construyeron en los buenos tiempos del imperio (1).

IV. Los españoles, que en medio del estruendo de las armas y al través de las turbaciones de los tiempos durante la república habían mostrado ya su afición á las letras y su aptitud intelectual, acudiendo presurosa su juventud á la escuela fundada por Sertorio, ¿podían dejar de progresar en los conocimientos humanos desde que llegó la edad de Augusto llamada la edad de oro de la literatura romana? La paz en que quedó el país, la protección de Augusto y el ejemplo de Roma los convidaban al cultivo de las letras. La lengua indígena había ido cediendo su lugar á la latina: de las costas y de los países llanos, los más abiertos á la invasión, y que por consecuencia experimentaban más el influjo del trato y comunicación con los conquistadores, se iba retirando el lenguaje nativo á las montañas, acabando por refugiarse en esas comarcas que hoy llamamos Provincias Vascongadas, únicos puntos donde se ha conservado. Por más tenaces que los españoles fueran y por más apegados que estuviesen á su idioma primitivo, no era posible que resistiera éste á la influencia de la larga dominación romana, mucho más siendo el latín la lengua oficial, la lengua de la legislación que regía á España, la de las escuelas y de la poesía, á que tan temprano se dedicaron los españoles, y posteriormente hasta la lengua de la religión. Reemplazó, pues, el latín al idioma ibero y á los dialectos locales, sin perjuicio de que se conservara en el pueblo una especie de lenguaje intermedio ó de latín corrompido y mezclado con voces de la lengua nativa, que acaso fuera el precursor del que con la mezcla de otras sucesivas había de constituir un día la lengua española.

Fué, pues, la literatura romana, obra ella misma de imitación (que así se van trasmitiendo los pueblos su civilización, y así se va enlazando la vida universal de la humanidad, contribuyendo todos á su vez á la grande obra del progreso social), aclimatándose en España, en términos que á

(1) Berger escribió una obra exclusivamente sobre las grandes vías romanas, titulada: *Histoire des grands chemins de l'Empire.*

aquellos primeros poetas cordobeses, cuyas palabras y estilo *pingüe quiddam atque peregrinum sonantia* parecía ofender el armonioso oído de Cicerón, sucedieron otros poetas, otros oradores y otros filósofos, españoles que tuvieron la honra de fundar una escuela hispano-latina en la misma Roma, y de imprimir el sello de su gusto á la literatura romana.

No diremos que España pudiera presentar ni un Cicerón, ni un Tito Livio, ni un Virgilio, ni un Horacio, pero sí que á poco de haber pasado la era de Augusto, y cuando Roma se arrastraba en el cieno de la sensualidad y de la corrupción, la única literatura que prevalecía en el imperio era la española, y lo mejor que entonces se escribía era obra de los ingenios españoles, aparte de alguna otra lumbrera, como Tácito, que aun solía aparecer en el turbado y nebuloso horizonte romano. Convendremos, si se quiere, en que la escuela española, al volver á Roma bajo Nerón el impulso literario que de ella había recibido bajo Augusto, corrompiera el gusto de sus maestros como en venganza de la servidumbre en que España había sido tenida. Pero aun así, ¿fué indigna la literatura española de figurar al lado de la romana? Dejemos hablar á un erudito historiador extranjero, que con una imparcialidad no común en los escritores de su país cuando tratan de España, se explica de este modo acerca de las dos literaturas: «Se podrá disputar sobre su preeminencia; se podrá preferir la una á la otra, nada más natural: pero nadie podrá negar que sea un glorioso catálogo de oradores, de poetas y filósofos, aquel en que figuran los Sénecas, Lucano, Marcial, Quintiliano, Silio Itálico, Floro Columela y Pomponio Mela, por no hablar sino de los más ilustres. Tales son los maestros de la literatura hispano-latina pagana; tales son también los primeros de entre los escritores de Roma después de la edad en que escribían Virgilio y Horacio. Toda esta escuela tiene un carácter propio, y que no deja de tener relaciones con el genio literario español de las edades siguientes (1).»

En efecto, aparte de los Balbos, del bibliotecario Higinio, del poeta Sextilio Henna, de los oradores Marco Porcio Latrón, Junio Gallión, Marco Anneo Séneca, y otros que florecieron ya en el tiempo de Augusto, ¿quién no ve en Lucio Anneo Séneca el Filósofo, el moralista de la antigüedad pagana? ¿Quién no admira la fecundidad de su ingenio, la profundidad de sus pensamientos, la sublimidad de sus máximas, y aquella valentía de imaginación, aquel conocimiento del corazón humano, aquella alma ardiente y melancólica, aquella dignidad de sentimiento que respiran sus escritos del *Reposo*, de la *Providencia*, la *Vida Feliz*, los *Consuelos, á Helvia y á Marcia*, y otras muchas de sus obras? En vano ha intentado zaherirle La-Harpe en su *Curso de Literatura*, acaso en despique de lo mucho que Diderot gustaba de los escritos de Séneca, como observa el historiador antes citado. Schlegel le llama el verdadero fundador de un nuevo gusto amanerado y sentencioso (2). Pero esto en nada disminuye su mérito como pensador. ¡Ojalá hubiera participado menos del estoicismo de su tiempo! Nuestro juicio y nuestra admiración al talento del filósofo español

(1) Romey, *Hist. d'Espagn.* chap. XII.
(2) Schlegel. *Hist. de la literatura antigua y moderna*, tom. I, cap. III.



TEMPLO DE MARTE EN MÉRIDA (COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFIA)

es tanto más imparcial cuanto más severamente hemos censurado sus flaquezas como hombre.

«Con Lucano, prosigue Schlegel, vemos á la poesía de los romanos volver á tomar la forma heroico-histórica, como si no hubiese podido olvidar su antiguo origen sepultado en el olvido.» El autor de la *Farsalia* era sobrino de Séneca, y murió como su tío víctima de la tiranía y de la insensatez de Nerón, que tenía el necio orgullo de pasar por el mejor poeta como por el mejor músico, y miraba como un rival á Lucano. Córdoba podrá gloriarse siempre de haber sido cuna de una familia tan ilustre como los Sénecas.

Así puede envanecerse Calahorra de haber producido un Quintiliano, el juicioso y profundo retórico, el honrado orador, *la gloria de la toga romana*, que decía Marcial, el primer profesor asalariado que hubo en Roma, y cuyas *Instituciones* serán consideradas siempre como un tesoro para los humanistas.

Viene el historiador poeta Silio Itálico, cuyo poema histórico es un manantial de instrucción sobre todos los lugares que fueron teatro de la segunda guerra púnica. Todos los amantes de la literatura visitaban su retiro por el gusto de conocer al antiguo cónsul hecho poeta fecundo y filósofo amable. El poeta Marcial se envanece de que Silio se dignara escuchar sus epigramas y concederle un lugar en su biblioteca. Floro, historiador español también, aunque vivió casi siempre en Roma, no se olvidó de realzar en su compendio histórico las glorias de su patria llamando á España *viribus armisque nobilis*.

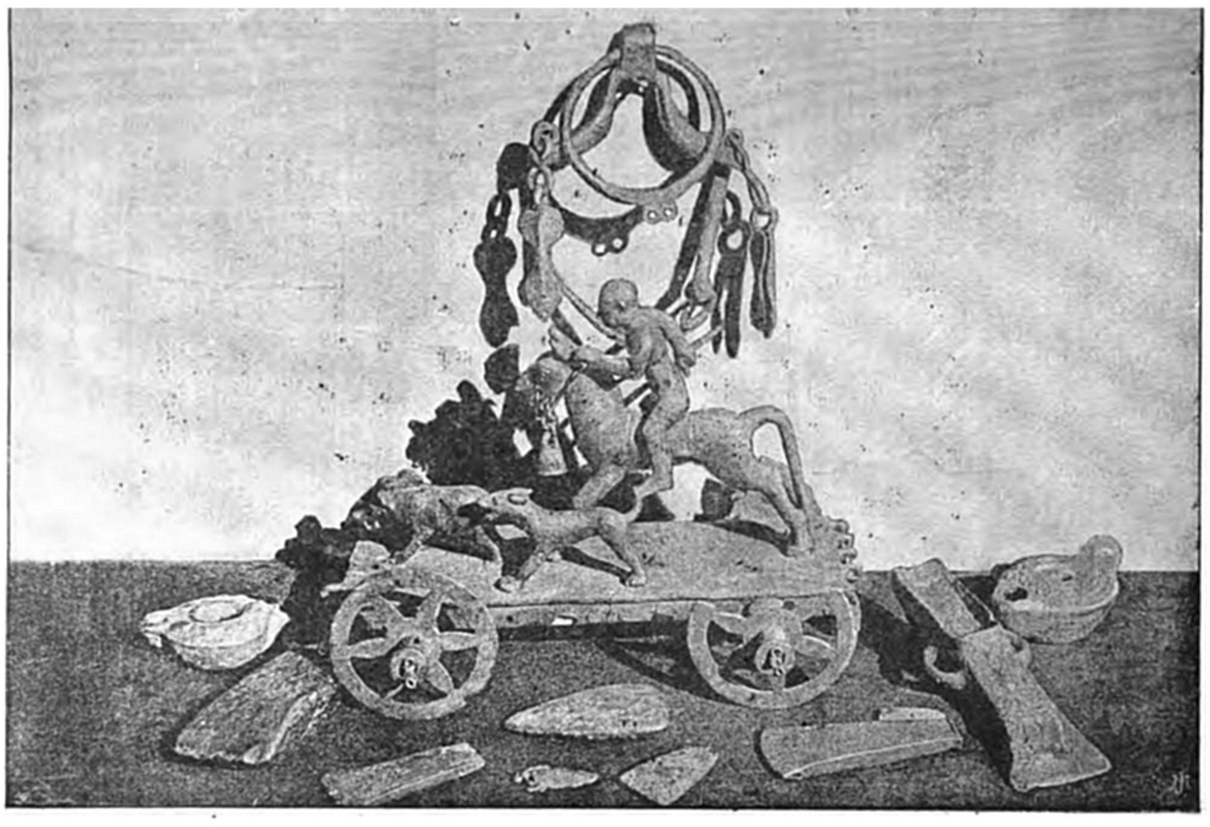
Marcial, natural de Calatayud, puede decirse el creador de los epigramas, si bien desearíamos que no hubiese escrito tantos, pues es muy difícil hacer mil seiscientos epigramas buenos. Nadie, sin embargo, ha podido llevar más lejos la precisión, la finura y la agudeza que este género de composición exige. Lástima que al lado del genio se vea en los que tituló *Obscena* el grado de libertinaje y de inmoralidad á que había llegado la civilización del paganismo. Distinguióse Marcial por un amor tierno y ardiente á su país nativo: á él se retiró después de treinta y cinco años de vida tormentosa, y desde él escribía á su amigo Juvenal: «Mientras tú recorres inquieto y agitado las tumultuosas calles de Roma, yo descanso al fin en mi amada ciudad natal... duermo á mi gusto... al levantarme encuentro una buena lumbre, los cazadores me esperan, mientras el mayordomo distribuye el trabajo á los esclavos. He aquí cómo vivo, y cómo quiero vivir hasta el término de mis días.» Eran sus amigos Plinio el Joven, Quintiliano, Frontino, Juvenal, Silio Itálico y Valerio Flacco.

Mas no fueron solamente poetas, oradores y filósofos los que produjo la España durante el imperio. Honorato Columela, natural de Cádiz, fué el sabio agrónomo de la antigüedad, y mereció ser llamado *el padre de la agricultura*. Plinio, su contemporáneo, le cita muchas veces con elogio en su *Historia Natural;* y sus obras *De Re rustica* y *De Arboribus* revelan un hombre profundamente entendido en estos ramos. Pomponio Mela, de Mellearia, pudo acaso no ser un insigne geógrafo, pero hay en su cosmografía concisión, variedad, estilo rápido y animado: algunos lugares especialmente favorecidos por la naturaleza están descritos con admirable talento.

Nos hemos ceñido en esta breve reseña á aquellos que adquirieron una celebridad en la literatura latina, y le imprimieron una nueva índole y carácter, sin que el objeto de nuestra obra nos permita detenernos ni á analizar con más extensión á éstos, ni á hacer un catálogo de los demás que en España cultivaron las letras con más ó menos reputación, como Flavio Dextro, el amigo de San Jerónimo, Sexto Rufo Avieno, y otros, porque no hacemos una historia literaria. Basten estos apuntes para mostrar los progresos que había hecho la civilización en España en el período que comprende el presente libro.

¿Pero podríamos dejar de mencionar á los ilustres emperadores españoles Trajano y Adriano, ya como protectores de las letras, ya como literatos y doctos ellos mismos? «¿Qué honores no dispensas (decía Plinio el Joven á Trajano) á los maestros de elocuencia? ¿Qué beneficios no haces á todo hombre docto y erudito? Por tí los estudios han recobrado la vida y vuelto á su patria, después de haberlos desterrado bárbaramente la crueldad de otros príncipes viciosos.» «Ya volvió los ojos (decía hablando de él Juvenal) á las musas afligidas, á los poetas insignes, á quienes la dura necesidad había obligado á servir en los baños públicos, á encender los hornos de Roma, y aun á tomar la trompeta del pregonero... Ya no tenéis que humillaros, oh jóvenes cantores, á ocupaciones tan indignas de vuestro espíritu, pues el príncipe os mira con amor y os estimula, y no espera sino que le déis ocasión para ejercitar con vosotros su conocida generosidad.» Grande, como César, imitóle también, aunque en mérito no le igualara, en escribir las guerras en que había tomado parte. Adriano, su sucesor, aquel hombre de tan asombrosa y universal erudición que apenas había ramo de literatura que le fuese extraño, el que introdujo la costumbre de premiar á los hombres de letras con pensiones vitalicias, ¿podría dejar de favorecer singularmente á los españoles estudiosos, siendo su patria la España?

Otro género de literatura comenzó á desarrollarse en nuestra Península con la introducción del cristianismo, y con el estudio que era consiguiente de las letras sagradas, de la filosofía religiosa que tanto influyó en el cambio del orden social. En este nuevo campo que se abrió á los entendimientos no faltaron tampoco á España varones distinguidos é ilustres, que con discursos y escritos luminosos contribuyeron á la propagación de la fe, y de ello son buena prueba los concilios que á principios y fines del siglo IV se celebraron en Illiberis y en Zaragoza. Y si en España no hubo en aquel tiempo plumas tan fecundas y elocuentes como las de los Gregorios, de los Ambrosios, de los Ciprianos, de los Jerónimos y de los Agustines, nadie ha desconocido ni la instrucción científica, ni la fogosa elocuencia del venerable Osio de Córdoba, el presidente de los concilios; y su carta á Constancio sobre la separación de los poderes eclesiástico y civil, sobre ser una bella producción literaria, es una obra maestra como testimonio de magnanimidad episcopal. Aquilino Juvenco puso en versos hexámetros la vida de Jesucristo: San Gregorio de Illiberis compuso un libro titulado *De la Fe* contra los arrianos; Prudencio de Zaragoza, fué el mejor y más elocuente de todos los poetas sagrados de la antigüedad; y se señalaban ya como hombres de letras los obispos Itacio é Idacio, autor este último



CAZA DE MELEAGRO (GRUPO EN BRONCE, DE PROPRIEDAD PARTICULAR, ENCONTRADO EN MÉRIDA)

de la crónica, así como el sacerdote de Tarragona, Orosio, autor de la otra historia. El mismo Prisciliano, el propagador de la herejía, era hombre que escribía con facilidad y con fuego; y las mismas controversias que suscitaba la herejía ejercitaban, como hemos indicado en otra parte, el pensamiento, y tenían despiertas las inteligencias, y en actividad continua los espíritus (1).

Tal era el estado político, administrativo, social é intelectual que España había alcanzado en el período del imperio romano desde Augusto hasta Honorio.

España, con la conquista romana, perdió su independencia, pero adquirió la unidad política que no tenía. Incorporada al imperio como una sola provincia, entra á participar de la civilización del antiguo mundo, de la vida universal de la humanidad; pero participa también de la imperfección del elemento constitutivo de las antiguas sociedades, la religión y la filosofía pagana. Cuando otro principio civilizador, unido por una disposición providencial con el elemento bárbaro, representante de la fuerza, disuelve la antigua sociedad humana para refundirla, España se prepara á entrar en un nuevo período de su vida, que será ya una vida más propia, más individual, como pueblo que empieza á emanciparse después de una larga tutela. Va á recibir una gran modificación en su existencia. Veamos cómo se fué realizando esta trasformación social.

---

(1) Puede verse el catálogo de los hombres doctos en España en este tiempo en la *Bibliotheca Vetus* de don Nicolás Antonio, y en el tomo VIII de la *Hist. crítica de España*, de Masdeu.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

DE LOS LIBROS Y CAPÍTULOS DEL TOMO PRIMERO

LIBRO PRIMERO.—ESPAÑA PRIMITIVA

CAPITULO PRIMERO

PRIMEROS POBLADORES

CAPITULO II

FENICIOS, GRIEGOS, CARTAGINESES

CAPITULO III

AMÍLCAR, ASDRÚBAL, ANÍBAL

De 238 *antes de J. C. á* 219

CAPITULO IV

ANÍBAL EN ITALIA: LOS ESCIPIONES EN ESPAÑA

De 219 *antes de J. C. á* 211

CAPITULO V

ESCIPIÓN EL GRANDE

Desde 211 *antes de J. C. hasta* 205

CAPITULO VI

CAÍDA DE CARTAGO

PÁGS.

CAPITULO VII

FISONOMÍA DE LA ESPAÑA PRIMITIVA

LIBRO SEGUNDO

ESPAÑA BAJO LA REPÚBLICA ROMANA

CAPITULO PRIMERO

LEVÁNTANSE LOS ESPAÑOLES CONTRA LA DOMINACIÓN ROMANA

Desde 204 *antes de J. C. hasta* 150

CAPITULO II

VIRIATO

Desde 150 *antes de J. C. á* 146

CAPITULO VI

CÉSAR Y LOS POMPEYOS

Desde 48 *antes de J. C. hasta* 44

CAPITULO VII

AUGUSTO. GUERRA CANTÁBRICA

Desde 44 *antes de J. C. hasta* 19

CAPITULO VIII

SITUACIÓN DE ESPAÑA

Desde la expulsión de los cartagineses hasta su completa sumisión al imperio romano

LIBRO TERCERO

ESPAÑA BAJO EL IMPERIO ROMANO

CAPITULO PRIMERO

DESDE AUGUSTO HASTA TRAJANO

Desde el año 19 *antes de J. C. hasta el* 98 *después de J. C.*

CAPITULO II

DESDE TRAJANO HASTA MARCO AURELIO

De 98 *á* 180 *de J. C.*

CAPITULO III

DESDE MARCO AURELIO HASTA CONSTANTINO

De 180 á 306 de J. C.

PÁGS

CAPITULO IV

EL CRISTIANISMO

CAPITULO V

DESDE CONSTANTINO HASTA TEODOSIO

De 306 á 380 de J. C.

CAPITULO VIII

ESTADO SOCIAL DE ESPAÑA BAJO EL IMPERIO ROMANO

PÁGS.

PAUTA PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS